



**Tras los pasos de Mariano Picón Salas en Colombia: su obra y sus relaciones intelectuales.
Un capítulo de su biografía intelectual**

Juan Camilo Dávila Rodríguez

Tesis de maestría presentada para optar al título de Magíster en Literatura

Tutor

Juan Guillermo Gómez García, Doctor (PhD) en Filosofía

Universidad de Antioquia
Facultad de Comunicaciones y Filología
Maestría en Literatura
Medellín, Antioquia, Colombia
2024

Cita	(Dávila Rodríguez, 2024)
Referencia	Dávila Rodríguez, J. C. (2024). <i>Tras los pasos de Mariano Picón Salas en Colombia: su obra y sus relaciones intelectuales. Un capítulo de su biografía intelectual.</i> [Tesis de maestría]. Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia.
Estilo APA 7 (2020)	



Maestría en Literatura, Cohorte XVI.

Grupo de Investigación Estudios de Literatura y Cultura Intelectual Latinoamericana.

Centro de Investigaciones y Posgrados Facultad de Comunicaciones y Filología.



Biblioteca Carlos Gaviria Díaz

Repositorio Institucional: <http://bibliotecadigital.udea.edu.co>

Universidad de Antioquia - www.udea.edu.co

Rector: John Jairo Arboleda Céspedes.

Decana: Olga Vallejo Murcia.

Jefe departamento: Luis Eduardo Cárdenas Valencia.

El contenido de esta obra corresponde al derecho de expresión de los autores y no compromete el pensamiento institucional de la Universidad de Antioquia ni desata su responsabilidad frente a terceros. Los autores asumen la responsabilidad por los derechos de autor y conexos.

Con gratitud

A dos personas se me hace imprescindible dedicar lo que significa este trabajo. Al maestro Juan Guillermo Gómez, que entre tanta generosidad personal e intelectual que hoy nos une en amistad me regaló el conocimiento de Mariano Picón Salas, nombre y hombre que hoy constituye máximo referente intelectual; que trascendió del interés académico, de motivo y objeto de investigación, a pilar de la labor de formación y aprendizaje de cada día; guía del camino de “errancia”, para usar un principio suyo, que deciden recorrer aquellos descendientes voluntarios de Caín, versión cristiana de Prometeo o Sócrates. Mariano Picón Salas representa para un latinoamericano, y ser un maestro para América Latina es quizá su mayor virtud, el *in media vita* nietzscheano: “¡No! ¡La vida no me ha defraudado! Antes bien, de año en año la encuentro más verdadera, más deseable, más misteriosa —desde aquel día en que vino a mí el gran liberador, aquel pensamiento de que la vida ha de ser un experimento de los que conocen—, ¡y no una obligación, no una fatalidad, no un engaño! —Y en cuanto al conocimiento mismo: para otros podrá ser algo diferente, por ejemplo, un lugar de reposo-o el camino para un lugar de reposo o un entretenimiento o un ocio —para mí es un mundo de peligros y de victorias, en el que los sentimientos heroicos tienen también su pista de baile y su palestra. ‘*La vida es un medio del conocimiento*’, —¡con este principio en el corazón no sólo se puede ser valiente, sino incluso vivir jovialmente y reír jovialmente!” (Nietzsche, 1990, 186); el cuál, reformulado a partir de sus vivencias, se convierte en paradigma ético-moral por propio principio: “Pretendí pedir a mi trabajo intelectual mucho más que un artificio: una norma para ser más avisado, más tolerante y más libre. ¡Conciencia, no me abandones! es el grito del hombre que quiso pensar y deliberar con justicia en la angustiosa lucha existencial. Y si dedujera, de todo este polvo y ceniza de la vida que se enreda en nuestras botas caminantes, alguna ‘parábola y declaración’ como quería el milenar autor de los *proverbios*, ésa sería mi humilde experiencia. Por el ejercicio espiritual, la vida sé hace más atareada y más corta, y la muerte ha de entrar en la casa encontrando todavía un libro abierto, una lámpara encendida hasta que cantaron los gallos en el alto frío de la noche, y una página comenzada para decir nuestro asombro ante el mundo. Con tantas luchas y andanzas, elaboramos —y ya nos sentíamos satisfechos— un poco de comprensión y acaso de felicidad. Pasaron por nuestros ojos y nuestra mente algunos tesoros de los que no sospechan tantos prósperos y envidiados millonarios. El estudio y la reflexión también servían para dominar malos impulsos y desvanecer peores sueños” (Picón Salas, 1987, pp. 272-273).

En segundo lugar, es esencial agradecer a quién representa la más importante decisión de la vida, a Jessica Tatiana, mi compañera de baile y de vida, quien estuvo en cada etapa de este proceso, quien me apoyó con amor y generosidad en el momento más crucial para escribir este trabajo, quien escuchó con atención y calidez cada descubrimiento que iba forjando esta obsesión y admiración, porque solo con obsesión es que se disfrutan estos procesos, por Mariano Picón Salas. A ella, quien a pesar de las diferencias sabe tender puentes, en el amor y en la subjetividad.

Una investigación no se hace en soledad

Aunque llevar a cabo una investigación de posgrado requiere un alto nivel de esfuerzo personal, ese no es el único elemento necesario para llevar a buen término estas empresas. Se necesita de una conjunción de factores que pueden o no ser favorables. En mi caso, estos factores fueron decisivos para el trabajo que hoy se presenta. En primer lugar, debo agradecer a la Universidad de Antioquia, que gracias a una beca como Mejor Graduado del pregrado de Ciencia Política en el año 2020 me permitió adelantar estos estudios de maestría.

En segundo lugar, debo agradecer al profesor Juan Guillermo, quien me alentó a trabajar al gran ensayista venezolano Mariano Picón Salas. Fueron importantes en este camino los profesores de la Maestría, pues de sus clases saqué valiosos conocimientos sobre la Literatura; en especial, debo agradecer a la profesora Olga Vallejo, quien supo guiar las inquietudes con que llegué al programa para plantear esta investigación. Fueron importantes mis compañeros de la maestría, gran grupo de profesionales, con quienes se afianzaron ideas y aprendizajes a raíz de las discusiones en clase; en especial, fueron importantes los compañeros “del rincón”, con quienes seguimos muchas noches las discusiones intelectuales y de la vida amenizando las ideas con cigarrillos y cervezas. Debo agradecer a mis compañeros del grupo de investigación GELCIL, quienes de una u otra manera, mediante las discusiones me ayudaron a fortalecer algunas ideas; en especial el profe Carlos Rivas por su cariño, a Kevin, compañero de pesquisas y hemeroteca, y Marcela por su paciencia y disposición.

Es importante agradecer aquí al profesor Gregory Zambrano, quien desde Japón respondió con afecto y disposición mis correos electrónicos. Su valiosa palabra, así como toda la bibliografía que ha escrito sobre Mariano Picón Salas, fue fundamental para guiarme en ese mundo que significa el gran ensayista, intelectual, humanista, hombre, monumento venezolano. Así mismo, debo agradecerle por los valiosos análisis que hizo en su evaluación de este trabajo de investigación, pues sus palabras generosas junto con su rigor académico me permitieron mejorar varios aspectos de este trabajo y llevarlo a buen puerto.

De igual manera, debo agradecer al profesor Andrés López por su muy detallada y seria evaluación. Contar con su juicio sobre este trabajo, siendo él un investigador que con su rigor sentó bases sólidas para la metodología de la biografía intelectual en Colombia, me permitió complementar asuntos sumamente importantes, cerrar el trabajo y darle una mejor disposición.

Esta tesis también se logró gracias a muchos colaboradores con quienes se comete la ingratitud de no recordar sus nombres. Se trata de los empleados del Archivo General de Nación, de la Biblioteca Nacional de Colombia, de la Biblioteca Luis Ángel Arango, en especial de la hemeroteca donde acampé los últimos 6 meses, de los buenos libreros que son la memoria editorial. En cada una de esas personas, más allá del cumplimiento de su labor, encontré la disposición y amabilidad a mis preguntas y, en algunas ocasiones, caprichos. A todos, pese a la ingratitud de no recordar sus nombres, les estoy muy agradecido.

Siempre es la familia un soporte vital de cada proceso, sobre todo de este que a veces parece una ociosidad en un mundo regido por el dios dinero. Mi madre y mi tía, mujeres que con paciencia aguantaron verme leyendo en vez de trabajando. Mi abuela, cómplice y consejera de todos mis caprichos. Mi abuelo y mis hermanos, personas que contagian su alegría por la vida.

Finalmente, hay una persona sin la cual este trabajo no sería lo que es hoy, es decir, que sin ella la persona que escribe no se sentiría satisfecho de haber cumplido consigo mismo: Jessica, mi compañera en el baile. Fue gracias a ella que pude tener la tranquilidad, el tiempo y el espacio para escribir sin reparos este trabajo; fue ella la que a veces, sin darse cuenta, simplemente preguntando qué había escrito durante el día, me suscitaba nuevas ideas, relaciones o reflexiones; su disposición a cosas tan pequeñas como escanear una fuente, recoger un libro o dictarme una cita, nos unió cada día más. Todo mi amor para ella.

El amor por el ensayo atrofia la capacidad para otros estilos. Quizá sea por envidia de los grandes ensayistas y sus magníficas prosas, quizá sea por amor al pensamiento libre y sin parámetros. Esperemos pues, que este pecado de conjugar el concepto con la metáfora sea visto como el último refugio que le queda al hombre ante el mundo de los formatos.

Tabla de contenido	
CON GRATITUD	3
UNA INVESTIGACIÓN NO SE HACE EN SOLEDAD.....	5
INTRODUCCIÓN	10
Una tradición de estudio o antecedentes de la investigación	10
Resumen del estado del arte	11
Mariano Picón Salas. Biografía de un Intelectual y Radiografía de sus Relaciones Intelectuales	13
Biografías	14
Biografía y Relaciones con intelectuales o con la “Institución de la Literatura”	16
Mariano Picón Salas y México.....	17
Mariano Picón Salas y Chile.	19
Relaciones epistolares con otros intelectuales	22
Trabajo como diplomático	23
Problema de investigación	25
Marco conceptual y metodológico	27
Presentación de la investigación	33
Advertencia	36
PRIMERA PARTE	37
LAS RELACIONES INTELECTUALES ENTRE COLOMBIA Y VENEZUELA: EL EXILIO COMO POSIBILIDAD.....	37
I. ¿Cómo se hace un individuo?.....	40
<i>Viaje al amanecer o los albores del siglo XX.</i>	42
<i>Una generación en busca de modernidad</i>	48
II. Nuevas ideas para una nación.	55
<i>La Generación de 28</i>	55
<i>Una bruma ideológica</i>	63
<i>Refundar la patria desde el exilio: El Plan de Barranquilla</i>	79
III. Visión temprana de Venezuela. Mariano Picón Salas y la Generación del 28	90
<i>Caracas 1920: “más que capital de la República parecía del desengaño venezolano”</i>	90
<i>De la pobreza económica a la riqueza intelectual</i>	96
De un problema nacional a una solución continental.....	101
¿Ficción de Venezuela? / Imágenes de Colombia.....	104
<i>“La Tierra Firme aguarda todavía los hombres nuevos”</i>	110
Adenda. Las primeras conclusiones ideológicas de Mariano Picón Salas: una carta con una introducción.....	127
SEGUNDA PARTE	132
MARIANO PICÓN SALAS Y SU RELACIÓN CON LA PRENSA LIBERAL.....	132
IV. <i>El Tiempo</i> , baluarte del liberalismo.....	138
Adenda. “Le traicionó al fin, definitivamente, el temible corazón”. Dos obituarios dedicados a Mariano Picón Salas en <i>Lecturas Dominicales</i>	163

V. Arciniegas, un intelectual de revistas: <i>Revista de América</i>	166
VI. <i>Sábado</i> , o el periodismo liberal postsantista	205
VII. 1945, Mariano Picón Salas en Colombia	229
Adenda. Rafael Gutiérrez Girardot, el reconocimiento de otra generación	256
TERCERA PARTE	268
1948: UN INTELLECTUAL COMO EMBAJADOR EN COLOMBIA.....	268
VIII. Un intelectual en la diplomacia. Apuntes para un estudio de los intelectuales en el servicio diplomático.....	268
IX. Mariano Picón Salas: la labor del diplomático.....	279
<i>La representación de Venezuela en Colombia. Archivos del Ministerio de Relaciones Exteriores de Venezuela</i>	282
<i>La representación de Venezuela en Colombia. Archivos del Ministerio de Relaciones Exteriores de Colombia</i>	309
Adenda. Las conclusiones de una misión diplomática: un ensayo histórico sobre Colombia	325
X. Mariano Picón Salas miembro correspondiente de la Academia Colombiana de Historia..	329
XI. Los libros del embajador	337
Adenda. “Palabras a Amigos Colombianos”.....	347
CONCLUSIÓN	354
MARIANO PICÓN SALAS PARA LA HISTORIA INTELLECTUAL Y EL GRANCOLOMBIANISMO	354
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	360

INTRODUCCIÓN

Una tradición de estudio o antecedentes de la investigación

Dentro del Grupo de Estudios de Literatura y Cultura Intelectual Latinoamericana (GELCIL), una de las dimensiones en que se ha ahondado en mayor medida versa sobre “las ideas de la vida intelectual y el flujo de ideas en las instituciones como prensa, universidad, partido, asociación, bohemia, imprenta, mediante el estudio de epistolarios, diarios, memorias, revistas y demás fuentes pertinentes” (Grupo de Estudios de Literatura y Cultura Intelectual Latinoamericana [GELCIL], 2014). Dentro de esta dimensión se han llevado a cabo diversas investigaciones sobre las relaciones de las instituciones culturales y los intelectuales latinoamericanos, como los colombianos Miguel Antonio Caro, (1843-1909), Tomás Carrasquilla (1858-1940), Baldomero Sanín Cano (1861-1957), Carlos Arturo Torres (1867-1911), Efe Gómez (1867-1938) Jorge Zalamea, (1905-1969) y Rafael Gutiérrez Girardot (1928-2005); los argentinos Juan María Gutiérrez (1809-1878), José Luis Romero (1909-1977) y Sergio Bagú, (1911-2002); los peruanos Manuel González Prada (1844-1918) y José Carlos Mariátegui (1894-1930); los venezolanos Andrés Bello (1781-1865) y Simón Bolívar (1783-1830); el dominicano Pedro Henríquez Ureña (1884-1946); el mexicano Alfonso Reyes, (1889-1959); el uruguayo Ángel Rama (1926-1983); y el nicaragüense Rubén Darío (1867-1916).

Dichos estudios e investigaciones, que han derivado en diversas publicaciones, ediciones y conferencias, han nutrido las discusiones del grupo durante su historia y ayudado a fortalecer el estudio de la intelectualidad latinoamericana en el país y el continente.¹

Si nos fijamos detenidamente en este panorama de estudio de los intelectuales latinoamericanos, centrándonos particularmente en aquellos que pertenecieron al siglo XX, nos damos cuenta de que existe uno que brilla por su ausencia, el venezolano Mariano Picón Salas (1901-1965). Aunque en los diferentes estudios y discusiones el escritor venezolano ha estado como referencia o ha hecho parte de las relaciones establecidas por otros intelectuales, hasta ahora dentro del grupo no se le ha dado un espacio propio. Esta situación se ha dado también en el

¹ Uno de los hitos del grupo ha sido la creación y organización del I Congreso de Historia Intelectual de América Latina (CHIAL), en Medellín. Este congreso ha fortalecido las relaciones investigativas en todo el continente y hoy va por su sexta versión: II CHIAL en Buenos Aires; III CHIAL en México D. F.; IV CHIAL en Santiago de Chile; V CHIAL Montevideo y VI CHIAL en Sao Paulo.

contexto nacional, y es que, aunque en el continente se encuentran diversos trabajos sobre este autor —especialmente en Venezuela, Chile y México—, en Colombia existe una muy reducida discusión alrededor de la obra de este autor, la cual fue publicada, nada menos, que por importantes casas editoriales como el Fondo de Cultura Económica, Aguilar, Edime, Sudamericana, Biblioteca Ayacucho y Monte Ávila Editores.

Este intelectual, que nació con el siglo, fue notable dentro de América Latina no solo por su fecunda obra, en la cual resalta el ensayo, sino también por su figura intelectual, ya que ocupó importantes cargos políticos, diplomáticos y académicos entre los que se destacan la Secretaría de la Presidencia de Venezuela, bajo el mandato de Rómulo Betancourt, y la Dirección de Cultura y Bellas Artes del Ministerio de Educación de Venezuela; las embajadas de Venezuela en Colombia y Brasil; la Decanatura de la Facultad de Humanidades y Educación, fundada por él, de la Universidad Central de Venezuela; y la embajada de Venezuela en la Unesco.

Es así como el presente proyecto de investigación se inscribe en la tradición investigativa del GELCIL y busca compensar esa deuda que tanto el grupo como la historia intelectual colombiana tienen con este ícono de la intelectualidad venezolana. Esta contribución, valga precisar, pone el acento en el estudio de la obra y de las relaciones intelectuales de Mariano Picón Salas específicamente en Colombia.

Resumen del estado del arte²

Para orientar la concreción y definición del objeto de estudio de la presente investigación fue fundamental, primeramente, conocer el estado de la cuestión de los estudios sobre aspectos intelectuales de la vida y obra de Mariano Picón Salas. Este marco general está trazado según los intereses de la historia intelectual, campo de estudios que en relación con la literatura se podría ubicar dentro de la escuela de la sociología de la literatura del paradigma socio-histórico. De esta manera, fue objetivo del artículo de revisión dar un parte sobre los libros, artículos, ensayos o diversos trabajos que se encuentran en una selección de catálogos y repositorios digitales sobre la obra y la vida de Mariano Picón Salas. Esto con el fin, no solo de hacer un balance sobre el estudio

² El siguiente resumen del estado del arte corresponde al apartado “Mariano Picón Salas. Biografía de un intelectual y radiografía de sus relaciones intelectuales” del artículo de revisión titulado “Tras los pasos de la interpretación de la obra y vida de Mariano Picón Salas. Un estado del arte”, realizado como parte de la presente investigación.

del autor, sino también, de encontrar los puntos en los que la academia y la cultura no ha ahondado sobre su vida y obra.

Para ello se llevaron a cabo dos tareas específicas: la primera corresponde al proceso de búsqueda realizado en los motores de búsqueda definidos. En el caso de nuestro objeto de investigación, se decidió comenzar por consultar las dos bibliotecas más importantes sobre temas latinoamericanos: la biblioteca del Instituto Ibero-Americano de Patrimonio Cultural Prusiano (IAI), ubicado en Berlín, Alemania; y la Colección Latinoamericana Nettie Lee Benson de la Biblioteca de la Universidad de Texas (UtexasLib), Estados Unidos de América. Adicionalmente, se revisaron catálogos digitales especializados en temas hispanoamericanos como la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, con sede en Alicante, España; y la Red Iberoamericana de Innovación y Conocimiento Científico (Redib). Para completar esta selección de motores de búsqueda, se escogieron dos bases de datos entre las que tiene disponibles el Sistema de Bibliotecas de la Universidad de Antioquia, la Red de Revistas Científicas de América Latina y el Caribe, España y Portugal (Redalyc) y la Biblioteca Científica Electrónica en Línea (SciELO). Dicha selección se realizó considerando el volumen de información que manejan estas bases de datos en español y con referencia al ámbito latinoamericano. Finalmente, dentro de la dinámica de plantear una investigación se halló un medio no institucional creado y administrado por el profesor Gregory Zambrano, quien es experto en la obra de Mariano Picón Salas, llamado “Los Mapas Secretos. Literatura y Arte”. En este portal web el profesor Zambrano tiene una sección dedicada al escritor merideño llamada “Mariano Picón Salas: vida y obra”, en la cual presenta no solo una selección de escritos del autor sino también una lista de trabajos relevantes alrededor de la vida y la obra de Picón Salas.

Con base en dichas búsquedas se construyó una base de datos propia en Excel con los siguientes criterios: título, autor, año de publicación, ciudad-país de publicación, idioma, datos de publicación (editorial, revista o periódico), y repositorio en el cual se puede consultar.³ La construcción de esta base de datos permitió exponer no solo los porcentajes de cada uno de los anteriores ítems —a partir del uso de tablas dinámicas y demás herramientas de Excel—, lo cual ya comienza a dar una idea sobre el estado de la cuestión, sino también permitió construir las tendencias de las temáticas que más se han trabajado alrededor de este autor y sacar conclusiones,

³ Acceso libre al insumo y al artículo de revisión completo en: https://drive.google.com/drive/folders/1w_WW--IPq6uoZmJky_yd_D9RJG7E18Yt?usp=sharing.

por ejemplo, de expertos sobre el tema, de medios de difusión donde tiene mayor cabida publicaciones sobre este objeto de investigación, o lugares fuera de América Latina en que se trabajan temas de literatura y cultura intelectual latinoamericana.

Partiendo del interés señalado por la historia intelectual, la segunda tarea correspondió a la selección de libros y artículos en los que sus temáticas fuesen: primero, la biografía, ya que uno de los campos de estudios más importantes dentro de la historia intelectual es la biografía intelectual; segundo, partiendo de las propuestas de la historia intelectual se tuvieron en cuenta estudios que indagaran por los aspectos biográficos del autor en relación con otros intelectuales o con la “institución de la literatura”, tal como la define Jacques Dubois en su libro *La institución de la literatura* (Medellín: Universidad de Antioquia, 2014). Ejemplos de esta institución son las revistas, editoriales o universidades; tercero, la correspondencia o los epistolarios otros intelectuales;⁴ cuarto, la labor diplomática de Mariano Picón Salas.

Lo expuesto a continuación corresponde a los hallazgos encontrados en cada uno de los trabajos que resultaron de la anterior selección. Estos hallazgos se presentan como un balance comparativo según cada temática para dar cuenta de su desarrollo.

Mariano Picón Salas. Biografía de un Intelectual y Radiografía de sus Relaciones Intelectuales

Con base en la anterior información, se puede constatar que sobre el autor se mantiene un interés, tanto sobre su obra como sobre su vida o trayectoria intelectual. Así, se puede concluir que existe una base propicia, con fuentes relevantes, para la investigación de Mariano Picón Salas dentro del campo disciplinar de la historia intelectual. Desde esta disciplina se pueden potencia analíticamente las hipótesis y las temáticas de las tendencias en las cuales las publicaciones responden en mayor medida a objetivos culturales y no necesariamente académicos.

De esta manera, partiendo del interés por el autor y por su estudio dentro de la historia intelectual, se ponen en diálogo los 25 trabajos, que pasamos a analizar, pertenecientes a las

⁴ Se excluyeron los estudios donde se lleve a cabo una comparación interpretativa de la obra de Mariano Picón Salas con otros autores.

tendencias: Biografía; Biografía y relaciones con intelectuales o con la “institución de la literatura”; Relaciones epistolares con otros intelectuales; y, Trabajo como diplomático.

Biografías

Sobre Mariano Picón Salas existen dos biografías que se podrían denominar como clásicas, la de Thomas D. Morin, publicada en inglés bajo el título *Mariano Picón Salas* (Boston, 1979), y que deriva de su tesis doctoral en Columbia University (New York), *A peregrination in search of identity in the works of Mariano Picón Salas: A cultural perspective* (1975); y la de Simón Alberto Consalvi, *Profecía de la palabra: Vida y obra de Mariano Picón Salas* (Carcas, 1996). Sobre estas dos biografías, Héctor Jaimes (1998), en una reseña, realiza una comparación entre estos dos trabajos que nos permite hacernos una idea sobre la forma en que cada autor abordó las fuentes para reconstruir la vida de Mariano Picón Salas. A su juicio, la biografía de Consalvi es por mucho superior a la de Morin, puesto que esta última, según sus palabras, es ingenua “ya que su abordaje crítico es muy pobre; Morin omite, precisamente, lo que intenta abarcar: la totalidad” (Jaimes, 1998, p. 183). A diferencia de esta situación, para Jaimes (1998) la biografía-ensayo de Consalvi es colosal en cuanto no solo se ocupa de la vida completa de Mariano Picón Salas, sino también de sus obras.

A pesar de este comentario de Jaimes (1998), es importante revalorar la biografía de Consalvi (1996) a la luz de los avances en materia de investigación social. La biografía de Consalvi (1996) es una valiosa obra de divulgación, una biografía en el sentido clásico del género, en la cual el autor trabaja a partir, no solo de información personal del autor, la cual reconstruye en ocasiones de sus epistolarios, sino también de su papel como diplomático en Praga, Bogotá, México, Río de Janeiro y París. Esta información es contrastada con sus autobiografías y ensayos, no solamente desde el análisis de los textos, sino también desde insinuaciones al contexto social y personal y a las condiciones bajo las cuales se gestan sus obras. Para redondear su trabajo, nos dice Jaimes (1998), Consalvi echa mano de la historia venezolana y la historia contemporánea (p. 184), de manera que pone al autor en contexto histórico como un sujeto en su época, tal como a Mariano Picón Salas le gustaba pensarse. Sin embargo, Consalvi (1996), que en diferentes lugares se ha ocupado de la figura de Mariano Picón Salas, trata muy por encima y sin una adecuada articulación las dos cosas que de manera separada presenta: la vida del autor y su obra. Críticamente, esta

biografía no se adentra en los problemas intelectuales del biografiado, es decir, no toma los problemas intelectuales como los asuntos dinámicos que son. Allí, la vida de Mariano Picón Salas, dividida en veintiséis pequeñas estampas, parece más la historia o el camino de un héroe que de un intelectual, es el recuento de hechos, anecdótico donde se prescindir de los vínculos intelectuales y materiales que propiciaron su obra. Sobre esto último, más que análisis, el autor se dedica a reseñar los libros de Picón Salas. Guardando toda proporción, cumple la biografía de Consalvi (1996) con lo que promete, pero no más que con eso: “Las escribí más como un ejercicio de aproximación y aprendizaje que con el propósito de establecer criterios sobre su personalidad y sobre su obra, que para esto último carezco de los instrumentos adecuados” (p. 12).

Más actual es la biografía que hace Gregory Zambrano (2008) para el volumen 88 de la Biblioteca Biográfica Venezolana —dirigida por el mismo Simón Alberto Consalvi—, del medio *El Nacional* de Venezuela y la Fundación Bancaribe. En esta biografía, que tiene un objetivo más pedagógico y divulgativo, y un estilo más literario, Zambrano destaca la importancia que reviste Mariano Picón Salas para la historia y la cultura venezolanas a partir de su trabajo en pro de fortalecer la educación y la cultura en su nación, de la construcción de una basta obra que cuestionó, reafirmó, comprendió y explicó el ser social y cultural de Venezuela desde una escritura sencilla y un magistral estilo propio. De igual manera también destaca Zambrano (2008) sus relaciones con otros países de América y Europa, y con diversos intelectuales, dando un tinte cosmopolita al semblante que presenta del autor. Este ser venezolano al tiempo que cosmopolita, se refleja en su escritura, de manera que “su obra, por ser integradora, es profundamente venezolana, americanista y universal” (p. 11).

En cuanto a estructura, la biografía que realiza Zambrano (2008) se ciñe a un recorrido cronológico de la vida de Picón Salas, con énfasis en las etapas más importantes y las obras de cada una de esas épocas. Adicionalmente, y ya para finalizar, Zambrano (2008) da un parte del legado intelectual de Picón Salas para Venezuela y América, resaltando que:

Escribió para su presente, pero también para un horizonte que ya no vería, pero que intuyó con la diafanidad de quien por conocer mucho el pasado sabe que los días son repeticiones de los viejos problemas para los nuevos actores. Picón Salas vivió el drama presente de la cultura y nos legó —tal como quiso— la angustiada crónica de sus días. Ése es el drama de las generaciones en todas las épocas, y el reto de las generaciones de los venezolanos en el

porvenir. Su lúcida obra siempre será un inmenso interrogante sobre Venezuela, el continente y su devenir. (p. 137)

Sobre los aspectos biográficos de Mariano Picón Salas, también es pertinente mencionar varios trabajos que, si bien no son textos biográficos sobre el autor, se convierten en fuentes importantes para consultar aspectos de su vida y obra. Entre esta clase de trabajos tenemos: “Contribución a la bibliografía de Mariano Picón Salas”, de Pedro Grases (1965); “Contribuciones a Mariano Picón Salas: cronología vital y bibliografía”, de Santos L. Himiob Aponte (2001); “Cronología de Mariano Picón Salas”⁵ y *Mariano Picón Salas (1901-1965). Fuentes documentales para su estudio*, de Rafael Ángel Rivas Dugarte (2001 y 2008).⁶ Este último trabajo representa una precisa herramienta bibliográfica y una fuente sumamente importante para cualquier investigación sobre el autor, ya que en más de 400 páginas Rivas Dugarte (2008) presenta una indización rica en referencias sobre la cronología de la vida de Picón Salas y la bibliografía, no solo de su obra, sino también sobre su obra. Si bien el autor no hace comentarios a los textos que presenta, la cantidad de detalles, la seriedad de la fuente y la organización del material, convierten el trabajo de Rivas Dugarte (2008) en un punto de partida imprescindible para cualquier indagación sobre Picón Salas.

Biografía y Relaciones con intelectuales o con la “Institución de la Literatura”

Dentro de las tendencias Biografía y relaciones con intelectuales o con la “institución de la literatura”, también se encuentran libros y artículos que se enfocan en períodos y relaciones intelectuales muy específicas en la vida del autor, como su relación con México y Chile.

⁵ Este artículo fue publicado en el número monográfico en homenaje a Mariano Picón Salas del *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, de Venezuela, en el Vol. 84, No. 334, de los meses de abril, mayo, junio de 2001, año en que se cumplía el primer centenario del natalicio del autor.

⁶ La primera edición de este libro apareció en 1981 bajo el título *Fuentes documentales para el estudio de Mariano Picón Salas (1901-1965)*. 27 años después, el profesor Rafael Ángel Rivas Dugarte prepara una segunda edición en la cual no solamente complementa los datos faltantes a la primera edición, sino que también incluye los trabajos que se publicaron durante esos 27 años sobre Mariano Picón Salas.

Mariano Picón Salas y México

Uno de esos casos es la relación de Mariano Picón Salas con México, lugar en donde vivió y se autoexilió durante varias temporadas, como tras la renuncia a la embajada de Venezuela en Colombia luego del golpe militar de Carlos Delgado Chalbaud al presidente electo democráticamente Rómulo Gallegos. En México, Picón Salas entabló importantes amistades, como con el gran escritor e intelectual Alfonso Reyes y colaboró con importantes medios como la revista y editorial *Cuadernos Americanos* y la editorial Fondo de Cultura Económica, donde publicó algunas de sus obras.

Sobre esta relación destaca el libro compilado por Gregory Zambrano (2002), *Mariano Picón Salas y México*, en el cual el compilador realiza una muy diversa selección de textos, donde incluye semblanzas sobre Mariano Picón Salas, entrevistas, polémicas y comentarios, reseñas y críticas hechas por diversos autores. El hilo que une los diversos textos que componen este libro es que los mismos fueron publicados en medios mexicanos. Aunque este libro no se centre como tal en aspectos biográficos del autor en tierras mexicanas, su contenido y selección se convierten en una fuente bibliográfica para comprender la recepción mexicana que tuvo la obra de Mariano Picón Salas y su personalidad.

El trabajo de Tomás Straka (2020) titulado “La aventura mexicana de Mariano Picón Salas: los libros, los exilios y sus redes”,⁷ viene a complementar el libro de Zambrano (2002), pues comprende en toda su complejidad hechos biográficos del autor y sus relaciones con intelectuales o con la “institución de la literatura”. En su artículo, el profesor Straka (2020) comienza por mostrar la forma en que se dio la relación entre Mariano Picón Salas y Alfonso Reyes, quien se convertirá en puente para que Picón Salas acceda al ámbito cultural y universitario mexicano, a partir de *Mundo imaginario* (1927), segundo libro del escritor venezolano. En consideración de Straka (2020), este libro “le abrió el camino hacia Reyes y, con esto, a todo lo que México significó para Hispanoamérica en la primera mitad del siglo XIX” (p. 154).⁸ Un punto que destaca Straka (2020)

⁷ La referencia que aquí usamos es el artículo publicado en el número monográfico, dedicado al escritor de Mérida, de *Presente y Pasado. Revista de Historia*, Vol. 25-No. 50, de la Universidad de los Andes (Mérida-Venezuela). Sin embargo se debe advertir que el texto apareció previamente en el libro *Interacción de los exilios en América Latina y el Caribe (Siglo XX)* (2017), coordinado por Adalberto Santana, del Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe de la Universidad Nacional Autónoma de México.

⁸ Es posible que exista un error en la referencia de Straka (2020), pues es más lógico que se esté refiriendo al siglo XX y no al XIX como se establece en la cita.

de la relación entre Picón Salas y Reyes es que este último “coadyuvará en la proyección de su obra hacia todo el continente” (p. 155).

Describiendo aspectos generales de la aventura mexicana de Picón Salas, comienza Straka (2020) a realizar apuntes interesantes como el hecho de que sus dos libros autobiográficos *Viaje al Amanecer (1943)* y *Regreso de tres Mundos (1959)* hubiesen tenido su primera publicación en editoriales mexicanas (p. 156).⁹ Pero no solo México significó para Mariano Picón Salas una vitrina en el mercado editorial, pues en uno de los pasajes más potentes del artículo, en donde se resalta la importancia del mundo intelectual mexicano para el escritor venezolano, cuenta Straka (2020):

Si Picón Salas pasa de ser aquel joven profesor de secundaria, recién casado y con una niña que debe repartirse en dos o tres trabajos para poder llegar a fin de mes, al “scholar” habitual en las universidades y congresos norteamericanos, y el autor de una obra con seguidores en todo el continente, eso se debió, en buena medida, a que contó con hombres como Reyes y Jesús Silva Herzog, y en vitrinas como el Fondo de Cultura Económica y *Cuadernos Americanos* para sus trabajos. Cuando en 1948 los militares derrocan al presidente Rómulo Gallegos, poniendo fin a un ensayo de tres años de democracia en Venezuela, y Mariano Picón Salas, en señal de protesta, renuncia a su cargo de embajador en Colombia y se autoexilia en México, no tiene, a diferencia de otros que son desterrados o simplemente tienen que huir, problemas importantes para conseguir trabajo, en su caso dando clases en El Colegio de México y colaborando en las ediciones del Fondo de Cultura Económica. (p. 157)

Al igual que *Viaje al Amanecer (1943)* y *Regreso de tres Mundos (1959)*, también *De la Conquista a Independencia*, que sería uno de los libros más importantes del autor venezolano, apareció publicado en 1944 por el Fondo de Cultura Económica. Por su parte, *Europa y América*, una importante compilación de ensayos sobre temas americanos, europeos y su relación, vería la luz en 1947 bajo el sello de *Cuadernos Americanos* —importante empresa cultural que reunía a los más destacados intelectuales del continente—. En estas dos publicaciones, sobre todo, es explícita las relaciones intelectuales que existen detrás de sus apariciones. Como lo expone Straka (2020), sustentado en la correspondencia de Picón Salas, en el caso del libro de 1944 fue crucial la

⁹ Entre los pormenores expuestos por Straka (2020) resaltan datos interesantes del papel trascendental que Picón Salas cumplió para la creación de políticas culturales y educativas en Venezuela.

intervención de Alfonso Reyes ante Daniel Cosío Villegas. Para el caso del libro de 1947, fue fundamental la relación de Picón Salas con Jesús Silva Herzog que comenzó en 1943 cuando el escritor venezolano es invitado a participar en los coloquios de la revista *Cuaderno Americanos* que eran publicados bajo el título de “Mesa Rodante”. Además de la publicación del libro en cuestión, Straka (2020) enlista 19 artículos de Picón Salas aparecidos en esta prestigiosa revista mexicana (p. 161-162).

Más allá de estas relaciones intelectuales, tan cruciales y dicientes del vínculo de Picón Salas con los intelectuales y la cultura mexicana, Straka (2020) expone otra serie de detalles que dejan entrever cómo Picón Salas se convirtió en puente cultural y, en menor medida, político entre la nación venezolana y la mexicana. Si bien el artículo de Straka (2020) es más provocativo que concluyente, es un importante punto de partida para ese capítulo de la biografía intelectual de Mariano Picón Salas que es México.

Mariano Picón Salas y Chile.

Al igual que México, Chile también comportará un importante lugar de formación y trabajo en Picón Salas. En este caso no será aquel punto de llegada que pudo haber sido México y su cultura, sino un punto de partida donde comienza la aventura del pensamiento.

Mariano Picón Salas llegó a Chile en 1923 tras la debacle financiera de su familia. En este país residirá hasta 1936, período en el que realiza sus estudios en el Instituto Pedagógico de Santiago de la Universidad de Chile, trabaja como profesor y se vincula a importantes medios culturales del país.¹⁰

Sobre el capítulo chileno de la vida de Picón Salas existen múltiples trabajos como el clásico libro de Guillermo Feliú Cruz (1970), *Para un retrato psicológico de Mariano Picón Salas*. Libro en el cual, según Agustín Billa Garrido (1970), Feliú Cruz, quien fuere compañero de aventuras editoriales de Picón Salas en Chile, señala diversas actuaciones que tuvo el escritor merideño en Santiago de Chile como: su colaboración para la publicación de distintas obras y compilaciones, la publicación de obras propias entre las que destaca *Intuición de Chile y otros ensayos en busca de*

¹⁰ Sobre las publicaciones chilenas de Mariano Picón Salas existe un importante libro compilado por Delia Picón titulado *Prosas sin finalidad* (Caracas: Universidad Andrés Bello, 2010).

una conciencia histórica (1935), su paso por el Instituto Pedagógico de Santiago, su cercanía a grupos socialistas y anarquistas y su desempeño en la rectoría de la Universidad de Chile junto con Pedro León Loyola y Pedro Godoy, entre otros cargos que desempeñó durante esos años. Aunque el libro también trae consigo reflexiones sobre la labor de Picón Salas en Mérida y Caracas, resulta importante aquella que se enfoca en Chile, sobre todo por ser un relato de primera mano de quien fuera un gran amigo y compañero del escritor venezolano.¹¹

Al igual que en el caso mexicano, también en lo que respecta a Chile el profesor Gregory Zambrano (2021) compila un libro que muestra la relación del escritor con ese país titulado *Mariano Picón Salas y Chile*. Al igual que para el caso mexicano, realiza Zambrano (2021) una selección de diversos textos con la intención, según el compilador, de reunir

una serie de reflexiones, indagaciones, comentarios y valoraciones, a partir de aquellos libros publicados en el país austral, que nos permiten aproximarnos de manera poliédrica al escritor venezolano. Desde la nota bibliográfica escrita al vuelo o la recensión descriptiva, hasta el ensayo sesudo que conecta las amplias derivaciones de los intereses intelectuales del merideño. Puestos en relación nos dan una idea de los testimonios de quienes fueron sus amigos, interlocutores, maestros, críticos e, incluso, adversarios, en quienes a pesar de las diferencias, sobrevive la valoración y el respeto por el hombre de ideas, estudioso y trabajador incansable. (p. 20)

De esta manera, junto con un destacado prólogo de Miguel Ángel Campos, este libro representa, tal como lo afirma Zambrano (2021), “una muestra de lo que fue la recepción de la obra de Mariano Picón Salas en Chile y de sus libros chilenos leídos por autores de diversas procedencias” (p 21).

Con un enfoque más académico se encuentran, sobre esta temática, el artículo de Ioannis Antzus Ramos (2018), “Mariano Picón Salas en Chile. Proyecto político y cultural (1923-1935)”, y el capítulo de libro de Clara María Parra Triana (2016), “Las publicaciones periódicas y la formación del intelectual: el caso de Mariano Picón Salas en Chile”.

¹¹ En 2001 la Universidad de Chile rinde homenaje a Picón Salas por el centenario de su nacimiento con un Acto-Homenaje en el cual se presenta una ponencia titulada “Mariano Picón Salas y el Instituto Pedagógico”, en la cual se destaca la labor del “montañés merideño” en diversos medios culturales del país, y en especial en la Universidad de Chile (Universidad de Chile, 2006).

En el primero de estos trabajos Antzus Ramos (2018) se enfoca en estudiar esta primera etapa intelectual de Mariano Picón Salas, que define como juvenil, a partir de su ideario político y cultural, el cual, señala el autor, se puede deducir de sus ensayos escritos entre 1923 y 1935 en su estancia en Chile (p. 146). La tesis de Antzus Ramos (2018) es que Picón Salas actuó como intelectual orgánico en función de la construcción de hegemonía cultural de las clases medias, alternativa a la hegemonía de la oligarquía. Partiendo de los conceptos de la teoría gramsciana, Antzus Ramos (2018) intenta exponer cómo Picón Salas se vinculó con colectivos sociales en ascenso y a su proyecto político-cultural a partir de su escritura (p. 148). En este trabajo sobre la época chilena del autor venezolano resulta interesante el tratamiento que se le da a una esfera poco explorada de su obra: la política, la cual, excedió el mero plano chileno y se convirtió en un proyecto político y cultural para Hispanoamérica (p. 148).

Por su parte, el trabajo de la profesora Clara María Parra Triana (2016) se centra en un aspecto crucial para la historia intelectual, la relación de los intelectuales con la institución de la literatura, en específico con las revistas, medio esencial para comprender la construcción cultural y literaria de América Latina. Para el caso que le compete, Parra Triana (2016) analiza la relación de Picón Salas con las revistas chilenas *Claridad*, *Atenea* e *Índice*. Dicha relación la muestra la autora en doble vía, pues no solo Picón Salas ayudó al fortalecimiento de estas revistas con su trabajo y sus ensayos, sino que al mismo tiempo estas revistas, como espacios de convergencia cultura de ideas y debates, formaron la personalidad intelectual del escritor. En palabras de la autora, el objetivo de su trabajo es hacer un análisis

de los aportes que el pensador venezolano realizó a las tres publicaciones así como en la reflexión en torno a su etapa de formación tanto en la academia chilena como en el escenario culturalista-literario hispanoamericano. Al ser Picón Salas un activo colaborador e impulsor de estos tres órganos de difusión cultural, se estudiará tanto los mecanismos discursivos de las tres publicaciones en general como las modalidades discursivas que Picón Salas eligió para su participación, tales como los discursos programáticos, los comentarios sobre obras, las respuestas polémicas al correo de las revistas, los ensayos y estudios de largo aliento, entre otras. (Parra Triana, 2016, p. 288)

De esta variedad de publicaciones se puede concluir un interés especial por este período de la vida de Picón Salas y una buena fuente bibliográfica para un estudio más completo.

Relaciones epistolares con otros intelectuales

De Mariano Picón Salas existen al menos cuatro epistolarios publicados: *Mariano Picón-Salas y sus amigos*, compilación realizada por Delia Picón en tres tomos (T.I y T.II 2004, T.III 2006) a partir del archivo personal de su padre; *Odiseos sin reposo. Mariano Picón Salas y Alfonso Reyes (Correspondencia 1927-1959)* (2001), compilado por el profesor Gregory Zambrano; *Epistolario: Briceño Iragorry y Picón Salas* (2001), compilado por Valmore Muñoz Artega; y un libro ya clásico de escritos y correspondencia titulado *Mariano Picón Salas. Correspondencia Cruzada Entre Rómulo Betancourt y Mariano Picón Salas 1931-1965* (1977), organizado por José Manuel Siso Martínez y Juan Oropesa. La publicación de estos epistolarios es fundamental para el estudio de las relaciones intelectuales, pues representan documentos históricos que muestran, no solo los proyectos y redes intelectuales que se tejen, sino también el trato, el afecto, el respeto y la intimidad entre los correspondientes.

De estos trabajos resulta interesante la presentación que hace Gregory Zambrano (2001) a su compilación, titulada “Mariano Picón Salas, Alfonso Reyes y el arte”. En ella comienza Zambrano (2001) por anotar la forma en que se dio la relación entre estos dos escritores y las características generales de su epistolario: circunstancias de los correspondientes según sus ocupaciones y apremios; la admiración, la estima y la confesión; así como la preocupación compartida por la historia y el lenguaje del ensayo. En esta presentación Zambrano (2001) marca una ruta interpretativa de esta correspondencia a la luz de su estudio de la vida y la obra del intelectual de Mérida, de manera que resulta pertinente para cualquier estudio epistolar dadas las relaciones que desde su conocimiento es capaz de establecer.

Sobre este epistolario existen diversas reseñas críticas como la de Adolfo Castañón (2008), “Alfonso Reyes y Mariano Picón Salas: vidas paralelas del humanismo errante en América”; la de Miguel Ángel Campos (2008), “Dolido fervor: Correspondencia entre Mariano Picón Salas y Alfonso Reyes”, y la de Osmar Sánchez Aguilera, “Reseña de ‘Odiseos sin reposo. Mariano Picón Salas y Alfonso Reyes. (Correspondencia 1927-1959)’”.

Por otra parte, sobre la relación de Mariano Picón Salas y Mario Briceño Iragorry existen diversos estudios más allá del epistolario publicado por Valmore Muñoz Artega (2001). Entre estos se encuentran el de Nora Bustamante (2001), “Sinsabores y entusiasmos compartidos.

Correspondencia entre Mariano Picón Salas y Mario Briceño Iragorry 1937-1958”, en el que la autora propone una vía de la relación entre estos dos intelectuales destacando algunas cartas cruzadas entre ambos; el de Rafael Ángel Rivas Dugarte, “Picón Salas en sus cartas para Briceño Iragorry”, en el cual se propone “destacar aquellos elementos que permiten el estudio de algunos rasgos de la personalidad de don Mariano y conocer sobre las relaciones intelectuales y de amistad que existieron entre estos dos escritores” (p. 139); y el de Manuel Suzzarini B. (2009), “Una aproximación a Mariano Picón Salas y Mario Briceño Iragorry”, artículo que se centra en el estudio de la concepción histórica de Picón Salas y pasa a compararla con la de Briceño Iragorry. Estos trabajos, sin duda alguna, muestran la importancia de la relación entre estos dos intelectuales, y el papel destacado que cumplieron para la academia histórica venezolana y su cultura en general.¹²

Para concluir lo concerniente a esta tendencia, es de advertir que el libro de José Manuel Siso Martínez y Juan Oropesa (1997) ha sido ampliamente leído y citado en muchos de los trabajos revisados en este artículo de revisión. Y no es para menos, pues la cercanía entre Rómulo Betancourt y Mariano Picón Salas, figuras centrales del siglo XX venezolano, y que los llevó a compartir el poder entre 1963 y 1964 —Betancourt como Presidente y Picón Salas como Secretario de la Presidencia— hace de este libro un texto crucial para la historia venezolana y para la significación de la relación fraternal, intelectual y política de estos dos corresponsales.

Trabajo como diplomático

Finalmente, otra de las facetas de Mariano Picón Salas que resulta sumamente interesante para el estudio de la historia intelectual es la de diplomático. Su carrera como diplomático atiende a esa condición que Alfonso Reyes (1991) llamó en sus “Notas sobre la inteligencia americana”, al referirse al intelectual latinoamericano, como “un escritor «más» otra cosa u otras cosas” (p. 232); es decir, un escritor en situación. En este caso Mariano Picón Salas se desempeñará como escritor-diplomático o escritor-embajador, pues a pesar de sus obligaciones consulares nunca dejó de investigar, escribir y publicar, combinando ambas responsabilidades.

Dentro de los trabajos que se han dedicado a esta faceta del autor se encuentran el artículo realizado por Delia Picón (2001), titulado “Mariano Picón Salas en la diplomacia”. En este trabajo

¹² Un hecho que resulta relevante es que Briceño Iragorry fue el embajador que reemplazó a Picón Salas en Colombia una vez este renunció en rechazo al golpe de Estado al presidente venezolano Rómulo Gallegos en 1948.

la autora hace una síntesis de la labor diplomática de Mariano Picón Salas en las diferentes embajadas en las que se desempeñó como Encargado de Negocios —Checoslovaquia— y como embajador —Colombia, Brasil y la Unesco—. Esta síntesis deriva del libro en que la autora hace una recolección de informes, textos y cartas que atañen a la labor diplomática de Picón Salas y que se publicó bajo el título *Mariano Picón-Salas, Embajador de Venezuela* (1987). El prólogo a este libro lo hace Simón Alberto Consalvi, quien señala la vinculación del escritor con el hombre de acción política que se enmarca en los escritos de esta selección, mostrando la valiosa labor que cumplió no solo con la cultura venezolana, sino también con la democracia, la política y las instituciones.

Sobre este último asunto aparece una publicación en prensa de Rafael Arráiz Lucca (2020), “Civiles: Picón Salas, los papeles del embajador” en la que de manera muy sintética y partiendo de Delia Picón (1987), hace una comparación entre los documentos de cada una de las misiones diplomáticas en las que participó Picón Salas y lo que estos revelan más allá de su contenido. Muy al vuelo la hipótesis más sugestiva de Arráiz Lucca (2020) se puede hallar en el siguiente fragmento:

Aunque no será el centro de nuestra indagación, advertimos que tenemos presente que los papeles que examinaremos fueron escritos en paralelo con las obras que el notable ensayista escribió en los lugares indicados. Buena parte de la obra del maestro fue escrita en las horas libres que le dejaba la función diplomática. En tal sentido, en algunos casos hallaremos en los papeles el eco de lo que está escribiendo en clave de mayor hondura.

No siempre estuvo en funciones de embajador, de allí que los informes no tengan el mismo tenor, quizás más libres y menos comprometidos serán los de Praga y los Estados Unidos, no así los de Colombia, Brasil, París y México, aunque en esta última ciudad estuvo muy poco tiempo y la muerte casi se lo lleva de este mundo.

Digo sugestiva porque en ella se halla una mirada interesante sobre estos documentos, una mirada al estilo que nos dice que no fueron escritos por cualquier funcionario burocrático de una embajada, sino por un intelectual.

Finalmente, sobre este tema se encuentra un trabajo sumamente interesante sobre la significación de Mariano Picón Salas para las relaciones internacionales. Se trata del artículo de Ana María Maza S. (2002), “Mariano Picón Salas y las relaciones internacionales actuales en

Iberoamérica”. Para comenzar, es de resaltar que este trabajo pone a Mariano Picón Salas en conversación con las condiciones de América Latina en el siglo XX, señalando la actualidad de su pensamiento. De esta manera nos dice que

tanto sus obras como su acción política y ciudadana transmiten, con mayor o menor claridad, una certeza constante sobre las condiciones privilegiadas de los países de esta región para asociarse e integrarse. Para él, la América en español conforma —pese a las diferencias nacionalistas posteriores a la Independencia— un espacio cultural común de irreemplazables potencialidades”. (p. 95)

Maza S. (2002) establece como las preocupaciones intelectuales de Picón Salas, por ejemplo, el “antiimperialismo, realización de la idea nacional americana (grandes bloques políticos y económicos de nuestros países), reforma agraria, economía dirigida, cruzada educacional” (p. 95), fueron llevadas a sus cargos políticos y diplomáticos. Así, el objetivo que se propone Maza S. (2002) es mostrar cómo la formación y el pensamiento de Picón Salas, que se enmarca en sus obras, es un antecedente que se debe tomar en cuenta a la hora de juzgar su labor diplomática, y, más aún, cómo ese pensamiento puede convertirse en una piedra angular para la comprensión de las relaciones internacionales en América Latina.

Problema de investigación

Luego del estado del arte expuesto, donde se hizo énfasis en los trabajos más tendientes a la historia intelectual, se puede apreciar una amplia y variada información sobre Mariano Picón Salas, la cual aborda distintos aspectos de su vida y obra. De la lectura atenta de estos trabajos se puede concluir que sobre Mariano Picón Salas todavía no existe una biografía intelectual, es decir, una investigación que tome la trayectoria intelectual y la obra del autor bajo los parámetros teórico-metodológicos de esta rama de la historia un intelectual.

Sobre la relación de Mariano Picón Salas con los lugares más trascendentes para su formación intelectual, como Venezuela, Chile, México y Europa, existe una importante documentación y una considerable producción académica, como ya se ha venido indicando. Sin embargo, sobre la relación de este autor con otros lugares también importantes como Colombia y Brasil, donde sirvió como embajador, o sobre su papel en la Unesco, la producción es casi inexistente, evidenciando una carencia en el estudio del autor en estos períodos de su trayectoria

intelectual. De esta manera, se puede establecer que falta una mayor documentación sobre las relaciones epistolares, la publicación y recepción de su obra y su papel como embajador en Colombia, donde se destaca su cercanía con Germán Arciniegas; en Brasil, donde se evidenció que existen comentarios de Gilberto Freyre; o ante la Unesco, importante institución en la cual ocupó un cargo directivo.

Además de esta falta de estudios que relacionen la obra de Mariano Picón Salas y sus relaciones intelectuales con Colombia, Brasil y la Unesco, el estado del arte evidencia que la deuda con Mariano Picón Salas dentro de la historia intelectual no es poca. Así, en un estudio como el llevado a cabo bajo la dirección de Carlos Altamirano (2010), y que se publicó en el segundo tomo de *Historia de los intelectuales en América Latina. Los Avatares de la “ciudad letrada” en el siglo XX*, Mariano Picón Salas y la vida intelectual venezolana, que tan prominentes escritores legó a América Latina, brillan por su ausencia. Se evidencia en cambio un importante número de estudios sobre Argentina, México, Brasil, Chile y Perú, en donde se hacen ocasionales menciones —no más de seis— sobre algunas ideas de Picón Salas y sobre su paso por Chile y México.

Solo hasta el año 2021, bajo nuevas perspectivas dentro de la historia intelectual en América Latina, entra Picón Salas a hacer parte de los objetos de estudio de esta disciplina. Se trata del trabajo del profesor Gregory Zambrano (2021) titulado “La dimensión latinoamericana de Mariano Picón Salas y sus proyectos culturales”, publicado en el libro colectivo *Redes intelectuales y redes textuales. Formas y prácticas de la sociabilidad letrada* (2021), coordinado por Liliana Weinberg.

Si bien el trabajo del profesor Gregory Zambrano (2021) pone en la órbita continental el papel intelectual de Mariano Picón Salas y sus trabajos y empresas en pro de la cultura —no solo en Venezuela—, pagando de esta manera una deuda de la historia intelectual con este destacado intelectual, el mismo deja abierta la puerta a la investigación sobre este autor desde las rutas que Zambrano (2021), debido a la intención de generalidad de su trabajo, apenas esboza.

De esta manera, la investigación que aquí se propone se encamina a suplir una de las carencias en la investigación sobre la vida y obra de autor que se ha señalado. En específico, el problema de investigación que se plantea son las relaciones intelectuales de Mariano Picón Salas con Colombia, las cuales se establecerán a partir de la documentación sobre las relaciones epistolares, la publicación y recepción de su obra y su papel como embajador en Colombia. Así, el objetivo de esta investigación es, en palabras claras, establecer las relaciones intelectuales de

Mariano Picón Salas en Colombia como un capítulo de su biografía intelectual. Para llevar a cabo este objetivo es preciso partir de tres frentes:

- El estudio de las relaciones intelectuales y culturales entre Venezuela y Colombia.
- La descripción de las relaciones de Mariano Picón Salas con medios colombianos a partir de los ensayos que publicó en el país, y con personalidades de Colombia a partir de los epistolarios publicados y los que se puedan encontrar en archivos.
- El análisis del papel de Mariano Picón Salas como embajador de Venezuela en Colombia.

Marco conceptual y metodológico

Dado que es propósito de esta investigación analizar la obra del ensayista, profesor y diplomático venezolano Mariano Picón Salas en Colombia, las bases teórico-metodológicas deben estar encaminadas hacia el estudio de los intelectuales en América Latina. Esta rama de la disciplina histórica, denominada bajo el rótulo de historia intelectual, es para el continente latinoamericano un campo de estudio en ciernes. Así lo señala Selnich Vivas (2014) en la presentación del libro colectivo, coordinado por él, titulado *Utopías Móviles. Nuevos caminos para la historia intelectual en América Latina*.¹³ En este libro, el argentino Carlos Altamirano, en el capítulo titulado “Sobre la historia intelectual”, se refiere a la novedad y fecundidad de este campo de estudio emergente en el continente (Altamirano, 2014, p. 16). Es de señalar que Altamirano es uno de los más destacados investigadores de este campo de estudio, y su proyecto *Historia de los intelectuales en América Latina*¹⁴ (publicado en dos tomos), que agrupó a diversos estudiosos del continente, marca un hito para la historia intelectual latinoamericana.

Dentro del campo de estudios que comenzó como una apuesta por el estudio y la investigación de los intelectuales de América Latina, se han consolidado diferentes teorías y métodos para la investigación de los múltiples fenómenos que la historia intelectual se propone estudiar. Una de esas teorías y métodos que se ha venido desarrollando, hasta consolidarse hoy como una de las corrientes más destacadas de la historia intelectual, es la biografía intelectual.

¹³ Vivas, S. (Coord). (2014). *Utopías móviles. Nuevos Caminos para la historia intelectual en América Latina*. Bogotá: Diente de León, Universidad de Antioquia. Facultad de Comunicaciones.

¹⁴ Altamirano, C. (Dir). (2008). *Historia de los intelectuales en América Latina*. Buenos Aires: Katz Editores.

Dentro de la historia intelectual, la biografía intelectual ocupa un campo de estudio importante y reconocido, dado que está en relación directa con la pregunta por la historia de los intelectuales, además de que tiene el privilegio de ocuparse de diversas fuentes históricas para desarrollar sus objetivos, como las cartas, las publicaciones en revistas, las cátedras universitarias, los congresos, la bohemia, etc. De esta manera, se puede plantear que la biografía intelectual integra y se nutre de otras ramas de la historia intelectual como lo son los estudios epistolares, de redes intelectuales, diplomáticos, de revistas y editoriales.

A diferencia de la biografía corriente (que un François Dosse caracteriza como “ilusión biográfica”, o sea, un destino único y compacto), la biografía intelectual enfatiza en las relaciones y redes intelectuales en que se mueven los intelectuales, su relación con el medio, con el poder político, con la “institución de la literatura” —como revistas y editoriales—, y en el contacto con otras culturas y otros intelectuales.

En al ámbito nacional de la investigación sobre intelectuales latinoamericanos, uno de los trabajos pioneros de la biografía intelectual es el de Andrés López Bermúdez, titulado *Jorge Zalamea, enlace de mundos. Quehacer literario y cosmopolitismo (1905-1969)* (2015). En este trabajo, que es el resultado de su investigación doctoral, López (2015) parte de la historia social de la literatura para desarrollar sus análisis. Este marco está orientado por las formulaciones del crítico colombiano Rafael Gutiérrez Girardot, las cuales siguen una perspectiva sociológica; es decir, su trabajo se enmarca en una “historia de la literatura desde una perspectiva sociológica” (p. 3). Dentro de esta perspectiva se encuentran autores como Karl Mannheim y Leo Löwenthal para el caso europeo y Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña para Hispanoamérica.

Retomando las consideraciones de Gutiérrez Girardot, López (2015) plantea que una historia social: “en vez de atender a individuos desvinculados de su contexto, centra además su mirada en formaciones, estructuras, clases o grupos sociales,¹⁵ posibilitando la formulación de análisis y explicaciones” (p. 3).¹⁶ Otro de los planteamientos metodológicos de Gutiérrez Girardot que retoma López (2015) es el análisis de las redes intelectuales, de la función social del escritor y de su contexto histórico-social. Con ello busca López (2015) conjugar autor y literatura, ya que como lo dice el autor citando a Gutiérrez Girardot, la recomendación es “descubrir la vida literaria,

¹⁵ Cabría agregar también las instituciones.

¹⁶ Siguiendo a Gutiérrez Girardot, López (2015) plantea la necesidad metodológica de examinar “las existencias de material hasta ahora no explotado en archivos y bibliotecas latinoamericanas” (p. 4).

esto es, la red de preparación, producción y recepción de la literatura” (p. 6). Es justo este punto donde la historia social de la literatura comienza a dar pie a la historia intelectual, pues al separarse del esquema de los géneros literarios, la historia comienza a preocuparse por el estudio de dos elementos fundamentales de la literatura: “la producción y distribución de libros y la formación o posibilitación del hábito de la lectura” (p. 6).

Como marco conceptual, López Bermúdez (2015) parte de “la categoría de *intelectual* y el concepto de *cosmopolitismo*” (p. 5). La primera de estas nociones es importante retomarla para la formulación de lo que se propone la biografía intelectual. Para su estudio sobre Jorge Zalamea, López (2015) retoma primero las formulaciones sobre el concepto de *intelectual* de Pierre Bourdieu, quien, en *Las reglas del arte*, plantea como características del intelectual “la irreductibilidad de la verdad que defiende, su independencia frente a la razón de Estado, y su distanciamiento de perspectivas meramente teológicas y de poderes corruptores de la conciencia crítica” (p. 5). En segundo lugar, López (2015) complementa esta caracterización con la formulación de Gutiérrez Girardot, quien:

argumenta que en un sentido contemporáneo del término *intelectual*, los escritores se hacen merecedores de portarlo sólo si ejercen independencia frente a la razón de Estado y si actúan como ‘conciencia crítica y moral de la vida social’, reflejando —en su obra y quehacer— rasgos de convicción disidencia, controversia y compromiso. (p. 5)

Como se puede observar de las anteriores anotaciones sobre el trabajo del profesor López (2015), aunque no se plantee o se mencione el objetivo de realizar una biografía intelectual, su estudio puede ser considerado como tal, y en sus planteamientos teóricos y metodológicos están ya las bases de lo que más adelante se constituirá como biografía intelectual.

El mismo año de publicación del libro de Andrés López, 2015, se publicó de igual manera otro libro de suma importancia para la historia intelectual y la biografía intelectual. Se trata de libro de la autora mexicana Aurelia Valero Pie, titulado *José Gaos en México: una biografía intelectual 1938-1969*¹⁷ (2015). Tanto el título de este trabajo, como el nombre del capítulo introductorio, “De

¹⁷ Este trabajo, también derivado de la investigación doctoral de la autora, le ha valido a la profesora Aurelia Pie múltiples distinciones y un reconocimiento como autoridad sobre el pensamiento del filósofo José Gaos y sobre la biografía intelectual.

la biografía a la historia intelectual”, ponen en evidencia la consolidación de una disciplina, la historia intelectual, y de una corriente teórico-metodológica, la biografía intelectual.

En este trabajo, para dar pie a las consideraciones sobre la biografía intelectual, Valero Pie (2015) parte de distinguir las formas y recursos entre la autobiografía y la biografía. Aunque el segundo de estos dos géneros, emparentados por la búsqueda de la identidad personal, pueda partir del primero, no se debe tomar la biografía como la vida del autor en su pureza temporal, y esto lo advierte en repetidas ocasiones la autora, sino más bien como un producto “cercano a la reinención” (p. 15). Es decir, si bien el biógrafo se puede acercar al biografado a partir de las “imágenes que él mismo fue fraguando en el transcurso de sus días y cuyos resultados sucesivos anotó diligente en borradores, diarios, apuntes, correspondencia y diversos pasajes dispersos en su obra” (p. 12), estos elementos son tomados como fuentes que están sujetas a una contrastación histórica en busca de exactitud. Tal como lo expone Valero (2015): “este hecho implica someter cualquier documento, incluidos los de carácter testimonial, a distintas operaciones historiográficas, como lo son el análisis, la crítica y la verificación. Por obra de esos procedimientos, todo vestigio se convierte en ‘fuente’ y, con ello, se transforma su sentido” (p. 15). Con estas consideraciones introduce Valero (2015) la cuestión de las fuentes como punto de partida para la realización de una biografía, cuestión en la que tanto López (2015) como Valero (2015) insisten. De esta manera, uno de los aspectos más importantes para llevar a cabo una biografía intelectual se encuentra en las siguientes líneas:

Si convertir lo latente en patente representa la tarea cardinal de la historia como disciplina, no menos lo es para su vertiente intelectual. A ello responde que la obra de un autor —el aspecto manifiesto— conforme tan sólo el punto de partida para un estudio semejante. El lado oculto o latente se encuentra en todo aquello que la hizo posible, comenzando por los contextos, trasfondos y articulaciones que se sitúan detrás de la palabra impresa. Dicho de otro modo, el desafío consiste en recrear un mundo, tarea insuperable en toda su extensión, pero que constituye la única manera para intentar escuchar las voces que lo habitan. De aceptar esas premisas, el reparo que por lo común se erige contra este género historiográfico, en el sentido de que “por definición, el hombre del pensamiento se da a leer a través de sus publicaciones y no en sus pormenores”, pierde sustento y vigencia. (p. 16-17)

Aunque esta tesis de Valero (2015) sea quizá arriesgada y choque con algunas corrientes textualistas de la hermenéutica, la misma abre la puerta a otra posibilidad interpretativa de la obra de los autores, pues como la misma autora lo plantea, el significado de las obras:

no se agota con lo contenido entre las pastas y que sólo ampliando el espectro de lectura se podrá descubrir que los enunciados teóricos también denotan una respuesta práctica a las problemáticas y circunstancias que una época plantea. Más aún, si todo discurso contribuye a construir significados, ninguno puede sustraerse a las convenciones vigentes, entendiendo por éstas las fronteras, sin duda maleables y con frecuencia invisibles, que en cada momento limitan la representación. Leer entre líneas, de tal modo que el autor aparezca como un enunciante dentro de un entramado discursivo complejo, forma parte de los imperativos exigibles a la llamada “nueva biografía”. (p. 17)

De esta manera, la biografía intelectual pone su foco en cuestiones micro que atañen a la dimensión humana o individual, pero a su vez busca llegar desde ellas a explicar grandes procesos, a partir de las reconfiguraciones de momentos pasados o presentes del biografiado, es decir, su vida se vuelve ocasión de redireccionar la mirada sobre instituciones o eventos históricos, a los cuales se les da un nuevo enfoque y por tanto una nueva explicación que no se hallaría bajo una mirada universal.

Aunque las apreciaciones de Aurelia Valero Pie (2015) están encaminadas hacia su estudio sobre el filósofo José Gaos, las mismas, ya encaminadas dentro de la senda de la historia intelectual, muestran elementos importantes de la biografía como el uso y contraste de las fuentes, y de la biografía intelectual como la reconstrucción de acontecimientos e instituciones.

Más recientemente, el profesor Juan Guillermo Gómez García publicó el resultado de su investigación sobre el período español de Rafael Gutiérrez Girardot en el libro titulado *Rafael Gutiérrez Girardot y España, 1950-1953* (2021). Del primer capítulo de este libro, “¿Qué es una biografía intelectual?”, que se ha alimentado de las más recientes discusiones de la historia intelectual y de la biografía intelectual, retoma el autor algunos planteamientos para el libro colectivo del GELCIL titulado *Ensayos de historia intelectual. Incursiones metodológicas* (2021). En su aporte a este trabajo, titulado “¿Qué es una biografía intelectual? A propósito del caso de Rafael Gutiérrez Girardot”, Gómez García (2021) plantea que en la biografía intelectual:

El autor se juzga no por su curva satisfactoria entre nacer, crecer, madurar y morir, sino por la permanente bifurcación de caminos, creada al paso de las tradiciones culturales en disolución y mutación violenta, las instituciones no siempre estables ni venerables, las sociabilidades frágiles y emergentes, las situaciones extremas y volátiles y las periodizaciones líquidas y advenedizas. (p. 75)

Es así como la vieja biografía de hombres heroicos parece a la sazón de la muerte de Dios planteada por Nietzsche: lo que no es otra cosa que el quiebre de la unicidad del mundo religioso, cultural, político, etc. Para el siglo XX la biografía se enfrenta “como primado metodológico, con un horizonte enrarecido en el plano de la filosofía de la historia, la cual ya no es utópica, o mejor, la cual borró con el nazismo y los campos de concentración la línea entre la esperanza, la emancipación y el atroz exterminio” (Gómez García, 2021, p. 76). Es por ello por lo que a la biografía intelectual le cabe otro capítulo dentro del amplio campo que es la biografía, y se enfrenta con la difícil pregunta: “¿qué puede retener el biógrafo de un filósofo o de un intelectual que no esté ya ahí, en su obra?” (p. 79). Pero esta pregunta, que supone una barrera y un descrédito al biógrafo, es justamente el punto de partida para el análisis, ya que una biografía intelectual

sería más bien un estudio detallado de las relaciones entre los postulados intelectuales o la trayectoria de pensamiento y la praxis intelectual. Esta praxis se refiere a los medios, instituciones y sociabilidades de las esferas de lo público y lo privado; su presencia en los procesos de producción debe contribuir a explicar, amplificar e interrogar los mismos postulados intelectuales. Dicho de otra forma, el acento en la praxis ofrece un amplio margen de acción a la biografía intelectual, pues no solo trata de explicar los contenidos del pensamiento, ya que se puede decir que ellos deben explicarse y explicitarse por sí mismos, sino también de mostrar el dinamismo concreto de las mediaciones sociales, políticas y culturales con sus diversos grados de institucionalización formal (cátedra universitaria) o informal (amistad epistolar). En esas mediaciones los postulados nacieron, se desarrollaron y se fijaron. Además, solo se puede comprender estos contenidos en los soportes propios, no tanto en el sentido de la estilística o retórica argumentativa, cuanto en el de los formatos en que fueron publicados (artículos, reseñas, ensayos, traducciones, lecciones magistrales, entrevistas, conferencias o emisiones radiofónicas). (p. 81)

La anterior cita establece el quid de la cuestión, pues plantea los interrogantes metodológicos, o mejor, los focos sobre los que el biógrafo debe establecer las preguntas de investigación para llevar a cabo las indagaciones que permitan establecer las relaciones biográficas del intelectual.

Por ello, el primer paso para sentar una comprensión metodológica de la vida intelectual de un biografiado es, justamente, establecer las etapas de su pensamiento en función de sus rasgos biográficos. El segundo paso metodológico es contrastar esa trayectoria vital y experiencia de mundo con el transcurrir de su obra en los escenarios del mundo institucional en que ella va siendo publicada, comentada, recepcionada. El tercer paso metodológico es analizar la obra en su relacionamiento con el entorno intelectual latinoamericano, sus relaciones epistolares y su importancia y valoración dentro de los intelectuales en América Latina.

Transversal a estos pasos es la búsqueda e investigación de archivo y bibliográfica ya que permite sentar sobre una base material los análisis, hipótesis y conclusiones. En este mismo sentido, visitar algunos de los lugares donde transcurrió la vida del autor permite hacerse una idea de los espacios, pues estos, junto con el archivo, son la memoria viva en que se enmarca la vida del intelectual.

Presentación de la investigación

Para el desarrollo de esta investigación según los objetivos definidos, fue necesario establecer las fuentes que guiaron las relaciones que se entablaron entre Mariano Picón Salas y Colombia. Dichas fuentes responden a las preocupaciones metodológicas de la historia intelectual, por lo tanto, excede lo propiamente literario e incluye, además de ensayos, informes diplomáticos, entrevistas y correspondencia de Mariano Picón Salas. Esto, sin contar las diversas fuentes bibliográficas que se deben consultar para reconstruir perfiles de autores, personalidades y medios. Como tal, esas fuentes son una parte fundamental de la investigación ya que su definición es la decantación de un trabajo previo de investigación documental, bibliográfica y de archivo, sobre las publicaciones que realizó Mariano Picón Salas en Colombia, de las relaciones que estableció con intelectuales colombianos, de los informes y documentos que se conocen de su período como embajador de

Venezuela en Colombia, de las publicaciones sobre su obra que se han realizado en el país de manera póstuma, y de las entrevistas que concedió a medios nacionales.¹⁸

Así, las fuentes que se presentarán y analizarán en este trabajo responde a la información hallada en los catálogos de las principales bibliotecas del país: Biblioteca del Congreso, Biblioteca Nacional de Colombia, Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Sistema de Bibliotecas Universidad de Antioquia y Sistema Nacional de Bibliotecas Universidad Nacional de Colombia. Además, para establecer las fuentes que se usaron en la investigación, fue fundamental el catálogo bibliográfico de Rafael Ángel Rivas Dugarte, *Mariano Picón Salas. Fuentes documentales para su estudio (1901-1965)* (2008).

El tratamiento de estas fuentes responde igualmente a los principios metodológicos expuestos. Por ello, es necesario tener en cuenta que si bien Mariano Picón Salas es un escritor merecidamente reconocido en América Latina y múltiples son los estudios, elogios y homenajes que se le han hecho a su obra, en el objetivo de trazar los puntos que permiten establecer y entender las relaciones intelectuales de Mariano Picón Salas con Colombia, el tratamiento que se hace de esta personalidad será como intelectual, no exclusivamente como escritor; es decir, no se abordará su obra de manera crítica, exceptuando los lugares en que es necesario, sino desde una perspectiva sociológica que permita indagar por sus condiciones sociales, políticas e intelectuales con relación

¹⁸ Para la construcción de un corpus se realizó un trabajo de archivo para recolectar los informes diplomáticos del período de Mariano Picón Salas como embajador de Venezuela en Colombia, los cuales reposan en el Archivo General de la Nación en Bogotá, en la sección de Archivos Oficiales, Ministerio de Relaciones Exteriores, Diplomática y Consular, Embajada de Venezuela en Colombia, Transferencia 8, Caja 825. Estos informes se complementan con el capítulo “Colombia”, del libro *Mariano Picón-Salas, Embajador de Venezuela* (1987), compilado y editado por Delia Picón y publicado por el Instituto de Asuntos Internacionales y Ministerio de Relaciones Exteriores. Adicionalmente, este corpus responde a una investigación bibliográfica en la cual fue crucial el material encontrado en la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República de Colombia; de su hemeroteca se recuperaron los artículos de periódico y revista aquí presentados los cuales se encontraban microfilmados y físicos. La obtención de los informes diplomáticos y de los artículos de periódicos y revista, para lo cual fue necesario viajar a la ciudad de Bogotá, se realizó gracias al apoyo de la Facultad de Comunicaciones y Filología, mediante Resolución De Decanato No. 8679 del 30 de marzo de 2022 y el Acta 924 del 11 de noviembre de 2022. De esta búsqueda bibliográfica también se obtuvo la información sobre las publicaciones póstumas, cuyos libros fueron obtenidos tras una búsqueda en librerías de segundas en Bogotá. En lo que respecta a la correspondencia de Mariano Picón Salas con colombinos, por un lado se siguieron los epistolarios compilados por Delia Picón en los tres tomos de libro *Mariano Picón-Salas y sus amigos* (2004, 2006), por otro, se realizó la gestión de archivo para obtener las cartas cruzadas entre Germán Arciniegas y Mariano Picón Salas que reposan en el fondo Germán Arciniegas de la Biblioteca Nacional de Colombia, las cuales, lastimosamente, no están clasificadas, por lo que no tienen acceso al público; así mismo, y con las misma suerte, también se realizó trabajo de archivo para recuperar las cartas cruzadas entre Eduardo Santos y Mariano Picón Salas que reposan en la sección de Libros Raros y Manuscritos de la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República de Colombia, sin que la búsqueda arrojara resultados. Finalmente, se entabló comunicación con los descendientes de Roberto García-Peña con la intención de recuperar material no publicado, pero la comunicación no rindió fruto alguno.

a Colombia. En este punto, vale la pena recordar que, según los intereses de la historia intelectual, la biografía intelectual no se centra en tanto en la personalidad o el desarrollo vital del biografiado, como sí en la reconstrucción de las instituciones y relaciones que permitieron el desarrollo de la labor intelectual, al igual que su recepción.

Por ello, se debe precisar que la forma en que se dispuso la información y el análisis responde a un principio temático antes que cronológico. Si bien una biografía establece una exposición de los acontecimientos vitales de manera cronológica y lineal, lo propio de la metodología de la historia y la biografía intelectual es la reconstrucción de los hechos históricos en los que se inscribe la biografía de un intelectual a partir de nuevas fuentes. Es una relación orgánica de principios y consecuencias entre la historia y el hombre. De esta manera, con esta investigación se da una nueva versión histórica, no solo de la vida y obra de Mariano Picón Salas, sino también de su generación y de la política y la intelectualidad colombiana y venezolana.

Teniendo presente cada una de las anteriores secciones de la presente introducción, es importante hacer una consideración final sobre la composición de la investigación. La Primera Parte plantea un marco general de las relaciones de la joven intelectualidad venezolana de la década de 1920 con Colombia a partir de la riqueza de las relaciones entre ambos países, sobre todo en medio de las disputas sociopolíticas de cada una de las naciones. En este marco se inscribe Mariano Picón Salas a partir de su apoyo, primero, y pertenencia, después, al plan político trazado por la denominada Generación del 28 en Barranquilla, cuyo nombre lleva justamente el de la ciudad del caribe colombiano: Plan de Barraquilla. Este documento será la piedra angular a diversas agrupaciones que se derivarán de esa primera camada surgida de los rebeldes del 28 exiliados, algunos, en Barranquilla: la Agrupación Revolucionaria de Izquierda. Si bien Colombia no es más que el telón de fondo dentro de este proceso, las ricas relaciones que se constituirán entre Mariano Picón Salas y Rómulo Betancourt alrededor del plan y de la realidad sociopolítica de Venezuela, dan muestra del intercambio valioso entre los dos países bolivarianos a partir de una institución intelectual como el exilio. Por otra parte, establecer esta discusión alrededor de la renovación política de Venezuela, sirve para comprender el esquemas ideológico y analítico con que Picón Salas comprenderá la disputa entre Eduardo Santo y Laureano Vallenilla Lanz, y posteriormente las revueltas en Colombia a raíz del asesinato de Gaitán mientras servía de embajador de Venezuela en Colombia en 1948.

En la Segunda Parte, se aborda propiamente las relaciones de Mariano Picón Salas con los intelectuales colombianos y la difusión de su obra en medios como el periódico *El Tiempo* —sobre todo desde su semanario cultural *Lecturas Dominicales*—, la *Revista de América* y el semanario *Sábado*. Este apartado establece en propiedad la relación intelectual que tuvo Picón Salas con Colombia a partir de múltiples intercambios epistolares con intelectuales colombianos como Eduardo Santos, Germán Arciniegas, Roberto García-Peña o Rafael Gutiérrez Girardot.

En cuanto a la Tercera Parte, se analiza el papel de Mariano Picón Salas como embajador de Venezuela en Colombia en el período 1947-1949. Período de suma importancia ya que en este tiempo el intelectual venezolano no solo entabló y afianzó nuevas relaciones con otros intelectuales, sino que vivió el acontecimiento de la muerte de Jorge Eliécer Gaitán, el cual le despertó diversas reflexiones en el ensayista venezolano.

Finalmente, en el último apartado de la investigación se ofrece una conclusión sobre lo que significa la inserción de diversas fuentes para estudiar la vida y obra de Mariano Picón Salas, y en específico, cómo las fuentes usadas en esta investigación permitieron mostrar una faceta desconocida del intelectual venezolano con relación a Colombia.

Advertencia

Es importante advertir que las fuentes para analizar la relación entre Mariano Picón Salas y Colombia se pueden reproducir de manera incalculable —notas de prensa o publicaciones desconocidas, alguna correspondencia no publicada, sospechas de amistades, información diplomática que por su carácter confidencial desapareció, etc.—. Abarcarlo todo, decirlo todo, deseos con que se asumen por lo general estos procesos investigativos, siempre son vanos, y lo que se abarca y lo que se dice, no resulta siendo sino lo que las posibilidades permiten. Por ello, aunque ese fuese el deseo, este trabajo no agota todas las posibilidades o aristas de la relación de Mariano Picón Salas con Colombia. Apelando a la honestidad intelectual, es importante advertir que hubo cuatro temáticas que por falta de indicios, de fuentes y de tiempo, se decidió no abordar: la relación intelectual entre Mariano Picón Salas y Hernando Téllez, Jorge y Eduardo Zalamea Borda y Baldomero Sanín Cano.

PRIMERA PARTE

LAS RELACIONES INTELLECTUALES ENTRE COLOMBIA Y VENEZUELA: EL EXILIO COMO POSIBILIDAD

Los estudiantes de Caracas, en breve ciclo de tiempo —apenas un año— hemos asaltado por tres veces consecutivas los reductos de la barbarie. Ha habido el gesto cívico y la asonada violenta; en oraciones fervorosas clamamos por la ensoñada libertad; y una noche de abril, a plomo y sangre, fuimos a conquistárnosla. El fracaso de este intento libertario, obra de un azar del destino, significó para unos la muerte gloriosa, con un grito de “patria libre” en los labios; para otros, la cárcel, con su cortejo de suplicios y de horrores, para unos cuantos —nosotros entre ellos— el destierro, el exilio, el dolor amargo de vivir desde una playa extranjera toda la tragedia de la patria escarnecida, vejada, deshonrada.

(Betancourt y Otero Silva, 2007, p. 27)

Rómulo Betancourt y la generación que con él entró en la historia en 1928 no fueron simples líderes políticos que escogieron esa como cualquier otra profesión. En Venezuela, ellos inventaron la política; y esto, en todos los sentidos que quiera dársele.

(Caballero, 2008, pp. 15-16)

Más allá de la tensión socio-política del presente siglo entre Colombia y Venezuela, de los modelos contrapuestos en que se convirtieron el “Socialismo del siglo XXI” de Hugo Chávez y el Plan para la Paz y el Fortalecimiento del Estado (Plan Colombia) de Andrés Pastrana, primero, y Álvaro Uribe, después, o de las masivas migraciones de colombianos a Venezuela en medio de la bonanza petrolera y de venezolanos, junto con el retorno de colombianos y colombo-venezolanos, a Colombia durante los últimos años, las dos naciones comparten históricamente una identidad cultural-nacional y relaciones intelectuales indisociables. Tres de los fundamentos nacionales-intelectuales son comunes a estas dos naciones hermanas: la Independencia política herencia de Simón Bolívar, el amor por la gramática y las letras que cultivó don Andrés Bello, y la urbanidad que enseñó Manuel Antonio Carreño.

Estos asuntos, propios del siglo XIX, no son, ni menos, ajenos a las dinámicas del siglo XX, época de transición —para usar un concepto clave de la teoría sociológica de Gino Germani—, en el que América Latina asiste al cambio, no sin tensiones, de su estructura colonial-hacendaria-oligárquica por una moderna-industrial-democrática. Para el pasado siglo, las relaciones colombo-venezolanas no dejaron de florecer, y entre ambas naciones el intercambio intelectual fue fluido, dinámico y provechoso. Así, por ejemplo, vale la pena suscitar la posibilidad del estudio de las relaciones intelectuales desde las dinámicas de este intercambio en una de las instituciones intelectuales por excelencia: el exilio.

Partamos de citar un ejemplo paradigmático del siglo XIX para llegar a uno de los acontecimientos que definirá la historia venezolana del siglo XX, vía relaciones intelectuales colombo-venezolanas. En el prólogo que le hace el intelectual colombiano Germán Arciniegas a una de las obras más importantes de un compatriota, el novelista José María Vargas Vila, *Aura o Las Violetas*, para la colección Joyas de la Literatura Colombia, del Círculo de Lectores, plantea Arciniegas una hipótesis que, si bien no desarrolla por el mismo carácter del escrito, resulta sumamente provocativa:

Vivió Vargas Vila en una época en que Colombia y Venezuela eran como un solo país, con una división política muy provechosa. Eran dos compartimientos para uso político: los de la oposición en Colombia se refugiaban en Venezuela para escribir contra el gobierno, y a la inversa. Los regímenes eran cerrados, y había que cruzar fronteras para salvarse. ¡La gran Colombia reformada! Lo que pasaba con Venezuela pasaba con Ecuador. Don Juan Montalvo, para escribir sobre García Moreno, tenía que hacerlo desde Pasto o Ipiales. Vargas Vila, para acabar con Núñez, se fue a Caracas. ¡La nacionalidad se duplicaba! Vargas Vila se recuerda en Venezuela como a uno de los grandes editorialistas del país, en materia venezolana. Todavía se repiten de memoria sus discursos en el cementerio, al enterrar próceres venezolanos, o sus alegatos en favor de la Guayana venezolana —los primeros y más ardientes—. Hasta se le cita como autor de cierta autobiografía de Crespo, encargo que, dicen, cumplió a cabalidad el colombiano. El libro no se encuentra en parte alguna. Más celosos de la gloria de Vargas Vila han sido muchos venezolanos que los colombianos. (Arciniegas, 1984, pp. III-IV)

De la cita de Arciniegas, que *in extenso* evidencia la situación de tan provechosa relación intelectual-nacional de ida y vuelta entre Colombia y Venezuela, resulta interesante aquello de que “Eran dos compartimientos para uso político: los de la oposición en Colombia se refugiaban en Venezuela para escribir contra el gobierno, y a la inversa. Los regímenes eran cerrados, y había que cruzar fronteras para salvarse. ¡La gran Colombia reformada!” (Arciniegas, 1984, pp. III), pues el planteamiento de Arciniegas se comprueba si lo aplicamos a aquel destacado político e intelectual venezolano que fue Rómulo Betancourt.

Betancourt tuvo, como lo insinúa un artículo de Mirela Quero de Trinca (2008), “una vida de exilios” (s.p.). Exilios, en plural, pues el arquitecto de la democracia venezolana tuvo que salir en cuatro ocasiones del país, mayormente a causa de su orientación política o por oposición a los gobiernos militares y de facto. Las modalidades del exilio fueron diversas: “huida, expulsión, asilo diplomático y por decisión propia” (s.p.). En total, estos exilios significaron 26 años de los 73 que vivió. Lejos de menguar la voluntad y los objetivos políticos del líder venezolano, los exilios, como lo refiere Quero de Trinca (2008), fueron “pausa en la lucha, que Betancourt supo aprovechar para la formación y evolución de su pensamiento y obra política” (s.p.). En lo que sigue, nos referiremos al primero de los exilios de Betancourt (1928-1936).

A la tragedia del exilio de Betancourt se suma Mariano Picón Salas por causas que expondremos más adelante. Baste aquí hermanar por vez primera a estas dos figuras del siglo XX venezolano. En el estudio “La odisea de un venezolano” (1931) de Ricardo A. Latcham, que abre la segunda edición (1940) de *Odisea de Tierra Firme* (1931) de Picón Salas, el autor chileno no solo define al venezolano como “el novelista más representativo de la tragedia civil de la Venezuela gomecista”, sino que señala esta tragedia redundando en la tesis de Arciniegas que antes expusimos, esta vez, con nombre propio:

Nadie se escapa en Venezuela del imperativo civil. Bajo el régimen de Gómez, los escritores más representativos comen el pan magrísimo del destierro. Colombia está llena de venezolanos, hasta el extremo que en Cúcuta, pueblo fronterizo, hay más deportados voluntarios o reales que nativos. En París se hallan los criollos de abolengo, los rígidos “patiquines”, en cuyo cenáculo pontifica sobre mundología Teresa de la Parra. Por fin, en el vasto continente americano, sobre todo en las Universidades yanquis, permanece la flor

de la juventud venezolana al aguaito de la tierra abrumada por el despotismo más brutal que recuerda la historia. (Latcham, 1940, p. 9)

Volviendo a Betancourt, su primer exilio es trascendental, tanto para su historia personal como para la historia venezolana, pues en la vida de este agitador de la democracia y en la historia político-nacional de Venezuela hay un episodio que, tanto para el político como para la nación, es constitutivo: el Plan de Barranquilla. Este primer acontecimiento permite situar la importancia, por un lado, del exilio, y, por el otro, de las riquezas de la frontera, nacionalidad, cultura e historia compartida entre Venezuela y Colombia.

Para el caso de esta investigación, el Plan de Barranquilla es, junto con un comentario sobre Rafael Maya, “Un nuevo gran poeta de Colombia: Rafael Maya” (1927), y varias imágenes de su libro *Odisea de Tierra Firme* (1929), escritos y publicados durante su formación en Chile, los primeros contactos importantes con Colombia de Mariano Picón Salas, vía adhesión al Plan y correspondencia con Rómulo Betancourt.

I. ¿Cómo se hace un individuo?

Para hacer una biografía intelectual cualquier documento que nos ayude a desentrañar la personalidad y carácter del biografiado resulta trascendental. Mariano Picón Salas, para suerte de todos sus lectores, fue además de biógrafo de Miranda, Cipriano Castro, Simón Rodríguez y su amigo Adriani, sobre todo de sí mismo y su generación.¹⁹ Este contraste entre el narrar a otros y narrarse a sí mismo no es una mera curiosidad literaria, sino que denota el denodado esfuerzo por comprender la sociedad a la que asiste y a sí mismo dentro de ella. Planteemos la discusión.

El tema central alrededor del que giran las discusiones sociológicas, al menos hasta la pasada centuria, es la conformación de la sociedad moderna desde sus diferentes manifestaciones interrelacionadas: asenso de la burguesía, Estado moderno burocrático, industrialización, capitalismo, democratización, masificación, individuación, etc. En medio de esta discusión se encuentra la pregunta por las condiciones que permitieron el cambio en las estructuras en el paso del mundo rural al mundo urbano. Pero esta discusión, apenas enunciada, no es exclusiva de la

¹⁹ Sobre *Regreso de tres mundos*, Germán Arciniegas (1959) escribe una reseña en la que plantea que esta autobiografía “podría señalarse como documento humano ejemplar de la generación de 1920” (p. 4).

sociología, aunque sea patente en este campo, sino que subyace también al desarrollo de la ciencia desde aquella experiencia autobiografía del pensamiento de Descartes en el *Discurso del método* (1637) o desde las narraciones de los literatos realistas, en especial los franceses del siglo XIX, donde destacan Honoré de Balzac con *Las ilusiones perdidas* (1837) y en menor medida el Víctor Hugo de *Los Miserables* (1862). En América Latina esta discusión no es ajena, aunque sí tardía en el campo de las ciencias sociales debido al lento, o postergado —para usar la tesis del profesor Rubén Jaramillo en *Colombia: la modernidad postergada* (1998)— avance de la modernidad en el subcontinente americano. Un claro ejemplo de esta discusión desde el campo literario en América Latina lo configura nuestro autor, quien en su importante empresa autobiográfica nos dice:

Pero si la herencia y el ejemplo de los mayores fueron acaso muy útiles en tiempos sosegados, estáticos y remotos, en que se nacía y se seguía siendo conde, guerrero o labrador, tal vez sirvan poco en épocas de tan accidentada mudanza histórica y casi imprevisible espanto, como la que nos ha tocado vivir. Si mi abuelo marchaba en mula por los fragorosos caminos de los Andes y hacía testamento y dejaba numerosas previsiones sobre su familia y bienes cuando tenía que llegar a la costa —entonces tan lejana—, mi padre ya viajó en automóvil y yo lo hice en avión. A nuestros sucesores acaso les esperan los cohetes interplanetarios. ¿Y estos cambios en las técnicas que influyen el *tempo* y ritmo de vida no condicionan —aunque indirectamente— todo un estilo de conducta? (Picón Salas, 1987, pp. 134-135)

Con este pasaje nos introduce Mariano Picón Salas al problema que subyace tanto a su aventura autobiográfica como a su obra en general. Si bien los ensayos de este gran intelectual venezolano son las balas de un francotirador —como el mismo se metaforiza en su “Pequeña confesión a la sordina” (1953)— que apunta a resolver los problemas del siglo XX latinoamericano, las mismas dan en el blanco en cuanto sabe ponerse en situación histórica, y no solo hablar desde la tradición literaria, histórica y filosófica, es decir la erudición, a la que todos tenemos acceso como parte de la herencia de la humanidad.

Un intelectual en situación, para retomar la idea de Alfonso Reyes (1991), es Picón Salas. Es justo ese estar en situación lo que lo llevó a cultivar uno de los géneros más humanos, en cuanto a lo íntimo, de la literatura: la autobiografía. Es justo ese estar en situación lo que lo llevó a convertirse en un maestro de la autobiografía en América Latina, heredando un género que ha dado

grandes obras literarias para el continente desde ese también provinciano Domingo Faustino Sarmiento en sus *Recuerdos de provincia* (1850) —donde expone a partir de su experiencia personal las condiciones sociales de la primera mitad del siglo XIX—, hasta *Confieso que he vivido*, de Pablo Neruda.

En sus autobiografías, *Viaje al amanecer* (1943) y *Regreso de tres mundos. Un hombre en su generación* (1959), Picón Salas nos introduce literariamente a los problemas del siglo XX. En su magistral tratamiento y exposición de estos problemas se acentúa el carácter autobiográfico de las obras de Picón Salas, fortaleciendo, de esta manera, el corpus de este género literario para América Latina.

Viaje al amanecer o los albores del siglo XX.

En el primero de los doce tomos que constituyen la Biblioteca Mariano Picón Salas de la editorial venezolana Monte Ávila Editores, denominado “Autobiografías”, se compilan junto a *Viaje al amanecer* y *Regreso de tres mundos* un pequeño texto titulado “Pequeña confesión a la sordina”, texto que si bien escribió Picón Salas como introducción a la primera compilación de sus *Obras Escogidas* en la editorial Edime en 1953,²⁰ debido a su carácter testimonial lo ponen como abre bocas del tomo y de la serie en general. En este texto ya nos cuenta Picón Salas de sus avatares, como su paso de la riqueza a la pobreza, o su trashumancia que va de Venezuela a Chile, Europa, Estados Unidos, México y Sur América. Junto con estas consideraciones, encontramos un elemento interesante respecto a aquello que se busca en las autobiografías: la intencionalidad introspectiva. En “Pequeña confesión a la sordina”, expresa Mariano Picón Salas (1987):

No olvidé, sin embargo, mi verde altiplanicie andina guarnecida de cumbres nevadas, de donde se desgajan blanquísimos ríos torrentosos, y mi vieja ciudad de arriscados aleros y campanarios donde en el tiempo de mi infancia aún se vivía en un sosiego como de nuestro colonial siglo XVIII. Esto —lo confieso— siempre produjo en mi espíritu conflicto entre mis ideas y mis emociones, porque si la inteligencia aspiraba a ser libérrima, el corazón permanecía atado a esa como añoranza de un paraíso perdido. Escribí un librito, *Viaje al amanecer*, como para librarme de esa obstinada carga de fantasmas y seguir “ligero de

²⁰ Es importante mencionar que este pequeño ensayo autorreferencial fue publicado en el suplemento literario de *El Tiempo* el 21 de octubre de 1952.

equipaje” —como en el verso de Antonio Machado— mi peregrinación por el mundo. (pp. 3-4)

En esta referencia a *Viaje al amanecer*, autobiografía que trata de forma narrativa su infancia en Mérida, y que nos muestra los complejos culturales en los que se forma la inteligencia de los niños y jóvenes de las provincias y los campos, que para entonces debía ser el la mayor parte del territorio latinoamericano, Mariano Picón Salas aborda una cuestión central del siglo XX y de la sociedad burguesa, y que de distintos modos se relaciona con la autobiografía: el sentido de la temporalidad. No solo en el párrafo antes citado describe el autor ese lento transitar del tiempo que diferencia la vida de las provincias de la vida de las ciudades, en donde se experimenta a mayor velocidad, si no que, en su inicio, se evoca a una figura regional cuasi mítica del tiempo, Maricastaña. Con la dedicatoria a Maricastaña en *Viaje al amanecer*, esa especie de figura intemporal que abarca todas las edades del tiempo pasado, que se refiere a lo antiguo que todavía existe y que, por tanto, encierra la tradición, se introduce Mariano Picón Salas al mundo histórico, es decir, expresa su conciencia moral sobre la forma de participar de la historia que se decanta en su presente.

Maricastaña fue para mí mucho más que un refrán español: mi infantil animismo la transformó en fantasma o en sujeto histórico. Maricastaña era, por ello, la versión femenina del tiempo: la personificación de las generaciones que pisaron esos gastados ladrillos, que amarraron sus cabalgaduras en los pilares del corredor cuando se iban a la guerra, a los lejanísimos viajes a Caracas o Bogotá y cuyos pomposos retratos —levita negra, barba de león— parecían mirarme y asustarme en la penumbra de la sala. (Picón Salas, 1987, p. 13)

Quizá esta forma de comenzar su autobiografía de infancia no sea gratuita, ya que el tiempo, que sería tema de la fenomenología de Heidegger, de la narrativa de Proust, o cuestión central de la mera existencia del hombre más allá de la sociedad, como lo muestra la novela de Dalton Trumbo *Johnny cogió su fusil* (1939), es cuestión fundamental en la comprensión del siglo XX en América Latina. En especial la tensión entre pasado y presente, entre hacienda y ciudad, entre sociedad tradicional y sociedad de masas, está en la base de las discusiones sobre la sociedad latinoamericana del siglo XX, que, bajo los conceptos sociológicos de Gino Germani (1962), se encuentra en una época de transición. Diciente de la conciencia de esta transición es el lema del colegio en Caracas

al que quieren enviar a estudiar el bachillerato a Mariano Picón Salas: “A nuevos tiempos, nuevas necesidades y nueva educación” (Picón Salas, 1987, p. 127).

De esa transición de la sociedad tradicional a la sociedad de masas hace parte el rezago castrense que caracteriza a la sociedad venezolana, de Miranda a Chávez, y que para el tiempo en que transcurre la infancia de Picón Salas se encarna en las figuras de Cipriano Castro y Juan Vicente Gómez. Y es que, aunque precursora de la Independencia y vecina de la civilista y republicana Colombia, solo hasta 1948 Venezuela no gozó de un gobierno civil-democrático, el del gran novelista Rómulo Gallegos; experimento que duró nueve meses pues en ese mismo año es derrocado Gallegos, y vuelve a Venezuela la dictadura militar bajo el mando de Carlos Delgado Chalbaud.

De esa historia de caudillos militares bebe y participa Picón Salas como escritor y como hombre público. Del primero quedan hoy dos notables obras, además de multiplicidad de ensayos, que consagraron al autor como un biógrafo, que más que novelar una vida o recontar hechos crea retratos psicológicos, históricos y sociológicos de los biografiados, se trata de los libros *Miranda* (1946) y *Los días de Cipriano Castro* (1953). Del segundo se destaca su oposición al gobierno de Juan Vicente Gómez, que comienza a perfilar su postura liberal —influencia de su abuelo, su padre y de Monsieur Machy— que hará explícita en la motivación de *Regreso de tres mundos* en contra de la derecha fascista y la izquierda estalinista, su compromiso con el Plan de Barranquilla, su apoyo a Rómulo Gallegos y Rómulo Betancourt, sus cargos en el gobierno y sus servicios como diplomático de Venezuela.

Es por ello que uno de los temas que se muestra en varias partes de *Viaje al Amanecer* es justamente las consecuencias sociales y culturales de las guerras federales, que hicieron retornar a su abuelo Pablo de París en 1860 y que, a falta de orgullo por su título de medicina obtenido en Francia, le reprochan el conocimiento médico por falta de formación militar y sus libros por su poco valor frente a los fúsiles.²¹

Dos son los personajes que destacan entorno a las luchas civiles o guerras federales. La primera es Josefita, pariente de la familia que fue despojada de sus posesiones en Barinas por ser de familia conservadora, una beata que no se casó por esperar a un novio que nunca regresó de una

²¹ “Su abuelo materno fue el doctor Federico Salas Roo, médico graduado en Francia, también escritor. *Es el abuelo ‘volteriano’ que aparece en Viaje al amanecer*, dice Sucre” (Consalvi, 1996, p. 17).

misión de mensajería militar en la guerra federal en 1860. Josefita encarna las consecuencias de las guerras civiles del siglo XIX latinoamericano: las viudas y los desplazados. El segundo es el mocho Rafael, ese contador de historias que ha creado una fábula alrededor de su dedo mocho, que se enmarca en los reclutamientos campesinos para los ejércitos revolucionarios del General Castro. Reclutamientos campesinos precisamente porque, como lo expresa el Mocho Rafael, “siempre la pagamos los pobres pioneros. Porque esos señores jefes hacen la guerra con nosotros, los niguatosos” (Picón Salas, 1987, p. 36).

El parteaguas o bisagra que se ubica entre estos complejos culturales tradicionales y los modernos, lo encarna para Picón Salas su abuelo, que gracias a su posición económica estudió medicina en Francia y gozó de la cultura europea al igual que de la hispanoamericana. Hombre culto y de posición dentro de la sociedad merideña, el abuelo encarnaba para Picón Salas la seriedad del mundo, seriedad que se ubicaba en la biblioteca y el escritorio. Así, el abuelo Pablo, con sus libros y revistas francesas, sus conversaciones con ese otro personaje relevante que será el *communard* Monsieur Machy, sus referencias a Séneca y Luciano, que le valen el calificativo de materialista, rompe la monotonía de la vida tradicional de Mérida y tiende un puente con la modernidad. Para Picón Salas, el abuelo Pablo representaba la gran figura de su infancia, y a la luz de sus historias y ocurrencias, encontró desde muy pequeño el gusto por la palabra. Es por ello que la muerte de su abuelo fue la primera gran pérdida que sufrió en aquellos años infantiles y que, junto con una grave enfermedad y su poca habilidad manual, formaron su temprano carácter imaginativo pero racionalista, de lectura, meditación y contemplación.

Si Josefita y el Mocho Rafael son ese peso de la tradición y el abuelo es la bisagra hacia la modernidad, es precisamente el republicano Monsieur Machy, Doctor Fausto de Mérida y “enemigo personal de los reyes de todos los tronos que levantó el Derecho Divino”, quien viene a completar la triada temporal de la infancia de Picón Salas. Monsieur Machy será la mayor conciencia del siglo XX que conocerá Mariano Picón Salas en su infancia. Este primer maestro de Picón Salas,²² que, como Simón Rodríguez a Bolívar, lo introducirá en la cultura antigua y las ideas de la modernidad, que se alegra cuando de París llegan noticias de los atentados anarquistas contra el zar de Rusia o el rey de España —y no por anarquista, sino porque “no es posible que a esta

²² Monsieur Machy fungirá como instructor privado del niño Mariano Picón Salas hasta que está en edad de ingresar al bachillerato.

altura de la civilización y del progreso gobiernen semejantes muñecos” (Picón Salas, 1987, p. 42)—, enmarca uno de los pasajes de mayor contenido sociológico:

Hasta en Mérida, en las palabras de Monsieur Machy, se levanta ya el alba esplendorosa del siglo XX. En Mérida se han dado ya las primeras funciones de cinematógrafo. Es algo mucho más movido e interesante que la linterna mágica. A Caracas ha llegado el primer automóvil y lo posee el Presidente de la República. En Francia se hacen ensayos de aviación. Estos cambios en la técnica según Monsieur Machy, también influirán en la sociedad.

—La vida se transforma, don Pablo —comenta Monsieur Machy—. Y antes de que el siglo se haga viejo, veremos profundas reformas en lo material y en lo político. Se destruirán los últimos tronos y la ciencia conseguirá una repartición más justa de los tesoros de la tierra. Yo lo espero desde que peleé en la Comuna de París, hace treinta y siete años. Solo usted puede comprenderme en esta ciudad que todavía parece vivir en la Edad Media.

Y una dimensión nueva —el progreso—, que yo había advertido ya en algunas tarjetas postales con casas de muchos pisos, con trenes que arrastran poderosas columnas de humo, tarjetas que remitían a mi abuelo amigos suyos en viajes por el extranjero, se incorporaba a mis experiencias infantiles. (Picón Salas, 1987, pp. 42-43)

Este es, sin duda, uno de los núcleos centrales de la experiencia que abre a Picón Salas el mundo que luego recorrerá y del que él mismo participará como intelectual errante y cosmopolita. Con esta entrada “esplendorosa” en el siglo XX, se entra precisamente en el siglo de la técnica, conciencia que definirá los destinos de la humanidad en todos los aspectos, comenzando por los cañones y las armas químicas en las trincheras de la Primera Guerra Mundial hasta el alunizaje, pasando por la bomba atómica.

De Monsieur Machy, valga la pena comentarlo, hay al final del libro un cuadro de importante significación política: sin que se hubiese producido aún la Revolución Soviética de 1917, pues Monsieur Machy muere a inicios de 1916, ya este viejo *communard* entendía los movimientos históricos que se producían en Europa en el marco de la Primera Guerra, por lo cual, con profética clarividencia sentencia: “ustedes verán, el triunfo del socialismo. Yo no llegaré a ello” (Picón Salas, 1987, p. 126). Es justo la conciencia de esta guerra uno de los factores que

definen el futuro de Mariano Picón Salas al decidirse su traslado a Caracas para que concluya su primera formación:

Según los cálculos de mi padre, que a mí también me han convencido, en dicho Colegio podré concluir mi bachillerato y aprenderé otras cosas que, como la lengua inglesa, son ya una ineludible necesidad de la época. “Si triunfan los aliados, hay que saber inglés”, dice mi padre. Y naturalmente que triunfarán los aliados. (Picón Salas, 1987, p. 127)

Retomando la cuestión de la técnica, en contraposición a su avance, que es el triunfo de la ciencia, se encuentra la superstición de las “Pintas del Año” o cabañuelas, la santería de la Semana Santa, la relación de los eventos naturales, como terremotos, con los pecados de las gentes y el fin del mundo o la llegada del anticristo con el paso del cometa Halley. Superstición encarnada en la figura de la beata y rezandera Eudocia, contracara de Monsieur Machy, quien “era la voz de la ciencia que se oponía a la voz de la superstición” (Picón Salas, 1987, p. 89). Pero más allá de la superstición que encerraba el paso del Cometa Halley en 1910, ya tenía claro Picón Salas que aquel cometa no significaba otra cosa que la exactitud de la ciencia astronómica, que debía a Edmund Halley el primer cálculo de la órbita de un cometa.

Con los avances de la técnica se consolida y enseñoorea un nuevo renglón de la economía, el petróleo. Con este avance, Venezuela, que se destacaba por ser uno de los países de mayor desarrollo agrícola durante la Colonia, y esto lo establece el mismo Picón Salas en su *magnum opus De la conquista a la independencia* (1950), refunda su estructura económica para erigirla sobre la base del petróleo. Con esta nueva recomposición de la economía venezolana, se genera un cambio cultural en las generaciones que nacen con el siglo XX, y es que les corresponde darse al aprendizaje de la administración del mundo económico que gira alrededor del petróleo, cuestiones no solo técnicas sino también administrativas que sugieren ya una forma empresarial de la industria moderna. Es de esta manera que terminará el relato de *Viaje al amanecer*, con una intuición sociológica que, para el propio Picón Salas, se convertirá en drama familiar y social.

Unos ingenieros norteamericanos comienzan a explotar el petróleo y gentes de todo el país acuden a los improvisados campamentos que se establecieron en las orillas del Lago de Maracaibo. Será la riqueza del siglo XX. El petróleo necesita abogados que lo denuncien, técnicos que lo perforen y muevan sus máquinas, dibujantes y oficinistas que marquen, con su buen pulso y mejor letra, la curva de sus millones. Varios muchachos de la apacible

Mérida se dirigen, también, al vértigo de la explotación petrolera. Hasta en las que fueron nuestras silenciosas montañas la época parece más veloz, más audaz, menos bien educada. (Picón Salas, 1987, p. 127)

Una generación en busca de modernidad

Claros son los puntos que delimita Picón Salas en su primera narración: la política venezolana y europea, la técnica, la ciencia y el cambio en la economía. Es así como el subtítulo de su segunda empresa autobiográfica, menos narrativa y más ensayística, no puede ser más acertado: “Un hombre en su generación”. El valor de tal título ya marca un asunto que será determinante en las primeras páginas de *Regreso de tres mundos*, y es el distanciamiento, por un lado de la sociedad del siglo XIX, y por el otro de la mentalidad y comportamientos de la sociedad hacendada. Cuestiones todas que tienen que ver con el surgimiento de la sociedad de masas y su experiencia, que es la ciudad masificada —ya no la Mérida sosegada de su infancia—, y el desarrollo de la técnica, como ya se venía anunciando desde *Viaje al amanecer*.

Está justamente Mariano Picón Salas en medio de la transición socio-cultural de una sociedad tradicional, que comprende un complejo cultural hacendado, hacia la sociedad moderna con un complejo cultural moderno. Uno de los méritos autobiográficos de Picón Salas se encuentra justo en la conciencia que tiene de su época, es decir, de la conciencia de esta transición. Sentir el peso de la tradición y romper con ella marca el quiebre con la herencia de su familia hacia el final de su adolescencia. Es así que esa conciencia de la transición es también un signo revolucionario en aquella generación en América Latina que con el siglo XX entraron a la modernidad, con todo lo que esto significa vital e intelectualmente. Nuevas ideas, tecnificación del mundo, socialismo soviético, nacionalismo y fascismo, existencialismo... Todo aquello que hizo parte del pandemónium que fue el siglo XX.

Romper con la tradición significaba romper con la asfixiante ceremoniosidad religiosa y las taras morales que la religión cristiana implica. Era también romper con la inocente, dada y predispuesta vida familiar, y a partir del cultivo del pensamiento, ese proceso interior de individuación, romper con aquellas relaciones que se quedaron ancladas en el pasado, que seguían la tradición, o que simplemente ya no armonizan con el nuevo ser, atravesado de herida fatal por el *cogito ergo sum*.

Nos llaman raros y empezamos a perder los primeros amigos. O nos dolía ante ellos que la inteligencia escrutadora, esa ansia diabólica de penetrar la corteza de lo aceptado, se adelantase a sus visiones y sus juicios, o destacara otro rostro —quizá excéntrico— de la realidad. (Picón Salas, 1987, p. 153)

Este proceso de individuación, que no es otra cosa que la llegada a una consciencia burguesa del mundo y de la sociedad, es un fenómeno generalizado y marca el paso de una mentalidad hacendaria a una mentalidad burguesa. Con él el sujeto se convierte en individuo. Con él el individuo rompe las cadenas de la tradición y se embarca en la aventura de decidir su propio camino. Por ello, no es de extrañar las metáforas que utiliza Picón Salas para referirse a este proceso: la invocación a lo demoniaco, una reinención del Fausto de Lessing. La escena da la vuelta a la tradición y reivindica la figura del maldito Caín, primer héroe de sí mismo.

Un nocturno y diabólico instinto de individuación nos sopla —para distinguirnos de los demás— las más enrevesadas tentaciones. Hay un complejo de Caín de separarse del grupo, de aislarnos, con nuestro remordimiento o nuestra culpa, por los caminos hollados que conducen al mal y la aventura. Frente a Abel, siempre sumiso, al lado de los suyos, recogiendo el rebaño y trasquilando la mansa lana de las ovejas, el inquieto Caín se aleja con su imaginación sombría. [...] Piensa Caín que aquél ya no es el paraíso terrenal, y que más allá del pequeño límite donde se estanca el triángulo de cuero de la tienda, y cada oveja tiene su propio nombre y el sol se tiende sobre la heredad paterna como un buey cansado, le espera un mundo alucinante, inédito y monstruoso que es acaso el mundo de la culpa o del mal. O del que uno quiso hacer, a su imagen y semejanza, desafiando a Dios. (Picón Salas, 1987, p. 153)

Junto con estos motivos, y de manera complementaria a aquella formación de la personalidad de Picón Salas, existe tras bambalinas una cuestión que el autor no deja de omitir y es la condición moral de su generación. Una generación que ha visto la “banalidad del mal”, para usar un concepto de esa fuente y conciencia moral del pensamiento político que fue Hanna Arendt, y que ha roto los moldes de la filosofía del progreso, no pueda ya hablar de lo bueno con la candidez que se hacía antes de las trincheras de la Primera Guerra Mundial y de los campos de concentración nazis, y debe considerar la maldad como signo del destino. Por ello, a cualquier consideración sobre la vida propia, le antecede una consideración ética referente al clima moral de la época, el

cual, en tiempo de Picón Salas, ya no estaba marcado por lo más excelso de la inteligencia europea. Ya Europa no era ese referente de civilización.

Como en la novela de Dostoievski que hace ochenta años anticipó el apocalipsis de nuestros “tiempos revueltos”, cualquier bachiller de provincia se siente capaz de hacer saltar el mundo. En metáfora poco barroca podemos decir que habiendo roto la cápsula de valores universales que las protegía, o el último fin ético que las explicaba, las fuerzas que mueven la Historia o la conducta humana se hicieron completamente autónomas y amenazantes, como el plutonio liberado. (Picón Salas, 1987, p. 139)

Ante esta situación, que Picón Salas (1987) expresa de la siguiente forma: “ya no bastaría mirarnos en el espejo de una Europa hermosa y arquetípica para huir de nuestra propia congoja — como los estetas del modernismo— porque tan limpio cristal de la civilización también estaba foscamente empañado” (p. 163), fue Picón Salas una conciencia ética para América Latina. Desde su liberalismo, que recuerda al de un John Stuart Mill y que se evidencia de manera patente en sus ensayos compilados bajo el título *Los malos salvajes* (1962), especie de testamento político, nunca dejó de defender Picón Salas los valores universales del humanismo en medio de una época en que el liberalismo burgués estaba en descredito y bancarrota frente a los totalitarismos y las dictaduras. Esta afirmación contiene un doble argumento sociológico, por un lado, evidencia la orfandad moral que generó las guerras mundiales, y por el otro, el signo bajo el cual tuvieron que formar los latinoamericanos su personalidad, de modo que fuese posible erigir a América Latina como nuevo paradigma moral de la humanidad, como nueva tierra de la utopía, como la pensó Henríquez Ureña.

Es así, que aquél complejo de Caín, aquellos valores éticos y su vocación de escritor lo llamaron a la errancia, al exilio por decisión unas veces, por necesidad otras, a aquel destino de nómada moderno que busca entrever los conocimientos y problemáticas de los hombres y sus sociedades. Consciente de que solo recorriendo el mundo se aprende de las culturas, y solo sabiendo de ellas se las puede metaforizar en la prosa, nos dice el autor: “para ser fiel a mi vocación era preciso correr tierras y conocer nuevas gentes. Buscar los países de las noches tumultuosas, de las pasiones quemantes” (Picón Salas, 1987, p. 158).

La generación de Mariano Picón Salas estaba irremediabilmente destinada a la separación de los padres, de los parientes que le antecedieron, de su visión del mundo en que era normal la autoridad tradicional de la sotana, el cetro y la espada.

¿Es tonto, es demasiado soberbio, o está enfermo y lo desquiciaron las lecturas?, debieron preguntarse los parientes. Reflexionaba sobre el secreto trágico de por qué los hijos sienten y piensan de modo tan diverso a los padres. En vano me amonestan sobre la más humilde y quieta obligación de vivir; de llevar la vida como un traje que se pone todos los días, con el que vamos al trabajo y sobre el cual el sol y la lluvia, la mano invisible del tiempo, hace su lenta tarea de desgaste. Un día el traje estará completamente descolorido y opaco, y ya nos aproximaremos a la muerte.

Antes de todo eso, antes de que sobre el traje caigan las palmadas afectuosas de los amigos, los golpes de los adversarios, las caricias de las amantes, la insolación, el lodo, la tormenta, conviene gritar, rebelarse, conocer y expresar el mundo. Montarnos en los impulsos de la época como jinete que va a descubrir nuevos territorios. No basta que nos cuenten las fábulas del Dorado o los horrores del Infierno porque queremos llegar hasta ellos. El tiempo de mi generación; el frenesí que en otras tierras lanzaría a las gentes a las aventuras del arte o del conocimiento, parece estrellarse contra aquellos picachos andinos, coronados de frías nubes errantes, recorridos de negros pájaros altaneros que resguardaban los tejados de la provincia. Era preciso partir a lugares más bulliciosos donde las ideas y los sueños no se consuman en uno, sino choquen o desafíen los de los otros. (Picón, D., 1987, p. 174-175)

De la misma forma que toda una generación se lanzó exaltada a la aventura de la Primera Guerra Mundial, con intención, cómo cuenta Ernst Jünger, de separarse de la aburrida y monótona vida burguesa, en América Latina la generación de Picón Salas se lanzó a la aventura personal de la revolución, por un lado, y del cosmopolitismo y del pensamiento, que ya Rubén Darío había trazado, por el otro.

Pero si esta situación, que podríamos definir como espiritual, fue la que llevó a Mariano Picón Salas a esa travesía del pensamiento más allá de las fronteras de su natal Venezuela, debe enunciarse la situación material que lo empujó a otros parajes. Esta situación, quizá la más característica de la transición, y que está en la base de los planteamientos de Gino Germani, es la industrialización de los países de América Latina, y para el caso de Venezuela la explotación e industrialización del petróleo.

Al igual que muchos temas que ya Picón Salas había esbozado en *Viaje al amanecer*, el asunto del petróleo es uno que en *Regreso de tres mundos* va a desarrollar con intuición sociológica. Justo es decir que entre estas dos autobiografías media una diferencia tanto en su estilo como en su contenido: la primera de estas obras, con un carácter más narrativo, se centra en la vida del autor de la cual se pueden entresacar las cuestiones culturales que más arriba se señalaron; en la segunda, cuyo estilo es ensayístico, el autor se centra en las situaciones sociales, culturales y políticas de su época para extraer análisis que le permitan explicarla.

La cuestión sobre el petróleo tiene para Picón Salas una doble implicación: personal y social. Personalmente, esta transición hacia una economía del petróleo llevó a que muchas familias hacendadas, y entre ellas la de Picón Salas, se vinieran a pique y cayeran en la quiebra. Por lo que a Mariano Picón Salas le toca vivir uno de los dramas sociales característicos de una sociedad en transición: el desclasamiento. Esta situación genera una nueva dinámica social, mientras que unos se empobrecen otros se enriquecen, en medio de una aventura marcada por el signo del dólar, dentro de múltiples ocupaciones que requiere esta industria. Cuestión que no es novedad alguna, la aventura del petróleo no es sino otra forma de las múltiples aventuras que han marcado el desarrollo de América Latina, y que José Luis Romero describe excepcionalmente en *Latinoamérica las ciudades y las ideas*, que van desde la aventura militar a la del narcotráfico, pasando por cuanto reglón de la economía existe. Consecuencia de este desclasamiento fue para Picón Salas el descubrimiento de América. Exiliado por la pobreza en Chile, aquel crisol multicultural que había contribuido tanto a la formación de Juan María Gutiérrez, Sarmiento, Bello y Darío, descubre el aspirante a escritor la variedad, los colores y las gentes, los problemas sociales de una sociedad propia del siglo XX. Con la ruina económica familiar, que hace de aquel señorito de la hacienda cafetera un desclasado más, se cumple la primera estación de aquel viacrucis que fue la peregrinación de nuestro Caín por el Mundo.

A la conquista del petróleo compara Picón Salas la conquista de la colonización, ambas empresas extranjeras que marcaron nuevos rumbos de la vida social y cultural de América Latina. El petróleo lo cambia todo, comenzando por la materialidad del trabajo que se ejecuta, hasta la cultura, a través del consumo:

Gentes ávidas abandonaban sus oficios y pequeños beneficios tras los dólares, aventuras y fiebres —que todo se ofrecía revuelto— en esos años caóticos, de hacinamiento, riesgo y

azar de la industria petrolera. [...] Por fin brotó, iluminando con sus llamas todo el lago y proyectando fumarolas de purgatorio en la húmeda lejanía, el enorme pozo de La Rosa que era el espejismo de otro Dorado. ¿Y no se parecía a una nueva conquista la que ahora empezaba, dislocando nuestra vida sedentaria con gentes invasoras que hablan inglés y conducen extrañas máquinas, así como los conquistadores españoles trajeron caballos, partesanas, arcabuces, lanzas y libros de oración para ofrecer el cielo a los indios? El Evangelio de la nueva edad podría ser aquel diccionario inglés de Webster en el que yo — siempre tan quimérico— me esforzaba en traducir los párrafos un poco ciceronianos de Lord Macaulay. Una perpetua andanza, más acre nerviosidad, diabólica busca del dinero porque ya no bastaban los frutos de la tierra y toda riqueza era expansivo gas que se escapa en la lengua de fuego de los mechurrios; un nuevo paraíso anglosajón de *whisky and soda* y películas de Hollywood con pistoleros y vampiresas, se nos prometía a nuestra segunda progenie aborígen. Unos se enriquecían y otros se empobrecían; muchos que fueron dueños pasaron a ser dependientes, o se les separó de la clase forastera y superior por las alambradas y cables de alta tensión que marcaban en los campamentos el límite entre dominadores y nativos. Se contaban terribles y novelescas fábulas del gran capitalismo ocupante, como aquella de la concesión “Barco”. (Picón Salas, 1987, p. 168)

Esta nueva conquista, que como la primera trajo consigo un nuevo idioma, cambió profundamente el *continuum* de la historia de Venezuela. Esta inmersión en el capitalismo significó una transculturación a partir del consumo de la industria cultural y económica de los Estados Unidos. Tal transculturación, a modo de comparativo, fue narrada magistralmente por García Márquez para Colombia con el caso del banano, y tiene en esa narración un relato que para Colombia es hecho pero que bien vale como metáfora para comprender tal proceso: la masacre de las bananeras. Una masacre cultural, un giro de tuerca, hacia atrás, para la independencia de América Latina significó la expansión capitalista de los Estados Unidos hacia el sur. Venezuela, caso paradigmático, se abocó al consumo de la producción estadounidense y a la producción y exportación de petróleo.

A la par de este proceso de industrialización petrolera, de la llegada de lo más avanzado de la técnica a Venezuela, se cumple aquella profecía de Monsieur Machy: la revolución. Aquella profecía de Machy enunciada en *Viaje al amanecer*, se convierte en patente de transformación social en *Regreso de tres mundos*. La técnica, aunada a las transformaciones políticas, marcaron el

derrotero del siglo XX. Junto con el capitalismo, ingresa a Venezuela el anticapitalismo, ingresa el credo de marxistas y anarquistas. Se lee a Marx, Lenin y Trotski como consecuencia de la exportación de la Revolución de Octubre en medio de la Guerra Mundial y la pos guerra, se habla de aquellos barbudos que asaltan palacios y realizan atentados, se leen libros y panfletos de los Barbuses, se busca en la sociología, al menos en aquellas obras que estaban a disposición, las claves para comprender la tremenda transformación que acontecía al mundo, de la cuál nadie era ajeno, puesto que en aquel drama de la guerra y la revolución se definían el orden mundial. Menos aún, los ya consientes jóvenes que asistían a este espectáculo buscaban hacer parte del elenco que estaba en función del desmoronamiento de los reinados.

Con relación a la inmersión del pensamiento de izquierda, relación que es explícita en la obra de Picón Salas, se desarrolla en América Latina la preocupación por el pensamiento sociológico, cuya importancia no es otra que la preocupación por la comprensión de los fenómenos sociales a los que se asiste.

Punto fundamental en nuestra historia intelectual, la llegada del marxismo y el anarquismo significa un revolcón en la conciencia de América Latina, conciencia que se encarna en las monumentales figuras de Manuel González Prada y José Carlos Mariátegui, hitos no solo del pensamiento latinoamericano sino del pensamiento independentista. Así mismo, estas nuevas fuentes del pensamiento social se convirtieron en la chispa que encendió nuevos movimientos sociales en el continente, desde obreros hasta estudiantiles, y formará revolucionarios profesionales cuya nota más alta serán las guerrillas que harán la revolución en Cuba y en Nicaragua.

Pero no todos los de aquella generación fueron fervientes seguidores de las ideas socialistas, aunque las mismas hayan despertado del modorro en que se vivía. Así, con los movimientos de masas y las ansias de transformación social, se revivieron los sueños bolivarianos de una integración latinoamericana. Esta nueva integración, que más que pegada al socialismo ruso tenía una tendencia hacia el liberalismo independentista, al humanismo ilustrado, hacía parte del debate político de aquellas convulsas décadas de la primera mitad del siglo XX en estas tierras. En esta marejada de ideologías y discusiones políticas forjó Picón Salas su carácter político, el cual se iría encaminando más hacia un latinoamericanismo liberal que reivindica un espacio político propio de América Latina desde su propia configuración cultural.

II. Nuevas ideas para una nación.

La Generación de 28

El primer punto de la formación política de Mariano Picón Salas, que lo relaciona tempranamente con Colombia, es el Plan de Barranquilla. Sin bien en Chile Picón Salas se sumó al entusiasmo alrededor del debate, la ideas y las discusiones del socialismo, prontamente renuncia a las corrientes de izquierda que dominaban el panorama, en parte, como guía de la transformación social, y en pro de una lucha civil y cultural que implante la democracia liberal en la Venezuela expoliada por el dictador Juan Vicente Gómez.

Para comprender la significación del Plan de Barraquilla para la renovación de la política en Venezuela o la fundación de la Nación, como sostiene Manuel Caballero (2008) en la biografía intelectual de Rómulo Betancourt, *Rómulo Betancourt, un político de nación*, es importante remitirse a su antecedente más inmediato: la rebelión estudiantil de 1928. De este movimiento, que dio origen a lo que se denominó Generación del 28, sobresale el entonces líder estudiantil Rómulo Betancourt como una promesa de cambio y renovación. En la biografía intelectual escrita por Manuel Caballero (2008) este evento se reconstruye al calor de las discusiones de la recién refundada Federación de Estudiantes de Venezuela, la cual, en medio del carnaval estudiantil de la Semana del Estudiante en febrero de 1928, dio la estocada que abrirá la herida que, aunque de acción lenta, será letal para el modelo de gobierno caudillista que caracterizaba a Venezuela desde Paez. La protesta no fue una confrontación a calle abierta o con barricadas en Caracas. No fue directa y franca. Fue más bien una rebelión cultural llena de metáforas que combatían al tirano, no en el Palacio de Miraflores —o bueno, en su hacienda “Las Delicias” en Maracay—, sino en la cabeza de los venezolanos.

Hablar de esta federación no es gratuito, ya que, más allá de sus planes y objetivos, el acento está en la capacidad organizativa que, en medio de una sociedad cesarista, con el permiso de Vallenilla Lanz, como la Venezuela de Juan Vicente Gómez, pone en funcionamiento la idea y derecho moderno de libre asociación política, en detrimento de la idea del poder del más fuerte. Este marco es también un pilar epistemológico de historia en cuanto desprende de los elogios, la admiración y el adjetivo de heroico a los actores históricos, y permite entender a Betancourt y

Picón Salas como parte de una generación que detonará el proceso de modernización de Venezuela a partir del Plan de Barranquilla.²³

El episodio de los actos antigomecistas de la Semana del Estudiante no pasó inadvertido, sobre todo en medio de un contexto internacional en el que la Revolución Rusa, las teorías sociales y las ideas socialistas estaban en boga. Ante este brote de estudiantes que iban a contrapelo del régimen, la solución no fue otra que el presidio. Tantos venezolanos que pasaron por las cárceles del régimen de Gómez vienen a configurar esa abstracción histórica que Picón Salas, haciendo memoria de aquellos tiempos, estableció:

Pero todo ser puro en aquella Venezuela en que triunfaban los más audaces y cínicos tenía que preguntarse si valía la pena cumplir la vigilia de Parsifal en busca del vaso sagrado. ¡Cuántas generaciones se frustraron persiguiendo esa copa divina que debía contener solo unas gotas de libertad; las necesarias para producir la alegría del pueblo en servidumbre! Al final de toda ascesis, de este pulimento del alma para su tarea superior, nos esperaban —como a las mejores y dignas gentes del país— las cárceles de Juan Vicente Gómez. Ya se preguntaban algunos compañeros de curso si contra el heroísmo sin esperanza no era mejor plegarse a una moral acomodaticia que permitiera vivir, satisfacer la nutrición y el sexo, y ocultarnos a soñar con la inasible Utopía. “Muchachos, si yo tuviera veinte años como ustedes”, solía decirnos tomando una copa o recitando unos versos cualesquiera de los hombres cansados (medrosos y pequeños funcionarios que todavía cuidan la ropa limpia) de la generación anterior. Pero ellos, alguna vez tuvieron veinte años, y como los nuestros, fueron cayendo en el tedio o la impasibilidad. Se asearon en las palanganas de las mismas casas de pensión, comieron la misma carne magra, sufrieron una enfermedad venérea, quemaron con la ceniza de sus cigarrillos el paso efímero y discontinuo de tantos sueños. Venezuela, como un país que no había llegado aún a la Lógica y a la Historia, seguía venerando su dragón legendario, aquel cocodrilo del trópico posado en el limo y el caño sucio de tanta iniquidad, que era entonces el Dictador. [...] Los presos políticos

²³ Es importante mencionar, para no dar lugar a equívocos, que Mariano Picón Salas no pertenece a la Generación del 28, ya que para el momento de los acontecimientos de la rebelión estudiantil de febrero de 1928 se encontraba radicado en Chile, lugar al que llegó en marzo de 1923. Así la cosa, aunque ambos estudiaron derecho en la Universidad Central de Venezuela, no compartieron espacios universitarios, pues Picón Salas, algunos años mayor, frecuentó el claustro entre 1919 y 1922, mientras que Betancourt lo hizo entre 1927 y 1928. Pero tal desencuentro histórico no excluye a Picón Salas de ser contado entre la generación de aquellos líderes del 28, ya que no solo no será ajeno a los acontecimientos, sino que rápidamente se engranará en la contienda que de 1928 se desprende.

compondrán las carreteras; la policía custodiará el dinero de los bancos amigos, y un bachiller hambreado pondrá en florida prosa aquel ideal de estabilidad y de inercia que era el de su política. ¿A qué apurarse el tiempo? Las vacas, como las mujeres, tienen su ciclo de parir; la vaca horra a quien se le secaron las ubres se entrega al cuchillo del matarife, y la llaga del preso indica si es el tiempo de libertarlo, mandarlo a la enfermería o buscarle el ataúd. (Picón Salas, 1987, pp. 178-179)

Pero los contemporáneos de Picón Salas también durmieron en el sueño de la “Paz” de Gómez, y por surte Betancourt y algunos de los suyos no llegaron a la “llaga”. En este punto vale la pena preguntar si esta primera cana de Betancourt y sus compañeros estaba justificada como método correctivo ante una incipiente consciencia y movilización política, o si fue precisamente el encierro el que avivó la chispa de la rebelión de los veinteañeros recluidos en el Cuño, primero, y en Puerto Cabello, después. Lo que está claro es que la enemistad estaba declarada. Tal declaración quedó simbolizada en el “muera el tirano” inscrito en una placa en honor a Gómez, misma placa que había sido hecha “añicos” por una pedrada que lanzara Guillermo Prince Lara. Escribe Betancourt: “Fue este el primer chispazo, tímido por augural, de la gran llamarada en que se envolvería pronto una generación que a golpes de gestos se está logrando un sitio en la memoria de los hombres” (Betancourt y Otero Silva, 2007, p 36).

Al encierro de Betancourt, Villalba, Prince Lara y Tamayo sucedió un acontecimiento que viene a dar sentido a los actos culturales del carnaval: en apoyo a los estudiantes recluidos, se formó en Venezuela un zaperoco de padre y muy señor mío, pues, como lo resalta Caballero (2008), no solo los estudiantes de Caracas salieron a protestar, pidiendo se reconociese la responsabilidad compartida por lo ocurrido durante el carnaval, sino que también diferentes agrupaciones de trabajadores en diversas ciudades de Venezuela realizaron manifestaciones, huelgas y paros en apoyo de los estudiantes encarcelados. La Federación actuó en conjunto, y tal era la cohesión de la colectividad que fueron ellos mismo los que solicitaron ser encarcelados como partícipes de los actos estudiantiles. “Casi cuatrocientos” estudiantes, según el relato del mismo Betancourt, fueron apresados (Betancourt y Otero Silva, 2007, pp. 54-55). La medida fue contraproducente y Gómez se cortó con el doble filo de su arma, pues a decir de Caballero (2008), los sucesos posteriores al carnaval sacudieron “aquel país adormilado por veinte años de tiranía” (p. 75).

Sin ser una lucha, sin ser una revolución y sin siquiera saber a qué se estaban enfrentando, aquella Generación del 28 sale victoriosa, pues ante la presión Juan Vicente Gómez retrocede y libera a los estudiantes encarcelados. Aunque sea una victoria pequeña y en apariencia sin relevancia, como lo mostró Lope de Vega antes y lo mostrará Steinbeck después, en medio de la represión ninguna victoria es chica.²⁴ El mismo Betancourt tiene una afirmación en este tono: “Finalizó la Semana del Estudiante. / Ya la semilla estaba echada. El pueblo venezolano comenzaba a alejarse de ese personalismo político a que lo condujo siempre factores de ignorantes, de raza y de historia” (Betancourt y Otero Silva, 2007, p. 41).

Esta victoria va más allá de una simple consolidación de un movimiento estudiantil, ya que los hechos ocurridos impactaron en la consciencia de los demás actores sociales. Así, también el obrero se aguzó y tomó su preponderante papel dentro de la escena social. Este primer despertar de su rebeldía se ve reflejado en la huelga:

Nuestro hermano el obrero —escriben Betancourt y Otero Silva recordando lo sucedido— sumó también su aporte de rebeldía. Crearon por nosotros la huelga; y decimos crearon, porque en Venezuela la huelga no ha existido nunca. El obrero, analfabeto, abandonado a su destino, lo ignora todo. Es esta ocasión, sin previo acuerdo entre ellos, hubo un parto automático de sus tareas; y se echaron a las calles, en son agresivo de protesta, a jugarse la vida como valientes, batiéndose a pedradas en las parroquias de San José y La Pastora contra la policía y la tropa de línea, armadas de máuser. Las telefonistas, los choferes, los obreros tranviarios, los farmacéuticos, todos, abandonaron por varios días consecutivos su trabajo e hicieron una ciudad muerta de nuestra Caracas bulliciosa. (Betancourt y Otero Silva, 2007, pp. 62-63)

Sin embargo, esta victoria se ve rápidamente opacada ante el fallido intento de golpe de Estado que busca capitalizar toda la movilización y condensación de fuerzas del momento. Aunque esta vez no fue iniciativa de los estudiantes, que apoyan la acción, sino que fueron en lo esencial los propios militares los que planearon la intentona, la insurrección militar-estudiantil de abril sirve para deslegitimar la movilización estudiantil, social y civil de febrero. En el análisis de Caballero (2008):

²⁴ La referencia a Lope de Vega y su drama *Fuenteovejuna* la trae a colación Caballero (2008) como metáfora de los acontecimientos. En cuanto a Steinbeck, la referencia es a la novela *La luna se ha puesto*, publicada en 1942.

los estudiantes, por su parte, no se han quedado tranquilos después de su excarcelación. Sin tener mucho tiempo para reflexionar sobre el significado de los hechos de febrero, se les propone transformar la suya en una verdadera acción política; dicho de otra manera, se les propone pasar de la oposición simbólica y un tanto romántica a la tiranía, a la revuelta armada para derrocarla. Esa es una solicitud que ningún venezolano con ambición de historia ha rechazado hasta ahora. Todavía están muy cerca de los acontecimientos, desconocen su propio poder de convocatoria. Sobre todo, son incapaces de darse cuenta de que su acción previa a la insurrección será más importante para la historia venezolana que el *putsch*, porque dará inicio a una manera de hacer política pacífica y urbana y sobre todo, de obtener la victoria, si no en cuanto a éxitos inmediatos, sí en cuanto a los resultados a largo plazo. (p. 77)

Pero el anterior es un juicio histórico proyectado desde el siglo XXI. Para el momento en que suceden las cosas, Betancourt rebate cualquier insinuación de este tipo. Así queda registrado en el recuento de los acontecimientos que escribe el propio Betancourt junto a Miguel Otero Silva en el librito de particular nombre: *En las huellas de la pezuña* (1929), del cual ya hemos expuesto varias citas como apoyo para la reconstrucción de los hechos. En este relato, que está fechado “Curazao, Puerto Rico, Santo Domingo, febrero-junio, 1929”, los autores le salen al paso a los comentarios, respondiendo a comentarios como: “nos ha criticado que hubiéramos enturbiado nuestro gesto de febrero asociándolo a los pocos meses con una asonada militar”, con el pragmatismo propio de quienes vivieron los hechos: “trabados en lucha desigual contra la barbarie, no podíamos ni podemos desdeñar las posibilidades decorosas —las que no comprometan nuestra responsabilidad histórica— de combatirla” (Betancourt y Otero Silva, 2007, p. 81). Ahora bien, el problema más profundo de estos eventos en conjunto fue la posibilidad de ser interpretados como movilizaciones —tanto la cívica-estudiantil como la militar— atravesadas por la ideología comunista. Y así fue.

Como se insinuó más arriba, al gobierno de Gómez todo lo ocurrido en 1928 le huele a comunismo. El miedo al terror rojo llega a Caracas. Pero para la fecha, no son esas las intenciones de los protagonistas de los acontecimientos. Así lo expresan Betancourt y Otero Silva *En las huellas de la pezuña*. En este análisis de la incursión de los universitarios de Caracas, comienzan Betancourt y Otero Silva (2007) por manifestar que es un intento de la dictadura de Gómez “torcer la intención y el sentido de nuestra cruzada universitaria”, pues ante los acontecimientos del 7 de

abril de 1928, el movimiento militar-estudiantil es tildado de ““funesto brote comunista”” (p. 19). Esta expresión es ya suficiente para que se ponga en funcionamiento toda la propaganda y acción militar anticomunista propia de un régimen antidemocrático que pretende evitar cualquier transformación social. La intención de *En las huellas de la pezuña*, manifiesta en su primer capítulo titulado “El sentido y la orientación del movimiento universitario de Venezuela”, es clara:

Por eso, salimos hoy del silencio señor donde nos habíamos situado para desmentir, sin afirmaciones a priori y sí con datos irrefutables, el carácter comunista dado por la dictadura a nuestra cruzada; y también, para definir el sentido y la orientación del gesto, los ideales por los cuales luchamos y las aspiraciones a conciencia sustentadas por el grupo.

Y de una vez también queremos hacer constar que si negamos el carácter comunista dado a nuestro movimiento por individuos extraños al grupo es por deber de sinceridad, por respeto a la exactitud; y eso, sin aventurarnos a criticar el comunismo como doctrina y sin hacer disquisiciones sobre la viabilidad o no de su implantación en nuestro medio social. Vamos a hacer trizas la etiqueta con que arbitrariamente nos catalogó Arcaya, para dejar diafanizada la orientación de un movimiento que ha sido única y exclusivamente antidictatorial. (pp. 20-21)

Para comenzar a discutir algunos de los argumentos dados por Betancourt y Otero Silva (2007) sobre por qué no es el comunismo la ideología que guio a los universitarios en 1928, es importante exponer la orientación que los autores le dieron a la argumentación, la cual se podría comprender a partir de la recepción. Para desmentir el carácter comunista de los acontecimientos los autores parten del sencillo supuesto de que “en Venezuela no ha penetrado la propaganda comunista” (p. 21), así queda manifestado en el subtítulo que compone la segunda parte del primer capítulo. Ahora bien, este apartado está dividido a su vez en dos secciones, a y b, en las cuales se define una postura general, “no ha penetrado en las masas”, y una particular, “la propaganda comunista no ha penetrado en la universidad”, respectivamente. Para continuar con las cuestiones específicas de los acontecimientos históricos y su significación, centrémonos en las cuestiones propiamente universitarias. Más adelante retomaremos la visión general sobre la divulgación y recepción del comunismo en Venezuela, ya que esta da pie para examinar el panorama ideológico en el país en la década de 1920.

Desde la perspectiva de Betancourt y Otero Silva (2007) es poco lo que los universitarios de Caracas saben sobre Lenin o sobre las nuevas doctrinas sociales, más aún, no son estos temas o conocimientos los que inquietan a los estudiantes venezolanos. Las causas de esta situación son, por un lado, institucionales, por el otro, sociológicas. En primer lugar,

Entre los universitarios, solamente los cursantes de Ciencias Políticas y Sociales tienen un conocimiento, y muy relativo, del comunismo; lo estudian dentro del cuadro disciplinario de algunas materias —Sociología, Economía, Derecho Político—, y solo como doctrina, desde el punto de vista meramente docente. Algunos no se encuentran dentro de esa limitación de conocimientos y por propia cuenta se leen a Marx, a dos o tres de sus exegetas, al *Ideario* y a algún libro de Trotski. ¡Y a eso se reduce el arsenal intelectual del más erudito “bolchevique” de la Universidad Central! (p. 23)

La segunda causa del desgano del estudiante venezolano respecto al comunismo es, para Betancourt y Otero Silva (2007), la condición misma de la juventud venezolana, la cual había estado sometida a la tiranía. Esta tiranía incide inmediatamente en la forma en que el joven universitario venezolano ve el mundo, el cual, al primer contacto con alguna reflexión social, se le pinta de una “melancolía reflexiva, prematura” (p. 23). Para los autores, el medio social venezolano, dominado por la dictadura, imposibilita al estudiante el actuar por las vías pacíficas y secuenciales de la “transformación paulatina del medio, mejorando, mediante propagandas culturales, ciertos factores de ambiente” (p. 24). No es la movilización espontánea y sustentada ideológicamente, como lo será Mayo del 68, a la que puede acudir el estudiante inconforme en medio de una dictadura, son la “conspiración, el cuartelazo, la asonada” los únicos medios que pueden sacudir una sociedad sometida. Esta razón sociológica va en contravía de una formación partidista dentro del comunismo, por la misma razón de que, nacido para la acción, la formación queda relegada a un segundo plano. “Quien a los 20 años ya ha colaborado resueltamente en la obra de solucionar el problema político de su patria ¿le sobrará siquiera minutos que dedicarle al estudio de las cuestiones sociales? Imposible” (p. 24). A los 20 años el joven rebelde aún no ha vivido su Siberia.

Pasando de la refutación a la afirmación, antes de cualquier definición ideológica expresan Betancourt y Otero Silva (2007) un asunto procedimental: no son intereses particulares o ideas privadas los móviles de la rebeldía estudiantil, es un asunto de grupo el que los llevó a movilizarse.

No siendo el comunismo la ideología que motivó la movilización de los universitarios en 1928, así se expresan Betancourt y Otero Silva (2007) respecto a su apuesta ideológica:

Luchamos por una democracia decente, distinta de esta democracia a ultranza de hoy, donde actúa como elemento dirigente el individuo más “guapo”, el más hábil en el manejo de la macana, y no el más capacitado ética e intelectualmente para esa función; luchamos porque nuestra política interior de peculado y monopolio sea substituida por otra de honradez y libre concurrencia; y porque nuestra actuación de pueblo dentro de la comunidad internacional se despoje de esas babosidades indecorosas para con la primera gentualla elevada a gobierno en cualquier país del mundo; luchamos porque elementos civiles sustituyan en el manejo de la cosa pública a los sargentones analfabetos que han venido monopolizando la política y la administración; luchamos porque hombres nuevos, sin cuentas insolventes con la justicia histórica, asuman papel dirigente; luchamos, en síntesis, por la conquista de un estado social equilibrado y armónico, propicio al libre desenvolvimiento de las aspiraciones colectivas. (pp. 24-25)

Por lo que se evidencia en la cita, y por un comentario de la talla de “nos rotularán seguramente como a los últimos discípulos de Rousseau” (p. 25), no es el comunismo sino el liberalismo francés la gasolina de las nuevas generaciones. Ya no contra un rey francés sino contra un caudillo de los Andes, ya no en las Tullerías sino en la Universidad Central, se revivió la disputa entre civilización y barbarie. Antes que los estadounidenses contra el nacionalsocialismo, el comunismo soviético, la Guerra de Vietnam o Irak, o que la Primavera Árabe en general, los venezolanos habían opuesto a la dictadura el principio de la democracia liberal en el siglo XX. Mientras que en Europa caía en desuso, en el Nuevo Mundo se anhelaba la democracia liberal.

Y es porque todos, con una intuición acendrada en el dolor y en el sacrificio de las generaciones que nos precedieron, nos damos perfecta cuenta de cuál es el más urgente problema nacional y cuáles los medios únicos de solucionarlo. La realidad es esta: Gómez, hombre de selva, reunió un día cualesquiera a sus hermanos de correrías y con ellos irrumpió sobre el recinto urbano. El despojo se hizo ley; el atropello adquirió carácter y validez jurídica; la propiedad privada perdió su sentido de cosa sagrada para transformarse en botín de audaces afortunados; y 10.000 bayonetas fueron desde entonces fianza de la anormalidad erigida en sistema. Encuadrado así el problema, nadie podía negar que lo

inmediato, lo urgente, lo inaplazable, es hacer retroceder a los invasores selváticos hacia sus guaridas nativas. Una vez higienizado el recinto ciudadano de esos rezagos de barbarie, cuando estos no tengan ya a su alcance el fusil ni la ametralladora sino la maza de sus abuelos trogloditas para defenderse de las agresiones de las fieras, entonces y solo entonces debemos encauzar nuestras dinámicas dentro de normas doctrinarias. (Betancourt y Otero Silva, 2007, p 26).

Una bruma ideológica

Caracas siempre esperó como muchacha pobre que un general viniera a hacerla suya “por palabra de matrimonio” o “detrás de la puerta”.

(Picón Salas, 1987, p. 177)

La razón por la cual no es el comunismo el motor que mueve la lucha social en Venezuela es la falta de instituciones intelectuales que permitan la divulgación de las ideas comunistas. Pero la discusión al respecto de la forma en que se divulgan las ideas desde las tres instituciones que Betancourt y Otero Silva (2007) resaltan, a saber, la prensa, la tribuna parlamentaria y las editoriales y publicaciones, no solo está mediada por la lucha de ideas natural dentro del mundo social, sino por la falta de una apertura democrática que permita una libertad de opinión y prensa, una elección política y la falta de autonomía del pensamiento. Así, por ejemplo, la prensa, una de las instituciones intelectuales más importantes dentro de la sociabilidad, no solo había renunciado a su función crítica del régimen de Gómez, sino que se había alineado a sus intereses y servía de órgano de difusión de sus políticas. En lo que respecta a la función de control del parlamento, principal institución revolucionaria desde las guerras civiles inglesas, la Gloriosa Revolución y el Tercer Estado, dentro de una dictadura esta función desaparece, ya que la elección de los parlamentarios carece de cualquier procedimiento democrático y es designado por el mismo Gómez. Tal situación pone a cualquier parlamento en el lugar de un comité de aplausos. “Congreso fantasmal” lo llamaría Picón Salas. El juicio de Betancourt y Otero Silva (2007) sobre el Congreso Nacional es más mordaz: “cónclave de eunucos desvergonzados y canallas” (p. 102).

De las críticas que hacen Betancourt y Otero Silva (2007) a la forma en que estas instituciones intelectuales se manejan, resalta la postura frente a las publicaciones de las primeras décadas del siglo XX en Venezuela:

¿El libro? En Venezuela, abstracción hecha de las voluminosas recopilaciones oficiales destinadas a la exportación y de los tratados pseudocientíficos de una media docena de sofistas malparidos por Maquiavelo, se publican muy escasos libros. El aumento de la bibliografía nacional durante estos últimos años es irrisorio. Mientras se hacen tiradas inverosímiles del *Libro amarillo*, mientras Vallenilla Lanz pone a circular en cada trimestre una nueva edición de su *Cesarismo democrático*, mientras poetastros de alcabala y prosistas de segunda mano dan pasto a la crítica más despiadada y justiciera publicando librejos en cuya primera página campea la silueta burda del montañés, la Venezuela intelectual decente se aísla en el reducto orgulloso de su silencio. Esperando una hora propicia para salir a la luz del día, hora en que ya no amenaza a la obra cultural la suspicacia de los irreconciliables enemigos de la idea, duermen su sueño de anonimía en el fondo de las gavetas las obras donde han condensado muchas mentalidades vigorosas e incontaminadas de ambiente su labor y su esfuerzo.²⁵ (pp. 22-23)

De la anterior cita, más allá de diagnosticar la situación del medio editorial, resulta interesante la mención a Laureano Vallenilla Lanz. La referencia y el análisis de su papel en las tres primeras décadas del siglo XX es innegociable. El positivista venezolano, ideólogo del régimen de Juan Vicente Gómez, es un lugar necesario para comprender la ideología contra la que no solo Betancourt y Otero Silva lucharon, sino también Mariano Picón Salas y toda la Generación del 28. Por tanto, valga la pena dejar en pausa el análisis sobre los acontecimientos de 1928 explicados por Betancourt y Otero Silva y darle cabida al debido análisis de ese hueso duro de roer que es *Cesarismo Democrático, Estudios sobre las bases sociológicas de la Constitución efectiva de Venezuela*, libro aparecido en 1919.

Sin duda alguna *Cesarismo Democrático* fue el *best seller* venezolano del momento, y este calificativo es aplicable no solo a un asunto comercial sino también ideológico. Aunque la cercanía de Vallenilla Lanz con Juan Vicente Gómez fue tal que tras la muerte del dictador no le quedó al intelectual sino seguirlo al más allá once meses después, los servicios del sociólogo prestados al régimen no demeritan sus cualidades como escritor e historiador. Tal afirmación resulta

²⁵ No hacen justicia Betancourt y Otero Silva (2007), como sí Picón Salas, a las novelas *El último Solar* (1920), de Rómulo Gallegos, e *Ifigenia: Diario de una señorita que escribió porque se fastidiaba* (1924), de Teresa de la Parra. Mariano Picón Salas traza un importante cuadro histórico sobre intelectuales y libros en Venezuela en una compilación de cultura venezolana realizada en Colombia. Se trata del ensayo "Historia intelectual de Venezuela", en *Venezuela. 1945*, dir. por Plinio Mendoza Neira (Bogotá: El Mes Financiero y Económico, 1945), 87-99.

contradictoria, aunque sea verídica, pues la independencia del pensamiento es uno de los principales requisitos de la ciencia. Sobre esta premisa se puede discutir la tesis que defiende el escritor colombiano Antonio Gómez Restrepo en el elogioso y generoso escrito que sirve de prólogo al libro de Vallenilla Lanz. En dicho prólogo afirma Gómez Restrepo (1991):

Reúne el señor Vallenilla dos condiciones que no siempre andan unidas en las personas que se consagran a las investigaciones históricas: la precisión en el método y la elegancia literaria de la exposición.

Tarea muy meritoria realizan los que siguiendo el rigor científico de la historiografía moderna, gastan largas vigilias en la tarea inamena de precisar una fecha, de compulsar un texto. Sin esta labor de pura erudición, la historia carecería de bases ciertas y seguras; y seguirían gozando de crédito errores propalados por la ignorancia y que sólo se disipan ante la exhibición del dato fehaciente, de la prueba irrefutable de la verdad. (p. 15)

Las virtudes que Gómez Restrepo atribuye a Vallenilla Lanz pueden ser valoradas parcialmente, pues el Vallenilla científico llega hasta donde comienza el Vallenilla ideólogo. Esto se comprueba justamente en la disparidad aparente de los capítulos que conforman *Cesarismo Democrático*, pues los tres primeros, a saber: “Fue una guerra civil”, “Los iniciadores de la revolución” y “Los prejuicios de casta. Heterogeneidad y democracia”, pierden fuerza como corolarios de las valoraciones que Vallenilla Lanz hace sobre la “La insurrección popular” y la “Psicología de la masa popular” para llegar a postular su tesis de “El gendarme necesario”, capítulos cuatro, cinco y seis respectivamente.

En este sentido, los datos con los que, por ejemplo, Vallenilla Lanz apoya su polémica tesis sobre el carácter de guerra civil o revolución que significó la independencia de los países emancipados por Bolívar, difieren de las valoraciones morales con las que habla de la naturaleza de las clases populares. Así, a la hora de valorar los ideales del liberalismo ilustrado, ideales que se importaron a las repúblicas recién emancipadas de América, Vallenilla Lanz (1991) lanza el siguiente juicio:

Es en nombre de la enciclopedia, en nombre de la filosofía racionalista, en nombre del optimismo humanitario de Condorcet y de Rousseau, como los revolucionarios de 1810 y los constituyentes de 1811, surgidos en su totalidad de las altas clases sociales, decretan la igualdad política y civil de todos los hombres libres.

En este sentido, nuestra revolución fue también un “error de psicología”. Considerando el hombre natural como un ser esencialmente razonable y bueno, depravado accidentalmente por una organización social defectuosa, creyeron, como los precursores y los teóricos de la Revolución Francesa, que bastaba una simple declaración de derechos para que aquellos mismos a quienes “el bárbaro sistema colonial tenía condenados al abyecto estado de semi-hombres o semi-bestias” se transformaran con increíble rapidez en “un pueblo noble y virtuoso, consciente de su misión y arbitro de sus derechos”. (p. 65)

Este principio de teoría política, signo de la dialéctica histórica en donde el republicanismo es una de las etapas en el desarrollo de la sociedad, es cuestionado en su principal fundamento: la antropología filosófico-política que se desprende de la filosofía de la historia postulada desde el siglo XVIII. Al parecer, los hombres del trópico andino poseen una naturaleza diferente de los hombres franceses. Más aún, parece haber una naturaleza diferenciada en el hombre según su posición social. Por tanto, para Vallenilla Lanz la única solución a la caótica conformación de las naciones bolivarianas independientes no es otra que la ley del más fuerte, es decir, un Leviatán tropical. Para este Hobbes revivido más de dos siglos después, o mejor, para este Hobbes venezolano, la razón se convierte en moral:

Pero cuando el virtuosísimo pueblo se insubordine; cuando destituida la autoridad y rotas las disciplinas que lo sujetaban, las pasiones brutales se desborden, la sociedad se desmigaje, y los capataces, los contrabandistas, los pulperos aparezcan a la cabeza de las montoneras sublevadas; cuando provincias enteras empujadas por sus proceres se levanten para vengar viejas rencillas; cuando en el fondo de cada ciudad, de cada aldea, de cada vecindario, estallen los odios y las rivalidades hereditarias; cuando los esclavos se alcen contra los amos, los peones contra los propietarios, los plebeyos contra los nobles, los contrabandistas contra los agentes del fisco, y el país entero se convierta en un “vasto y horroroso campo de carnicería”; cuando se vean surgir del fondo de nuestras llanuras hordas bárbaras sin sujeción a ninguna autoridad, ni a ninguna ley humana, entonces ¡ay! entonces, ¡el despertar será espantoso! A los sonrosados sueños de regeneración social, a la concepción ideal del hombre abstracto, a la utópica fe en la influencia poderosa de los principios y de las declaraciones republicanas, sucederá la espantosa realidad de los hechos, surgirá poderoso el instinto de conservación, la necesidad de defenderse de la barbarie y una ola de sangre y de exterminio ahogará las hermosas ilusiones de aquellos nobles y

generosos patricios, que, imbuidos en las teorías políticas de la época, habían llegado a olvidar hasta sus propias convicciones y a desconocer los caracteres innatos de aquellos “hombres de infame y torpe linaje, faltos de educación, fáciles de moverse a los más horrendos excesos, y de cuya fiereza propia de sus mismos principios y de su trato, sólo podían esperarse movimientos subversivos del orden establecido por las sabias leyes” que entonces regían la sociedad; olvidaron en un momento de ambición y de delirio político el retrato que de los plebeyos habían trazado para presentarlo al Monarca, cuando preveían, cinco años antes, que bastaría concederles algunas prerrogativas para que se abriesen “paso con la violencia a todas sus pretensiones, y que para contenerlos se harían necesarios los castigos, lástimas y desastres”.

No pensaron, no vieron que al alterar el orden, al romper el equilibrio colonial, al elevar a todos los hombres libres a la dignidad de ciudadanos, destruían la jerarquización social, fundamento de su preponderancia; y ante aquella desencadenada tempestad, unos lanzando un grito de arrepentimiento volvieron a reconocer la autoridad del Monarca, otros huyeron a refugiarse en tierras extrañas esperando el resultado final de la lucha, y los más valientes, los más convencidos, los más poseídos por el ideal de una Patria libre e independiente, dieron la cara a las montoneras delincuentes.

La más espantosa anarquía se desencadenaba entonces con todos los caracteres de las grandes catástrofes de la naturaleza, y como la consecuencia necesaria y fatal del desequilibrio producido por el sacudimiento revolucionario en aquella sociedad “afectada por una lucha latente que era el efecto de su composición heterogénea”, a la vez que de la constitución geográfica del país que la condenaba a los peligros que trae consigo en todas las latitudes y en todos los tiempos la vecindad de los pueblos nómadas, dispuestos siempre a cometer sobre las poblaciones urbanas y sedentarias las más horribles depredaciones empujados por sus instintos característicos. Venezuela presentó en aquellos años el mismo espectáculo que el mundo romano con la invasión de los bárbaros.

Los bandidos no pueden someterse sino a la fuerza bruta; y del seno de aquella inmensa anarquía surgirá por primera vez la clase de los dominadores: los caudillos, los caciques, los jefes de partido. (pp. 65-66)

Esta larga cita, que permite cuidarse de los juicios sobre excesos en el análisis, ilustra suficientemente bien el lugar de donde parte Vallenilla Lanz, un nuevo estado de naturaleza en la vida civil, y el lugar a dónde quiere llegar, a un “Gendarme Necesario”. Para el autor, esta figura del caudillo, que él llama “Gendarme Necesario”, ha acompañado la historia de Venezuela desde las figuras de José Tomás Rodríguez Boves y José Antonio Páez, y surgió ante la idiosincrasia e historia de las naciones hispanoamericanas. El caudillo, según los análisis de Vallenilla Lanz, fue el medio de cohesión social más efectivo a través de la imposición de su fuerza en medio de estados guerreros. Por lo que la cuestión es, para el intelectual, clara:

Cualquiera que con espíritu desprevenido lea la historia de Venezuela, encuentra que, aun después de asegurada la independencia, la preservación social no podía de ninguna manera encomendarse a las leyes sino a los caudillos prestigiosos y más temibles, del modo como había sucedido en los campamentos. “En el estado guerrero el ejército es la sociedad movilizada y la sociedad es el ejército en reposo”.

Nada más lógico que Páez, Bermúdez, Monagas, fuesen los gendarmes capaces de contener por la fuerza de su brazo y el imperio de su autoridad personal a las montoneras semibárbaras, dispuestas a cada instante y con cualquier pretexto, a repetir las invasiones y los crímenes horribles que destruyeron en 1814, según la elocuente frase de Bolívar, “tres siglos de cultura, de ilustración y de industria”. (Vallenilla Lanz, 1991, p. 94)

El antiliberalismo de Vallenilla Lanz (1991) que exudan estas citas, es más acentuado a la hora de valorar los principios y fundamentos liberales del republicanismo. De esta manera, a la idea de constitución escrita contraponen la idea de constitución orgánica, la cual, para el autor, “son las que gobiernan las naciones”. A la hora de valorar las leyes se refiere al código como “un plagio, una servil imitación de las instituciones democráticas de la Francia revolucionaria antes de la reacción thermidoriana” (p. 95). Lo que aquí se intenta no es una refutación histórica de las fuentes usadas por Vallenilla Lanz, o la razón que pueda o no tener a la hora de decir, por ejemplo, que “las sublevaciones no se contenían sino con los fusilamientos en masa” (p. 96); lo que se señala es la base ideológica que se encuentra en sus postulados.

Para concluir este comentario sobre el libro de Vallenilla Lanz, vale la pena evidenciar que sus posturas históricas sobre la necesidad de un caudillo, en detrimento de los valores liberales, ilustrados y constitucionales no se quedan exclusivamente en un juicio histórico sobre los

acontecimientos del siglo XIX, pues al final del capítulo “El gendarme necesario” el autor equipara las condiciones socio-intelectuales del siglo XIX a las del siglo XX:

Si el desarrollo del progreso no fue mayor; si desde entonces no se echaron las bases de un gran desenvolvimiento económico que reparara en algunos años los espantosos estragos de la guerra, preparando el país para la inmigración europea, como lo pensó el Libertador, la culpa no fue del Caudillo que tuvo siempre la virtud de dejar hacer a los que él creía intelectualmente superiores, sino de la falta de verdadera cultura, de sentido práctico y de sentido histórico característico de la época, y de la creencia que todavía, desgraciadamente, persiste en el ambiente intelectual de casi todos estos países, de que la resolución de todos los problemas sociales, políticos y económicos, consiste en la práctica de principios abstractos que la mayor parte de los semiletrados dirigentes conocía por doctrinas fragmentarias de los enciclopedistas y de los jacobinos franceses. Todos ellos, godos y liberales, imbuidos en un radicalismo tan exótico como intransigente, solicitaban el remedio de nuestros males profundos en la libertad del sufragio, en la libertad de la prensa y, sobre todo, en la alternabilidad del Jefe supremo, sin pensar que el poder ejercido entonces por el General Páez en la República, así como el de los caudillos regionales, era intransmisible porque era personalísimo; no emanaba de ninguna doctrina política ni de ningún precepto constitucional, porque sus raíces se hundían en los más profundos instintos políticos de nuestras mayorías populares y sobre todo de las masas llaneras cuya preponderancia se había forjado en el candente crisol de la Revolución. (Vallenilla Lanz, 1991, p. 105)

Como era de esperarse, tales posturas generaron diversas reacciones en varios sectores políticos e intelectuales de América Latina, sobre todo, si se tiene en cuenta que al momento de la publicación de los escritos de Vallenilla Lanz reunidos a forma de libro ya el socialismo le estaba disputando la legitimidad al régimen republicano. Una de las respuestas que mayor relevancia tuvo y que abrió el debate sobre el caudillismo y el republicanismo fue la del liberal moderado Eduardo Santos Montejó. Desde la plataforma de su periódico *El Tiempo*, Santos publica el 9 de julio de 1920 una crítica titulada “Cesarismo democrático”, en la que, partiendo de la cita de Renan que trae Vallenilla Lanz en el epígrafe, reduce la teoría del autor venezolano a un remedo de los planteamientos del filósofo francés. Valga apuntar que resulta interesante que una de las mayores polémicas alrededor del libro de Vallenilla Lanz se haya generado desde Colombia, ya que, si se tiene en cuenta la historia conjunta de las dos naciones, la historia democrática de Colombia y su

tradición jurídica y civilista desde Santander —cuestión que el mismo Vallenilla Lanz discutirá— es apenas normal que las posturas del intelectual venezolano hubiesen generado ruido, tanto en los sectores liberales como conservadores del país. Más adelante se expondrá un filón de la discusión donde Vallenilla Lanz responde a Laureano Gómez.

Para Santo Montejo (1991), aunque las tesis de Vallenilla Lanz resultan de sus análisis históricos sobre Venezuela, “cada episodio de la vida de aquella República, le sirve para comprobar cómo, ayer y hoy y mañana, el ‘caudillo ha representado una necesidad social’” (p. 155). Por lo que, en su escrito, Santos no deja de hacer explícita la relación de la tesis de Vallenilla Lanz con los destinos de Venezuela a cargo de Juan Vicente Gómez. La crítica más importante de Santos al libro de Vallenilla Lanz se centra, justamente, en el adjetivo “democrático”, usado en el mundo moderno preponderantemente por los liberales:

No vaya a creerse que lo de democrático, que se añade al cesarismo, consiste en que en esta clase de gobierno se apliquen las fórmulas usuales de la democracia. No: este cesarismo se llama democrático, porque cualquier hijo del pueblo, por humilde e ignorante, puede llegar a ser el César; o mejor, que precisamente las clases más bajas de la sociedad son la madera de los Césares. Páez, apenas sabía leer cuando triunfó en Carabobo; Crespo nunca supo de “ideologías”, que decía Napoleón; el general Gómez no es precisamente un letrado. El César democrático, no es, pues, sino el tirano de origen humilde... Es la selección por lo bajo. Es la selección que produjo al doctor Francia y a Estrada Cabrera. (p. 156)

La respuesta de Vallenilla Lanz, que no se hizo esperar, comienza por poner en claro que la crítica de Santos no es tanto a su libro, como sí a su persona y al régimen venezolano de Juan Vicente Gómez. En esta respuesta, sin titubeos, el intelectual venezolano plantea su postura frente al régimen de Gómez.

Sostengo el régimen actual de Venezuela, porque estoy plenamente convencido por los resultados, de que es el único que conviene a nuestra evolución normal; porque es el que, imponiendo y sosteniendo la paz a todo trance, está preparando al país para llenar ampliamente las dos grandes necesidades de todas estas democracias incipientes, con enormes desiertos y con poblaciones escasas y heterogéneas que carecen todavía de hábitos, de ideas y de aptitudes para cumplir los avanzados principios estampados en nuestras constituciones escritas: inmigración europea y norteamericana (gente blanca) y oro, mucho

oro para explotar nuestra riqueza y hacer efectiva la unidad nacional por el desarrollo del comercio, de las industrias y de las vías de comunicación. (Vallenilla Lanz, 1991, p. 161)²⁶

Pero la respuesta de Vallenilla Lanz, sobrepasando la refutación de los puntos de Santos y la defensa de Gómez, expone un asunto de gran interés para Colombia. El título de la respuesta, “Cesarismo democrático y cesarismo teocrático” —artículo publicado en *El Nuevo Diario*, periódico que Vallenilla Lanz dirige, el 4 de noviembre de 1920—, evidencia una contraposición entre Venezuela y Colombia en la que Vallenilla Lanz hace caer en cuenta a Santos. Para el venezolano, el liberal colombiano obvió en su escrito que, aunque diferente, Colombia también vive en un régimen cesarista. Partir de evidenciar que el contrario cae en lo que critica deja en evidencia las falencias en el sistema republicano y democrático ensalzado por el mismo Santos al final de su artículo. Para Vallenilla Lanz, desde Núñez, Colombia responde a un cesarismo teocrático, en el cual se impone, no el caudillo, sino el cura. “Si en Venezuela existe el caudillo — y existirá hasta que el medio social y económico se modifique—, en Colombia, mientras no suceda lo mismo, preponderará la Iglesia Católica como el más poderoso y eficaz fundamento del orden social” (Vallenilla Lanz, 1991, p. 162). De esta manera, el liberalismo de Santos, y el colombiano en general, llega hasta donde comienza la iglesia, pues su ideología pasa por encima aquella predica anticlerical de Voltaire o Holbach, o aquel jacobinismo furibundo de Marat. Además de estos justos reproches, Vallenilla Lanz también advierte que el sistema oligárquico ha manejado el país desde su independencia y que se reproduce a través de las familias tradicionales que representan las élites de los partidos liberal y conservador.

Todo esto sirve a Vallenilla Lanz para dejar en claro que, aunque Santos se jacte de pertenecer al pueblo “más independiente y libre de América”, las condiciones socioeconómicas de Colombia no son mejores que las de Venezuela.

²⁶ Sobre la paz de Gómez, y al respecto del mismo Vallenilla Lanz, sostienen Betancourt y Otero Silva (2007): “Los procedimientos inquisitoriales con que Gómez había sostenido su política de veinte años estaban dando el fruto codiciado por el verdugo sembrador. El terror acaparaba las conciencias de todo un pueblo. Un terror desmesurado que maniató la palabra y el gesto; una larga etapa de cobardía y desaliento, mientras la patria se moría de ignominia. El pasado monstruoso se erguía como un fantasma rojo por encima de las voluntades. La palabra ‘Gómez’, por sí sola, bastaba para encadenar en todos una asociación de ideas terrible y lógica: los grillos, el tortol, el arsénico, el hambre, la sed, la muerte. Y, Venezuela se callaba, temblorosa y pávida, ante el recuerdo de sus hijos buenos muertos en el suplicio.

“Es esta situación lo que Vallenilla Lanz y el coro disciplinado de sus acólitos de menor cuantía han dado en llamar “paz rehabilitadora”. Es este silencio hueco de cementerio y de agua estancada lo que proclama Gómez como elogio de su propio gobierno. Tranquilidad y silencio del que no puede gritar porque la mordaza le destruye la voz y del que no puede moverse porque las ligaduras le desgarran las carnes” (p. 29).

No creí yo al doctor Santos tan *panglossiano* como la gran mayoría de sus colegas. “El pueblo de Colombia es el más ilustrado, el más libre, el más digno de toda la América”. Y yo pregunto: ¿Quién es el pueblo de Colombia? ¿Serán las cien familias que desde la Independencia vienen figurando en el Gobierno, constituyendo las dos oligarquías que se han discutido el poder, llamándose liberales y conservadores? Todos los colombianos se envanecen diciendo que sus gobernantes han sido siempre los letrados; y yo pregunto también: sus poetas, sus gramáticos, sus escritores, sus oradores insignes ¿supieron consolidar la unidad nacional? En cien años de Independencia, ¿no han tenido tantas guerras como nosotros? Sus finanzas, ¿han estado jamás en mejor situación que las nuestras? Sus vías de comunicación ¿se han multiplicado acaso? Y sobre todo, *su pueblo*, es decir, la masa, la gran masa, ¿ha sacudido definitivamente la modorra colonial, lanzando sus exponentes a las altas esferas sociales y políticas? Que me señalen siquiera una docena de hombres surgidos de las bajas clases populares que hayan sido en Colombia Presidentes, Ministros, Diplomáticos, etc. Y si los hubiera habido en cien años, no harían sino confirmar la existencia de un régimen oligárquico, aristocrático, hermético, apoyado en el clero o cayendo en la anarquía y en la dictadura, cuando han tratado de destruirlo. ¿Dónde está, entonces, esa democracia selectiva de que tanto se envanecen los colombianos? Hasta hombres eminentes, escritores ilustres que aquí hemos conocido, no han llegado, ni llegarán jamás, a ocupar determinadas posiciones, porque no son de *buena familia*. Me replicarán con la condición humilde del doctor Suárez, y ¿no se la están enrostrando constantemente, irrespetando a ese venerable anciano, a ese pensador ilustre que tanto honor hace a su patria? (Vallenilla Lanz, 1991, p. 163)

Podría decirse que Vallenilla Lanz tiene razón en su juicio sobre Colombia, aunque parta de las motivaciones ideológicas largamente expuesta. A esta altura, podría decirse que la disputa entre ambos pensadores está en tablas, en cuanto a las denuncias de los problemas sociopolíticos de Venezuela y Colombia se refiere. Sobre ambos países, el juicio de Picón Salas (1940) viene a resumir la cuestión: “sobre Venezuela, donde dominaban los militares, y sobre Colombia, donde dominaban los sacerdotes” (p. 123).

Antes de que se acabe el año de 1920 publica Eduardo Santos dos artículos más, los cuales no merecen mayor análisis, pues el primero de ellos, publicado el 28 de diciembre y titulado “Sobre las teorías del Señor Vallenilla Lanz”, es un artículo cargado de un chovinismo malsano y

rebuscado; en cuanto al segundo artículo, publicado el 31 de diciembre con el título “Colombia, país teocrático”, no son más que patadas de ahogado en medio de un orden constitucional, social y cultural nacido de la Regeneración y cristalizado en la Constitución colombiana de 1886; de un país donde los actos cívico y patrios se celebraban con un tedeum en la Basílica Primada o con una procesión de Santa Librada encabezada por el Cristo de los Mártires.²⁷

Pero no solo se replicó en Colombia a Vallenilla Lanz desde el liberalismo, también el principal líder del conservatismo colombiano del siglo XX, Laureano Gómez, sentenció la labor del intelectual venezolano. Así lo registra el mismo Vallenilla en un pequeño artículo titulado “Tengo fe”, del 21 de febrero de 1922. En este escrito el autor venezolano cita el calificativo con que el Laureano colombiano demerita al Laureano venezolano: “... el inescrupuloso apologista de la Dictadura”. A ellas, sin titubeo, responde Vallenilla (1991): “el concepto, ni me hiere ni me deprime. Muy al contrario” (p. 205). Este “muy al contrario”, no es otra cosa que la defensa de su labor dentro del régimen venezolano.

El concepto del ruidoso orador colombiano ni me mortifica ni me deprime. Llamándome apologista de la dictadura sintetiza con una frase muy gastada la doctrina que he sostenido, sostengo y sostendré siempre como una necesidad para las sociedades hispanoamericanas que se hallan aún en plena evolución que no se alcanza, ni se ha alcanzado en ninguna época ni en ningún país, sino al amparo de una sola voluntad enérgica, prudente e inspirada en el bien público. (p. 206)

Después de esta cita, que raya con la suficiente ilustración, no queda nada más qué decir de las bases sobre las cuales se edificó la dictadura de Juan Vicente Gómez y que sufrieron los venezolanos de principios de aquella centuria. El arquitecto Vallenilla Lanz, inteligente y perspicaz, marcó el ritmo intelectual en el que, a la zaga, tuvieron que combatir Rómulo Betancourt y Mariano Picón Salas.

Rómulo Betancourt, desde muy temprano, se esgrime como enemigo declarado de Vallenilla Lanz. Además del comentario que dio paso para analizar la situación ideológica durante el gobierno de Juan Vicente Gómez, en la que se criaron Betancourt y Picón Salas, es recurrente la mención a Vallenilla Lanz *En las huellas de la pezuña*: sobre la forma montuna en la que se expresa

²⁷ Baste leer los dos tomos de *Estudios constitucionales y jurídicos* de Miguel Antonio Caro, publicados por el Instituto Caro y Cuervo, para darle la razón a Vallenilla Lanz sobre la configuración teocrática de la nación colombiana.

Juan Vicente Gómez, propia del capataz de la Hacienda La Mulera, escriben Betancourt y Otero Silva (2007): “Ya Vallenilla, Arcaya, Itriago Chacín y demás miserables ganapanes borlados se encargarán de ponerle máscaras de elegantes sofismas a la trágica y áspera verdad de los hechos” (p. 91). En este mismo tono adjetivan los autores la pluma de Vallenilla como “cínica y hábil”, juzgan sus argumentos como “tejidos de sofismas inteligentes” (p. 98), y demeritan su capacidad como “barata erudición” (p. 84). Ante estos juicios sobre Vallenilla, y teniendo en cuenta la lucha librada durante 1928 por los estudiantes en Venezuela, no sorprende que Betancourt y Otero Silva (2007) se adhieran al bando de Santos, al cual consideran, junto a José Vasconcelos, “espíritus tan combativos y sinceros” (p. 104). Al igual que Eduardo Santos, Vasconcelos desde su Ministerio en México denunciaba la dictadura de Juan Vicente Gómez (Consalvi, 1996, p. 38).

Justo en el mismo año de 1928, el 19 de noviembre, publica Rómulo Betancourt un artículo en el periódico *La Nación* de Barranquilla en contra de Laureano Vallenilla Lanz. El título de este artículo, que recuerda el legendario libro de Pocaterra, es: “Perfiles de la Venezuela decadente: Laureano Vallenilla Lanz”. El juicio de Betancourt (2021) sobre Vallenilla es severo. Partiendo de una reflexión sobre lo que se podría denominar el intelectual a sueldo, o el profesional en el sentido de Said, en la que recuerda al panfletista Pedro María Morantes, descarga Betancourt toda su furia juvenil de veinteañero contra el casi sexagenario:

Ningún ciudadano de los que, haciéndose reos ante la historia por delitos de lesa patria, se agrupa alrededor de un tiranuelo para ayudarle a conservar la usurpación del poder merece un desprecio tan acre y justiciero como el intelectual que le alquila su pluma. Quizás podrá presentarse el áulico mercader, o burgués, o burócrata, ante el fallo supremo de las generaciones reclamando un poco de piedad en gracia de que sus profesiones tracaleras les han habituado el espíritu a la adulación y el espinazo a la actitud genuflexa, contrita, suplicatoria... Más quienes viviendo en ese ambiente combativo y rebelde de las ideas, caldeado de bellas pasiones y de supremo impulso liberador, sucumben a la pingüe y dolorosa realidad de un soberano; quienes en el contacto con el libro aprendieron a respetar su decoro de hombre para prostituirse luego en la primera casa de tolerancia republicana que se toparon al paso, no pueden merecer de nosotros, los que avanzamos de vanguardia a la conquista de una hora de renovación nacional, ni siquiera esa mueca entre irónica y compasiva con que se plega a veces el labio frente a un aborto humano demasiado insignificante para merecernos odio. (p. 47)

El blanco de esta diatriba, a este punto, es bien conocido. Para Betancourt (2021), Vallenilla Lanz representa el hombre de ideas que se rindió ante un hombre de crímenes. Para cumplir su labor imposible de “justificar el despotismo que asola a una patria de libertadores de pueblos”, Vallenilla Lanz se sirve, según Betancourt, de los métodos históricos y sociológicos caducos de finales del siglo XIX y de un conocimiento parcial de Darwin. Con estos elementos, Vallenilla Lanz, “fundamenta la abominable arquitectura sofisticada que forma la “doctrina” (sic) divulgada en el periódico y en el libro por el ‘eminente’ director de *El Nuevo Diario*” (p. 48).

La situación de Vallenilla Lanz es paradigmática. Es el intelectual, el científico, el académico al servicio del régimen. El primero en su especie según el autor. Ya no es el simple espaldarazo de un eminente hombre de letras a un gobernante, ni la bendición de un arzobispo, cargada de argumentos de providencias del cielo, al gobierno de un presidente, es la justificación racional de la ciencia histórica y sociológica. Vallenilla, en el juicio de Betancourt (2021), es la nueva imagen del sofista pseudocientífico que dogmatiza a sueldo del tirano (p. 48). Sí, el argumento es *ad hominem*, y se juzga por el interés que existe detrás de la teoría:

El gendarme necesario, llama en forma eufemística a quien es sólo “necesario” para él, porque le paga la pitanza, y la posibilidad de darse una vida epicúrea y regalada y el “postín” de gastarse unas hijas “bien” que atropellen impunemente peatones con sus veloces *Cadillacs*, y de tener a sueldo un facultativo que a diario atisbe cuidadosamente, en su organismo averiado, cualquier rebelión del treponema, adormecido por una ola salvadora de arsénico y de bismuto... Alumbrándose con una linterna, tomada a préstamo a *Monsieur Taine* (Ed. Maucci —Barcelona— 2 pesetas), y en la cual va echando el tiranuelo su combustible de billetes de banco, el sociólogo de las mentiras oportunistas se marcha a tientas por los anales de América y de su pueblo, pescando aquí y allí hechos y hombres sacados por las greñas y aislados de ambiente y de época para incorporarlos, como elemento de prueba, al edificio de sus teorías. En esta pesquisa tenaz, echa con la buida sutileza de una inteligencia bastante hábil, no desdeña detalle, por anónimo e insignificante que parezca; así a seguidas de concordar y justificar el grito que en México o Colombia, o Venezuela lanzará cualquier Pedro Carujo, no vacila en citar una frase aislada del Libertador, arrancándola del párrafo que le daba sentido y tergiversando, en apoyo de su tesis, la ideología del grande hombre. (p. 48)

Sin duda, el artículo en cuestión exuda ponzoña a cada párrafo, y más que refutar a Vallenilla en el terreno de la historia, la sociología, o la teoría en general, es una apuesta contraideológica de gran humor, la caricatura política en toda su expresión. Podría atribuirse tales proezas chascarrilleras a la juventud, o la calentura por los acontecimientos de 1928, sin embargo, y esto para echar leña al fuego, en 1936, tras la muerte de Vallenilla Lanz, aparece en Caracas un texto de sugestivo nombre: “Vallenilla Lanz, máximo exponente de la prostitución intelectual, ha muerto”, el cual, aunque sin firma, pertenece presuntamente a la pluma de Betancourt. Así lo refiere el coordinador del volumen *Selección de escritos políticos (1929-1981)* de Rómulo Betancourt, Naudy Suárez Figueroa. Y aunque el título es ya lo suficientemente sugestivo, desde el inicio deja claro el aprecio que tiene el autor por el recién fallecido: “La muerte de Laureano Vallenilla Lanz es oportunidad que aprovechamos para enjuiciar su vida y su obra. Nos acercaremos a ambas sin piedades filisteas. Nosotros no respetamos los muertos cuando los muertos no merecen respeto” (Betancourt, 2006, p. 87). Tal descredito de la figura intelectual más relevante de las primeras tres décadas del siglo XX resulta en una condición sociológica de suma importancia resaltada por Betancourt (2006), quienes nacieron con el siglo en Venezuela adolecen de orfandad intelectual:

Somos una generación sin maestros, porque los llamados a ser ductores prefirieron la vileza de las antesalas, el mullido butacón ministerial o la librea dorada de la diplomacia antes que comer ese “pan cotidiano de la prueba” de que habla un viejo universal, un viejo de esos ante los cuales se frustra se hace trizas cualquier ímpetu iconoclasta de la juventud: Romain Rolland. (p. 87)

Juzgándolo de “Maquiavelo de Juan Vicente Gómez”, la crítica necrológica de Betancourt redundante en lo ya expresado en 1928. Novedoso es la crítica a la malsana labor que cumplió Vallenilla al frente de *El Nuevo Diario*. Desde esta tribuna, Vallenilla no solo defendió y justificó la labor de Gómez, sino que blanqueó el régimen buscando una legitimidad internacional. “Aquel ‘parapléjico cínico e inteligente’ puso a circular internacionalmente desde las columnas de ‘El Nuevo Diario’, todas las mentiras oficiales acerca de la prosperidad y la felicidad de Venezuela durante los años de la tiranía” (p. 88).

Sin embargo, y a pesar de todo esto, en el escrito existe un asunto destacable, y es la virtud científica que atribuye al historiador. Tal virtud es el enfoque analítico con que Vallenilla estudió la historia venezolana, zafándose de aquella forma de historia anecdótica y apologista. Sobre un

par de libros de Vallenilla, afirma Betancourt: “‘Cesarismo Democrático’ y en su inconclusa obra ‘Integración y Desintegración’ hay más de un atisbo inteligente, más de una observación justa, más de una apreciación que no tendría inconveniente en suscribir una mente nutrida de la moderna ciencia social” (p. 88).

Menos combativo en lo político, pero más incisivo en lo teórico es el análisis que hace Mariano Picón Salas de Vallenilla Lanz. En el ensayo “Proceso del pensamiento venezolano” —aparecido un año después de la muerte de Vallenilla Lanz, y publicado por entregas en el diario *El Universal* de Caracas, del 17 al 20 de abril de 1937, con el título de “Proceso de la inteligencia venezolana”—, incluido en los libros *1941. Cinco discursos sobre pasado y presente de la nación venezolana* (1940) y *Comprensión de Venezuela* (1949), expone Picón Salas las etapas en que se puede dividir la historia del pensamiento en conjunción con el desarrollo político de Venezuela, partiendo de los Libertadores, pasando por Guzmán Blanco hasta llegar a Cipriano Castro y Juan Vicente Gómez. Entre los pensadores que se destacan en la historia de Venezuela, el autor menciona a Gual, Fermín Toro, Valentín Espinal, Juan Vicente González y Cecilio Acosta. Situándose en el momento histórico de Cecilio Acosta y Guzmán Blanco, refiere Picón Salas (1949) que se comienza una era de “caudillos únicos” o “césares democráticos”, refiriéndose claramente al concepto de Vallenilla Lanz. Tras la muerte de Acosta, y bajo el dominio militar, el autor plantea que “el pensamiento nacional perdió su fuerza creadora y combativa o se ocultó y proliferó en el matorral de la inofensiva retórica” (pp. 93-94). El intelectual se convirtió en estos tiempos de nuevos césares en “‘orfebres’, coleccionistas de adjetivos, optimistas y alabadores profesionales” (p. 94). En la parte introductoria del ensayo, pone de relieve Picón Salas (1949) la situación del pensamiento durante la época de Gómez que aquí interesa:

Bajo Gómez fue la época del soneto y de la sociología: el soneto tenía como tema la paz del “Benemérito”... paz de las vacadas en los potreros de Aragua, de las carreteras y la prisión civil. Muchos venezolanos —que no sabían hacer otra cosa— hicieron sonetos. En cuanto a la sociología, al servicio del César, con su revestimiento de científicismo pedante, de mal aplicadas ideas de Taine o de sociólogos de menor cuantía que ya estaban completamente trasnochados o superados en Europa, propagó una resignación impotente cuya influencia deletérea en el espíritu nacional examinaremos después. En el pesimismo, la alabanza fácil y la conformidad ante un estado social desventurado como era el de nuestro

país, se olvidó aquel pensamiento constructivo que tuvo la generación de la Independencia y que fue el mensaje intelectual de un Fermín Toro o un Cecilio Acosta (pp. 94-95).

El pesimismo y resignación denunciados por Picón Salas, conclusión brillantísima, es la postura fatalista o determinista que asume ante la historia el sociólogo. La sociología cesarista, como la llama Picón Salas, tiene por representantes a Pedro Manuel Arcaya y Laureano Vallenilla Lanz, los cuales beben de las corrientes del “materialismo determinista de la segunda mitad del siglo XIX” y se orientan a “justificar el hecho venezolano” lanzando teorías “que puede esgrimirse como arma providencial de propaganda política” (p. 104).

Aunque Arcaya se lleva su buena parte, interesa aquí los análisis sobre Vallenilla Lanz. Para Mariano Picón Salas (1949), aunque habilidosa, la tesis del autor de *Cesarismo democrático* se “quebranta por su base” (p. 106). La cuestión es esta: aquella formulación de una constitución natural u orgánica contrapuesta a una constitución abstracta y escrita, parte de un supuesto erróneo, pues pone a Venezuela como una “nación fijada en un definitivo cuadro histórico”. La crítica señalada por Picón Salas es simple: para Vallenilla “Venezuela ya ‘es’ y no comprende y no quiere comprender, que Venezuela ‘deviene’”; es decir, “lo que puede ser una forma transitoria, se le aparece ya como fijado y permanente” (p. 106). El debate entre Mariano Picón Salas y Vallenilla Lanz se podría enmarcar en aquella dicotomía establecida por Michael Oakeshott bajo la fórmula contrapuesta de la política de la fe vs la política del escepticismo. En cuanto al adjetivo democrático que Vallenilla le quiere atribuir a su César, Mariano Picón Salas retoma el argumento de Santos sobre el “tirano de origen humilde”, por lo que este comentario basta.

Para cerrar esta interpretación de Mariano Picón Salas, existe un ensayo muy interesante en el que el autor quiere condensar la historia del pensamiento en Venezuela: “Historia intelectual de Venezuela” (1945). Allí, sin ningún rasgo ideológico, le da Picón Salas (1945) un lugar intelectualmente merecido a Vallenilla Lanz y a toda su generación. Esta consideración, sirve para entender cómo comprendió el intelectual venezolano a quienes dominaron el pensamiento antes que él:

Aunque hayan nacido una década después, de cierto modo continúan la escuela histórica y sociológica iniciada por Gil Fortoul y Alvarado, otros investigadores como José L. Andara (1864-1922), Ángel César Rivas (1873-1930), Samuel Darío Maldonado (1870-1925), Julio C. Salas (1870-1933), Laureano Vallenilla Lanz (1870-1936), Pedro Manuel Arcaya

(1874). Todos ellos trabajan en una interpretación que quiere ser científica de la historia venezolana, y conscientemente se oponen a la idealización y el himno histórico de los románticos. Partiendo de un análisis tainiano —y ahora muy discutible— del medio geográfico y la psicología étnica, aspiraban a descubrir las bases permanentes de nuestra nacionalidad. Sufrían la equivocación de pensar que ya Venezuela era un país enteramente formado y que del examen particular de ciertos hechos de nuestra historia en el siglo XIX —como por ejemplo el caudillismo militar— se desprendían deducciones duraderas que inspirasen leyes y sistemas políticos. Por prevención excesiva contra las ideologías, caían en el extremo contrario de divinizar y darle validez absoluta a ciertos fenómenos aislados. La observación rige de modo especial para escritores y sociólogos como Laureano Vallenilla Lanz, autor del famosísimo libro de teoría y polémica política *Cesarismo Democrático*, y como Pedro Manuel Arcaya, autor de interesantes estudios sobre *Estudios sobre personajes y hechos de la historia venezolana* y de *Estudios de sociología venezolana*. Arcaya y Vallenilla ocuparon destacadas posiciones públicas durante la dictadura de Juan Vicente Gómez y se les consideró, de cierto modo, como los filósofos y teóricos oficiales del régimen. Apartando las deducciones de transitoria eficacia política que pueden encontrarse en las obras de Arcaya y Vallenilla Lanz, ellas ofrecen algunas de las páginas más vivas y mejor documentadas de nuestra historiografía. Han comprendido de una manera que no era usual en los viejos historiadores, la importancia del hecho menudo, del rasgo significativo que desentraña y define la psicología de un personaje o una situación. (pp. 94-95)

Finalmente, valga decir que Picón Salas, a diferencia de Santos y Betancourt, le dedica un mensaje generoso al difunto intelectual: “Escribió con talento y seguramente fue sincero” (p. 107). Estas palabras, para sus seguidores y aduladores, quedarán como consuelo para la posteridad.

Refundar la patria desde el exilio: El Plan de Barranquilla

Los venezolanos de las primeras décadas del siglo XX en oposición al régimen tenían pocas opciones: la muerte, el cadalso encubierto pero eficaz que significaba la prisión, o el exilio. De estas opciones, si se buscaba florecer, es claro que la elección más sensata es el exilio. La Venezuela verdaderamente intelectual de las primeras décadas del siglo XX era una patria de

exiliados. En esta nomina se contaban grandes escritores como el ya mencionado Pedro María Morantes (Pío Gil), Rufino Blanco Fombona y José Rafael Pocaterra, quienes, desde su exilio, no dudaron en fustigar con panfletos y protestas a los dictadores andinos (Picón Salas, 1949, p. 96). Este mismo fue el camino que siguieron Mariano Picón Salas y Rómulo Betancourt, y si bien los motivos fueron diferentes, ambos no dejaron de resentir la lejanía de la patria y el agravio por la dictadura de Gómez. Por ello, no extraña aquella dolorosa confesión que se deja sentir en el escrito de Betancourt y Otero Silva (2007):

Perseguidos nosotros, logramos tomar, con la complicidad generosa de unos cuantos humildes, el camino del exilio. “Voluntariamente” —verdad, despreciables canallas de la diplomacia de Gómez que por el mundo paseáis debajo del casaquín galoneado, una insondable miseria moral—, dejábamos atrás todas las cosas nuestras: el cuartito desordenado y bohemio, donde manos fraternas siempre cuidaban de renovar una maceta; la casona universitaria, con el recuerdo de la primera enseñanza del libro luminoso que nos ensanchó la pupila para abrirle camino, alma adentro, al tremendo dolor de la patria; el amigo en la cárcel, con el cuerpo deshecho y el espíritu recio, la noviecita soñadora y buena; la tumba de la madre... ¡Todas las cosas nuestras! (pp. 86-87).

Pero son azarosos los designios del destino, pues, aunque con sumo lamento, el exilio producto del frustrado intento de toma del poder por parte de militares y estudiantes, significó para Betancourt, según el análisis de Caballero (2008), una de las aventuras “más fructíferas se su historia personal” (p. 79). En esta misma vía, Quero de Trinca (2008), plantea que este primer exilio le significó para Betancourt “un período de formación, de aprendizaje y crecimiento, en el que se observa su preocupación por lograr una definición ideológica” (s.p.). En cuanto a las preocupaciones por su formación, durante estos años se ocupó de estudiar y analizar el “imperialismo, el andinismo, la economía, el nacionalismo y la unión latinoamericana, trascendiendo así su propósito inicial puramente denunciativo” (s.p.). En cuanto a lo ideológico, se evidencia que “a partir de mediados de 1931, Betancourt radicaliza su anterior posición de izquierda moderada” (s.p.).

La odisea del exilio de Betancourt comienza en Curazao, a donde llega de polizón. Allí, fiel a su causa, se inscribe en el Partido Revolucionario Venezolano, con el cual tendrá un desencuentro que lo lleve a dirimir de su militancia. En Curazao, Betancourt y su segundo, Raúl Leoni, se suman

en 1929 en una nueva intentona, esta vez a cargo del exmilitar y por segunda vez conspirador Román Delgado Chalbaud. Sin embargo, por esos azares del destino los jóvenes venezolanos no alcanzan a embarcarse en el buque de guerra *Falke*, en el cual se cierne el mismo augurio que el de la noche del 7 de abril. Librados del destino de los tripulantes de *Falke*, la odisea continúa, y tras el paso por diversos parajes, se establecerá Betancourt en Barranquilla (Caballero, 2008, pp. 87-97).

Aunque diferentes en geografía y clima, es Barranquilla la Siberia en la que se consolidará el criterio político de Rómulo Betancourt. Aunque el exilio es pesadoso, Barranquilla brinda ciertas ventajas para los futuros líderes políticos de Venezuela. Así lo expone Caballero (2008):

Pero eso no bastaba para el sustento cotidiano. Era necesario tocar puerto. Lo hará en Barranquilla, que tiene para él varias ventajas. En primer lugar la cercanía con Venezuela, no solamente geográfica, sino podría decirse cultural: los costeños y los orientales venezolanos se parecen mucho; se sienten allí como en casa propia, cosa que no ocurriría de seguro en la fría, lejana y oligárquica Bogotá, esa ciudad «cachaca» tan detestada por Gabriel García Márquez. Por otra parte, Barranquilla es más barata, más «vivable» para un joven que no tiene dónde caerse muerto. Y, *last but not least*, allí se ha sentado un grupo de sus secuaces, el más emblemático de los cuales es el silencioso «calvito», Raúl Leoni, quien le permanecerá fiel hasta el último suspiro. El padre de Raúl Leoni, el tenaz corso Don Clemente, posee allí el negocio típico de una economía de subsistencia: una frutería. Será la famosa «frutería de Barranquilla», de la cual una incommovible leyenda hace propietarios a los muchachos exiliados. En verdad, como excelentes estudiantes de Derecho que han sido, publican un boletín jurídico que en un país tan leguleyo, se vende bastante, llegando a producirles mil quinientos dólares al mes.

Acaso en la trastienda de la frutería se reúnen para beber un «tinto», el café amargo de los colombianos, fumar como chimeneas y, muy de tarde en tarde, entrarle a una botella de ron caribeño. Esto último se infiere de su condición joven y venezolana, pero estos muchachos son austeros, virtuosos, jacobinos. Su único vicio, que practican como posesos, es la política. De eso hablan las veinticuatro horas del día, porque cuando duermen, sólo en eso sueñan. (p. 100)

Además de las señaladas por Caballero, Barranquilla cuenta con condiciones importantes para los temperamentos de los exiliados venezolanos en las dos mismas esferas señaladas en la cita, la sociológica y la cultural. Su condición de ciudad portuaria, tal y como lo analiza José Luis Romero en *Latinoamérica las ciudades y las ideas*, significó para la ciudad un rápido avance debido al comercio que en ella se desarrolló. Citando a Miguel Samper, expone Romero (2001) que para 1872 residen en Barranquilla más extranjeros que en todo el país, cuestión que propicia un ambiente cosmopolita en la ciudad. En este contexto, muestra la cita de Samper, “el inglés se oye hablar en los escritorios, en los docks, en el ferrocarril, en los vapores; y el movimiento comercial, el ruido de la actividad, el pito de la máquina de vapor, forman contraste con la quietud de las ciudades de la altiplanicie” (Romero, 20001, p. 220). Esta senda iniciada en 1872 siguió prosperando hasta 1930 —época en la que reside Betancourt en la ciudad—, al punto que, para ese año, ya el puerto de Barranquilla había superado a ciudades de mayor trayectoria como Cartagena y Santa Marta. En el análisis de Romero (2001):

En cincuenta años sobrepasó en movimiento portuario y en población a sus vecinas y llegó a congregarse casi 150.000 habitantes en 1930, mientras Cartagena sólo alcanzaba a 100.000 y Santa Marta a 30.000. Barranquilla acaparaba cada vez más el tráfico internacional y servía de llave a la navegación del Magdalena. Y tanto su crecimiento irregular como el aire de improvisación que tenía su arquitectura se moderaron por la acción de esa nueva burguesía de origen cosmopolita y advenedizo que promovió su desarrollo. Nada en ella recordaba el pasado colonial, como lo recordaban las murallas de Cartagena. (p. 253)

Así, no es de extrañar, y esto para referirnos a la esfera cultural, que hubiesen surgido en Barranquilla instituciones intelectuales tan importantes para el país como la revista *Voces* (1917-1920), principal referente del vanguardismo en Colombia, y el Grupo de Barranquilla, de donde destacaran importantes escritores. Barranquilla resulta, de esta manera, un caldo de cultivo para movimientos obreros y sindicales. En esta vía se dirigen los análisis de Jesús R. Bolívar Bolívar (2004), quien plantea que en la ciudad surgieron los primeros movimientos sindicales del país a inicios del siglo XX. La causa de esta situación se debe, según el autor, a la condición económica, cultural y política de la ciudad. Además, la situación portuaria permite el ingreso de “tesis, postulados y movimientos de índole sociopolítica”. Dichas tesis, en su mayoría, están alineadas al “liberalismo de corte obrero y el comunismo de influencia soviética” (pp. 82-83). Se conseguían en Barranquilla libros de figuras del nivel de Marx, Trotski, Stalin, Proudhon, Bebel, Serge,

Kropotkin entre otros (pp. 92-93). Se encontraron Betancourt y demás estudiantes exiliados en Barranquilla con una ciudad que era bastión del liberalismo y dónde las ideas socialistas estaban en el ambiente. Por ello, no es de extrañar que Barranquilla hubiese sido el puerto desde el que partió la renovación ideológica y política de Venezuela en el siglo XX. Es en este momento de socialismo a flor de piel en que se confecciona el Plan de Barranquilla.

Aunque jóvenes, los estudiantes venezolanos se curten rápido en materia política. Sin embargo, y aunque ya hubiesen vivido la movilización civil, el canazo, el asalto militar y el exilio, todavía falta a aquellos precoces revolucionarios de la Generación del 28 un manifiesto que condense los principios de lucha y enfrente en duelo político a ese enemigo declarado. Los manifiestos, vieja fórmula de grupo y generaciones, son la piedra angular en la que se publicita la lucha; sin ellos, las conjuras no son otra cosa que secretos a voces. Es por eso por lo que el Plan de Barranquilla viene a condensar esa amenaza hecha por Betancourt y Otero Silva (2007) al final de su memorial estudiantil:

Enemigos jurados del régimen que en la patria venezolana atropella fueros y derechos, lo hemos combatido en estas páginas y lo continuaremos combatiendo, en todos los terrenos, hasta la hora misma de su derrumbamiento definitivo. (p. 103)

El Plan, firmado el 22 de marzo de 1931, constituye, para Caballero (2008), “el primer ensayo venezolano de historiografía marxista” (p. 101). Esta afirmación pone el acento en la evolución que existe entre los líderes estudiantiles de 1928, ajenos, como lo afirman Betancourt y Otero Silva (2007), al comunismo, y los ya estadistas de 1931, militantes en la izquierda. Para entonteces, es importante mencionarlo, ya *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, publicado en aquel 1928 del que tanto hemos hablado, había hecho carrera como modelo de interpretación social, política y económica marxista en los países latinoamericanos.

El punto de partida del Plan tiene el mismo enfoque del *Manifiesto*, ya que, así como para Marx y Engels el fantasma del comunismo recorría Europa, para los revolucionarios de Barranquilla, el fantasma de las masas recorre América Latina. La conclusión de esta situación en 1931 es la misma que en 1848: una inminente lucha de clases. El triunfo de esta lucha parece asegurado a favor de la “voluntad nacional” (ARDI, 2007, p. 65). La diferencia entre estos manifiestos está en la contraparte de las masas, ya que en apariencia no son los burgueses capitalistas el enemigo de las masas en América Latina, sino el absolutismo personalista que

encarnan Porfirio Díaz, Juan Manuel Rosas y Juan Vicente Gómez. Las soluciones, por estos motivos, no son tan sencillas como las de los países que habían, mal que bien, tenido un contacto frecuente con la modernidad. Esta será la causa del distanciamiento, años después, con la doctrina y las fórmulas de la Tercera Internacional. El enfoque latinoamericano debe ser otro, y quizá quien mejor lo comprendió fue Adriani, quien, citado por Picón Salas (1987), plantea que:

“Gómez es, de cierta manera, la consecuencia de un estado social”. Gómez manda porque nosotros hemos sido la indisciplina, la improvisación, la guachafita. Gómez es el gran culebrón que vino a gobernar sobre las ranas cuando éstas pedían más poder, según la fábula clásica. Muchos muchachos románticos piensan que se tumba a Gómez después de beber unos tragos, buscando camorra a un policía y apareciendo en la Plaza Bolívar al grito de: “¡Abajo la tiranía!” Este es un problema de preparación, de orden, de disciplina colectiva. “Antes de hacer la República debemos hacernos nosotros porque todavía no somos”. (p. 131)

Después de trazar una inminente lucha de clases, el marxismo se convierte en leninismo, es decir, la dialéctica histórica se condensa en la insurrección armada. “Ya las masas venezolanas están ‘armadas de la resolución vehemente de armarse’, cumpliéndose la más fundamental de entre las condiciones objetivas que para poner a la orden del día la insurrección exigen los de la rigurosa dialéctica materialista” (ARDI, 2007, p. 65). Pero el plan de Barranquilla no es solo panfleto que impulsa a la toma de las armas en pos de la revolución, es también una base analítica para la transformación de Venezuela y documento programático para la acción.

Los análisis de los “factores políticos, sociales y económicos que permitieron el arraigo y duración prolongada del orden de cosas que se pretende destruir”, comienzan por afirmar que la causa del “despotismo ha sido en Venezuela, como en el resto del continente, expresión de una estructura social-económica de caracteres diferenciados y precisables sin dificultad” (ARDI, 2007, p. 66). La estructura social-económica y la organización política vigente, definida por el Plan, es de tipo “semi-feudal”. Dicha estructura responde a las condiciones coloniales que están en la base de la sociabilidad de las naciones latinoamericanas. El presupuesto es: “La Colonia, como organización jurídica y social, ha pervivido dentro de la República”. Esta situación se evidencia en la conservación de ciertos privilegios de una cierta “nobleza criolla”: “mantener dentro de la República su posición privilegiada de casta poseyente de cultura y de tierras, de esclavos

explotados y de sutilezas escolásticas para justificar esa explotación” (ARDI, 2007, p. 67). El resultado fue un orden oligárquico más que democrático. Esta tesis va en contra de la defensa que hace Vallenilla Lanz del papel que han cumplido los hombres del pueblo dentro de Venezuela. Esta contradicción va a la raíz del asunto, pues no se trata del origen humilde de un político que después, de manera arribista, busca blanquearse, sino de los intereses que se tejen en el entramado estatal, los cual son contrarios a las masas. Esta es la visión del caudillo que se esboza en el Plan: un mutuo acuerdo que no se ha roto, de donde resulta: “Caudillismo y latifundismo son y han sido, en lo interior, los dos términos de nuestra ecuación política y social”. El resultado de esta ecuación no es otra para las masas que “Hambre, ignorancia y vicio” (ARDI, 2007, pp. 69-70). Por ello, la denuncia del Plan es clara:

Hasta ahora no ha tenido Venezuela en su ciclo de república ningún hombre cerca de la masa, ningún político identificado con las necesidades e ideales de la multitud. Las apetencias populares han buscado, en vano, quienes las interpreten honradamente y honradamente pidan para ellas beligerancia. Hombres de acción y hombres de pensamiento, «guapos» y «literatos» se acordaron en toda época para ahogar el clamor de los bajos fondos sociales. Por eso, hoy como en los días de la Colonia, los hijos de los esclavos «libertados» por el teatral decreto de los asesinos del Congreso en el 48, están sometidos en el campo y en la fábrica a todas las ignorancias, a salarios de hambre y a un régimen brutal de explotación, por sistemas semiesclavistas, del hombre por el hombre. (ARDI, 2007, p. 68)

Es por esto que la forma de reformar las condiciones socioeconómicas del país debe pasar por cambios reales y estructurales, los cuales, a la mejor usanza del socialismo comienzan por:

Protección efectiva para el proletariado urbano, mejorando y elevando su standard de vida; un pedazo de tierra, sin capataces y sin amos, para el campesino desposeído por la voracidad de los terratenientes; educación popular intensiva, primaria y técnica para ambos estratos sociales; lucha abierta contra los vicios que minan la contextura moral y física de nuestros hombres. (ARDI, 2007, p. 71)

Como documento marxista, el Plan de Barranquilla, además de analizar la forma en que se ha desenvuelto la organización política y social en un sentido oligárquico, señala la incidencia del capitalismo en tal contexto de latifundio y caudillismo. Contrario a la teoría que supone que el desarrollo del liberalismo, con sus instituciones liberales, dentro del países permite el desarrollo de

las fuerzas burguesas, en Venezuela el capitalismo, según lo expuesto en el Plan, ha estado amparado en el orden oligárquico-autoritario. Esta situación, que va en detrimento de los intereses nacionales, permite a capitales extranjeros contar con condiciones y seguridades en las inversiones, lo cual les permite el dominio de la economía nacional. La fórmula es un gana-gana. Los banqueros y los industriales extranjeros aumentan su capital, y el tirano se perpetua en el poder. Todo esto, en detrimento de los intereses de la nación y de la favorabilidad de las condiciones socioeconómicas del pueblo y garantías de los trabajadores. Ante esta situación, el Plan afirma que: “la lucha en nuestro pueblo contra el absolutismo político por la defensa de la autonomía económica y para la protección de las clases productoras plantea de una vez la cuestión de defensa nacional de la penetración capitalista extranjera” (ARDI, 2007, p. 73). La conclusión de este contubernio es, para la segunda década del siglo XX, que el petróleo como principal actividad económica, explotado por capitales norteamericanos, vino a fortalecer “al duro y tosco pastor que dominaba en la Venezuela de 1920 y se llamaba Juan Vicente Gómez” (Picón Salas, 1987, p. 171).

Finalmente, el Plan de Barranquilla expone un programa mínimo como hoja de ruta para cambiar las condiciones persistentes en Venezuela durante el gomecismo. Dicho programa consta de ocho puntos:

- I. Hombres civiles al manejo de la cosa pública. Exclusión de todo elemento militar del mecanismo administrativo durante el período preconstitucional. Lucha contra el caudillismo militarista.
- II. Garantías para la libre expresión del pensamiento, hablado o escrito, y para los demás derechos individuales (asociación, reunión, libre tránsito, etc.).
- III. Confiscación de los bienes de Gómez, sus familiares y servidores; y comienzo inmediato de su explotación por el pueblo y no por jefes revolucionarios triunfantes.
- IV. Creación de un Tribunal de Salud Pública que investigue y sancione los delitos del despotismo.
- V. Inmediata expedición de decretos protegiendo a las clases productoras de la tiranía capitalista.
- VI. Intensa campaña de desanalfabetización de las masas obreras y campesinas. Enseñanza técnica industrial y agrícola. Autonomía universitaria funcional y económica.

- VII. Revisión de los contratos y concesiones celebrados por la nación con el capitalismo nacional y extranjero. Adopción de una política económica contraria a la contratación de empréstitos. Nacionalización de las caídas de agua. Control por el Estado o el Municipio de las industrias que por su carácter constituyen monopolios de servicios públicos.
- VIII. Convocatoria dentro de un plazo no mayor de un año de una Asamblea Constituyente, que elija gobierno provisional, reforme la Constitución, revise las leyes que con mayor urgencia lo reclamen y expida las necesarias para resolver los problemas políticos, sociales y económicos que pondrá a la orden del día la revolución. (ARDI, 2007, p. 74)

Si bien este plan puede parecer, a simple vista, pobre en su intención, en su análisis, en sus conceptos, en su marxismo y en su programa, la candidez veinteañera se convertirá en piedra angular de la reforma democrática y la modernización de Venezuela. Así, los responsables del plan, agrupados bajo la bandera de su recién creado grupo político Agrupación Revolucionaria de Izquierda (ARDI), serán la base del emblemático ícono de la política venezolana del siglo XX en que se convertirá el partido Acción Democrática (AD), que llevará a Rómulo Betancourt y Raúl Leoni a la presidencia durante los períodos constitucionales consecutivos de 1959-1964 y 1964-1969, respectivamente. Del Plan de Barranquilla, como lo manifiesta Caballero (2008), “Cinco de sus doce firmantes serán, diez años más tarde, fundadores y altos dirigentes de «Acción Democrática»: Rómulo Betancourt, Raúl Leoni, Valmore Rodríguez, Ricardo Montilla y César Camejo” (p. 101). Podría decirse que tanto Rómulo Betancourt, como quienes le acompañaron a lo largo de su vida política, nunca desistieron de aquel compromiso con el que cierran el Plan: “Los que suscriben este plan se comprometen a luchar por las reivindicaciones en él sustentadas y a ingresar como militantes activos en el partido político que se organizará dentro del país sobre sus bases” (ARDI, 2007, p. 75).

Esta transición entre ARDI y AD, no solo por el tiempo sino también por la moderación ideológica, tiene una arista que es necesario mencionar: entre el socialismo-leninismo presente en la Agrupación Revolucionaria de Izquierda (ARDI), fundada, como se mostró, en 1931 alrededor del Plan de Barranquilla, y la orientación socialdemócrata o liberal del partido Acción Democrática (AD), fundado en 1941, media la Organización Venezolana (ORVE), movimiento fundado en 1936 por Mariano Picón Salas y Alberto Adriani tras la muerte de Juan Vicente Gómez. Ese mismo año

de 1936 también se llevó a Adriani, quien en agosto murió repentinamente con tan solo 38 años. Idear un país junto a Picón Salas y Adriani trae para Betancourt, el menor de los tres, una moderación que viene bien a las condiciones socio-psicológicas de las masas venezolanas. Es decir, el discurso, si se quería acercar a las masas, no podía partir de los ideales leninistas, ideales que no se conocían en Venezuela donde la lucha contra el comunismo de Gómez había tenido sus frutos. Para Simón Alberto Consalvi, ORVE jugó un papel importante en ese año crucial de 1936 —nueva etapa en la historia política de Venezuela por la muerte de Gómez en diciembre de 1935 y nueva etapa ideológica tras la muerte de Vallenilla Lanz en noviembre de 1936—:

ORVE, fundada por Alberto Adriani y Mariano Picón Salas, atrajo a innumerables intelectuales. ORVE nació el 1º de marzo en una concentración en el Nuevo Circo. Atrajo a la gran mayoría de intelectuales.

Bajo el liderazgo de Adriani y Picón Salas surge como un factor de moderación. Condenan los apresuramientos ideológicos, la lucha de clases, como si adivinaran la fragilidad de la transición política [...].

Rómulo Betancourt, Raúl Leoni, Alberto Ravell, Juan Oropesa, Carlos D'Ascoli, le imprimieron tonos más beligerantes, sin perder la moderación y la cautela, en momentos propicios para la violencia. Postuló la consolidación del Estado, como factor de armonización de todos los factores sociales. Criticó la división entre civiles y militares, y prometió denunciar a los que intrigaran con las Fuerzas Armadas. Poco a poco se va distanciando de la línea de prudencia frente a López Contreras. Después de la huelga de junio, ORVE comenzó una etapa de oposición. (Consalvi, 14 de febrero de 2011)

ORVE, además, fue para Betancourt su carta de presentación ante una sociedad venezolana que lo desconocía tras regresar del exilio, y plataforma partidista en medio de un ambiente de recelo hacia el comunismo. Alrededor del partido, como lo comenta María T. Leal (2006), no solo se agruparon los intelectuales señalados por Consalvi, sino también “obreros, estudiantes, campesinos, pasando por comerciantes y agricultores defensores del progreso” (s.p.). Esta amalgama de sectores convertía a ORVE en una importante tribuna para la reforma social. Con esta agrupación hizo Betancourt su rito de iniciación política como hombre de partido, con un discurso que sentó bien entre los asistentes en la inauguración que refiere Consalvi. Estas dos situaciones pueden verse reflejadas en las siguientes apreciaciones de Caballero (2008):

Pero tiene también ORVE sus ventajas, aparte de estar dirigido por ese Picón Salas a quien Betancourt siempre ha estimado por sus altas prendas intelectuales aunque no sin condescendencia ante su bisoñería política. La primera es esa misma indefinición ideológica expresada además en términos negativos («ORVE no es fascista, mucho menos comunista»). Todo esto lo hace la embarcación soñada tres años antes, a la cual se puede dar el viraje a la izquierda una vez botado el lastre reformista; porque, Lenin dixit, los partidos van a donde los llevan sus dirigentes. (p. 146)

La presentación pública de ese movimiento fue una imponente manifestación que llenó «hasta la bandera» el Circo Metropolitano de Caracas. Hablaron, entre otros, Mariano Picón Salas y Rómulo Betancourt, de quien la reseña del diario señala que su «Fuerza expansiva y avasalladora y su cultura vasta y sólida son «[sus] características [...] al servicio de ORVE en su Secretaría de Política Interna». Betancourt desarrolló allí el tema del cómo y por qué ORVE era y debía ser un partido de masas y doctrinario, al contrario de los partidos personalistas decimonónicos. No sin teatralidad, durante su discurso tomó de la manga a dos indios tabares que habían venido al mitin de ORVE. (p. 145)

Por otra parte, la participación de Rómulo Betancourt en esta organización significa estar por primera vez codo a codo con Picón Salas: allí se consolidará una relación que hasta entonces se había mantenido por correspondencia y que perdurará hasta el fallecimiento del merideño en 1965, poco después de haber sido secretario de la Presidencia —desde agosto de 1963 hasta marzo de 1964— durante el último año del período constitucional de Rómulo Betancourt. Este cargo es entendido por Gregory Zambrano (2008) como “una distinción que le hacía su viejo amigo, en los días finales su gobierno” (p. 128). De la relación entre estos dos intelectuales se encuentra también que para el libro de Rómulo Betancourt *Hacia América Latina democrática e integrada* (1967) se incluyó como prólogo un ensayo de Mariano Picón Salas sobre Betancourt, escrito poco antes de morir —aparece firmado “Caracas, 1964”—, en el cual se puede tener una idea de la valoración del escritor por el político.²⁸

²⁸ El ensayo fue publicado por primera vez, con el título “Betancourt”, en la revista *Política. Ideas para una América nueva* (n.º 32) de Caracas, en marzo de 1964. Este número está dedicado a Rómulo Betancourt y cuenta con las colaboraciones, además de la de Picón Salas, de: Eduardo Santos, Luis B. Prieto, Luis Alberto Sánchez, Aureliano Sánchez Arango, Andrés Townsend Ezcurra, Alberto Baeza Flórez, Artur M. Schlessinger Jr., Frances R. Grant, Robert J. Alexander y Diógenes de la Rosa. Este ensayo se conoció después con el título de “Betancourt, el Rómulo de aquí”.

Pero estas cuestiones, sumamente interesantes, son tema de otra investigación. Baste señalar aquí que, aunque no sea el lugar para juzgar la pertinencia o eficacia del Plan de Barranquilla y los eventos posteriores, como lo hace Caballero (2008), el compromiso adquirido en Barranquilla permite señalar, primero, el contexto y los acontecimientos que definieron la sociabilidad y la ideología de la generación que nació en la primera década del siglo XX en Venezuela, que creció bajo la dictadura de Juan Vicente Gómez y se opuso a ella; segundo, el inicio de una de las relaciones más importantes, sino la más importante, de Picón Salas en materia política. Por tanto, la relación de estos acontecimientos, conforme a los objetivos de este trabajo, se basa en la relación que existe entre esta generación y Colombia mediante la institución intelectual del exilio.

III. Visión temprana de Venezuela. Mariano Picón Salas y la Generación del 28

Caracas 1920: “más que capital de la República parecía del desengaño venezolano”

Íbamos a salir los que éramos muchachos en aquel dilemático año de 1920 a la conquista de nuevos mundos morales y sociales. Nuestro atrasado romanticismo juvenil sufriría la prueba y expiación de una época que se tornó terriblemente tormentosa, en que los conceptos y fundamentos de la vieja cultura debieron modificarse ante la eruptiva emergencia de otras realidades. Aquí estamos todavía con las huellas y el dolor del impacto. Sufrimos, como toda generación bruscamente solevantada por la Historia, horas de naufragio y horas de esperanza. Si no logramos aquella isla de Utopía hacia donde pusieron proa nuestros sueños, algo hay de nosotros, de nuestras meditaciones, creencias y consignas en lo que está discutiendo la época.

(Picón Salas, 1988, pp. 240-241)

El 28 de Rómulo Betancourt se puede entender como un pequeño quiebre de una sociedad que por largos años había acumulado cansancios. El desgaste llegó a su clímax en 1928 y nuevas visiones del mundo vinieron a revitalizar el mundo social, dando nuevas perspectivas para las generaciones que habían nacido en aquel siglo convulso. Es por esto por lo que la vida de Mariano Picón Salas y Rómulo Betancourt hasta 1936 parecen dos puntos nodales del *continuum* venezolano que significó la época de la dictadura de Juan Vicente Gómez (1908-1935). Más aún, los casi ocho años

que separan a Rómulo Betancourt de Mariano Picón Salas significan también una evolución social en la década de 1920, desde las condiciones en las cuales Picón Salas vivió su socialización universitaria hasta la acción estudiantil en la que participa Rómulo Betancourt.

La sociedad que intentan romper los alzados en 1928 es aquella que padeció Picón Salas cuando lleno de expectativas por conocer el mundo, en “busca de mejores aires intelectuales”, llega a Caracas. En 1919 se traslada Picón Salas a la capital del país para continuar sus estudios de derecho en la Universidad Central de Venezuela. Lo que el joven de provincia encontró en la capital, lugar por lo general idealizado como punta de lanza del desarrollo y la economía nacional, fue una ciudad sin perspectivas y con pocas posibilidades. “¿Es esta la ciudad ponderada?” se preguntará Picón Salas recordando aquellos años (Picón Salas, 1987, p. 177).

Las posibilidades a las que aludimos las representan, partiendo de la ya formada personalidad de Picón Salas, escritor en ciernes, pero con algunos pinitos, algunos compañeros valiosos que conoce como Andrés Eloy Blanco, José Antonio Ramos Sucre, Pedro Sotillo, Fernando Paz Castillo, Julio y Enrique Planchart, Luis Enrique Mármol, Eduardo Arroyo Lameda, Jacinto Fombona Pachano, Rodolfo Moleiro (Zambrano, 2008, pp. 27-28). Pero, aunque esta generación de poetas y futuros intelectuales representaba un dinamismo cultural importante, tal como lo refiere el biógrafo de Picón Salas, el profesor Zambrano (2008), el contexto no era por eso mejor: “La vida política es un letargo en el cual, sin embargo, los jóvenes observan y se interrogan sobre las nefastas consecuencias de la dictadura. Todos sueñan con el porvenir. Hay un miedo soterrado que no tardarán en desafiar” (p. 28). Estos años de turbio ambiente político también representan la época de una clara amistad con Alberto Adriani, la cual “duró fraternamente hasta la muerte prematura de Adriani, en 1936, y en cuyo homenaje Mariano escribiría una semblanza que vino a ser su primera biografía” (p. 29). Este primer encuentro de Mariano Picón Salas con Caracas se sintetiza, más allá de las relaciones entabladas, en esta consideración de Zambrano (2008):

Toda la motivación del viaje estuvo signada por la sed de conocimientos, pero la ilusión pronto se transforma en decepción y su curiosidad le hace tocar el fondo de la realidad. [...]

Sus estudios de Derecho en la Universidad Central no satisfacen su curiosidad y expectativas. Siente el conformismo y la pasividad como formas manifiestas de la desconfianza y el miedo reinante. Los estudiantes están bajo sospecha. El Derecho y la

Medicina eran casi los caminos obligatorios para coronar la carrera universitaria. Comprende que la inercia convertía a la Universidad en una “fábrica de doctores”, de cuyos catedráticos —salvo en el caso de profesores como Esteban Gil Borges o Luis Razetti— la mayoría se limitaba a repetir manuales franceses imbuidos de un positivismo que ya había cuestionado. (pp. 29-30)

Tal decepción es igualmente comentada por Simón Alberto Consalvi (1996), quien refiere sobre esta época que Caracas “lejos de subyugarlo, lo defrauda” (p. 26). Para concretar, se podría afirmar que durante 1920 en Caracas se desarrollaban dos procesos que iban en contravía uno del otro: la formación intelectual y el desarrollo de la sociedad. Esta afirmación se sustenta en aquel recuerdo, uno de los cuadros que vamos a mencionar, que hace Picón Salas de aquellos primeros años caraqueños. En “Confesión a la Sordina”, escribe Mariano Picón Salas (1987):

En un venezolano de mi promoción literaria se juntaban el natural instinto de rebeldía contra la bárbara dictadura de un Juan Vicente Gómez y aquella desenfrenada corriente de ideas y nuevos credos políticos que estaba esparciendo el mundo de la primera postguerra. A los movimientos revolucionarios europeos correspondían en nuestra historia criolla las grandes revueltas civiles de México, con sus programas de reforma agraria y redención del indio; los de las juventudes estudiantiles de Argentina, Chile, Perú, etcétera, luchando por una Universidad nueva; la emergencia agresiva de sindicatos y organizaciones obreras con su reclamo de nuevos derechos sociales. Y todo eso nos alborotó en los años mozos con el ímpetu de quien quiere bogar en el embravecido mar de la época. ¡Cuántos manifiestos y planes para la radical reforma del mundo escribimos entonces! [...]

Avidez de cultura y sensibilidad social se precipitaron aluvionalmente para configurar los impulsos de nuestra generación. (pp. 5-6)

La situación que ilustra esta cita abarca desde aquellos que con Picón Salas “concluíamos la adolescencia hacia 1920” (p. 5), hasta aquellos que hicieron lo propio en 1928. A estos, de la mano de Rómulo Betancourt, ya hicimos referencia, por lo que es indispensable, de la mano de Picón Salas, referirnos a quienes estuvieron antes y de una u otra manera trazaron el horizonte.

Un segundo retrato de la generación que con Mariano Picón Salas vivió el inicio de la década de 1920 es presentado en la curiosa carta abierta que escribe al poeta Pedro Sotillo en 1939 con motivo de la publicación de su primer libro, el cual reúne sus poemas de aquella década. En

ella se deja caer todo el recuerdo del tiempo vivido entre compañeros y amigos: “en 1920 los mozos que deseábamos la fama literaria nos vestíamos de paltó-levita los domingos, y esperábamos emular a aquellos que antes de nosotros ganaron un retrato y se definieron como recientes promesas desde las páginas de las revistas ilustradas” (Picón Salas, 1939, p. 65). Aunque la carta exponga elementos interesantes para una historia de los intelectuales de la llamada Generación del 18, conforme a los intereses de esta investigación es menester destacar aquel ambiente social en que se vivía a rueda de la tiranía. El retrato amable y la valía de aquellos compañeros contrasta en la carta con la situación sociopolítica:

A pesar de la tiranía, incrustada como un tornillo monstruoso en el corazón de la ciudad, de la tiranía que aparecía por cualquier esquina y cuando menos queríamos verla en la cara de los polizontes, de la Tiranía que se instalaba de pronto en nuestras reuniones de estudiantes aun cuando le pusiéramos una pantalla de floreados e inofensivos versos, de la Tiranía que una vez nos condujo a esperar la excarcelación de Arvelo Larriva y vimos salir al Caribe Vidal arrastrando unas barbas que hubieran sido folletinescas si en ellas no se enredara y congelara toda la tragedia de Venezuela; a pesar de todo ello —y por la sola razón de que aún no cumplíamos los veinte años— la Caracas de entonces tenía aspecto sumamente amable. (Picón Salas, 1939, p. 65)

Es interesante el contraste entre una y otra generación de venezolanos. Mientras que la Generación del 18, descrita por Picón Salas en la carta abierta a Sotillo, fueron poetas, los de la Generación del 28, descritos por Betancourt y Otero Silva *En las huellas de la pezuña*, fueron políticos. Entre unos y otros está Mariano Picón Salas, menor que los primeros, mayor que los segundos. Uno de tantos caminos para comprender esa floreciente camada de poetas de la Generación del 18, y entre ellos la vocación de Picón Salas por la palabra, es que en el máximo apogeo de la dictadura solo el arte y la cultura parecían los caminos que podían tomar aquellos jóvenes de vigoroso ingenio. Más que una tesis, la anterior es una conclusión que surge del análisis de un texto que viene a dar en el clavo de la discusión: “Caracas 1920”. Recogido para la segunda edición de *Comprensión de Venezuela*, edición a cargo y con prólogo del ensayista colombiano Hernando Téllez para la Colección de Autores Venezolanos de la editorial Aguilar en 1955, este texto es una potente radiografía, no solo de la ciudad, sino de su sociedad. La imagen con que Picón Salas (1988) introduce una cosa y la otra, es la analogía con las ciudades italiana descritas por Stendhal, en las cuales convergen “su tirano sombrío, sus medievales mazmorras y sus bellas y

apasionadas mujeres, capaces de inspirar las aventuras de Fabrizio del Dongo en el umbral de la vida moderna”. Esta imagen redonda en la contradicción antes expuesta entre la belleza de la juventud, de la universidad, de los veinte años, y el temor a la muerte, el holocausto o la persecución instalada en cada esquina. El complemento de tal situación no era otra que “la censura y el silencio oficial del sistema gomecista” (p. 234).

Las consecuencias de esta situación se evidencian en el mártir en que se convirtió uno de los grandes amigos de Mariano Picón Salas: Leopoldo Ortega Lima. Así lo expone el autor en su “Para un retrato de Alberto Adriani”. Junto con el elogio y la remembranza de su gran amigo y coterráneo, se mezclan retratos de aquellos que se marchitaron ante la tiranía de Gómez. Mientras que juntos, Picón Salas y Adriani intentaban entender Latinoamérica de la mano de Sarmiento y de Alberdi, configurar un “pensamiento venezolano un poco pragmático, un pensamiento que fuera como otra forma de acción, donde se esclareciera la oscura y turbulenta realidad de nuestro país, desconocida, velada, entre un manto adiposo de retórica y de literatura superflua” (Picón Salas, 1988, pp. 128-129), Ortega Lima se había decidido a hacer la Revolución:

de su pensión caraqueña, donde entre el Derecho Romano de Monsieur Gastón May y los libros de Ingenieros y de Bunge se juntaban los planes utópicos que Leopoldo había trazado para reformar el país, partió nuestro amigo en busca de la gran aventura. (Picón Salas, 1988, p. 130)

El héroe no consiguió su cometido, y su revolución terminó en La Rotunda, aquel patíbulo de la dictadura que marcó a tantos venezolanos de las primeras décadas del siglo pasado, de donde lo sacaron tuberculoso y semimuerto (Picón Salas, 1988, p. 130). El balance, a manera de teoría policía y cultural es injusto, porque, aunque camaradas, las luchas no fueron iguales, y sus consecuencias tampoco. La de Picón Salas y Adriani, contra la inteligencia en Venezuela de

Universidades y escuelas excesivamente literarias y palabreras; intelectuales que eran los dóciles escribanos de la bárbara tiranía gomecista, una carencia absoluta de estudios técnicos, la espontaneidad plañidera de nuestros poetas erigida en sistema artístico, abandono, improvisación, desarraigo del medio (Picón Salas, 1988, p. 129),

fue paciente y meditada, y se consolidará en el corto pero importante Ministerio de Adriani y en la empresa dirigida por Picón Salas de instaurar en Venezuela una renovación de la educación a la chilena o en el fomento cultural a través de la fundación y dirección de la Revista Nacional de

Cultura. Pero esto fue una vez muerto el tirano. Ni Adriani, muerto prematuramente, ni Picón Salas sufrieron el daño sobre el cuerpo y vencieron. La de Ortega, su lucha, fue inmediata, como su muerte. Su heroísmo, rescatado años después por nuestro autor, fue en su momento un motivo más de persecución: “Unos días después, en medio del silencio gomecista, porque pronunciar en público el nombre de Leopoldo era casi un delito y evidentemente un peligro, supimos su muerte” (Picón Salas, 1988, p. 130).

La tragedia sobre el cuerpo, la dictadura que impone su voluntad física, quedó narrada por Mariano Picón Salas (1987) en su recuerdo sobre “El año de 1920”. Aquellos recuerdos erigen la tesis sobre la fuerza de Juan Vicente Gómez amparada en la riqueza que produjo el petróleo. El bravo contó con suerte, pues a diferencia de los tiranos que le precedieron contó con un arma más letal que los machetes y revólveres de las guerras civiles, el dólar. Tal arma rompió el *continuum* de la historia de Venezuela, la sucesión de caudillos. La fuerza de Juan Vicente Gómez, amparada en el dólar, resultó así más letal y trágica para sus contradictores, los cuales sucumbieron ante el tirano:

Del resto del país, más azotado, llegaba la crónica tremenda de gentes que perecieron, se envenenaron o se ahorcaron en las cárceles; de fugitivos que tomaron a merced de las olas un falucho que los aventó a cualquier playa antillana; de las mujeres —madres o hijas de cautivos— que venían a llorar con sus mantos negros, con sus lutos de Parcas de la República, al paso del tirano y recibían culotazos de la policía; o de aquellos caudillos, prisioneros hacía ya diez años, que en su mazmorra se dejaban crecer unas barbas que les llegaban a los pies como para atar con ellas la crónica del tiempo inclemente. Formas de una realidad cruel, légamo de putrefacción de un estilo de vida irremediable, que se ajustaba y oxidaba como cadena heredada, en el destino de los venezolanos. (Picón, D., 1987, p. 172)

Resultó la fórmula de Adriani, quien planteaba que “esa revolución contra la estúpida tiranía era necesario realizarla primero en nosotros” (Picón Salas, 1988, p. 131), más que las intenciones de los estudiantes, los dirigentes políticos, los militares, los exmilitares. Solo una enfermedad prostática primero, y mucha cultura moderna después, pudieron contra el caudillo.

Esta estampa, que nos saca del cauce de esta investigación por el impacto que produce, era la otra cara de la moneda de la tan aclamada “paz” de Juan Vicente Gómez, para los aduladores, el

“rehabilitador” de la patria. Esta paz a la que fueron sometidos Picón Salas y Betancourt, y los de ambas generaciones, tiene en el obituario de Adriani su mejor definición:

En estos años (1920-1921), en Venezuela se habla de paz. El *Nuevo Diario* escribe este sustantivo con mayúscula, pero es la paz de la boa que duerme después de engullir; la paz animal del instinto gomecista, hecha de astucia, de egoísmo y de rapacidad. (Picón Salas, 1988, p. 130)

La Caracas de estos años, en la estampa de Picón Salas (1988), parece como olvidada en el tiempo. Visión compartida esta por Betancourt, para quien, en aquellos años de 1928, se vivía como en la Edad Media. A Caracas, durante la década de 1920, le endilgan estos intelectuales los adjetivos de medieval, monárquica y feudal, muestra del anacronismo de una sociedad que daba la espalda de los problemas sociales de su tiempo: “victoria de la Revolución rusa, inquietud socialista en todas partes, primeros síntomas de fascismo, lucha por el derecho obrero, Sociedad de las Naciones, movimiento de reforma universitaria en casi toda Hispanoamérica, cambios sociales y políticos de magnitud considerable en México, Chile, Argentina” (p. 237). Mejor, más que dar la espalda, ni por enterados de estos asuntos, pues el soporte de la tiranía es la ignorancia y el refugio de esta la censura. No podía ser diferente, eran los años de gloria de Vallenilla Lanz, quien incluso dominó en el ámbito cultural al hablar, en 1924, por boca de Gabriel, quien logró lo que todos deseamos una vez en la vida: enamorar a una María Eugenia Alonso.

Ante este contexto, suena a lamento aquella pregunta con la que Picón Salas (1987) se increpa ante la adversidad de aquellos años de 1920: “¿Y nosotros, los jóvenes, que en esa salida de la adolescencia habíamos soñado con la belleza, qué íbamos a hacer por la más inmediata justicia?” (p. 172).

De la pobreza económica a la riqueza intelectual

La América se hace climáticamente más fría, más justa y organizada en la latitud de Chile. Chile es un largo escabel de granito que está esculpiendo el Pacífico. Pero en el centro del territorio, entre el alto pasamano de dos escaleras cordilleranas, un verdor de valles y de frutas; la hazaña de un pueblo labriego, marino y minero que junta la previsión agricultora con la errancia náutica y el espíritu fantástico del que ve relumbrar las minas en el desierto. Chile es un poco *La Araucana* con sus héroes nervudos, celosos de su autoctonía, de su “mapu” como se llamaba la tierra en

lengua aborígen, pero es también la aventura de aquellos rotos marineros y colonizadores del libro de Pérez Rosales que vale por otra epopeya, y el *Alsino* de Prado con la historia del muchacho humilde que quería volar, y la sequedad caliente, la metafísica de la sangre, en los versos de Gabriela Mistral, y el lamento húmedo, de aguaceros y bosques sureños, de los poemas juveniles de Pablo Neruda. Muchos rostros chilenos; mucho buen desvelo de horas chilenas en que quise ser mejor o me esforcé por ser mejor, hay en mis recuerdos. Horas de estudio, de reflexión, de rebeldía ante la injusticia; de pasión de saber y de expresar, pasan por el cuadrante de la memoria. Moré en todos los barrios, viví todas las vidas, conocí la inquietud, la pena o el goce. Porque llegué tan joven, se acabó de formar el hombre. Hay en mi alma cicatrices chilenas que se ahondan junto a las cicatrices venezolanas. Y la imaginación volandera, aun cuando fuese arrastrada hacia otras comarcas, siempre añora aquel verdor del valle de Santiago con su trasfondo de nieves y sus avenidas de álamos. Quisiera seguir discutiendo con los estudiantes de la Universidad de Chile en aquellos años del 1924 al 1930, cuando teníamos la obstinada fe de que de nuestras creencias y nuestras decisiones dependía el destino del Continente. Quizás en ninguna tierra de América se vivían con mayor generosidad las ideas, y nuestra pobreza era la de los pájaros, dispuestos siempre a recorrer nómades horizontes.

(Picón Salas, 1987, pp. 200-201)

Aunque pueda resultar forzado hablar de exilio, que por lo general se refiere a causas políticas, en el caso de la salida de Mariano Picón Salas hacia Chile, sobre todo después de haber puesto como referentes a los exiliados profesionales que fueron Vargas Vila primero y Rómulo Betancourt después, es este el lugar para plantear los factores económicos como motivos de exilio. Exilio y no migración, porque es un concepto que tiene fuerza y denota la separación no querida de la patria. La pobreza, económica e intelectual, la falta de oportunidades en la tierra propia, son muchas veces el motor que lleva a esa separación no siempre feliz. Lo forzado se hace fácil cuando se comprenden estas razones, y sin resistencias, Betancourt reconoce a Picón Salas como exiliado y este se reconoce a sí mismo de la misma manera.

Picón Salas, más allá de las penurias socioeconómicas, habla con claridad sobre su disposición hacia las condiciones sociales de Caracas en los años 20, sobre su negación a convertirse o en una víctima de Gómez, o en uno de sus aduladores, o en un marginado.

No estaba dispuesto, con mis ganas de cultivar mi espíritu, de escribir libros, de participar en la viva sociedad de las gentes, a ir a caer en los presidios de Gómez. Es lógico que uno a los veinte años se considere del linaje de los mejores; y ¿hasta cuándo —ésta era otra pregunta— los mejores perecen en nuestro país para que triunfen los más torpes y desmandados? No; no haría la ofrenda de mi cuerpo ni de mi alma a ese Saturno goyesco que devora a los idealistas suicidas. Quería mi cuerpo veinteañero que me llevaba briosamente por los caminos del mundo; quería mis ojos y mi mente dispuestos a disfrutar de los libros y las obras de arte, y defender mi libertad inalienable (que mora a solas conmigo y contradice prejuicios y convenciones que todos repiten) y de la que no me despojaría ningún gendarme de los que arrastran a culatazos a los estudiantes. Era, acaso, preciso huir, como quien abandona una tierra invadida por ratas pestíferas. (Picón Salas, 1987, pp. 189-190)

De Caracas, volvió primero a Mérida. Las razones se multiplican: económica, clima social agitado por recientes huelgas de obreros con apoyo de los estudiantes, partida de su amigo Adriani a Europa, falta de vocación de mártir. Lo cierto es que el regreso a su ciudad natal significa para Mariano Picón Salas (1987) asistir a “otro drama de la precoz consumación de la juventud”: la ruina de su familia (p. 190). Sea por aquella nueva verdad económica de Venezuela donde el campo sucumbe ante la industria petrolera, sea por malos manejos de su padre, la verdad es que Mérida dejó de ser ese refugio familiar. Pobre, con vocación de escritor antes que de héroe, Picón Salas junto a su padre parte para Chile. Así, se unía el antiguo señorito de hacienda a aquella “diáspora venezolana en esos años que seguían siendo los de la dictadura, y muchos nos fuimos —casi secretamente— a sufrir, rehacernos o deshacernos en tierras lejanas” (p. 188). Este exilio de Picón Salas que todavía no se desentraña, parece en sus memorias una mezcla de todo lo que dijimos antes, además de una renuncia momentánea a intereses más allá de los individuales. Espíritu burgués.

Lamentado desarraigo, los azares de la pobreza trajeron a Picón Salas una compensación: si Chile significaba la escapada de la bancarrota, también significaba un nuevo “paraíso”. Paraíso no para los placeres de la posición económica del hacendado, sino para el hombre curioso y ávido de inteligencia, de formación, de cultivo. Infierno del señorito, Paraíso del humanista. “Perdido ya mi más firme asidero en la tierra, levantaría contra las contingencias del mundo mi frágil telaraña de sueños abstractos” (Picón Salas, 1987, p. 192). Vienen a remarcar la contradicción entre la

tristeza por la pobreza y el exilio con la ilusión del espíritu y el intelecto, las palabras con que Mariano Picón Salas (1987) se refiere al viaje en barco que lo llevará a Chile:

Un desconocido mundo americano lleno de contradictorias y alucinantes esencias estaba golpeando —a pesar de mi pobreza— en mi sensibilidad de escritor. Si temporalmente había perdido mi pedazo de patria geográfica, surgía ante la conciencia el colorido y el enigma de una patria más grande como la que fue a buscar Bolívar con sus llaneros venezolanos a través de los arcabucos y las sierras de todo el Continente, esguazando ríos, doblando el espinazo de las cordilleras hasta llegar en El Cuzco al mismo santuario del Sol. ¡Qué variedad de gentes, de color, de dolor y de problemática en ese mundo de piedras solares y de templos católicos; de desmesurada naturaleza, de cuentos de un pasado nostálgico que comienza en el Inca Garcilaso y termina en la radical melancolía de los versos de César Vallejo! Éramos los escritores hispanoamericanos como los desterrados de un roto imperio cuyos signos son las espirales de Tiahuanaco y la cruz que nos trajeron los misioneros y conquistadores; humanidad de ensueño y de catástrofe que aún no alcanza el equilibrio y la concordia de las civilizaciones hedonistas. [...] Y poder expresar algún día esa mezcla de angustia y añoranza del destino frustrado que se mezcla en la diaria vivencia del hombre de este mundo mestizo, era mi deseo de escritor. Pero ¿cuándo, entre la sorpresa e incertidumbre que me deparaba la vida, podría cumplir semejante sueño? Pensaba en el viaje que cuarenta años antes, en un vapor parecido, con su traje mal cortado y escasas prendas de vestir, hizo Rubén Darío desde su trópico nicaragüense a las tierras templadas de Chile. Señor de los colibríes y de las joyas de jade, especie de anacrónico Rey Maya de la poesía americana, sería en tierra chilena modesto empleado de aduana y redactor de sueltos policiales. No podía parangonarme con Rubén Darío, pero a pesar de la limitación mediocre que impusiera mi capacidad, también me agitaba un inquieto mensaje. Cada cosa que estaba mirando se transformaba en obsesionante imagen, en necesidad de comunicación y de reflexión. Llevado por ese duende interior casi ya no pienso cómo he de ganarme la vida y cómo trabajar, cuando este barco que navega hace catorce días por el Océano Pacífico me deje en su postrera escala. (pp. 194-195)

Las peripecias de Mariano Picón Salas en Chile están de suma detalladas en las dos biografías que se han referenciado, la de Consalvi y la de Zambrano, por lo que aquí nos interesa simplemente dar cuenta de la visión temprana que se formará el autor sobre Venezuela,

transcurridos los años de su formación en historia y geografía en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile. Esta visión temprana se puede enmarcar en sus dos obras de primera madurez: *Hispanoamérica, posición crítica* y *Odisea de Tierra Firme*, ambas publicadas en Santiago de Chile en 1931. La fecha delata el interés por estas obras, ya que corresponden a los días en que se redacta el plan de Barranquilla. Aunque estas obras hayan sido desestimadas por el mismo autor por ser “exageradamente verbosas y no desprovistas de pedantería juvenil” (Picón Salas, 1987, p. 3), las mismas dan cuenta de la conciencia continental y nacional que ha alcanzado Picón Salas en los años en que inicia su correspondencia con Rómulo Betancourt, a propósitos de estos libros, y se suma al Plan de Barranquilla, y con ello a la Generación del 28. Son estos dos libros los dardos que por su parte lanza Picón Salas a Juan Vicente Gómez. Demos un adelanto de la conclusión: esta compaginación con esa generación puede significar, en la biografía de Picón Salas, un despertar a los problemas políticos de Venezuela; la consolidación de la politización, tras años de discusiones políticas y estudiantiles en Chile, de aquel hombre que siendo muchacho salió de Venezuela sin la “menor formación o vocación política” (Picón Salas, 1987, p. 189). Es la puesta en marcha de la acción política por una Venezuela libre.

Antes de adentrarnos en el análisis de estas obras, valga la pena citar un recuerdo de esa riqueza intelectual y política que Picón Salas (1987) encontró en Chile:

¡Qué alegre y caliente bullicio en aquella Federación de Estudiantes de Chile, donde los hispanoamericanos de todas partes nos confundíamos con los chilenos en el ansia de hablar y remecer al Continente entero! Si como escritores o aprendices de escritores en un tiempo peculiarísimo nos interesaba la Poesía, la Historia, los clásicos, las formas más explosivas del arte moderno, leíamos también obras de política; estábamos creyendo —con demasiado ardor— que avanzábamos súbitamente al umbral esplendoroso de una nueva humanidad. Acaso desde que cayó Roma y se expandió el Cristianismo no se había presenciado en el horizonte histórico una crisis o una aurora parecida. Que llamáramos, contradictoriamente, “crisis” o “aurora” lo que estaba ocurriendo, dependía entonces de la excitación juvenil o del último libro leído. Y un conflicto inevitable con las generaciones viejas que ya no conocían los métodos para abordar estas nuevas situaciones y cuyas fórmulas considerábamos o muy parsimoniosas o muy gastadas. No es extraño, por ello, que fuésemos estridentes y pedantes. [...]

Nunca he leído más que en aquellos años en que fui empleado de la Biblioteca Nacional de Chile y pasaban por mis manos —para clasificarlas— obras de la más varia categoría. Algún Diccionario extranjero puesto sobre la mesa de trabajo me auxiliaba en la palabra inglesa, alemana o italiana que no conocía. Y con esa capacidad proteica de los veintitantos años, el gusto de devorar libros no se contradecía con el ímpetu con que asistíamos a los mítines políticos y forjábamos ya nuestro cerrado dogma —en apariencia muy coherente— para resolver los problemas humanos. (Picón Salas, 1987, p. 6)

De un problema nacional a una solución continental

En 1931 aparece publicada por la Imprenta Universitaria de Santiago de Chile, junto con los ensayos “literatura y actitud americana”, “Sentido americano del disparate” y “Sitio de una generación”, la conferencia “Hispanoamérica, posición crítica”, dictada por Mariano Picón Salas en la Universidad de Concepción en noviembre de 1930. Esta conferencia ocupa un lugar fundamental en la bibliografía de Picón Salas, ya que con ella se inaugura en el tratamiento de los problemas hispanoamericanos; es decir, se estrena como pensador continental. Este paso de crítico nacional a intelectual latinoamericano, que puede ser comprendido a partir de la influencia que ejerció Alfonso Reyes en el pensador venezolano, lo pone en la nómina de los grandes de Hispanoamérica, según el juicio de Rafael Gutiérrez Girardot.²⁹

Esta veta de pensamiento que se inicia con “Hispanoamérica, posición crítica” mostrará toda su riqueza en *De la Conquista a la Independencia; tres siglos de historia cultural latinoamericana* (1944). Esta consolidación de Picón Salas como pensador hispanoamericano da pie a un comentario de su obra y personalidad como el de Ricardo A. Latham (1958):

Quizás el mayor legado que dejó a sus compañeros de grupo fue el interés que puso siempre en definir los sentimientos americanistas y la curiosidad por el mundo mestizo. [...]

El pensamiento de Picón Salas tenía un sentido americanista y un sesgo cosmopolita que lo revelaba como el mejor representante de la inquietud de su generación. (s.p.)

²⁹ En “Universidad y sociedad”, *Argumentos*, n.º 14, 15, 16 y 17 (1986): 75; y “Sobre el sentido del estudio universitario”, *El Anillo de Giges*, n.º 4 y 5 (1987): 143.

En “Hispanoamérica, posición crítica”, Picón Salas (1996) parte de plantear una cuestión esencial: los países hispanoamericanos se encuentran en “un ansia profunda de definición” (p. 187). El problema a desarrollar no es el motivo del ansia en sí, sino los moldes o principios que hasta entonces se han buscado y usado para establecer dicha definición. La metáfora usada para enmarcar el problema da en el blanco: en la contraposición entre el hombre libresco y el hombre de un solo libro —aquel que encuentra en su libro un talismán—, se debe a este último “el eterno proyectismo, la copia servil de formas extranjeras, la incapacidad de situarnos directamente frente a nuestra realidad” en los países hispanoamericanos (p. 188). Y sí, la generalidad es intencional, pues el problema es general: “y decimos de América, porque el problema particular de cada una de nuestras naciones no es sino una parte de un vasto problema continental” (p. 189).

La situación descrita por Picón Salas (1996) muestra la postergación de la modernidad en el subcontinente que se manifiesta en la pérdida de una objetividad frente a los problemas, la creación de tótems políticos y la adopción de las luchas ideológicas de naciones extranjeras ya maduras. Así, una constante como las disputas entre “federalistas” y “centralistas”, que se remonta a la concepción norteamericana del Estado federal defendido por Alexander Hamilton, James Madison y John Jay en procura de la rectificación de la Constitución de 1789, no son otra cosa que disputas entre clanes que carecen de trasfondo ideológico-conceptual.

Rosas, que realizaba en Argentina con el ciego impulso de su voluntad bárbara una labor unitaria, se decía federal, y la idea federalista norteamericana descendiendo en grados de latitud hasta el trópico, hasta Venezuela, sirvió para dar una ocasional bandera a los subvertidos instintos de las masas rurales y mestizas, en lucha contra la población urbana. La consecuencia de esas luchas falsamente llamadas “federales” fue el caudillismo impenitente que aún sufre Venezuela. “Si los contrarios hubieran dicho *Federación*, nosotros hubiéramos gritado *Centralismo*”. (p. 190)

La disputa entre clanes enmarca una constante del palo en la rueda para el desarrollo de la América hispánica, desde Bolívar y Santander o Carrera y O'Higgins. Para el caso que mejor conoce Picón Salas (1996), el venezolano, las luchas federales sirvieron para “retrogradar las formas políticas a una etapa de primaria organización pastoril” (p. 190). ¿Cuál es la mejor muestra de esta tesis? Juan Vicente Gómez.

¿Qué es un caudillo como Juan Vicente Gómez, que se ha mantenido en el poder por más de veinte años, en la Venezuela de Hoy? Dándole su objetiva denominación histórica, excluyendo toda pasión, es sencillamente un jefe de horda que gobierna con los hombres de su clan. (p. 190)

Esta situación de anacronismo político en que el país se maneja como un capataz maneja la hacienda, se contradice con la inserción de los malhechos sistemas políticos hispanoamericanos en el mercado mundial. Es la simultaneidad de lo no simultaneo. Es en este contexto que los jefes reflejan una actitud dual, fieros al interior, serviles al exterior. El imperialismo de países en pleno desarrollo y funcionamiento de sus fuerzas productivas se sirve de las figuras de los caudillos para sus intereses, eliminando cualquier rastro de la moral política que mantienen en sus discursos a merced del pragmatismo económico. “hay de parte y parte —Caudillo e Imperialismo— un tácito contrato bilateral de muy claro entendimiento” (p. 191). El paradigma es el petróleo venezolano, pero cada país hispanoamericano tiene su propio petróleo.

El análisis hasta aquí planteado, que es redundante en lo ya dicho en otros lugares como lo expuesto en el Plan de Barraquilla, es apenas el piso que le sirve a Picón Salas (1996) para analizar la composición social de los países hispanoamericanos.

Esta dualidad, que se desarrolla sobre el telón de fondo de la transición latinoamericana a la que ya hemos aludido de la mano de Germani, crea un cuadro social todavía más *sui generis* del desarrollo respecto a la evolución de la sociedad definida por Europa desde la Revolución Francesa. Una política definida por el jefe, o por las oligarquías, crea una burguesía que se sale de los márgenes que definió, por ejemplo, Werner Sombart, Leo Kofler o José Luis Romero. “Surge en esos países una burguesía de estructura nueva que no llegó al grado de burgués por evolución interna o desarrollo natural, sino por circunstancias casi providenciales: amistad con el caudillo” (p. 191). En casos como el de Venezuela, donde la explotación del petróleo se realizó sin una transición de la sociedad agraria a la sociedad industrial, se produce un cambio radical en la estructura a partir del enriquecimiento de unos y la quiebra de otros.

Este cambio en la estructura trae consigo un cambio en los valores intelectuales y científicos. En primer lugar, bajo el poder político y económico del caudillo, el intelectual pasa a ser un “amanuense, el hombre que encuentra la retorcida perífrasis o la expresión ampulosa para velar o estilizar la torva voluntad del jefe” (p. 190-191). Pero la cuestión no se queda aquí. El

trabajo del intelectual no se reduce a adornar y justificar las acciones del jefe, sino que trasciende hacia el establecimiento del fundamento legítimo de su poder. Aquí sufre la ciencia un cambio en sus valores. Así, mientras en el siglo XIX se erigió un pensamiento en contra de la ley del más fuerte desde Sarmiento y Montalvo, en el siglo XX surge “una Sociología *ad usum delphini*, Sociología que del caos de nuestra vida americana puede tomar los hechos, deformarlos y servirlos a beneficio del caudillo” (p. 191). En esta Sociología el caudillo se convierte en arquetipo político, y la autoridad en esencia del Estado. El representante de este cambio en la figura del intelectual ya lo conocemos de sobra. El diagnóstico de estas situaciones para el siglo XX es que el liberalismo de los pensadores del siglo XIX hizo aguas, y con él, la relación entre política y cultura, es decir, la fe en las leyes. Para Picón Salas (1996) el remedio a esta situación es la voluntad de forjarnos una cultura americana:

Si es efectivo que el liberalismo romántico del siglo pasado ha hecho crisis y no se ajusta a la realidad americana, no lo sustituyamos por ese empirismo vestido de filosofía política que, en alabanza de los caudillos nos presentan teóricos a la inversa como Vallenilla Lanz y recientemente Leopoldo Lugones. Tratemos de fijar nuestra realidad, de orientarla, de expresarla en formas creadoras de cultura, pero no nos extraviemos más buscando en el alma primaria de un Rosas, de un Melgarejo, de Juan Vicente Gómez, designios o ideas políticas que quiera inventarles nuestra interpretación subjetiva. (p. 193)

¿Ficción de Venezuela? / Imágenes de Colombia

La mejor forma de introducirnos al problema que aborda Picón Salas en *Odisea de Tierra Firme*, obra que lleva por subtítulo “Relatos de Venezuela”, es la motivación que expone en la “nota a la segunda edición” de 1940. Esta nota resulta interesante por mostrar una visión, desde los años siguientes a la muerte de Gómez, hacia el pasado y hacia el futuro. Como actualización a una nueva forma de comprender el libro por fuera de sus tapas, expone Picón Salas (1940) el significado personal y social de la obra:

Este libro juvenil fue, hace ocho años, cuando apareció, el documento nostálgico y la elegía de un hombre que desde la ausencia miraba a su país encadenado por una de las más brutales tiranías que haya conocido la historia de América. Sin ser obra de polémica ni panfleto, proyectado más bien en esa comarca poética en que la patria ausente refracta su turbadora

imagen emocional, y el hombre evoca sus paisajes y sus muertos, y la llama y conjura del tiempo ido, no podía evadir, sin embargo, la cruel realidad social y política de Venezuela. La prueba y el desengaño de tantas generaciones sacrificadas, la muerte espiritual y el silencio impuesto a un país que fue heroico y viril, explican la amargura y el pesimismo con que se cierran algunos relatos del libro. (p. 15)

Cada quien hace lo que puede en aquellos años y desde el exilio, y no por eso lo hace mejor o peor. Mientras que Betancourt y sus camaradas fraguan planes de revolución y hacen panfletos y manifiestos, Picón Salas (1940), también dentro del ámbito político, le canta a la tristeza venezolana. Mientras que Betancourt se suma al linaje de los Marx-Lenin, Picón Salas se suma al de los de Heine-Brecht. Lo que está claro es que tanto “Hispanoamérica, posición crítica”, como *Odisea de Tierra Firme*, son un ataque directo al caudillo Juan Vicente Gómez y a su dictadura.

La tristeza que quiere mostrar Picón Salas con su libro fue reconocida por Mariano Azuela (1940), quien en ese mismo año de 1931 le escribe una carta pública al venezolano expresando que:

Abrumado, torturado, estrujado, acabo de cerrar “Odisea de Tierra Firme”. Ni la gracia y magnificencia de su estilo han servido para aminorar en un solo punto el sentimiento de honda melancolía, de tristeza inconsolable que palpita en cada página y en cada línea. ¿Y qué decir de ese capítulo final que condensa el tremendo alarido de dolor de todo un pueblo? Se sale de él como de la más densa pesadilla. Soy un viejo que no espera ya la aurora de mejores tiempos como lo soñaba en otros años, pero como necesidad vital poseo la creencia ciega de que todos estos criminales que agarrotan a nuestros pueblos bajo su brutal poder están poniendo inconscientemente toda su maldad al servicio de una gran causa y ayudando al alumbramiento de una humanidad que sin duda será mejor. (pp. 7-8)

Este librito de Picón Salas (1940) al que nos vamos a referir tiene una particularidad que va más allá del título, que ya es lo suficientemente insinuante. Es como una nueva historia de Venezuela, una literaria, desde la Venezuela civil de los godos, consecuencia de la Independencia, pasando por la Guerra Federal, hasta la Venezuela de los caudillos. La sugerencia se encuentra en la labor de reescribir la historia frente a la reescritura oficial de aquellos años de 1931 de un, por ejemplo, Vallenilla Lanz. Un “anticesarismo democrático”, si se permite la interpretación. Picón

Salas ya no muestra el desarrollo heroico de los caudillos, que concluye en Gómez, sino la tragedia civil que implicó esta disputa de guapos.

El primero de estos cantos se titula “Relación con las Antillas”. Resulta interesante este primer cuadro de la Antillas, pues en contraposición a Tierra Firme, son precursoras de una libertad en América frente a la corona española en los tiempos de la conquista. Curazao o Jamaica son puertos que permitieron que no se frustrara la empresa independentista de Bolívar, para solo poner un ejemplo. Así para los perseguidos políticos de principios del siglo XIX como para los del siglo XX. “Toda esa juventud patriota que huye de los realistas entre los años 12 y 14 encuentran en las casas de madera de la Antillas francesas, y principalmente inglesas, otra sociedad y costumbres más libres que las del supersticioso hogar colonial” (p. 21). Este es un primer atisbo de transculturación interamericana.

Si bien Venezuela tiene una mayor relación con el mundo antillano, no por ello deja Colombia de estar presente en la narración de Picón Salas (1940). En ella, se deja oír la expresión colombiana “guate”, para referirse a un serrano; o ver las culturas de ciudades como Cartagena, crisol cultural y social en decadencia, lleno de gentes de múltiples orígenes, la cual, aunque republicana “hace procesiones por cualquier motivo: porque reina una sequía muy larga y hace mucho calor, porque San Francisco sacudió con inusitada violencia su cordonazo de octubre y en el mar de Don Pedro de Heredia se desencadenan grandes tempestades” (p. 31); lo mismo para Santa Marta y Riohacha, “ciudad-campamento en el confín de la vida civilizada, donde el aventurero que llega edifica su casa con cuatro pies verticales de madera, cubiertos de hojas de palma” (pp. 31-32); Bogotá “donde se juegan a los dados y al monte los sueldos de todo un año. Estos militares de la Gran Colombia son jugadores empedernidos”.

La afirmación recuerda las escenas de juego de Don José María, Rosalía y Luz, en la *Marquesa de Yolombó* de Carrasquilla, por lo que se podría extender la afirmación a: los de la Gran Colombia son jugadores empedernidos. Sobre aquellos militares de la Nueva Granada también refiere el relato que: “En 1823 los jóvenes colombianos que querían agregar un laurel más a su carrera o ir a reconquistar el tesoro de los Incas, se dirigían hacia Perú” (p. 25). Sin duda, en este relato de Picón Salas se evidencia la influencia de Colombia como centro de la Unión.

Dos imágenes resultan de sumo interés en este recuento de la percepción cultural de Picón Salas (1940) sobre Colombia en su libro *Odisea de Tierra Firme*. En primer lugar, al referirse a los

wayús, paradigma, junto con los muiscas, de las culturas prehispánicas en nuestro país, el autor expone esta estampa cultural:

Esos indios guajiros que en el extremo Norte de la costa colombiana han resistido como ninguna otra raza a la civilización española, viven hasta cien años, practican la poligamia y se defienden de la vejez y la enfermedad con los ritos y medicinas de sus mojanas. Las muchachas guajiras —y cuentan entre las más hermosas mujeres indias— ofrecen a la luna, que rige toda la cronología y la vida religiosa de su pueblo, su primera sangre púber. Y antes de ser el perfecto flechero y el perfecto jinete que es cada indio, sufren un rito de iniciación en la soledad de la estepa, perdidos entre médanos arenosos, acostumbrando el ojo al espejismo del desierto, buscando con el instinto de un perro perdiguero el más subterráneo hilillo de agua. Tanta atracción ejercerán estos indios, tan grandes problemas humanos habrán resuelto, que más de un hombre blanco que penetró en su territorio con ánimo de explorarlo se quedó entre ellos, tomó diez esposas y no quiso tornar a la vida civilizada.

“¡Qué de secretos interesantes para la ciencia, y particularmente para la Medicina, conocerán los guajiros!”, pensaba monsieur Guillaume. (pp. 28-29)

Por otra parte, en uno de los recuerdos que narran una aventura de uno de aquellos personajes de los relatos, que como todos representa un estereotipo cultural de los que intenta establecer Picón Salas, surge la visión de un próspero San Gil. Al igual que con la estampa anterior, resulta bastante interesante la descripción sociológica de este territorio:

Y como una historia estimulante narraba que en un pueblo colombiano, llamado San Gil, que él había visitado en sus largos viajes en mula hasta Bogotá, la gente era tan próspera merced a la industria de la lucateva, que cualquiera india tenía su alcancía llena de monedas de oro: y había que ver el mercado de San Gil, a donde llegan los chalanes a vender sus mejores caballos de paso. Las mujeres del pueblo, hasta las vendedoras de cántaros y frutas, llevaban pañolones y enaguas de tan valiosa calidad que, en otras tierras, parecerían privilegio de las grandes señoras. Esas mestizas de San Gil ponen toda su gracia nativa en el bien planchado y níveo jipijapa, ladeado sobre el moño; en el rumboso y coloreado pañolón a cuadros; en el gran prendedor de oro, en que suele montarse una esmeralda — esmeralda de Muzo—, con que se cierran las comarcas del pecho, y en la alpargata, de doble

capellada, que se decora con los vivos colores de un viejo tejido muisca. Pues, toda esa región bendita podría tener como símbolo heráldico la planta de la lucateva, punzante y enhiesta como una espada. (Picón Salas, 1940, p. 73)

A las observaciones sobre la influencia antillana, que se enmarcan en el pequeño sosiego que sigue a las guerras de independencia, le suceden los “Tiempos Federales” y “Federación en Cumbres”. Por ahí empezó otra vez la vaina, ese rifirrafe venezolano entre caudillos, entre guapos, entre federales y godos, entre llaneros y andinos, entre la época civil y la época federal. Las historias se multiplican y en todas aparecen aquellos hombres que más que a leyes obedecen y obran por la fuerza. Esto, hasta que de un Cipriano Castro, que llamó a un compadre de esos de la Mulera y este a otro, surgió en los Andes una contrapartida. “La barbarie es una pelota que cuando los llaneros se cansaron la lanzaron a los andinos. Cayó en el pueblo de Capacho y la recogió un indiecito de pelo lanoso y muy remolón, que se llamaba Cipriano Castro” (Picón Salas, 1940, p. 40). La vaina escaló hasta convertirse en un asunto regional, primero, y nacional, después.

El recuento de historias sobre aquellos tiempos en que los federales asolaban los llanos e hicieron la guerra, tal como lo muestra el relato de Picón Salas (1940), parece un medio para crear una contracara entre el pasado federal de los llaneros y el presente de la dictadura andina. Por ello no es de extrañar que se escape un comentario del tipo: “Es bello conversar del pasado en una tierra como Venezuela, donde el presente guarda tan poca esperanza” (p. 62). La situación que se expone en el relato, tal como se insinuó más arriba, busca poner de presente la “trágica Venezuela de los cadillos”, los cuales merecen adjetivos del tipo: bárbaros, crueles, codiciosos. Y con cada caudillo se reproducen los coroneles y generales que desgobiernan Venezuela y son las “columnas del régimen”. “Un machetero de malos instintos es, en este tiempo, un personaje que se cotiza” (p. 93). Juntos todos representan una “diputación del dolor nacional” (Picón Salas, 1940, p. 87).

El argumento se torna repetitivo si bien se cambia el tono, las figuras y los personajes. Las historias son diferentes pero la tragedia es la misma. Una de esas historias que resalta el dramatismo de la situación tiene que ver con las condiciones de las cárceles, a las que ya hemos hecho mención como soportes y símbolos de cualquier dictadura: “justamente en esos lugares del litoral se han edificado las fortalezas de piedra donde penan, en largo cautiverio, los enemigos del caudillo reinante. Llévanlos de todo el país a los castillos de Puerto Cabello o Bajoseco” (Picón Salas, 1940, p. 87). La cosa es que las cárceles venezolanas son un averno sin cambios, independiente del jefe,

desde el siglo XIX hasta muy entrado ya el siglo XX. Así se cuenta en la historia de Rafael Alarcón, que recuerda la de Betancort o la de Leopoldo Ortega Lima: “el caso es que cada semana sabíamos la desaparición o la muerte de un compañero, o se nos decía vagamente que lo habían llevado a la enfermería. Nadie regresaba de tan macabra enfermería” (p. 88). Pero Rafel Alarcón, estereotipo del campesino venezolano en la narración de Picón Salas (1940), no fue liberado como Betancourt y por surte no murió como Ortega, sino que escapó, “y en la soledad del campo esperaría esa hora larga y venezolana del sobreseimiento. Cuando ya nadie nos persiga y uno se puede comer tranquilo su plato de frijoles” (pp. 92-93). Y el esperar se convierte en la única posibilidad venezolana: “El deseo de Rafael Alarcón parecía entonces un deseo colectivo. Todos esperábamos, también, un como largo sobreseimiento. La Patria, los hombres mismos, cumplían un destino y una condena implacables” (p. 93).

Finalmente, sobre ese último capítulo que tanto estrujó a Mariano Azuela, hay que decir que es un excelente ensayo de sátira política, el cual va en contra de Gómez, en contra de la justificación norteamericana de su dictadura y la explotación petrolera que este país lleva a cabo en Venezuela, en contra de los filósofos a sueldo del régimen que el autor llama “doctorcitos”. Se da así una comunión en ese año de 1931, sin acuerdo previo, entre Picón Salas y Betancourt, que pareciera ser el narrador de la historia de Picón Salas bajo el nombre de Pablo Riolid cuando se encuentra exiliado en Curazao. Es también Riolid un rebelde estudiante de provincia que se va a Caracas a estudiar leyes. Es lo que fue Betancourt y lo que no pudo ser Picón Salas.

El capítulo final, titulado “La vuelta a las Antillas”, es antagónico al “Gendarme necesario”, es su mejor caricatura. Tan magistral y fino ensayo habría que citarlo completo, pero bástenos el siguiente apartado que muestra en sí el potencial revolucionario, culturalmente hablando, que tiene:

Los yanquis han entrado en Venezuela merced al general Gómez. La Casa Blanca no tiene en esa región del turbulento Caribe mejor y más acucioso mayordomo. Todos los años, para una fiesta oficial del Año Nuevo, el ministro norteamericano, que, a más del sueldo de su país, acostumbra a recibir un emolumento del general Gómez, presenta a éste, en nombre de la democracia norteamericana, sus saludos y buenos votos. No hay país más amigo de los Estados Unidos que Venezuela. Los yanquis descubrieron en Venezuela una nueva riqueza bruja que estaba escondida en el fondo de la tierra y se llamaba Petróleo. Venezuela —dicen los diarios del general Gómez— es el segundo productor de petróleo del mundo.

Este petróleo ha enriquecido, a más de los yanquis, a los hijos, sobrinos, yernos y compadres del general Gómez. El general Gómez, como buen hombre de montaña, es prolífico; todo su fósforo se transformó en descendencia.

¿Qué mejor? El país progresa, y aunque el general Gómez no tiene lecturas, tiene instinto. Demasiado instinto, tal vez. Pero, completando ese cuadro de carreteras, automóviles, millones y yanquis que se reparten por el interior de Venezuela, con sus trajes kaki, sus revólveres Colt y sus encendedores automáticos, el general Gómez tendrá tres o cuatro mil personas en las cárceles. Sin otro delito que el de no serles simpáticas. Y de las cárceles del general Gómez no se sale, o se desaparece. En Venezuela —dicen los teóricos del general Gómez, doctorcillos o sociólogos de circunstancias— no se confunde la libertad con la licencia. Hay orden. Hay libertad para el trabajo honrado. (Para el trabajo honrado, principalmente, del general Gómez y de sus macheteros andinos). Pero nadie puede pensar, hablar u obrar sino en alabanza del general Gómez. (Picón Salas, 1940, pp. 114-115)

A esta condición de “sosiego” y “enriquecimiento” se contraponen la energía revolucionaria de la juventud. Es así como viene Picón Salas (1940) a ensayar la significación de los acontecimientos de 1928. “Pero un día los estudiantes quisieron decir su verdad. Era como si un alma colectiva que estuvo escondida y ensimismada se irguiera de pronto con su resplandor de justicia” (p. 118). Esta verdad, como ya hemos visto, no es otra que un ¡viva la libertad!, un “¡Abajo Gómez!”, un “¡Venezuela libre! ¡L-i-b-r-e!” (p. 119). Y aunque el destino de estos vítores hubiese sido parecido al narrado por García Márquez sobre las protestas en las plantaciones de banano, el grito acallado siguió sonando.

De nuevo, con la consciencia despierta por el ruido estudiantil la suerte está echada. Esta vez, en palabras de Picón Salas (1940): “ese año los estudiantes tuvieron su reina, que fue como tener su verdad, como si se objetivara en acabada forma hermosa todo lo puro y no revelado que dormía en ellos” (p. 118).

“La Tierra Firme aguarda todavía los hombres nuevos”

Mariano Picón Salas y Rómulo Betancourt representan dos emblemas de la historia de Venezuela en el siglo XX. El primero representa la renovación cultural del país, el segundo la renovación política. Estas dos dimensiones constitutivas de la sociedad, podría decirse que eran una tarea

pendiente en medio de tantos años de luchas intestinas entre caudillos de todo tipo. Aunque la generalización desconozca tantos otros nombres que cimentaron los nuevos tiempos en Venezuela, vale por la incansable labor de estos dos hombres por su patria.

En los epistolarios reunidos de Mariano Picón Salas por su hija, Delia Picón (2004), se recogen 32 cartas cruzadas entre Picón Salas y Betancourt entre los años 1931 y 1964. Para el desarrollo de los puntos planteados hasta aquí, nos ocuparemos del tiempo que va desde el 25 de julio de 1931, fecha de la primera carta registrada, hasta el 12 de diciembre de 1932, ocho cartas en total. Este período de tiempo está delimitado por el interés sobre la forma en que Picón Salas se une a la Generación del 28 a través de Rómulo Betancourt, además por las consideraciones que en estas cartas se hacen sobre Colombia. Un historiador como Guillermo Morón (1987), plantea que Mariano Picón Salas “pertenece a la llamada generación del 28, aunque de una manera diferente” (p. X). De la temprana relación política con Betancourt, plantea el historiador venezolano que Picón Salas “no militaré como ficha” en el grupo político de Betancourt, “pero sí estará cerca” (p. XI).

La primera carta registrada, fechada en Santiago de Chile el 25 de julio de 1931, refleja varias particularidades. El motivo de la misiva que dirige Mariano Picón Salas a Rómulo Betancourt es aclarar algunos puntos esbozados por este sobre *Hispanoamérica, posición crítica y Odisea de Tierra Firme*. Esta carta se da pues en un contexto de debate intelectual en *Repertorio Americano*, como lo veremos más adelante, y como respuesta a las observaciones de Betancourt en este medio fue publicada allí también el 9 de enero de 1932.

Pero antes de proceder a estos asuntos, resulta imprescindible enunciar la forma en que el remitente procede con la cordialidad propia del saludo en una carta, el cual, más allá de fórmulas de urbanidad, le deja saber a Betancourt, a quien todavía no conocía en persona, la igual situación espiritual y existencial de ambos:

Mi estimado compañero:

No sé si entre hombres tan francos como nosotros, que tuvimos el despertar de una adolescencia trágica en la barbarocracia venezolana de Juan Vicente Gómez; que nos lanzamos después, apenas cumplida la veintena, buscando más claridad por los países de la América Española, que debimos poseer muy pronto una disciplina de realidades, estará bien esa fórmula sedentaria y un tanto burguesa de dar las gracias. Nuestra generación, querido Betancourt, ha aprendido un sentido más fuerte y hasta más agresivo de la camaradería.

Debimos luchar cuando otras juventudes soñaban. Estos años fueron de estudio, y un poco también de objetividad. Me place ver como los más valientes muchachos venezolanos que están en el Extranjero, han templado su voluntad, ganaron en dimensión y aprendieron a marcar la frontera necesaria entre los hombres y la doctrina. Se presentan ya con la firmeza de la doctrina. Si se hubieran quedado en Venezuela y el déspota y su cuadrilla los comprarán —como a tantos infelices— con la miseria dorada de un cargo presupuestario, ahí estarían con la carne adiposa y el alma encogida. Pero al salir, querido Betancourt, libertamos el alma. Fue maravilloso. Hicimos una conquista de espacio espiritual que el déspota de Venezuela y sus cuadrilleros no podrían pagar con todo el oro de su presupuesto. Y aprendimos y sobre todo pudimos sin que nos remacharan grillos a los pies, a llamar las cosas por su justo nombre. (Picón, D., 2004, p. 161-162)

Esta correspondencia en la situación provechosa del exilio en medio de las circunstancias de la dictadura de Juan Vicente Gómez, y la lucha conjunta contra este, también es una forma de borrar las distancias generacionales con que Betancourt (1931) acusa a Picón Salas al decir de este que “pertenece a la generación que nos precede inmediatamente en el tiempo y la actuación. La de los días de la guerra europea, cuando se creía en Wilson y en el ‘pacifismo internacional’ y en la sociedad de Naciones” (p. 369). Las palabras de Betancourt (1931) ponen en evidencia un recelo entre generaciones, una acusación contra la Generación del 18, la cual es para él una “generación desquiciada interiormente por ese quebrantamiento de valores que fue la guerra imperialista del 14, y que careció por esa circunstancia de directrices definidas [...] quienes arrastran por consulados y legaciones del despotismo la miseria dorada de una librea” (p. 369). En contra de este juicio, le aclara Picón Salas a Betancourt que entre ambos no media ninguna distancia generacional:

hacerle notar que quizás Ud. me hace más viejo de lo que soy, y que no advierto el límite en el tiempo que nos agrupe de distintas generaciones. Cuatro o cinco años más en el saldo de mi cronología, no fija entre ambos esa frontera tan densa que se llama generación. (Picón, D., 2004, p. 161-162)

Con esto queda descartada cualquier duda sobre problemas generacionales.

En el semanario de cultura hispánica *Repertorio Americano* del sábado 20 de junio de 1931, aparece publicado el ensayo de Picón Salas “Sentido americano del disparate”, el cual viene precedido de una reseña de Rómulo Betancourt titulada “Dos libros de Picón Salas”. En esta,

Betancourt (1931) comienza por reconocer que existe detrás de los libros mencionados una intención política, y que en ellos el autor pone un esfuerzo por interpretar los “problemas políticos, sociales y culturales de Venezuela e Hispanoamérica”, poniendo toda su “capacidad para ver y razonar [...] al servicio de la causa liberadora de su pueblo y de su raza” (p. 364).

A cada libro le hace Betancourt su justa mención en el terreno de lo ideológico. Sobre *Odisea de Tierra Firme* advierte un carácter sentimental de la obra, en donde se mezclan diversos factores anímicos como las historias de infancia y por esa vía la nostalgia por la familia y la tierra. El resultado es una subjetividad unida al “grito de sensibilidad culta ofendida frente a una sociedad disgregada y bárbara”. Más generosa es la consideración sobre *Hispanoamérica, posición crítica*, pues para Betancourt, en esta conferencia se ubican “las causas del caos, de la disolución ambiente, del predominio de elementos disgregantes sobre los constructivos en nuestras sociedades” (p. 364).

La causa que resalta Betancourt (1931), la cual lo une ideológicamente a Picón Salas, es la prevalencia del caudillo Juan Vicente Gómez y su barbarie. La denuncia que se hace en la conferencia distancia a su autor de los intelectuales aduladores del régimen, pero también de los alineados con los intereses estadounidenses. Los puntos señalados por Picón Salas, imperialismo y caudillismo, le sirven a Betancourt para hacer sus propios análisis y plantear sus propias perspectivas sobre estos problemas.

La reseña de Betancourt (1931), luego de haber pasado por varios puntos cruciales del análisis de Picón Salas y establecer los puntos propios, se detiene en un detalle que marca una distancia substancial de lo expresado, sobre todo, en *Odisea de Tierra Firme*:

Si estamos acordes con Picón Salas cuando este señala el papel fundamental que juega el imperialismo en la persistencia del caos venezolano, en cambio diferimos de su criterio cuando enfoca el otro factor determinante de esa situación: el interno. Picón Salas ve un problema de razas donde nosotros, marxistas de fe confesa y militante, vemos un problema de clases, solucionable solo clasísticamente, revolucionariamente. Con “prejuicios de hombre blanco”, a pesar de su empeño declarado de proceder en contrario, abordó el análisis de nuestro medio indiferenciado. A través de sus páginas, como sostenido diapasón, está la nostalgia por la “Venezuela civil de los godos”. Esta nostalgia adquiere un tono patético de reproche cuando pone a contemplar por gente de Barina, en trance migratorio hacia las ciudades de la Cordillera ante la amenaza de las montoneras federalistas, la arquitectura a

medio levantar de una iglesia, “que los hombres blancos no terminaron de hacer, como la Patria”. (p. 368)

Justo en este punto comienza Betancourt (1931) a rebatir la civilidad de los godos, la prosperidad y libertades civiles que habían establecido en la república. Es otra reconstrucción de la historia venezolana, una que se distancia de Vallenilla Lanz y Picón Salas, en favor de los desposeídos que dejó la reacomodación de Venezuela tras la independencia primero, y la separación de la Gran Colombia después. El tono, como es de esperarse, está a tono con las ideas socialistas que reivindicaban a los explotados en contra de los explotadores, un tono que se adelanta al enfoque del progresismo latinoamericano del siglo XXI. La reescritura de Betancourt (1931), como él mismo lo expresa, “justifica nuestra actitud liquidadora frente a todos los gobiernos habidos hasta ahora en Venezuela, llámense ‘godos’ o ‘liberales’, ‘azules’ o ‘amarillos’, ‘eclesiásticos’ o ‘intransigentes’” (p. 369). El rasero bajo el que Betancourt envilece a todos estos gobiernos no es otro que el haber servido a los intereses de una clase explotadora que tenía su fundamento en la persistencia de las condiciones e instituciones coloniales, en contra de las masas populares. La reseña de Betancourt se convierte en su propia “Hispanoamérica, posición crítica”, en la cual el eje central de la crítica está en que:

Aquí —refiriéndose a Costa Rica— y en Perú y en Venezuela, como en el resto de América Latina, los desaciertos y fracasos de los gobiernos llamados democráticos, tanto en el orden interno como en sus relaciones con el imperialismo, han tenido y tienen una clara filiación clasista, y no racial. (p. 369)

En zanjar este desencuentro epistemológico-ideológico se centra la carta de Picón Salas. En primer lugar, el debate no se encuentra en el juicio sobre “Hispanoamérica, posición crítica”, el cual valora y agradece, sino sobre la opinión de Betancourt de *Odisea de Tierra Firme*. Para Picón Salas no se puede partir de un mismo punto para analizar y juzgar ambos libros, pues el enfoque, el método, el estilo y el género son diferentes. *Odisea de Tierra Firme* antes que desarrollar conceptos, narra “personajes, flokllore, estados del alma, paisajes o sensaciones”. Siendo *Odisea de Tierra Firme* un “libro de carácter novelesco”, es necesario distinguir el autor de la obra, pues, aunque se narre en primera persona y en ocasiones parezca una autobiografía, pide Picón Salas en la misiva no se le atribuya “el mismo sentimiento nostálgico de tales criaturas imaginativas” que en el libro representan la “oligarquía conservadora” (Picón, D., 2004, p. 162). Los sentimientos

que se expresan en el libro deben ser así, entendidos en el contexto histórico de la narración, en el tiempo en que no se sabía de sociología. Es una cuestión de narratología, de estética de la novela.

Por otra parte, es también justo que las cosas se entiendan en su campo. Por ello, la contraposición de un problema de razas como el establecido por Picón Salas, por un problema de clases como el propuesto por Betancourt, es una contraposición entre etnografía y economía, es decir, un falso dilema. Tal como se lo hace saber Picón Salas, ambas cuestiones no son excluyentes. “La consideración abstracta del problema económico no debe hacernos olvidar del problema de psicología social” (Picón, D., 2004, p. 163). Por ello, y a sabiendas de la formación de Picón Salas, la solución propuesta no es la revolución económica socialista, sino la revolución cultural y educativa, pues el problema no son las condiciones socioeconómicas de las clases populares, sino el “instintivo culto del guapo, la pseudo-épica de la violencia que es uno de los tristes leit-motiv de nuestra vida” (Picón, D., 2004, pp. 163-164). Es decir, el caudillismo es tanto un problema de clase como un asunto de cultura.

el problema cultural necesita integrarse al problema económico en la Venezuela que se renueve. Solamente un proceso de educación popular prepararía en un país como Venezuela la transformación económica con que Ud. sueña y en cuyo justo anhelo yo le acompaño. Subsiste entre nosotros la más primitiva economía natural junto al reciente imperialismo industrial extranjero. No piense Ud. que en ningún momento he querido la entronización de una oligarquía blanca, pero tampoco incurrir en un falso romanticismo popular que velaría la esencia de nuestra realidad. Conocer nuestra realidad y afrontarla con valor y firmeza. Disfrutar de eso que allá jamás conocimos: la libertad del escritor, sin miedo ni testarudez ante los errores siempre susceptible de enmienda. El problema clasista que Ud. estudia no choca pues, con el problema cultural que yo insinúo. Y evidentemente nuestras informes democracias se habrán puesto en el camino de la Organización de la Justicia, cuando despierte en ellas una conciencia de clases.

Estas son las premiosas observaciones que me suscitó su amable crítica. Y ya sabe Ud. que en estas ideas y en los hechos primordiales —los únicos que en verdad importan— ha estado siempre con Ud. la adhesión de su compañero.

Mariano Picón Salas (Picón, D., 2004, p. 164)

La siguiente carta registrada en el epistolario está fechada en Santiago de Chile el 2 de agosto de 1931, y también se la remite Picón Salas a Betancourt. En esta misiva, más corta que la anterior y en la cual se mantiene la fórmula de “compañero”, se destacan dos asuntos importantes. El primero tiene que ver con un asunto logístico de la comunicación, en la cual Picón Salas le pide Betancourt señas de su itinerario, pues fueron años de una importante movilidad de Betancourt por varios países. Este asunto es trascendental ya que se refleja una intención de Picón Salas de “establecer una comunicación interrumpida, pues una comunicación que le dirigí a Curazao ahora tres años no tuvo respuesta o debió extraviarse” (Picón, D., 2004, p. 166). Hecho fundamental, pues quiere decir que Picón Salas intentó establecer un diálogo con Betancourt tras los acontecimientos de 1928. Por otra parte, este asunto logístico viene a ahondar en el valor que le concede Picón Salas a Betancourt, pues como lo expresa en la carta: “ya se encargarán mis cartas de buscarlo pues es Ud. uno de los venezolanos cuya comunicación especialmente me importa” (Picón, D., 2004, p. 165).

El segundo asunto que se enuncia en la carta puede ser interpretado como una confesión-explicación del andar a tientas en el terreno político, en la lucha por la liberación de Venezuela. En ella se resaltan dos asuntos importantes, uno biográfico y otro de compañerismo con las Generación del 28:

Mi labor en la lucha venezolana no ha sido lo activa que yo hubiera querido, pues por una parte cuando salí de Venezuela me encontré con el espíritu desnudo, y conseguí en Chile después de cuatro años de estudio y hasta de rigor académico un título de Profesor de Enseñanza Secundaria y Superior en la asignatura de Historia, título que me ha servido para ir capeando la vida y la urgencia económica —muy sensible aquí— durante todos estos años. Pero con el espíritu siempre vigilante he estado en la fracción de Uds. (Picón, D., 2004, p. 165).

Dentro del epistolario entre estos dos corresponsales, de nuevo, no se encuentra registrada una respuesta de Betancourt a la carta antes señalada, sin embargo, por el hilo de la correspondencia, se puede asumir que hubo una comunicación antes de la siguiente carta de Picón Salas a Betancourt. Esta tercera comunicación publicada está fechada en Santiago de Chile el 19 de septiembre de 1931, iniciando de nuevo con la fórmula “Mi querido compañero”. De las primeras líneas de la carta se asume la anterior especulación: “a pesar del ácido escepticismo en

que se consume aquí nuestra vida, que a veces tiende a replegarse y aconcharse en la sola obra individual, mensajes como el suyo siempre despiertan fervor” (Picón, D., 2004, p. 166). Adicional, Betancourt en la primera de sus cartas registradas en el epistolario nos indica en varias partes que hubo una comunicación anterior.

En esta tercera comunicación se encuentra el quid de la cuestión del problema planteado en esta primera parte, pues en ella Picón Salas discute el Plan de Barranquilla, con el cual no duda en comulgar rápidamente. Ya desde el inicio de la carta le deja saber Picón Salas a Betancourt que “a pesar de mi desconfianza metódica de los documentos revolucionarios, por primera vez he encontrado ahí una tentativa clara y realista de política venezolana”. El entusiasmo es tanto, que llega a afirmar que este Plan puede ser “una nueva Carta de Jamaica” (Picón, D., 2004, p. 166).

En estos tiempos, según lo manifiesta Picón Salas, se encuentra estudiando en lo teórico, junto a algunos compañeros en Chile, “posibilidades de una revolución y cambio de estructura económica en Hispano-América”, por lo que en el momento le plantea la posibilidad a Betancourt de “una acción combinada de agitación interamericana” (Picón, D., 2004, p. 167). Es por eso que en el campo de lo teórico, Picón Salas coincide con Betancourt en denunciar la militancia comunista por “crasos errores de táctica y un fanatismo sin análisis”. Pero, propio de esta clase de intelectuales, la comunicación es también propositiva, por lo que expone Picón Salas su orientación respecto a los cambios revolucionarios en América Latina:

Las conclusiones a que nosotros habíamos llegado para la América Latina, coinciden desde ciertos puntos de vista con la de los apristas en cuanto la revolución debe tener ante todo un carácter agrario y anti-imperialista y debe empezar a crear un capitalismo de Estado. En la práctica los apristas en el último tiempo, están formando especie de frentes únicos, lo que me parece un poco peligroso, pues esos grupos indiferenciados hacen perder al partido su vigor y energía revolucionaria. Hay que crear una activa organización sindical, y lo que es sumamente importante en la América Latina, crear el “sindicalismo de los técnicos” como lo propicia Valois, sin lo cual, el movimiento de masas conduciría a la barbarización y el retroceso. Desde este punto de vista Venezuela está más atrasada que las otras naciones del Sur como Chile, Argentina y Uruguay y donde el sindicalismo técnico ya es perfectamente factible, pero a ello podríamos ir por un acelerado proceso educacional. HAY QUE CREAR ALLÁ UN NUEVO TIPO DE HOMBRE.

Sería una tontería predicarles a gente tan arraigada al suelo y de imaginación tan concreta, la abstracción comunista, esa especie de Álgebra espiritual que ellos no pueden entender. Con una nueva enseñanza de la Historia en que quede perfectamente centrado el hecho económico y la conciencia de clases, hay que dejar del romántico patriotismo actual, lo que pueda tener de estimulante y deportivo. (Picón, D., 2004, pp. 167-168)

Insiste pues Picón Salas sobre el punto que le interesa defender y es la creación de una nueva cultura. Por ello, luego de estos asuntos de enfoque se prone como guía en materia de cultura y educación. Aquí la vinculación con el Plan y ARDI se hace manifiesta:

Yo me les ofrezco para estudiar el programa educacional —ya que soy Profesor titulado—, y el problema lo hemos discutido largamente en Chile. Mi punto de vista en Educación prepararía para un régimen socialista.

Como Ud. ve por lo anterior, mi adhesión al plan de Ud. es amplia, y dispongan de mi persona en la forma disciplinaria que conviene en estos casos. Lo del “periódico” me parece muy bien sobre todo si hay posibilidades de que entre a Venezuela, y me dirán Uds. la cantidad mensual que haya que aportar para su sostenimiento. (Picón, D., 2004, p. 168)

La relación con Betancourt trae a Picón Salas aires espirituales respecto a la lucha por el cambio político en Venezuela, le permiten estas cuestiones un espacio por fuera de la cotidianidad del matrimonio y las clases, pues como él mismo lo expresa “entre tantas inquietudes y excitaciones va uno retardando esa impostergable labor revolucionaria. El fervor y la inteligencia de un camarada como Ud. me traen un oportuno estímulo” (Picón, D., 2004, p. 169). De esta manera, no es de extrañar la incondicional adhesión que Picón Salas le manifiesta a Betancourt al despedir la carta.

Por fin se abre una comunicación, pues a esta importante carta le sucede una respuesta igual de importante en la historia de esta amistad y lucha conjunta. Se trata de una carta que por su contenido fue incluida en la *Selección de escritos políticos* (1929-1981) de Rómulo Betancourt compilada por Naudy Suárez Figueroa.

Fecha en Las Juntas de Abangares el 10 de febrero de 1932, Betancourt decide utilizar al inicio una fórmula más formal pero igualmente cercana como “Mi querido Picón Salas”. Las penurias económicas no solo asaltan a Picón Salas, y así se lo hace saber Betancourt, pues en esos años fueron diversas las ocupaciones de Betancourt para sobrevivir al exilio. Como Betancourt y

Picón Salas, todos los exiliados sufrieron los percances de la economía del día a día. Además de estas, también le hace saber que ha dejado el estudio del Derecho, por fastidio al estudio de códigos y de la universidad, la cual, en su decir, es “archi-reaccionaria, apestosa a colonia, a escolástica”. “Usted, que ha sido un autodidacta, sabe como yo que un aula mala más bien estorba para quienes tienen inquietudes estudiosas” (Picón, D., 2004, p. 170).

Además de cuestiones de cercanía personal, en esta carta responde Betancourt a las réplicas de Picón Salas por la reseña publicada en *Repertorio Americano*, es decir, a la carta del 25 de julio de 1931. Allí le expresa que está de acuerdo con los puntos que Picón Salas expone, y aprovecha para sentar su posición frente al comunismo teniendo de presente el Plan de Barranquilla, pues este parece disculparlo de la imagen que quizá desde el artículo lo hiciese parecer “uno de esos ‘rojos’ intransigentes, comunista a trancazos”. El comunismo de esos años de Betancourt, y el de “todo un sector de la emigración”, parte de las condiciones propias del medio, es decir, se adapta a las realidades de América, las cuales distan de las europeas. Esta adaptación, que requiere un arduo esfuerzo de análisis, distancia a la generación de Betancourt de militantes “palabreros y perezosos”. Dichos esfuerzos analíticos, se consolidan en un folleto, el cual indica Betancourt está en edición en San José, y que busca combatir desde la crítica a Juan Vicente Gómez y clarificar con el fin de crear “una cultura política de emergencia” (Picón, D., 2004, p. 170).

De esta carta resulta interesante el entusiasmo, mejor aún, la ilusión que conserva Betancourt de la caída de Gómez, pues tal como se lo expresa a Picón Salas, el caudillo está en vísperas de su final. Esta vez las causas que supone Betancourt son económicas, ya que según sus palabras el país se encuentra en medio de una crisis que ha creado condiciones económicas adversas para muchos comerciantes venezolanos. Este acontecimiento como condición es la posibilidad de retorno y postulación de “una plataforma política y social”. Pero mientras esto ocurre, se piensa Betancourt una forma de ingresar a Venezuela un boletín que vaya allanando el camino hacia la conciencia de clases, cuestión de “adoctrinamiento y propaganda” (Picón, D., 2004, p. 172). En este punto solicita a Picón Salas la colaboración en cuanto a lo cultural, con textos breves, mientras él hace lo propio en el campo de la economía.

Son estos los primeros tiempos de los hombres nuevos que reclama Tierra Firme. Hombres, que como lo manifiesta Betancourt, están hechos “de otra madera, que no se quedan a medio camino de lo que intentan sino que saben ir siempre al remate lógico de toda tarea que se impongan”

(Picón, D., 2004, p. 173). Con las palabras de Betancourt se sella la alianza de Picón Salas con esta generación, y queda así incluido en el grupo, todavía no partido, que se conocerá como ARDI. Tanto hace ya parte Picón Salas del grupo que Betancourt le pide opinión sobre el nombre de la agrupación, y le insta a entablar comunicación con D' Ascoli, Germán Herrera, Leoni, Montilla y Valmore Rodríguez, con el fin de que “se establezca entre todos nosotros ese vínculo de la comprensión amistosa, tan necesario para cohesionar más aun a los grupos políticos, ya unidos por una misma ‘filiación y por una misma fe’”. Se despide el destinatario en un tono que remarca la anterior conclusión: “Saludos a su Señora y reciba usted un abrazo de su compañero afectísimo, Rómulo Betancourt” (Picón, D., 2004, p. 174).

En contestación a la carta de Betancourt, con fecha del 04 de abril de 1932 y membrete de la Biblioteca Nacional de Santiago de Chile, le escribe Picón Salas algunas de sus señas personales, como el trabajo de investigación llevado a cabo para sus cátedras de Literatura General en el “Pedagógico” y de Historia del Arte en la Escuela de Bellas Artes, su compromiso con el movimiento chileno y las cuestiones de política venezolana. Centrémonos en estas últimas.

Sobre el proyecto del boletín propuesto por Betancourt, le informa Picón Salas el próximo envío de “algunos articulillos catequísticos, en lenguaje muy simple, que puedan servir para la finalidad de propaganda dentro del país” (Picón, D., 2004, p. 176). Con el fin de que la empresa sea verdaderamente profesional, le propone que se busque especialistas que puedan dar soluciones a los problemas que el movimiento plantea. En este marco, se ofrece Picón Salas como especialista en Educación. Esto en lo que respecta al órgano de propaganda, pues en lo que tiene que ver con asuntos del partido deja salir Picón Salas una veta partidista hasta entonces desconocida:

Es indispensable para mantener la disciplina de un grupo así que con modestia vamos reconociendo un líder. Y Ud., Betancourt, que es el que más ha estudiado el problema político y económico —base de toda acción—, debe asumir ese papel que reposa no sólo en los méritos de Ud. sino en la confianza y absoluta lealtad que todos le deberíamos. Sin embargo, para una acción así estoy dispuesto a ser un buen soldado. Y en ese sentido nuestra táctica debe imitar un poco la del APRA. Creo que Ud. actuando en la Dirección del grupo, Dirección que ya posee en la realidad, nos distribuiría el trabajo a fin de someterlo a un plan orgánico cuyas directivas esenciales Ud. poseería. Es la única manera de que si la aguda prostatitis de Gómez nos hace tornar a Venezuela, nos presentemos perfectamente

disciplinados. Porque sólo con disciplina, con un puñado de verdades sencillas bien clarificadas, se puede hacer política de masas. Yo me ofrezco para dentro del plan de Uds. presentar un esquema educacional, integrado al ideario social común. Y si se ofreciera un inesperado retorno a la tierra prepararía todo un ciclo de conferencias sobre estos problemas con los que se podría recorrer el país moviendo opinión. A los argumentos y resentimientos personales que van a esgrimir el día en que vuelvan los expatriados, nosotros debemos contestar presentando soluciones. Soluciones sobre el problema agrario (cooperativas agrícolas en los latifundios de la dictadura), sobre el problema bancario (nacionalización del crédito), plan de industrialización (refinerías nacionales), plan de obras públicas, educación primaria, educación técnica. Nuestro problema es hacer un país moderno de esa tierra de doctorcitos, malos poetas e historiadores epopéyicos. Creo que nuestro Socialismo en el primer tiempo —mientras surge una cultura política en ese país intelectualmente atrasado— no debe asustar mucho. De aquí la importancia que yo le doy a la nueva clase —por formarse— que propagará el socialismo. Esa clase además del obrero de la Universidad Popular, ese obrero que en Venezuela habrá de rescatar de la Cofradía del perpetuo Socorro o de San José, puede ser el profesor primario y el profesor de escuela rural. Hay que crearlos urgentemente en Venezuela. Sacar del muchachito del pueblo o de la clase media venida a menos el futuro profesor primario. Y darles una educación moderna de base económica, para la cual en el primer tiempo va a ser necesario contratar extranjeros, de preferencia latinoamericanos. (Algunos maestros argentinos, uruguayos y chilenos, que ya tienen esa orientación, podrían servirnos). Es peligroso para una acción así tan realista, tan desnuda como la que nosotros pensamos, que don Eloy G. González siga enseñando su historia patrioterica y el Dr. Núñez Ponte su castellano frailerico. La obra se me ocurre muy lenta, y de ahí que para mí la Educación tenga un impostergable carácter de propaganda. (Picón, D., 2004, pp. 176-177)

Sin duda, las anteriores se cuentan entre las páginas más politizadas de Picón Salas en cuanto a estrategia y táctica política. Sin embargo, es una lástima que en la respuesta de Betancourt no se discuta el ideario contenido en la cita. Más allá de esta falta de diálogo político la carta de contestación de Betancourt trae un dato sumamente relevante para esta investigación: la intención manifiesta de Picón Salas de trasladarse a Colombia, y el ofrecimiento de Joaquín García Monge, editor de *Repertorio Americano*, y de Betancourt de mediar relación con Agustín Nieto Caballero

—fundador del Gimnasio Moderno en 1914 y quien fuere rector de la Universidad Nacional de Colombia en 1938, entre otras múltiples y destacadas ocupaciones— y Luis Enrique Osorio —otro destacado intelectual que se cuenta entre los fundadores del teatro en Colombia—. El ofrecimiento planteaba una gran oportunidad para que Picón Salas llegara a Colombia con importantes proyecciones.

La cuestión se plantea de la siguiente manera: en la carta fechada en San José el 9 de julio de 1932 se disculpa Betancourt de la tardanza en dar respuesta a la carta enviada por Picón Salas, y le manifiesta que el motivo de la carta es que se ha enterado por García Monge “de la situación molesta que confronta allí —en Chile— y de su deseo de venirse aquí —a Costa Rica— o a Colombia”. No es para menos, pues Chile vivió dentro de su historia política un año dramático en ese 1932. Descartado Costa Rica. García Monge le expresa a Picón Salas sus razones, las de Betancourt evidencian no solo las dificultades con que se enfrentaría Picón Salas en Costa Rica, sino también las que el mismo Betancourt enfrenta: “este es un país no sólo pequeño y miserable en sus recursos, sino chovinista como él solo y con unas ínfulas tarasconescas. Además, lo gobierna una oligarquía de abogadotes reaccionarios y miopes como ellos solos” (Picón, D., 2004, p. 178). En contra de un medio como el descrito por Betancourt, Colombia presenta algunas ventajas como “el afecto leal que a los venezolanos se les profesa”. Bueno, esto, lastimosamente, hasta el siglo pasado.

Ante esta situación se evidencia la disposición de Betancourt de “colaborar con usted en la resolución de su problema” (Picón, D., 2004, p. 179). Es en este tono que le ofrece intervenir ante Luis Enrique Osorio, con quien tiene una “amistad fraterna”. Sobre Osorio expresa Betancourt que: “es el mejor colaborador de Nieto, su mano derecha; y más de eso, un muchacho de estupendo entusiasmo por Venezuela y sus hombres de decoro y honor” (Picón, D., 2004, p. 178).

Además de estos asuntos, en la carta se traen a colación dos temas, uno de política venezolana y otro de política latinoamericana. Sobre el primero de ellos, le informa Betancourt a Picón Salas de la participación que espera tener el grupo en una acción contra Gómez liderada por Pocaterra. Esta representa una oportunidad, si las ideas entre los convocados concuerdan, de encontrarse con las masas venezolanas que hasta el momento los desconocen.

En cuanto a lo latinoamericano, se debe recordar que en 1932 no solo Chile presentó conflictos importantes, sino que también dentro del espacio latinoamericano se produjo una

confrontación entre Perú y Colombia. En este contexto, Betancourt pide a Picón Salas que le exprese su opinión sobre esta conflictividad. Estos dos temas, la inestabilidad de Chile y el conflicto de Leticia se desarrollarán en la siguiente carta.

Antes de una respuesta de Picón Salas, se registra otra carta de Betancourt, fechada en San José el 12 de octubre de 1932. Esta será la última carta de Betancourt a Picón Salas publicada hasta la muerte de Juan Vicente Gómez en diciembre de 1935, aunque existe una comunicación del 24 de octubre de 1933 que se desconoce. Después de ella se producirán períodos de silencio por parte de Betancourt que harán que se pierda el hilo de los planes y discusiones que se venían tejiendo hasta aquí. Pero más allá de ser la última comunicación antes de períodos de aparente silencio, esta carta, la más larga de Betancourt, expone cuestiones esenciales para comprender la intención política de esos años previos al primer retorno a Venezuela.

Para la fecha de la carta, en Chile ya se habían producido los golpes que tuvieron como resultado la caída de Montero, primero, y Dávila-Blanche, después. En medio del caos institucional que representa esta inestabilidad política le escribe Betancourt a Picón Salas algunas notas de doctrina socialista y otras de táctica. Respecto a lo primero, la inestabilidad en Chile refleja para Betancourt la “paz artificial, epidémica, sin base” del modelo democrático en una estructura económica capitalista, pues inmediatamente fluctúan los precios en el mercado, la economía entra en crisis y con ello el sistema político. Respecto a lo segundo, Betancourt insta a Picón Salas a aprender de lo que está sucediendo con el fin de tener una experiencia que se pueda usar en Venezuela:

Observe bien, y de cerca, los interesantes momentos que está viviendo esa nación. Adquirirá una buena experiencia, que aprovechar en V. para las luchas de mañana. También allá, como ahora en Chile, como en el México post-porfirista, se desatará una ráfaga de motines, de luchas inter-caudillescas, de acciones de masas más o menos conscientes, de maniobras imperialistas para consolidar a la camarilla que conceptúe más dócil. Le aseguro que no me alarma esa perspectiva. En plazo de semanas de efervescencia y lucha, adquieren las masas un aprendizaje político mayor, una conciencia revolucionaria más neta, que en décadas de marasmo. Por supuesto, que depende del realismo y de la capacidad de dirección de los líderes y de las organizaciones populares, el que esas etapas de luchas activas dejen un buen remanente de experiencia y de aprendizaje en la conciencia de las multitudes. De ahí la

utilidad que veo en sus observaciones allí. Ellas le servirán para adquirir de antemano un conocimiento más o menos preciso de la posición que las clases todas de nuestro país adoptarán al violentarse la compuerta de la “Paz y el Trabajo”. (Picón, D., 2004, pp. 180-181)

Por otra parte, y con respecto a la situación del Perú, Betancourt ve problemático el patriotismo colombiano en medio de las confrontaciones bélicas. Este patriotismo puede ser pernicioso para los venezolanos en Colombia. Así lo hizo saber en una nota en *Repertorio Americano* que intuye no caerá bien entre la gran prensa colombiana. En el cruce de cartas de Picón Salas y Betancourt se entabla también una discusión sobre el APRA de Perú, que, aunque interesante, nos desvía del tema.

La carta sigue entre cuestiones de índole intelectual en lo que se refiere a los proyectos sobre la ciudad colonial que, se puede suponer, Picón Salas le ha contado a Betancourt. Sobre estos le recuerda Betancourt la importancia de ir a contrapelo de Vallenilla Lanz, en especial de la publicación de su libro “*Integración y desintegración*” —seguramente se refiere Betancourt al libro *Disgregación e Integración* de 1930—: “Sería interesante que desde las páginas de su libro en preparación polemizara con las de este desempolvador de doctrinas sociológicas en irremediable descredito. Es útil y necesaria esa tarea aun desde el punto de vista estrictamente político” (Picón, D., 2004, p. 182).

En lo que se refiere al trabajo en pro de la revolución venezolana, Betancourt le expone a Picón Salas varios asuntos interesantes: el primero es el contrabando de libros, periódicos y revistas que ha realizado para los compañeros que aún están en Venezuela. Entre el contrabando quiere incluir Betancourt los libros de Picón Salas *Hispanoamérica, posición crítica* y *Odisea de Tierra*; en segundo lugar, le cuenta Betancourt que en Cúcuta se encuentra Valmore Rodríguez llevando a cabo una serie de conferencias que esperan publicar muy pronto. Además, se lleva allí un adoctrinamiento de los emigrados de Venezuela. En una nota sin fecha añadida a esta carta, Betancourt informa que Rodríguez se dirigirá para Venezuela como enclave en el país de la lucha que se lleva a cabo y vinculación con las masas. En tercer lugar, insiste en la necesaria comunicación de Picón Salas con los que residen en Colombia, ya que para Betancourt es necesario “añadir, a la vinculación doctrinaria y política, ese firme y eficaz nudo de la amistad” (Picón, D., 2004, p. 185).

En respuesta, con carta fechada en Santiago de Chile el 12 de diciembre de 1932, Picón Salas le hace saber la situación que se lleva a cabo en Chile:

Con Alessandri se entra en un “kerenskismo” que puede llevar a dos cosas: o a la Revolución, a la Revolución que se bosquejó el 4 de junio, y que para realizarse, naturalmente tendrá que derribar a Alessandri, el último retórico, el último fantoche hablador que ha encontrado el Capitalismo; a la Revolución si es que los líderes se resuelven a salir de este pantano doctrinario y académico en que están metidos; o a una reacción fascista. El “constitucionalismo” de Alessandri teme al Ejército, y al amparo de su temor prosperan actualmente las guardias blancas (la secreta milicia aristocrática que se está armando). El tiempo está turbio; tiempo de recelos, de odio, de depresión espiritual, tiempo muy característico de una revolución hasta ahora abortada. Hay muchos grupos y organizaciones revolucionarias. (Picón, D., 2004, p. 187)

La vida en Chile parece así como en “suspensión”, y entre la inseguridad de mantener su puesto en la Biblioteca Nacional por extranjero, de la censura y la persecución por amistades socialistas, le expresa Picón Salas a Betancourt, estar en un “inaudito fastidio”. En la misiva se nota lo mal que la pasa Picón Salas por estas cosas y por su situación económica, que lo hace trabajar en cantidad y sin calidad, entre la biblioteca, las clases y “artículos de revista que generalmente y por pudor no firmo” (Picón, D., 2004, p. 190). Tal es la situación que en un tono que puede ser o de broma o de lamento, se queja de la herencia perdida a manos de familiares que se la “farrearón”.

Por otra parte, y como posibilidad de nuevos aires, en esta carta por fin se sabe de la idea de migrar a Colombia. La situación no puede dejar peor parado al país. En palabras de Picón Salas:

No pude realizar tampoco el sueño de viajar a Colombia. Nieto Caballero contestó una carta dilatada en adjetivos —como buena carta colombiana—, naturalmente excusándose. (Luego he pensado que acaso tengo ideas demasiado audaces para Colombia). Ya mis ideas están pareciendo audaces en Chile que, al fin y al cabo, es un país más moderno e industrializado; ¡cómo será en Colombia! Dejemos a nuestros hermanos colombianos con su impenitente retórica, con su Leticia y su patriotería. (Picón, D., 2004, p. 188)

Esta carta, además, enuncia los puntos de vista de Picón Salas respecto al movimiento aprista, y trae una consideración que no se le conocerá al Mariano que da la idea de moderado:

respecto a los apristas le dice a Betancourt, “Yo los culpo de que en vez de esforzarse tanto en la lucha parlamentaria del año 30 no hubieran concentrado sus esfuerzos a la revolución, lisa y llana”. Dentro de los asuntos venezolanos, pregunta Picón Salas a Betancourt por “los muchachos Carnevali”, comentario importante pues a uno de ellos, Gonzalo, lo sucederá en la embajada de Venezuela en Colombia quince años después. El otro, Atilano, que también será embajador de Venezuela en Colombia, estará detrás de una publicación que mencionaremos más adelante: *Venezuela. 1945* de Plinio Mendoza Neira. Como las anteriores cartas, cierra Picón Salas con el compañerismo, el impulso de trabajo y el reconocimiento a la labor de Betancourt manifestado en reiteradas ocasiones. Como en las anteriores y en las que sigan hasta la muerte de Gómez, se mostrará Picón Salas presto, como soldado fiel y disciplinado, a trabajar por la causa venezolana iniciada por los estudiantes en 1928.

Con estas señales, que consolidan lo que se ha estudiado a lo largo de este apartado, es prudente las apreciaciones sobre las primeras e incipientes relaciones de Picón Salas con Colombia. Esto, no sin antes advertir que el valor y la significación de Mariano Picón Salas no pasa única y exclusivamente por la valoración intrínseca de su obra y vida, sino también por la valoración de su situación, en la cual es menester ponerlo en diálogo con aquellos junto a los cuales se forjó un carácter. Por ello, esta relación tejida entre Mariano Picón Salas y Rómulo Betancourt intenta, más allá de dar cuenta de cada uno de los insignes personajes, evidenciar la situación del joven venezolano que tenía como misión echar al pasado los vestigios de la dictadura militar. Misión que no sería fácil y que no tendría como único obstáculo el nombre de Juan Vicente Gómez. Una frase de Picón Salas a Betancourt enmarca esta cuestión: “Estamos en nuestros mejores años y nos corresponde empeñosamente plasmar el Porvenir” (Picón, D., 2004, p. 193). Estas palabras, escritas en el momento en que todavía se miraba con dolor la patria desde lejos, se enfrentarán con el complejo de Francisco de Miranda, metáfora con que Mariano Picón Salas describirá en sus memorias lo que significó el retorno a la muerte del tirano:

No dejé de vivir a mi regreso a Venezuela —cuando la vejez se llevó, por fin, a Juan Vicente Gómez— el drama de los emigrados que retornan. Microscópicamente era el que sufrió Francisco de Miranda, especie de tatarabuelo trágico de los venezolanos errantes, quienes buscaron fuera del sueño nativo las luces y libertad que faltaban e inventaron una patria utópica, del tamaño de sus sueños y su nostalgia. Porque fue tan penosa nuestra historia moderna, en muchas gentes subsiste ese complejo mirandino, o don Francisco revive en

alguna de sus mil caras entre sus paisanos trotamundos. Aunque sean muy pocos los que tienen su genio, su heroica tenacidad y su seducción, muchos le imitaron en la errancia, el profetismo y el proyectismo, y sufrieron, también, la reticencia y encono de quienes, por haberse quedado inmóviles en el terrón en que nacieron, no iban a soportar que el recién llegado trajera ideas y pretensiones incómodas. (Picón Salas, 1987, p. 238)

Adenda. Las primeras conclusiones ideológicas de Mariano Picón Salas: una carta con una introducción

Después de la última carta citada, Mariano Picón Salas envía un par de cartas a Rómulo Betancourt en la que pregunta por el silencio que ha mantenido en la comunicación, ya que para el momento el exiliado en Chile estima en gran medida las cartas de Betancourt al punto de llamarlas “tónicas”. En una de ellas, del 15 de noviembre, Picón Salas se refiere a la política como una preocupación, y le manifiesta inquietud por el futuro político de Venezuela:

la idea de lo que podamos realizar en el futuro me ha atenaceado vivamente. El esteticismo un poco vacío que me infundió mi educación venezolana y que me convirtió en literato antes de tiempo, ha sufrido una ruda prueba y me ha analizado sin piedad. Cotejándola con la realidad chilena, con los grupos análogos que he encontrado aquí, con mis horas de estudio de lo que pasa en el mundo, he adquirido algunas experiencias y creo que vale la pena —para que nuestra acción futura logre algún éxito— que nos comuniquemos más y que discutamos puntos concretos. (Picón, D., 2004, p. 192)

Las palabras de Picón Salas a Betancourt, para un lector del presente siglo, hacen preguntarse por qué el literato, que había encontrado una encendida vocación política, no figuró al lado de las personalidades de Betancourt o Leoni en la política. Lo anterior poniendo de presente que la dignidad de Picón Salas en las letras, en el ensayo hispanoamericano, no tiene parangón en Venezuela.

Uno de los puntos, al respecto de la pregunta anterior, que se podría explorar es el distanciamiento de la práctica marxista e internacionalista, que acaparará la acción política contrahegemónica en América Latina. Ya en esta carta antes citada le propone Picón Salas a Betancourt crear una revista que se encargue, entre otras cosas, de la revisión de “los mitos no solamente de Derecha sino también de Izquierda. Entre estas revisiones se impondría la del

Marxismo que como se practica en Chile y Argentina, entre los adeptos de Moscú, es más bien un obstáculo para la lucha social”. Justo la experiencia chilena le sirve a Mariano Picón Salas para comprender las desventajas de la práctica marxista a lo Moscú, pues como se lo hace saber a Betancourt, “Aquí la clase obrera empantanada en un doctrinarismo importado, sin apego a la realidad, mascullando su retórica simple y aprendida ha perdido toda combatividad; está formando sectas religiosas y sin ningún sentido de la acción política” (Picón, D., 2004, p. 192). A no caer en la falsa utopía invita Picón Salas a Betancourt.

Pero esta carta apenas anuncia los puntos de partida para la reflexión política. Cinco días después, el 20 de noviembre de 1933, contestando a una carta que no se encuentra en el epistolario, se establece el problema ideológico: “Mi anterior carta —como si intuyera la suya— estaba dedicada a ese problema del marxismo” (Picón, D., 2004, p. 194). En la carta de Picón Salas a Betancourt, la última hasta la muerte de Juan Vicente Gómez, se dejan ver todas las facetas del crítico político: desde la crítica descarnada, pasando por la crítica analítica, hasta la crítica propositiva. Pocas han sido las descargas contra el marxismo que presenten tanta lucidez y honestidad. La carta que reproducimos a continuación puede ser entendida como las bases del pensamiento político de Mariano Picón Salas:

Por lo que Ud. dice, los marxistas de Costa Rica están menos burocratizados y son más libres que los de estas tierras australes; aquí yo creo con entera sinceridad que no tienen ninguna batalla que ganar. Su desconfianza sistemática a los intelectuales, el obedecimiento ciego a las órdenes que llegan, su ningún sentido de la oportunidad, hacen que por contragolpe se esté fortaleciendo un nazismo estúpido recién importado de Alemania. E insultándose mutuamente stalinianos y trotskistas con sus discos de barato materialismo histórico sin ningún sentido de la realidad inmediata, acongojada, que vive el país, hacen el juego de las derechas. Todavía es entre el elemento anarquista donde se encuentran los espíritus más batalladores e inteligentes de la clase obrera chilena. Y está despuntando por la propia necesidad de la masa, un socialismo de base nacional y latinoamericano, en que veo ya un comienzo de organización interesante.

Yo no sé si Ud. está en la razón. Tendría que conocer muchas circunstancias particulares de su vida en Costa Rica, en sus panoramas de la situación revolucionaria en esas tierras para darle un juicio sobre la decisión que ha tomado. Pero quisiera, mi querido

amigo, que antes de comprometerse demasiado meditara bien en algunas circunstancias que pueden contribuir a orientar su acción futura. Sin tiempo ni disposición para pensar mucho, ya que todavía no me restablezco bien, voy a anotar algunos puntos, sin perjuicio de que continuemos después nuestro diálogo:

1º El marxismo va en este momento en retroceso en todo el mundo. Su exceso de racionalismo, su materialismo mecanicista han producido por contragolpe un como resurgimiento de la vida instintiva y del nacionalismo. Hitler puede ser todo lo estúpido que queramos, pero en el movimiento hitleriano hay algo más que una última defensa del capitalismo como suelen decir los simples ideólogos marxistas. Anticapitalismo, socialismo con base social, resurgimiento del espiritualismo (nuestra ciencia moderna ya no es materialista como en el tiempo de Marx; fijémonos en el relativismo de la física contemporánea, por ejemplo) me parecen movimientos inevitables de la política en esta hora del mundo. No se puede luchar contra la corriente histórica. En la propia Rusia ¿en qué se ha convertido el comunismo sino en un socialismo nacional eslavo? No sólo Henri de Mann ha hecho una de la crisis actual del marxismo; en el reciente libro de A. Dempf (Filosofía de la Cultura) encuentro sugerencias muy interesantes que pienso recoger en un artículo que le enviaré. Respecto a las deficiencias de la filosofía marxista para una concepción integral del mundo, encuentro esta cita de Max Scheler: “Si no hubiese realmente en el espíritu humano ninguna instancia que pudiera elevarse por encima de las ideologías de clase y sus perspectivas de intereses, sería ilusión todo posible conocimiento de la verdad. Todo conocimiento sería entonces pura función del resultado a que llegase la lucha de clases. Por otra parte es un hecho indudablemente cognoscible que la posición de clase determina en gran medida el “ethos” como la manera de pensar, aunque en principio todo el mundo puede vencer los lazos que se derivan de su posición de clase”.

2º En Sudamérica, no podemos saltar las etapas del proceso histórico. La idea nacional me parece previa a la idea revolucionaria marxista. No podríamos hacer revoluciones proletarias aisladas. La formación de grandes organismos políticos y económicos (Zollverein, confederaciones) tiene que ser el camino previo para cualquier transformación nacional. No hemos tenido todavía la etapa que correspondió a la revolución francesa. Como norma común sólo podemos hablar de una revolución agraria para incorporar al Estado las masas que viven al margen de la nacionalidad. Los métodos de esa

revolución no pueden ser iguales en todo el continente. Un Chile industrializado, cuyo estilo político es ya semejante al de naciones europeas, es muy diferente de una Colombia agrícola ¿Cómo hacer una revolución de tipo industrial en medio de las inmensas masas campesinas?

3º Ahora el problema de la realidad política. En política no se puede proceder por abstracciones ni ideologías. Un hombre como Ud., Betancourt, tiene un gran destino en la transformación nacional de Venezuela pero ¿se va a dedicar Ud. a una causa utópica, una causa que sabe Ud. muy bien que no podrá triunfar jamás entre nosotros sencillamente porque no tenemos clase obrera organizada, porque no hemos tenido una etapa previa de leyes sociales, de participación del proletariado en la vida pública que despierten en él su conciencia de clase? Por otra parte un pueblo deprimido, casi analfabeta, sin educación industrial, con carencia absoluta de técnicos (no tenemos ni siquiera contra maestros), ¿cómo podría llegar al poder? Y por ponerse al servicio de una ideología cuyo momento de apogeo ya pasó en el mundo, ¿va a sacrificar Ud. toda posibilidad de acción? En Chile, que tiene una población obrera cuatro veces superior a la de Venezuela, con muchos años de experiencia sindical, no le veo ni siquiera posibilidad remota al marxismo ¿Cuáles serán entonces nuestras circunstancias?

4º Nuestro problema, querido Betancourt, si queremos ser hombres de acción, es no entregarnos al primer impulso romántico antes de verificarlo con la realidad. La historia no se hace con ideologías ni se realiza con la fatalidad dialéctica que apuntó Marx. Todo lo que debía entrar al marxismo en nuestra civilización ha entrado ya, o se está incorporando bajo otra forma. Y esa profecía de 1848 no puede ser ya nuestra cerrada consigna. Si queremos ser políticos realistas, y revolucionarios capaces de hacer, tenemos que aprender fría y objetivamente de Mussolini y de la Nira, de Trotsky y de Stalin. Y esas tonterías que Ud. me cuenta del APRA no me hacen desconfiar de que nosotros, toda nuestra generación desparramada por el continente, pueda realizar la política creadora, sacada de nuestros propios problemas que espera la nueva América. Anti-imperialismo, realización de la idea nacional americana (los grandes bloques políticos y económicos de nuestros países), reforma agraria, economía dirigida, incorporación de las masas en el Estado no con las pequeñas y esterilizantes consignas diarias, con el torpe materialismo grosero en que vegeta y languidece nuestro proletariado, sino con una vasta idea nacional, con un dinámico sentido de la vida colectiva; vasta cruzada educacional para crear los técnicos y los

constructores del Estado futuro, me parecen consignas bastantes para colmar toda nuestra vida. Y no olvide Ud., mi querido amigo, que el nacionalismo, el patriotismo en países débiles y explotados como los nuestros pueden ser una fuerza defensiva. Hay que darle, eso sí, otra proyección, otro contenido.

Ante un caso histórico tan lamentable como el de Hispanoamérica y Venezuela en el momento presente, yo no vacilo en responder: La idea de Nación está antes que la idea de clases.

En fin, compañero, dispense esta carta tan mal escrita. Ya seguiremos dialogando. Piense Ud. que es en este momento el escultor de su vida; que tras de Ud. hay muchas esperanzas. No se alucine por ese marxismo todavía romántico, no muy definido, que a través de su carta me parece impregnado aún de belicosidad anarquista, que es el que parece reinar en Costa Rica. Aquí el marxismo no sale de la consigna diaria, del burocratismo, de la palabrería de cliché, del más helado materialismo; es exactamente en manos de los empleados que paga la oficina de Montevideo, una fuerza de barbarie. Cualquier divergencia entre nosotros no lo disminuye en mi afecto y en la gran esperanza de realización que tengo en Ud. Es el ideal revolucionario de nuestra generación el que está en sus manos; proceda con tino, no creemos entre hombres que en el fondo se entienden, la terrible división, el bizantinismo doctrinario.

Espero anhelante sus noticias. Y reciba un caluroso abrazo de su compañero,

Mariano Picón Salas (Picón, D., 194-198)

SEGUNDA PARTE

MARIANO PICÓN SALAS Y SU RELACIÓN CON LA PRENSA LIBERAL

En la comunicación diaria y efímera —los términos en realidad son pleonásticos— con el público lector, radica la razón de ser del periodista, su orgullo y su tragedia a la vez. Sabe que su artículo, primorosamente elaborado, o sus temas elegidos y tratados en la angustia de un tiempo que no da espera, son apenas flor de un día. Pero en compensación, sabe también que ningún escritor como él llega a despertar conciencias y avivar sensibilidades en forma tan continua y universal, y por lo mismo tan eficaz. Y es consciente de que solo la siembra que se hace en los espíritus es la que

revienta en frutos de eterna duración.

(Gómez Hoyos, 1970, pp. 17-18)

Las relaciones intelectuales que estableció Mariano Picón Salas con medios e intelectuales colombianos pueden agruparse en una generalidad dentro del espectro político-cultural del liberalismo, en concreto, con aquellos partícipes en la construcción de lo que ha sido denominado la República Liberal. Antes de entrar a sustentar dicha afirmación, es importante tener en cuenta el contexto político-social-cultural de un país como Colombia en la primera mitad del siglo XX, más específicamente, antes de la entrada en escena de los grupos insurgentes de orientación marxista-leninista. Este contexto estaba marcado, tras una larga historia de gobiernos civiles y un régimen constitucional republicano, por una fuerte división de la sociedad, en su conjunto —tanto en sus aspectos políticos como sociales, culturales y religiosos—, por la dicotomía liberal-conservador. La tradición que algunos han dado por llamar democrática permitió que las fuerzas sociales y culturales del país se agruparan en y alrededor de los partidos políticos Liberal y Conservador. Dichas agrupaciones, formadas no solo por políticos, sino por intelectuales —separación que no existía en el siglo XIX—, cooptaron la mayoría de los espacios de sociabilidad y, en muchas ocasiones, pusieron en función de sus intereses partidistas las dinámicas de la academia y la cultura.

Es por lo anterior, que de la afirmación con la que iniciamos no se desprende una vinculación de Mariano Picón Salas con el Partido Liberal, sino más bien, que el intelectual venezolano, por afinidades que ya pasaremos a mencionar, encontró en los círculos liberales del

país pares intelectuales y una tribuna para la divulgación de su obra. Es decir, Mariano Picón Salas se integró en el engranaje cultural-intelectual de la gran máquina que era el Partido Liberal.

Ya la última carta citada al final de la primera parte da una idea sobre la concepción política del autor, la cual está más cercana al civilismo del liberalismo/republicanismo —de una idea ilustrada de democracia—, que al marxismo, y en todo caso muy lejos de los principios conservadores y militares. La cuestión de su orientación política la deja Picón Salas (1987) clara en su autobiografía al hablar de aquellos tiempos de turbulencia política en la primera mitad del siglo XX: “En medio de ese furor de endemoniados que tanto a la derecha como a la izquierda parecía acosarnos, preferí mi liberalismo —un poco anacrónico— al monopolio de la verdad y las fórmulas inflexibles que ofrecían los nuevos empresarios de mitos” (p. 139-140).

Las propuestas de una consolidación de la nación son cercanas al ideal republicano, sobre todo, si se tiene en cuenta que lo dicho por Picón Salas no cuestiona la propiedad. De esta manera, y teniendo en cuenta que no le tocó a Mariano Picón Salas vivir en una Venezuela democrática, sino dominada por el poder militar, es natural el acercamiento del intelectual venezolano a los círculos liberales y su estima y admiración por una figura como Eduardo Santos, que ya había sido reconocido por Betancourt como faro civil para la juventud venezolana de 1928. Dentro de esta plana de intelectuales liberales con los que tuvo relación Mariano Picón Salas se cuentan, además de Eduardo Santos, a German Arciniegas, Plinio Mendoza Neira y Roberto García-Peña.

Antes de pasar a establecer la relación de Mariano Picón Salas con estos intelectuales, bien vale la pena referenciar los trabajos que publicó en la prensa del país, esto con el fin de dar un panorama sobre la divulgación de su obra en Colombia:

Tabla 1. Publicaciones de Mariano Picón Salas en medios colombianos

Nombre de la publicación	Medio	Fecha
Spengler y la América Latina	El Gráfico	Julio de 1934
Cristianismo y temporalidad (el libro venezolano)	El Tiempo	1942
La educación en Venezuela	Sábado	10 febrero de 1945
Perfil de Caracas	Revista de América	Junio de 1945
Colombia y Venezuela	El Tiempo	26 de julio de 1945
Arturo Uslar Pietri	Revista de América	Septiembre de 1945

Perón y el peronismo	Sábado	9 de febrero de 1946
La cena de los Cardenales.	Sábado	9 de marzo de 1946
América y los narradores	Sábado	23 de marzo de 1946
Historia de un antihéroe	Sábado	24 de abril de 1946
El Quijote y su nueva caballería	Revista de América	Julio de 1946
La madrugada triste	Lecturas Dominicales de El Tiempo	6 de octubre de 1946
Imperialismo y buena voluntad	El Tiempo	15 de febrero de 1947
Puerto Rico en el Caribe: una isla azotada	Revista de América	Marzo de 1947
Una interpretación de Leopoldo Lugones	Sábado	8 de marzo de 1947
Defensa de la cultura europea	Sábado	29 de marzo de 1947
Recuerdo de Pedro Emilio Coll	Lecturas Dominicales de El Tiempo	4 de mayo de 1947
Papini y la cultura de nuestra América	Revista de América	Julio de 1947
Responden a Giovanni Papini	Revista de América	Agosto de 1947
Don Quijote y su nueva caballería	Lecturas Dominicales de El Tiempo	12 de octubre de 1947
De la historia en Venezuela	Lecturas Dominicales de El Tiempo	30 de noviembre de 1947
Los inventos inútiles	Lecturas Dominicales de El Tiempo	7 de diciembre de 1947
Viaje al amanecer	Sábado	13 de diciembre de 1947
El mercado del lunes / Viajes por mar y tierra	Sábado	27 de diciembre de 1947
Opinión americana. Imperialismo y buena vecindad	Lecturas Dominicales de El Tiempo	15 de febrero de 1948
Don Baldomero	Lecturas Dominicales de El Tiempo	27 de junio de 1948
Esquema de Venezuela	Revista de América	Julio-agosto de 1948
Chile	Lecturas Dominicales de El Tiempo	19 de septiembre de 1948
Profecía de la palabra. Una literatura que muere	Lecturas Dominicales de El Tiempo	31 de octubre de 1948
Pedro Claver, Taumaturgo de los esclavos: la flota zarpa en primavera	Lecturas Dominicales de El Tiempo	2 de enero de 1949
Pedro Claver, Taumaturgo de los esclavos: toros y gigantes en las nubes	Lecturas Dominicales de El Tiempo	9 de enero de 1949
Pedro Claver, Taumaturgo de los esclavos: viaje a las tierras altas	Lecturas Dominicales de El Tiempo	23 de enero de 1949

Pedro Claver, Taumaturgo de los esclavos: como un borriquillo ante ti	Lecturas Dominicales de El Tiempo	13 de febrero de 1949
Pedro Claver, Taumaturgo de los esclavos: la celda del monstruo	Lecturas Dominicales de El Tiempo	20 de febrero de 1949
Carta de Ruta: Iniciación Centro Americana ³⁰	El Tiempo	23 de febrero de 1949
Pedro Claver, Taumaturgo de los esclavos: tiempo muerto	Lecturas Dominicales de El Tiempo	27 de febrero de 1949
Carta de Ruta: Dulzura y temor en Guatemala	El Tiempo	4 de marzo de 1949
Carta desde México: El tercer Fausto	El Tiempo	6 de marzo de 1949
Carta de Ruta: Jasón buscando divisas	El Tiempo	16 de marzo de 1949
Carta de Ruta: Zona de ángeles	El Tiempo	18 de marzo de 1949
Un filósofo en busca de acuerdo	Revista de América	Abril de 1949
Carta de Ruta: Ningún lugar para ocultarse	El Tiempo	1 de abril de 1949
Parcas y Euménides de México	Lecturas Dominicales de El Tiempo	10 de abril de 1949
Del optimismo a la previsión económica	Revista de América	Mayo de 1949
El hombre del “Cenote”: historias de Yucatán	Lecturas Dominicales de El Tiempo	8 de mayo de 1949
¿Qué hacer con los volcanes?	El Tiempo	13 de mayo de 1949
Shakespeare y el cine	Lecturas Dominicales de El Tiempo	5 de junio de 1949
Franco y la Dialéctica de las Españas	Lecturas Dominicales de El Tiempo	10 de julio de 1949
Una colección de momias	Lecturas Dominicales de El Tiempo	31 de julio de 1949
El poeta suicida	Revista de América	Julio-agosto de 1949
Trabajos sobre Bello	Revista de América	Septiembre de 1949
La pintura mexicana: Diego, el gigante fiel	Lecturas Dominicales de El Tiempo	11 de septiembre de 1949
Cristos del Campo	Lecturas Dominicales de El Tiempo	18 de septiembre de 1949
Hombres y dioses del maíz	Lecturas Dominicales de El Tiempo	30 de octubre de 1949
A veinte años de <i>Doña Barbara</i>	Lecturas Dominicales de El Tiempo	6 de noviembre de 1949
Piedras y salsas	El Tiempo	1949

³⁰ Esta es la primera colaboración de Mariano Picón Salas para la sección “Carta de Ruta” del diario *El Tiempo*. Antes del texto de Picón Salas, se incluye una aclaración en el cual se establece: “Con la presente crónica inicia su colaboración regular en EL TIEMPO Mariano Picón Salas, hasta hace pocos días Embajador de Venezuela y una de las figuras literarias más prestigiosas del continente” (p. 5).

Diferencias Americanas	Lecturas Dominicales de El Tiempo	22 de enero de 1950
Discusión sobre el existencialismo	Lecturas Dominicales de El Tiempo	5 de febrero de 1950
Cuando hasta la existencia era un azar	Lecturas Dominicales de El Tiempo	26 de marzo de 1950
Cultura y sosiego	Lecturas Dominicales de El Tiempo	9 de abril de 1950
Ixtapalapa	El Tiempo	17 de abril de 1950
Explicación de México	Lecturas Dominicales de El Tiempo	4 de junio de 1950
Cocina y nacionalidad	El Tiempo	7 de junio de 1950
La Eva de Tlatilco	Revista de América	Julio-agosto de 1950
Bernard Shaw en el tiempo pasado	Revista de América	Septiembre-octubre de 1950
Realismo y símbolo	Lecturas Dominicales de El Tiempo	1 de octubre de 1950
Los hombres que hacen la historia?	Lecturas Dominicales de El Tiempo	22 de octubre de 1950
Premios Nobel: los candidatos latinoamericanos	Lecturas Dominicales de El Tiempo	26 de noviembre de 1950
Réquiem de algunos amigos	Lecturas Dominicales de El Tiempo	1 de diciembre de 1950
Viaje a las Indias	El Tiempo	1950
Desfiguraciones del idioma	Lecturas Dominicales de El Tiempo	21 de enero de 1951
La reunión americana	El Tiempo	31 de enero de 1951
La televisión, otro golpe a la cultura	El Tiempo	8 de marzo de 1951
Dos mil años de París	El Tiempo	21 de marzo de 1951
El estudiante en EE.UU. Cómo aprovechar mejor la educación. Responden Germán Arciniegas, Mariano Picón Salas, Antonio Arráiz	Lecturas Dominicales de El Tiempo	25 de marzo de 1951
Pedro Claver, Santo de los esclavos	El Tiempo	21 de mayo de 1951
El rey de las basuras	El Tiempo	2 de septiembre de 1951
Hearst: el emperador amarillo	Lecturas Dominicales de El Tiempo	9 de septiembre de 1951
A la sordina. Pequeña confesión ³¹	Lecturas Dominicales de El Tiempo	21 de octubre de 1952
Arte y Virtud en José Martí	Lecturas Dominicales de El Tiempo	25 de enero de 1953
Las Américas en su historia	Lecturas Dominicales de El Tiempo	6 de septiembre de 1953

³¹ Antes del texto de Mariano Picón Salas, que corresponde a la nota introductoria a sus *Obras selectas* (1953) de la editorial Edime, se aclara lo siguiente: “Prólogo para una antología de antiguos y nuevos escritos” (p. 1).

San Pedro Claver. Cualquier barco negrero.	Hojas de Cultura Popular Colombiana	Noviembre de 1953
Los días de Cipriano Castro	Lecturas Dominicales de El Tiempo	7 de febrero de 1954
700 años para Marco Polo	Lecturas Dominicales de El Tiempo	4 de abril de 1954
Cocina romántica	Lecturas Dominicales de El Tiempo	5 de septiembre de 1954
Arte y libertad creadora	Lecturas Dominicales de El Tiempo	21 de noviembre de 1954
Alfonso Reyes, “Varón Humanísimo”	Lecturas Dominicales de El Tiempo	10 de julio de 1955
La lengua impura	Lecturas Dominicales de El Tiempo	26 de febrero de 1956
La cultura francesa y nosotros	Revista de América	Enero de 1957
Adolescencia	Mito	Junio-julio de 1957
Humanitas	Lecturas Dominicales de El Tiempo	28 de febrero de 1960
Simón Bolívar entre muchos testigos	Lecturas Dominicales de El Tiempo	10 de julio de 1960
Palabras a amigos colombianos	Lecturas Dominicales de El Tiempo	17 de julio de 1960
Rabindranath Tagore, el Poeta	Lecturas Dominicales de El Tiempo	13 de noviembre de 1960
Suiza: segunda etapa	Lecturas Dominicales de El Tiempo	12 de febrero de 1961
Terrorismo	El Tiempo	19 de marzo de 1962
Tiempo de Humboldt	Lecturas Dominicales de El Tiempo	17 de junio de 1962
Tiempo de mentiras. En este tiempo nuestro	Supl. Lit. de El Espectador	6 de enero de 1963
Aquel adolescente, de provinciano dril, sobre un caballo blanco / Tierra y cielo de Mérida	Lecturas Dominicales de El Tiempo	17 de enero de 1965
Defensa y nostalgia de la lectura	Lecturas Dominicales de El Tiempo	3 de octubre de 1965

Como se puede observar en la tabla, son recurrentes las publicaciones de Mariano Picón Salas en tres medios específicos: *El Tiempo*, *Revista de América* y *Sábado*, siendo sobre todo colaborador del suplemento literario de *Lecturas Dominicales* de *El Tiempo*, donde se registran 53 colaboraciones de las 100 catalogadas. Precisar la participación de Mariano Picón Salas en *Lecturas Dominicales* es importante en cuanto abre una dimensión cultura de la relación del intelectual con la prensa, pero sobre todo con el público colombiano, dado que este suplemento generaba una sociabilidad cultural importante en el país. Se pueden enunciar algunos argumentos para sustentar esta afirmación: *Lecturas Dominicales*, más allá del respaldo de *El Tiempo*, agrupaba

importantes intelectuales nacionales, latinoamericanos y europeos —publicando no solo ensayos inéditos, sino también traducciones de ensayos de intelectuales de Europa y Estados Unidos—, lo que convertía al suplemento literario en la mejor vitrina para los intelectuales y escritores de cara al público colombiano. Por otra parte, el suplemento contaba con una amplia y masiva divulgación por tratarse de la edición dominical del diario, la cual superaba, no solo a otros diarios, sino a los tirajes del resto de la semana. Así, en la tabla se puede observar que mediante el diario liberal Mariano Picón Salas no solo publicó artículos de variados temas, sino que también divulgó libros como *Viaje al amanecer* (1943), *Miranda* (1946), *Pedro Claver, el santo de los esclavos* (1950), *Los días de Cipriano Castro* (1953) y *Regreso de tres mundos* (1959).

Por estas razones, en este segundo apartado nos ocuparemos de establecer el perfil intelectual de estos medios, además de las relaciones de Mariano Picón Salas con ellos y con los intelectuales que están al frente de las publicaciones.

IV. *El Tiempo*, baluarte del liberalismo

El liberalismo colombiano en la primera mitad del siglo XX tiene importantes representantes que se cuentan entre los políticos más destacados de la historia de Colombia. Entre ellos, de hechura profundamente liberal y que aún siguen constituyendo los paradigmas de esta ideología, se recuerdan a Alfonso López Pumarejo y Jorge Eliécer Gaitán. Sin embargo, dentro del partido ambos políticos perdieron, por diversos motivos, la gran influencia que llegaron a tener después de la década de 1940, siendo remplazados, uno y otro respectivamente, por Eduardo Santos Montejó, que ya había sido presidente y era un patriarca en la sombra, y Alberto Lleras Camargo, mano derecha de López Pumarejo, que había asumido el poder ejecutivo tras la renuncia de este en 1945 y quien sería arquitecto no solo de la OEA sino también del Frente Nacional. Tanto Santos como Lleras Camargo ejercieron una enorme influencia dentro del Partido Liberal, influencia que se condensaría justamente en el acuerdo político conocido como Frente Nacional. Sin embargo, de estos dos dirigentes la actuación de Santos destaca más allá de ámbito político, pues su periódico *El Tiempo* se convirtió en la tribuna más importante del liberalismo durante el siglo pasado.

En un contexto donde “los conservadores dominaron intelectualmente entre 1886 y 1930” (p. 43), en el que para 1910 “el liberalismo se encontraba totalmente eclipsado y la tradición radical, rancia y estancada” (p. 50), Christopher Abel (1987) destaca a *El Tiempo* como el principal

periódico, que nace como una “expresión republicana” que más tarde se enfilaría con las ideas liberales. Sobre la dirección llevada a cabo por Santos, el autor refiere que el periódico:

En 1913 fue comprado por un astuto comerciante, Eduardo Santos, cuyo principal colaborador, su hermano Enrique, tenía experiencia editorial con *La Linterna* de Tunja y una extensa red de contactos en Boyacá. Ambos le dieron forma a *El Tiempo* de tal manera que cubriera extensamente las luchas políticas internas día tras día y las noticias internacionales recibidas por cables. *El Tiempo* ensanchó su circulación elaborando una red de corresponsales municipales, a menudo militantes locales del partido, que actuaban en posición secundaria como distribuidores de periódicos.

El Tiempo fue fortaleciendo poco a poco su posición hasta convertirse en el principal instrumento para que la generación del centenario difundiera confianza en las instituciones representativas y en el poder de la ley entre los grupos urbanos letrados. A largo plazo, *El Tiempo* pretendía romper el control del clericalismo sobre la política local, mientras que a corto plazo desafiaba las suposiciones propagadas por la maquinaria publicitaria oficial y se oponía al control de la Iglesia sobre la difusión de la información. (p. 51)

Eduardo Santos supo capitalizar el momento en el que se encontraba el país, ya que como lo plantea Abel (1987), desde 1909 “la prosperidad cafetera financió suficientes propagandas para mantener la prensa durante la modorra que sobrevinía a las campañas electorales. Por primera vez los periódicos se convirtieron en una empresa comercial importante y el periodismo, en una profesión reconocida” (p. 50). Son varios los elementos que se van sumando para que el periodismo ocupe el lugar central que le corresponde en la modernización del Estado, pues también el desarrollo en la infraestructura del país, la movilidad férrea, terrestre y aérea, permitieron que la prensa tuviese una dimensión nacional. De esta manera, “La prensa comenzó a competir con el púlpito como medio de irradiar información del centro a la periferia” (p. 51). El contexto se prestaba, pues la discusión sobre la libertad de prensa estaba a la orden del día y fue concedida como derecho a manera de estrategia para aplacar a los liberales. Por su parte,

Los líderes conservadores estaban más interesados en el ejercicio de su oficio que en la prensa. Su principal periódico, *El Nuevo Tiempo*, perdió terreno ante *El Tiempo* a finales de la década de 1910. Es cierto que *El Nuevo Tiempo* empezó en desventaja porque su rival disfrutaba de un público de lectores ya cautivos en Bogotá, donde los liberales eran además

una mayoría definitiva. Fuera de Bogotá, la prensa conservadora tenía más impacto. Los periódicos regionales, como *La Patria* de Manizales, florecían debido a que la prensa conservadora de la capital carecía de empuje empresarial y no sabía cómo explotar los adelantos del transporte.

La Iglesia, que hasta finales de la década de 1920, todavía manipulaba la mayor parte de la información, reaccionó lentamente al desafío de la prensa secular. (p. 51)

Para Christopher Abel (1987), la prensa liberal, que se fortaleció durante los años 20, permitió que el Partido Liberal disputará por primera vez, de manera seria y con verdaderas posibilidades, el poder a los conservadores desde el fin de la hegemonía alcanzada por los liberales radicales y la promulgación de la constitución de 1886. Para el autor británico,

la única oposición constante al gobierno de Abadía era la de la prensa liberal capitalina, *El Tiempo* y *El Espectador*, concretamente; que estaban excluidos de los beneficios del apadrinamiento del régimen y solo disfrutaban de tenues vínculos con los líderes del partido en el Congreso. *El Tiempo*, particularmente, impugnaba al régimen y presentaba una imagen de corrupción, malos manejos, violencia incitada y complicidad con compañías trans-nacionales, en las que los líderes liberales estaban tan implicados como los conservadores. Asumiendo una posición independiente y crítica, la prensa liberal capitalina personificaba una mezcla de prudencia y protesta que se ganó el apoyo de los miembros descontentos de ambos partidos. (p. 100)

La ventana de oportunidad que se había abierto para el regreso de los liberales al poder fue aprovechada por una nueva generación que en la convención de 1929 unificó los intereses del liberalismo. Tres figuras de una nueva generación, destaca Abel (1987), lograron volver a poner al Partido Liberal en el panorama político electoral:

Tres figuras —Alfonso López Pumarejo, quien conmocionó a la Convención haciendo la atrevida predicción de que el partido obtendría la victoria en 1930; Eduardo Santos, propietario de *El Tiempo*; y Luis Cano, propietario de *El Espectador*— se lanzaron a construir una organización partidista viable para las elecciones. Aprovechando su propia supremacía en la prensa nacional y la división conservadora, las directivas liberales revivieron viejos lazos entre la capital y la provincia y nombraron un candidato presidencial incontrovertible, Enrique Olaya Herrera. (p. 101)

La presidencia de Olaya, si bien significó un equilibrio entre los dos partidos, evitando tensiones políticas, abrió el camino para una nueva era liberal. De esto se favoreció un Eduardo Santos, quien durante el inicio del gobierno de Olaya fue nombrado Ministro de Relaciones Exteriores. De esta manera comenzó Santos a abonar el terreno de una futura representación liberal en una candidatura presidencial. La oportunidad se le presentó ante la división liberal entre lopistas y olayistas, entre una izquierda liberal y una derecha liberal. Además de los tumbos y salidas en falso que dio el gobierno de López en diferentes frentes, la muerte de Olaya Herrera le abrió el camino con el apoyo de los más moderados del partido. Santos se sobrepuso a Echandía, quien retiró su nombre para la candidatura, ganando el pulso dentro del liberalismo; el conservatismo siguió manteniendo una posición de abstención frente a la elección presidencial; y, finalmente, su prestigio como hombre de letras y cacique del periodismo liberal, vinieron a completar todas las condiciones para una segura elección. Por fin dieron frutos los pasos sigilosos pero seguros del dueño de *El Tiempo*. Santos es elegido presidente de la República para el período constitucional 1938-1942.

La moderación de Santos no traicionó la confianza de los liberales de derecha. No por nada a su gobierno se le conoce como “La Gran Pausa”, en contraposición al lema de López “La Revolución en Marcha”. Abel (1987) parte justamente de esta idea de “La Gran Pausa” para su capítulo “La Restauración Conservadora, 1938-53”. Aunque entre el período que va desde 1938 hasta 1952 se cuentan dos períodos constitucionales presididos por representantes del partido liberal: los gobiernos de Santos (1938-1942) y el segundo de López Pumarejo-Echandía, más el año de Lleras Camargo (1942-1946), el título resulta más que apropiado si se tiene en cuenta la postura de Santos y el desastre del segundo mandato de López Pumarejo. Sobre Santos, Abel (1987) escribe:

Eduardo Santos era un individuo circunspecto, taciturno y calculador que consideraba “La Revolución en Marcha” como un experimento fallido. Era un hombre muy viajado y de extensas lecturas; había sido Ministro de Relaciones Exteriores durante el gobierno de Olaya y había participado en las negociaciones de paz cuando la guerra del Perú. Pero, sobre todo, Santos era un barón de la prensa. Liberal de tradición francófila, utilizaba *El Tiempo* para proyectar el lenguaje, el estilo y las técnicas democráticas del partido radical francés. No gustaba del culto a la personalidad y prefirió, en cambio, fomentar un culto más

duradero a *El Tiempo*. Durante los años veinte y treinta Santos utilizó la red de *El Tiempo* para cultivar contactos con los demás jefes liberales.

La élite formó un consenso alrededor de Santos. Este mantenía un astuto equilibrio entre los intereses liberales a la vez que se abstenía de tomar acciones que pudieran ofender a los conservadores. [...]

La competencia entre los dos partidos se vio mutilada por la política de inmovilismo aplicada por Santos. El partido conservador, reducido a una aceptación silenciosa, adolecía de una seria indefinición. También el lopismo estaba pasivo; su influencia en los sindicatos, mermada por los sucesos de 1937-38, se redujo aún más cuando el régimen de Santos heredó la maquinaria conciliadora en relaciones industriales. López y Alberto Lleras Camargo, reconociendo la incertidumbre de sus futuros políticos, pugnaban por el apoyo de todas las clases a través de un nuevo periódico, *El Liberal*. (pp. 129-130)

En esta misma vía se encuentra la denuncia de Rafael Gutiérrez Girardot (1995), quien plantea que Eduardo Santos fue el principal responsable del desmoronamiento de la República Liberal, ya que su monopolización del espectro político e intelectual al servicio de una impasividad, cerró la puerta a cualquier tipo de actitud crítica, necesaria para llevar a cabo cualquier transformación social.

Por su parte, los conservadores no tardarán en tomar una posición de reacción ante la pérdida del poder. Durante el gobierno de Santos, Laureano Gómez podrá consolidar su liderazgo dentro del Partido Conservador a partir de la guerra que iniciará contra Santo y *El Tiempo* desde su periódico *El Siglo*. La Masacre de Gachetá será el inicio de una larga confrontación periodística entre *El Tiempo* y *El Siglo*, que no cesaría hasta que Rojas Pinilla imponga la censura a ambos diarios.

La campaña de Gachetá abonó el terreno para una prolongada guerra entre la prensa. Gómez y *El Siglo* atacaron a Santos y *El Tiempo*. Cuando *El Tiempo* respondía en un tono suave y retraído, *El Siglo* lo acusaba de administrar el veneno de los razonamientos dulces; y si *El Tiempo* respondía en un lenguaje de apasionada represalia, *El Siglo* le reprochaba por azuzar la política nacional. Cada periódico acusaba al otro de estar haciendo todo lo posible por redefinir las reglas de la etiqueta política de acuerdo con fines puramente faccionales. Desprovisto de ideología y programa de oposición, *El Siglo* se proyectaba a sí mismo como

campeón de una cruzada moral. Buscaba ávidamente evidencias de corrupción en el régimen y agrandaba las inconsistencias entre el presidente y *El Tiempo*; por ejemplo, si el presidente proponía una inactividad de la militancia que condujera al país lejos de las imprudencias del radicalismo lopista, estaba en conflicto con los argumentos de *El Tiempo* en el sentido de que el régimen de Santos era más radical que el de su antecesor. (p. 131)

La sucesión del poder a su antecesor López Pumarejo, la crisis política e inestabilidad institucional que se vive con López, la trunca campaña presidencial de Gabriel Turbay en 1946 y la preminencia de Jorge Eliécer Gaitán tras la elección de Ospina Pérez, hicieron que Santos perdiese influencia en el país, hasta su oposición a Rojas Pinilla y participación en el pacto que daría pie al Frente Nacional y la por fin presidencia de Alberto Lleras Camargo.

Las anteriores líneas, breves para referirse a asuntos tan trascendentales de la historia nacional, quieren simplemente enmarcar la personalidad de Eduardo Santos Montejo y la importancia de *El Tiempo* dentro de la formación de la opinión pública en el país. Llegados a este punto, vale la pena plantear algunas circunstancias que se refieran más a la intimidad del expresidente.

Justo ese es el objetivo de una investigación recién publicada bajo el título *Eduardo Santos, “Estrictamente confidencial”. Correspondencia del hombre público y privado en el cincuentenario de su muerte (1888-1974)*, en que la periodista Maryluz Vallejo Mejía (2024) busca mostrar una imagen de la personalidad pública y privada de Eduardo a través de la revisión de su correspondencia personal dispuesta en el fondo Eduardo Santos de Sala de Libros Raros y Manuscritos de la Biblioteca Luis Ángel Arango. Sobre su investigación, Nos deja saber Vallejo (2024):

me interesaba mostrar al periodista en su “casa de cristal” —metáfora acuñada por Santos en alusión a la transparencia que debería rodear su misión pública—, al político insobornable y escrupuloso que en estos escritos deja lecciones de honradez y discreción; al intelectual de hondura humanística, polímata como pocos, que sin ambicionarlo se convirtió en el propietario del periódico más exitoso del siglo XX en Colombia, y al ser humano, magnánimo y sensible, que cultivaba la soledad tanto como las rosas y sus amistades selectas. (p. 20)

En esta lista de virtudes que Vallejo (2024) le atribuye a Santos, destaca un rasgo de su personalidad que resulta fundamental para comprender al intelectual en su intimidad: “con casi todos los interlocutores el trato es muy cercano, y se asoma un Santos sorprendentemente cálido (no el hierático y distante de la leyenda)” (p. 22). Contrasta la calidez del Santos de Vallejo (2024) con el “circunspecto, taciturno y calculador” de Abel (1987), por lo que podría decirse que la investigación de Vallejo da en el blanco de las investigaciones sobre los epistolarios de los intelectuales, pues nos muestra ese otro lado del intelectual, el íntimo, que se escapa a su actuación pública y a su obra. En otro lugar, a partir de sus cartas y las reflexiones de algunos de sus allegados, muestra Vallejo (2024) al Santos político como un “ciudadano de centro, moderado, capaz de administrar sabiamente sus conocimientos y sus bienes. El hecho de que se escribiera con conservadores y liberales, y se mostrara tan cercano a todos, demuestra que ponía sus afectos por encima de los partidos” (p. 31). Sobre la fisonomía de la correspondencia de Santos, expone Vallejo (2024) que:

Su estilo, forjado en las galeras de la prensa, es claro y directo; enemigo de eufemismos, grandilocuencias y vaguedades. Acude a expresiones coloquiales con simpático desenfado, cita de memoria a sus autores favoritos y se solaza con anécdotas y apuntes propios del humor cachaco. Algunas cartas están escritas a mano —en renglones torcidos y con letra algo desaliñada—, y tienen la naturalidad de sus tachones. Buena parte del material está mecanografiado, siempre con su enorme e inconfundible firma al final; pero también hay numerosas cartas manuscritas. (p. 22)

Dentro del análisis que hace Vallejo (2024) sobre el ser político que se trasluce en las cartas de Eduardo Santos, se deja ver su esencia liberal, cerrada con candado. Un Santos liberal a carta cabal, o macha martillo para usar una expresión del propio Santos, nos muestra Vallejo (2024), incluso en su fobia al comunismo. No era de esperarse menos de un defensor de la propiedad privada. Aunque también destaca la autora el antisemitismo que se puede inferir en su política de no aceptación de judíos durante los años del nacionalsocialismo. Actitud contraria a su apoyo a los republicanos españoles perseguidos por el franquismo. Estos asuntos, junto con un vivo interés por la política internacional, sin entrar a detallar las acciones en procura del Partido Liberal, las tensiones con López Pumarejo, y su actuación política en el país, definen la esencia política de Eduardo Santos.

La faceta como periodista y “barón de la prensa”, para utilizar la expresión de Abel (1987), quizá le merezca a Eduardo Santos más reconocimientos que su vida política. En la prensa Santos lo hizo todo, hasta sufrir la censura, y la preeminencia de *El Tiempo* durante más de un siglo está directamente relacionada con el empeño, además del prestigio, que le puso su propietario al diario. Al desarrollar el tema sobre la censura que sufrió *El Tiempo*, sobre todo la impuesta por Rojas Pinilla, Vallejo (2024) dice de Santos que si

resistió a esos ataques con la entereza de un monolito fue gracias a su veteranía como periodista en la pantanosa arena política colombiana. Y es posible que lo haya salvado su blindaje de literato porque, si bien la vocación de periodista se interpuso a la de escritor, logró conciliarlas con la política sin renuncias dolorosas. Como periodista tenía dotes excepcionales ya que, además de su amplia cultura, estaba dotado de un potente sismógrafo para estimar la magnitud de los temblores políticos en las democracias. Aunque nunca fue reportero de calle, sabía perfectamente dónde estaban las noticias porque conocía los fenómenos sociales que estaban bullendo en Colombia y en el mundo; además, se anticipaba a los remezones económicos del país guiándose por los oscilantes precios del café en la bolsa.

Ese olfato periodístico lo empezó a formar en 1909 al lado de su maestro Tomás Rueda Vargas, con quien fundó y dirigió *La Revista*; mientras vivió en París fue corresponsal de la *Gaceta Republicana* de Olaya Herrera y al regresar a Bogotá en 1911 empezó a colaborar con Alfonso Villegas Restrepo en la dirección y redacción de *El Tiempo*, que dos años después compró por cinco mil pesos mediante un préstamo bancario. (pp. 109-110)

De las personalidades circundantes a Santos en el proceso de consolidación de *El Tiempo*, además de su hermano Enrique Santos Montejó “Calibán”, Vallejo (2024) atina al señalar la importancia de Germán Arciniegas, quien asumió la dirección del periódico una vez Eduardo Santos se puso en la línea de salida de la carrera presidencial de 1938. Sin embargo, la dirección de Arciniegas sería efímera, pues la cedió a Roberto García-Peña cuando fue llamado a ser parte del gobierno, asumiendo primero la embajada en Argentina y más tarde la cartera de educación durante el último año de presidencia de Eduardo Santos. Tal es la relación entre Santos y Arciniegas

que Vallejo (2024) pone al escrivore como un *alter ego* del presidente: “Arciniegas, una especie de *alter ego* de Santos, fungía de asesor allende las fronteras desde años atrás” (p. 120).

La última parte de su libro la dedica Vallejo (2024) a analizar la parte íntima o privada de Eduardo Santos. En ella, parte la autora de los cometarios que sobre Santos hace la historiadora Kathleen Romoli —“Tiene una calidad humana de nobleza y una inflexibilidad moral que se inclina más a las humanidades que a las urnas electorales” (p. 163); “El influjo que su personalidad ejerce nada tiene que ver con exterioridades: el doctor Santos es una persona calma, de altura mediana, ni rubio ni negro, bien vestido de una manera sencilla” (p. 164)— y Gustavo Santos —“Ese personaje, por ser detestado sin causa ni razón, es el más bueno, generoso, noble y patriota de los hombres. Todos sus actos fueron dignos de respeto, tanto en su vida pública como en la privada” (p. 164)— para mostrar una faceta del político liberal como consejero y mecenas al que acudían familiares y amigos en busca de auxilio económico o de alguna colocación.

Vallejo (2024) pone en primer plano las consecuencias de la leyenda que circulaba alrededor de la supuesta riqueza de Santos, las cuales representaban peticiones, “unas 700 cartas”, de todo tipo. “Aunque no todo era plata”, más que a su riqueza, debido a su influencia “les consiguen empleos a los parientes, a los conocidos y hasta a los lagartos que lo atosigan (para quitárselos de encima)” (p. 167). Una frase de Vallejo (2024) serviría para sintetizar eso que de Santos dice su hermano, a saber “Jamás le importó el dinero, lo distribuye a manos llenas entre los necesitados” (p. 164): que tiene un “espíritu dadivoso” (p. 169). Además del dadivoso, Vallejo (2024) reconstruye al Santos que se trasluce en sus cartas como un hombre sosegado que disfruta de la intimidad. Amoroso de su esposa Lorenza, mesurado en cuanto a las reuniones que hacía en su casa o su finca, aficionado a viajar y a la literatura.

De los epistolarios analizados por Vallejo (2024), resulta sumamente interesante el de Santos con Gabriela Mistral, tanto por la autoridad y respeto que ese nombre representa para las letras americanas, como por ser de los pocos que se conservan con una mujer. De las palabras que Vallejo (2024) trae a colación de Mistral, resultan interesantes las que se refieren a la personalidad de Santos y su consideración sobre *El Tiempo*, diario con el cual colaboró:

De paso encomia la calidad del periódico y en particular del suplemento dominical, “cosa no rara en un país letrado”; “pero sobre todo el diario tiene un tono de dignidad y mesura muy bien logrado. Lo segundo es extraordinario en países de prensa violenta que son los

nuestros. Me da satisfacción y un pequeño orgullo escribir en una publicación con esas normas, y se lo digo sin ninguna intención de halagarlo”. (p. 198).

Partiendo de esta consideración de Mistral sobre *El Tiempo*, no es de extrañar la colaboración de Mariano Picón Salas con el periódico de Santos, pues sin duda, los valores o “normas” señaladas por Mistral, son compartidas por Picón Salas. Del propietario del diario, benefactor en momentos difíciles y amigo, dice Mistral:

“Hombre pequeño y moreno, que podría ser un mediterráneo de España o de Italia; pero sin ningún Levante en la manera, ni gesticulación ni garganta enfática; formado moralmente como para corregir el prejuicio de que quien viene del trópico ha de traer ademanes calientes. La sencillez de la vestimenta, que no está de fiesta ni en las fiestas, es la que parece dar a los industriales el contacto con la máquina, más simple mientras más perfecta, sencillez a lo Ford, por ejemplo. La conversación, también sin metáfora ecuatorial, un organismo que sirve para comunicar y no para redondear abullonados, y que sirve para decir las cosas en derechura de vía noble de la buena ruta que llamamos allá ‘camino reales’. La formación francesa —en este país se educó— le ha dado esta seguridad y esta sobriedad de la expresión, pero el criollismo americano se la moja de esa cordialidad nuestra, que cuando es sincera se vuelve la más linda de las cualidades humanas”. (Vallejo, 2024, p. 197)

Tal es el talante del intelectual que le abrió a Mariano Picón Salas las puertas de Colombia. Si bien es de suponer que Picón Salas conoció a Eduardo Santos por intermedio de Arciniegas, en una entrevista concedida a Carlos Mahecha Gómez (1947) con motivo del arribo al país por su nombramiento como Embajador de Venezuela en Bogotá en 1947, le deja saber al periodista que su primera visita a Bogotá se da por una invitación, junto a José Rafael Pocaterra, que les hace Santos. De la entrevista trataremos en la tercera parte, de la primera visita de Picón Salas a Bogotá trataremos más adelante.

Lastimosamente, las cartas entre Mariano Picón Salas y Eduardo Santos publicadas se reducen a dos epístolas que dirige el colombiano al intelectual venezolano, cada una con 10 años de diferencia —la primera de 1950 y la segunda de 1960—. Las cartas publicadas, sin embargo, permiten intuir que la relación epistolar era de vieja data. Replicando la queja, lastimosamente en el archivo de Eduardo Santos en custodia de la Biblioteca Luis Ángel Arango no se registraron más cartas. Sin embargo, una de estas cartas vale como fuente primordial para entender la relación entre

ambos intelectuales, los teje manejes de la política colombiana y la significación de Santos como persona influyente en el ámbito internacional.

La primera carta, fechada en Bogotá el 23 de octubre de 1950, y dirigida a Columbia University, Casa Hispánica, Nueva York, donde se encontraba Mariano Picón Salas a cargo de los cursos de Fundamentos de la cultura hispánica y Literatura chilena por intermediación de Federico de Onís, comienza con la fórmula “Mi querido e ilustre amigo”. En ella se disculpa con el venezolano, por lo que es de suponer, la tardanza de Santos en responder a dos cartas de Picón Salas. La disculpa muestra la estima del político colombiano por el intelectual venezolano:

Debe tener usted el peor concepto de mí, que será el más justo y el más injusto. El más justo porque, aparentemente, es imperdonable el hecho de que no haya contestado yo sus amabilísimas cartas y el más injusto si usted cree que ello se debe a indiferencia mía o a que no aprecio como es debido una amistad como la suya. Créame usted, mi querido Mariano, que pocos seres lo admiran y lo estiman tanto como yo y pocos, si alguno, tendrá tan gratos recuerdos de usted como los que yo conservo. (Picón, D., 2004, p. 247)

Las excusas que da el exmandatario colombiano a Picón Salas son, primero, por haber estado en uno de sus tantos viajes por Europa, y que al regresar estuvo enfermo por una gripe, segundo, por la dedicación a asuntos políticos del país en que se iniciaba el gobierno de Laureano Gómez. “Oscuros tiempos” los llama Santos.

Por la respuesta de Santos, es de intuir que una de las cartas de Picón Salas al exmandatario fuese con el objetivo de solicitarle que intercediese por él ante Alberto Lleras Camargo, quien para la fecha era el secretario general de la Organización de los Estados Americanos —siendo el primero dado el papel decisivo que jugó en la conformación de dicho organismo—, para que lo considerase en el puesto de director del Departamento de Asuntos Culturales de la Unión Panamericana en remplazo del importante historiador peruano Jorge Basadre, quien dejó vacante el cargo en 1950. De esta manera, cae Picón Salas en la tendencia señalada por Vallejo (2024) sobre la forma en que se acercaban los allegados de Santos a solicitarle algún favor. Sorprende de la respuesta dos cosas, la noticia de la posible relación de Picón Salas con el primer Lleras, y el distanciamiento de este con Santos:

Con mucha pena, y de la manera más confidencial e íntima, le diré que no me resuelvo a escribir a Lleras sobre ese asunto. Primero, porque es completamente innecesario. Lleras lo

conoce a usted, sabe lo que usted es y representa en América, sabe que nadie podría ocupar más dignamente que usted el puesto que deja Basadre. Yo no le diría nada que él no sepa tanto como yo y, segundo, porque hace casi un año que carezco de noticias de Lleras. En toda esta inmensa tragedia nuestra, en que me ha tocado asumir ciertos papeles, no he recibido ni siquiera una tarjeta de año nuevo de él. Tengo para mí que nadie tiene tanto derecho para hablar como el presidente liberal que entregó el poder a Ospina Pérez; seguramente él no lo ha creído así y ha resuelto mantenerse en un apartamiento total. Yo no he creído que me corresponda romper su silencio con comunicación ninguna. Créame usted sin embargo que si yo hubiera creído conveniente o necesario hacerlo en su caso no habría vacilado un momento, pero le repito que tengo la convicción de que nada podría favorecer los propósitos de usted una carta mía, en ningún sentido. (Picón, D., 2004, p. 248)

Como alguna noticia sobre la relación de Picón Salas con Lleras Camargo se encuentra un almuerzo que el entonces canciller de Colombia organizó en honor de este y de José Rafael Pocaterra en 1945. Ahondando en lo innecesario de su intermediación para la consecución del puesto mencionado, le recuerda Santos a Picón Salas en lo que resultaron las gestiones en favor de Rómulo Gallegos para que se le concediese al gran escritor venezolano el Premio Nobel. Las declaraciones de Santos resultan una joya que vale la pena investigar dentro de la historia intelectual. Como buen analista político, relaciona Santos la credibilidad de los intelectuales latinoamericanos en el marco de la bancarrota democrática generalizada en el continente:

Ya vió que no pararon en nada nuestras esperanzas de que se diera el premio Nóbel a Gallegos. Hubiera sido muy justo y, además, ello habría tenido una resonancia muy especial. Temo que fuera eso, precisamente, lo que hizo fracasar la candidatura. Mis últimas noticias fueron el duelo entre Benedetto Croce y Winston Churchill. Pueda ser que en el futuro corramos mejor fortuna, aunque le confieso que siento —como se siente la humedad o sequedad del ambiente— que el prestigio de la América Latina está hoy más bajo que nunca y que de esta baja somos víctimas todos los que nacimos por estas tierras, porque la verdad es que no hay nada más triste que el panorama político de este continente.

No quiero quitarle más tiempo. Me encantaría saber de usted y de su vida. Lo leo siempre con tanto placer como admiración y sólo siento que sean tan escasos los artículos suyos que llegan a mis manos. (Picón, D., 2004, p. 248)

Despidiéndose con la cordialidad propia de la comunicación epistolar, y con los rituales de saludo de y a las consortes de los intelectuales, cierra Santos la carta con un “para usted un abrazo de su amigo”. Sin duda, en una página la carta de Santos nos abre todo un espectro de análisis en la vida del intelectual venezolano. En lo que respecta a la segunda carta, del 2 de junio de 1960, es una respuesta manuscrita de Santos a lo que suponemos es una carta de condolencias de Mariano Picón Salas por la muerte de Lorencita Villegas, fallecida el 25 de marzo de ese año. Intrascendente en términos intelectuales, la carta no hace más que confirmar la amistad entre los intelectuales:

BOGOTÁ, 2 DE JUNIO 1960

Querido Mariano, para usted y su señora los más hondos agradecimientos por su cable y su emocionado recuerdo de Lorencita. Ustedes que nos conocieron y supieron lo que fue ella para mí —a decir verdad, casi todo— podrán medir la magnitud de mi infortunio.

Me ha conmovido grandemente la manera como mis amigos venezolanos han querido compartir mi pena, en forma tan cariñosa y noble. Ese es para mí un nuevo lado que me une más y más a una tierra que como a la propia tierra mía quiero.

Una vez más, mil gracias. Les deseo el mayor bienestar y las mejores cosas. Su amigo afectísimo

Eduardo Santos. (Picón, D., 2004, p. 249)

Las fuentes nos confirman la cercanía del propietario de *El Tiempo* con Mariano Picón Salas. En la otra dirección de la relación, de parte de Mariano Picón Salas, encontramos una manifestación del sentimiento hacia Eduardo Santos en uno de los libros que el intelectual venezolano le regaló al expresidente. Dentro de los libros donados por Eduardo Santos a la biblioteca de la Academia Colombiana de Historia, que hoy lleva su nombre, encontramos un ejemplar de la segunda edición —corregida y ampliada de 1950—, de *De la Conquista a la Independencia* —para muchos *magnum opus* de Picón Salas— con una dedicatoria firmada de su puño y letra. Esta dedicatoria reza: “Al Dr. Eduardo Santos, con la admiración, la gratitud y el afecto de / (Fdo.) M. Picón Salas”. De esta manera, se viene a confirmar también una de las conclusiones de Vallejo a partir del análisis de las cartas de Santos, a saber, “Que sus amigos dilectos eran intelectuales de amplia cultura como él” (p. 25).

Sobre la colaboración de Picón Salas en *El Tiempo*, diario en el que publicó al menos 73 ensayos, es más dicente la correspondencia con Roberto García-Peña, “Áyax”, eterno director del periódico. Si bien Eduardo Santos, sus hermanos y Germán Arciniegas representan la plana mayor que le dio el prestigio e importancia al diario liberal, con el tiempo García-Peña se convirtió en una de esas figuras trascendentales dentro de *El Tiempo*, el cual comenzó a dirigir con tan solo 29 años.³² Tal importancia se debe, no solo por haber sacado adelante al diario durante los cruciales años en que fue su director (1 de abril de 1939-17 de julio de 1981), en que le tocó, además, enfrentar la censura que comenzó a imponerse en el país con el fin de la república Liberal, sino también por haberse convertido en una figura socio-política nacional por sus editoriales en el diario y su columna dominical llamada “Rastro de los Hechos”. Quizá sea su actuación ante Rojas Pinilla la que mayor reconocimiento le ha logrado, pues su negativa a cumplir el capricho del militar de publicar una retractación y disculpa con el jefe de Estado en reiteradas ediciones, que llevó a la clausura del periódico, lo ubicaron como adalid de la libertad de prensa.

Justamente en la compilación que hace el sacerdote-historiador Rafael Gómez Hoyos³³ de la columna de Roberto García-Peña, que titula igualmente *Rastro de los Hechos* (1970) —para las Ediciones de la Revista Ximénez de Quesada, Ministerio de Educación Nacional, Biblioteca del Instituto Colombiano de Cultura Hispánica—, se ofrece un perfil interesante, aunque con un enfoque cristiano, del periodista de *El Tiempo*. En el prólogo a la compilación, orquestada por el Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, traza Rafael Gómez Hoyos (1970) una consideración íntima que va a tono con las consideraciones sobre los autores colombianos aquí presentado:

Seméjase a su prosa: elegante y medido, pulcro y señorial. Su estampa de hidalgo castellano guarda el aspecto —ojeroso y pálido— del viejo poeta romántico que lleva al viento su cabello largo y ensortijado, consumido de vigiliyas y abrumado de fantasías. Pero quien ofrece la apariencia de ser huésped permanente de regiones inconcretas y luminosas, sorprende a la vez por el realismo con que enfoca y critica —hace cuarenta años— el diario acontecer en su patria y en el mundo.

³² Sobre la sucesión de Arciniegas en la dirección de *El Tiempo*, valga reproducir una nota al pie de Vallejo (2024): “En febrero de 1939, Germán Arciniegas le propuso a ‘Pacho’ Umaña Bernal la dirección de *El Tiempo*, y este la rechazó porque no estaba hecho para la lucha política y porque su precario sistema nervioso no aguantaría el trajín de la dirección. Sí aceptó Roberto García-Peña, que ejercería este cargo por más de cuarenta años” (p. 44).

³³ Cosa interesante, para esta misma colección Rafael Gómez Hoyos hace una compilación del político liberal lopista Darío Echandía titulada *Humanismo y técnica* (1969).

Roberto García-Peña es un caso extraño en el campo del periodismo. Su poderosa vocación de autodidacto que se perfila desde la infancia, le ha hecho superar todas las tentaciones —misticismo religioso, bohemia, política, poder público, poesía— que hubieran podido frustrar su claro destino. Después de haber colaborado en diversos diarios del país, echó raíces en *El Tiempo*, al cual se había vinculado en 1929. Y desde 1939 —gracias a la clarividencia de su fundador y propietario Eduardo Santos, con quien se ha identificado plenamente— dirige esta alta tribuna de la prensa americana con fervorosa consagración, vigor intelectual y valor civil difícilmente ponderables. (p. 7)

En dicho prólogo, Gómez Hoyos (1970) le reconoce a García-Peña la responsabilidad de haber mantenido a flote *El Tiempo* durante más de 40 años, con todo y los momentos políticos más álgidos del país para la libertad de prensa. Cosa valiosa del análisis de Gómez Hoyos (1970) sobre el editor de *El Tiempo*, es considerarlo en su relación con el público. Esto es imprescindible dentro de las consideraciones de los hombres que ocupan un lugar preponderante en aquellas tribunas que los acercan, como a nadie, a las personas. La opinión deja de ser privada, a veces la vida misma, y lo que se dice comienza a pasar por el filtro de lo que eso signifique para aquellas personas que consideran a una personalidad como la voz de un sector o grupo social. Valga extender el interminable debate de la responsabilidad social del artista a la responsabilidad social del periodista.

Existen hombres —decía Mauriac— que no pueden escribir sin dar expresión al propio tormento de sus almas. García-Peña pertenece a este género de humanidad. El hombre ya no escribe solamente para sí, sino que se entrega, en honor del público, a amplificaciones y transposiciones de su propia historia, enriqueciéndola con aportaciones exteriores y desarrollando su oculta virtualidad. El escritor se universaliza y se hace intérprete de lo humano, a medida que su obra se purifica y decanta, segrega impureza y se limpia de todo elemento accidental. (p. 9)

Bien puede encarnar García-Peña el arquetipo del intelectual-periodista, aquel que se ocupa de lo cotidiano sin dejar de prestar atención a lo histórico y lo trascendental; aquel intelectual, que a diferencia de un Santos o un Arciniegas, no busca la presidencia o la cátedra, no tiene hechura de político o maestro, y que por eso mismo su trabajo es más constante y arduo. Es el intelectual que dirige en las sombras una de las dimensiones más importante pero menos claras de la sociedad: la

opinión pública; al tiempo que sirve de director de orquesta para que otros intelectuales toquen sus solos y desplieguen sus talentos. Esta consideración puede ser extrapolada a la del editor nato, aquel que está tras bambalinas de los grandes libros y los grandes autores. Figura notable y que encarna el arquetipo puede ser Arnaldo Orfila Reynal.

Propio de este tipo de intelectuales es el reconocimiento tardío a su labor. Es decir, no tiene el intelectual-periodista, ni el editor, la gloria temprana del escritor, a quien muchas veces se le da el calificativo de genio, que a temprana edad publica un libro bien recibido por la crítica y que le augura la gloria, sino más bien el reconocimiento histórico que da forjarse un nombre, que cuando es tenido en cuenta, contiene ya un sinnúmero de méritos. En el caso de Roberto García-Peña se encuentran múltiples palabras elogiosas ya hacia el final de su gestión al frente de *El Tiempo*. Así, para ejemplificar el asunto, en 1976 se le otorga el Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar. Enhorabuena a este premio, se suma el reconocimiento de Armando Morales Benítez (1976), hermano de Otto Morales Benítez,³⁴ en las páginas del Semanario Liberal *Consigna*, de Jorge Mario Eastman Vélez, bajo el título “Un gran colombiano: Roberto García-Peña”. Las palabras de Armando Morales Benítez están marcadas por un tono partidista línea a línea:

Don Roberto García Peña, a quien, con merecimientos inigualables se le acaba de otorgar el premio “Simón Bolívar” de periodismo, es uno de los varones más excelsos, de más destacada estatura moral que tiene la república. Su vida de escritor y de periodista ha estado siempre inspirada en la conveniencia de las cosas de la nacionalidad, de nuestro desenvolvimiento económico y social y en la lealtad y fidelidad a los principios liberales que nosotros compartimos con inspiración y solidaridad invariables. (p. 7)

Otro medio liberal, esta vez *Nueva Frontera* de Carlos Lleras Restrepo, rinde honores al periodista, en un artículo de Luis Carlos Galán titulado “La tarea de Roberto García-Peña”, a propósito del retiro del cargo de director de *El Tiempo*. En el artículo afirma Galán (1981):

Desde hace cincuenta años “El Tiempo” y García-Peña son una misma cosa y si ese periódico ha sido una de las principales columnas del sistema político, económico y social

³⁴ Otto Morales Benítez fue otro de los intelectuales colombianos que estudió y divulgó la obra de Mariano Picón Salas. Se puede rastrear esta influencia en libros como *Latinoamérica: atisbos desde Mérida* (1984), y más exactamente en *Rutas para acercarse a la obra de Mariano Picón Salas* (1996), publicación de la Universidad de los Andes (Venezuela) derivada de la posesión de Morales Benítez como Miembro de la Academia Multidisciplinaria de Mérida en 1995. Este mismo ensayo apareció en el *Boletín de Historia y Antigüedades*, de 1996.

que rige en Colombia, ello en gran medida ha sido obra de Roberto García-Peña. “El Tiempo” llegó a ser, como se dijo hace algunos años, un verdadero Estado dentro del Estado por la inteligencia de su dirección, la autoridad política y moral del doctor Santos y de García-Peña. Sin embargo, ese inmenso poder fue ejercido siempre con nobleza y patriotismo por García-Peña. (p. 6)

Dentro de las palabras elogiosas a García-Peña cuentan también las de Eduardo Camargo Gámez, pronunciadas en el homenaje que le hacen la Fundación Universitaria Los Libertadores y la INPAHU en 1986. Finalmente, cierra los homenajes al periodista el obituario de Jorge Mario Eastman Vélez en su Semanario Liberal *Consigna*. Lo dicho por estas personalidades de la vida nacional y periodística, si bien atravesado por la ideología partidista del liberalismo, vigoroso como partido hasta el también bumangués Serpa, parecen coincidir en señalar a Roberto García-Peña como una figura trascendental e intachable del periodismo colombiano. Cada uno los escritos antes mencionados bien valen la pena si se busca tener una idea de García-Peña; de igual forma, bien valdría la pena hacer una investigación que se ocupe de desenterrar los pecados de este santo del periodismo nacional.

Su cargo como director de *El Tiempo* ubica a García-Peña en dos mundos: el de las letras, en que fue reconocido por la Academia Colombiana de la Lengua, y en el de la administración. Sobre el primer mundo cita Gómez Hoyos (1970) las palabras del poeta Rafael Maya, elogiado tempranamente por Mariano Picón Salas en no. 9 de *Atenea* (1927),³⁵ al referirse a García-Peña. Vale la pena reproducir estas consideraciones:

“Porque García-Peña —dijo entre otras cosas el afamado poeta y crítico— es un tipo de hombre letrado, que ha sabido conciliar la cultura antigua y la moderna, y a quien, por encima de todo, han preocupado los problemas de la civilización humana. Así lo ha demostrado en su célebre columna al comentar, con su habitual lucidez, libros, tendencias o corrientes del pensamiento contemporáneo. Sus páginas críticas sobre poetas y escritores en general, satisfacen por el acertado enfoque de las cuestiones implícitas en dichos autores, y porque revelan gran libertad de criterio que está más allá de todo sectarismo mental”. (p. 16)

³⁵ Picón Salas, M. (1927). Un nuevo gran poeta de Colombia: Rafael Maya. *Atenea*, 9, 328-334.

Sobre asuntos más administrativos, que en la dirección de un periódico como *El Tiempo* se deben multiplicar a cada minuto, quizá el más trascendental sea el que comenta Vallejo (2024) en el libro ampliamente comentado. Al referirse a la dadivosidad de Santos y al papel que cumplía su primo Luis Castro Montejo en la administración de las finanzas del líder liberal, comenta: “Él — Castro Montejo— y Roberto García-Peña eran los encargados de mandarle dinero al exterior, que en buena parte repartía a propios y extraños. Aunque costosa, era su manera de darse gusto” (p. 166). El asunto, que bien puede parecer una banalidad, se torna importante si se tiene en cuenta que para que un diario se sostenga durante tantos años en lo más alto del periodismo, no es solamente necesario cuidar lo que se publica, sino también cómo se administra, siendo las finanzas un asunto neurálgico. Tanta es la importancia de Santos y la forma en que se manejó *El Tiempo*, que fue gracias al político y al diario que se pudo mantener a flote, además de alcanzar una visibilidad nacional y no solo regional, ese otro gran medio de la vida pública colombiana que es *El Espectador*.

Así, la cercanía de Roberto García-Peña con Santos y su papel en la consolidación de *El Tiempo*, es innegable. Ahora, también adhiere García-Peña, según palabras de Gómez Hoyos (1970), a los ideales políticos sustentados por el diario y su propietario:

Claro que García-Peña es un escritor comprometido, en el sentido general del término, o sea de aceptar que la época y el oficio tienen ciertas exigencias y que es imposible sustraerse a su conocimiento y adhesión. Comprometido, además, con su partido y sus ideas directrices. Porque creer es comprometerse. Y él cree ciegamente en las fuerzas impulsoras de las viejas ideologías de Occidente, en la democracia republicana, la igualdad política y la libertad en su más amplia acepción. Por más que a muchos hoy puedan parecer estas ideas anacrónicas o caducas, frente a los reclamos de una nivelación o igualitarismo económicos, social y cultural de la humanidad contemporánea. (p. 19)

Las palabras de Gómez Hoyos (1970) sobre García-Peña recuerdan las ya citadas de Picón Salas sobre sí mismo en cuanto a su orientación política. Con este perfil del periodista colombiano, volvemos al quid de la cuestión de las relaciones de Mariano Picón Salas con los intelectuales liberales en el período denominado la República Liberal.

Si bien el liberalismo de un Santos, Arciniegas o García-Peña —y de los políticos e intelectuales colombianos en general— tiene una historia y una tradición que evoca a Santander, y

que se ha desarrollado en el marco de una república democrática (electoral y representativa) y civil, este marca una diferencia importante con las tradiciones militares de Venezuela, y por tanto de un desarrollo republicano alejado de los principios franco-estadounidenses. Para el momento en que muere Juan Vicente Gómez había una adopción de diferentes ideologías y una historia de luchas y resistencias que permitían el dialogo entre los intelectuales venezolanos enemigos del cesarismo democrático con los intelectuales que representaban la idea de libertad en otros países latinoamericanos. Este diálogo se representaba también en apoyos y alianzas intelectuales, culturales, ideológicas y políticas, por lo que vale plantear que para Mariano Picón Salas *El Tiempo* representaba su mejor aliado en Colombia.

En específico, *El Tiempo* se convierte en el mejor aliado de Mariano Picón Salas mientras este cumple con su misión diplomática como embajador de Venezuela en Colombia en el turbulento año de 1948. Este periódico se convierte en la mejor tribuna para que el diplomático genere opinión favorable sobre su país, promocióne sus apuestas socioculturales y se defiende de los ataques de la prensa conservadora como *El Siglo*. Aunque de esto trataremos más adelante, en el tercer apartado, es importante mencionarlo ya que de las ocho cartas cruzadas entre Mariano Picón Salas y Roberto García-Peña, publicadas en el segundo tomo de *Mariano Picón-Salas y sus amigos* (2004), las dos primeras datan justamente de 1948.

En la primera de estas cartas, fechada del 9 de febrero de 1948, Roberto García-Peña en tono cordial, pues se refiere al intelectual venezolano como “Mi querido Mariano”, le informa su intención de hablar con él con el fin de expresarle sus dificultades para viajar a Caracas debido a las condiciones políticas del país. Allí se deja notar su relación con la cultura venezolana: “No pierdo sin embargo la esperanza de ir algún día más tarde a visitar a mis excelentes amigos venezolanos”. Además de estos afectos venezolanos, también se trasluce en las palabras de García-Peña su cercanía a Rómulo Betancourt: “Te ruego encarecidamente excusarme ante el presidente Betancourt y exprésale el motivo de mi determinación” (Picón, D., 2004, p. 181). El hecho de fondo es que al parecer Mariano Picón Salas está próximo a viajar a Caracas, y por la fecha de la carta y su contenido se puede determinar que se trata del retorno a Venezuela para la posesión de Rómulo Gallegos el 15 de febrero de ese año. Puede ser que Roberto García-Peña hubiese sido invitado a la posesión. Lo cierto es que *El Tiempo* realizó un cubrimiento que título en la primera plana del 16 de febrero de 1948: “Cómo fue la posesión de Rómulo Gallegos”. Dentro de este

cubrimiento destaca el reportaje de su corresponsal especial Gonzalo Canal Ramírez, en el cual se ofrecen unas palabras que Gallegos brinda a *El Tiempo*:

Transmita mi admiración por Colombia, mi simpatía por ese pueblo que ha sido y es la portada democrática de América y mi decisión irrevocable de que mientras yo sea presidente de Venezuela las relaciones de los dos países girarán siempre sobre un eje inalterable de amistad. (Canal, 16 de febrero de 1947, p. 1)

En el reportaje de Canal también se menciona el papel que Germán Arciniegas cumplió en el evento, pues como lo indica: “A petición de todos los circunstantes tomó luego la palabra Germán Arciniegas, para enaltecer el significado venezolano o americano del hecho de que sea Gallegos el primer novelista venezolano al llegar al poder” (Canal, 16 de febrero de 1947, p. 13). La presencia de Arciniegas en el evento explica la solicitud que le hace García-Peña a Mariano Picón Salas como un favor, y es hacerle llegar a Germán Arciniegas un paquete con ejemplares de la *Revista de América*.

La invitación hecha a Arciniegas a la posesión de Rómulo Gallegos fue hecha por el mismo ministro de relaciones exteriores de Venezuela, Gonzalo Barrios. Así consta en un telegrama que se encuentra en el Archivo de German Arciniegas en la Biblioteca Nacional de Colombia, del 14 de enero de 1948. Valga citar las palabras de Arciniegas como muestra de lo que significan las relaciones colombo-venezolanas:

Es la primera vez que Venezuela elige a un hombre de letras para que la guíe, confiada solamente en la potencia de su espíritu. En Rómulo Gallegos la vieja disputa cervantina sobre las armas y las letras ha tenido una feliz solución porque Gallegos está probando que las letras son el punto de contacto entre la inteligencia y la vida. Sus novelas no son pliego de papel sino girón de humanidad. Ya no hay derecho a dudar de la inteligencia. (Canal, 16 de febrero de 1947, p. 13)

La carta de Roberto García-Peña a Mariano Picón Salas termina con las cordialidades “Te abrazo cordialmente y te desea un viaje feliz tu amigo que de veras te estima, / Roberto García Peña” (Picón, D., 2004, p. 181). Las palabras del periodista colombiano permiten intuir la amistad con el intelectual venezolano, aunque a diferencia de Santos y Arciniegas no revelan la misma intimidad. En general las cartas de García-Peña a Mariano Picón Salas tienen en común que no sobrepasan una cuartilla y son directas sobre el asunto a tratar.

La segunda carta del mismo año es una de las más relevantes del epistolario, además de ser la única registrada en la dirección Mariano Picón Salas / Roberto García-Peña. Fechada del 10 de septiembre de 1948, esta carta tiene una doble finalidad y se relaciona directamente con el siguiente apartado. Durante la misión diplomática de Mariano Picón Salas en Colombia, la opinión sobre el gobierno venezolano en el público del país se vio comprometida en diferentes ocasiones a raíz de una campaña de periodismo sucio que inició el diario *El Siglo* de Laureano Gómez. Tenía Laureano Gómez el objetivo de buscarse un lugar en la política como único líder del partido conservador. Desde antes de asumir la presidencia, se intuía el objetivo de Laureano Gómez por dar rienda a su autoritarismo a partir de un proto-anticomunismo. Podría decirse que Venezuela se convirtió en el chivo expiatorio del conservatismo, cuestión que atañía directamente a Mariano Picón Salas como representante de su país en Colombia. Dentro de esta disputa mediática, como se advirtió, *El Tiempo* y su director Roberto García-Peña se convirtieron en el mejor aliado del embajador. Es por esto por lo que la carta en cuestión, que se convirtió en una carta pública que apareció en la edición de *El Tiempo* del día siguiente, sirvió como estrategia mediática para limpiar el nombre de Venezuela dentro de la opinión pública colombiana. Es por ello que la carta está escrita en un tono intermedio entre la cordialidad y el afecto, muy parecida a la antes enviada por García-Peña. Sin embargo, siendo la única de Picón Salas que se recoge en el epistolario, no queda muy claro los afectos del intelectual venezolano por el periodista. Dada la relevancia, citamos la carta *in extenso*:

BOGOTÁ, SEPTIEMBRE 10 DE 1948

Señor Don Roberto García-Peña

Director de “El Tiempo”

Ciudad

Querido Roberto:

Te doy las más cordiales gracias por las palabras de alta solvencia y generosidad que “El Tiempo” ha dedicado a Venezuela en los últimos días. Con la autoridad intelectual y moral de ese gran diario, ellas refutan una vez más a aquellas gentes o papeles que siembran contra la amistad colombo-venezolana su pequeño almacigo de sospechas. Nada de eso puede prevalecer contra el claro entendimiento de ambas naciones cuyos hombres de Estado e intelectuales interpretan hoy el histórico mandato de fraternidad de nuestros países. Tú has estado varias veces en Venezuela y eres testigo de cómo entre nosotros se quiere y respeta a Colombia. Puedes afirmar también —y ya lo has hecho en forma

esclarecida— cómo el fundamental propósito de nuestro país es crecer y desarrollarse en la comunidad pacífica de las naciones americanas. Somos hoy tierra de paz y concordia. Nuestro deseo de cultura y tecnificación no nos deja tiempo para pequeñas intrigas y chismecillos internos o exteriores. Tenemos la conciencia serena de lo que podemos ser y de cómo estamos desarrollándonos, y el mandato de los próceres no es para nosotros letra muerta ni vano narcisismo retórico, sino compromiso de fraternidad y cooperación con todos los pueblos de América. Por eso, ni siquiera nos altera el comentario sospechoso que como pequeña y efímera cizaña puede brotar, también, entre los buenos frutos y realizaciones de nuestra amistad colombo-venezolana. Quienes están ciegos verán y los sordos escucharán, es promesa del Evangelio. Los barcos de la común bandera heroica que surcan nuestros mares; la coordinación de caminos y transportes que actualmente se planifica, las crecientes relaciones comerciales, el intercambio de profesores, intelectuales y periodistas comprueban mucho más sobre semejante entendimiento y fraternidad sincera, que la episódica palabra de alguno que amaneció con la digestión turbada. Y adelante vamos por ese camino de la nueva América que aspira a ofrecer concordia y esperanza a todos los hombres.

Te abraza muy afectuosamente,

Mariano Picón Salas. (Picón, D., 2004, p. 183)

Las siguientes cartas de Roberto García-Peña brindan información sobre los asuntos prácticos que son parte natural de los epistolarios y de las relaciones intelectuales. En primer lugar, en carta fechada del 14 de junio de 1950, le escribe García-Peña a Picón Salas unas pocas líneas en las cuales destaca la solicitud de nuevas colaboraciones: “Querido Mariano: / Me complace mucho saber que estás en Nueva York. Ojalá pronto tenga nuevas colaboraciones tuyas. / Con mis mejores recuerdos para Beatriz acepta un cordial saludos de tu affmo. Roberto García-Peña” (Picón, D., 2004, p. 184). Si se observa la Tabla 1 se encuentra que para el año de 1950 se encuentran doce colaboraciones en *El Tiempo*.

Estas colaboraciones, justamente, se las agradece García-Peña a Mariano Picón en carta del 9 de diciembre del mismo año. Además de este agradecimiento, García-Peña discurre en otros dos asuntos. El primero, suena a una queja política en ese año que Laureano Gómez asume el poder y se aguza la censura: “Nuestra situación sigue como siempre, mala. Crees tú que en Venezuela haya

alguna ceja de luz? De Rómulo recibí una carta muy optimista. Yo francamente no la veo” (Picón, D., 2004, p. 185). El segundo asunto, es de nuevo un favor que le solicita García-Peña a Picón Salas, esta vez, más personal. Se trata de una recomendación para acomodar a su hija, Maryluz, en un colegio durante tres meses para practicar su inglés. De esta carta, resulta importante, sobre todo, la posdata: “P.D. A fines de Diciembre haremos el giro de tus colaboraciones”. Resulta sobre todo importante porque muestra una faceta que poco se ha explorado del trabajo intelectual y tiene que ver con el salario o la remuneración. Información sobre este asunto, junto con la concreción del viaje de la hija de García-Peña a Estados Unidos, tenemos en la siguiente carta, del 10 de enero de 1951:

Mi querido Mariano:

El próximo domingo saldrá Maryluz para New York. Ella procurará conectarse contigo al día siguiente de su llegada para saber sobre la posibilidad de su ingreso al Bernard College. Vuelvo a agradecerte todo lo que tanto tú como Beatriz puedan hacer a favor de mi hija.

Te abraza cariñosamente

Roberto

P.D. Espero que hayas recibido ya un giro de US\$ 192,00 que me dicen de la Administración.

Fue ordenado como pago de tus colaboraciones hasta Diciembre/50. (Picón, D., 2004, p. 186-187).

Estas cartas de Roberto García-Peña, como se planteó, muestran la relación práctica entre Mariano Picón Salas y *El Tiempo*. En carta del 28 de enero de 1953, por ejemplo, le agradece por el artículo sobre Martí publicado tres días antes. Es de notar que el ensayo en cuestión, “Arte y Virtud en José Martí”, fue el texto preparado para el Congreso de Escritores Martianos, realizado en La Habana en febrero 20 al 27 de 1953. Según la carta, esta colaboración significaba una reanudación en la colaboración de Mariano Picón Salas con el diario. Finalmente, le solicita García-Peña a Picón Salas alguna indicación para un buen corresponsal de *El Tiempo* en Caracas.

La siguiente carta, del 3 de septiembre de 1955, es una respuesta a una “generosa carta del 26 de agosto”. El tema de este intercambio no era otro que la solidaridad del intelectual venezolano

con el diario ante la clausura decretada por Rojas Pinilla: “Nuestra situación sigue sin modificarse. Al parecer la decisión del dictador es irrevocable. Pero en medio de nuestro drama nos alientan y satisfacen adhesiones para nosotros tan valiosas como la tuya” (Picón, D., 2004, pp. 188-189). Finalmente, la última carta registrada, de abril de 1963, es una carta de afecto en la que García-Peña extiende sus consideraciones a Picón Salas por su estado de salud:

Señor

Mariano Picón Salas

México, D.F.

Querido Mariano:

Por noticias del cable me he enterado de los percances de salud que te han afligido y que muy de veras deploro. Además he visto que también Beatriz tuvo que someterse a intervención quirúrgica. Ojalá todas estas dificultades hayan sido superadas para alegría de los amigos que tan sinceramente te queremos.

Te envió una noticia que publicamos con motivo de tu primera enfermedad.

Con mis mejores deseos porque todo siga bien y mis cordiales recuerdos para Beatriz, te abraza con invariable amistad y afecto,

Roberto García-Peña. (Picón, D., 2004, p. 189-190)

A la muerte de Mariano Picón Salas, ocurrida el 1 de enero de 1965, Roberto García-Peña le rinde un homenaje en su editorial y en su columna dominical “Rastro de los Hechos”. En edición del domingo 3 de enero de 1965 aparece en primera página de *El Tiempo*, primera columna superior, el obituario “Murió Mariano Picón Salas” precedido de una fotografía. En la misma edición, García-Peña en su editorial se refiere a este maestro de América como “Un Eminente Americano”, así titula una de las secciones del editorial. Allí, se despacha en las más generosas palabras:

Mariano Picón Salas no buscó nunca ser un hombre ejemplar. Y lo fue, en todos los matices de su humana condición admirable. Escritor, alto escritor, entre los escritores. Luchador de los que luchan. Hombre en sus mejores calidades personales. Sencillo, afable; orgulloso sin vanidad ninguna. Nunca de pontífice, ni de varón perfecto; ni ejemplo, ni arquetipo, a la espera del homenaje de las gentes. Pegado a su tierra, conocedor de todos los caminos del

mundo; de las noches de la angustia; y del sol largo del triunfo bien logrado. Amigo de sus amigos; indiferente y desdénoso ante los que lo miraban de lejos. Su nombre, de hombre y de escritor, dominaba, hace años, el ámbito de su patria venezolana, que él amó y defendió con tan celoso desvelo. Y fue un escritor de América; sin fronteras, ni en las comarcas de la inteligencia, ni en el desvelado luchar por una vida mejor para nuestros pueblos. Por eso hoy, con su muerte, hay un ancho y angustioso vacío en el corazón de sus amigos, y en la esperanza de los nuestro-americanos.

Ha prescrito el diálogo con Mariano Picón Salas que venía de tantos lustros atrás; y se aleja cuando “todavía hay sol en las bardas”. Pronto llegó para Picón Salas “ese desaprender y olvidar que es el morir”, como dijo él mismo, hace años, en el último, y acaso el más completo de sus libros.

Qué estilo de escritor tan claro, y terso, y transparente el suyo. Qué aguzada y vibrante sensibilidad; qué entregar generoso en sus cuartillas de escritor y de periodista profesional, lo mejor, lo más cuidado y armonioso de su espíritu. Y no haber querido ser nunca sino escritor; ensayista; autor de gloriosas historias; memorialista de su patria, la heroica Venezuela. Alistado siempre en las mejores luchas; desdénoso del éxito, de la riqueza, del ascenso político o social; del llegar a más. Desde su infancia de Mérida, y su juventud de estudiante revolucionario, Mariano Picón Salas proclamaba, en su modo de ser, de pensar, y de sentir, una orgullosa y viril herencia de buena raza, que se enaltece hoy más en el día de su muerte.

Embajador de Venezuela en Colombia —ya embajador personal, antes de las cartas oficiales—, en días venturosos, y que hoy miramos tan de lejos, nos trajo el afecto y la fraternidad venezolanos, y la comprensión humana de dos pueblos que no deben tener, y no tienen, fronteras.

En Venezuela su muerte deja un sitio ilustre. En la literatura americana y española un nombre de elevados perfiles. En sus amigos una honda y desolada emoción. Que viva en la paz de Dios. (García-Peña, 3 de enero de 1965, p. 4)

El dolor intelectual de García-Peña en su editorial, se viene a complementar con el dolor personal que traza en una imagen del recuerdo de Mariano Picón Salas en “Rastro de los Hechos”:

En 1935 —veintinueve años por estas épocas— conocimos a Mariano Picón Salas en Santiago de Chile. Allí profesaba en su Universidad, como exiliado de la dictadura de Gómez. No nos fue difícil amarrar desde entonces una amistad que los años no debilitaron, sino que acrecieron. Ahora su muerte nos lo trae más cerca al corazón, y el ojeo rápido de sus libros nos devuelve su imagen literaria, de las austeramente egregias de este siglo en la América Latina. Porque Picón Salas fue escritor auténtico, no solo por la tersura de su prosa —tan viva y bella en su “Viaje al Amanecer”— sino por la hondura de su pensamiento, así en las evocaciones históricas como en sus ensayos admirables sobre la realidad americana. Hay páginas tuyas que dirán a las generaciones del futuro la exactitud de nuestro tiempo, y se lo dirán en idioma de transparencias inmarcesibles. Le vemos en su niñez de Mérida oyendo los relatos del “tiempo de Maricastaña” y lo hallamos de nuevo —hombre en el goce de sus excepcionales dones espirituales— en su casa de Caracas, atiborrada de libros, discurriendo sin pedanterías, siempre dueño de sí mismo. Otro día diremos, sin tanta premura, el dolor infinito que su viaje nos deja. AYAX. (García-Peña, 3 de enero de 1965, p. 5)

Adenda. “Le traicionó al fin, definitivamente, el temible corazón”. Dos obituarios dedicados a Mariano Picón Salas en *Lecturas Dominicales*

Además de las anteriores palabras citadas, en las cuales se deja saber el dolor de Roberto García-Peña por la muerte de Mariano Picón Salas, y de unas de Hernando Téllez que más adelante expondremos, *El Tiempo*, esta vez en su suplemento *Lecturas Dominicales*, publicó dos obituarios tras la muerte del intelectual venezolano.

El primero de estos obituarios apareció el 17 de enero de 1965, a pocos días del fallecimiento, con el título “Mariano Picón Salas, un pesimista alegre”. Se trata de las palabras que dedicara el reconocido intelectual y político peruano Luis Alberto Sánchez a la figura de Mariano Picón Salas, con quien había compartido distintos momentos desde hacía más de 30 años. En esta edición de *Lecturas Dominicales* se dedica la primera página a Mariano Picón Salas como homenaje por su muerte, apareciendo en el encabezado del suplemento la leyenda “Dos páginas de Mariano Picón Salas”. Comparten primera página el texto de Sánchez con un extracto de

“Adolescencia” de *Regreso de tres mundos*, con el título “Aquel adolescente, de provinciano dril, sobre un caballo blanco”, y “Tierra y cielo de Mérida” de *Viaje al amanecer*.

Es de registrar que antes del obituario de 1965 se había ocupado Luis Alberto Sánchez de Mariano Picón Salas, trazando algunas líneas de sus relaciones, encuentros y desencuentros, confidencias sociales y políticas, pero, sobre todo, del merecido elogio crítico a la obra del escritor de Mérida. Se trata de una nota en *Lecturas Dominicales* del 16 de mayo de 1954, titulada “Siluetas latinoamericanas. Mariano Picón Salas”.

Volviendo al obituario, las palabras de Sánchez le hacen justicia al finado, pues exalta su dimensión humana, su dimensión intelectual y sobre todo la trascendencia de su obra. Tres asuntos que Mariano Picón Salas se ocupó de cultivar en cada una de las esferas de la inteligencia que delimitan el perímetro de su obra y su vida: la íntima, la estética y la del concepto. Es importante advertir que tanto el perfil de 1954 como el obituario de 1965 son dos documentos sumamente interesantes para el estudio de la vida de Mariano Picón Salas, pues en ellos se dejan saber algunos detalles de intimidad intelectual, de la contradicción que es un intelectual —como sus predicamentos en la acción política a la hora de la muerte de Juan Vicente Gómez o su sospecha hacia Acción Democrática—, pero también de las relaciones Sánchez-Picón Salas y por esa vía Picón Salas-Perú. El capítulo Perú de la biografía intelectual de Mariano Picón Salas —que puede rastrearse, a vuelo de pájaro, desde la escala en Lima que hace el barco en el que va exiliado a Chile, su tesis de licenciatura “Una ciudad colonial americana: Lima a mediados del siglo XVIII”, su temprano viaje a tierras del antiguo Imperio incaico en 1935 y su “Estampas inconclusas de un viaje al Perú”—, presenta tanta riqueza y matices, que resulta casi una urgencia en el estudio del intelectual venezolano.

El homenaje de Luis Alberto Sánchez en *Lecturas Dominicales* comienza por “el temible corazón”. Fueron no pocas las dificultades que le acarreó al intelectual venezolano su problema cardíaco. Luego pasa el peruano a los recuerdos de sus amistades en Chile, para llegar a reconocer los servicios que le prestó Mariano Picón Salas a Venezuela, no sin contradicciones ideológicas y espirituales. Su vida, su fidelidad a sí mismo, lo llevó a convertirse en un referente, el referente que en las líneas de 1954 el mismo Sánchez pedía:

Mariano era blanco y foco: para lo uno de las críticas aviesas, para lo otro de las iniciativas generosas. Todo joven que se iniciaba, debía empezar por dudar de Picón Salas, para acabar

pidiendo un prólogo. Ley de las generaciones que no se ha alterado desde Caín hasta cualquier faldero de nuestros días Mariano también lo experimentó en carne propia. (Sánchez, 1965, p. 2)

Sin embargo, ningún comentario sobre su figura vale por el valor de sus obras, y esto lo reconoce Sánchez (1965) y lo expone de la mejor forma:

Mas todo lo dicho se refiere a su figura vital, no cala en el escritor, en el grande escritor que fue. No he tenido ocasión ahora de repasar sus páginas. Pero, cierro los ojos y veo desfilar el mundo de sus personajes; tapo los oídos para oír las palabras de sus héroes. A todos los envolvió en una atmósfera de sutileza y colorido que le eran característicos. (p. 2)

La segunda fuente que queremos referenciar no es estrictamente un obituario, pero sin duda funciona como uno, además, es el último homenaje que rinde *El Tiempo* en su suplemento *Lecturas Dominicales* a Mariano Picón Salas.³⁶ Se trata de una carta del intelectual argentino Eduardo Mallea, publicada originalmente en *La Nación* de Buenos Aires, que apareció en la edición del 18 de septiembre de 1966 de *Lecturas Dominicales* con el título “Carta sobre un escritor muerto”. Las líneas de Mallea (1966), que justifican ubicar el texto en el rubro de una necrológica —tardía, podría decirse—, dejan entrever el cariño del argentino por el venezolano, lo que significa para la inteligencia latinoamericana la muerte de Mariano Picón Salas y la paz del escritor en que descansará:

Con esta otra le agradezco que me haya escrito a mí esa carta sobre la muerte de Mariano Picón Salas. Era un espíritu notable, una conciencia sincera, un hombre tan esencialmente transparente en su modo de afrontar las vidas y las obras, que su desaparición deja, en efecto, ese vacío que uno siente al despedirse en una estación extranjera de un amigo preferido que se embarca. Yo lo quería y lo estimaba tanto como usted; aunque nos habíamos visto pocas veces, nuestros encuentros tuvieron ese carácter de conversaciones sin término, cuyo comienzo y cuyo fin, aun sin palabras constantes, parecen haber sido tejidos por manos aliadas nuestras, con una sonrisa de benevolencia, como un premio a perpetuidad que nos sirviera siempre. [...] Yo admiré mucho su obra de ensayista, no

³⁶ Luego de la muerte de Mariano Picón Salas, en ese mismo año de 1965, se publicó en *Lecturas Dominicales* del 3 de octubre un texto suyo titulado “Defensa y nostalgia de la lectura”.

porque él hubiera acometido una empresa copiosa o vasta, sino por esa superior decencia pensativa de que ciertos modos de decir están delicada y emocionalmente dotados. [...]

Tenía él lo mejor que en nuestros países pueda tener un hombre profesionalmente consagrado a la literatura. Eso que tenía era la renuncia al sofisma. Demasiado inteligente como para no ver con los ojos más lúcidos el ala oscura de las cosas, tenía de los escritores mayores ese desdén por la malicia —plato fuerte de los menores— que la presencia de una superior pasión dominante opera siempre en los hombres cuando llega el momento de tratarse de tú a tú con los temas críticos de la inteligencia. [...]

Usted está desesperado de su muerte. Pero la muerte es ese momento en que un escritor no se retira, solamente, de la vida; es el momento en que se retira también del rencor creado por su desdén activo del rencor. Su modo de elocuencia es ya otro: más eficaz y ya nada fortuito. Lo escrito es intergiversable. Después de muerto su autor, un escrito deja de ser opinión para ser texto. Vivos, presenciemos a diario un fragmento más que se nos enrostra, a diario se produce la leche agria de la mala fe, la calificación parcial, recortada y mendaz de ese fragmento, arrojado a la cara del autor contra su propia intención y su propio espíritu, acto mismo de la furia que se enfurece de sí misma. Ese fue el pan de Lugones y el de todo escritor. Después de la muerte, ya no queda más que el “fragmento puro”.

Lejos de la páfida cita, mojada en la inexactitud y la mentira, de la mala fe que arranca un pedazo del todo para mostrar el todo como ese pedazo, de la furia nacida de furia, de la envidia hecha teoría o hecha dialéctica, Picón navega ya embarcado hacia esas otras riberas en que todo lo que fue y dijo será reconocido como fue y lo dijo, sin malevolencia que corra a enturbiarlo ni pequeñez que salga a disminuirlo. (p. 1)

V. Arciniegas, un intelectual de revistas: *Revista de América*

Como ya se mencionó antes, dentro del círculo más entrañable de Eduardo Santos, y parte de las cabezas más visibles de *El Tiempo*, se encuentra Germán Arciniegas. Sin Embargo, es necesario precisar que la relación entre el intelectual venezolano y el colombiano no se circunscribe exclusivamente a lo que tiene que ver con *El Tiempo*, incluso, es esa dimensión la menos importante de la relación.

El mayor homenaje que le hace Mariano Picón Salas a Germán Arciniegas, sin duda, se encuentra en su libro *Los malos salvajes* (1962), libro que para las ciencias sociales, preocupadas por las ideologías del siglo XX, resulta trascendental, pues expone la visión de un latinoamericano sobre lo que significó el desastre civilizatorio de la Segunda Guerra Mundial. En el primer ensayo de este libro, titulado “Berlín: quince años después”, Mariano Picón Salas inmortaliza el nombre de Germán Arciniegas en el segundo párrafo:

¡Cuántos testigos de la tragedia encontramos en las calles de Berlín o marcan su preocupada presencia en el tren subterráneo en que pasamos de una a otra zona, en la hora de mayor tráfico! Observo a Germán Arciniegas, que es excelente y avisadísimo compañero de peregrinaje, que casi todas las personas que pueblan nuestro vagón, excepto una chica de trece o catorce años, debieron presenciar la catástrofe. Llevan como la cicatriz de su angustia en los rostros perplejos, en la taciturna gravedad. Muchas de estas gentes están leyendo los periódicos de la tarde, y pensamos que para ellos las noticias de los vespertinos han de leerse con más cautelosa o azorada preocupación que en cualquiera otra ciudad del mundo. (Picón Salas, 1962, p. 16)

La mención de Mariano Picón Salas a Germán Arciniegas no es gratuita y mucho menos circunstancial para provocar una reflexión. Aunque pueda ser interpretada como generosa, esta mención no hace más que reafirmar la estima que tiene Picón Salas a Arciniegas después de al menos un cuarto de siglo de amistad.

Afirmación polémica, Germán Arciniegas puede ser considerado el intelectual colombiano más importante del siglo XX. Su relevancia dentro de la historia intelectual del país, sumado a que vivió casi un siglo, hacen que trazar su perfil intelectual sea otra investigación. Su influencia en la vida colombiana fue indiscutible, y aunque su obra, que algunos catalogan en la historia y otros en el ensayo, sea polémica, no por eso pierde importancia dentro de las letras nacionales. Su nombre es bastante escurridizo como para hacer un juicio, porque, aunque vivió en función de intereses hegemónicos y disfrutó de un lugar privilegiado como segundo de Eduardo Santos e intelectual del liberalismo, su reconocimiento llevó a que Colombia apareciese en el mapa intelectual latinoamericano del pasado siglo.

Múltiples son las opiniones sobre la obra de Arciniegas, como las de Hernando Téllez, quien, en una reseña para la *Revista de América* dirigida por el mismo Arciniegas, plantea su

dicotomía al respecto de su obra. En la reseña, titulada “Este pueblo de América” por referencia al libro publicado en 1945, comienza Téllez (1946) por afirmar: “Uno de los escritores colombianos que más admiro es Germán Arciniegas”. Sin embargo, a diferencia de muchos autores que rezan a ese tótem casi centenario, entre los que se incluye el mismo Téllez en otros ensayos, esta admiración parece, en este escrito, partir de una honesta consideración. Continúa la cita:

Y sus libros son los libros colombianos que más deleitan. Sin embargo, con muy pocas de las tesis en ellos expuestas, estoy acorde. Cuando hablo con Arciniegas la charla deriva cordial, pero indefectiblemente, a la discusión. Cuando leo a Arciniegas me ocurre lo mismo. Me siento cautivo de la belleza y simplicidad de su estilo, de la originalidad de su visión, de su habilidad dialéctica. No logran convencerme de manera satisfactoria y completa sus ideas y algunas suscitan en mí un amistoso movimiento de choque. Tal vez por eso, por la oculta ley de los contrastes y del contrapunto intelectual, admiro su obra, con honda y sincera admiración. Aquello que nos refleja espiritualmente, como un espejo, no necesitamos admirarlo. La admiración sobreviene para lo que es un poco o totalmente contrario a nosotros mismos. La admiración del pobre por el rico, del torpe por el inteligente, del doctrinario por el indoctrinario, del demócrata por el rey, es el fruto de ese sutil mecanismo crítico de la contraposición a que he aludido. Así acontece también en el orden escrito de las ideas, del arte, de la literatura, de la sociología, de la historia. (p. 274)

Para no seguir el mismo método que con García-Peña, en donde no citamos más que palabras elogiosas —quizá su trabajo en las sombras no le ganó ningún crítico serio—, valga poner a Arciniegas en el paredón, pues, por lo que representa, sí es un autor de polémicas y críticas, en todos los matices, desde las más conciliadoras, hasta las más radicales. Uno de los críticos más significativos de Arciniegas, que está a su altura y peso continental, es Rafael Gutiérrez Girardot. El emérito profesor de la Universidad de Bonn, que por pertenecer a una generación posterior y educarse bajo la tutela de Xavier Zubiri, Martin Heidegger y Hugo Friedrich desarrolló un método crítico con bases filológicas y sociológicas, si bien desarrolló diversas críticas —algunas radicales como la temprana reseña al libro de Arciniegas *En el país del rascacielos y las zanahorias* (1945) en *Cuadernos Hispanoamericanos* en 1952, o las tardías como en el ensayo “*Dulce et decorum est pro patria mori...*” en la *Revista Universidad de Antioquia* en 1995—, su valoración para el *Manual de Historia de Colombia* (1984) es quizá una de las más importantes sobre el intelectual y su obra.

En la colaboración de Gutiérrez Girardot (1984) para el *Manual*, titulada “La literatura colombiana en el siglo XX”, parte el autor de poner a Germán Arciniegas en situación. Germán Arciniegas, aunque gozó de puestos ministeriales y diplomáticos, según Gutiérrez Girardot (1891) “Es el primer escritor profesional que ha tenido Colombia en medida más rigurosa de la que lo fueron José María Vargas Vila y Arturo Suárez” (pp. 502-503). Sin embargo, aunque el crítico ubique a Arciniegas como “el primer escritor colombiano que ha tenido un mercado continental y que llegó a ser reconocido más allá de las fronteras americanas, mucho antes que Borges y junto con Rivera, Güiraldes y Gallegos” (p. 503), cuestiona el valor de su obra en los términos en que se le ha clasificado, es decir, como sociológica, histórica o ensayística. Si bien Gutiérrez Girardot ve en la obra de Arciniegas “los impulsos de Sanín Cano”, y le da el mérito de no ser “un improvisador” (p. 502), dicha obra no puede ser tomada como ninguna de esas tres expresiones de la inteligencia, pues “Su método de investigación no delata ni intenciones ni conocimientos metodológicos sobre los problemas de la historiografía y de la sociología” (p. 503). Para Gutiérrez Girardot (1984), la obra de Arciniegas:

muestra un estrecho parentesco con la *investigación* periodística norteamericana y con el de los autores de divulgación. Lo que se considera ensayo en su obra es más bien la muestra de un género nacido del periodismo moderno que se suele llamar *feuilleton*, es decir, la utilización de algunos medios del ensayo para divulgar temas complejos de manera accesible y amena a un amplio público lector. También en este sentido fue Arciniegas un adelantado: en Colombia y entre sus compañeros latinoamericanos contemporáneos (Mariano Picón Salas y Arturo Uslar Pietri, Luis Alberto Sánchez y Fernando Díez de Medina, por ejemplo) fue él el primero y más puro representante del nuevo género. (p. 503)

Se puede o no estar de acuerdo con el juicio de Gutiérrez Girardot, sin embargo, es de reconocer que tiene un punto, sobre todo, si se tiene en cuenta dos cosas: la primera, es que fue la casa periodística *El Tiempo* su casa —según la presentación de Cobo Borda en su compilación *Arciniegas de cuerpo entero* (1987)—; en segundo lugar, que tal como se muestra *En el país del rascacielos y las zanahorias* (1945) su obra tiene una importante influencia norteamericana. Además, hay otro juicio certero de Gutiérrez Girardot (1984) sobre Arciniegas que pone en primer plano su espíritu de periodista: “Ha informado a los colombianos sobre todo lo que ha visto y oído en todas partes del mundo y sobre todas sus épocas” (p. 502).

Sin embargo, no se puede tildar a Gutiérrez Girardot (1984), en este escrito, de injusto, pues además de reconocer “la destreza narrativa, la amenidad, el brillo del estilo” (p. 504), reconoce igualmente la situación en que Arciniegas desarrolló su obra. Si no fue Arciniegas un historiador o un sociólogo, a la manera de un Jaime Jaramillo Uribe, fue justamente porque la forma de Arciniegas estaba a tono con los estilos de moda, a lo Stefan Zweig, Emil Ludwig y André Maurois, estilo que resultaba innovador en un medio nacional y continental en que la historia estaba “fundada en un minucioso legalismo documental, penetrada de un confuso pesimismo positivista o especulativa, y en todo caso sin una concepción interpretativa de fundamento teórico amplio”. “Es posible que el diestro *feuilletonista* Arciniegas haya sofocado al latente historiador y sociólogo” (p. 504). Las consecuencias que saca Gutiérrez Girardot (1984) de la actitud intelectual que resuena en la obra de Arciniegas y su relación con el devenir político en que tuvo un papel importante, está entre las mejores y más lúcidas de sus páginas:

Así como la obra ensayística de Arciniegas es más exactamente *feuilleton*, así también su obra histórica y sociológica pertenece a un subgénero literario situado entre la historia y la novela y que nacido en los primeros años de la primera posguerra fue difundido con el nombre de “la moda biográfica”. Era un género que reelaboraba literariamente los conocimientos históricos para el gran consumo. A la obra de Arciniegas cabe aplicar lo que dice Leo Löwenthal sobre las de Stefan Zweig y miles más del subgénero: “El biógrafo [de este género, R.G.G] es el proveedor de sociología para el consumo de masas. Lo que aquí se ejerce es la caricatura de aquel método inductivo que partiendo de una serie de observaciones busca adobar reglas de juego seguras de la vida humana a través de sus épocas. La sociología política de los biógrafos es el ‘haber cultural hundido’ de una investigación social que trata de llegar a leyes generales. Trabaja con medios artesanales. Característico de ellos es la palabrita ‘siempre’, una favorita del tesoro léxico de Stefan Zweig, que a cualquier consecuencia de hallazgos casuales concede la dignidad de lo normativo”.

Arciniegas trivializó la historia y la sociología, y al hacerlo neutralizó la posibilidad de una reflexión crítica sobre las dos, que sacara las consecuencias detalladas de las tesis que él sostuvo. Su tesis sobre la sustancia democrática de América, por ejemplo, equivale al “siempre” que Löwenthal pone de relieve en Zweig: petrifica lo que es un proceso, y por lo tanto lo desvirtúa. Convierte a la democracia en un fetiche eterno, que por eso permite

su paulatino desmantelamiento bajo la condición de que se profese verbal y ardorosamente fe en él. La visión democrata de la historia que Arciniegas difundió en sus libros fue la expresión de la política de retroprogreso democrático que inauguró Enrique Olaya Herrera y que Eduardo Santos llevó a su plenitud. Al liberalismo colombiano, asustado por las fuerzas que había desatado su democratismo, ocurrió lo que al liberalismo europeo anterior al fascismo: preparó el advenimiento de un “Estado fuerte”.

El liberalismo puso freno a la “Revolución en marcha” y, bajo el lema “sin prisa pero sin pausa”, el gobierno de Eduardo Santos inició una retractación del liberalismo que necesariamente desembocó en la restauración de la sociedad señorial. La guerra mundial de 1939 contribuyó considerablemente a la total integración de Colombia en el mundo norteamericano. Alineada en las filas de la Libertad, la Colombia liberal la elevó a principio supremo de su retórica política, con lo cual encubrió la paradójica destrucción de lo que Alfonso López había puesto en marcha. Por otra parte, la oposición fanática del conservatismo y de los guardianes eclesiásticos de la tradición al régimen liberal, que veían en éste el imperio de la masonería, la conjura del socialismo y del bolchevismo, creó la impresión de que la República liberal no estaba abandonando sus principios, sino que era efectivamente la consecuente continuación de la Revolución en marcha. De la retractación del liberalismo y del espejismo creado por la reacción, surgió una gris ideología liberal que se centró en el culto de la Libertad y en la defensa de la democracia, sin percatarse de que la Libertad que se veneraba era la Libertad norteamericana para Colombia y de que la democracia que se defendía era un esbozo emotivo: ensalzaba al pueblo y lo creía capaz de grandes creaciones en el pasado, lo consideraba elemento indispensable del paisaje (en la tradición agrario-conservadora del liberalismo representada por Rueda Vargas), pero veía tras sus exigencias de intervenir en la vida social y política de la Nación el fantasma del socialismo y del bolchevismo. A esta ideología corresponde la obra de Germán Arciniegas, más aún: ésta la fórmula.

La mirada al mundo, que había iniciado Sanín Cano, se redujo a una mirada a la Estatua de la Libertad a través de los lentes del liberalismo santista desde la Sabana pertinazmente señorial.

El paradójico lema de gobierno de Eduardo Santos, “sin prisa pero sin pausa” (si no hay prisa, ¿para qué la pausa?) determinó el ritmo de la literatura colombiana hasta la mitad del presente siglo, por lo menos. En comparación con las otras literaturas latinoamericanas, la colombiana pareció obedecer al lema santista. “Sin prisa, pero sin pausa”, la literatura colombiana se movió tan lentamente que parecía nutrirse de la ilusión de que la quietud es movimiento. Con todo, era un progreso: en los tiempos del doctor Luis María Mora los retozones cachacos de la bohemia pensaban que la quietud es eterna, y para soportarla, la amenizaban con sus llantos, sus dolores y sus suspiros. En la literatura colombiana se seguía llorando y hablando de la muerte, pero se había abierto una perspectiva, por estrecha que fuera, y quedaba el ejemplo de una posibilidad. (pp. 505-507)

De nuevo, se puede o no estar de acuerdo con la tesis de Gutiérrez Girardot sobre Arciniegas, sin embargo, es un cuestionamiento que vale la pena tener en cuenta a la hora de analizar su obra. Lo interesante de este cuestionamiento es que enmarca a Arciniegas dentro del circuito liberal de la República Liberal, circuito con el cual se relacionó Mariano Picón Salas. Como ya se mencionó, Germán Arciniegas es la relación intelectual más importante de Picón Salas con Colombia. Tanto a Arciniegas como a Picón Salas los unen lasos que, se puede intuir, fueron formados por las condiciones similares. Exceptuando el exilio, comparten los dos intelectuales características como: ser contemporáneos de nacimiento, diplomáticos, intelectuales con cargos al servicio de la educación de sus naciones, profesores invitados en diferentes universidades y colaboradores en revistas y periódicos de distintos países.

Sobre este último aspecto, se debe mencionar que la participación en revistas y periódicos no se circunscribe exclusivamente a una colaboración, sino que también se debe tener en cuenta su gestión al frente de medios desde su fundación hasta la gerencia. Para Colombia, Arciniegas representa uno de los mayores impulsores de la cultura y la educación, más allá de su dirección como Ministro de Educación, a través de múltiples revistas. Entre sus muchas empresas editoriales, se cuentan como palmares *Universidad* (1922), *Revista de las Indias* (1936), *Revista de América* (1945), *Cuadernos* (1953) y *Correo de los Andes* (1979). Refiriéndose a Germán Arciniegas, Javier Ocampo López (2008) plantea que:

Su pasión por la educación y la cultura la precisamos también a través de su gestión cultural y en la Dirección de varias revistas, señalando entre ellas, la “*Revista de América*”, “*Revista de las Indias*”, “*Cuadernos Americanos*”, “*El Correo de los Andes*” y otras. [...]

El Maestro Germán Arciniegas fue Director de varias revistas. La revista “*Universidad*”, desde 1922 hasta 1929. Desde enero de 1939 hasta mayo de 1944 dirigió la “*Revista de las Indias*”, que se editó en Bogotá en el Ministerio de Educación, desde el N° 21 en enero de 1939, hasta el N° 65 en mayo de 1944. En el año 1945 dirigió junto con Roberto García Peña, la “*Revista de América*”, publicación mensual de “*El Tiempo*”; 81 números entre 1945 y 1957. En el año 1945 inició su colaboración con la Revista “*Cuadernos Americanos*” de México, dirigida por Jesús Silva Herzog. Entre 1945 y 1978 aparecieron allí 20 artículos suyos, con temas sobre Mariátegui, Haya de la Torre, Alfonso Reyes, Rómulo Gallegos y otros. En 1963 fue nombrado Director de la revista “*Cuadernos*”, fundada en París en 1953; la dirigió desde febrero de 1963 hasta septiembre de 1965, cuando esta revista concluyó con el N° 100. En 1974 fue encargado de la sección mensual de “*Amerique Latine*” de la “*Revue des deux mondes*” de París. En noviembre de 1979 fundó la revista “*Correo de Los Andes*”, que terminó en 1989 con su número 58, considerada como una de las revistas culturales más importantes de Colombia en la segunda mitad del siglo XX. (pp. 34, 40)

Estas revistas, es importante mencionarlo, son una apuesta cultural del liberalismo santista, y su importancia y trascendencia se deben justamente al cheque en blanco cultural que le dio Santos a Arciniegas en todo momento. Así, una publicación como *Revista de las Indias* —en donde se recepciona en 1943 el libro de Mariano Picón Salas *Viaje al amanecer*, en 1945 *De la Conquista a la Independencia* por Luis Flórez y en 1950 *Pedro Claver, el santo de los esclavos* por Alberto Miramón—, que comienza en el gobierno de López como una apuesta, desde el Ministerio de Educación, por “centralizar en una sola dependencia el esfuerzo coordinado, sistematizado, de los diversos órganos de divulgación cultural” (Betancourt Mendieta, 2016, p. 127), se convierte en el gobierno de Santos en un medio con una línea panamericanista que divulga las ideas de la Unión Americana de la Sociedad de Autores Americanos y Españoles, Sociedad fundada por Arciniegas (Betancourt Mendieta, 2016, p. 136). Diciente del cambio de perspectiva es que la revista parece haber sido refundada por Arciniegas, pues en esta nueva etapa aparece la indicación: “La revista

es un órgano de la Asociación de Escritores Americanos y Españoles fundada en Bogotá el año de 1938”.

Además de la recepción en la *Revista de las Indias*, es importante advertir que de *Viaje al amanecer* (1943) se publicaron algunos capítulos en el semanario *Sábado*, que más adelante trataremos, durante las ediciones del 13 y 27 de diciembre de 1947. En la edición del 13 de diciembre, bajo el titular “Viaje al Amanecer por Mariano Picón Salas”, se publican los capítulos “Josefita”, “Política y religión en el escritorio del abuelo” e “Historia de una noche buena triste”; en la edición del 27 de diciembre se publican “El mercado del lunes” y “Viajes por mar y tierra”, sin otro titular que el nombre de estos capítulos. Todos estos capítulos pertenecen a la primera parte del libro, titulada “El abuelo, el solar y la casa”.

Fuera del gobierno, podría decirse que este esfuerzo de Santos-Arciniegas continuó desde la tribuna de *El Tiempo* con la fundación de la *Revista de América* (1945), publicación que emulaba la ya importante publicación mexicana *Cuadernos Americanos* (1942). No sin razón, Carlos J. Atehortúa (2013) plante que la revista, “Fundada en Enero de 1945 por Germán Arciniegas y otros dos importantes personajes de la vida intelectual y política colombiana: Eduardo Santos, y Roberto García-Peña”, no puede ser comprendida sin la figura central de Eduardo Santos, ya que: “Aunque en las biografías que se han hecho, siempre le atribuyen la fundación de la *Revista de América* a Germán Arciniegas, desde el primer número aparece Eduardo Santos como fundador y los señores Arciniegas y García-Peña como directores”. Sobre la relación con otras revistas, Atehortúa (2013) ve en las empresas editoriales de Arciniegas una línea de continuidad, además, enuncia la relación con el periódico *El Tiempo*:

Revista de América circuló hasta 1957 (12 años). Un año antes de su fundación —1945— había dejado de circular la *Revista de las Indias*, la cual duró diez años. Posterior a la *Revista de América*, don German fundó otra revista que se llamó *Cuadernos de París* (1963-1965), la que le dio paso a *Correo de los Andes* (1979-1988).

El periódico *El Tiempo* fue uno de los principales protagonistas en la publicación de esta revista, que inicialmente circuló como un suplemento del periódico y el costo inicial de cada ejemplar era de 50 centavos; para el año de 1957 este suplemento mensual ya se vendía a 1 peso colombiano por ejemplar.

Con *Revista de América* se podría afirmar que *El Tiempo* reafirmó su dominio intelectual en Colombia con respecto a la conducción de la opinión pública e intelectual. La revista no es otra cosa que la continuación del diario, un complemento, como una forma de exponer *in extenso* las ideas y posturas que se publicaban en el periódico, además de las relaciones intelectuales del liberalismo santista. Esta relación entre Santo y Arciniegas queda mejor planteada en un apunte que hace Vallejo (2024) en su libro sobre Eduardo Santos:

Germán Arciniegas, su ministro de Educación entre 1941 y 1942, es otro de esos entrañables que ayudó a Santos a impulsar y dirigir proyectos culturales como la *Revista de América* (1945-1957), que acogió a las plumas más brillantes de Hispanoamérica. Es abundante la correspondencia de Arciniegas desde todas las latitudes donde ocupó cargos diplomáticos o fue profesor invitado de las más reputadas universidades. Igualmente, iba cambiando de roles, según fuera colaborador, jefe de redacción, director de *El Tiempo*, y de *Lecturas Dominicales*, director de la *Revista de las Indias* (1936-1950) —donde colaboraron tantos inmigrantes españoles—, miembro de la Academia de Historia, político en ejercicio o impulsor junto con Daniel Samper Ortega de las bibliotecas Aldeanas de Colombia, que desde 1934 simbolizaron la República Liberal. (pp. 123-124)

Además de estas consideraciones, la dimensión intelectual de Germán Arciniegas y su significación nacional y continental, más allá de todos los perfiles, homenajes, reseñas y críticas que se le han hecho, se puede estimar en sus justas proporciones si se hace un acercamiento a su archivo personal, el cual se encuentra en la Biblioteca Nacional de Colombia. Si bien hasta el momento se han clasificado 137 carpetas, las mismas ya muestran varias particularidades. La primera de ellas es la conciencia que tenía Arciniegas de su labor intelectual y la importancia de su archivo, pues este contiene comunicaciones telegráficas desde la década de 1920, en que fue líder estudiantil y tenía una influencia nacional. Desde distintos territorios del país le enviaban comunicaciones acerca de las condiciones del movimiento. Estas comunicaciones telegráficas suman más de 500 folios, lo que resulta sorprendente y muestra la conservación minuciosa que hizo el intelectual colombiano de sus papeles. Para el caso de esta investigación, entre las notas telegráficas destacan comunicaciones de Jóvito Villalba, Rómulo Betancourt, Mario Briceño Irigorry, Mariano Picón Salas y la invitación del Canciller Venezolano Gonzalo Barrios a la posesión de Rómulo Gallegos.

En una de estas comunicaciones, telegrama del 21 de febrero de 1964, le informa Picón Salas a Arciniegas del despacho de un “Conjunto de fotografías venezolanas”. Se puede intuir que se trata del libro *Promesa de Venezuela* (1964), el cual contine una selección de fotografías de Graziano Gasparini, precedido de un comentario del mismo Picón Salas. Si se consulta este libro en el fondo Arciniegas de la Biblioteca Nacional se encuentra que tiene la siguiente dedicatoria de Mariano Picón Salas: “A Germán Arciniegas, en el viejo afecto y admiración de / (Fdo.) M. Picón Salas. / París 1964”.

Los documentos concernientes a instituciones oficiales de Colombia (Asambleas y Concejos, ministerios, embajadas), e instituciones oficiales internacionales (embajadas, congresos, ministerios, alcaldías, presidencias y partidos políticos extranjeros) son el grueso del archivo hasta el momento clasificado, demostrando el protagonismo político e institucional del intelectual.

Lo mismo ocurre con los documentos que corresponden a invitaciones de instituciones académicas de Estados Unidos, Europa y América Latina. La cantidad de invitaciones demuestra el reconocimiento académico del que gozaba Arciniegas alrededor del mundo.

En lo que respecta a la correspondencia personal de Germán Arciniegas, hasta donde está clasificada, destacan diferentes corresponsales de peso como Nils Hedberg, director del Instituto Latinoamericano de Gotemburgo (Suecia), Federico de Onís o el mismo Gutiérrez Girardot. Lamentablemente, aunque el *Índice del archivo particular del Doctor Germán Arciniegas* (1981) de Javier Loaiza Flechas y Luis Alberto Angarita Sánchez, construido como requisito de grado para el título de bibliotecología y archivística, registra 27 cartas de Mariano Picón Salas, el hecho de que este epistolario no esté clasificado aún en la Biblioteca Nacional impide su consulta. Sin embargo, las cartas publicadas por Delia Picón, sumadas a un par de cartas publicadas en la compilación de Cobo Borda, nos pueden dar una idea de esta amistad.

Las cartas que vamos a discutir a continuación revelan una verdadera relación, amistad intelectual. El tono es entre pares, diferente al respetuoso de Picón Salas a Santos, pues el colombiano era trece años mayor que el venezolano, o el respetuoso de García-Peña a Picón Salas, pues en este caso el venezolano era nueve años mayor que el colombiano. Si duda, más allá de las dignidades académicas y políticas, son estas diferencias en edades situaciones que en cuanto a formación pesan y generan respetos. En el caso de Arciniegas y Picón Salas, la diferencia de edad no es más que de un mes y veinte días.

Los asuntos tratados en las cartas también difieren de los expuestas en el intercambio con Santos y García-Peña, pues entre escritores e intelectuales de talla continental, y mundial, las palabras de afecto se entrecruzan con anécdotas, reflexiones, reseñas y críticas literarias, tanto de libros propios como de otros autores.

La primera de las cartas compilada por Cobo Borda en la sección “Corresponsal del mundo” de su *Arciniegas de cuerpo entero* (1987), data de “Santiago de Chile: 6 de septiembre de 1934” (p. 338). Este dato es ya relevante, pues implica que la comunicación entre ambos intelectuales data del período de formación de Picón Salas en Chile, que ya había dado fruto en nueve publicaciones, y de un momento en que Arciniegas apenas se había dado a conocer con su primera publicación *El estudiante de la mesa redonda* (1932). Además, en las palabras de Picón Salas podemos complementar el perfil del joven intelectual que se carteaba con Rómulo Betancourt y su posición frente a la cultura y la política. Aunque no contemos con registros anteriores, la misma carta advierte que este intercambio epistolar ya había comenzado algún tiempo atrás. Sin temor al exceso vale más que la pena reproducir la carta en su totalidad:

Mi estimado Germán Arciniegas:

El personaje aquel que allá por 1920 ó 21 —hasta yo he olvidado mi propia cronología—, le remitió un librito “Buscando el Camino” era un adolescente indisciplinado, anti-gramatical e imaginativo a quien sólo la detestable Pedagogía de la Venezuela de Gómez podía permitirle publicar un libro a los 19 años. (Hubiera sido más sano que entonces hiciera ejercicio o practicara las lenguas extranjeras). Tiene Ud. una terrible memoria, amigo Arciniegas, porque ya esperaba que nadie recordara aquel delito juvenil. Después viví; quise librarme de la terrible tragedia de los hombres que se quedan en Venezuela —para la cárcel y la servidumbre—, en Chile me gané la vida mientras estudiaba Historia y Filosofía, normalizaba mi Educación —que había sido muy accidentada—, y concluía en 1928 con un título pedagógico del Estado. Ahora hago clases (mientras se puede volver a Venezuela y muere Juan Bisonte) y escribo cuando tengo alguna hora libre.

La comunicación con Ud. me es especialmente grata, no sólo porque es Ud. uno de los colombianos jóvenes a quienes he seguido con mayor fervor, sino porque creo que el destino deberá aproximarnos para una labor renovadora o revolucionaria en nuestras dos patrias. Por eso, antes que hablarle de su “Estudiante de la mesa redonda” que he empezado

a leer con deleite y sobre el cual he de escribir, ya que encuentro allí temas que son también los míos; quiero hablarle de este problema vital, superior a la Literatura. Todo lo que he estudiado y pensado en Chile durante once largos años ha estado dedicado in-mente a una futura acción en nuestro Trópico. No he querido hacer la simple bullanga revolucionaria del manifiesto y del grupito disperso —que espera la aparición de un General— en las Antillas. Por lo menos en Educación y en problemas generales de Política, sé que puedo servir, que podré servir a mi país, y estoy dispuesto a vivir con osadía las horas trágicas. (En Chile, mismo, entre compañeros de generación he vivido ya una agitada experiencia). Y el destino futuro de Venezuela se me aparece siempre identificado al destino de su Colombia; de nuestra Colombia. Nosotros somos una nueva generación y debemos hacerlo. Tan profundo es en mí este sentimiento que en 1932, a raíz de los sucesos revolucionarios de Chile, pensé irme a Colombia. Nuestro común amigo don Joaquín García Mongue escribió a Dn. Agustín Nieto Caballero por si yo, con mi calidad de Profesor del Estado chileno y mi hoja de servicios que hasta contenía algunas distinciones y adjetivos oficiales, podía servir a la Pedagogía colombiana. (Soy pobre y el viaje es muy costoso). Don Agustín —muy amable con Don Joaquín—, argumentó la penuria fiscal colombiana. La palabra “Crisis” aparecía por todas partes. Pero, creo Arciniegas, que debemos empezar a crear la gran política de nuestros pueblos. Creo que en Colombia y Ecuador hay en este momento una temperatura propicia para arrojar la gran semilla. Y que dentro de la más fina diplomacia con el Dr. López, se podría empezar a plantear el problema. Si Colombia hubiera tenido aquí diplomáticos modernos, yo les hubiera hecho ver cómo en Chile entre ciertos grupos juveniles está naciendo esta nueva política; cómo hay acuerdo con el Perú para una acción ecuménica; cómo surge también en las juventudes una diplomacia secreta. Pero Colombia estaba representada en Chile —en Chile que va a ser la hornalla del Continente; en Chile donde marcha una Revolución subterránea—, por académicos varones, pomposos y ornamentales, sin ninguna visión del presente.

He presenciado y estoy presenciado en Chile, la lucha clandestina de imperialismos voraces. Tenemos que preparar Arciniegas, los días que vendrán. Creo que en Colombia se debe plantear la unión con Venezuela, y que es necesario empezar a preparar el ambiente. (Estas cosas se han dicho de manera muy retórica; me parece que nosotros debemos decirlas de manera más realista).

No son muchos los colombianos modernos que tengan la Cultura de Ud.; la Cultura viva, identificada con la acción. Yo en Venezuela —y sin pedantería, porque ya he eliminado muchos tabús de mis paisanos—, puedo decir otro tanto. Por eso Colombia, en 1932, se me presentaba como escala obligada a mi idea. Si estas cosas que yo le digo —cosas vitales en que se juega el destino y la responsabilidad de nuestra generación—, le interesan, estudie Ud. cómo podemos coordinarlas. En Colombia parece llegar una hora de juventud y hay que tomarla para la gran política. (El colombiano vive una vida aislada y tradicionalista; ya no sirve para esta vida patética que empezamos a vivir el “buen sentido” y el aislamiento montaños del “cachaco”; América ignora y debe saber que Colombia ya tiene 9 millones de habitantes; que con Venezuela y Ecuador seríamos una gran potencia). Movimientos de juventudes; tenemos que hacer movimientos de juventudes. Me gustaría escribir para la prensa colombiana sobre estas cosas; vea Ud. dónde y cómo puede hacerse. Espero, Arciniegas, que no sólo los libros servirán para comunicarnos; sino lo que vale mucho más que eso, la identidad de sentimientos, la convergencia de destinos.

Si yo lograra ir a Colombia o Ud. venir a Chile, podríamos contribuir a prefigurar el futuro. Si no nos flaquea la Voluntad, nuestra generación está avocada a grandes y peligrosos días.

Dígame Ud. qué piensa de los sentimientos que desparramo en esta carta; hable con quien sea oportuno, y reciba las mejores expresiones de su amigo y admirador que espera sus noticias.

Mariano Picón Salas

Biblioteca Nacional

Santiago de Chile (Cobo Borda, 1987, pp. 338-340)

Esta carta, llena de diversos temas trascendentales, y que vienen a anclar lo tratado en la primera parte, muestra, de manera general, la actitud activa de Mariano Picón Salas y su compromiso, ya no únicamente con los problemas de su patria Venezuela, sino con los problemas del continente latinoamericano. Se evidencia pues el espíritu del cual parte “Hispanoamérica posición crítica” (1930). Es claro que estaba Picón Salas en sintonía con el movimiento espiritual de América Latina, con el surgir de un sentimiento de unidad que, por el contenido de la carta, nace de grancolombianismo o bolivarianismo.

La carta comienza por afirmar la importancia que tiene para Picón Salas el país austral en su formación. No solo en cuanto a su educación institucional o titulación, sino también para su personalidad y vuelo intelectual la sociabilidad que se desarrollaba en esa nación. Esta riqueza en el espíritu se contrasta con la pobreza económica, que no vale la pena volver a mencionar. La contradicción entre Chile y Venezuela es patente, la riqueza que le produjo cada país es diametralmente opuesta, igual que la pobreza.

Además, la carta no hace más que redundar en la necesidad para toda una generación de la muerte de Juan Vicente Gómez. Pero no solo se queda aquí la necesidad, sino que esta posibilidad por la que se espera se debe conjugar para Picón Salas con un esfuerzo transnacional, por eso la vinculación necesaria con Arciniegas.

Finalmente, lo relatado por Picón Salas en la epístola a Arciniegas viene a darnos más claridad sobre la posibilidad del arribo de Picón Salas a Colombia mediante Nieto Caballero. La crisis a la que se alude es cuestionable, por múltiples razones, y contrasta un poco con la estabilidad que se había producido con la llegada de Olaya Herrera al poder en 1930. Queda para la especulación la sospecha política de Nieto Caballero respecto a Picón Salas, por su afiliación, en aquellos años, a movimientos sociales y de izquierda.

La siguiente carta registrada, ya en el epistolario de Picón Salas publicado Delia Picón, la remite Arciniegas el 2 de junio de 1947. Los años que separan estas dos cartas marcan un cambio en el tono del intercambio, el cual, sin embargo, no deja de ser íntimo y respetuoso. Con la carta de Arciniegas a Picón Salas del 2 de junio de 1947, entramos al ámbito de la colaboración del venezolano con la *Revista de América*. En la carta se deja leer:

Mi querido Mariano:

Le acompaño un recorte del artículo que Papini me ha escrito para Revista de América, y que voy a publicar muy gustoso en la edición de este mes, porque creo que es oportuno hacer un balance.

Naturalmente, le envío el artículo para que usted lo conteste. Nadie puede hacerlo mejor que usted, y la circunstancia de estar escrita la acusación por un hombre tan polémico y singular como Papini, deja amplio margen para salir al debate en toda forma.

Tengo mucho deseo de saber cosas de su vida. Yo regreso ahora de un viaje de cerca de nueve meses por Europa, y pienso ahora si trabajar seriamente en la Revista. Con los de Onís estuve haciendo gratisimos recuerdos suyos en Nueva York. Ellos tienen la más grande ilusión en este viaje a Caracas, que usted tuvo la genial idea de promover. Es un viaje de una importancia más seria de lo que pueda imaginarse.

Contésteme lo más pronto posible, y recibe un abrazo muy estrecho de

Germán Arciniegas (Picón, D., 2004, p. 379)

La insinuación de Arciniegas a Picón Salas de contestar el artículo de Papini, además de mostrar que la colaboración del intelectual venezolano con el medio colombiano se gesta mediante la relación personal o alguna solicitud de Arciniegas, se enmarca en la polémica continental que se dio mediante la publicación del artículo de Giovanni Papini, en el número 30 (Vol. X) de junio de 1947 en *Revista de América*, titulado “Lo que América no ha dado”. Artículo firmado en Florencia en mayo de 1947.

En este artículo, Papini (1947) se despacha, “en el plano intelectual y espiritual —el plano de la cultura y de la civilización—, y no en el de lo económico o lo político”, contra América, “la América Latina, que es la que urge más a un italiano”; “la inmensa porción del continente que se extiende desde los confines septentrionales de México hasta la punta de la Patagonia” (p. 289). De los veinte puntos enunciados por Papini (1947), comienza desde el cuarto con una enumeración de las falencias de América Latina, las cuales indignan punto por punto. Estas enumeraciones explican de sobra la controversia que generaron. Partiendo de la afirmación según la cual “América lo ha recibido todo de Europa” (p. 289), desacredita las contribuciones de América Latina para la cultura universal en ámbitos como la religión, la filosofía, la literatura, el arte y las ciencias, hasta llegar a la conclusión de que:

La América es aún, pues, deudora para con Europa, y especialmente para con la civilización mediterránea. Tiempo no le ha faltado. Aunque dejásemos aparte los siglos de la dominación española, no encontramos bastante luz ni para el siglo de la libertad ni para el XX. Cuando se piensa lo que fue el ochocientos en toda Europa, de Rusia a España, siglo de gigantes y creadores en todo campo, nuestra desilusión es aún más profunda y amarga. (p. 292)

La conclusión, que olvida la ya consabida postergación de la modernidad en América Latina debido a la reacción antiilustrada de España, no es peor que la explicación que el mismo Papini (1947) pretende brindar sobre la pobreza intelectual-cultural de América Latina:

14

¿Cuáles pueden ser las causas de la ausencia de figuras americanas de primer plano en el cuadro de la civilización moderna mundial?

Podría ocurrir, en primer término, que esta ausencia fuese más aparente que real, es decir: que dependiera de la ignorancia europea. En cuanto a mí se refiere, estoy pronto a aceptar esta excusa, aun cuando mi curiosidad intelectual ha sido siempre insaciable, y he recurrido a libros y a amigos para informarme de lo que se piense o se haga en todo país del mundo, aun los más remotos y desconocidos. Pero cuando pienso en la incontenible avidez de los estudiosos y traductores europeos —sobre todo de un siglo a esta parte— que por doquiera han avanzado y buscado para dar a conocer los frutos del ingenio y del genio de todo país y toda raza, me parece difícil que la culpa sea de la falta de curiosidad europea. Si hubiera habido en América un solo genio de primera magnitud, todos, en Europa, lo hubiéramos sabido.

15

Podría pensarse en la escasez de la población americana con respecto a la densidad de la europea. Pero en Europa se ven ejemplos de minúsculos países que han dado su aporte a la gloria universal. Recordemos, por ejemplo, a Holanda que ha dado al mundo un Erasmo, un Vendel, un Rembrandt, un Huygens. Y no acudo, por temor a propasarme, a la antigua Ática.

16

Quizás una de las razones pueda encerrarse en la lentitud con la cual se ha formado, en la América del Sur, una verdadera y propia raza nueva, a través del cruzamiento entre la población indígena y los inmigrantes europeos. Pero los pueblos autóctonos de la América precolombiana tenían una cierta civilización, sobre todo artística, y los conquistadores españoles provenían de una civilización también floreciente. Hoy las poblaciones americanas no pueden decirse ibéricas puras; se distinguen de las de España y Portugal por

muchos caracteres, ya físicos, ya espirituales. Lograda, en el curso del siglo XIX, la fusión de los varios elementos, teníamos el derecho de esperar la afirmación de una cultura autónoma.

Esta cultura, en efecto, existe, pero no ha dado hasta nuestros días ninguna de aquellas creaciones del pensamiento o del arte que van a enriquecer, por legítimo derecho, el patrimonio intelectual del género humano.

17

Se podría culpar de este retardo a la dificultad de las comunicaciones. Se trata de países vastísimos, en parte inexplorados, donde no es fácil la circulación de las ideas y la alta tensión del espíritu.

Pero las comunicaciones marítimas, terrestres y aéreas han aumentado mucho durante la primera mitad del novecientos, y se debía comenzar a palpar los efectos. Por otra parte el genio, cuando de veras es potente, florece hasta en la soledad, como lo demostró la antigua Judea.

18

Temo que la causa más importante sea otra. La energía espiritual de un pueblo es en cantidad relativamente fija: si es usada en un cierto orden de actividad no puede manifestarse en otros órdenes. La América Latina, hasta ahora, ha gastado la mayor parte del capital de su inteligencia en la lucha por el aprovechamiento de su suelo y en la pelea política. Poca fuerza le queda para las actividades superiores del espíritu. (pp. 292-293)

La primera respuesta de Picón Salas a lo dicho por Papini aparece, junto a las reacciones de Enrique Santos, José Clemente Orozco, Carlos Obregón Santacilia, José Vasconcelos, Raúl Andrade, Luis de Zulueta, Hernando Téllez, Luis Cardoza y Aragón, Abel Naranjo Villegas, Fernando Guillén Martínez, Vicente Gerbasi y Alejo Carpentier, en una sección titulada “Papini y la cultura de nuestra América”, del número 31 (Vol. XI) de julio de 1947 de *Revista de América*. Mismo volumen que inicia con el ensayo de Sanín Cano en respuesta a Papini titulado “Giovanni Papini y la cultura interamericana”. En esta primera respuesta Picón Salas (julio de 1947) con espíritu bolivariano afirma que:

“Si tomáramos en serio a Papini se podría escribir una enciclopedia sobre el aporte de América a la cultura mundial. Con absoluta miopía el europeo mira un medio geográfico distinto, sin atender a un fenómeno primordial como el mestizaje y el encuentro y concordia de todas las razas en América. En este sentido, la experiencia americana es la más vasta que conoce la historia universal. Papini conoce el mal de la historia de la América Latina. No sabe lo que significa para nosotros una personalidad como la de Bolívar a quien ni siquiera menciona, y que es mucho más que un guerrero, un fundador de pueblos, una personalidad renacentista como la Florencia de Papini ya no puede producir. Él razona como un profesor europeo que quisiera tenernos siempre bajo su férula y que se molesta cuando los alumnos ultramarinos fijan sus propios derechos y su propia problemática. La filosofía que representó Papini con su compañero Prezolini en su revista novecentista no nos interesa porque fue uno de los caminos intelectuales que condujeron al fascismo. Las dos Américas, aunque se nos tache de pragmáticos, necesitan que la filosofía no sea un simple deporte de solitarios: que sirva también para algo, para librarnos de la ferocidad en que se han deshecho las viejas naciones europeas y para crear aquí un nuevo sistema de concordia humana”. (p. 136)

Podría intuirse que estas palabras de Picón Salas las sacó Arciniegas de la respuesta a su carta del 2 de junio de 1947. Sin embargo, más allá de estas primeras impresiones de Picón Salas sobre lo expresado por Papini, su verdadera respuesta intelectual la encontramos en el ensayo que fue posteriormente titulado “La marmita... de Papini”. Originalmente el artículo de Picón Salas fue publicado, junto a artículos de Carlos Dávila y Vicente Huidobro, bajo el título genérico de “Responden a Giovanni Papini” en el número 32 (Vol. XI) de agosto de 1947 de *Revista de América*. La réplica de Picón Salas (agosto de 1947) comienza con un encabezado que, ironizando el tono de Papini, introduce la polémica con la elegancia que caracteriza su pluma:

En veinte proposiciones que pretenden ser concisas como las de Lutero, el eternamente reformado y contra-reformado Giovanni Papini expresa su menosprecio por América, y de modo especial por la llamada América Latina, y revive a destiempo aquellas polémicas y escándalos literarios que le otorgaran bulliciosa fama en una Europa que no conocía como la de hoy, tan desgarrados problemas humanos. Denle los escritores de América un poco de gusto —es casi un homenaje a sus años— respondiéndole, y veamos qué hay adentro o con

qué fuego fatuo se ha encendido esta marmita de... Papini. A ver si en otras proposiciones numeradas como las suyas, puede iniciarse una réplica. (p. 164)

A diferencias de las numeradas proposiciones de Papini, que como se vio en la cita pretenden más ser axiomas o corolarios que análisis de la realidad latinoamericana, las de Picón Salas contienen un conocimiento de la historia, tanto la europea como la latinoamericana, que pone en verdadera situación la realidad del continente. En la primera proposición le discute Picón Salas a Papini una cuestión esencial en la crítica del italiano a la América Latina: el tiempo. Una comparación con Europa debe mediar la distancia civilizatoria desde la caída de Roma hasta la Conquista Española. Pero esta mediación, que debería servir de excusa a América, es en el análisis de Picón Salas (agosto de 1947) un argumento en contra de Europa: “América marchó más de prisa en estas cuatro centurias de lo que anduvo la confundida Europa de la alta Edad Media” (p. 165). Pero el problema de seguir la metodología de Papini es que terminamos juzgando la cultura y la inteligencia como algo lineal, que parte de un inicio, alcanza etapas, y tiene un fin. Con razón se lo hace saber Picón Salas (agosto de 1947) al escritor italiano:

Ciertos fenómenos un tanto complejos de la cultura americana, y poco perceptibles para un europeo que nos juzgue desde Florencia, se aclaran cuando pensamos que si para muchas formas de vida colectiva América saltó etapas y procesos sociales, para otras estamos en el siglo XIII o el XIV. (p. 165)

La segunda proposición de Picón Salas (agosto de 1947) parte de la afirmación: “No por lo que Europa ha sido sino por lo que América quiere ser, es como debe juzgárenos” (p. 165). Esta afirmación guarda en su esencia la relación de América Latina con el sentido de utopía que fue postulado por Pedro Henríquez Ureña. Sobre todo, en plena segunda posguerra. En medio de la decadencia europea, bancarrota civilizatoria, América Latina se postula como un nuevo espacio, como nueva potencia cultural. Se deja leer en una parte: “Se cree que el nuevo continente, abierto a todos los pueblos de la tierra, debe conciliar los odios y prejuicios nacionales del viejo mundo” (p. 165).

En este sentido, también marca Picón Salas una diferencia metodológica con la concepción de Papini, ya que la comparación no debe partir de buscar emulaciones de Europa por América, es decir no se deben poner en una balanza y sopesar los aportes de cada una, sino que la relación entre América y Europa debe ser planteada como una tensión, como una búsqueda de liberación de las

condiciones de desigualdad y aristocráticas de Europa. El golpe de gracia que da Picón Salas (agosto de 1947) a Papini es certero:

Porque la civilización y el avance hacia formas de vida colectiva más ecuanímes no se logra sin pena ni esfuerzo, la historia hispanoamericana del siglo XIX pudo ser violenta y difícil, pero no hay duda que ya deseábamos superar lo que en la vieja sociedad europea parecíamos privilegiado e injusto (fueros de clase, religión de Estado, desigualdad social). Se formó, de este modo, un pensamiento hispanoamericano, casi diría una dialéctica de la historia nuestra, que despunta en los mensajes, cartas y planes constitucionales de Bolívar, en los grandes argentinos del siglo XIX —Sarmiento, Alberdi—, en la quemante prosa de un José Martí. Acaso no podíamos hacer la “crítica de la razón pura” porque nos interesaba más en esos momentos germinales de nuestra vida nacional, la “razón práctica”. Cuidado, Papini, si los europeos de este momento tan confuso, no deben atender, también, para salvarse a esa “razón práctica” que les enseñe de lo que están más requeridos: una cura contra su viejo orgullo, una liquidación de las injusticias sociales, una convalecencia pacífica de las místicas de exclusión y odio que parecieron destruir el espíritu mismo de la cultura. (p. 166)

“La marmita... de Papini” es una excelente muestra del americanismo que ya había marcado la obra de Picón Salas desde *Hispanoamérica: posición crítica*. En este punto, es importante advertir que con relación a la obra de Picón Salas, esta no es la primera colaboración con la *Revista de América*, ya que antes del alegato contra Papini habían sido publicados los ensayos “Perfil de Caracas” (1945),³⁷ “Arturo Úslar Pietri” (1945), “El Quijote y su nueva caballería” (1946) y “Puerto Rico en el Caribe: una isla azotada” (1947).³⁸

La siguiente carta de Germán Arciniegas a Mariano Picón Salas, una década después, desde la embajada de Colombia en Roma el 8 de julio de 1959, inicia un diálogo intelectual alrededor del libro de Picón Salas *Regreso de tres mundos* (1959). Adicionalmente, la carta comenta un par de

³⁷ Ensayo incluido en la compilación *Comprensión de Venezuela* (1949), hecha por el autor mientras residía en Bogotá como embajador de Venezuela. Más adelante, en 1966, constituyó un apartado del ensayo “Caracas en cuatro tiempos”, incluido en *Suma de Venezuela* (1966), libro que se puede comprender como una reelaboración del de 1949.

³⁸ Las reflexiones de Mariano Picón Salas sobre el libro *The Stricken Land* (1947), memorias del gobernador de Puerto Rico (1941-1946), Rexford Guy Tugwell, deben ser enmarcadas en la estancia en la isla del ensayista venezolano durante los primeros meses del año de 1946, invitado por la Universidad de Río Piedras. Un dato en el prólogo al libro de Mario Briceño Iragorry *Casa León y su tiempo* (1946), titulado “Historia de un Anti-héroe”, que también fue publicado en el semanario *Sábado*, da cuenta de esto, pues aparece firmado “Río Piedras, Puerto Rico, Marzo de 1946”.

asuntos relevantes sobre la llegada del venezolano a París como embajador ante la UNESCO. En lo relativo al libro autobiográfico de Picón Salas, le comenta Arciniegas:

Mil gracias por su Regreso de Tres Mundos, que acabo de recibir y que voy a leer este fin de semana. Todo lo que usted escribe y logro que caiga a mis manos, me lo leo siempre con más entusiasmo del que imagina. Le retornaré el obsequio, con un ejemplar de América Mágica, que acabo de publicar en Buenos Aires, pero del cual en el momento no tengo ninguna copia.

Su libro me llega cuando estaba por escribirle. Me entusiasma su paso por París, no porque crea que vaya a gozar más de lo que gozaría en Rio de Janeiro, sino por la esperanza de verlo. Nadie ha dicho que todo camino que llegue a París, excepto unos pocos pecadores sin vergüenza. En cambio, todos los caminos traen a Roma y a Roma tiene que venir, en donde soy competente como guía. (Picón, D., 2004, p. 380)

En efecto, la carta data del tiempo en que Mariano Picón Salas pasa de la embajada de Venezuela en Brasil a la UNESCO, y en que Germán Arciniegas se encontraba como embajador de Colombia ante Italia. La circunstancia de la llegada de Mariano Picón Salas como embajador a la UNESCO coincide con la delegación de Hernando Téllez de Colombia ante el mismo organismo. Por esto, le expresa Arciniegas a Picón Salas que “Espero que se vea frecuentemente con Hernando Téllez. Con usted y con Hernando debe ser muy bueno el ambiente de la UNESCO. Al menos en algún café vecino al Palacio” (Picón, D., 2004, p. 380). Es de mencionar que ya entre Téllez y Picón Salas existía una cercanía y afinidad intelectual, pues no de gratis es el colombiano el encargado de la segunda edición de *Comprensión de Venezuela* para la editorial Aguilar en 1955, edición en la que hace un prólogo titulado “La obra literaria de Picón Salas”.

A la muerte de Mariano Picón Salas escribe Hernando Téllez un recuerdo para la edición del 5 de enero de 1965 de *El Tiempo*. En esta nota, como es de esperarse, el crítico colombiano se despacha en elogios al escritor venezolano, además de hacer un breve recuento de sus obras, destacando sobre todo el libro *Viaje al amanecer* del cual dice: “Lo más puro, lo de más fino diseño, lo de voz más personal y auténtica que él escribió en el curso de su larga tarea” (p. 5). Resuenan sobre todo las palabras con las cuales termina Téllez su recuerdo del escritor con el que compartió tribuna en la UNESCO:

Resulta melancólico tener que elogiar a tan noble amigo y tan valioso escritor, con ocasión de su muerte. Elogiarlo por su fina prosa y la claridad de su pensamiento; por sus fervores intelectuales y su sentido de la belleza literaria; por el conjunto de su obra armoniosa; por la generosidad, la espontaneidad, el calor que puso en el ejercicio de la amistad. La muerte es siempre una sorpresa. Y Mariano Picón Salas parecía muy lejos de ella, precisamente por la sensualidad, la voluptuosidad, la alegría, la sed y apetito vitales, el afán de conocerlo todo, con que andaba por su propia existencia y por los caminos del mundo. (p. 5)

Además de la insistencia de Arciniegas a Picón Salas en el acercamiento a Téllez, también le pide interceder por Emma Reyes. Por la publicación de la obra póstuma *Memoria por correspondencia* (2012), sabemos de la cercanía, de la trascendente amistad de la artista con Arciniegas, quien es su mejor corresponsal y confidente, a quien le deja saber las peripecias de su vida y por quien las conocemos los lectores. El asunto sobre Emma Reyes se lo plantea Arciniegas a Picón Salas en los siguientes términos:

Emma Reyes se encuentra en Roma desde hace varios años, con muchos éxitos como pintor, grandísimos como conversadora y ningunos que se traduzcan en bien para su holgura. Escribí a Colombia tratando de conseguirle una beca y no lo he logrado. No habría la posibilidad por la UNESCO? El año pasado tuvo en Israel un éxito fabuloso. Ahora prepara una exposición de paisajes de Israel, que viajará por Francia, Inglaterra y Alemania después de presentarse en Roma y Milán. Pero naturalmente mientras prepara la exposición necesita aceite de máquina, y para esto lo mejor sería algo a manera de beca. Que piensa de esto? (Picón, D., 2004, pp. 380-381)

Podríamos decir que la siguiente carta de Arciniegas a Picón Salas, del 21 de julio de 1959, solo trece días después de la antes comentada, es una posdata de esta. La carta, que no excede un párrafo, refiere al cumplimiento de la promesa de leer *Regreso de tres mundos* con prontitud:

Cuatro líneas para expresarle mi desbordante entusiasmo. Me he leído de un tirón su libro, que es mi libro y el de toda nuestra generación. Las mismas experiencias, los mismos problemas, las mismas dudas, las mismas circunstancias nunca antes experimentadas por los de nuestra América. He escrito una breve nota para los diarios, pero ni digo ahí cuanto habría que decir, ni lo puedo hacer en una carta. Sólo quiero decirle que todos debemos agradecerle el que haya puesto tan en claro nuestro problema. Usted cree que no ha hecho

una obra de arte, y se equivoca. Lo es, porque escribiendo usted no podría ser de otro modo. Pero además porque tocaba un material delicado que en otras manos se hubiera estropeado. El libro será un clásico nuestro, y me atrevo a pensar el de más resonancia de su obra por lo menos que nos toca tan de cerca, y por lo que le explica a los que ahora llegan sobre lo que fue el mundo en que nosotros vivimos. La gente habla de un mundo, y lo refiere al que se mueve en el espacio. Los mundos se mueven en el tiempo forman caminos de leche en los abismos de la historia y esos sí que son innumerables. (Picón, D., 2004, p. 381)

La breve nota a la que se refiere Germán Arciniegas es el artículo publicado en el diario *Excelsior* de México, el 4 de agosto de 1959. En este artículo, titulado igual que el libro de Mariano Picón Salas, Arciniegas parte de la misma consideración que le manifiesta en la carta, la situación de ser *Regreso de tres mundos* el libro de toda una generación, refiriéndose así al subtítulo del libro “Un hombre y su generación”:

El libro de Mariano Picón Salas, *Regreso de tres mundos*, podría señalarse como documento humano ejemplar de la generación de 1920. Los nuevos de ahora, si quieren saber las circunstancias formadoras de sus inmediatos antecesores, tendrán por fuerza que detenerse en la lectura de estas páginas, que se leen con el interés del más apasionante relato.

Destaca Arciniegas dentro de la crítica literaria el reconocimiento del tratamiento autobiográfico de Mariano Picón Salas, que alejado de la idea de ficcionarse a sí mismo parte de autoafirmarse: “Yo soy el tal Mariano Picón Salas, sujeto de esta historia”. Tras una breve idea general de lo que va el libro, Arciniegas destaca de la cronología vital de Mariano Picón Salas su carácter intelectual vinculado a los acontecimientos de su tiempo: “cuando regresó a Caracas para compartir las esperanzas idealistas de la generación del año 20 era ya en ciernes el intelectual incómodo o el utopista que chocaba con los vivos que saben hacer política” (Arciniegas, 4 de agosto de 1959). Puede decirse que es un mérito el reconocimiento intelectual que hace Arciniegas de Picón Salas, sobre todo en vinculación con los sucesos tumultuosos de la primera mitad del siglo XX, la cual no fue mejor para América Latina de lo que fue para Europa.

Visto así el personaje, parece no ser otra cosa sino el hombre común de nuestro tiempo. Pero el hombre común que piensa, es en nuestro tiempo una figura que tiene en sí mismo sus vorágines y abismos, y que ha visto lo que no vieron ni los más juliovernescos abuelos. En buena parte, nuestra generación ha sido una generación como hebrea, de desterrados.

Antes, al díscolo, lo fusilaban, y ahí terminaba el proceso. O lo echaban a la cárcel, y hacía el viaje de la cárcel al olvido. En nuestro tiempo comenzó lo de perder la tierra firme de la patria, y echar a rodar por el mundo, a recordar. A ver a Venezuela desde Santiago de Chile, o desde el otro lado del Atlántico. Una Venezuela en un mundo sacudido por las diabólicas invenciones del mágico siglo XX, al cual le quedó estrecho el molde de la razón, y lo reventó.

Cuenta Picón Salas su propia historia —y contándola está contando la de mil estudiantes de su tiempo— porque “contar historias es un entretenimiento liberador para el cansancio del hombre”. No puede esquivar la ironía. Se ha movido tantas veces por las cornisas de los abismos, ha visto tanto monstruo vestido con tan diferentes libreas, que no puede menos de sostener el hilo de un melancólico callado humorismo... que devana con dedos de maestro irremediabilmente iluso. En la rima, surgen nombres simbólicos de la lucha eterna: Bolívar, Miranda, Bello, Martí, Darío: cada uno, una epopeya, un romance, un poema. En la noche, los fantasmas: Juan Vicente del Cuaternario, o la expresión típica del general Alcántara cuando dice a su ministro que le enseña la nueva constitución: “¡Qué brutos son los hombres de talento!”. Luego llegan de ultramar las diabólicas invenciones a lo Hitler cuyo aliento de azufre penetra en los pulmones de ciertos americanos hechos para respirarlo. Todo esto es más drama del que imaginan quienes se han convertido en censores de la generación que aún piensa en la libertad como cosa buena. Con el libro de Mariano Picón Salas por delante, me decía Fernando Díez de Medina: «Entre Camus y Picón Salas, me conmueve más Picón Salas». Y así es, Picón relata nuestro drama, lo profundiza, lo desmenuza, lo enseña. Picón explica las soledades de quienes piensan veinticuatro horas al día en su tierra y en sus gentes, y les queda faltando día para pensar. Las cosas que no pueden abandonarse ni dormidos, ni despiertos.

Y explica la situación del intelectual, que por fuerza ha de ser siempre heterodoxo: “Pagué siempre caro mi menosprecio a la rutina”. “El intelectual frecuentemente pretende lo que pocas veces aceptan las religiones dramáticas y los dogmáticos partidos políticos, el derecho inalienable a la herejía...”. Lo patético está en que el intelectual de nuestra América y de nuestro tiempo, no insurgió para hacer paradojas y deslumbrar con su ingenio. Llegó con ánimo de constructor. Con la experiencia de que había repúblicas en derrumbe que enderezar con el deseo de ayudar a hacer los capítulos que se le quedaron trancos a los

Mirandas, a los Bolívars, a los Martíes. Y esto, delante de pueblos que esperaban, necesitaban, deseaban, estaban dispuestos. (Arciniegas, 4 de agosto de 1959)

De suerte tenemos en la publicación de Cobo Borda (1987) la carta de contestación de Picón Salas, en la cual se nos abre el panorama de la significación de *Regreso de tres mundos* para su autor. En esta carta, del 7 de agosto de 1959, le agradece Picón Salas a Arciniegas su artículo, el cual le enviaron desde México. La gratitud, se lo hace saber el venezolano, es todavía más en cuanto le hace saber que su libro ha despertado reacciones molestas de “algunos alborotadores comunistas criollos” (p. 341). Con las siguientes palabras le recalca Picón Salas la gratitud: “Me han producido verdadera emoción sus palabras. Le va, pues, por ellas un reconocido abrazo” (p. 341).

El señalamiento de Mariano Picón Salas sobre la reacción de “los alborotadores comunistas criollos”, se refiere, seguro, al tratamiento que hace Mariano Picón Salas sobre la revolución en el capítulo ocho, titulado “La palabra revolución”. Dado que en lo sucesivo los capítulos posteriores al cinco corresponden ya al período de formación de Picón Salas en Chile, en nuestro recuento de la personalidad del intelectual venezolano a partir de sus autobiografías solo mencionamos el tema de pasada. Valga ahora complementar con algunos comentarios la segunda parte de *Regreso de tres mundos*.

Para dar alguna consideración sobre el tema, es importante precisar que, con casi sesenta años, el escritor que recuerda aquella época de luchas políticas de las décadas de 1920 y 1930 no es el mismo que las vivió. En el Mariano Picón Salas que decide plasmar sus recuerdos ya se ha acentuado la personalidad política que comienza a dar visos en aquella carta a Rómulo Betancourt del 20 de noviembre de 1933, y que se decantará en sus consideraciones políticas de 1962 de *Los malos salvajes*; es decir, una tendencia liberal hacia un latinoamericanismo, más que un comunismo teórico y militante.

La revolución social a la rusa llega para Picón Salas (1987) en un momento en que su espíritu se encuentra en proceso de tránsito hacia una sociabilidad completamente diferente a la de sus natales montañas en Mérida, en donde las mujeres aún soñaban con príncipes y héroes. Aquel mundo de ensueños, que “se descompuso por culpa de los socialistas y anarquistas”, contrastaba con la experiencia moderna más allá de la revolución.

Afuera de nuestras montañas y domésticas tiranías el mundo estaba cambiando terriblemente, y queríamos acercarnos para verle la cara. Queríamos ser gentes de la época, hundidos en ella, y no testigos añorantes de una provincia adormecida. Detrás de cada invento mecánico, de la perfección ya alcanzada por el cine y el fonógrafo, de los primeros ensayos de radiotelefonía, de las guerras y de los viajes en aeroplano, brotaban nuevas maneras de sentir o vivir. Detrás de los soldados que se dispersaron, se amotinaron o regresaron sin esperanza a sus aldeas al final de la Gran Guerra, surgieron demagogos y revoluciones que sacudirían al mundo entero. Brotaban países de nombres extraños y se derribaban dinastías. Profetas que antes casi nadie conociera, pero cuyas palabras y consignas se trocaban en versículo sagrado, iban a configurar la Historia. Se hablaba desordenadamente de Marx, de Lenin, de León Trotski. Muchas gentes salieron de un asilo nocturno o de un café de proscritos, a predicar la sublevación inverosímil. Para tratar de entenderla, consumíamos en la librería provinciana, y que el mismo ardor de los versos y las novelas los ya atrasados tomitos de una “Biblioteca Sociológica”. (pp. 172-173)

Cómo ya mencionamos antes, la entrada en el mundo fue para Picón Salas (1987) su exilio chileno. Estando en Valparaíso ya llamaba su atención las “reuniones al aire libre que promovían en cualquier plaza los grupos anarquistas” (p. 197). Son los años en que se destierra a Haya de la Torre y de la primera presidencia de Alessandri, pero también los años en que vence el Ejército Rojo y se consolida la Revolución, por lo que un puerto como Valparaíso es lugar privilegiado para participar de los acontecimientos.

Eran años de grande inquietud social y política y se esperaba alguna fórmula mágica que arreglara las contradicciones de la sociedad y el Estado. [...] Al frente, en la misma plaza, los anarquistas establecían su agresiva cátedra de Sindicalismo Revolucionario. Según ellos, llegaba a su extrema disolución la sociedad burguesa. La única esperanza sería un sindicalismo total donde estén sólo representados los auténticos trabajadores quienes, al organizarse y fortalecerse, harán nula toda coacción de los gobiernos. “¡Una sociedad sin Iglesia ni Policía, sin cárceles, ni la ley de bronce del salario; fundada en el libre acuerdo!”. “Y el proletariado, camarada, debe demostrar su fuerza invencible”. Periódicos, a veces muy bien redactados por intelectuales de Santiago que simpatizaban con los anarquistas, se vendían en la plaza. Los compraba, ávido de informarme —aun con toda la exageración y

patetismo propagandista— de una realidad de dolor e injusticia que sólo hasta ese momento había presentado.

¿Agonizaba efectivamente el mundo burgués y en el horizonte sólo se erguían las banderas rojas de una revolución incontenible? En esos días de tensa lucha, Valparaíso podía amanecer sin pan o sin los tranvías que cruzaban la ciudad y los balnearios de la costa, y los huéspedes de los mejores hoteles debían servirse por sí mismos porque estalló un comienzo de huelga. Mi sórdido patrón protestaba ya que también disminuía su clientela, y le parecía injusta prodigalidad pagarme un salario. Cargado de semejantes excitaciones, sintiendo la estrechez y mediocridad, simpatiqué con los agitadores, y el bombillo de la tienda permanecía encendido hasta alta noche para escribir mis monólogos. Una emoción social demasiado primaria, no inmune todavía de sentimentalismo y romanticismo juvenil, impregnaba los artículos que envié a la revista *Claridad* de Santiago y tuve la fortuna de ver publicados. (p. 197-198)

Pero Valparaíso no es Santiago. Sin dato alguno sobre el porqué del destino, llegar a Chile, más allá de lo ya mencionado, significa verse imbuido en un rico ambiente social, político e intelectual. No de gratis es el Chile de Gabriela Mistral y Pablo Neruda. La ciudad de Santiago, en plena renovación tras la victoria de Alessandri, se le abre a Mariano Picón Salas como un universo, muy distinto de Caracas y diametralmente opuesto a Mérida. Sobre todo, ese mundo se condensa en la Universidad de Chile. En este punto, es importante hacer una acotación sobre la idea de revolución de Picón Salas, ya que diferente a los de su generación, las ideas sociales que recibió son las que se divulgan entre los pasillos de la universidad, alimentadas por la experiencia de la realidad de cada estudiante, desde sus lecturas hasta sus condiciones nacionales, provinciales, sociales, económicas y culturales. Esta sociabilidad de izquierda dista mucho de aquella que forma a los jóvenes dentro de las jerarquías del partido, caso de Rómulo Betancourt. Por esto, es apenas natural que Picón Salas (1987) exprese su sentimiento revolucionario con las siguientes palabras:

Se pensaba, bellamente, en esos años del 20 y tantos que el ímpetu de reforma universitaria que había recorrido todo el Continente desde la Córdoba argentina hasta el México donde era Ministro José Vasconcelos, no sólo nos haría más sabios y justos, sino contribuiría a modificar la áspera realidad de tiranos y tierras intervenidas, que era la de toda la América Latina. Nunca como en esos años tuvimos el deseo de ser más generosos. Pensábamos que

otra generación de la Independencia habría de encontrarse, para restablecer la unidad de nuestro perdido destino continental. Cada estudiante que asaltaba la apasionada tribuna quería ser por un momento el nuevo Bolívar, el nuevo Martí. Padeíamos por toda la América de nuestra sangre, fuese la de la Revolución mexicana o la Nicaragua de Sandino. (p. 203)

Las anteriores son las consideraciones previas al capítulo mencionado. Las mismas permiten entender el clima sociopolítico en medio del que desarrolla Mariano Picón Salas su actividad política en Chile. Al mismo tiempo, permite enmarcar la situación cultural en que se formaron una consciencia política los intelectuales en la primera mitad del siglo XX, con los aciertos y desengaños que la idea de revolución les imprimió en el carácter.

La revolución, tal y como lo expresa Mariano Picón Salas (1987) es directriz del entorno social en los años de entreguerras. Dicha directriz no puede circunscribirse únicamente a los movimientos de izquierda, sino que como lo afirma el autor “tanto las gentes de izquierda como las de derecha invocaron míticamente ese vocablo que les permitiría forjar de nuevo el mundo a su imagen y semejanza” (p. 224). La situación vital que se genera con el anhelo utópico, en el sentido de fuerza creadora de condiciones deseables, que contiene la idea de Revolución quizá no se vuelva a vivir como en aquellos años en que se podía esperar que un cambio estuviese a la vuelta de la esquina. Las fuerzas estaban alineadas, y los hombres estaban anímicamente dispuestos. Por un lado, eran los años dorados de la Revolución Rusa, de la formación del Partido Nacional Revolucionario de México, y por el otro de la crisis del capitalismo durante la Gran Depresión. Este momento de agitación de masas, que comenzaba a irrumpir en todos los ámbitos de la vida lo describe Mariano Picón Salas (1987) con las siguientes palabras:

Muchos retardaron para la llegada de la Revolución todo proyecto vital y aun interpretaban las cosas más comunes y cotidianas: unos días de zozobra económica, cualquier incidencia política, a la luz de una dialéctica demasiado abstracta que concatenaba los sucesos para desembocar en el estallido revolucionario con la previsión y determinismo de un fenómeno físico. ¿A qué darle tanta importancia a la cultura burguesa —decían muchos—, al Código Civil, a las instituciones políticas conocidas, a las normas morales, si todo eso cambiará torrencialmente cuando se inicie la Revolución? Hasta el amor que tenemos por una muchacha y nos produce tan dulce congoja será acaso distinto cuando la estructura de la

sociedad haya cambiado. El capitalismo se estaba destruyendo de sus propias contradicciones y podía compararse al barco zozobrando arrasado de un oleaje furioso. La marejada ha subido hasta el timón; paraliza las máquinas, desata el incendio y los pilotos sólo buscan en el océano la roca dónde encallar. Aun al fascismo que se había impuesto en Italia y amenazaba con más crueldad y furor en Alemania, no era para aquellos dialécticos sino el braceo del ahogado, la última máscara defensiva de la reacción que no podía ya vestirse con el traje de parlamentarismo, tolerancia y respeto de las minorías y disidencias, que usara en el siglo XIX. La época que venía —según ellos— era de la más acerada creencia, de dogmas y mitos rígidos que sacarán al hombre de su último diletantismo e indecisión, para disciplinarlo en la tarea colectiva. Y para que acaso fueran felices los hombres del siglo XXI nosotros deberíamos reglamentarnos, someternos a un nuevo sistema mental, adquirir la descarnada pasión fanática que nos faltaba. Robespierre y Lenin, aquel gélido y empolvado Robespierre, guillotina humana que nunca dudó de sus simples y feroces ideas y de su lamentable prosa, y Lenin el misterioso pasajero del tren blindado, que según los recuerdos de Trotsky pasó por las ciudades europeas sin recrearse en la belleza de una mujer o de las obras de arte, eran los nuevos arquetipos humanos. El ideal revolucionario debería formar gentes tan secas y austeras como los monjes de la “Trapa”. El “de morir tenemos” de los cartujos, se reemplazaba por un “AMRG”, “*ad majorem revolutionis gloria*” que nos obligaba a deponer todo impulso individual en nombre de las masas. (pp. 224-225)

Tanto en estas palabras recién citadas, como en lo sucesivo, se ve en Mariano Picón Salas (1987) una interpretación de la revolución como un proceso de tensión entre el individualismo, tan propio de la burguesía como del artista creador, y el hombre masa que vive en función del todo. Una pertenencia a la masa como ya lo habría teorizado Freud en 1921. Es la tensión que se encuentra en las novelas distópicas, tensión entre el individuo y el todo, que inauguran el nuevo género literario en la década de 1920 y que se mantienen hasta el día de hoy.

El problema está planteado para un escritor también en términos de una comparación estética, en que el arte hasta el momento creado por el hombre se sustituye por simples formulas dogmáticas o partidistas. Pero bien sabe señalar Picón Salas la diferencia entre la teoría y sus seguidores, y plantear el problema de la militancia de izquierda en América Latina:

Porque la visión de la Historia para los marxistas más rudimentarios, que ni siquiera leyeron a Marx, y se contentaron con Bujarin, se trocaba en rígido esquema determinista, en estrecha Teología de predestinación que dividía a los grupos humanos entre réprobos y elegidos. Mi choque con esa elemental literatura revolucionaria no procedía de que yo rebajara el sentido de la palabra Revolución —hubiera dejado de ser joven para dudar de ella— o de que creyese que el mundo estaba perfectamente bien hecho y los cánones y formas de vida de la burguesía eran insuperables. Reaccionaba tan sólo contra la tosca simplificación de la varia y maravillosa diversidad humana. Los propagandistas habían aprendido su doctrina en el librito de Bujarin y sometían todas las cosas a un esquema preestablecido, sin nueva curiosidad o pesquisa. ¡Cuántas gentes —aun políticamente— se frustraron por su incapacidad de contemplar las cosas distintas y suponer que el mundo se quedó en 1848 cuando el profeta Marx erigió su visión apocalíptica! ¿Pero el valor poético de toda apocalipsis no consiste en su posibilidad de interpretación? Desde el Libro de Ezequiel toda profecía se interpreta, y los exégetas la van adaptando a la fluida realidad. Ni los conceptos de “burguesía” o “proletariado” eran en nuestro siglo absolutamente equivalentes a como Marx los definió en el siglo XIX. Y la bestia negra del “capitalismo”, contra la que se dirigían todos los impulsos de la Revolución, no parecía ya de estructura tan simple como en la época del *Manifiesto comunista*. Entre el patrono explotador, ahíto de la plusvalía que añade a las cosas el trabajo, y la fatiga de los obreros explotados, actúan en la sociedad presente otras fuerzas más complejas embozadas en la Compañía Anónima o en las funciones de los técnicos. No se trataba de defender el capitalismo, sino de buscar para el hombre una liberación más radical que la de la Ley de bronce del salario. Y ninguna dictadura, aunque se llame la bendita y transitoria de los proletarios, puede establecer la libertad por la contradicción intrínseca de los términos.

Si ese marxismo de los propagandistas idealizaba al proletariado —como clase social— rebajaba al hombre, y confinándolo dentro del determinismo naturalista no suponía que pudiera superar las fronteras y los prejuicios de la situación económica para trascender a más alta esfera de creación, invención y utopía, como la que realizan la ciencia o el arte. ¿Era la filosofía de Spinoza la de un pequeño burgués menospreciado, o parecía más bien un grito de liberación y de coraje metafísico sobre la soledad humana, llámese noble, obrero o burgués? ¿Definimos todo el encanto de la música de Mozart o de la doble raíz —ingenua

y prometeica— de la poesía de Goethe, llamándola finales productos de la muriente cultura cortesana? ¡Y en la creciente e interminable lucha por la autonomía del hombre, y contra la opresión y miedo de las épocas más lóbregas cuando se achicharraban herejes y se ponía cadena perpetua al adversario, se empezó a conquistar la libertad política, la tolerancia para las ideas y el derecho a la disidencia! Ahora, en el mito de los más duros fanáticos, se nos invitaba a dar vuelta a la hoja; quería prescindirse de la cultura anterior y se sometía la humanidad a una nueva tabula rasa en que los jefes del partido o los novísimos inquisidores determinarían lo permisible y pensable. ¡No hagáis ruido; no perturbéis con un pensamiento heterodoxo el desarrollo de la revolución! “Hasta que no se extirpe la clase enemiga, el reclamo de libertad puede ser extremadamente peligroso”. ¿Y cuándo reinará la libertad; cuándo las gentes podrán estudiar por igual a Marx y a Santo Tomás de Aquino; cuándo escucharemos una hermosa música o disfrutaremos de un perfecto poema, sin necesidad de ponerles la etiqueta de “burgués” o de “proletario”? Cuando la situación histórica así lo permita y se haya realizado la “sociedad sin clases”. ¿Pero es que la libertad es sólo dádiva lejana que nos ofrezca un régimen o un momento de la Historia, o más bien terrible aventura afanosa, tan frágil como la vida, que es necesario salir a ganarse cada día? ¡Qué grave y espuria una libertad que se nos diera o limitara por decreto del Estado!

Pero ¿qué se hace con la libertad burguesa?, cuentan que dijo Lenin en un diálogo con el catedrático socialista español Fernando de los Ríos. Y don Fernando olvidó responderle que con ella se hizo, por ejemplo, la teoría marxista y los poemas de Heine, tan gratos a Carlos Marx. Dialécticamente, dentro de la libertad “burguesa” se engendró el marxismo, como será de esperar que éste, dentro de doscientos o trescientos años, genere otra teoría diferente. De otro modo negaríamos la dialéctica. Porque la idea de Revolución era para mí llegar mucho más lejos que a aquel hermético paraíso de bronce en que se trocó la llamada dictadura del proletariado. Negando la dialéctica, los intelectuales comunistas durante treinta años no quisieron perturbar los sueños y los planes del camarada Stalin. Y Stalin debía pensar —con autoridad de dogma— no sólo sobre política sino también sobre genética, filología y pintura. ¿No era, en territorio opuesto, lo mismo que decía el ministro de Justicia de Adolfo Hitler?: “Antes teníamos el hábito de decir qué es esto: ¿justo o injusto? Hoy la pregunta tiene que formularse de otra manera: ¿qué es lo que diría nuestro Führer?”. (pp. 226-228)

Es comprensible, leyendo la visión de Picón Salas sobre aquellos años de agitación y socialismo a flor de piel, la reacción que suscito *Regreso de tres mundos* en los más dogmáticos comunistas. Este planteamiento, no es otra cosa que una formulación narrativa de los ideales que le esbozó Picón Salas a Betancourt, y que lo alejarían de la militancia partidista, que en ocasiones usaría la palabra revolución como vehículo para satisfacer su ansia de poder. Además, estos pasajes citados *in extenso*, evidencian la doctrina liberal profesada por Picón Salas, engendrada quizá en su rechazo a todo tipo de dictadura, como la militar de Juan Vicente, que lo acerca a personajes como Santos o Arciniegas. En Mariano Picón Salas triunfó el espíritu del artista creador por encima del artista comprometido con el partido. Otro capítulo de la dicotomía entre el intelectual y el hombre de acción, a lo Pancho Villa, tan difícil de conciliar.

Al igual que con *Viaje al amanecer*, *Regreso de tres mundos* también tuvo su tribuna en los medios intelectuales del país. No solo la reseña antes señalada de Arciniegas, sino también mediante la publicación del primer capítulo, “Adolescencia”, en la importante revista *Mito*, de Jorge Gaitán Durán, en el número 14 de junio de 1957. Finalmente, es importante mencionar que el libro fue reseñado por Agustín Rodríguez Garavito en enero de 1961 en su “El mundo del libro” del *Boletín cultural y bibliográfico*.³⁹

Volviendo a la carta de Picón Salas a Germán Arciniegas, a propósito de su reseña sobre *Regreso de tres mundos*, le pide el escritor venezolano al colombiano una recomendación para la distribución de sus artículos para periódicos en América Latina:

Veo que Ud. escribe con constancia y maestría en numerosos diarios hispano-americanos. Si yo pudiera también lo haría para alguna cadena de periódicos. Me están bullendo los temas. Si en algún momento Ud. Puede recomendarme a la empresa que distribuye sus artículos para poder enviar algunos míos se lo agradeceré mucho. Creo que algo tenemos

³⁹ En el *Boletín cultural y bibliográfico* fueron también reseñados sus *Ensayos escogidos* (1958), publicados por la editorial chilena Zig-Zag, también por Rodríguez Garavito en el Vol. II No. 5 de 1959; y *De la Conquista a la Independencia* (1944-1950), por Ángela Marcela Airó en Vol. I No. 1 de 1971.

Sobre las reseñas que se hicieron de Mariano Picón Salas, hay que destacar que la primera que se registra es una de John Gómez R sobre el libro *1941. Cinco discursos sobre pasado y presente de la nación venezolana* (Caracas: Edit. La Torre, 1940), para la *Revista Universidad de Antioquia* (septiembre-octubre de 1940, No. 42, 331-332). Por su parte, en *Lecturas Dominicales* de *El Tiempo*, aparecieron reseñados los libros *Pedro Claver, el santo de los esclavos* (1950) por Henrique González Casanova (14 de enero de 1951) y Ricardo Latcham (18 de febrero de 1951); *Obras Selectas* (1953) por Bernardo Téllez (25 de abril de 1954); *Los días de Cipriano Castro* (1953) por Benjamín Carrión (21 de marzo de 1954).

que pensar y opinar con nuestros años y nuestras canas en este debate del mundo que cada día parece ponerse más trágico. (Cobo Borda, 1987, p. 341)

Además de esta recomendación, corresponde Picón Salas las palabras de Arciniegas sobre *Regreso de tres mundos* con algunas sobre *América mágica*. Más allá de los elogios al libro, que califica de “encantador”, Picón Salas le crítica a Arciniegas la visión que plasma de Bolívar, la cual no se corresponde con otras visiones de personajes históricos como las que el colombiano hace de un Cuauhtemoc, Martí o Benito Juárez, de las cuales dice el venezolano que “nunca se dijo nada mejor y más conciso”. El comentario de Picón Salas sobre el Bolívar de Arciniegas resulta sumamente interesante, sobre todo teniendo en cuenta que al colombiano se le ha criticado por sus planteamientos sobre Bolívar en trabajos como *Bolívar, el hombre de la gloria* (1983, Bogotá: Editorial Tercer Mundo) y *Bolívar y la revolución* (1984, Bogotá: Planeta). Este último libro lleva por subtítulo “Fue el guerrero del siglo. Esa es toda su gloria”. No solo Gutiérrez Girardot en el artículo ya mencionado, “*Dulce et decorum est pro patria mori...*” (1995), cuestiona la visión santanderista de Arciniegas sobre Bolívar, sino que un historiador tan relevante para Venezuela y América Latina como Guillermo Morón, en el prólogo que hace a la edición en gran formato de *Comprensión de Venezuela* (1987), publicación de la corporación Petróleos de Venezuela (PDVSA), se refiere al intelectual colombiano en los siguientes términos:

Don Germán Arciniegas es un sistemático antibolivariano, como lo ha demostrado en todas las páginas donde se tropieza con la figura de Bolívar y con la Venezuela histórica. Esa pasión santanderista del famoso escritor de la hermana República ha sido sistematizada en un innoble libro reciente. (p. XIII)

El libro reciente al que se refiere Morón (1987) es justamente *Bolívar y la revolución*. Podría decirse que el antibolivarianismo que le achaca Morón (1987) a Arciniegas ya había sido intuido por Picón Salas en la carta del 7 de agosto de 1959 al referirse a *América mágica*:

Quizá le discutiría su visión de Bolívar. ¿No lo pinta Ud. como demasiado cesarista, o acaso en la concisión de sus páginas sobre el Libertador no alcanza a medir el lector corriente aquella tragedia vivida por él, entre la civilización, a la europea, que él hubiera querido y la desgredada anarquía americana? (Cobo Borda, 1987, p. 341)

Bien le hace saber Picón Salas a Arciniegas que esta es una opinión personal, ya que, como se puede leer a lo largo de este trabajo, la figura de Bolívar es central en el latinoamericanismo de

Picón Salas. La contradicción para los intelectuales venezolanos del proyecto republicano que se llamó Colombia, la Gran Colombia la rebautizaron, está marcada por las contrapartes de Bolívar y Santander, las cuales marcaron cada una la identidad de las repúblicas separadas de Colombia y Venezuela. En Colombia Santander se impuso en el liberalismo de Santos y Arciniegas. En Venezuela, al día de hoy, Bolívar sigue siendo el padre y protector de la patria. Esta contradicción en la que se enmarca Picón Salas y Arciniegas, es expuesta por Morón (1987) de la siguiente manera:

En América Latina hay escritores que examinan la historia y el alma de sus pueblos en busca de las raíces comunes, de las vertientes espirituales que pudieran permitirnos la deseada unión, la capacidad de vivir en paz los unos al lado de los otros. Quien lea seguido todas las numerosas páginas de Mariano Picón Salas sobre el destino de nuestros países mestizos, de nuestra cultura común, encontrará ese calor especial que el autor pone a la escritura, no sólo en busca de identidad, sino tratando de desbrozar caminos para el encuentro. Bolívar quiso recuperar la unidad perdida con la creación de la República de Colombia. Santander no entendió aquella voluntad creadora y no quiso participar en la obra política, fundadora, de Bolívar. Don Germán Arciniegas es heredero y legatario intelectual de la disolución, de la separación, de la decisión colombiana de agredir a Venezuela en forma sistemática, sin tomar en cuenta que Venezuela ha sido paciente, consecuente con Bolívar, firmó el Tratado de 1941 tan perjudicial para nuestros intereses, mantiene a la gente huida de Colombia acosada por la persecución de los amos del poder y del dinero, acosada por el hampa, acosada por el hambre, la vieja nobleza del pueblo venezolano que quisiera, más bien, ver de nuevo realizado el sueño de Bolívar, colombianos y venezolanos en una sola Nación, un solo Estado, la República Federal Bolívar. Acojo aquí, en esta discreta memoria sobre el gran escritor Mariano Picón Salas, su dolor, expresado con caballerosa y honesta frase, frente a la estocada de Arciniegas en su, en efecto, hermoso libro *América Mágica*. (p. XIII)

Que quede en este punto el comentario sobre la distancia ideológica de ambos escritores frente a Bolívar, distancia inexistente en lo que respecta a la idea y valoración de la libertad como principio fundante o imperativo categórico. No vale la pena ni es justo enemistar a dos muertos que en vida se manifestaron afecto, respeto y admiración.

Finalmente, la carta de Picón Salas a Arciniegas termina refiriéndose al asunto sobre la posibilidad de una beca de la UNESCO para Emma Reyes. Al respecto, refiriéndose a Téllez, le manifiesta que pondrán “el mejor empeño”, sin embargo, le informa que ese tipo de becas deben ser solicitadas directamente por el Estado colombiano.

En respuesta, Germán Arciniegas en carta del 11 de agosto del mismo año, le escribe sobre los cuatro temas que vienen hablando, *Regreso de tres mundos*, *América mágica*, la distribución de los artículos y Emma Reyes.

Sobre el primero de los temas, Arciniegas le manifiesta al intelectual venezolano su alegría por el buen recibimiento de la reseña publicada en *Excelsior*. Sobre el asunto simplemente le manifiesta: “En realidad no alcancé a dejar en ella sino una mínima constancia del entusiasmo con que lo he leído” (Picón, D., 2004, p. 382). Sobre el asunto de Emma Reyes, la respuesta se reduce a: “Sobre lo de Emma Reyes he estado escribiendo a Bogotá” (Picón, D., 2004, p. 383). En lo que respecta al comentario de Picón Salas sobre *América mágica*, las palabras de Arciniegas, luego de lo que antes expusimos, puede sonar tal vez a disculpa:

Como es obvio, no me halaga menos la impresión que ha sacado de América Mágica. Es muy posible que usted esté en lo justo cuando habla de la jerarquía de los capítulos y se entusiasma más por el de Juárez, por ejemplo. En el caso del de Bolívar, el asunto es complicado. Hay tantos Bolívares que la escogencia es difícil y yo tengo una tendencia, que según Téllez es una obsesión, a acentuar demasiado el Bolívar Libertador en contraposición a todos los demás. Pero creo que no debemos olvidar nunca la manera como explotaron al otro Bolívar, sujetos como Juan Vicente (Gómez) en Venezuela o Mariano Ospina Pérez en Colombia. Al tomar yo de Bolívar solo el de Diciembre caí fatalmente en ese crepúsculo teñido de amarguras en donde el Libertador ya no se movía sino bordeando abismos, los más tenebrosos de su vida mortal. (Picón, D., 2004, p. 382)

De nuevo, la visión de Arciniegas sobre Bolívar es tema de otra crítica. Esta carta de Arciniegas toca dos temas más que son de vital importancia para la historia intelectual: las relaciones alrededor de las traducciones y la distribución de publicaciones mediante agencias. Estos dos nichos son todavía campos que están por explorar dentro de la historia intelectual. El tema de las traducciones viene a ser tocado en la carta por un comentario sin ninguna relación sobre el particular de lo expresado por Picón Salas en las fuentes a disposición. Sin embargo, puede

especularse que exista una comunicación intermedia entre las cartas mencionadas en que Picón Salas inste a Arciniegas a una traducción de *América mágica* en Londres. En este posible contexto, es que Arciniegas le hace la siguiente solicitud a Picón Salas: “Dígame la dirección exacta de los Editores de Londres, pues en realidad si hubiera alguna posibilidad para la traducción inglesa allá, me gustaría muchísimo. Hoy prefiero buscar ese contacto en Inglaterra que el que ya he tenido de tiempo atrás con los Estados Unidos” (Picón, D., 2004, pp. 382). Finalmente, en lo que respecta a la respuesta de Arciniegas sobre la recomendación que le pide Picón Salas para la distribución de sus artículos, este le responde:

Sobre la posibilidad de distribución de sus artículos no existe si no una agencia que es de primer orden. Se trata de la AMERICAN LITERARY AGENCY - 11 Riverside Drive - New York 23, N. Y.- que dirige una de las más nobles personas que he conocido en mi vida, J. M. Juliá. La dificultad con la Agencia está en que hoy se encuentra supersaturada y hace más de un año que no acepta ninguna colaboración nueva. Pero como da la circunstancia de que acaba de morir Vasconcelos y Araquistain, a lo mejor haya la oportunidad. Escríbale Usted, que yo por mi parte ya lo había hecho de propia iniciativa. (Picón, D., 2004, p. 383)

Sin duda, este dato suministrado por la correspondencia entre Mariano Picón Salas y Germán Arciniegas es una mina de oro para la historia intelectual, ya que muestra la forma en que se distribuían los artículos de los más importantes intelectuales en diferentes medios latinoamericanos en un contexto en que el periodismo todavía significaba un baluarte de la cultura, de la opinión pública, de la formación y divulgación de ideas.

La siguiente carta del epistolario, enviada por Germán Arciniegas el 9 de febrero de 1960, se trata de una breve nota donde después del siguiente y particular saludo: “Acabo de regresar de Chile donde un millón de personas me han preguntado por Mariano Picón. No tengo para que decirle que allá creen que usted es chileno y que no lo olvidan” (Picón, D., 2004, p. 383), le informa sobre el envío de la compilación que publicó en Argentina sobre Andrés Bello, precedida de una presentación, titulado *El pensamiento vivo de Andrés Bello* (1946, Buenos Aires: Losada).

De paso por Colombia encontré un ejemplar de mi libro sobre Don Andrés Bello, y de acuerdo con lo que conversamos cuando estuvo por acá, se lo envío para ver si es el caso de aprovecharlo para la edición francesa de la UNESCO. Se lo remito por paquete separado. Escríbame, no me olvide y reciba un abrazo cariñoso.

Germán Arciniegas

P. S. Cuando vuelve a Roma? Aquí lo esperamos siempre. (Picón, D., 2004, pp. 383-384)

Sobre la publicación de algún libro o trabajo de y sobre Andrés Bello en la UNESCO, lo más cercano que encontramos es libro *Andrés Bello en la UNESCO: homenaje de la Delegación Permanente de Venezuela en el centenario de su muerte* (1965, Paris: Imp. de Province), correspondiente a un discurso de Juan Oropesa.

Finalmente, aparece en el epistolario un último cruce de cartas entre Mariano Picón Salas y Germán Arciniegas de 1962. En estas cartas se encuentran datos relevantes sobre la relación intelectual en cuanto a crítica literaria, pero también frente a medios de publicación. La primera carta, de Germán Arciniegas a Picón Salas el 30 de abril, indica la mediación del intelectual colombiano ante la editorial Sudamericana para la publicación de *Los malos salvajes*, aparecido ese mismo año. Es de recordar que en esta editorial fue donde Arciniegas publicó obras como los dos tomos de *América mágica*.

Me parece estupenda la idea de publicar “La sociedad de los malos salvajes” en la Editorial Sur Americana. Les voy a enviar ahora mismo una carta cuya copia le acompaño. Creo que tiene usted mucho más derecho que ningún otro para que se le abran las puertas de esa Editorial. (Picón, D., 2004, p. 383)

En efecto, el libro de Picón Salas salió publicado en 1962 en Sudamericana, importante editorial argentina que regentaba Antoni López Llausàs. Sobre publicaciones de ese mismo año, Arciniegas comienza la carta felicitando a Picón Salas por la publicación de la segunda edición, corregida y aumentada, de sus *Obras Selectas* en Edime: “Ante todo un millón de gracias por la preciosa edición que le ha hecho EDIME, tal como se lo merecen los libros allí recogidos” (Picón, D., 2004, p. 383). El obsequio que le agradece Arciniegas, libro impreso en papel biblia y que consta de 1465 páginas, se encuentra en el Fondo Arciniegas de la Biblioteca Nacional. En él se puede leer la siguiente dedicatoria: “A Germán Arciniegas, en el afecto y admiración de su viejo amigo / (Fdo.) M. Picón Salas”.

Finalmente, esta carta tiene un comentario bien interesante dentro de la historia intelectual de América Latina de la década de 1960, atravesada por el triunfo de la Revolución Cubana en 1959. Como es de esperar, esta revolución levantó una escaramuza en ese liberal de oro que es

Germán Arciniegas, por lo que su comentario de sospecha e intriga sobre Arnaldo Orfila Reynal a Mariano Picón Salas es apenas comprensible:

Si usted de casualidad ha recibido la carta circular de Orfila Reynal sobre Cuba, en donde resulta que en La Habana hay una alegría y un stand de vida que no ha conocido ninguna otra ciudad del mundo, verá hasta que punto está en lo cierto cuando piensa que esa noble Editorial Mejicana entra en un plan de abierta definición de partido. (Picón, D., 2004, p. 385)

La editorial mexicana a la que se refiere Arciniegas es el Fondo de Cultura Económica (FCE), la cual fue dirigida por Orfila de 1948 a 1965. Es abiertamente conocida la simpatía del editor argentino con la izquierda y con la Revolución Cubana, al punto de que en 1961 publica en el FCE dos ediciones de la polémica obra del sociólogo estadounidense Charles Wright Mills, *Escucha Yanqui: la Revolución en Cuba*. Las simpatías de Orfila, que se volvieron insostenibles para el gobierno mexicano y su editorial, llevaron a que una vez fuera de su cargo el editor argentino, con el apoyo de múltiples e importantes intelectuales de América Latina, fundara la editorial Siglo XXI, referente hasta hoy de la publicación de libros de izquierda.

La carta de respuesta de Mariano Picón Salas, del 9 de mayo, se centrará únicamente en una consideración sobre la obra de Germán Arciniegas: “Querido Germán: / Muchas gracias por su carta del 30 de abril, por la recomendación de López Llausás y por el obsequio de su segundo volumen de ‘América Mágica’ dedicado a las mujeres” (Picón, D., 2004, p. 385). Si el envío del libro *Regreso de tres mundos*, y los comentarios de Arciniegas sobre él, llevaron a un intercambio intelectual con una respuesta de Picón Salas sobre el libro *América mágica*, en esta ocasión el intercambio y las cortesías intelectuales de comentar la obra del otro no serán distintas. En esta ocasión, su pequeña consideración sobre el segundo volumen de *América mágica* volverá a reivindicar una figura venezolana. Sobre el libro le hace saber Mariano Picón Salas a Germán Arciniegas lo siguiente:

Ya lo he leído con la delectosa(sic) facilidad que usted logra transmitir a cuanto escribe. Algunas de las biografías del libro tienen el valor de verdaderos descubrimientos. Pocas veces se dice tanto en tan justas y gratas palabras. Me hubiera gustado —que usted incorporara a su gran galería femenina, una figura tan grácil como la de nuestra Teresa de la Parra. Las últimas cartas que se han publicado de Teresa contribuyeron a fijar el retrato

de su curiosísima personalidad. Me parece un clásico del idioma porque tiene el arte extraordinario de escribir como se hablaría en la mejor y más animada conversación. Sus admiradoras americanas que serán también las de Teresa, le agradecerán mucho que usted alguna vez la recuerde. Otra impresión muy grata que me da su libro es que usted no sólo evoca una América Mágica sino lo que es más difícil: la propia intimidad de nuestra vida. Lo felicito de nuevo, muy cordialmente, por esta obra tan bien lograda. (Picón, D., 2004, p. 385-386)

La mención de las cartas publicadas de Teresa de la Parra no es gratuita ya que la edición de estas, hecha por la librería Cruz del Sur en 1951, fue prologada por el mismo Mariano Picón Salas. Este prólogo fue conservado en la muy bella primera edición de las *Obras Completas* por Editorial Arte de Caracas en 1965.

No falta más que mencionar sobre la relación intelectual entre Mariano Picón Salas y Germán Arciniegas, que el intelectual venezolano fue un colaborador constante en los proyectos intelectuales del colombiano, ya que no solo en *Revista de América* publicó, además de los ya mencionados, los ensayos “Esquema de Venezuela” (1948), “Un filósofo en busca de acuerdo” (1949), “Del optimismo a la previsión económica” (1949), “El poeta suicida” (1949), “Trabajos sobre Bello” (1949), “La Eva de Tlatilco” (1950), “Bernard Sahw en el tiempo pasado” (1950), “La cultura francesa y nosotros” (1957); sino que también colaboró con la revista anticomunista *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura* (1953-1965, París) con los artículos “En torno al ensayo” (1954), “Aproximación a las crisis. Historia y vida. Nota primera” (1955), “Menéndez y Pelayo leído otra vez” (1956), “Venezuela: Caracas, 1957” (1957), “Imagen del Brasil” (1959), “México en Octavio Paz” (1960), “Letra de Alfonso Reyes” (1960), “Un retrato en la geografía” (1962), “América Latina: Vecindad y frontera. Mitos y formas del subdesarrollo” (1962), “¿Cuál es el futuro de la UNESCO?” (1963) y “La aventura venezolana” (1964).

VI. *Sábado*, o el periodismo liberal postsantista

Editor, adoraba la imprenta, la tinta, el olor de las frescas resmas de papel, el olor de los ácidos y químicos del rotograbado, el rápido jadear de las máquinas de medio pliego y el acompasado y poderoso estrépito de una rotativa en marcha, y el tintineo ligero o como campanillas de un trineo en la nieve, de los

linotipos; el golpe de una cuchilla de una máquina retiladora cuando cae sobre pilas de revistas, frescas como panes recién salidos del horno, en los grandes galpones alumbrados con neón.

(Mendoza, 2013, p. 79)

Al referirnos al periodismo postsantista hacemos referencia a la prensa que surgió después del mandato de Eduardo Santos y hasta la retoma del poder por los conservadores en 1946. Es decir, no lo planteamos como una superación del paradigma periodístico que significa *El Tiempo*, sino del periodismo que surge en un contexto en el que ya el liberalismo había gobernado por tres períodos constitucionales consecutivos y en que parecía hegemónico, en términos sociopolíticos. Sin duda, los medios periodísticos y culturales que surgieron en estas condiciones eran muy diferentes de los que tuvieron que batallar contra la hegemonía conservadora desde antes de la Regeneración. Así, medios como el semanario *Sábado*,⁴⁰ de Plinio Mendoza Neira y Armando Solano, tendrán, independiente del enfoque periodístico, una factura muy diferente de diarios como *El Espectador* y *El Tiempo*, incluso del revivido *El Liberal*, al frente del cual estaban Alfonso López Pumarejo y Alberto Lleras Camargo que buscaban no quedarse a la zaga de Eduardo Santos, que estaba acaparando las afinidades del liberalismo. Trae Plinio Apuleyo Mendoza (2013), en la biografía de su padre Plinio Mendoza Neira, al describir aquella época, una excelente idea lo que vivía el liberalismo en la década de 1930 y primera mitad de la década de 1940: “Aquellos años fáciles de la república liberal, / en que no había enemigos a la izquierda, se hablaba mucho de la democracia, y los dirigentes conservadores de la oposición eran pintados con una esvástica en el brazo” (p. 81). En este sentido, afirma Óscar Torres Duque (1991), en un valioso artículo titulado “*Sábado: crónica de un semanario democrático*” (1991), que:

Sábado apareció por primera vez el 17 de julio de 1943; es decir, en el comienzo del ocaso de la República Liberal. La ubicación viene al caso porque, si bien muy lejos del espíritu partidista y del sectarismo, el semanario surge como manifestación del entusiasmo democrático del liberalismo gobernante. (p. 41)

A la par de un periodismo postsantista, y con el mismo enfoque, se podría hablar de un liberalismo postsantista. Es decir, nuevos espacios dentro del Partido Liberal diferentes a los

⁴⁰ Es importante aclarar que aquí solamente haremos referencias a *Sábado* en lo que respecta a la época en que fue dirigido por Plinio Mendoza Neira, es decir, desde 1943 hasta 1947.

dominados por Alfonso López Pumarejo y Eduardo Santo. En este sentido, una personalidad como Plinio Mendoza Neira será un buen ejemplo de ambas situaciones.

Al lado de Eduardo Santos, Germán Arciniegas y Roberto García-Peña, por un lado, y de Alfonso López Pumarejo y Alberto Lleras Camargo, por el otro, no se podría decir que dentro del liberalismo la figura de Plinio Mendoza Neira era menor. El nacido en Boyacá es recordado hoy como líder de otro bando del liberalismo —aunque hubiese apoyado a Turbay en la elección de 1946—, de un liberalismo diferente al de Santos-Arciniegas-Turbay y al de López-Lleras. Se destacó Mendoza Neira en el bando que tenía a la cabeza a Jorge Eliécer Gaitán, bando que significaba una renovación del liberalismo, otra forma de la política que tenía su ser en el contacto con los electores, en el discurso de plaza y la conversación en la calle. De la relación entre Plinio Mendoza Neira y Jorge Eliécer Gaitán, más allá de todo lo relacionado con la muerte del caudillo liberal, que tiene una buena versión en el libro de Plinio Apuleyo (2013), cuyo espectador presencial fue el mismo Neira, se conserva una bella fotografía del importante fotógrafo colombiano Leo Matiz en la Colección de Arte de la Biblioteca del Banco de la República Luis Ángel Arango, en la que aparece Jorge Eliécer Gaitán con Darío Echandía y Plinio Mendoza Neira en la oficina del caudillo.⁴¹ Es de recordar que Echandía y Neira jugaron un papel en el gobierno de la unidad de Mariano Ospina Pérez tras el asesinato de Gaitán.

Como un político de calle y plaza lo retrata el mismo Plinio Apuleyo Mendoza, hijo de Plinio Mendoza Neira, en su libro *El país de mi padre* (2013). Vale la pena recurrir de nuevo a lo que de la intimidad nos cuenta esta biografía-autobiografía, aunque no la del padre sino del hijo con relación a este, para trazar un perfil de este intelectual de la vida política.

El libro de Plinio Apuleyo resulta interesante desde el primer momento, porque vuelve a aparecer el nombre de Otto Morales Benítez, esta vez como prologuista. En este prólogo, Morales Benítez (2013) perfila a Mendoza Neira como un caudillo moderno capaz de movilizar ideológicamente las bases populares:

Mendoza Neira, hay que declararlo de inmediato, era un incitador de nuevas posturas en la acción pública; tenía confianza en el porvenir del partido, en la capacidad de transformación

⁴¹ La fotografía se puede visualizar en el siguiente enlace:
<https://colecciones.banrepcultural.org/document/coleccion/63a069225d96b8790f36d9e8>

de su pueblo, y confiaba en el razonamiento como una de las condiciones de su inteligencia. [...]

Plinio Mendoza Neira era un boyacense con las virtudes de su gente: inteligencia beligerante; vocación de alineación; fidelidad a las ideas; sentido histórico, que era herencia normal de la evolución de sus luchas.

Plinio Mendoza Neira, como hombre joven de la inteligencia de la nueva Colombia, asumió la Jefatura del Partido. Renovó las tácticas, cambió los sistemas de comunicación con sus gentes, aglutinó nuevas —demasiadas— gentes que antes eran indiferentes a la suerte del liberalismo y de la República. Comenzó a visitar los pueblos y las veredas. Sostenía diálogos con muchas o pocas personas, repasaba los grupos que estaba disciplinando. Era un líder, sin dudas, en la misión que cumplía.

Su nombre —Plinio Mendoza Neira— crecía entre los liberales de Boyacá y ya tenía un prestigio entre los grandes dirigentes nacionales. Reconocían en él su carácter de gran orientador. Se hablaba de que un nuevo caudillo se imponía en su tierra, que se proyectaba sobre las demás regiones de la patria, se despertaba con adhesiones populares en cada nuevo amanecer. Cambió el modo de hacer proselitismo; llevó tesis doctrinarias a pueblos, campos y veredas; lució una nueva y elegante manera de vestir.

La gente comentaba: Boyacá y el liberalismo asisten a su cambio de mentalidad política, de sentido de la táctica y de la elegancia de comportarse los jefes frente a la comunidad. Y ello se le debía a Plinio Mendoza Neira. (pp. 9-12)

Antes de convertirse en mano derecha de Gaitán, Mendoza Neira participó del gobierno liberal de Alfonso López Pumarejo, y podría decirse que fue hombre fundamental para que el proyecto no se truncara anticipadamente ante las rabiets de Laureano Gómez. En primer momento, su actitud y movilización en Boyacá le ganaron un puesto como Contralor General de la Nación. De su gestión, destaca Morales Benítez (2013) la modernización que le imprimió al ente regulador generando informes que permitieron un mejor panorama fiscal del país. Además, plantea el prologuista que: “Se empeñó en hacer un repaso de las diferentes regiones. Él sostenía que sin una apreciación exacta y determinada del contorno nacional no se pueden aplicar recursos fiscales con eficacia” (p. 15).

Más relevante fue su papel como Ministro de Guerra, en el cual le tocó sortear la reacción del conservatismo ante el gobierno de la Revolución en Marcha. Con acierto de prologuista, Morales Benítez (2013) apenas introduce el tema: “López Pumarejo nombró a Mendoza Neira Ministro de Guerra, en un momento de excepcional peligro para el régimen. El conservatismo con el impulso de su jefe, Laureano Gómez, preparaba un Golpe de Estado” (p. 16). Para relatar el suceso tiene Plinio Apuleyo mejores fuentes. Aquí es donde el libro comienza a tornarse interesante en lo que se refiere a historia nacional.

Solo un hombre venido de la provincia, con el temperamento de provincia, podía salvar a un gobierno de un golpe de Estado. Un hombre que conociese el país y sus dinámicas, que conociese cómo se hacen los negocios y se arreglan las cuentas en una cantina o un billar. Es por eso que la anécdota de cómo Mendoza Neira frustró el supuesto intento de golpe de Estado de Laureano Gómez y los militares cercanos al conservadurismo resulta tan llamativa e interesante. Cuenta Plinio Apuleyo (2013) que un domingo recibió su padre una llamada del presidente López Pumarejo solicitando se dirigiese al Palacio de la Carrera, como le conocía antiguamente a la residencia presidencial, hoy Casa de Nariño, para tratar un asunto urgente.

allí estaba López, Alfonso López Pumarejo, en su alfombrado despacho del palacio de la Carrera con Alberto Lleras, su secretario, proponiéndole un ministerio estrambótico.

—Plinio, necesitamos que se haga cargo del Ministerio de Guerra.

Las cosas de López, pensó él.

Las cosas del viejo (viejo para ellos que sólo tenían treinta años). Sus audacias. Apartándose de los ceremoniosos patriarcas de cuello rígido que durante décadas habían llegado a las altas posiciones de gobierno tras largas, meritorias e inútiles carreras, López convertía en ministros de la noche a la mañana a periodistas jóvenes y bohemios de cantina y madrugada, a jóvenes abogados que se aburrían en el polvo y el calor de un juzgado de provincia o a señoritos bogotanos finos e inteligentes, que hasta entonces habían servido para tomar té con las señoras.

Todo eso era cierto, pero...

—Presidente, si quiere darme un Ministerio, deme el de Agricultura. Al fin y al cabo soy campesino. Algo conozco de los problemas del campo. Pero el de Guerra... —un

destello de humor le ardió en las pupilas—, nunca he sabido distinguir un capitán de un teniente.

López hizo un gesto de impaciencia:

— Eso se aprende en cinco minutos —dijo, hablando de aquella manera tan suya, lenta y en un tono en el que había siempre gramos de sorna, de fatigado desdén—. Cuénteles, como es la cosa, Alberto.

Lleras explicó:

Había una situación muy peligrosa en el Ejército, cuyos altos mandos, como era bien sabido, seguían siendo los mismos de la época de la hegemonía conservadora, viejos generales inamovibles, polvorientos, algunos considerados próceres de la guerra con Perú; muy godos, desde luego, decía Lleras.

(Flaco, alerta, muy joven, con un bigote fino, hablando con palabras escrupulosas, bien escogidas, subrayadas a veces por una sonrisa.)

... Hemos recibido informes muy confidenciales de que están preparando un golpe con los jefes del Partido Conservador. Un golpe de derechas, que se puede producir en cualquier momento...

... Los informantes, hombres de negocios conservadores (no podemos darte sus nombres, nos han pedido total reserva), saben de qué hablan: inclusive han cotizado para el golpe. Pero están asustados...

...El actual ministro no es obedecido ya por los generales. No le paran bolas. Es poco menos que un mono pintado en la pared.

Tal era la situación, pues.

— Bueno, ya sabe cómo es la cosa —dijo López al recién llegado, dejando caer las palabras con displicencia, como echando cubos de hielo en un vaso de whisky—. No es ningún chiste, simplemente nos quieren amarrar. Pero usted es enérgico, Plinio, y sabe lo que tiene que hacer. El decreto ya está firmado. Hágame el favor de hacerse reconocer por la tropa.

—Muy bien, presidente. (pp. 42-44)

La solución de Mendoza Neira no fue menos enérgica y mañosa que la virulencia que caracterizó al líder conservador Laureano Gómez. Solo con osadía se puede responder la osadía. Con rapidez el nuevo ministro trasladó, con cumplimiento en menos de veinticuatro horas, a los comandantes sospechosos de conjura a guarniciones lo más distantes posibles, al de Pasto a Cúcuta, al de Popayán a Bucaramanga, al de Cali a Santa Marta. Pero esta decisión solo buscaba confundir a los encumbrados militares, la verdadera solución debía buscar neutralizar a las cabezas políticas de la conjura. Para ello, cosa que parece salida de un libro de Gardeazabal, manda llamar Plinio Mendoza Neira a un grupo de pistoleros y bandidos de Boyacá, a los cuales les encarga la vigilancia, más aún, la escolta de los conservadores que se sospechaba dirigían la tramoya. Hablando al líder de los bandidos, cuenta Plinio Apuleyo (2013):

El ministro empezó a explicarle lo que esperaba de él y sus amigos.

—Unos veinte se quedan aquí, en el Ministerio. Sin hacer nada. Simplemente se pasean. Tranquilamente. Quiero que los vean. ¿Está claro?

Todos aprobaron en silencio.

—Los demás tienen una misión muy delicada. El ministro tomó una hoja de papel que tenía sobre el escritorio.

—Aquí hay una lista de los principales jefes conservadores con las direcciones de sus casas y de sus oficinas. Cada uno de ellos va a ser seguido por uno de ustedes —el ministro se inclinó hacia adelante—. Pero óiganme bien. No se trata de seguirlos con disimulo. Todo lo contrario. Quiero que los vean, que sepan que son seguidos.

El ministro se dirigió a Pardo.

—Arturito, me vas a dar tu palabra de honor: a estos señores no les va a ocurrir nada.

Pardo aprobó con la cabeza.

—Nada —repitió el ministro volviéndose hacia los otros—. Si los insultan, se dejan insultar. Si les dan patadas, se dejan dar patadas. Si les echan los perros, se dejan morder. Sin hacerles nada. ¿Me dan su palabra de honor?

—Sí, jefe —respondieron varios al tiempo.

—¿Palabra de buenos liberales?

—Sí, jefe. (pp. 50-51)

El remedio funcionó. Los Leopardos, el mismo Laureano, fueron intimidados por los bandidos de Mendoza Neira. Finalmente, el golpe de Estado no se produjo y en la historia nacional quedará el primer gobierno de López Pumarejo, el de la Revolución en Marcha, como un hito de gobierno social.

Sin embargo, la estrategia de Plinio Mendoza no fue merecidamente reconocida, sino que la misma energía que había reconocido López Pumarejo, y que fue probada a fuerza de salirse de las reglas de la oficialidad, fue la que produjo el temor en los dirigentes liberales y por la que fue traicionado por el mismo partido, mediante el llamado a un debate de control político en la Cámara de Representante por quien lo sucedió en la contraloría, el otro Lleras (Restrepo), primo de quien le había explicado la situación. A fuerza de intrigas Mendoza Neira salió del círculo de López Pumarejo y entró en el de quien con la famosa frase “Vengo a defender a un grande hombre de una grande infamia” lo defendió de la intriga, su amigo Jorge Eliécer Gaitán.

La carrera de Mendoza Neira, tras la conjura liberal y la muerte de su primera esposa da un giro, pues sale del foco de la opinión y por reconocimiento, o para sacarlo del país, Santos lo inaugura en la carrera diplomática. En el perfil diplomático que hace Plinio Apuleyo (2013) de su padre, destaca la relación que entabló con la cultura venezolana, pues fue desde la embajada donde comenzó a surgir un entusiasmo con el hermano país al que llegará exiliado años después de su misión diplomática:

El presidente Eduardo Santos lo envió como embajador a Centroamérica y luego a Venezuela.

Fue un estupendo embajador, a su manera. Detestaba el protocolo, las ceremonias, la hueca retórica de bandera e himno nacional, las condecoraciones y las notas de estilo, los rígidos funcionarios de carrera que sólo andan preocupados por mantener correctamente las solapas de su traje y no se atreven a ir al baño sin pedirle antes permiso a la Cancillería.

En vez de cosas tan inútiles, él prefería tomar contacto con las gentes vivas de un país, con los jóvenes políticos, los periodistas, los poetas trasnochadores, los irrespetuosos dirigentes universitarios. Con ellos se quedaba bebiendo hasta muy tarde, los acompañaba a dar serenatas a sus novias o a desayunar en alguna fonda al amanecer, sorprendiéndolos con su feroz vitalidad, el humor con que sabía imitar a la gente y a veces tomarle el pelo,

su sorprendente capacidad para apreciar un buen poema o una bella prosa, y el placer con que oía cantar a una muchacha.

Don León Cortés, presidente de Costa Rica, sería su amigo y compadre. (Se va quien ha sido hasta ahora el mejor consejero de mi gobierno, declaró tranquilamente don León, despidiéndolo.)

También de Medina Angarita, presidente de Venezuela, se hizo amigo y confidente político. A los dos les gustaban las riñas de gallos en las soleadas y alegres galleras de Aragua, beberse unos whiskies oyendo el arpa, los cuatros y las maracas del joropo,

y echarle un piropo divertido a una muchacha bonita.

Así, entre trago y trago, hablando sin rodeos y sin retórica (cosa que hacía de él un buen amigo de los venezolanos), muchas cosas, viejos problemas que llevaban docenas de años sin resolverse en el polvo de las cancillerías de los dos países, tuvieron rápida solución.⁴²

Se fue de Caracas en medio de tumultuosas despedidas.

Su sucesor, un viejo político de Popayán, de cabeza gris y modales ceremoniosos, parpadearía sorprendido viendo cómo, después de un almuerzo de despedida ofrecido por Medina Angarita y sus ministros a Mendoza, todos bromeaban, se empujaban y daban zancadillas en el prado, como muchachos de liceo,

y estaban empeñados en torear una novilla.

“Usted perdone, embajador —diría Medina al político de Popayán—, usted perdone, pero Plinio es como un hermano nuestro”. (pp. 76-77)

Plinio Mendoza Neira llegó a Venezuela en 1942, como lo afirma Ramón J. Velásquez (4 de julio 1993), presidente encargado de Venezuela en 1993, quien coincide con Plinio Apuleyo en mostrar la figura de Mendoza Neira como un embajador que “rompía todas las fórmulas de distancias, silencio y estiramiento de los anteriores diplomáticos”. El colombiano rápidamente trabó amistad, como lo expone Plinio Apuleyo en la anterior cita, con diferentes personalidades del

⁴² Es de recordar que para 1941 se firma el Tratado de Límites por parte de Colombia y Venezuela, por lo que los años sucesivos serán cruciales en el ámbito diplomático para que se consolide el acuerdo.

país. De esta manera, no es de extrañar el comentario de Morales Benítez (2013) sobre esta faceta del político liberal:

En los países donde ejerció el cargo se le recuerda porque descubrió y defendió la cultura colombiana. Lo mismo que despertó interés por muchos intelectuales de esos países que él divulgó y les dio el sitio de reconocimiento que merecían sus inteligencias. Como hombre de gobierno que era Mendoza Neira, en cada país adelantó tareas que le dieron estabilidad y proyección internacional a nuestras relaciones, que se ampliaron y fortificaron. (p. 16).

Si bien Plinio no tenía la posición y los recursos de Eduardo Santos, los compartidos vuelos intelectuales de Picón Salas y Arciniegas, o había sido el designado, como García-Peña, para dirigir esa monumental empresa periodística que era *El Tiempo*, no por ello sus méritos eran menores. Como lo comenta Ramón J. Velásquez (4 de julio 1993), palabras que afirman el comentario de Morales Benítez, Plinio Mendoza Neira hizo de la embajada de Colombia en Caracas un centro de reunión político-intelectual. Justo es allí donde posiblemente se gesta la cercanía entre el político liberal Plinio Mendoza Neira y el intelectual venezolano Mariano Picón Salas.

Aunque en la correspondencia compilada por Delia Picón no se encuentren cartas cruzadas entre estas dos personalidades, hay múltiples fuentes que nos sirven para delatar la cercanía. En cuanto a empresas intelectuales ya las iremos desarrollando, por lo pronto, es importante anotar que el nombre de Plinio Mendoza Neira aparecerá, sobre todo, en la tercera parte, cuando hablemos de la estadía de Mariano Picón Salas en Bogotá como embajador de Venezuela en Colombia. El político colombiano, por ejemplo, se encontraba en la recepción que le harán a Mariano Picón Salas por su llegada al país el 5 de octubre de 1947 y será uno de los organizadores del banquete que en honor del embajador venezolano le hará un grupo de amigos el 12 de noviembre de 1948 en el Jockey Club de Bogotá. Así mismo, dentro de los archivos personales de Mariano Picón Salas relacionados con su labor diplomática, que Delia Picón compila en *Mariano Picón-Salas, Embajador de Venezuela* (1987), se encuentran dos cartas del 12 de noviembre de 1948 cuyo destinatario era Plinio Mendoza Neira: la primera del entonces ministro de justicia de Colombia Samuel Arango Reyes, la segunda, del escritor colombiano Alirio Gómez Picón. Las cartas, por la fecha, corresponden a las excusas de los remitentes por no poder asistir al evento en el Jockey Club, y es de especular que fueron entregadas por Plinio Mendoza Neira a Mariano Picón Salas, por lo

que reposan en el archivo personal del último. Valga la pena citar estas dos cartas como abre bocas a las discusiones que se desarrollaran en la tercera parte:

Bogotá, 12 de noviembre de 1948

Señor Doctor

Plinio Mendoza Neira

Ciudad

Muy estimado amigo:

Usted sabe con cuánto placer hubiera sido el primero en asistir al banquete que los antiguos Embajadores de Colombia en Venezuela y un grupo de parlamentarios y periodistas han organizado en honor del Excelentísimo Señor Mariano Picón-Salas, Embajador de la hermana República.

Motivos personales que usted conoce me privan de participar materialmente en esa fiesta que responde a entrañables relaciones de afecto colombo-venezolano.

Es esta una nueva oportunidad que se nos presenta para hacer pública demostración de sentimientos, cada día más arraigados en el alma popular, en favor de las óptimas relaciones de dos Estados, unidos por indestructibles lazos fraternales, y que siempre han encontrado fórmulas cordiales para solucionar sus problemas con el más amplio espíritu de cooperación.

Me complace especialmente que el homenaje a Venezuela se rinda en la persona del Excelentísimo señor Picón Salas, ilustre investigador americano y preclaro hombre de letras, quien ha reunido en torno suyo no sólo la admiración sino el acendrado cariño de todos los colombianos.

Le ruego expresarle al señor Embajador mis sentimientos de consideración y respeto y asociarme en espíritu a ese homenaje, al cual adhiero como ciudadano de Colombia y como miembro del Gobierno.

Samuel Arango Reyes
Ministro de Justicia

La ciudad, noviembre 12 de 1948

Mi querido Plinio:

Cuando tuve el agrado de saber por tu conducto que se preparaba un homenaje al Embajador de Venezuela en Colombia, me apresuré a manifestarte que asistiría con sumo placer, pero luego recordé que con mi señora teníamos adquirido un compromiso con anterioridad. Esto ha constituido para mí una contrariedad infinita y por esa razón voy a privarme del gusto de encontrarme con ustedes en esta fiesta espiritual.

Te ruego hacer presente estos sentimientos al ilustre Embajador Picón Salas por cuya larga permanencia entre nosotros hago los más fervientes votos. Tú sabes mi afecto a Venezuela y cuánta es la admiración que tengo por Picón Salas que es una de las más prestigiosas figuras de las letras hispano-americanas.

Un saludo muy cordial de tu afectísimo,

Alirio Gómez Picón

Al señor Doctor don

Plinio Mendoza Neira

E. S. M. (Picón, D., 1987, pp. 287-288)

De igual manera, meses antes, en agosto del mismo año, el nombre de Plinio Mendoza Neira aparece en la correspondencia diplomática que sostiene Mariano Picón Salas con su canciller Gonzalo Barrios. En informe del 24 de agosto de 1948, le hace saber Picón Salas a Barrios sobre el proceso de moción de homenaje a Rómulo Betancourt que el entonces senador por el departamento de Boyacá estaba adelantando en el congreso. No solo el entusiasmo venezolanista de Mendoza Neira, sino también las afinidades políticas, no compartidas hoy por el hijo, explican la moción. Sin embargo, se comenta en la carta que, ante oposiciones de la bancada conservadora, en específico del senador Pabón Núñez, redactor de *El Siglo*, y previendo alguna intervención que buscarse demeritar la moción, se tuvo que adelantar, como estrategia, un aplazamiento de la sesión. La carta trae un cuadro que no solo muestra el matiz de la relación entre Mendoza Neira y Picón Salas, sino también de lo que significará para el intelectual venezolano, en medio de su misión diplomática en Colombia, enfrentarse con la prensa, en especial la conservadora:

Después de una conversación con Plinio Mendoza me ha parecido oportuno insinuarle que no insista en su moción hasta no tener la certidumbre de que Pabón Núñez no intervendrá.

Cree Mendoza que haciendo previamente las gestiones del caso será posible neutralizar y acallar cualquier ex-abrupto del redactor de “El Siglo”. Como ya lo sabrás “El Siglo” publicó ayer un pequeño folletín diciendo que Betancourt había sido agredido en los Estados Unidos cuando salía de una visita al Consulado soviético. La noticia estaba tan torpemente presentada, sin inventar siquiera una posible fuente de información, que nadie le ha hecho caso y los periodistas de otros diarios se han burlado, más bien, del infundio. El pobre periódico que ha terminado por malquistarse con el propio Presidente Ospina Pérez, después de la destrucción de sus talleres, se imprime tan mal y ha perdido tanto crédito que no hace sino dar tumbos de ciego. Si siguiesen explotando tan torpe invento, haría una rectificación, aunque el silencio y la burla con que toda la opinión ha recogido el pequeño folletín de “El Siglo”, es el mejor mentís. (Picón, D., 1987, pp. 281-282)

Volviendo a 1942, si bien por la correspondencia de Mariano Picón Salas en ese año, y por la biografía de Gregory Zambrano (2008), se sabe que el Odiseo que fue Mariano Picón Salas se encontraba en Estados Unidos, donde permaneció hasta 1943 como profesor del Smith College de Northampton en Massachussets, es posible que coincidiera con el entonces embajador de Colombia en Venezuela Plinio Mendoza Neira, pues tal como lo comenta Ramón J. Velásquez (4 de julio 1993):

Mendoza Neira, embajador de Venezuela, convirtió la sede diplomática en el obligado sitio de convergencia de la recién estrenada democracia venezolana. Allí concurrían atendiendo a la semanal convocatoria del embajador, la gente del gobierno con Uslar Pietri, Picón Salas, Briceño Iragorry a la cabeza, para encontrarse y dialogar con los dirigentes de las nuevas organizaciones políticas: Betancourt, Villalba, Leoni, Prieto, Otero Silva, Machado, y también los grandes de las letras y del arte: Gallegos, Pocaterra, Andrés Eloy, Meneses, Narváez. Era la summa de la inteligencia venezolana de los años cuarenta. La visita del presidente López Pumarejo a Caracas, acompañada de políticos y escritores, fue expresión culminante de la tarea de Mendoza. Los discursos de López Pumarejo y Jóvito Villalba en el Paraninfo de la universidad se recordaron durante mucho tiempo como señal de la presencia de una nueva Latinoamérica.

Sin duda, las múltiples relaciones que entabló Plinio Mendoza Neira influirán en el éxito de sus empresas editoriales, pues paralelo a su pasión y oficio de político, esta personalidad liberal

es recordada en Colombia y Venezuela como un promotor de las nuevas técnicas gráficas y editoriales. Afirmaciones como la de Plinio Apuleyo (2013): “Después de todo, su vocación más constante fue la de editor de toda suerte de libros y revistas” (p. 79); o la de Morales Benítez (2013): “Es imposible examinar la vida y la obra de Plinio Mendoza Neira sin mencionar la serie de publicaciones —cada una muy importante— que le dieron prestigio a Colombia” (p. 17); o como las de Ramón J. Velásquez (4 de julio 1993), “el nombre de Plinio Mendoza Neira tiene que señalarse, en la década de los años cincuenta, como el gran innovador en el diagramado y la modernización de las artes gráficas”, explican una publicación, que posiblemente surgió del entusiasmo venezolano por aquellos años en Caracas, con que Mendoza Neira quiere reconocer y homenajear a Venezuela. Se trata del libro de gran formato titulado *Venezuela, 1945* dirigido por Plinio Mendoza Neira, con el apoyo en la dirección artística de Santiago Martínez Delgado y estudios fotográficos de Alfredo Boulton, publicado por el Mes Financiero y Económico. En este precioso libro, impreso en papel cuché, se mezclan fotografías, ilustraciones, descripciones enciclopédicas de territorios venezolanos, artículos históricos, sociológicos y culturales.

En una nota del diario *Sábado*, del 28 de abril de 1945, en que se expone la recepción de este libro en la prensa local, se da una idea de la motivación del libro: “La obra ‘VENEZUELA, 1945’, que hemos editado por obligante y gratísima insinuación del señor embajador de aquel país, doctor Atilano Carnevali, ha merecido a los diarios capitalinos generosos conceptos, algunos de los cuales reproducimos hoy” (p. 3). No sobra mostrar cómo se publicitó el libro en el semanario. El 3 de febrero de 1945, en edición dedicada como homenaje a Antonio José de Sucre, Mariscal de Ayacucho:

VENEZUELA 1945

OBRA QUE INICIALMENTE SE ANUNCIÓ CON EL NOMBRE DE:

Venezuela en Cifras 1944

PRINCIPIARÁ A CIRCULAR EN VENEZUELA Y EN COLOMBIA, EL 1o. DE
MARZO PRÓXIMO

Será una obra maravillosa con seiscientas páginas en papel esmaltado, cerca de cien policromías, más de 500 artísticos fotograbados y estudios admirables que reflejan fielmente la realidad económica, política, social y cultural de Venezuela. (p. 7)

En edición del 21 de abril de 1945:

VENEZUELA

1945

Una Visión Completa de Venezuela en Todos sus Aspectos:

EL GEOGRÁFICO

EL ECONÓMICO

EL POLÍTICO

EL CULTURAL

Una Obra maravillosa en la cual colaboran los más ilustres escritores venezolanos.

Un bello Libro con cerca de 100 Policromías originales de Santiago Martínez Delgado,
director artístico de la Obra. (p. 11)

El libro, por su composición y sus artes es una pieza de gran valor editorial y artístico. Además, por su contenido tiene un gran valor intelectual. En esta publicación, y aquí viene lo relevante para este trabajo, contribuye Picón Salas con dos colaboraciones. La primera es el abre bocas del libro: se trata de una entrevista de Mariano Picón Salas al entonces presidente de Venezuela, el general Isaías Medina Angarita, que aparece en el principio del libro después de un prólogo de Eduardo Santos, que ya comentaremos. La segunda colaboración es un magnífico ensayo titulado “Historia intelectual de Venezuela”, en que el autor hace un recorrido por el pensamiento venezolano y sus figuras intelectuales desde 1725 hasta 1944.

Por fechas como la de publicación del libro, marzo de 1945, y la de la primera colaboración de Picón Salas en *Sábado*, 10 de febrero de 1945, es posible que la relación intelectual de Mariano Picón Salas con el semanario se haya gestado, por intermediación de Carnevali, a partir de la colaboración en el libro de Mendoza Neira. Tampoco es de descartar que quizá esa primera publicación en *Sábado*, “La educación en Venezuela”, por su temática, hubiese estado pensada para el libro, pero que finalmente, al no entrar en la edición, se destinase al semanario.

El prólogo de este libro, que abre con una carta de Eduardo Santos a Plinio Mendoza Neira, recurre al tono y sentimiento de unidad grancolombiana que se ha seguido en este trabajo. En la carta, fechada “Bogotá, febrero 21 de 1945”, agradece Santos a Mendoza Neira por usar unas líneas

de su discurso en la Universidad de Venezuela a manera de prólogo, y se une al homenaje que el ex embajador de Colombia en Venezuela quiere rendir a esta patria. La carta deja ver el sentimiento que inspiran las frases recogidas en el prólogo y el libro mismo:

Coincidimos usted y yo en nuestro culto fervoroso por esa tierra, en la afectuosa admiración que a ella y a sus hombres profesamos, y en el anhelo de que sea cada día más intensa la unión solidaria entre Venezuela y Colombia. De estos sentimientos es reflejo su admirable libro y en ellos me inspiré al pronunciar, en ocasión solemne y para mí gratísima, las palabras que usted ha recogido y cuyo único valor reside en la honda sinceridad que las anima.

De usted, adicto amigo,

EDUARDO SANTOS. (Santos, 1945, p. 7)

Con motivo de demostrar el gran valor del sentimiento de unidad perdido en el presente siglo, las palabras que Santos dedica a Venezuela, así como otros fragmentos citados en este trabajo, son el camino de un acercamiento cultural-histórico:

Yo me acostumbré a amar a Venezuela estudiando la historia de mi patria. Es imposible separar la historia de Colombia de la historia de Venezuela. Comunes son nuestras grandes glorias, comunes nuestras grandes amarguras. Juntos padecimos todas las desventuras de la derrota, y juntos recibimos todos los beneficios de la victoria máxima. Juntos lucharon nuestros antepasados, bajo la sombra epónima de Bolívar, por emancipar el continente; y nuestro abolengo, nuestros títulos de nobleza americano, para nosotros, los colombianos, vienen de Venezuela, porque miramos como la mayor de nuestras glorias la de un hombre nacido en Caracas, pero que fue a morir en nuestro suelo. Porque recordamos con orgullo que las mejores victorias del soldado colombiano en la epopeya libertadora se ganaron bajo el comando de generales venezolanos, y si tenemos el orgullo infinito de un Córdova, no podemos olvidar que Córdova en Ayacucho militaba a las órdenes de Sucre; y si tenemos el orgullo del humanismo americano, no podemos olvidar que el más grande de los humanistas de este continente, el más ilustre de los hombres de letras de América nació en Caracas y se llamó Andrés Bello. En todas las cumbres a donde queremos volver los ojos de colombianos y americanos, contemplamos alzada la bandera de Venezuela.

Porque yo siento el orgullo, la esperanza y la fé en mi patria, siento el orgullo, la esperanza y la fé en Venezuela. Somos una misma cosa en el afecto, en la solidaridad, en la comunidad de aspiraciones. No he sido jamás de los que piensan en la posibilidad de que el pasado renazca, de que vuelvan las fórmulas de otros tiempos. Creo que la fórmula de nuestra plena independencia, de la plena autonomía de Colombia y Venezuela, de su personería inconfundible, es una buena fórmula; pero al lado de ella tenemos que poner la íntima y total solidaridad de todas las horas, y marchar hacia el porvenir vigorosamente unidos, para podernos defender de cuantos peligros nos amenacen, para poder realizar noblemente los más altos destinos. (Santos, 1945, p. 7)

Centrándonos en la entrevista de Mariano Picón Salas a Isaías Medina Angarita, hay que decir que el entonces presidente venezolano ocupa un lugar importante en la historia del hermano país. Tras suceder a Eleazar López y heredar de este y de Juan Vicente Gómez un régimen cerrado, abrió el espacio político a una democratización de la política en Venezuela. Sin embargo, a pesar de la apertura democrática para la confrontación de distintas posturas ideológicas, su presidencia se ve truncada por el golpe de Estado que, encabezado por Rómulo Betancourt, acometen dirigentes de Acción Democrática y mandos del ejército, justo en el mismo de la publicación, 1945. Tras el golpe, Medina Angarita es expulsado del país. Las simpatías de Mariano Picón Salas hacia Medina Angarita no son secretas, y quizá por ellas escribe Rómulo Betancourt “A Mariano le está lloviendo en la ‘milpa’” (1944), donde cuestiona la defensa del intelectual al político.

En la entrevista, donde al final se muestra una foto de ambos fraternos y sonrientes, se devela esta actitud de Mariano Picón Salas (1945) hacia el presidente: “Quienes le estimamos y seguimos no queremos que al final de su período presidencial el General Medina entre en un retiro dorado” (p. 9).⁴³ En adelante se despacha Picón Salas en definiciones de Medina Angarita, bastante generosas, y de su gestión al frente del gobierno que busca las soluciones a los problemas en el contacto directo y sincero con el pueblo, en quien se reconoce y con quien se identifica.

Los líderes venezolanos que aparecieron después de la dictadura de Gómez tenían demasiadas teorías políticas que no siempre graduaron y dosificaron para el consumo de las masas, e insistieron con exceso en todos los elementos de rencor que quedaban flotando en

⁴³ En el editorial de *El Tiempo* del 5 de julio de 1945, dedicado a Venezuela, titulado “En el día de Venezuela / De La Dictadura a la Democracia”, se retoma un apartado de la entrevista de Mariano Picón Salas a Isaías Medina Angarita y se elogia el libro de Mendoza Neira.

la vida nacional, pero con mucha frecuencia olvidaban el contacto directo del pueblo después que se apagaban los aplausos multitudinarios. Y la sorpresa de Venezuela en los últimos años es haber encontrado en el joven General Isaías Medina Angarita un líder cordial, un hombre que sin movilizar ningún argumento de odio o pasión turbada, se puso a hablar en un lenguaje afectuoso, directo, de gran alcance emotivo que constituía una invitación irrenunciable a trabajar por nuestra tierra. Otros Presidentes de Venezuela dividieron a sus compatriotas en dos grupos: los buenos y los malos; los buenos eran los que estaban con ellos, y los malos aquellos a quienes por ser opositores se les mantenía en una especie de excomuniación civil. Y en un país donde prevalecieron por tantos años las formas más orientales de política, la intriga y el chisme palaciegos, la preocupación de los válidos que querían poner entre el Gobierno y el pueblo una rígida barrera de fórmulas, el problema más serio de un presidente es bracear y abrirse paso como un nadador hábil entre tantos arrecifes que acumuló la tradición y el prejuicio y ponerse a ver las cosas por sus propios ojos. Pero con gran intuición, Isaías Medina Angarita no hizo caso de aquella clásica frontera entre “buenos” y “malos”; a todos —aun con aquellos que le injuriaron en la lucha— quiso conocerlos con la objetividad humana del que comprende que la política no es exclusión, sino más bien pacto o armonía de fuerzas que siempre pueden buscar los puntos de coincidencia. (p. 10)

Pero estas palabras recién citadas, junto con todas las que en la entrevista demuestran el talante democrático del presidente Medina, se contradicen en la historia con el golpe de Estado. Sin embargo, una cosa es clara, y es que en la entrevista se deja ver el entusiasmo de Mariano Picón Salas por el modelo democrático de Angarita, aunque este se esté gestando a través de un gobierno liderado por un General sin una elección democrática.

Sobre el ensayo alrededor de la historia intelectual de Venezuela que aparece publicado en este libro, habría simplemente que decir que puede contarse entre lo mejor que Picón Salas escribió sobre su patria. Es una magnífica síntesis de su libro *Formación y proceso de la literatura venezolana* (1940) —rebautizado como *Estudios de literatura venezolana* (1961)—. Aunque haya retomado ideas para otros ensayos, resulta inquietante que este ensayo no lo hubiese recogido tal cual en las múltiples ediciones de *Comprensión de Venezuela* o en las “Páginas de Venezuela” de sus *Obras Selectas*”.

Además del libro *Venezuela. 1945*, de esta primera mitad de la década de 1940 también es una de las empresas editoriales más importante y recordadas de Plinio Mendoza Neira: el semanario *Sábado* cuyo primer número aparece el 17 de julio de 1943. En la información que aparece en la primera página de su primera edición, en la cual aparece un estudio sobre Antonio Gómez Restrepo por Rafael Azula Barrera, se lee: directores: Armando Solano y Plinio Mendoza Neira; administrador: Carlos Eduardo Vargas Rubiano; redactores: Luis de Oteyza, Rafael Maya, Eduardo Caballero Calderón, Hernando Téllez, Edgardo Salazar Santacoloma y Luis Enrique Osorio; secretario de redacción: Arturo Camacho Ramírez. Además de estos, son muchos los nombres importantes en la historia política y cultural del país que participaron de las tiradas de *Sábado*, como Indalecio Lievano Aguirre, Luis López de Mesa, Eduardo Carranza, Fernando Charry Lara, Baldomero Sanín Cano, Silvio Villegas, Antonio García, Josefina Lleras Pizarra, Meira Delmar, Maruja Vieira, Laura Victoria, Carmelina Soto, Isabel Lleras de Ospina, Andrés Holguín, Belisario Betancur, Abel Naranjo Villegas, Víctor Aragón, Jaime Ibáñez, José Constante Bolaños, José Jaramillo Giraldo, Jorge Zalamea, Julio César Turbay Ayala, Rafael Azula Barrera, Agustín Rodríguez Garavito, Alberto Brum, Jorge Gaitán Durán, José Ignacio Bustamante. Volviendo a ese primer número, se puede afirmar que marca ya una pauta y deja entrever el vigor con que se erigió esta empresa:

Una revisión del contenido del primer número nos revela esa orientación: una semblanza extensa de Antonio Gómez Restrepo, el liberal legendario que en los cincuenta se convertirá en bandera del semanario; un editorial ocupado de la situación y las implicaciones presentes de la segunda guerra mundial, artículos literarios de Hernando Téllez, Eduardo Carranza, Eduardo Caballero Calderón y Rafael Azula Barrera, la sección “Ensayos y ensayistas”, con textos de Maître Renard y Juan Lozano y Lozano, un poema inédito de Pablo Neruda, la sección de Luis de Oteyza “Vulgarizaciones y algo más. La historia anecdótica”, un artículo del general Robinson sobre minucias técnicas y logísticas de la guerra, una página económica con textos notables de Esteban Jaramillo y Luis Eduardo Nieto Arteta, la sección “Tipos populares bogotanos” de Mario Ibero, que se iniciaba con “Pomponio” y la página —también sección— de “La risa en el mundo” y “La poesía al alcance de todos”, título que, por supuesto, no era para tomar en serio y que es uno de los infaltables del semanario durante toda su primera época. Dos tendencias, que abarcan la casi totalidad de este primer número, atravesarán a *Sábado* desde 1943 hasta 1957: la literaria y una que podemos llamar

costumbrista, [...] La tendencia política aparecía apenas como pensamiento y no como expresión de partido o ejercicio político [...]

En todo caso, lo que patentiza y explica el proyecto de “liberalismo cultural” es el carácter abierto y no sectario del semanario, en el que también van a colaborar importantes intelectuales conservadores y de extrema izquierda (Silvio Villegas y José Francisco Socarrás, para poner dos ejemplos eminentes). Ello no sólo se verifica en el campo político (el gran reportaje de primera página en el segundo número estuvo dedicado a Laureano Gómez, y no precisamente para zaherirlo y provocar la furia del “monstruo”), sino también en el literario y, obviamente, en el social. Diferentes generaciones literarias y diferentes grupos sociales se dan cita —o mejor, les dan cita— en *Sábado*, por lo menos en su primera época, anticipando un tipo abierto de publicación cultural, fundamentado en el diálogo nacional, del cual será el ejemplo más noble y logrado la revista *Mito*, fundada en 1955. (Torres Duque, 1991, pp. 42-43)

En este periódico, que “alcanzó circulación de cien mil ejemplares”, se percibe ese cambio que produjo Plinio Mendoza Neira en las artes gráficas. Morales Benítez (2013) lo expone en las siguientes palabras:

Mendoza Neira produjo una gran revolución en la presentación de periódicos y revistas. Llevó a ellos y ellas una dimensión desconocida en la diagramación. La fotografía, sin parquedades, daba un aire de novedad a sus páginas. Las bellas artes acompañaron esas mutaciones que tanto beneficio trajeron para el periodismo colombiano en general. (p. 17)

Sábado es un periódico que se diferencia por completo de *El Tiempo* —incluido su suplemento también semana *Lecturas Dominicales*—, *El Liberal*, *El Siglo* y *El Colombiano*. Como medio postsantista, para apelar a esa etiqueta con la que comenzamos este capítulo, sus intereses eran otros. Aunque Maryluz Vallejo (2024) en una de sus páginas del libro sobre Eduardo Santo deje caer el siguiente comentario: “Años después Solano, incondicional de López Pumarejo, le haría oposición desde su semanario *Sábado*” (p. 165), el enfoque de este semanario estaba más orientado hacia la cultura y el análisis. Se puede decir que *Sábado* es un periódico de crítica y ensayo. Sobre ello afirma Torres Duque (1991) que “sus fundadores, Plinio Mendoza Neira y Armando Solano, dos liberales doctrinarios, plantean más un liberalismo cultural que un liberalismo político” (p. 41). Adicional a la anterior afirmación de Torres Duque, *Sábado* contó

con una divulgación apoyada por *El Tiempo*, ya que en el diario de Eduardo Santos se puede encontrar en ocasiones cierta publicidad informando sobre la edición que se publicaría el sábado de esa semana. En una sección de *El Tiempo* como “Cosas de día”, de la edición del sábado 7 de julio 1945, se diría:

Con una edición extraordinaria que ofrece material selecto, palpitante de interés de novedad, celebra hoy “Sábado” el segundo aniversario de su vida. “Sábado”, auspiciado por el generoso corazón y la eficacia pujante de Plinio Mendoza Neira, es un medio extraordinario en la historia del periodismo colombiano. Semanario moderno, bien servido, inspirado en altos y patrióticos propósitos, se ha captado la voluntad general y constituye ya una tribuna decorosa e ilustre de la inteligencia y del pensamiento, no solo en Colombia, sino Hispanoamérica.

“Sábado” rompió con la rutina que pareció atenazar a las más de nuestras publicaciones. Colocado en postura de absoluta independencia, en sus páginas han encontrado buena acogida y asilo seguro, inquietudes, propósitos, ensayos, reportajes, de vivísima intención y de verdadero realismo. [...]

Admiradores, seguidores atentos del esfuerzo realizado por los editores y directores de “Sábado”, queremos registrar este su segundo aniversario, con efusiva complacencia. (p. 5)

Es fácil comprender el éxito del semanario si se enmarca, como lo sugiere Plinio Apuleyo (2013), como una extensión de las relaciones culturales de Mendoza Neira: “La vida cultural era intensa y a ella nunca fue ajeno. Amigo de los mejores escritores de entonces y de poetas como los de Piedra y Cielo, a todos ellos les abrió las páginas de *Sábado*”. A lo anterior, habría que agregar que la repercusión de este “semanario de alta circulación fundado” por Plinio Mendoza Neira “en los años 40” (p. 22), fue reconocida igualmente en Venezuela. Así lo comenta Ramón J. Velásquez (4 de julio 1993):

Mendoza Neira regresó a Bogotá, pero poco tiempo después volvió a estar presente en los círculos políticos e intelectuales de Caracas con la magnífica presencia semanal de *Sábado*, el periódico que agrupaba a los mejores analistas del proceso político junto a escritores y poetas del universo latinoamericano. De perpetua memoria, las páginas de Juan Lozano y Lozano, Hernando Téllez, Abelardo Forero Benavides, Alejandro Vallejo, Silvio Villegas.

No exagera Ramón J. Velásquez (4 de julio 1993), pues *Sábado* contó con una gran aprobación en diversos sectores políticos, intelectuales y culturales por igual en Colombia que en Venezuela. El éxito de este semanario, que como se dijo traía cantidad de artes como ilustraciones y fotografías, además de títulos en un distintivo color verde, se demuestra precisamente en la cifra de su tiraje semanal, aquellos cien mil ejemplares. Lo que significó *Sábado* para Plinio Mendoza Neira, así como su relevancia dentro del país, es uno de los apartados, de los expuesto por Plinio Apuleyo (2013), que más interesan para los motivos de este trabajo:

A veces obtenía un éxito editorial fulgurante, como cuando sacó un semanario político y literario llamado *Sábado*, que a las tres semanas de aparecido estaba tirando cien mil ejemplares, cifra fantástica para el país y para la época.

Cien mil ejemplares

que se agotaban el mismo día en que se ponían en venta. Traía excelentes siluetas de políticos colombianos, páginas de los mejores escritores del país, encuestas y reportajes al estilo de los magazines europeos, y desde luego sus amados poetas de la llamada escuela de Piedra y Cielo

cuyas metáforas atrevidas le encantaban.

(Su sistema como editor era muy simple:

“¿Cuánto quieres por tu colaboración?”

“En el periódico me pagan diez pesos...”

“Yo te pago cincuenta, pero escíbeme algo bueno”

Le costaba trabajo inaudito escribir diez líneas de una nota pero tenía un olfato finísimo para reconocer una buena prosa o un gran poema, o una falta de estilo, y se sabía centenares de versos de memoria.

La forma pesaba más que el contenido. Tenía entre sus amigos comunistas y también hombres de derecha, y no tenía inconveniente alguno en publicar un elogio de Lenin o un elogio de Maurras,

si estaban bien escritos. (p. 80-81)

La situación de Plinio Mendoza Neira pone el punto de la discusión sobre los intelectuales en la distinción del oficio. Volviendo a aquella caracterización del intelectual-editor, si bien Mendoza Neira no tenía la destreza de Arciniegas para la escritura, no por esto su papel como editor en el país es menor. En este oficio de editor le abrió Mendoza Neira las puertas de su empresa editorial a Mariano Picón Salas. Su amplia distribución, los nombres de peso de sus colaboradores, lo atractivo de la edición y la misma composición del periódico, sirvió muy tempranamente a la divulgación de la obra del intelectual venezolano en Colombia. ya que la primera colaboración de Mariano Picón Salas con *Sábado*, como se señaló, data justamente de 1945, específicamente del 10 de febrero.

Las colaboraciones de Picón Salas en este semanario, aunque no fuesen tan numerosas como las hechas con la casa editorial de *El Tiempo*, no pueden ser tomadas a la ligera. *Sábado*, que estuvo en circulación durante catorce años, representó, en principio, un importante medio para la divulgación cultural del liberalismo. Decimos en principio, porque bien señala Óscar Torres Duque (1991) que existen diferentes etapas en la vida del semanario:

Aunque es posible establecer una evolución en la vida de *Sábado*, una verdadera declinación, si la consideramos desde la óptica del aludido y ya pronto especificado liberalismo cultural, podemos determinar dos épocas no del todo arbitrarias: son las marcadas por los respectivos directores, Plinio Mendoza para la primera (Solano se retira en 1945) y Abelardo Forero Benavides, quien toma la dirección del semanario desde el 14 de junio de 1947. Darío Samper, el último director, no hizo más que dar las últimas patadas del ahogado gobiernista, defendiendo el régimen de Rojas Pinilla (Samper dirigió desde junio de 1955), que era la tónica lamentable y efectiva desde el golpe militar de Rojas en 1953. El semanario dejó de salir en abril de 1957. (p. 41)

En su artículo sobre *Sábado*, Torres Duque (1991) traza un perfil de sus fundadores que explica la factura del semanario, además, expone el tono que Mendoza Neira le infundió al semanario mientras estuvo a cargo:

Armando Solano y Plinio Mendoza Neira eran dos boyacenses representantes de un fugaz liberalismo utópico que dominó buena parte del pensamiento político colombiano de la primera mitad del siglo. Solano, un ensayista, a veces denso, que se había consagrado a definir los rasgos constitutivos de nuestra cultura, disfrutaba de gran prestigio en el medio

literario; Mendoza, un político nato, era ante todo un divulgador de las ideas liberales, a las que consideraba, como Germán Arciniegas, una cultura antes que una política. Dos tendencias de un mismo pensamiento que se unen para fundar y dirigir un periódico eminentemente cultural, pero enmarcado dentro de las realizaciones y proyecciones del gobierno liberal de López Pumarejo. Ese espíritu queda reflejado en el lema titular de *Sábado*: “Un semanario para todos al servicio de la cultura y la democracia en América”. En los años correspondientes a su dirección, Mendoza se encargaría de mostrar qué entendía él por democracia, procurando ceder la palabra a “todos” y llegar a un público lector indiscriminado. Una concepción no demagógica de la palabra pueblo, ese interpretable *demos griego*, era lo que se imponía: mantener cierto nivel cultural sin caer en lo elitista; algo así como crear el hábito del intelectualismo en la sociedad colombiana (¿o acaso explotarlo?). (p. 42)

Al punto están tan íntimamente marcadas las relaciones de Mariano Picón Salas con *Sábado* y Plinio Mendoza Neira que sus colaboraciones con este medio corresponden específicamente al primer período señalado por Torres Duque (1991). Recordemos cuáles son estas colaboraciones: “La educación en Venezuela” (10 febrero de 1945); “Perón y el peronismo” (9 de febrero de 1946); “La cena de los Cardenales” (9 de marzo de 1946); “América y los narradores” (23 de marzo de 1946); “Historia de un antihéroe” (24 de abril de 1946); “Una interpretación de Leopoldo Lugones” (8 de marzo de 1947); “Defensa de la cultura europea” (29 de marzo de 1947); “Viaje al amanecer” (13 de diciembre de 1947); “El mercado del lunes / Viajes por mar y tierra” (27 de diciembre de 1947).

Adicional a estas publicaciones, también aparecieron en *sábado* una nota sobre el viaje de Mariano Picón Salas a Bogotá el 14 de julio de 1945; una entrevista de José Antonio Osorio Lizarazo a Mariano Picón Salas y José Rafael Pocaterra con motivo de este viaje el 28 de julio de 1945; y una entrevista de Héctor Burgos Moyano a Mariano Picón Salas, cuando este ocupaba el puesto de embajador de Venezuela en Colombia, del 3 de julio de 1948. Sobre el viaje de Mariano Picón Salas a Bogotá nos referiremos más adelante; sobre la entrevista como embajador, la expondremos en la tercera parte.

Finalmente, para cerrar la vinculación entre Mariano Picón Salas y Plinio Mendoza Neira, hay que decir que en el político liberal colombiano se cumple la tesis de Arciniegas y Latham

sobre el exilio de colombianos en Venezuela y viceversa. Al arreciar la Violencia en Colombia, y tras la sucesión de represiones en contra del liberalismo por los conservadores tras la muerte de Gaitán, Plinio Mendoza Neira debió salir exiliado hacia Venezuela a finales de 1949. Eso sí, para no faltar a la fama que tenía, su exilio no fue gratuito, pues antes de asilarse en la embajada de Venezuela fabricó una intentona militar contra Ospina Pérez que sería abortada por indicación de los dirigentes liberales, con Santos a la cabeza. Su exilio, gracias al embajador de Venezuela en Colombia, el historiador Mario Briceño Iragorry, duraría trece años.

El exilio, pues.

Fue duro y largo. Nos dejó, sí, una segunda patria, que es Venezuela. (Mendoza, 2013, p. 155)

VII. 1945, Mariano Picón Salas en Colombia

El lunes 2 de julio de 1945, el diario *El Tiempo*, en su sección “Cosas del día”, anunció, mediante el encabezado “La Gran Colombia del Espíritu”, la visita de Mariano Picón Salas y Mario Briceño Iragorry a Bogotá con ocasión de la inauguración del Instituto Colombo-Venezolano de Cultura. En lo sucesivo del mes, como se expondrá a continuación, el medio hará un cubrimiento completo de este evento, dedicando varias notas al asunto, muchas de ellas en primera plana. La mano de Santos se deja sentir en todas partes.

La invitación a los intelectuales venezolanos, según la nota, fue realizada por “el doctor Eduardo Santos y por el gobierno nacional, para ser huéspedes de honor de la inteligencia de Colombia” (p. 5). De la invitación que se les hizo a estos dos intelectuales es importante advertir que en un artículo publicado el 26 de julio se especifica que la de Briceño Iragorry fue realizada por un canal institucional mediante el Gobierno nacional, mientras que la de Picón Salas fue una invitación particular, siendo este último, huésped de Eduardo Santos en Bogotá. Asimismo, se establece un perfil sumamente elogioso de ambos invitados —que deja ver la admiración del país por la inteligencia venezolana— y se exponen algunas líneas de los objetivos del Instituto: “institución nacida al calor de los más puros y generosos ideales grancolombianos” (p. 5).

La misión de Briceño y de Picón Salas es de las más altas y trascendentales. Como lo dijo el último de ellos, en palabras radiantes, vienen ambos a echar los fundamentos de la Gran

Colombia del Espíritu, un organismo que no es teórico en su esencia ni podrá serlo en la realidad práctica. El Instituto Colombo-Venezolano de Cultura redactará los estatutos de una súper diplomacia del afecto y de la comunidad de intereses y de objetivos espirituales, cuyas proyecciones en el futuro son incalculables. Al establecer esa esfera de contacto permanente sellamos las gentes de Colombia y de Venezuela un eterno pacto de comprensión, de sinceridad, y de solidaridad, que, a no dudarlo, será el puente de oro de una colaboración más honda y fértil entre nuestras sociedades. (p. 5)

Aunque finalmente haya sido José Rafael Pocaterra y no Mario Briceño Iragorry quien haya viajado a Colombia en aquel julio de 1945, esta nota da un matiz muy importante para comprender lo que será el servicio diplomático de Venezuela en Colombia y, sobre todo, para lo que será la misión diplomática de Mariano Picón Salas como embajador de Venezuela en Colombia dos años después (1947) y de su sucesor en 1949, justamente, Mario Briceño Iragorry. Lo descrito en el diario liberal sobre las relaciones colombo-venezolanas, en especial las relaciones diplomáticas, será la directriz que seguirá Mariano Picón Salas como embajador.

En el diario de Eduardo Santos también se informó sobre un elogio que el político liberal recibió en Caracas de cuenta del Instituto Colombo-Venezolano de Cultura. En el medio *Ahora*, el 9 de julio de ese año, aparece un elogio de “Eduardo Santos como fundador del Instituto Colombo-Venezolano de Cultura” (p. 8). Este elogio, generoso en gran medida, donde se admite la ruptura de las relaciones colombo-venezolanas debido al medievalismo criollo, se celebra la creación del Instituto a expensas de los nombres de Eduardo Santos y Alfonso López Pumarejo, quienes “unidos en esta gestión del ideal bolivariano, mueven nuestros países hacia la efectividad de común destino” (p. 8).

Sobre el viaje a la capital de Colombia, *El Tiempo* emite otra información el día 14 de julio en su última página con el encabezado “Mario Briceño Iragorry y Mariano Picón Salen el Miércoles para Bogotá”. Además de informar sobre el arribo de los intelectuales el 18 de julio, y del motivo del viaje, la inauguración del Instituto Colombo-Venezolano de Cultura el 20 de julio, se informa que “dictarán algunas conferencias en la capital colombiana” (p. 19). En la misma página —cosa curiosa— aparece una información sobre la crisis del gabinete del presidente Isaías Medina Angarita por la renuncia de sus ministros; el nombramiento del expresidente Eleazar López

Contreras como miembro de la Academia Venezolana de la Historia y de Germán Arciniegas como miembro correspondiente.

Sobre la llegada de Mariano Picón Salas a Colombia, como se dijo antes, informó también el semanario *Sábado*. En la edición del 14 de julio de 1945 aparece en la tercera página del semanario el titular: “Mariano Picón Salas”. Se trata de un escrito breve en el que se informa sobre la visita del venezolano a Bogotá “en compañía de Mario Briceño Iragorry y como huésped personal del ex-presidente Eduardo Santos” (p. 3). La fórmula se repite. Al igual que en *El Tiempo*, se traza un perfil de los intelectuales venezolanos, sumamente elogioso. De esta nota, resulta interesante una apreciación sobre el esfuerzo de Mariano Picón Salas por conocer, describir y explicar Venezuela desde el exilio:

Pudiera decirse que la mayor parte de su vida ha residido fuera de Venezuela, y es por ello más intrigante averiguar a qué horas ha podido este intelectual labrar tan hondo surco en la vida interna de su país como hombre de ideas y como responsable de vastos movimientos políticos. (p. 50)

Aunque inicialmente estaba previsto la visita de Mariano Picón Salas y Mario Briceño Iragorry, este último —tal y como lo muestra una carta dirigida al director de *El Tiempo* fechada el 15 de julio y publicada en el diario en edición del 16 de julio de 1945 con el titular: “No Vendrá a Bogotá El Presidente Del congreso venezolano”—, informó sobre la imposibilidad de viajar a Bogotá debido a “la agudización de un proceso bronquial” (p. 8). Esta carta, de dos párrafos, se acompaña de la reproducción de una nota de la Associated Press (A. P.) donde se dan más pistas sobre los preparativos para la inauguración del Instituto:

Caracas, julio 15 (A. P.)— Mario Briceño Iragorry se encuentra enfermo de bronquitis y los médicos le han aconsejado que no viaje a Bogotá con Mariano Picón Salas, a la inauguración del Instituto Colombo-Venezolano de Cultura.

Se considera probable que en remplazo de Briceño Iragorry sea nombrado el ensayista Augusto Mijares, o el jefe político Jóvito Villalba.⁴⁴ Picón Salas debe salir el 18 de julio.

⁴⁴ El nombre de Jóvito Villalba pudo haber aparecido como una posibilidad si se tiene en cuenta que, tal como lo manifiesta Maryluz Vallejo (2024), el expresidente Eduardo Santo mantuvo una amistad con el político venezolano.

Con el fin de tomar parte en la exposición que se realizará al inaugurarse el instituto, partieron por la vía terrestre los jóvenes pintores venezolanos César Rengifo, Alejandro Otero Rodríguez y Pedro León Castro, llevando cincuenta pinturas y dieciocho grabados, los últimos ejecutados por estudiantes de la escuela de artes plásticas. (p. 8)

Sobre asuntos venezolanos, *El Tiempo* informa en esa misma edición la conformación del nuevo gabinete de Medina Angarita, donde resuenan los nombres de Arturo Úslar Pietri para nuevo ministro del interior y de Pedro Sotillo para secretario del presidente.

Gracias al programa de festejos patrios a cargo de la Academia Colombiana de Historia, cuyo comité se encontraba a cargo de Luis Augusto Cuervo, Germán Arciniegas, Francisco Andrade, Rafael Tovar Ariza y Roberto Cortázar, se sabe que la inauguración del Instituto quedó programada para el martes 24 de julio a las 4:00 p.m. en la Quinta de Bolívar.

Finalmente, en la primera página de la edición del 18 de julio se anuncia el viaje de Picón Salas a Bogotá y el nombre del intelectual que lo acompañaría, José Rafael Pocaterra, embajador de Venezuela en Moscú en ese momento y escritor que ya había alcanzado un reconocimiento continental por su *Memorias de un venezolano de la decadencia*; libro referente de la juventud venezolana y latinoamericana, publicado en 1924 desde su exilio en Canadá —es importante decirlo—, pues constituye, más allá de su estilo a veces desconcertante, uno de los más importantes y vivos testimonios críticos a las dictaduras militares de Castro y Gómez en Venezuela, de las cuales el mismo Pocaterra fue víctima como preso político en San Felipe, San Carlos y en la temida La Rotunda. Bajo el titular: “Pocaterra y Picón Salas Llegarán a Bogotá el Jueves / Hoy salen de Caracas los distinguidos intelectuales”, se reproduce una nota de la Associated Press (A. P.) donde se informa:

Al respecto dice Vallejo (2024): “De los extranjeros con los que se escribe Santos salta a la vista Jóvito Villalba, venezolano del Partido Acción Democrática, exiliado en Trinidad tras el asesinato del presidente de la Junta Militar de Gobierno, en 1950. Luego se fue a vivir a Miami, donde Santos lo visitaba en sus escalas de viaje. El 17 de diciembre de 1954, Santos le transmitió su preocupación por lo que pudiera pasar entre los militares de Colombia y Venezuela. Al año siguiente le habló de la renuncia simultánea de los agentes distribuidores de *El Tiempo* en Venezuela debido al ataque del que fue víctima uno de ellos: ‘*El Tiempo* va siendo una afirmación de antigobiernismo en las tierras que domina [Marcos] Pérez Jiménez’. En esa misma carta del 14 de enero de 1955 le cuenta que la censura ya traspasa fronteras porque el amigo común, Próspero Morales Pradilla, escribió una nota fuerte sobre ese régimen y empezó a recibir llamadas amenazantes”. De la cita de Maryluz, habría que precisar que Jóvito Villalba no pertenecía al partido de Rómulo Betancourt Acción Democrática (AD), sino que militó en el partido liberal Unión Republicana Democrática (URD), fundado por él. Precisamente, por este partido fue dos veces candidato presidencial.

Caracas, julio 17 (A. P.)— Se fijó para mañana el viaje en avión de Mariano Picón Salas y José Rafael Pocaterra, que se dirigirán a Bogotá para asistir a la inauguración, el veinte de julio, del Instituto de Cultura Colombo-Venezolano.

Los dos intelectuales venezolanos llegarán el miércoles a Barranquilla, y al día siguiente continuarán viaje a la capital.

Pocaterra, escritor y diplomático, que pasó largos años de destierro durante la dictadura de Juan Vicente Gómez, fue designado en reemplazo de Mario Briceño Iragorry, que en un primer momento iba a acompañar a Picón Salas, pero no pudo viajar por causa de una afección bronquial. (p. 1)

Sobre lo que fue el recibimiento a los intelectuales venezolanos, el cubrimiento del suceso continúa con una nota en primera página del jueves 19 de julio. En esta, titulada: “Llegarán hoy a Bogotá Mariano Picón Salas y Pocaterra”, un corresponsal de *El Tiempo* en Barraquilla reporta:

Barranquilla 18. — Hoy llegaron a Barranquilla por la vía aérea, procedentes de Caracas, los notables intelectuales venezolanos Mariano Picón Salas y José Rafael Pocaterra, quienes fueron recibidos en Soledad por elementos del Gobierno, la sociedad y los centros culturales. Los distinguidos visitantes han sido muy agasajados y atendidos en esta ciudad. El encargado de la gobernación del departamento, doctor Juan B. Fernández, les ofreció una magnífica recepción.

Picón Salas y Pocaterra continuarán su viaje por la vía aérea a Bogotá, donde se les espera en las altas esferas intelectuales con verdadero entusiasmo. Los intelectuales del país amigo vienen con el objeto de asistir a la inauguración del Instituto Colombo-Venezolano en esa capital, el día 24 del presente año. (p. 1)

En el editorial de ese mismo día, con el encabezado “El Instituto Colombo-Venezolano” se da cuenta de lo que significa esta institución como consolidación de las relaciones entre ambos países. Además, ofrece unas palabras elogiosas de cada uno de los intelectuales venezolanos en cuanto espíritus libres, los cuales para poder pensar y criticar la dictadura de Venezuela debieron vivir en el exilio. El editorial, propio de la casa editorial de *El Tiempo*, es un pequeño discurso que usa la situación de Venezuela y Colombia en 1945 —aún no se había producido el golpe de Estado de Rómulo Betancourt y la división del liberalismo para las elecciones de 1946 que le dará la victoria al Partido Conservador en la persona de Mariano Ospina Pérez—, para exaltar las ideas

liberales del republicanismo y la democracia. Valga la pena citar los pasajes en que, con motivo de la inauguración del Instituto, demuestran la fraternidad Colombo-Venezolana:

El día del natalicio del Libertador, el 24 de julio, se va a inaugurar en Bogotá el Instituto Colombo-Venezolano en una solemne ceremonia que tendrá lugar en la Quinta de Bolívar y para asistir a la cual llegan hoy a Bogotá dos de las más ilustres figuras venezolanas: don José Rafael Pocaterra y don Mariano Picón Salas. A su turno, y con idéntico entusiasmo, los venezolanos se preparan para inaugurar en Caracas el instituto Venezolano Colombiano el próximo 6 de agosto. De esta suerte, al lado de la acción puramente oficial y diplomática, va a establecerse entre las dos naciones una corriente de intercambios de todo orden, que permitan aumentar, hasta donde sea posible, el conocimiento mutuo de los dos pueblos.

La ocasión misma de que dio origen a la idea de estos institutos muestra muy bien cuánto puede hacerse por el camino iniciado. Una visita de los periodistas colombianos a Caracas sirvió para traer a nuestros compatriotas un testimonio vivo de cómo la hermana república ha iniciado un renacimiento auténtico, que a medida que se conoce mejor llena de júbilo a quienes buscan nuevos triunfos para la democracia en América. [...]

Los nuevos institutos van a llenar la función inmediata e indispensable de iniciar nuestro estudio del mundo por nuestros propios vecinos. Mucho puede escribirse y decirse sobre la amistad de los pueblos, pero amistad que no se funda en el conocimiento mismo, es literatura y divagación. Venezolanos y colombianos tenemos que conocernos mejor, para sacar auténtico provecho de nuestra vecindad. Estas dos naciones, moviéndose acordes dentro de un reflexivo programa de acción fraternal y con la ambición de revivir los tiempos en que la Gran Colombia era una de más respetadas y grandes fuerzas de América, dejarán la sensación en América de la más saludable inteligencia internacional.

Al presentar a los distinguidos venezolanos que hoy nos visitan, el más cordial saludo de bienvenida, recibimos en ellos uno de los mensajes más puros de esperanza que pueden inspirar optimismo a los ciudadanos del continente. (p. 4)

Para el 20 de julio de 1945, día de fiesta patria en Colombia, día en que se notifica la renuncia de Alfonso López Pumarejo a la Presidencia de República, se informa de la llegada de Rafel Pocaterra el día anterior. Pocaterra llegó solo debido a que Mariano Picón Salas, según el periódico, debió demorar su viaje en Barranquilla hasta las 8:45 a. m. de ese 20 de julio. De acuerdo

con *El Tiempo*, a Pocaterra lo recibieron, entre los que se nombran, Eduardo Santos, Germán Arciniegas, Juan Lozano y Roberto García-Peña. A su vez, se indica que el escritor venezolano manifestó “su profunda complacencia por hallarse en Colombia, país al que deseaba conocer desde hace mucho tiempo por la profunda vinculación espiritual que siempre ha existido entre su patria y la nuestra”. Finalmente, resulta interesante la culminación del reporte: “Tan pronto como llegue el señor Picón Salas se dará comienzo al programa de agasajos que se tiene preparado en honor de los dos ilustres huéspedes que traen de Venezuela su mensaje de amistad a Colombia” (p. 13).

La fórmula periodística se repite, y el 21 de julio *El Tiempo* informa sobre la llegada de Mariano Picón Salas a Bogotá, en compañía de su primera esposa Isabel Cento, el 20 de julio a primera hora del día. La comitiva para este recibimiento no se especifica, pero, por lo dicho hasta aquí, es de esperarse que fuese la misma que recibió a Pocaterra. La nota sobre la llegada de Picón Salas a Bogotá informa sobre las actividades que cumplieron ese mismo día los intelectuales venezolanos. Nada más y nada menos que una reunión con el presidente Alfonso López Pumarejo:

A las once de la mañana el embajador don Rafael Pocaterra y don Mariano Picón Salas asistieron a la recepción ofrecida en Palacio al Honorable Cuerpo Diplomático, y fueron presentados al señor Presidente de la República por el Embajador de Venezuela Atilano Carnevali. Al medio día los señores Pocaterra y Picón Salas fueron agasajados por don Juan Lozano y Lozano, quien les ofreció un almuerzo en el Jockey Club.

Habla el señor Picón Salas

Uno de nuestros redactores habló brevemente con don Mariano Picón Salas, quien le expresó su viva complacencia por encontrarse en Colombia y singularmente por la misión de acercamiento espiritual que lo trae a nuestro país, para el que tuvo cordiales palabras de elogio.

El señor Picón Salas concede gran trascendencia a la constitución del Instituto Colombo-Venezolano y expresa que es deseo del gobierno de Venezuela darle a la organización de Caracas gran solemnidad, y que tanto él como el Embajador Pocaterra tienen el encargo de invitar a un grupo de eminentes colombianos para asistir a la inauguración del instituto en la capital venezolana, que tendrá lugar el próximo 7 de agosto, fecha aniversario de la batalla de Boyacá. [...]

EL TIEMPO, que se honró entonces con la colaboración del señor Pocaterra, se complace en anunciar que tanto el ilustre Embajador Venezolano, como don Mariano Picón Salas, con cuyos artículos también se han visto varias veces favorecidas nuestras páginas, reanudarán muy pronto su tarea en estas columnas que los cuentan a ellos desde ahora entre sus más eminentes redactores. (pp. 1; 11)

En esa misma edición del 21 de julio, aparecen otras dos menciones a los visitantes de Venezuela: la primera, bajo el encabezado “La Gran Colombia del Espíritu”, en la sección “Cosas del Día”, es una nota llena de pompa donde, a partir de la fecha y la visita de los intelectuales venezolanos, se quiere demostrar un sentimiento de unidad entre Colombia y Venezuela, por lo demás con adjetivos y florituras de sobras; la segunda es la publicación de dos fotografías en las páginas sociales, sección denominada “La vida social”, del periódico. La primera fotografía muestra a José Rafael Pocaterra junto a Eduardo Santos, en su llegada a Bogotá, caminando hombro con hombro, de cuerpo entero, trajeados y cada uno con su gabán. La segunda fotografía muestra a Mariano Picón Salas junto a su primera esposa Isabel Cento, elegantes, sentados en un sofá con una mesa de centro adelante.

El itinerario de los intelectuales, según la primera página de *El Tiempo* del domingo 22 de julio, continúa con un tradicional chocolate santafereño en la Casa Colonial, organizado por la rectoría de la Universidad Nacional y la dirección del Museo de Arte Colonial para ese día. En edición del 26 de julio aparece una nota sobre el evento con el título “Chocolate Santafereno”. Allí, se hace un resumen de lo que fue el evento, donde se destaca la magnificencia del lugar en que se llevó a cabo. Se destacan los candelabros, los muebles, la vajilla en que se sirvieron las viandas, los artículos coloniales que se exhiben en el museo, etc. Sobre los invitados al chocolate, se destacan el embajador de Venezuela Atilano Carnevali, Nohra Villegas, Andrés Paúl y señora, Eduardo Santos, López de Mesa, Germán Arciniegas y señora, Luis Augusto Cuervo y señora, Jorge Bayona posada y señora, Daniel Arias Argáez, Jorge Ricardo Vejarano, Luis Eduardo Nieto Caballero, Fabio Lozano y Lozano y señora, Roberto García-Peña y señora, Teresa Cuervo, Otto de Greiff y señora, Jorge Rojas y señora, Gerardo Molina y Eduardo Guzmán Esponda.

Junto con la información sobre la recepción en la Casa Colonial, se informa que en el acto de inauguración del Instituto “llevarán la palabra el doctor Eduardo Santos y los señores Pocaterra

y Picón Salas” (p. 1). Finalmente, cierra la nota la reproducción de un telegrama de Briceño Iragorry:

Caracas, julio 20.

Germán Arciniegas, Roberto García Peña. —Bogotá.

Con ustedes en el espíritu en el día de esa noble patria y en la solemne instalación de nuestro instituto de fraternidad colombo-venezolana cordial abrazo.

Mario Briceño Iragorry. (p. 1)

El día 23 de julio, nuevamente en primera página, *El Tiempo* continúa en su empeño de promocionar la inauguración del Instituto. El titular más el encabezado rezan: “El Instituto Colombo-Venezolano se Instala en la Quinta de Bolívar / Las ceremonias se realizarán a las cuatro de la tarde de mañana. Hablarán el Dr. Eduardo Santos y los señores Pocaterra y Picón Salas. Fines del Instituto”. Con el fin de mencionar que se están ultimando los preparativos para la instalación que se llevará a cabo en la Quinta de Bolívar, ofrece una información trascendental para comprender lo que significaba el instituto. En primer lugar, establece los nombres del comité organizador del Instituto: Monseñor Vicente Castro, Francisco J. Chaux, Raimundo Rivas, Germán Arciniegas, Alberto Pumarejo, Roberto García-Peña, Plinio Mendoza Neira y Domingo Esguerra; de los socios honorarios: el presidente Alfonso López Pumarejo, el ministro de relaciones exteriores Alberto Lleras Camargo, el embajador de Venezuela en Colombia Atilano Carnevali, y los exministros de Colombia en Venezuela; de los socios fundadores: Eduardo Santos, Gabriel Turbay, Darío Echandía, Luis López de Mesa, Baldomero Sanín Cano, Jorge Ricardo Vejarano, Luis Augusto Cuervo, Jorge Álvarez Lleras, Enrique Santos, Eduardo Carranza, Rafael Maya, José Joaquín Gori, Roberto Urdaneta Arbeláez, José de la Vega, Antonio Gómez Restrepo, Guillermo Hernández de Alba, Nicolás García Samudio, Luis Cano, Jorge del Corral, José Mar, Francisco Umaña Bernal, Enrique Santos Castillo, Pablo de la Cruz, Carlos Lleras Restrepo, José Joaquín Castro Martínez, Juan Salgar Martín, Fabio Lozano y Lozano, Juan Lozano y Lozano, Agustín Nieto Caballero, Pedro J. Dousdebés, Alberto Galindo, Antonio Rocha, Darío Samper, Gerardo Molina, Silvio Villegas, Raimundo Rivas, Enrique Otero D'Costa, Luis Eduardo Nieto Caballero, Enrique Otero Ricaurte y Lorenzo Mariño; los secretario generales: Horacio Rodríguez Plata y Jaime Posada. Por la nómina, podríamos decir que fue un instituto hecho a imagen y semejanza del Partido Liberal de Colombia.

En segundo lugar, la nota del diario trae un subtítulo importante, “Los fines del Instituto”, en donde se establece que

El Instituto Colombo-Venezolano es una de las más significativas realizaciones para el mayor fortalecimiento, si cabe, de la amistad entre estas dos repúblicas. En resumen, sus amplios objetivos se pueden anunciar así: Constante intercambio cultural, ya por medio de recíprocas visitas de intelectuales, giras de universitarios, exposiciones de arte, ferias del libro, organización de bibliotecas, ciclos de conferencias, intercambio de profesores, etc. Divulgación de las posibilidades comerciales e industriales de los pueblos, haciendo conocer, con precisión sus capacidades económicas, organizando muestrarios y salones donde se den a conocer los productos de Colombia y Venezuela.

En Bogotá y en Caracas habrá oficinas de permanente despacho, con funcionarios competentes, quienes diariamente informarán sobre las actividades del Instituto. (p. 1; 14)

Finalmente, se informa sobre los eventos que se llevarán a cabo, los cuales, además de los discursos de Santos, Pocaterra y Picón Salas, son: audición de la Banda del Conservatorio Nacional, quienes tocarán, además de los himnos patrios de los dos países, bambucos, pasillos y joropos; y firma del acta de constitución del instituto.

En la edición de ese mismo día, abriendo la sección “Cosas del día”, aparece, con el encabezado “La Conferencia de Hoy”, una nota sumamente relevante. Se trata de una invitación, con suma retórica sobre la importancia y el prestigio del conferencista, a una conferencia que dictará Mariano Picón Salas a las seis de la tarde en el Museo de Arte Colonial, bajo el título “Invitación a una biografía de Francisco de Miranda”. Esta conferencia en el país es sumamente relevante ya que se trata de divulgación del libro que estaba preparando y publicará al siguiente año en la editorial argentina Losada: *Miranda* (1946). De este libro, su autor publicará dos capítulos en las *Lecturas Dominicales* de *El Tiempo*: “La madrugada triste” (6 de octubre de 1946), capítulo XXIII, y “Cuando hasta la existencia era un azar” (26 de marzo de 1950), capítulo V.

Como era de esperarse, en la edición del 24 de julio, en primera página y encabezando el diario, aparece el titular “Se Instala a las 3 el Instituto Colombo-Venezolano Hoy”. En el reporte, a más de repetir lo ya dicho, se incluye los encabezados “Hablarán el Doctor Eduardo Santos, Germán Arciniegas y José Pocaterra” y “La conferencia de Mariano Picón Salas. Una Exposición de Pintura Venezolana. La fiesta de EL TIEMPO y la ‘Revista de América’”. Como lo indican los

encabezados, para la inauguración del Instituto, finalmente se eligió a Santos, Arciniegas y Pocaterra como oradores.

Además, en esta nota se reseña lo que fueron los actos a los que asistieron los intelectuales venezolanos el día anterior. En primer lugar, *El Tiempo* y la *Revista de América* ofrecieron un almuerzo a los intelectuales en el América Sports Club, al cual, tal como lo muestran las fotografías publicadas en las páginas sociales, asistió un número considerable de comensales. En el evento, tal como se indica, Eduardo Santos pronunció un discurso en honor a la tradición liberal de su diario, y Juan Lozano y Lozano, Eduardo Carranza, Daniel Arango y Jorge Rojas recitaron poemas. En la fotografías que se publicaron en los sociales, se observa primero a Eduardo Santos, Isabel Cento, Atilano Carnevali y Pocaterra asomados en un balcón; la segunda foto, muestra un gran número de personas, alrededor de unas 50, donde se distingue a José Rafael Pocaterra; finalmente, con el pie de foto “El embajador de Venezuela en Rusia, José Rafael Pocaterra, y un grupo de concurrentes al almuerzo ofrecido ayer por EL TIEMPO y la Revista de América”, se muestra no solo a Pocaterra, sino también a Picón Salas. Entre los invitados que se listan en el periódico se encuentran: Eduardo Santos y señora, Atilano Carnevali, Alberto Pumarejo y señora, Roberto García-Peña y señora, Germán Arciniegas y señora, Fabio Restrepo y señora, Fabio Lozano y Lozano y señora, Luis Cano y señora, Luis de Zuleta y señora, Luis Eduardo Nieto Caballero y señora, Luis M. Cabana y señora, Andrés Paul y señora, José María Franco Ortega y señora, Silvio Villegas y señora, Fernando Londoño Londoño y señora, Alberto Forero Benavides y señora, Abel Cruz Santos y señora, Luis Augusto Cuervo y señora, Eduardo Guzmán Esponda y señora, José Joaquín Gory y señora, Pablo de la Cruz y señora, Luis Castro Montejo y señora, Enrique Santos y señora, Enrique Santos Castillo y señora, Jaime Nieto Cano y señora, Eduardo Carranza y señora, Jorge Rojas y señora, Hernando Téllez y señora, Luis Alberto Camargo y señora, Emma Villegas Puyana, Elena Calderón Nieto, Dora Bejarano Pereira, Fabio Lozano Torrijos, Jorge Soto del Corral, Jorge Bejarano, Jorge Ricardo Vejarano, Roberto Cortázar, Indalecio Liévano Aguirre, Guillermo Cano, Eduardo Caballero Calderón, Abel Botero, Jorge Gaitán Cortés, Bernabé Riveros, José Pratt, Eduardo Zalamea Borda, Luis Enrique Osorio y Hernando Santos Castillo.

Este mismo evento también se describe en la sección “Cosas del día”. La nota, con el encabezado “Una Fiesta Fraternal”, además de la consabida retórica de la sección, redundaba en el noble sentimiento de hermandad entre Colombia y Venezuela:

El almuerzo de ayer constituyó una de esas etapas ejemplares que sirven, mejor aún que todas las cortesías diplomáticas, infortunadamente ceñidas a una pauta reservada y minuciosas, a la consolidación de las grandes amistades internacionales y a sus verdadero y justo aprovechamiento. Al proscribir la política para identificarse cordialmente, Colombia y Venezuela han dado la más alta prueba de su identidad nacional y de su genuino parentesco dentro del linaje americano. Han demostrado que no fueron vanos los sacrificios de Bolívar y los esfuerzos de sus estadistas para conformar un solo pueblo, una patria única, digna, grande y próspera, en medio de un mundo en el que los rencores, las ambiciones y los odios son la enfermedad de moda.

Las palabras con que tanto los doctores Picón Salas y Pocaterra, como el doctor Eduardo Santos y nuestro director, don Roberto García Peña, quisieron señalar el acto, protocolizaron ayer el nuevo estatuto fraternal colombo-venezolano y lo entregaron, como una conquista de la inteligencia y del sentido común, a las páginas de nuestra desorbitada historia contemporánea. (p. 5)

En esta misma sección, en la primera nota, y con el encabezado “El Instituto Colombo-Venezolano”, se sigue la disertación sobre la hermana Gran Colombiana, con ocasión de la inauguración, ese día, del Instituto.

En la edición de ese día, y para nuestro interés, se informa sobre lo que fue la conferencia de Mariano Picón Salas en el Museo de Arte Colonial. Acompañado de una foto en que se ve a Picón Salas de pie frente al público, se informa que la conferencia que se había publicitado sobre Francisco de Miranda llenó todas las plazas del aforo del Salón de actos de la Casa Colonial. Entre los asistentes a la conferencia el diario destaca “numerosas damas de la sociedad bogotana, el Presidente de la Academia Colombiana de Historia y la casi totalidad de sus miembros, diplomáticos de diversos países y varios escritores e intelectuales” (p. 15). La conferencia, introducida por el rector de la Universidad Nacional, Gerardo Molina, según el medio, se dividió en dos partes:

Ideas generales sobre el precursor de la Independencia venezolana, y, cuatro estampas de su vida: Miranda en Inglaterra y sus conversaciones con Pitt; su prisión en París; el segundo plan que ideó para que el Primer Ministro del Imperio Británico apoyara la independencia de las colonias españolas, y Miranda en los Estados Unidos en la época de Jefferson.

El señor Picón Salas, a lo largo de su conferencia, hizo gala de un completo dominio de la materia y de una viva erudición sobre la apasionante vida de Miranda. Al terminar su charla fue calurosamente aplaudido y felicitado por el público asistente. (p. 15)

Finalmente, en la edición del 24 de julio, sumado a un par de párrafos sobre la exposición de pintura venezolana que se realizará en el marco de la inauguración del Instituto, y que permite una pequeña disertación sobre el avance de ese arte en Venezuela, se informa que, como complemento a la inauguración del Instituto Colombo-Venezolano de Cultura, a las nueve de la noche la Academia Colombiana de Historia “ofrecerá un gran banquete en sus salones en honor del Embajador Pocaterra y del señor Picón Salas. Ofrecerá el homenaje el Presidente de la Academia don Jorge Ricardo Vejarano, y contestará don Mariano Picón Salas” (p. 15). La información sobre este banquete se complementa con la lista de invitados que se publica en las páginas sociales: Eduardo Santos, Absalón Fernández de Soto, Alberto Lleras Camargo, Antonio Rocha, Atilano Carnevali, Francisco José Chaux, Plinio Mendoza Neira, Parmenio Cárdenas, José Joaquín Casas, Horacio Hernández, Carlos S. Santamaría, Jorge Bejarano, Jorge Álvarez Lleras, Domingo Esguerra, Francisco José Urrutia, Luis López de Mesa, Raimundo Rivas, Antonio Gómez Restrepo, Eduardo Restrepo Sáenz, Roberto Botero Saldarriaga, Fabio Lozano Torrijos, Daniel Arias Argáez, Germán Arciniegas, Alberto Miramón, Laureano García Ortiz, Tulio Enrique Tascón, Ramón Muñoz Toledo, Daniel Ortega Ricaurte, Gerardo Arrubla, Luis Augusto Cuervo, Francisco Umaña Bernal, Roberto García-Peña, Nicolás García Samudio, Enrique Otero D'Costa, Gustavo Otero Muñoz, Roberto Cortázar, Luis Martínez Delgado, Miguel Aguilera, Carlos Cortés Vargas, Maximiliano Grillo, Fabio Lozano y Lozano, Pedro Julio Dousdebés, José María Restrepo Sáenz, Juan C. García, Enrique Ortega Ricaurte, José Restrepo Posada, Belisario Matos Hurtado, Guillermo Hernández de Alba, Manuel José Forero, Moisés de la Rosa, Félix Restrepo, Eduardo Rodríguez Piñeres, Gabriel Giraldo Jaramillo, Horacio Rodríguez Plata, Carlos Restrepo Canal, Evaristo Herrera, Francisco Andrade, Rafael Tovar Ariza, Indalecio Liévano Aguirre, Jorge Boyano Posada, Jaime Polanía Puyo, José Manuel Pérez Sarmiento, Eduardo García Mejía y Roberto Liévano.

Como era de esperarse, todos estos eventos ocurridos el 24 de julio fueron cubiertos por el diario de Eduardo Santos al día siguiente. En primera página de *El Tiempo*, del 25 de julio de 1945, se encuentra el titular “Inauguración del Instituto Colombo-Venezolano”, junto al cual aparecen los encabezados “Una Gran Fiesta se Verificó en la Quinta de Bolívar” y “Un significativo acto en

la conmemoración del natalicio del Libertador”. El artículo comienza por informar algunos de los asistentes: el ministro de educación nacional Antonio Rocha, los embajadores de Venezuela, Ecuador y Perú, Francisco Chauv, Raimundo Rivas, Plinio Mendoza Neira y Luis Augusto Cuervo como exembajadores de Colombia en Venezuela, el presidente de la Academia Colombiana de Historia Jorge Ricardo Vejarano junto a los miembros de esa corporación. Seguido, se menciona la intervención de Eduardo Santos, de la cual vale la pena recapitular los propósitos que tendría el Instituto, y que según el medio fueron también aprobados en Caracas:

- Establecer una estrecha cooperación entre los escritores, periodistas, artistas, hombres de ciencia y demás elementos representativos de la vida cultural de ambas Repúblicas.
- Intercambio de orden intelectual mediante visitas periódicas de hombres de letras, trueque de libros, órganos de prensa, etc.
- Intercambio de Profesores, Misiones Universitarias y culturales en general.
- Promover Convenciones de carácter científico, económico, cultural, artístico, etc. Proponer, sin concurso ni petición de aspirantes, las personas que deben representar a Venezuela y Colombia en estas Convenciones, quedando aquellas obligadas a presentar luego un informe contentivo de sus observaciones y del resultado de las labores realizadas.
- Fomentar ciclos de conferencias sobre temas de interés común, tendientes a afirmar la solidaridad existente entre las dos Repúblicas. Presentación y discusión de Tópicos en Mesa Redonda y Mesa Viajera con igual finalidad.
- Organización de programas especiales en las radiodifusoras de Bogotá y Caracas para dar a conocer los diversos aspectos literarios, artísticos, folklóricos, vida y costumbres de los pueblos, actividades económicas y progresos de cada uno de estos países.
- Fomento de Exposiciones de pintura, fotografía, dibujo, caricaturas, etc. Proyecciones cinematográficas de ambiente regional, cortos nacionales, etc.
- Divulgación, en actos especiales, de obras teatrales, música folklórica, tradiciones y leyendas, bailes y cantos populares de Colombia y Venezuela.
- Auspiciar embajadas artísticas y literarias.
- Canje de colaboraciones para la Prensa de ambas Repúblicas.
- Exaltación de las figuras históricas de nuestra Independencia y de las figuras civiles de mayor prestigio en los dos países.

-
- Creación de una Biblioteca integrada con libros de escritores colombianos en Venezuela y de escritores venezolanos en Colombia. Igualmente creación de una Hemeroteca y de una Discoteca.
 - Distinguir con un Diploma de Honor del Instituto Colombo-Venezolano el mejor libro del trimestre publicado en ambos países.
 - Proponer la creación de una Cooperativa del Libro colombo-venezolano con suscripciones en las dos Repúblicas, para difusión de obras de mérito en todos los órdenes culturales. Propiciar la publicación de libros escolares comunes sobre Geografía, Historia, Literatura y Arte y Biografías de las personalidades de Colombia y Venezuela.
 - Trabajar por el fomento del turismo.
 - Propiciar la consecución de becas para estudiantes universitarios. Intercambio de correspondencia estudiantil.
 - Intercambio obrero de las fábricas de Colombia y Venezuela para el mejor adiestramiento técnico de los trabajadores en la producción industrial.
 - Muestrarios industriales permanentes en Caracas y Bogotá, respectivamente.
 - Conseguir que las bibliotecas de ambos países envíen al instituto fichas de todos los libros que se editen en Colombia y Venezuela.
 - Obtención de tarifas especiales aéreas para facilitar el intercambio de escritores y periodistas.
 - Consecución de porte libre y tarifas especiales para el envío de periódicos, libros y revistas.
 - Obtener en periódicos, de manera gratuita, determinado espacio fijo para la divulgación de noticias que convengan a ambos países.
 - Celebración de un festival anual, turnando en ambas capitales la sede del mismo, en la fecha aniversaria de la Independencia de las dos repúblicas. (p. 13)

Sin duda, los propósitos enunciados por Eduardo Santos constituyen un verdadero y exhaustivo plan de intercambio no solo cultural, sino también económico y social entre ambas naciones, ya que cada uno de los puntos esbozados no hacen referencia, como es común en muchos programas políticos o apuestas de este tipo, a asuntos protocolarios o retóricos.

Los discursos de Germán Arciniegas y José Rafael Pocaterra que fueron anunciados como parte de la Inauguración fueron publicados *in extenso* por *El Tiempo* en la edición de ese día, junto a una caricatura de Pocaterra y Picón Salas, con el siguiente título:

A LA SOMBRA DEL LIBERTADOR

Una Fiesta Grancolombiana

DOS ADMIRABLES DISCURSOS DE GERMÁN ARCINIEGAS Y JOSÉ RAFAEL POCATERRA. —EL DESTINO DE COLOMBIA Y VENEZUELA. —DIÁLOGO CON EL RECUERDO DEL LIBERTADOR. —UNA HERMOSA ORACIÓN FUE EL DISCURSO DEL EMBAJADOR POCATERRA.

TEXTOS DE LOS DISCURSOS DE AYER EN LA QUINTA DE BOLÍVAR.

Aunque el espíritu bolivariano que resuena en el discurso de Arciniegas se contradiga con la concepción del Libertador que años después presentará el escritor en sus libros; aunque en algún punto pase de la oración histórica a la lucha política, vale la pena rescatar, en otro lugar, estos dos discursos que aquella tarde sellaron la amistad de ambas naciones. Citemos un apartado de cada discurso para dar una idea del tono que tomó el acto:

De Germán Arciniegas:

La función de la Gran Colombia en nuestros días no representa amenaza sino contra las fuerzas oscuras que conspiren para frustrar el destino natural de veinte repúblicas que quieren paz, quieren justicia, quieren tolerancia, quieren libertad. Somos, ahora como hace más de un siglo, una avanzada de los hijos de la libertad, una esperanza de los que tienen hambre y sed de justicia. Nos damos la mano con más fuerza, nos reconocemos en medio del caos universal, y fijamos en esta hora inicial de la segunda salida un programa de compenetración intelectual, de camaradería en las artes y las letras, de juvenil fervor democrático, para que sepa que en nuestra hora de fe encendemos, sencillamente, una lámpara, devolviéndole su luz antigua, que es para nosotros luz eterna.

Señores, amigos José Rafael Pocaterra y Mariano Picón Salas: decid a todos los venezolanos que no se encuentran hoy aquí con nosotros, que estamos con ellos bajo el fulgor de la misma inspiración y de la misma esperanza. (p. 15)

De José Rafael Pocaterra:

Honra en el crepúsculo de mis años que me obliga y nos obligan, esta misión que mi ilustre compañero Mariano Picón Salas y yo venimos a cumplir; y me honra, personalmente, esta invitación de vuestro Gobierno que a Venezuela habéis hecho agobiando de generosidad la modesta persona invitada, porque ya dije, lo único que acaso justifica esta invitación: Nunca pisé antes tierra colombiana y me parece que regreso... [...]

Con orgullo venezolano y corazón granadino aquí ofrezco, en cesto urdido con mimbrales ásperos, esta fruta aspérrima, nutriz de la sinceridad. ¿A qué apelar a fementidas fraternidades ni a metáforas eucarísticas ni a identificaciones absurdas? Morder podemos ambos sin reserva y sin miedo la pulpa grancolombiana de nuestras esperanzas y de nuestras conveniencias.

Yo no estoy hablando de lo circunstancial ni de lo inmediato, que las cosas demasiado cercanas, antes que tocarlas la mano, las ultraja el pie. Estoy hablando en función de futuro porque ya a este presente más le valiera ser pasado. (p. 4)

La inauguración del Instituto Colombo-Venezolano de Cultura también fue comentada en la sección “Cosas del día”, donde, de manera breve, pero exaltando el acto y su significado para la relación entre los dos países, se resume lo que fue el evento. Además del cubrimiento de la inauguración, la edición del miércoles 25 de julio también expone dos eventos relacionados con los intelectuales venezolanos. El primero es la programación de una conferencia en el Teatro Colón en la que José Rafael Pocaterra, a petición de algunos amigos, ampliará “sus trascendentales conceptos sobre la fraternidad gran-colombiana” (p. 3). La intención es que un público más amplio tenga la oportunidad de escucharlo. La conferencia fue publicada en su totalidad en la edición de *El Tiempo* del 30 de julio.

El segundo evento que relaciona a Pocaterra y Picón Salas, tiene que ver con un almuerzo que les ofreció el ministro de relaciones exteriores Alberto Lleras Camargo, quien en menos de dos semanas asumirá la investidura presidencial, ante la renuncia de López Pumarejo, para el último año del período constitucional. Este evento fue comentado en las páginas sociales, donde se publica una fotografía de Eduardo Santos, Francisco J. Chaux, José Rafael Pocaterra y Mariano Picón Salas sentados en un área abierta del Country Club, lugar en el que se llevó a cabo la reunión. Además, en los sociales del 26 de julio, aparecen los nombres de algunos de los asistentes al almuerzo organizado por Alberto Lleras y su esposa, Berta Puga Martínez: Eduardo Santos y su esposa,

Lorencita Villegas; Atilano Carnevali; el embajador de Ecuador Manuel Cabeza de Vaca y señora; Carlos Arenas y Loayza, embajador de Perú; Eduardo Chiari, ministro de Panamá; Humberto Linares, ministro de Bolivia; Luis M. Cabana y María de Cabana; Andrés Paúl y Rosario de Paúl; Roberto García-Peña y Rosita Archila; Germán Arciniegas y Gabriela Vieira; José María Franco Ortega y Leonor Portocarrero; Jorge Morales Rivas y Elena Pallares; Juan Lozano y Lozano y Luisa Provenzano; Francisco José Chau; Francisco Umaña Bernal; Plinio Mendoza Neira; Antonio Rocha; Jorge Ricardo Vejarano; Domingo Esguerra; Indalecio Liévano Aguirre; Nohra Cano; y el cónsul venezolano, Bustillos.

Las noticias sobre el banquete celebrado en la Academia Colombiana de Historia y el discurso que pronunció Picón Salas fueron publicadas hasta el jueves 26 de julio, en cuya primera página reza el titular “Cordiales Homenajes ha Tributado Bogotá a Pocaterra y Picón Salas”. La nota pretende hacer un balance sobre lo que ha sido el recibimiento de la sociedad política e intelectual del país a ambos escritores. En la publicación se parte de las ideas que Picón Salas pronunció en la Academia:

La presencia en Bogotá de los distinguidos intelectuales de Venezuela don José Rafael Pocaterra y don Mariano Picón Salas marca el principio de una obra de ambiciosas proyecciones, que servirán de estímulo no solo para el intercambio cultural entre Colombia y Venezuela, sino para una más vasta obra de acercamiento continental, como lo apuntó felizmente Mariano Picón Salas en el discurso que pronunció hace dos noches en la Academia de Historia. Al apuntar el éxito que ha tenido la visita de los dos ilustres visitantes, conviene hacer un resumen de los actos celebrados en su honor con el único objeto de que se vea cómo han sido de diversas las entidades que en ellos han participado, y cómo el movimiento que está formulándose ya en torno al Instituto Colombo-Venezolano va adquiriendo proporciones de una empresa común en que se hallan interesados por igual escritores, universitarios, academias, lo mismo que el Gobierno de la República, que sigue desarrollando fielmente la promesa de hacer vida común con nuestros vecinos, para bien de las dos repúblicas y para ejemplo de América. (p. 1)

En el artículo se resumen las actividades que aquí ya hemos mencionado: la fundación del Instituto Colombo-Venezolano de Historia, el chocolate en la Casa Colonial por invitación de la

Universidad Nacional y el Museo de Arte Colonial, el almuerzo ofrecido por el canciller Lleras Camargo y el banquete en la Academia Colombiana de Historia.

Sobre este último evento, menciona el artículo que entre los asistentes se encontraban los presidentes de las academias de Ciencias y de Medicina, el ministro de gobierno y el gobernador de Cundinamarca. También se referencia el discurso de Mariano Picón Salas, la intervención del presidente de la Academia Jorge Ricardo Vejarano y unas palabras de Luis López de Mesa. En las páginas sociales aparece una fotografía muy solemne del banquete en que se ve a los intelectuales venezolanos acompañados de los invitados; todos, trajeados. Resulta importante que el discurso pronunciado por Mariano Picón Salas, titulado “Colombia y Venezuela”, fue publicado íntegro como el editorial de la edición de *El Tiempo* del 26 de julio de 1945. Finalmente, se anuncia en el artículo la inauguración de la exposición de pintura venezolana, a la que se ha hecho referencia previamente, en la Biblioteca Nacional, como primer acto del recién fundado Instituto. Esta inauguración estará a cargo de Mariano Picón Salas. En la edición del 27 de julio se informó sobre esta exposición, donde se señaló que la intervención de Picón Salas giró alrededor de una historia de la pintura venezolana, tema que ha sido tratado por el autor en diversos ensayos.

Sobre el banquete y los discursos en la Academia Colombiana de Historia, queda también el registro del secretario de la Academia, Roberto Cortázar (1952), en su informe anual del año 1945:

Sea este el lugar de recordar la buena armonía que existe entre Colombia y Venezuela, de lo cual fue muestra señalada la visita que no hace muchos días hicieron a Bogotá los distinguidos venezolanos don José Rafael Pocaterra y don Mariano Picón Salas. Para corresponder a las finezas que la sociedad culta de Caracas ha tenido con varios miembros de la Academia que han estado transitoriamente en la ciudad del Libertador, hicimos aquí en los días de julio un cordial recibimiento a los señores Pocaterra y Picón Salas, y fue entonces cuando nuestro Presidente, doctor Vejarano, pronunció una de sus mejores piezas oratorias. (p. 593)

Estos discursos fueron recogidas como primera entrada en el siguiente número del *Boletín de Historia y Antigüedades* (volumen XXXII, número 369-370, julio-agosto de 1945) con título “Colombia y Venezuela”. Citaremos así la publicación del *Boletín* y no el editorial de *El Tiempo*, por la correspondencia del discurso con el medio institucional de la Academia. En su discurso, que

se publica con el encabezado “Discurso de ofrecimiento del banquete que la Academia Colombiana de Historia ofreció en honor de los delegados venezolanos Pocaterra y Picón Salas”, comienza Jorge Ricardo Vejarano (1945) por hacer un llamado a los invitados

Visitáis a Colombia, ilustres amigos nuestros, doctores Pocaterra y Mariano Picón Salas, en los momentos en que en ella se celebran los sagrados ritos de la Patria. Conmemoramos, una vez más, la extraña explosión de nuestro pueblo en una ardiente tarde del mes de julio de 1810. (p. 581)

La mención al suceso primigenio con el que se inicia el proceso de la independencia colombiana, sirve al presidente de la Academia para evocar el significado de aquel acontecimiento y lograr que dos venezolanos se sentaran a la mesa en medio de las celebraciones patrias. Tras palabras elogiosas a los intelectuales, propias de un homenaje, se ocupa Vejarano (1945) de recapitular aquel acontecimiento en que la historia tomó el rumbo de la libertad, que unió la lucha de la Capitanía General de Venezuela con la del Virreinato de Nueva Granada, a partir del impulso suscitado por las sublevaciones en Caracas en aquel año de 1808 en que el rey y el príncipe de España abdican en Bayona. Disertación propia del presidente de una corporación que estudia la historia, el discurso se decanta en el ensayo de una imagen de las guerras de independencia en que resuena el nombre de quien unió ambos pueblos: Simón Bolívar.

Ese hombre, que se llamó Simón Bolívar, comprendió más tarde, cuando su obra estaba hecha y su personalidad deshecha bajo la acción de su cruel esfuerzo, que para que viva nuestra América hay que volver a las tardes inmarcesibles y sonoras de 1808. Intentó aunque inútilmente hacer olvidar los nacionalismos hirsutos, el egoísmo primario de quien sólo piensa en la parcela que nutre y menosprecia la divina comunidad de los espíritus, el acoplamiento de las células afines, de las manos que se alzan hacia la misma plegaria, de los corazones que se conmueven ante lo noble, lo heroico, lo justo, lo fino, lo gracioso. Un algo de todo esto se halla entre nosotros, pueblos de tejidos latinos, y circula sin cansancio, así entre la sangre pálida del aristócrata melancólico como entre la arteria roja del hombre de color.

Todo esto es lo que debemos defender hoy, cuando un inmenso manto gris formado por los detritus de una civilización que se deshace avanza hacia nosotros con la fuerza

irresistible con que entran las aguas pútridas del Amazonas sobre las linfas puras del mar. (pp. 586-587)

Finalmente, sin decir mayor cosa, cierra Vejarano (1945) con las menciones concernientes a ese tipo de actos: primero, a la misión que cumplían los delegados de Venezuela en la fundación del Instituto Colombo-Venezolano de Cultura; segundo, un elogio de Eduardo Santos como autor de la empresa y por su amor a Venezuela; y, tercero, un brindis en nombre de los generales Medina Angarita y López Contreras.

En este punto, es importante mencionar que el nombre de Eleazar López Contreras no resultaba problemático en los círculos liberales de Colombia como sí en Venezuela. Un ejemplo que lo ilustra es la relación que tenía Eduardo Santos con el militar. De ello, cuenta Maryluz Vallejo (2024) que

El venezolano más importante que aparece en este fondo es el general Eleazar López Contreras —presidente de Venezuela entre 1936 y 1941—, y desterrado por la Junta Revolucionaria presidida por Rómulo Betancourt. Santos le ofreció asilo y condiciones para que viviera en Cali o en Medellín. Esta amistad política fue muy cuestionada por la prensa venezolana, ya que el general fue juzgado por el delito de corrupción en 1946, pero Santos le guardaba lealtad porque en la presidencia de ambos se firmó el Tratado de Límites con Venezuela, en abril de 1941, después de un siglo de litigio. Esa cercanía lo obligó a manejar con pinzas las relaciones con Venezuela y así se lo hizo saber a los editorialistas de su periódico. (p. 79)

Resulta coincidente que con la resolución de los conflictos limítrofes entre Venezuela y Colombia comience Mariano Picón Salas (1945) su discurso en el banquete ofrecido por la Academia Colombiana de Historia, de la cual sería miembro correspondiente tres años después. Pero más que un discurso, la pieza de Mariano Picón Salas es un exquisito ensayo en que línea a línea se perfila mejor que en cualquier otro lugar la identidad común entre colombianos y venezolanos. Incluso uno de sus fragmentos muestra de nuevo lo que significó el exilio en el país vecino para el perseguido por la dictadura.

DISCURSO

PRONUNCIADO POR DON MARIANO PICÓN SALAS EN EL BANQUETE DE LA
ACADEMIA

A veces los hispanoamericanos hablamos pesimistamente de nosotros mismos, encendemos un cigarrillo o damos un puñetazo en la mesa para afirmar con todo énfasis, cuán poco puede esperarse de estos pueblos. Pero a veces, también, hacemos cosas y tomamos decisiones que sorprenden y parecerían ejemplares en tierras más viejas y pulidas por una cultura secular. La creciente comprensión y el afecto liberado de todo recelo y sospecha entre Venezuela y Colombia, es una de esas actitudes en que pudieran mirarse y aprender muchos Estados que se consideran muy sabios y hábiles. Un día los dos países hermanos pensaron que habían dilapidado mucho tiempo y dinero en discutir cuestiones limítrofes; que numerosos árbitros y juristas europeos opinaron sobre nuestros asuntos, y que sería mejor buscar un arreglo directo y casero para todos estos diferendos jurídicos (digo jurídicos, porque nunca los hubo propiamente humanos entre las gentes de Colombia y de Venezuela; siempre los *cachacos* del alto Santander y de Boyacá llegaban con sus sombreros de Suaza, sus buenos caballos de paso y sus pesadas leontinas de oro, a las ferias tachirenses; hubo peregrinos venezolanos que iban a pagar promesas en el santuario de Chiquinquirá, y hubo también revolucionarios que pasaban la frontera para liberarse de la excesiva protección de alguna dictadura vernácula. En los pueblos limítrofes, gentes de una y otra banda se instalaban y formaban familia sin que nadie les llamara extranjeros). Por eso el definitivo acuerdo entre Venezuela y Colombia me evoca la manera como se arreglaban en los pueblos de mi tierra andina algunas pequeñas disputas entre hermanos, por el agua o el lindero de la respectiva posesión. Con su vieja escritura de pesada prosa curialesca el querellante acudía a un abogado, quien, para dirimir el asunto y después de consultar el código de procedimiento, levantaba un presupuesto aterrador. Quince pesos en papel sellado, ciento por honorarios, diez al escribiente que saca las copias.

Pero hay que calcular, también, los imprevistos. El querellante se toca la faja y ve que el leguleyo puede birlarle, mágicamente, aquellas redondas y doradas monedas que tintinean en el fondo del cinturón. —Volveré otro día, dice, retardando el recurso legal—. ¿Y en último caso para qué he de disgustarme con mi hermano? La sangre y el común

origen, la vida, la alegría y el dolor compartidos juntos, van creando otra ley que no es enteramente exacta a la que se fija en el marco de los códigos. Y con ocasión de alguna festividad familiar, los parientes volvieron a encontrarse. Estaba dispuesto el blanco mantel, las criollas granjerías, la alborozada luz que esmalta las flores y enredaderas del viejo caserón doméstico. Y un espontáneo abrazo, la profunda responsabilidad que impone el origen y la convivencia, acaban de borrar toda desconfianza y prejuicio.

Lo que constituye la fuerza moral de Hispano-América, la doctrina que debemos imponer a toda tentativa de divisionismo, es, precisamente, esta que parte de nuestro ancestro histórico; que crea con el idioma, la cultura y solidaridad con que combatimos para hacernos libres una como ciudadanía continental que, si aún no se inscribe en las constituciones, alienta en el alma de todos nosotros. En una esfera más limitada, colombianos, venezolanos y ecuatorianos se reconocen en aquel «Dios de Colombia» de que habló alguna vez Bolívar, el que lo guio e iluminó en su periplo libertario, desde las sierras del Caribe hasta los Andes del Pacífico. Los tres pueblos estarán siempre unidos cada vez que América en la empresa de su cultura y su creación democrática necesite escuchar la voz de nuestra conciencia colectiva. (No es ocasión de asustar a los políticos demasiado prácticos ni a los pequeños Maquiavelos o Talleyrands que atisban para preparar y cocinar la próxima intriga o el próximo secreto diplomático. No estamos propiciando una confederación política; no se trata de levantar aquellos bloques exclusivistas, ni extender fe de bautismo a ningún nuevo gran Estado. Pero no puede negarse que más allá de toda circunstancia territorial, económica o administrativa seamos una conciencia; la de nuestra consanguinidad, la del gran trecho de historia que recorrimos juntos y de lo que aspiramos a ser en desarrollo material, en justicia y en pensamiento y arte fecundo en los próximos días americanos). En nuestra alma mandamos nosotros, es lo que habría que fijar y afirmar si, contra el universal anhelo democrático, pretendiera prevalecer sobre el mundo cualquier superada forma de dominación imperialista.

Aquí estamos, pues, sin énfasis ni utilería retórica, trabajando por lo que se ha llamado ya la Gran Colombia del Espíritu. No es necesario para esta tarea de comprensión y mutua asistencia vestir a los héroes en traje de gala como en todas las reconstrucciones históricas y abrumarlos de desusada prosa oratoria. Más bien conviene traer aquellas sombras tutelares al debate concreto de las necesidades y angustias de estos días. Si la

historia fuese sólo el panteón de los próceres y las coronas de laurel, ella serviría únicamente para las epopeyas eruditas o mitológicas, pero no para el entendimiento cotidiano que exige cada pueblo de su ser y sus reacciones colectivas. Con los padres de la Patria que nos dejaron una herencia viva de actividad y de pensamiento, que se hundieron como verdaderos hombres en la entraña de nuestros problemas, estaríamos cambiando una serie de convencionales ceremonias. Y la historia es otra cosa; es la permanente revisión que hace cada pueblo de su destino. Hay un Bolívar, que todos los fariseos que detendrían la gran corriente que viene del pasado para que no fecunde el porvenir, quisieran fijar y enmudecer como yerta figura de cera; y hay otro que está vivo, despierto y a veces colérico, en el corazón de nuestros pueblos y de los que entienden su compromiso con la tierra y las gentes que vendrán. Ese Bolívar, si viviera —y vive como sueño de grandeza, como clarividencia, como deber—, estaría hoy discutiendo con los jóvenes los enigmas de este mundo que nace y le aguardaría su caballo ensillado para precipitarse en la viril pelea de quienes siempre claman por un universo mejor. Mientras que algunos historiadores le petrifican en 1830, él desearía saltar a 1945, al año 2000. ¿Cómo va Colombia; qué habéis hecho por nuestra Colombia, aquella en que se concilian Sucre y Santander, Páez y Rocafuerte, Nariño y Miranda, Zea y Mendoza?, nos pregunta siempre Bolívar. Y la respuesta, la permanente respuesta, debe darla cada nueva generación grancolombiana que quiera marcar, contra el olvido, la huella de su trabajo y su tránsito.

Comprender, ver, hacer, son los verbos en que se resume nuestra tarea. Soy un simple escritor, pero quisiera que por mí hablase todo el pueblo de Venezuela. Aun desde el simple ángulo de nuestra profesión, ya los hombres de este tiempo insurgimos contra aquella imagen un tanto decorativa del intelectual que, como en el famoso poema de Guillermo Valencia, es sólo el espectador desdeñoso, el *flautista de Bizancio* que pule sus dáctilos mientras remachan las cadenas de los esclavos. Lo humano, lo que devuelve en sudor y sangre, y también en amor y ternura, la huella del trabajo del hombre, nos importa más que lo retórico. Cuando hace pocas semanas estuvo en Caracas nuestro admirado Germán Arciniegas, hubiéramos podido quedarnos suave y enervadamente discutiendo ideas generales o contando anécdotas desde la luminosa terraza del Hotel Ávila. Los *grooms* del hotel traían, a ratos, para avivar la conversación, generosas rondas de whiskey, y a nuestros pies se extendía, vestida con su ancho festón de trinitarias y floridos árboles

tropicales, la confortable Caracas de las quintas y urbanizaciones. Pero hay que ver, también, una Venezuela menos próspera, más laboriosa y desgarrada, me dijo Germán Arciniegas. Y dos días después en la isla de Margarita, en una choza de pescadores que remendaban sus atarrayas y nos ofrecían en fresca jícara el café de la hospitalidad campesina, tratábamos de entender el alma de ese pueblo niño de cuya capacidad para subir a zonas más altas de cultura y eficacia técnica depende todo el futuro de la democracia hispanoamericana. Porque la democracia no es simple debate de doctores sino impulso ascensional del pueblo que contra el prejuicio, la ignorancia y el desequilibrio de fortuna, impone su aspiración de mejorar y sobrevivir.

De este diálogo que hoy acontece en el Instituto Colombo-Venezolano de Bogotá, pero que mañana trasladaremos a Caracas, a Quito, a Lima, a todas las ciudades y centros de cultura donde se habla nuestro idioma y la palabra da contorno al unánime impulso de justicia y mejoramiento, emergerá sin duda una política que fije de modo indeleble las aspiraciones y móviles de nuestros países en una perspectiva mundial. No es la pequeña política amurallada en el inmediato tiempo presente. Es otra, más intemporal y generosa, en que se determine nuestro deber y nuestra función como familia de pueblos y como cultura. Por los hombres grandes que aquí nacieron; por la fe y el desprendimiento heroico que pusimos en la empresa de forjar estas nacionalidades, tenemos derecho a que los países más potentes nos consideren como algo más que reservorios de materias primas, o como tierras de explotación donde a causa del atraso técnico y la barata mano de obra, los inversionistas obtendrán ilimitadas ganancias. Corresponde a los intelectuales y a todas aquellas almas responsables que por sobre las contingencias de hoy levantan los fundamentos del mundo futuro, velar por esa herencia moral, por ese mensaje con que nuestra Gran Colombia —la que soñó Bolívar, que es como decir la Gran Hispano-América— hablará a la humanidad entera. (pp. 588-591)

Además del cubrimiento de *El Tiempo* de los eventos a los que asistieron Mariano Picón Salas y José Rafael Pocaterra en Bogotá, aparece el sábado 28 de julio de ese mismo año, en el semanario *Sábado*, un reportaje-entrevista de José Antonio Osorio Lizarazo con el título “Mariano Picón Salas y José Rafael Pocaterra hablan sobre su Patria y sobre América”. El reportaje de este contemporáneo de Picón Salas, mayor por menos de un mes y muerto dos meses y pocos días antes que el venezolano, se divide en dos secciones, una dedicada a Picón Salas y otra a Pocaterra. Cada

una de estas secciones está dividida a su vez, primero en un perfil de los intelectuales, y después en una entrevista. Los perfiles que traza Osorio Lizarazo (28 de julio de 1945) de ambos intelectuales, propio de un talento que había cosechado ya grandes obras como *La casa de vecindad* (1930) y *Garabato* (1939), se cuentan dentro de los mejores que por aquella visita se habían esbozado en la prensa local. Sobre Picón Salas escribe, por ejemplo, que

adquirió desde los tiempos en que la democracia venezolana era solo una esperanza en los espíritus egregios de luchadores infatigables, una estructura continental. Templó el espíritu en las amarguras del exilio, y en contacto con los pueblos civilizados del mundo forjó el ánimo y acendró la inteligencia para presentarse a servir en la hora oportuna. (p. 3.)

En el mismo sentido, presenta Osorio Lizarazo (28 de julio de 1945) un perfil de Pocaterra que toma sentido en cuanto a su significado como opositor exiliado a la dictadura de Gómez:

Para quienes, en nuestra hora y en nuestros módicos alcances publicitarios, cooperamos en la batalla que contra la dictadura de Gómez emprendían numerosos intelectuales venezolanos, José Rafael Pocaterra era una inspiración y era un símbolo. Refugiado en aquel tiempo en Canadá, en donde trabajaba en una compañía de seguros, después de haber soportado todas las tribulaciones de la ergástula y del exilio, esparcía su fe en el porvenir y enviaba su estímulo a la lucha casi conjunta y fraterna que sostenía. (p. 3)

Con el tópico de la democracia comienza a plantear el escritor colombiano su entrevista a Mariano Picón Salas, pues para este, como se deja ver en las palabras antes citadas, ambos intelectuales representan piezas claves de la transición hacia la democracia en Venezuela. Respecto a esta transición, ante la pregunta de Osorio Lizarazo (28 de julio de 1945) sobre “¿Cuál es su más cordial aspiración para que el régimen democrático se fortalezca en Venezuela?”, no duda Picón Salas en responder: “Que la política actúe cada día más en la calle” (p. 3). La réplica es sin duda un apunte brillante del ensayista venezolano al sustantivo análisis de lo que significa para un país que ha vivido inmerso en diferentes dictaduras militares establecer, más aún, pensar y acostumbrarse a las vías democráticas y a las instituciones.

En la explicación de Picón Salas, se intuye una respuesta que, aunque obvia y simple, representa el punto de partida para trabajar por una sociedad democrática: la muerte de Gómez no significa que el país pasara de un momento a otro a un estadio democrático mientras aun esté caliente el cuerpo del finado. No es un secreto que, dependiendo el régimen político del caudillo,

una vez desaparecido este, se crea un momento de incertidumbre. Y si bien Eleazar López Contreras abrió de cierta manera el régimen, la democracia no puede depender de la voluntad de algunos hombres, como López y Medina Angarita. Por ello, hace bien en apuntar el entrevistado que se necesita consolidar instituciones, reglas y procedimientos para que la democracia comience a tomar un curso. Es decir, dejar de administrar el Estado como una finca y establecer una burocracia preparada para resolver los problemas sociales, políticos, económicos, educativos y culturales.

Aunque pregunte Osorio Lizarazo (28 de julio de 1945) por la vías democráticas y libertades que ha abierto el presidente Isaías Medina Angarita, o por el rumbo de las próximas elecciones — que no serán directas, secretas y universales—, en las que vuelve a ser una opción López Contreras, el golpe de Estado de octubre en ese año de 1945 confirma la naturalidad de la democracia desde su nacimiento en 1688, su bautismo en 1789 y su confirmación en 1917; es decir, de ser un movimiento radical que no se conforma con prebendas.

Al respecto de las preguntas por las proyecciones de América Latina, en cuanto a sus aspectos culturales y educativos —temas que configuran una de las principales preocupaciones de Mariano Picón Salas—, su juicio no cambia desde aquella conferencia en la Universidad de Concepción en noviembre de 1930 que comentamos en la primera parte. Sin embargo, finaliza la entrevista con una pregunta de la que se desprende una definición sobre la significación de los intelectuales que vale la pena retomar. Ante la pregunta de Osorio Lizarazo (28 de julio de 1945): “¿cuál es el deber del intelectual?”, expresa Mariano Picón Salas que:

El intelectual que comprenda su deber con el pueblo, su propia responsabilidad, y el destino de estos países debe situarse en el primer frente de defensa, si es que quiere ser leal a sí mismo. Defensa contra todas las amenazas interiores y exteriores, defensa de los intereses materiales y espirituales, defensa, en suma, de la nacionalidad. A veces los intelectuales tenemos que ser los aguafiestas, los que llevamos un poco de necesario pesimismo a la mesa bien abastecida de los plutócratas y a la gritonería de los puros demagogos. Ese es nuestro deber, es nuestra posición, si queremos ser leales a nosotros mismos y a nuestro tiempo. (p. 14)

Por su parte, la entrevista con Pocaterra no parece tan fluida. Antes de citar sus palabras hace Osorio Lizarazo un circunloquio sobre el motivo de la omisión de temas relativos a los años

de presidio y de exilio padecidos por el intelectual en Estados Unidos y Canadá. La conversación, tal como se evidencia, cambia de lugares ante callejones sin salida, hasta que se instala en el campo de la cultura. La opinión de Pocaterra sobre la actual cultura venezolana es favorable en cuanto ve en la libertad un estímulo, una posibilidad, un aliento o un motor con el que no contaron aquellos contemporáneos suyos; un Rufino Blanco Fombona o Pedro María Morantes. Finalmente, bellas son las palabras de Pocaterra que cita Osorio Lizarazo (28 de julio de 1945) en el cierre de su entrevista: “Miro en derredor mío. Casi no advierto la sensación de lo externo. ¡En vez de meterme yo en Colombia, fue Colombia la que se me entró hasta los entresijos de mi conciencia americana!” (p. 14).

Finalmente, en la sección “Cosas del día” de la edición de *El Tiempo* del 31 de julio de 1945, con el encabezado “Viaje de Amigos”, se despide a Mariano Picón Salas y José Rafel Pocaterra quienes viajan de regreso a Caracas ese día, después de haber participado en los diferentes eventos expuestos durante diez días. Aunque Mariano Picón Salas no tardaría en volver al país, pues a finales de 1947 asumirá el cargo de embajador del gobierno venezolano de Rómulo Betancourt ante Colombia, la visita de 1945 fue trascendental para la consolidación de las relaciones de los dos países a lo largo del siglo. Y si bien Picón Salas se movió entre los círculos liberales del país y durante su primera estadía en Colombia se codeó con los más importantes dirigentes políticos e intelectuales —cuestión que se repetirá en el tiempo que duró su misión diplomática—, más allá de esas relaciones y recepciones, será esta experiencia de 1945 una guía para consolidar las relaciones entre Colombia y Venezuela en 1948, ahora desde la diplomacia.

Adenda. Rafael Gutiérrez Girardot, el reconocimiento de otra generación

En uno de sus últimos libros, *Heterodoxias* (2004), el intelectual y crítico Rafael Gutiérrez Girardot incluyó el ensayo titulado “Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes, José Luis Romero. El intelectual y el científico”, en el cual incluye la dedicatoria: “*In memoriam* / Mariano Picón Salas”. La misma dedicatoria aparece en su primera publicación —como primer capítulo—, en el libro de la editorial venezolana La Nave Va coordinado por Javier Lasarte Valcárcel *Territorios intelectuales: pensamiento y cultura en América Latina. Homenaje a Rafael Gutiérrez Girardot* (2001). Allí, encontramos también la fecha de su escritura: “Bonn, agosto del 2000”.

El homenaje a Mariano Picón Salas, aunque se pueda interpretar como uno de los tantos tributos que rindió Gutiérrez Girardot a los grandes ensayistas e intelectuales latinoamericanos, definidos por él como maestros de América, no es gratuito. Es más que eso. Perteneciente a un par de generaciones posteriores a la de Mariano Picón Salas, pues era casi tres décadas menor que el venezolano, Rafael Gutiérrez Girardot, junto a Otto Morales Benítez, es uno de los intelectuales colombianos que reconoció la importancia y el valor para la cultura hispanoamericana del gran ensayista nacido en Mérida.

Aunque la relación entre el crítico colombiano y el intelectual venezolano hubiese estado condicionada por las circunstancias temporales —pues Mariano Picón Salas muere cuando Gutiérrez Girardot apenas cuenta con 37 años y solo ha cosechado pequeños reconocimientos dentro del mundo intelectual por sus libros sobre Alfonso Reyes y Jorge Luis Borges en la editorial Ínsula; además, por la organización de coloquios de escritores hispanoamericanos en Berlín—, no por esto deja de ser importante. Haber sido incluido en los epistolarios de Mariano Picón Salas publicados por Delia Picón es muestra de ello. Además de las dos cartas que recupera Delia Picón, en el archivo personal de Rafael Gutiérrez Girardot, adquirido por el profesor Juan Guillermo Gómez y actualmente custodiado por el Grupo de Estudios de Literatura y Cultura Intelectual Latinoamericana (GELCIL), se encuentra una postal de año nuevo de la UNESCO enviada por Mariano Picón Salas al entonces joven intelectual colombiano que se hallaba en la embajada de Colombia en Bonn.

Justamente esta postal es la primera fuente que tenemos sobre lo que pudo ser la relación entre Mariano Picón Salas y Rafael Gutiérrez Girardot. La tarjeta en cuestión es una postal doble de 14 cm de ancho por 18,5 de largo, en cuya primera cara trae una pintura, la cual, según la información consignada en la primera cara interior, corresponde a “Contemplación. Fragmento de una pintura mural / china del siglo VIII. / De la colección: ‘L’art reflet de l’homme’, ‘Man through his art’. Foto: Darbois”. En la segunda cara interior, aparece la institución y el motivo de la postal: “Unesco 1963 Consejo Ejecutivo” y “Feliz año nuevo”. La información allí impresa está en castellano, inglés, francés y ruso. Las palabras de Mariano Picón Salas a Rafael Gutiérrez Girardot aparecen manuscritas en la primera cara interior de la postal, antes de la información sobre la pintura:

Mi querido amigo: el mejor regalo navideño ha sido para mí en estos días sus excelentes trabajos sobre Alfonso Reyes y Jorge Luis Borges que he leído con el mayor agrado. Le felicito por ello. Ojalá que usted que está joven siga descubriendo los mejores secretos y enigmas de nuestra cultura. Dentro de dos o tres semanas haré un corto viaje a Venezuela. Si algo se le ofrece por tierras suramericanas, puede decírmelo. ¡Que el año que comienza tenga para usted los mejores y venturosos signos del horóscopo! No deje de darme sus noticias, cuando tenga tiempo. Reciba un cordial abrazo de

(Fdo.) Mariano Picón Salas⁴⁵

Por las palabras que Mariano Picón Salas dirige a Gutiérrez Girardot, podría especularse que un primer contacto se hubiese dado por el interés del crítico colombiano en saber la opinión del intelectual venezolano sobre sus primeros trabajos. Sin embargo, es posible hacer otras especulaciones, por ejemplo, que los intelectuales se conocieron en Alemania. Tal como lo comenta el especialista en Mariano Picón Salas, el profesor Gregory Zambrano (2008), Picón Salas dictó conferencias en diciembre de 1961 en la Universidad de Heidelberg (p. 126); además, si nos remitimos a la cita donde se menciona a Germán Arciniegas en *Los malos salvajes* (1962) —que se encuentra en el ensayo “Berlín: quince años después”—, es posible suponer que junto a Arciniegas Mariano Picón Salas recorrió algunas ciudades de Alemania, incluyendo Bonn, donde para esos años Rafael Gutiérrez Girardot ya se encontraba ejerciendo labores diplomáticas en la embajada de Colombia. Quizá pudieron haber coincidido en aquel año el consagrado intelectual venezolano y joven crítico colombiano. Valga decir que el intercambio de libros entre estos dos grancolombianos tiene otra fuente para hilar su relación, pues en la biblioteca de la Fundación Barcenillas, la cual resguarda la biblioteca hispánica del profesor Rafael Gutiérrez Girardot, se encuentra que el libro *Obras Selectas*, segunda edición corregida y aumentada de 1962, contiene la siguiente dedicatoria: “a Rafael Gutiérrez Girardot a quien he seguido desde hace años. Con la amistad y admiración de (Fdo.) Mariano Picón Salas”.

Lo cierto es que después de la postal ambos siguieron en contacto, lo que se demuestra en la primera de las dos cartas publicadas por Delia Picón (2004). En ella, fechada “Caracas, 3 de diciembre de 1964”, después de un “Muy recordado amigo”, le escribe “Le agradezco mucho el

⁴⁵ Agradecemos al profesor Gregory Zambrano que amablemente nos ayudó en la transcripción de esta postal, ya que en ciertos segmentos la caligrafía de Mariano Picón Salas, para alguien que no esté acostumbrado a esta, es difícil de descifrar.

envío de sus dos trabajos sobre Hegel que están escritos en muy claro y riguroso estilo. Es una invitación a leer al gran filósofo” (p. 513). Estas palabras, sin duda permiten interpretar que existió alguna comunicación previa.

Además de estas cuestiones, y con ocasión del Instituto Nacional de Cultura de Venezuela que se le encomienda organizar a Mariano Picón Salas, invita el intelectual venezolano al joven crítico colombiano a participar en los medios que harán parte del Instituto, la *Revista Nacional de Cultura* y “una revista popular para jóvenes que se llamará ‘Mar de Cosas’. Para ambas publicaciones quiero asegurar desde luego su asistencia y colaboración que pagaremos con el decoro necesario” (p. 513). Las dos cartas cruzadas entre Mariano Picón Salas y Rafael Gutiérrez Girardot constituyen un excelente ejemplo de lo que significan las relaciones intelectuales, pues en ambas, cada corresponsal aprovecha al máximo las capacidades, las posibilidades y la posición de su interlocutor. Por ejemplo, en lo que sigue de esta primera carta de Picón Salas a Gutiérrez Girardot, el venezolano aprovecha los conocimientos filosóficos del colombiano, su dominio de la lengua alemana, su conocimiento de autores y teorías, pero también de medios intelectuales y editoriales:

Para la primera revista además de alguna colaboración original suya, quisiéramos asegurar la traducción de algún buen ensayo alemán que sin ser de muy circunscrita especialización filosófica, aborde algún problema sociológico, estético o cultural de gran importancia. Vea usted como se pudieran asegurar los derechos de traducción. Para la revista juvenil que tendrá abundantes ilustraciones, desearíamos que nos indicara revistas alemanas dedicadas a problemas juveniles, a fin de suscribirnos a ellas. Aquí se utilizarían para informaciones y material gráfico.

Me entusiasma la idea de que usted pueda colaborar con nosotros. Tome nota de la dirección de este Instituto y envíenos su respuesta.

Reciba los más cordiales saludos y recuerdos de

Mariano Picón Salas (Picón, D., 2004, pp. 513-514)

La respuesta de Rafael Gutiérrez Girardot a las solicitudes de Mariano Picón Salas, por algún motivo, tardó casi un año, pues la carta en la que se refiere a los asuntos planteados por el venezolano está fechada: “Bonn, 25.12.1964”. Sin embargo, por su contenido, se intuye que entre

una y otra existió un relacionamiento, ya que el crítico colombiano después de repetir la fórmula que había usado Picón Salas, a saber “Muy recordado amigo”, le escribe:

Dos veces me he quedado esperándolo en Bonn. La primera, en enero de este año, cuando organicé un seminario con Germán Arciniegas y Caballero Calderón en Colonia. Estaba ya en México y no alcanzaron a enviarle la invitación. Como quedó pendiente, pedí que la hicieran efectiva para el coloquio en Berlín, lo cual hicieron, pero a última hora, ya en el aeropuerto, recibimos la noticia de que Ud. no había podido venir. (Picón, D., 2004, p. 514)

Sin duda, en los coloquios de escritores iberoamericanos y alemanes en Berlín, los cuales ayudó Gutiérrez Girardot a organizar —y cuya primera edición, según lo informa la revista *Humboldt* (año 4, No. 13, 1963), se llevó a cabo del 16 al 23 de septiembre de 1962—, la presencia de Mariano Picón Salas, muertos ya Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña, hubiese sido de gran impacto. En esta vía le escribe Gutiérrez Girardot a Picón Salas. Después de darle como conclusión de dicho coloquio que “la literatura hispanoamericana ha comenzado a penetrar en Alemania, con más perspectivas duraderas que la española: despacio, pero seguro”, le asegura que la invitación a algún encuentro intelectual en Alemania sigue en pie para el año de 1965:

Creo que a Ud. y a todos los hispanoamericanos nos interesa su viaje a Alemania, por dos razones: porque así los directores de revistas conocen personalmente a uno de nuestros ensayistas y de ese modo nuestro contingente literario aumenta y se fortalece, y porque puede Ud. lograr informaciones y colaboraciones para el Instituto, que trabaja en beneficio de todos los hispanoamericanos. (Picón, D., 2004, p. 515)

Las últimas líneas de la anterior cita ya avizoran lo que será el resto de la carta, pues en más de tres páginas se extiende Gutiérrez Girardot en una respuesta a las posibilidades alemanas que le consulta Mariano Picón Salas para el Instituto Nacional de Cultura de Venezuela: “Con muy especial placer colaboro con Ud. en cuanto yo pueda. Así que, punto por punto, le van los primeros datos” (p. 515). La forma en que detalladamente el crítico colombiano le da nombres de autores, instituciones y editoriales que pueden servir a los propósitos de Picón Salas con el Instituto, evidencia la necesidad de las relaciones intelectuales para el éxito de las empresas intelectuales, sobre todo aquellas que se enmarcan en una política nacional y con las características tan relevantes que describe Picón Salas en su carta. Resulta interesante, de lo manifestado por Gutiérrez Girardot, la insinuación de traducir para la *Revista Nacional de Cultura* autores como Hans Freyer, Jürgen

Habermas, Theodor W. Adorno, Theodor Schieder y Walter Benjamin. Los motivos por los cuales sugiere Gutiérrez Girardot estos nombres a Mariano Picón Salas no dejan de ser relevantes para comprender el panorama de un nuevo contexto intelectual en la segunda mitad del siglo XX, diferente por el modo, la metodología y la temática al que había vivido Picón Salas. La importancia de Gutiérrez Girardot, valorado a través de esta carta a Picón Salas, es que abre un mundo desconocido, el de la academia y la intelectualidad alemana, a la América Latina en la posguerra:

En Historia el más interesante es hoy el Prof. Theodor Schieder, de la Universidad de Colonia, pero sus trabajos son muy largos. Sin duda, si Ud. le escribe, puede encontrar él algo más breve. Esto entre lo más reciente. El de Freyer me parece muy importante, aunque él es ya persona conocida, y por eso he citado los de Habermas y Adorno, menos o nada conocidos entre nosotros. Hay un autor excelentísimo, desconocido, difícil en ciertos aspectos, Walter Benjamín (Gandillac hizo en París una selección de sus trabajos) con cosas famosas como Breve Historia de la Fotografía o sobre El carácter Destructivo, etc. etc. A mí me gustaría hacer una selección de algunas de sus prosas breves para presentarlo. Dígame Ud. si le interesan algunos de los trabajos citados, yo pido los derechos o la licencia y hago la traducción con gusto. De mí le enviaría algo que estoy terminando: La Antígona de Sófocles en Hegel y Kierkegaard, no especializado, sino un ensayo simple. (Picón, D., 2004, p. 518)

Si bien las intenciones de traducir a estos autores no se consolidan en el Instituto, esto representa ya una génesis de lo que será la colección de Estudios Alemanes, en las editoriales argentinas *Sur* y *Sudamericana* y en la española *Alpha*, que comenzará justamente en 1965 con la publicación de *Fundamento y abismo del poder*, de Dolf Sternberger.⁴⁶

Las referencias son muchas, y no vale aquí detenerse pues no se alinean con la temática de este trabajo. Vale, eso sí, citar, por motivos que ya señalaremos, las palabras con que se despide Gutiérrez Girardot:

⁴⁶ Sobre la colección de Estudios Alemanes en las editoriales *Sur* y *Sudamericana* es fundamental la tesis doctoral de Griselda Mársico, “La colección de Estudios Alemanes en las editoriales *Sur* y *Sudamericana* (1965-1974). Un dispositivo de importación de ideas e intervención intelectual” (2021).

Y esto por hoy. Reciba Ud. mis mejores votos por una feliz fiesta de Nochebuena y por un Año Nuevo 1965 lleno de ventura, salud, y a su muy estimada esposa le ruego que transmita los mismos afectuosos saludos que van para Ud. de su lector y amigo,

Rafael Gutiérrez Girardot (p. 518)

Lastimosamente, ni los planes para una participación en algún evento académico en Alemania, ni para colaboraciones intelectuales, ni los buenos deseos de ventura y salud para 1965 se cumplieron. Posible es que ni siquiera alcanzara Picón Salas a leer la carta de Gutiérrez Girardot, pues siete días después de fechada esta epístola en Bonn, muere en Caracas. Sin embargo, no se puede decir que con su muerte termina la relación de Rafael Gutiérrez Girardot con el intelectual venezolano. Si no con la persona, sí con la obra.

Dentro de los intelectuales latinoamericanos de la segunda mitad del siglo XX, Rafael Gutiérrez Girardot ocupa un lugar importante, tanto en la difusión de autores de la tradición y de la academia alemana en el mundo hispánico como en la labor divulgativa de los principales escritores hispanoamericanos en el ámbito de la academia y la lengua alemana. Si bien el ejemplo más notable es haber dado a conocer a Jorge Luis Borges en Alemania, muchos fueron los escritores que por intermedio suyo comenzaron a ser estudiados en el país germano. Es el caso de Mariano Picón Salas. Para afirmar esto se tiene un importante testimonio.

Ya como titular de la cátedra del Seminario de Hispanística en la Universidad de Bonn, colabora Gutiérrez Girardot en la organización del XXV Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana (IILI), celebrado en esta ciudad del 11 al 16 de agosto de 1986. En este congreso, según la información consignadas en el apéndice de la *Revista Iberoamericana*, órgano oficial del IILI (Vol. LXVIII, Núm. 200, Julio-Septiembre 2002), se le rinde un homenaje especial a Mariano Picón Salas. En el marco de este leyó Gutiérrez Girardot una conferencia titulada “Ensayo e Historia en Mariano Picón Salas”, la cual sería incluida después en el *Libro de homenaje a Aurelio Miró Quesada Sosa* (vol. I, 1987), además de en su libro para la editorial venezolana La Nave Va *El intelectual y la historia* (2001).

Una ampliación de lo que significó este suceso, y de la labor del crítico boyacense en la divulgación de la obra de Mariano Picón Salas, la encontramos en el libro de Alexis Márquez Rodríguez, titulado *Relecturas. Ensayos de crítica literaria venezolana* (1991); el cual, está justamente dedicado a “Rafael y Marliese Gutiérrez Girardot”. En él, el autor incluye dos trabajos

sobre Picón Salas surgidos de la gestión de Gutiérrez Girardot al frente del Seminario de Hispanística: “La obra ensayística de Mariano Picón Salas” y “Mariano Picón Salas: teoría y práctica del estilo”. La situación de ambos ensayos la comenta en el prólogo así:

En agosto de 1986 se celebró en Bonn, República Federal de Alemania, el XXV Congreso de Literatura Iberoamericana, patrocinado por el Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, conjuntamente con la Universidad de Bonn. En esa oportunidad, el Comité Organizador del Congreso, presidido por el eminente profesor y ensayista colombiano —o grancolombiano, como a él le gusta llamarse— Rafael Gutiérrez Girardot, en su condición de Director del Seminario de Romanística de la nombrada Universidad, acordó realizar dentro del Congreso una sesión especial, en homenaje a Mariano Picón Salas, nuestro ilustre humanista y brillantísimo escritor. El Comité tuvo la gentileza de invitarnos a presentar la ponencia central en esa sesión de homenaje, y de allí nació nuestro trabajo “Mariano Picón Salas: teoría y práctica del estilo”, que figura de penúltimo en este volumen.

Posteriormente, y como una especie de prolongación de aquel suceso, fuimos invitados por el Seminario que dirige Gutiérrez Girardot a dictar un breve cursillo sobre literatura venezolana, en junio de 1988, primero de una serie que se proyecta realizar, por países, sobre literatura hispanoamericana. Se quiso comenzar con Venezuela porque, en palabras del propio Gutiérrez Girardot en la carta en que se formalizó la invitación, “tiene las figuras de mayor alcance e influencia continental y que son desconocidas o insuficientemente conocidas en estos países”. Preparamos, así, una serie de cuatro conferencias en que hablamos, por indicación de los invitantes, de Simón Bolívar, Andrés Bello, Fermín Toro, Juan Vicente González, Cecilio Acosta y Mariano Picón Salas. (Márquez Rodríguez, 1991, pp. 12-13)

Muerto en 2005, el profesor Gutiérrez Girardot, a partir de su importante obra crítica, dejó plantada la semilla para que se siguiera estudiando en el país autores y problemas de la tradición latinoamericana y no solo a nuestros escritores. Colombia debe ser puesta en situación, primero continental y después mundial, para poder entender las corrientes que atraviesan nuestras prosas y nuestros versos, desde Guillermo Valencia, pasando por los modernistas como Silva, los poetas de diferentes generaciones como los piedracielistas, hasta llegar al boom, y un poco más acá. Esta fue una de las enseñanzas de Gutiérrez Girardot que subyace a la concepción de este trabajo, que como

se vio hasta este punto, pretende poner en situación a Colombia en relación con Mariano Picón Salas.

El hecho de que en Bogotá y en Caracas por sobre lo breve y transitorio de cada misión diplomática se mantenga casa permanente que vigile el fuego de la cordialidad entre ambos países, es un símbolo de que las relaciones colombo-venezolanas son mucho más que relaciones internacionales; constituye legado de historia y empresa de familia que no se altera con el paso y modalidad de los hombres y en la que cada generación inscribe su ininterrumpida tarea ancestral. Van los diplomáticos de una u otra nación prolongando o trasladando apenas el sentimiento de la misma estirpe, el vínculo de emocionada genealogía que surgió con el Padre común y cuando brazos y mentes de la Gran Colombia —de aquella que nacía en las bocas del Orinoco para fijar su último hito fronterizo en el Tahuantinsuyo de los Incas— estaban realizando la Independencia de América. El codicilo de Bolívar, su pensamiento y mandato de unidad, aún sigue orientando como brújula nuestro derrotero histórico, y así más que por las reglas posiblemente cambiantes del Derecho Internacional, nuestra comprensión se fija en un como Derecho Natural que brota de los orígenes, del alto linaje de hazañas que marcó el despertar de estos territorios a su conciencia jurídica de naciones. Cada página de los fastos comunes; cada estatua de prócer que recibe el sol en la plaza de la más pequeña ciudad, cada diálogo entre colombianos y venezolanos no hace sino revivir tan solidario origen. Nos entendimos en los bisabuelos que ensillaban su caballo de aventuras en las Sierras del Caribe para desmontarse en el Alto Perú, y hemos de entendernos aún en cuanto es promesa y esperanza y cooperación por cumplirse, en la joven tradición de América.

En la ruta de este entendimiento hay que hablar y convencer hasta a las almas más recelosas. En sencilla ecuación podría afirmarse que nos acercamos más al ideal bolivariano a medida que cada patria nuestra ensancha su perspectiva moral y desenvuelve y transforma en universales medios de cambio, los recursos que le ofreció la Naturaleza. A la desconfianza aldeana, a la reticencia de cantón, al hostil empeño de hacer infranqueables las fronteras, suceden de este modo los deberes y la perspectiva de una Historia más amplia, la que nos unió e identificó desde nuestro nacimiento. Parece admirable el pasado que recordamos en cada aniversario heroico: de que nos habla el Puente de Boyacá y la pensativa estatua de Tenerani, pero es urgente también hacer que ese mandato de Bolívar no se quede en letra muerta de vanagloria y romántica remembranza, sino reviva en hechos fecundos, impulso de la corriente de la nueva historia. Organizar la paz era el primer problema que se planteaba el Libertador cuando inmediatamente después de Ayacucho, inicia el año de 1825 con una admirable carta a Santander, generosa de cavilación americana. “Cada día me convenzo —escribía Bolívar— de que es necesario darle a nuestra existencia una base de garantía. Contemplo que el primer desorden que allí nazca destruye para siempre hasta la esperanza”. Y así cumplida la primera forma de asociación colombiana en la guerra de Independencia, se abría— según el pensamiento del héroe— un segundo ciclo de trabajo jurídico común, de desarrollo económico, de plan para la obra civilizadora. Es aquel momento en que el espíritu del gran caraqueño piensa en redimir a los indios de su secular trabajo de esclavos, en establecer escuelas de Lancaster hasta en las más internadas sierras del Alto Perú, en convocar a Federación de pueblos para fijar el Derecho y la cooperación de los nuevos Estados.

Definíase, así, una como segunda parte del plan bolivariano que aún está pidiendo nuestro trabajo y nuestro celo. En el mismo día en que por merced del Gobierno de Colombia se inaugura esta casa de Venezuela en Bogotá, economistas y expertos grancolombianos se congregan en Quito para una conferencia económica en que habrán de planificarse el comercio, las facilidades

aduaneras, la coordinación de caminos y ayuda técnica entre cuatro países. Aquellos estrategas de la paz y el progreso próximo extenderán sobre sus mesas de estudio los mapas y los diagramas estadísticos donde se dibuja la realidad y la esperanza de nuestros pueblos. Son los temas, las aspiraciones incógnitas de países que quieren ser más libres y prósperos; la dialéctica de un nuevo grancolombianismo. Son los herederos que advierten que es preciso mejorar o incrementar con nuevas técnicas la legendaria heredad común; el momento en que la mitología potencial de las riquezas de América, quiere transformarse en abierto servicio humano. En trazar esos caminos de la cooperación, en superar prejuicios, en verter aquel compromiso de la gran Historia pasada en ideal y empresa contemporánea, trabajarán ahora los estadistas de nuestros pueblos, Si la soledad en que vivíamos, la pequeña desconfianza que a veces encendía su luz fatua en cada hito de la frontera, la estrecha Economía local agotada en el mercado próximo, nos mantuvo como en lenta vida estacionaria, en simple crecimiento vegetativo, con los ríos sin naves y las cordilleras bordeadas de trochas angostas, hoy advertimos que el propio crecimiento nacional está condicionado a los métodos y al empuje de nuestra solidaridad, al auxilio que nos demos en la vigorosa aventura de poblar territorios, abrir caminos e incrementar industrias.

Por sobre toda contingencia política que divida a los hombres en uno u otro país, por sobre los credos ideológicos, a veces inflamados de momentánea pasión, que agite el debate de las multitudes en mítines y plazas, se proyecta como meta suprema el de nuestro pacífico entendimiento grancolombiano. En Venezuela queremos a Colombia, no sólo porque nuestra Historia y nuestro aporte de heroísmo e inteligencia a la gran causa de América se identifica y confunde como los afluentes de un mismo río; porque en la marítima Cumaná y en la serrana Pasto los niños de las Escuelas saludan en cada día cívico los colores de un pabellón semejante, sino porque tenemos, además, la elevada tarea de convicción de que el nuevo Mundo nos necesita para toda concordia y mejora humana. Eliminar en pro de esa aspiración de porvenir, cualquier causa de desconfianza, toda palabra o actitud divisionista que interfiera nuestro deber histórico, es por ello, labor primordial de nuestros intelectuales y hombres de Estado. Es —me atrevería a decirlo— el método necesario e ineludible de nuestra política; señala la certidumbre y segura responsabilidad de que no marchamos ciegos y sabemos cuánto de grandeza mutua podemos exigirle a la Historia.

Está en todo programa de acción y en todo propósito de nuestro pueblo ese sincero amor a Colombia que no es sino el reconocimiento del común linaje; la satisfacción y vínculo de lo que ayer hicimos. Por sobre toda Política local, por sobre toda discusión transitoria prevalece en nuestras relaciones y nuestro afecto grancolombiano, el programa de orden y solidaridad pacífica que ya el Libertador bosquejaba en su memorable carta al General Santander. Así, Excelentísimo Señor, el Gobierno de Venezuela acepta y agradece este hogar de familia que tan gentilmente le ofrece el Gobierno de Colombia. Creo que para un colombiano en la Embajada de Venezuela en Bogotá como para un venezolano en la Embajada de Colombia en Caracas, hasta los cuadros que llenan los muros, los libros de la Biblioteca y las mismas palabras fraternales con que se le recibe y con que se nombran las cosas, serán un indicio de que los límites geográficos y administrativos no constituyen fronteras emocionales y que se tiene apenas la sensación de quien salido del rincón solariego reencuentra en otra casa de parientes el retrato de los abuelos. Por eso lo que se llama nuestra Diplomacia —a diferencia de aquella antigua Diplomacia europea de los pactos

secretos y el espionaje receloso— se afinca en el efecto tradicional; en la emulación y enseñanza que en cada país suscitan los éxitos del otro, en la tarea de entendimiento y colaboración que cotidianamente se ofrece para cumplir aquella meta de prosperidad y grandeza que nos señalara el Libertador. Somos aún y seremos siempre, los fieles legatarios de su acción y de su mensaje. Y parafraseando en apotegma latino, podría decirse como la propia forma moral de nuestra conducta: “Grancolombianos somos y nada de lo que es grancolombiano resulta ajeno a nuestro corazón”.

Mariano Picón Salas

Discurso de respuesta del Embajador de Venezuela en Colombia a la entrega de la casa de la Embajada.

(Picón, D., 1987, p. 262-265)

TERCERA PARTE

1948: UN INTELLECTUAL COMO EMBAJADOR EN COLOMBIA

El año de 1948 resulta trascendental en diversos aspectos. En primer lugar, es importante dentro de los objetivos de esta investigación ya que, desde septiembre de 1947 hasta febrero de 1949, Mariano Picón Salas es nombrado Embajador Extraordinario y Plenipotenciario de Venezuela en Colombia. En segundo lugar, 1948 es el año del magnicidio de Jorge Eliécer Gaitán, acontecimiento que cambió la historia de Colombia y dio inicio a un nuevo período de violencia en el país. En tercer lugar, con motivo de la estancia de Mariano Picón Salas en Bogotá como embajador, son diferentes los reportes y homenajes que se le rinden, como la designación de miembro correspondiente de la Academia Colombiana de Historia. En cuarto lugar, dentro de la producción intelectual de Mariano Picón Salas, 1948 significó la compilación de sus ensayos sobre temas venezolanos publicados con el título de *Comprensión de Venezuela* (1949). Así lo delata la firma del prólogo que está fechado “Chapinero, Bogotá, 1948”. Este libro, reeditado numerosas veces, tanto en vida como de manera póstuma, es la base de la última gran obra que el autor dejó en edición antes de fallecer y que se publicó bajo el título *Suma de Venezuela* (1966), siendo el libro más importante del autor sobre temas venezolanos y uno de los libros fundamentales de la ensayística venezolana e hispanoamericana. Además de *Comprensión de Venezuela*, también se debe a Colombia otro importante libro del autor: *Pedro Claver, el santo de los esclavos* (1950), ya que fue durante la estancia como embajador en Colombia que el autor visita Cartagena y comienza a idear el libro, documentándose en Bogotá para desarrollar el proyecto biográfico sobre el santo. Cada uno de estos puntos serán los móviles bajo los cuales se desarrolle este capítulo.

VIII. Un intelectual en la diplomacia. Apuntes para un estudio de los intelectuales en el servicio diplomático

Dentro de la historia intelectual la labor de la intelectualidad en el servicio diplomático es central para comprender su significación en el marco de la formación de una nación, o simplemente como representante de un Estado nacional en el exterior. Los casos de intelectuales dentro del servicio diplomático se multiplican y tienen como paradigma el desempeño de Rubén Darío en el servicio diplomático de Nicaragua y Colombia. A tal punto llega la relevancia de la labor diplomática de

los intelectuales que Gómez, Jaramillo y Posada (2010) no dudan en afirmar —luego de enunciar 14 ejemplos de intelectuales en la diplomacia en el siglo XIX y XX— que “se puede estimar que con el periodismo y la cátedra universitaria, es el destino u oficio diplomático y consular el que mayor recurrencia ejercen los creadores literarios hispanoamericanos, por largos o breves lapsos” (p. 88). Sin embargo, no necesariamente es este campo de estudios el que mayores frutos hubiese dado a la historia intelectual, al menos, hasta los últimos tiempos. Tal situación produce una extrañeza, ya que la academia no deja pasar por alto temas tan relevantes.

Dentro del estudio de los intelectuales en la diplomacia, la publicación de los informes diplomáticos de Alfonso Reyes en los dos tomos de *Misión Diplomática* (2001) del Fondo de Cultura Económica, representa un hito importante de lo provechoso de este tipo de investigaciones para comprender una dimensión de la labor intelectual. Esto por cuatro motivos: el primero, el nombre de Alfonso Reyes es ya un paradigma dentro de la intelectualidad del siglo pasado por ser uno de los intelectuales más destacados en América Latina; el segundo, por la amplia y provechosa trayectoria diplomática de Alfonso Reyes durante más de 20 años al servicio de la Secretaría de Relaciones Exteriores de México; el tercero, por el prestigio, trayectoria y amplia divulgación que tiene una casa editorial como el Fondo de Cultura Económica —la cual tiene filiales en Buenos Aires, Santiago de Chile, Lima, Madrid, Bogotá, San Diego, Caracas, Guatemala y Quito—; el cuarto, por la labor de compilación de Manuel Díaz Arciniega, quien además de un riguroso trabajo editorial y de investigación para la definición del criterio de selección y fijación de los textos, realiza un importante prólogo, que más que prólogo es un estudio, sobre el significado de la diplomacia en la biografía de Alfonso Reyes y su impacto para México y América Latina.

En este punto es importante advertir que ya desde 1987 Delia Picón había realizado un compendio de los documentos diplomáticos de Mariano Picón Salas, que al igual que el de Díaz Arciniega partía de una selección que combina archivos del Ministerio de Relaciones Exteriores —en el caso mexicano, la Secretaría de Relaciones Exteriores— y el archivo personal del intelectual. Cabe señalar sobre la publicación titulada *Mariano Picón-Salas, Embajador de Venezuela*, cuya segunda edición fue publicada por la Universidad Católica Andrés Bello en el 2000, que tuvo un impacto y recepción positivas, pero no alcanzó el ámbito de la historia intelectual.

La senda iniciada así por la publicación de *Misión Diplomática* de Alfonso Reyes se ha consolidado en los trabajos de una investigadora como Paula Bruno, y más recientemente en el Dossier de la *Revista de Historia de América* del Instituto Panamericano de Geografía e Historia: “Intelectuales y Diplomacia en América Latina”. Para el caso de la historia intelectual colombiana, destaca el estudio del profesor Juan Guillermo Gómez sobre la labor diplomática de Rafael Gutiérrez Girardot que se concreta en varios artículos y, particularmente, en la conferencia dictada en São Paulo durante el 6to Congreso de Historia Intelectual de América Latina (CHIAL) del 2023, bajo el título “Alfonso Reyes, Mariano Picón Salas y Rafael Gutiérrez Girardot como diplomáticos”.

De los trabajos anteriormente mencionados, la conferencia del profesor Juan Guillermo Gómez sirve como punto de partida para comprender la relación entre la vida intelectual y la diplomacia, más aún, la institucionalización de las relaciones internacionales a partir del trabajo intelectual. El lugar en el cual se sitúa el profesor Gómez (2023) es el servicio que prestó Andrés Bello desde 1810, como secretario de Bolívar en la primera misión diplomática, a la causa independentista en Reino Unido de Gran Bretaña “en pos del reconocimiento de la independencia venezolana”. La labor de Bello como cónsul ante “la primera autoridad diplomática del mundo por la causa nacional”, daría como fruto el que fuera el primer tratado de derecho internacional publicado en América: *Principios de derecho de gentes* (1832), o *Principios de derecho internacional* (1844), título con el que se le conoce desde su segunda edición. Para Gómez (2023), el tratado de Bello sienta “las bases de nuestras nacionalidades emergentes en pie de igualdad de derechos con las grandes potencias (norteamericanas y europeas)”. Pero el tratado no solo sienta las bases de nuestra nacionalidad, sino que marca un referente de organización estatal en un momento en que todo estaba por hacerse:

En la necesidad de ajustar el nuevo orden republicano, que debe aún soportar los vicios del régimen colonial español, a saber, la propiedad acumulada en pocas manos, la carencia de tradiciones de libertades personales y el absoluto desconocimiento de los derechos públicos ciudadanos, se precisa proceder con mesura, más bien con una fuerza persuasiva moderada hacia la emancipación del cuerpo social tan inarmónico e inclinado a la ciega rebelión partidista. La larga experiencia en la Legación de Londres, de casi veinte años, habilita a Bello para redactar un código de derecho de gentes como una de las vértebras medulares

(al lado de la Constitución y luego del Código Civil) del Estado de derecho hacia la organización burguesa de nuestras naciones en el siglo XIX. (Gómez, 2023)

La labor de Bello ya marca una orientación para el estudio de los intelectuales en la diplomacia y es que, tanto su tratado de derecho internacional como los tratados jurídicos y políticos señalados por Gómez (2023), evidencian lo que más arriba habíamos insinuado, y que afirma Manuel Díaz Arciniega (2001) en su estudio de la labor diplomática de Reyes, a saber, que en el servicio diplomático se conoce el talante político, de hombre de Estado, en ocasiones desconocido o no muy claro, del intelectual.

Además de esta insinuación y de lo planteado por Díaz Arciniega (2001) para el caso de Reyes, se desprenden otros dos importantes apuntes epistemológicos que enriquece la discusión y muestran el provecho del estudio de los intelectuales en la diplomacia. De los informes analizados y compilados por Díaz Arciniega (2001) se puede plantear que de la labor diplomática de un intelectual es posible develar la composición insospechada del servicio diplomático y/o la historia de la diplomacia de un país; asimismo, respecto al lugar en que se sirve como diplomático, el intelectual da luces sobre “los rasgos de una historia observada por un hombre refinadamente educado y sensible que desea ser ponderado en sus análisis”. Estas dos situaciones marcan el paso de la historia de las relaciones internacionales, las cuales se dan en “lo complejo de las circunstancias sociales, políticas, económicas y culturales” (p. 10).

Junto a estos tres apuntes, ya lo suficientemente importantes, Díaz Arciniega (2001) añade uno más que viene a cimentar las bases epistemológicas para el estudio de los intelectuales en la diplomacia:

Simultánea a la trayectoria de Alfonso Reyes dentro del servicio exterior transcurre la de sus actividades literarias. Imposible deslindarlas y, menos aún, considerarlas como entidades independientes. Por el contrario, ambas se integran unitariamente, de lo contrario es imposible comprender o ponderar las virtudes del diplomático atento al devenir de la historia de nuestras naciones, ni las de humanista atento a la evolución y manifestación de los hombres. (p. 10)

Estos postulados le sirven a Díaz Arciniega (2001) para desarrollar sus análisis sobre el trabajo diplomático de Reyes. En su estudio hace bien en señalar que, más allá de lo provechoso que fue para México la labor de Reyes, la misma redundante en una significación continental, en un

bastión de la identidad latinoamericana. Así, la dimensión latinoamericana de Reyes ampliamente estudiada por Díaz Arciniega (2001) —y que es evidente en sus obras y tiene como guía el postulado teórico de Henríquez Ureña sobre la utopía americana—, crean un referente para la labor diplomática de América Latina hacia el mundo. En el contexto regional se pone de manifiesto la necesidad de una unión latinoamericana, por fuera del ámbito cultural latinoamericano, la postulación de una discusión entre pares con Europa y Estados Unidos. Así, por ejemplo, Díaz Arciniega (2001), señala que “Alfonso Reyes para llevar a cabo una promoción cultural continental” emplea “su privilegiado lugar como intelectual y diplomático para establecer una amplia red de ayuda recíproca, más cuando ésta concierne a asuntos políticos delicados” (p. 55).

En un camino similar dirigen los autores Gómez, Jaramillo y Posada (2010) sus análisis sobre la labor diplomática de Rafael Gutiérrez Girardot, a quien definen como “diplomático-filósofo o filósofo diplomático” (p. 68). En el artículo, titulado “Rafael Gutiérrez Girardot como diplomático”, se describen los avatares del colombiano en la embajada en Alemania. Allí destacan, sobre todo, la conjugación de la labor diplomática con la labor intelectual; que para el caso de Gutiérrez Girardot redundaba en la posibilidad de una continuación de su formación junto a Martin Heidegger y Hugo Friedrich. De esta manera, así como Reyes —tal como lo expone Díaz Arciniega (2001)— va nutriendo su obra de sus experiencias en España, Argentina y Brasil, Gutiérrez Girardot en su labor de canciller, primero, y agregado cultural, después, en la embajada de Colombia en Alemania comienza a entablar diálogos con diferentes intelectuales de la academia alemana, con diferentes medios como la revista *Merkur*, organiza diversos eventos académicos e intelectuales como los coloquios de escritores iberoamericanos y alemanes en Berlín, realiza su doctorado y, finalmente, gracias a los múltiples seminarios que organiza en Bonn durante el período diplomático, alcanza la cátedra de hispanismo en la Universidad de Bonn, un hito para el país. Este punto es vital ya que abre todo un espectro de estudios sobre cómo los intelectuales aprovechan su estadía diplomática en otros países para nutrir sus obras; encontrar nuevos motivos; crear nuevas relaciones, redes y amistades; conocer nuevos enfoques, posturas y ámbitos académicos e intelectuales. A la postre, el medio al que se ven enfrentados tarde o temprano termina reverberando en la personalidad y obra del intelectual.

Un buen ejemplo de tal espectro es el análisis que el profesor Juan Guillermo Gómez en su artículo “Nuevas fuentes para la interpretación de la obra crítica de Rafael Gutiérrez Girardot” (2013), hace sobre el libro *Jorge Luis Borges: ensayo de interpretación* (1959). En dicho artículo

Gómez (2013) da amplia cuenta de los motivos y redes del crítico colombiano, destacando la influencia y el apoyo de Nils Hedberg para esta publicación. Aunque esta referencia bastaría para ejemplificar el asunto, vale la pena citar la tesis y las hipótesis que enuncia Gómez (2013), las cuales evidencian la importancia de los estudios de los intelectuales en la diplomacia y el valor de los documentos diplomáticos como fuentes históricas:

La pregunta por los orígenes intelectuales y la personalidad crítica de Rafael Gutiérrez Girardot remite a quince años decisivos, entre principios de los años cincuenta y mediados de los años sesenta. En ese lapso se definen los perfiles de su obra crítica, es decir, los diversos intereses intelectuales y los fundamentos filosóficos, históricos, sociales y literarios que le van a ser característicos. Estos años coinciden con su estancia en medio de la atmósfera cultural de Madrid, su permanencia en Friburgo como discípulo de Heidegger, sus breves pero determinantes meses en Gotemburgo en 1955, y la década siguiente como diplomático de la Embajada de Colombia en Colonia y Bonn. Se puede sostener que desde sus primeras contribuciones a la revista madrileña *Cuadernos Hispanoamericanos*, el momento en que llega a la capital española, hasta la publicación de *Jorge Luis Borges: un ensayo de interpretación* (1959), editado por Ínsula, bajo el patrocinio académico del Instituto Iberoamericano de Gotemburgo, se forma su personalidad crítica a la luz de las estimulantes figuras con las cuales entra en contacto y las muy heterogéneas tareas que se impone y que le van abriendo horizontes inéditos de la vida intelectual en la lengua española.

Estos años están cuajados de expectativas frente a su propia producción; en ellos se traza y se forja sus propios derroteros y determina el curso, siempre ascendente, de su producción. Con el libro de Borges se logra un ápice de esa producción; él es la meta y a la vez la alta cota interpretativa que elabora, con una intensidad y una conciencia que trabaja asimilando lentamente sus presupuestos y que de ningún modo surge de la improvisación. Esta tarea o esta exigencia no solo se puede rastrear en las diversas y hasta dispersas fuentes que basta consultar para sostener la tesis que aquí afirmamos, sino que dicha tesis se ofrece como homenaje a su labor escrupulosa, solitaria, marginal. La laboriosa conclusión de sus presupuestos es consecuencia radical de sus postulados. Es pues, círculo virtuoso de los efectos de causas intelectuales a las que dedicó, con empeño y persistencia, estos años de inusitadas lecturas, de exigentes retos intelectuales, de múltiples preocupaciones —la

filosofía hegeliana, el romanticismo alemán, la Revolución francesa y la estructura de la lírica moderna— que desembocan en este libro de acabada perfección.

Tres fuentes o conjuntos de fuentes son pertinentes para documentar profusamente la afirmación enunciada, a saber: los escritos, artículos y reseñas que publicó el joven Gutiérrez Girardot en la revista madrileña *Cuadernos Hispanoamericanos*, la correspondencia que sostuvo durante quince años con el maestro mexicano Alfonso Reyes (1951-1959) y luego con el profesor Nils Hedberg, director del Instituto Iberoamericano de Gotemburgo (1956-1964), y los “Informes Diplomáticos”, inteligentes documentos que como agregado cultural y encargado de negocios de la Embajada de Colombia elaboró para el Ministerio de Relaciones Exteriores entre 1957 y 1964. (pp. 124-125)

Los informes diplomáticos como ápice de la labor diplomática de un intelectual es una conclusión que comparten los estudios de Díaz Arciniega (2001) y de Gómez, Jaramillo y Posada (2010). Dichos informes, como lo muestra la cita del artículo de Gómez (2013), constituyen una importante fuente histórica, pero, además, reflejan la calidad que solo podría imprimirles un intelectual, quien recurre a su “vasta cultura” para analizar los fenómenos y problemas de las naciones en que sirve y hacer comparaciones provechosas con la nación a la que sirve. Así, los informes diplomáticos son una continuación de la obra crítica o ensayística del intelectual. En ellos se refleja la hechura de su autor, sus afinidades, corrientes de pensamiento y posiciones frente a los problemas y coyunturas sociales, políticas, económicas e incluso culturales. Al respecto, Gómez, Jaramillo y Posada (2010) consideran que, en el caso de los informes de Gutiérrez Girardot, “el diplomático se compaginaba con el crítico y el crítico encontraba su especial despliegue en esta peculiar actividad diplomática, de que derivaba placer intelectual y sentaba, de paso, criterio” (p. 76).

Finalmente, como se mencionó más arriba, el estudio de los intelectuales en la diplomacia se ha venido consolidando con la aparición de diferentes trabajos, principalmente, desde la publicación del dossier “Intelectuales y diplomacia en América Latina” del Instituto Panamericano de Geografía e Historia a través de su *Revista de historia de América*. Allí se reunieron diversos investigadores de América Latina para tratar eventos e intelectuales que definieron las formas de sociabilidad y las redes en América Latina a partir de la diplomacia en los siglos XIX y XX. Si bien los estudios allí publicados exploran puntos de vista relevantes, el enfoque monográfico sigue

más o menos los parámetros de los de Díaz Arciniega y Gómez García antes tratados. Sin embargo, para concluir estos apuntes resulta inevitable tratar las reflexiones de Carlos Marichal y Alexandra Pita (2019) que sirven como introducción al dossier y que presentan análisis más generales del problema.

En el artículo “Algunas reflexiones sobre la historia de los intelectuales/diplomáticos latinoamericanos en los siglos XIX y XX”, Marichal y Pita (2019) comienzan por reconocer que “Tanto en el siglo XIX como en XX los intelectuales latinoamericanos han tenido protagonismo como representantes diplomáticos, favoreciendo la proyección y el prestigio cultural de sus respectivos países en ámbitos internacionales” (p. 97). Ya el título del artículo refleja una apuesta teórica de los autores por establecer una categoría para analizar el fenómeno: “intelectual/diplomático”. Dentro de las características de este tipo de intelectual, se destaca la necesidad de adaptarse a las condiciones de unas “funciones polivalentes” (p. 98), al mismo tiempo que el servicio diplomático sirve a la labor intelectual en cuanto este requiere “talentos de escritura que se aproximaban, en ocasiones, a la de los literatos” (p. 98).

Para Marichal y Pita (2019), la explicación del porqué los intelectuales sirvieron en la diplomacia de sus países no se puede reducir simplemente a que, como representantes de una alta cultura, sirvieron “para dar una buena imagen en el exterior” (p. 99) ya que esto reduce un campo de análisis que debe preguntarse por cuestiones no solo políticas, sino también sociales y culturales. Es bajo este supuesto que los autores hablan de “diplomacia cultural” (p. 100). Tal concepto, lo entienden Marichal y Pita (2019)

no sólo en función de la expresión de ciertos valores nacionales y culturales dentro y fuera de un país, sino también otorgar peso a la información, los contactos personales, los programas culturales y todo aquello intangible que requiera de una pluralidad de herramientas para persuadir, captar y convencer. Implica considerar juicios, valores y normas de un gran número de actores sociales encabezados por el Estado y prestar una atención especial a los diplomáticos como actores principales. (p. 100)

Para darle contenido a esta concepción de la diplomacia, los autores analizan la incidencia de los intelectuales en las relaciones diplomáticas dentro del eje Londres-París-Washington en el período que va desde 1820 —período de la Independencia— hasta inicios del siglo XX, momento en que Estados Unidos casa la apuesta por un panamericanismo.

Para el primer período, que arranca en la década de 1820, Marichal y Pita (2019) estudian el trabajo de los intelectuales en Londres en función del reconocimiento del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte de las independencias de las repúblicas recién emancipadas del Imperio Español. De este período, destaca no solo la figura de Andrés Bello, sino también la de Luis López Méndez y Francisco Antonio Zea, por la Venezuela, primero, y la Gran Colombia, más tarde; Antonio José de Irisarri, al servicio de Chile por confianza de Bernardo O'Higgins, quien allana el camino para la llegada de Bello a Chile (pp. 102-103). La lista enunciada por Marichal y Pita (2019) se extiende también a “José María Hurtado, embajador de Colombia; Vicente Rocafuerte y José Michelena, representantes de México, Juan García del Río, delegado de Perú, y Mariano Egaña, de Chile” (p. 103). El trabajo de estos intelectuales repercutió en diferentes aspectos claves para la consolidación de las nuevas naciones como: “la firma de los primeros tratados de comercio libre con Gran Bretaña, las campañas por promover el reconocimiento de las nuevas repúblicas y la obtención de fondos financieros de apoyo” (p. 104).

Más allá de esta lista, lo fundamental del estudio de estos intelectuales reside en las empresas diplomáticas que, como representantes de sus naciones y con un espíritu de unidad continental, llevaron a cabo desde Londres. Así lo destacan los autores:

Desde el punto de vista del presente ensayo, lo que interesa destacar fue el papel de este grupo de tempranos diplomáticos latinoamericanos como escritores, directivos de periódicos y de colecciones editoriales en Londres en esos años. Irisarri, por ejemplo, editó en Londres en 1820, el periódico *El Censor Americano*, que abogaba claramente por el establecimiento de algún tipo de monarquía constitucional en las tierras hispanoamericanas. Por su parte, Andrés Bello se dedicó con pasión a una gran labor editorial, incluyendo la publicación de la revista *Biblioteca Americana* en la capital británica en 1823, y luego de la revista *El Repertorio Americano* en 1826 y 1827. En ambos casos contó con apoyos financieros de la legación de México, y más particularmente de Vicente Rocafuerte, quien fue pieza clave en fomentar un ambiente prolífico de publicaciones y reuniones tanto entre los diplomáticos e intelectuales latinoamericanos como entre los numerosos exiliados liberales españoles que residieron en Londres entre 1823 y 1833. (pp. 103-104)

Tras la crisis económica británica de 1825 y con la estabilización de Francia tras los acontecimientos de la Revolución y el Imperio de Napoleón, el centro del mundo se desplaza hacia

París. Si en el período de diplomacia latinoamericana en Londres sobresale la figura de Andrés Bello, para el caso de la diplomacia en París, el más significativo representante fue José María Torres Caicedo. El colombiano es, para Marichal y Pita (2019), ceñidos a los planteamientos de Arturo Ardao, “quien llevó a cabo la más amplia y constante labor como periodista y publicista a favor de la causa de la unión latinoamericana en la capital francesa” (p. 105). Sin duda, Torres Caicedo es uno de los mayores representantes de la categoría de intelectual/diplomático propuesta por los autores, ya que tanto su labor de escritor, periodista, editor y publicista, así como la de diplomático, fue fecunda, no solo para Colombia sino también para Venezuela, El Salvador y América Latina en general. Además, con el caso del “polivalente” José María Torres Caicedo se permite sacar en limpio una conclusión sobre este tipo de diplomáticos:

Esta polivalencia era bastante común debido al escaso desarrollo de la carrera diplomática (y los escasos recursos pecuniarios de las legaciones) de la mayoría de los países latinoamericanos y, quizá por ello no era extraño que se eligieran como representantes a escritores de nota o políticos bien conectados para ocupar los cargos de ministros plenipotenciarios tanto por sus conexiones, su capacidad de sostenerse con escritos en revistas y la prensa, así como por su manejo de idiomas. (Marichal y Pita, 2019, p. 106)

Como nota a este caso, y en comparación con intelectuales/diplomáticos del siglo XX como Reyes y Gutiérrez Girardot, se puede concluir que el caso de los intelectuales/diplomáticos del siglo XIX está marcado por la no profesionalización del servicio diplomático, por la posibilidad de ocupar sus capacidades en sus obras y por la necesidad de colaborar en otras empresas para subsistir, como la vinculación de Torres Caicedo a *El Correo de Ultramar* (1842-1886).

Aunque la figura de Torres Caicedo es paradigmática, bien vale traer a colación los nombres de otros intelectuales que, mencionados por Marichal y Pita (2019), sirvieron en Francia y validaron el importante trabajo del colombiano:

Pedro Gálvez, ministro plenipotenciario de Perú; Carlos Calvo, encargado de negocios del Paraguay; Juan Bautista Alberdi, ministro plenipotenciario de la Confederación Argentina; Andrés Santa Cruz, antiguo protector de la Confederación Perú-Boliviana y ministro plenipotenciario de Bolivia; Víctor Herrán, ministro plenipotenciario de Honduras y de El Salvador. (p. 107)

Finalizan Marichal y Pita (2019) sus indagaciones introductorias sobre el intelectual/diplomático con el estudio de la labor diplomática en Washington desde finales de la Guerra de Secesión a los inicios del siglo XX. En esta tercera parte, el centro del análisis comienza por el estudio de las figuras: “Domingo Faustino Sarmiento, ministro plenipotenciario de Argentina en los Estados Unidos entre 1865 y 1868; Benjamín Vicuña Mackenna, ministro de Chile entre 1865 y 1866, y Matías Romero, ministro de México desde 1861 hasta fines de 1867” (p. 110).

Del servicio de Sarmiento en Estados Unidos, Marichal y Pita (2019) destacan los escritos en los que el argentino expone sus impresiones sobre el país y sobre la figura y el asesinato de Lincoln, a lo Alexis de Tocqueville. Por su parte, de Vicuña Mackenna resaltan su labor “con la prensa norteamericana para ganarles a la causa de Chile contra España”, “la compra de buques de guerra para Chile” y la edición del periódico *La Voz de América*, “el cual se dedicaba a atacar el imperialismo hispano” (pp. 111-112). Del último caso, Matías Romero, los autores ponen de presente labor como “agente de propaganda”, “logrando despertar sentimientos favorables a la lucha de los republicanos mexicanos en contra de la ocupación militar de México por tropas francesas y austriacas (1863-1867)”.

La figura de Matías Romero, de la cual, por las afinidades de los autores, se presenta un análisis más amplio de su labor diplomática en Estados Unidos, da pie para hablar de la Primera Conferencia Panamericana (Washington, 1889), ya que Romero no fue solamente uno de sus impulsores, sino que fungió como vicepresidente de esta (Marichal y Pita, 2019, p. 106). Con el panamericanismo se inicia un nuevo período de las relaciones entre Estados Unidos y los demás países del continente, dentro de las cuales son fundamentales las relaciones diplomáticas. El punto más alto de este nuevo período será la conformación de la Organización de los Estados Americanos (OEA), la cual, vale recordar, se inaugura en Bogotá en abril de 1948, en la IX Conferencia Panamericana, en medio de los disturbios suscitados por el asesinato de Jorge Eliecer Gaitán. Mismo año, como lo hemos señalado en diferentes ocasiones, en que Mariano Picón Salas sirve como embajador de Venezuela en Colombia. Sobre el inicio del panamericanismo Marichal y Pita (2019) enuncian, no sin señalar el talante diferenciador de este proyecto al de la unidad continental de Bolívar, que:

Estados Unidos promovió la realización de esta reunión, la cual sería la primera de muchas otras conocidas como Conferencias Panamericanas. Al mismo tiempo impulsó la creación

de la Unión Panamericana, antecedente de la actual Organización de Estados Americanos (OEA). Estos eventos constituyeron un escenario importante para la diplomacia latinoamericana por varios motivos. Puede sugerirse, por una parte, que a partir de esta fecha se amplió notablemente la proyección de muchos diplomáticos, intelectuales y profesionales latinoamericanos, ya que se complementaron las tradicionales gestiones de representación nacionales con una muy intensa participación en foros internacionales desde principios y a lo largo del siglo XX. [...]

El panamericanismo tenía una marcada dimensión económica, como uno de los mecanismos para hacerse de información valiosa para promover una mayor cooperación comercial que no escondía su carácter imperialista de penetración. De hecho, este marcado interés por expandir su economía a través de alcanzar el poder financiero en países débiles fue calificado poco después como “la diplomacia del dólar”, término con el cual Nearing y Freeman, en su libro *Dollar Diplomacy* (1925), explicaban la interacción de varios actores (inversionistas, banqueros, empresario, políticos, diplomáticos, agentes, aventureros y el ejército), con fines imperialistas. (pp. 115-116)

IX. Mariano Picón Salas: la labor del diplomático

Como se mencionó antes, en 1987 Delia Picón compiló en un tomo titulado *Mariano Picón-Salas, Embajador de Venezuela*,⁴⁷ los archivos diplomáticos de su padre Mariano Picón Salas. Esta compilación es la principal fuente para el análisis de la faceta diplomática de Picón Salas, no tanto por lo sui géneris de este tipo de publicaciones, sino por el rigor que la Licenciada en Estudios

⁴⁷ Varios de los informes que aparecen en esta publicación, fueron publicados en 1997 en el libro *Colombia-Venezuela. Historia intelectual*, editado por Juan Gustavo Cobo Borda para la colección Biblioteca Familiar Presidencia de la República.

Sobre publicaciones póstumas de obras de Mariano Picón Salas en medios institucionales colombianos se encuentra la inclusión de su cuento “Los Batracios” en la compilación que hace Rafael Ramón Castellanos, titulada *Cuentos Venezolanos; antología de la narrativa venezolana* (1971), para la Biblioteca Colombiana de Cultura (Colección Popular), del Instituto Colombiano de Cultura del Ministerio de Educación Nacional. Es importante señalar que este cuento apareció publicado en sus *Obras Selectas* (Caracas: Edime, 1953, 1962) y en la *Antología de cuentos contemporáneos* (Barcelona: Labor, 1964) del reconocido catedrático español Mariano Baquero Goyanes. De esta publicación habría que decir que la editorial tenía incidencia no solo en Barcelona, sino también en Madrid, Buenos Aires, Rio de Janeiro, México y Montevideo; además, que los únicos venezolanos incluidos aparte de Mariano Picón Salas fueron Rómulo Gallegos, Arturo Uslar Pietri, Julio Garmendia y Héctor Mujica.

Internacionales pone en la disposición del material. Al respecto, sobre las fuentes de estos, establece que:

El trabajo de investigación llevado a cabo para publicar este libro se limitó, básicamente, al examen de la documentación existente en el Archivo General del Ministerio de Relaciones Exteriores de Venezuela. Fueron utilizados, no obstante, otros documentos pertenecientes al archivo personal de Mariano Picón Salas, en poder de la autora. (Picón, D., 1987, p. 18)

Sin duda, el “básicamente” usado por la autora de la compilación es una modestia, ya que la investigación de archivo, sobre todo del archivo diplomático que tiene tantas aristas, no es nada sencillo. Además, la conjunción entre el archivo oficial y el archivo personal es una gran riqueza que permite desentrañar más afondo la forma en que se lleva y se asume la labor diplomática.

Para complementar todas las posibilidades de presentar un buen análisis de la labor diplomática de Mariano Picón Salas en Colombia, sumamos al análisis de los documentos presentados por Delia Picón, los archivos oficiales de la Cancillería de Colombia en lo correspondiente a la embajada de Venezuela en Colombia durante el período que va desde el “Nombramiento de Mariano Picón Salas como Embajador en Colombia”, el 19 de septiembre de 1947 por parte del Encargado del Ministerio Gonzalo Barrios, hasta el 10 de febrero de 1949, fecha en que se registra el retiro del cargo de embajador de Mariano Picón Salas por parte del encargado de negocios de la embajada Manuel Osorio Menda. Este archivo se halla en el Archivo General de la Nación de Colombia, sección de Archivos Oficiales, Ministerio de Relaciones Exteriores, Diplomática y Consular, Embajada de Venezuela en Colombia, Transferencia 8, Caja 825, Carpetas 191 y 192.

Antes de pasar a analizar las fuentes que se acaban de enunciar, valga un comentario sobre los paratextos del libro *Mariano Picón-Salas, Embajador de Venezuela* (1987), los cuales permiten hacerse una idea sobre la dimensión diplomática en la biografía intelectual de Mariano Picón Salas.

Del prólogo de Simón Alberto Consalvi (1987), que tiene un sugestivo título, “La otra visión del humanista (o método práctico para ser un gran embajador)”, se pueden destacar tres elementos: el primero, la desmitificación de que como gran humanista, juicio en el que compara al venezolano con Octavio Paz, Mariano Picón Salas no se ocupó de asuntos “de este mundo y de sus conflictos inmediatos”, es decir, que un intelectual de la talla de Picón Salas vive “amurallado en su torre de marfil, indiferente al quehacer de la gente común” (p. XI). Las razones para quitar

validez a esta idea sobran, pues como se ha venido mostrando, la figura de Mariano Picón Salas atiende a las características del escritor que señala Alfonso Reyes en sus “Notas sobre la inteligencia americana”. En segundo lugar, destaca la forma en que prescinde de la distinción entre el Picón Salas diplomático y el Picón Salas escritor, ya que para Consalvi (1987) el contacto de Mariano Picón Salas con Europa, por ejemplo, sirvió como un fuerte estímulo para su obra; los ejemplos, van en aumento si se tiene en cuenta el *Pedro Claver, el santo de los esclavos*, o *Gusto de México*, o *Regreso de tres mundos*. El tercer elemento es la exposición de la lucidez con que Picón Salas entiende el mundo de la política —con ejemplos como su interpretación de los vientos de guerra en Europa por el avance de las fuerzas de Hitler, o las conclusiones de los sucesos del 9 de abril en Colombia—, de la economía —en el que busca para Venezuela los mejores nichos para explotar su economía—, y de las relaciones internacionales —en las que ingenia planes para mejorar las relaciones entre Venezuela y los países en que sirve como diplomático—.

Saltando la elogiosa presentación de Efraín Schacht Aristeguieta, más diciente es la introducción a cargo de Delia Picón. En ella, tras un comentario al ensayo “Sueño de una política exterior” (1942), analiza las contribuciones a la historia de las relaciones internacionales hechas por Picón Salas en cada uno de los períodos en que sirvió como diplomático. Centrémonos en lo concerniente a Colombia. Para este período Delia Picón (1987) destaca “la defensa que hace Picón Salas del derecho de Asilo” (p. 13). Este es uno de los conceptos fundamentales de las relaciones internacionales, sobre todo en medio de conflictos sociales como los sucedidos en Colombia durante 1948. Tras lo sucedido el 9 de abril, Mariano Picón Salas concede asilo político a “algunas personalidades del periodismo y la política liberal de izquierda de Colombia” (p. 13). Tal decisión, como es de esperarse, no cae bien entre el gobierno de derecha de Mariano Ospina Pérez. Ante las negativas del gobierno colombiano de expedir los salvoconductos para los asilados, se evidencia la experticia del embajador al invocar la obligación del derecho al asilo concedido en el art. 2° de la Convención de Montevideo. Además de esta argumentación de derecho internacional, también se sustenta Picón Salas en el conocimiento de la Constitución de Venezuela, en la cual se reconoce dicho derecho.

Pronto, se establecerá la conveniencia de entablar una reciprocidad frente al reconocimiento del derecho al asilo, ya que en ese mismo año de 1948 se presentarán turbulencias en la política venezolana por el golpe de Estado de Carlos Delgado Chalbaud y Marcos Pérez Jiménez al primer gobierno democrático de Venezuela en cabeza de Rómulo Gallegos. La senda abierta por Picón

Salas permitirá así, que un personaje como Rómulo Betancourt, expresidente de la Junta Revolucionaria tras el golpe de Estado a Isaías Medina Angarita, solicite asilo político mediante la embajada de Colombia en Venezuela (Picón, D., D. 1987, 13-15). Los anteriores comentarios permiten un panorama amplio de lo que serán los archivos diplomáticos a estudiar.

La representación de Venezuela en Colombia. Archivos del Ministerio de Relaciones Exteriores de Venezuela

Para comenzar, es importante establecer los roles de quienes estaban a cargo de la política nacional y diplomática tanto de Venezuela como de Colombia. En primer lugar, en Venezuela, tras el golpe de Estado a Isaías Angarita en 1945, el gobierno estaba a cargo de la Junta Revolucionaria de Gobierno presidida por Rómulo Betancourt, cuyo secretario era José Antonio Giacopini Zárraga, hasta febrero de 1948 en que se posesionará, luego de ser elegido en diciembre de 1947, como primer presidente democrático de Venezuela el novelista Rómulo Gallegos. El nombre oficial de Venezuela hasta 1953 era Estados Unidos de Venezuela, siendo “Embajada de Estados Unidos de Venezuela” el encabezado del membrete de la comunicación oficial de la embajada. El Ministro de Relaciones Exteriores de los Estados Unidos de Venezuela era Carlos Morales y como embajador en Colombia precede a Picón Salas un viejo conocido de la Generación del 28, Gonzalo Carnevali. Dentro de la embajada en Colombia firmaba como encargado de negocios Rafael Armando Rojas, quien en su currículum vitae como individuo de número de la Academia Nacional de la Historia de Venezuela, enuncia como actividad durante 1945-1947 la de Secretario de la Embajada de Venezuela en Bogotá.⁴⁸ Por parte de Colombia, para este momento es presidente Mariano Ospina Pérez, y durante el servicio de Picón Salas el Ministerio de Relaciones Exteriores se encuentra a cargo, primero, de Domingo Esguerra, y segundo, Eduardo Zuleta Ángel; habrá un lapso de tiempo en que Laureano Gómez se haga cargo del ministerio, será el tiempo de la organización de la IX Conferencia Panamericana, sin embargo, no se encuentran archivos durante este período. Finalmente, acreditado en Venezuela como Embajador extraordinario y plenipotenciario se encuentra Antonio María Pradilla.

⁴⁸ Como dato interesante, en este currículum vitae aparece que “obtuvo el Doctorado en Filosofía en la Universidad Javeriana de Bogotá, Colombia”.

<https://biblat.unam.mx/hevila/BoletindelaAcademiaNacionaldeHistoriaCaracas/1996/vol79/no314/21.pdf>

Los primeros cinco informes que aparecen en la compilación realizada por Delia Picón (1987), se relacionan directamente con el nombramiento de Mariano Picón Salas como embajador y los procedimientos de él derivados. Del nombramiento, hecho el 19 de septiembre de 1947, firmado por el encargado del Ministerio de Relaciones Exteriores Gonzalo Barrios, hasta el 6 de octubre de 1947, primera comunicación de Picón Salas desde Bogotá, interviene el Canciller de Venezuela Carlos Morales ante el Secretario General de la Junta Revolucionaria y el embajador de Colombia en Venezuela para informar la novedad y que esta sea remitida, a través de las correspondientes cartas patentes al Presidente de Colombia Mariano Ospina Pérez según los protocolos diplomáticos.

La llegada de Picón Salas a Colombia tiene varias singularidades. La primera de ellas es que sucede en la misma semana en que es nombrado Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia de Venezuela para ocupar el sillón F. Su discurso de incorporación está fechado el 1 de octubre de 1947 y se titula “Rumbos y problemática de nuestra Historia”. Valga la pena mencionar que la contestación correspondiente a este discurso fue realizada por Augusto Mijares, intelectual, cuya personalidad vale para otra tesis.

Como segunda particularidad, se encuentra que Mariano Picón Salas no fue recibido como un funcionario más de un país extranjero, sino como una gran personalidad de las letras, pues para entonces ya contaba con un gran público en Colombia y diferentes relaciones, como se vio en la segunda parte. Así lo hace saber al Canciller Morales en el radiograma del 6 de octubre: “Conmovido magnifico recibimiento y expresiones viva cordialidad hacia Venezuela de visitantes colmaron ayer embajada y de órganos de prensa amistosos saludos” (Picón, D., 1987, p. 165). El entusiasmo por la llegada del embajador no se quedó allí, sino que dicho suceso fue también cubierto por la prensa. Los recortes los envía Picón Salas al Canciller de Venezuela junto con una nota del 8 de octubre en la que reitera la gratitud por los homenajes: “estoy especialmente reconocido de las atenciones que me dispensaron a mi llegada y de los votos de alta estima y aprecio hacia Venezuela y su Gobierno que se han Formulado” (Picón, D., 1987, p. 166).

Dicho cubrimiento fue hecho por diarios como *El Tiempo* y *El Espectador*, los periódicos más importantes en Colombia durante el siglo XX. Ya desde el 5 de octubre de 1947 *El tiempo*, siendo director Roberto García-Peña, en una pequeña notícula en la primera plana se refería al suceso. El titular rezaba: “Hoy llegará el nuevo Embajador de Venezuela” y estaba acompañado

de un retrato de Mariano Picón Salas con el pie de imagen “Embajador PICÓN SALAS”. La llegada de Picón Salas coincide curiosamente con las elecciones para concejos municipales. Es de recordar que 1947 es el año en que se consolida Jorge Eliécer Gaitán como jefe del partido liberal, por encima de Eduardo Santos, y el gaitanismo como la mayor fuerza política y electoral del país tras las elecciones legislativas de marzo. Valga reproducir dicha notícula para contextualizar la estima hacia el nuevo embajador:

Por la vía aérea llegará esta tarde, a las dos, al aeródromo de Madrid, el eminente intelectual venezolano don Mariano Picón-Salas, Embajador de su patria ante el gobierno de Colombia.

El señor Picón Salas, que es sin duda alguna uno de los escritores más prestigiosos de la hermana nación y seguramente de América Hispana, reemplazará en la embajada a don Gonzalo Carnevali, quien fue promovido a la embajada de Venezuela en Washington.

EL NUEVO EMBAJADOR

El nuevo embajador de Venezuela visitó Colombia hace dos años, cuando por invitación del doctor Eduardo Santos estuvo en Bogotá en compañía de otro distinguido intelectual venezolano, don Rafael Pocaterra. En ese entonces, el señor Picón Salas, dejó organizado el Instituto Colombo-Venezolano de Cooperación Intelectual, y con tal ocasión pronunció un discurso que todavía se recuerda, por el nobilísimo alcance conceptual y generoso fervor grancolombiano que lo inspiraba.

El señor Picón Salas, fue hasta el momento de su nombramiento, decano de la facultad de filosofía y letras de la Universidad Central de Carcas, y su designación para la embajada en Bogotá deben recibirla los colombianos como muy alta demostración de los sentimientos de viva amistad que animan hoy los gobernantes hacia Colombia.

Por la circunstancia de ser hoy día de elecciones, y no estar permitido el tránsito intermunicipal de vehículos, no será posible a los numerosos amigos del nuevo embajador de Venezuela salir a saludarlo a Madrid, pero es entendido que en la tarde se congregarán en los salones de la embajada para celebrar la presencia del ilustre hombre de las letras venezolanas, autentico mensajero de su patria ante la nuestra.

EL TIEMPO, que se ha honrado varias veces con la colaboración de Mariano Picón Salas, anticipa al diplomático y al amigo su cordial saludo de bienvenida. (*El Tiempo*, 05 de octubre de 1947, pp. 1-2)

Al día siguientes, 6 de octubre de 1947, la misma casa editorial informa sobre lo que fue la llegada de Mariano Picón Salas a la embajada. La nota, aparecida en la página final del diario con el título “A las Dos Llegó a la ciudad el Nuevo Embajador de Venezuela”, tiene el mismo enfoque, tono, calificativos y honores de la del día anterior, en ella se destaca de este primer encuentro público, el enfoque del trabajo como diplomático en Colombia de Picón Salas, el cual, tal como lo informa el diario, buscaría facilitar el intercambio humano y la eficiencia en las relaciones jurídicas colombo-venezolanas. Es de advertir un asunto que podría pasar inadvertido por su insignificancia, pero que es de gran valor para comprender las relaciones intelectuales del nuevo embajador:

El señor Picón Salas se hallaba acompañado de numerosos amigos, entre ellos, el embajador de Chile, don Julio Barrenechea, el director de este diario, señor García Peña, el exembajador de Colombia en Caracas, doctor Plinio Mendoza Neira, el secretario del ministerio de educación, doctor Piñeros Corpas, el director de la sección jurídica del ministerio de educación, doctor Carlos Martín, el jefe de extensión cultural de la Universidad, doctor Jaime Ibáñez, el encargado de negocios del Ecuador, don Jorge Fernández, y varios miembros de la colonia venezolana. (*El Tiempo*, 06 de octubre de 1947, p. 12)

Las personalidades mencionadas no son de menos, y el haber recibido y acompañado al nuevo embajador confirma la insistencia del apartado anterior: Mariano Picón Salas llegó a ser una figura sumamente influyente en la intelectualidad de Colombia.

Finalmente, esta serie de cubrimientos del diario *El Tiempo*, culmina con una entrevista hecha al nuevo embajador publicada el 7 de octubre con el título “Un Mayor Acercamiento Cultural Buscará el Embajador Venezolano”. Comienza esta entrevista por preguntar sobre el ambiente político en Venezuela en medio del gobierno de la Junta Revolucionaria presidida por Rómulo Betancourt. La defensa de Picón Salas al respecto se traduce en argumentar una reciente estabilización política tras diferentes turbulencias ocurridas en Venezuela desde la instauración de la Junta luego del golpe de Estado a Medina Angarita. Dicha estabilización se consolida en la llamada a elecciones democráticas en ese año: “para noviembre o para los primeros días de

diciembre se ha fijado la elección de presidente de Venezuela”. Sobre estas elecciones responde sin titubeos Mariano Picón Salas a la pregunta sobre “el más probable de los candidatos”: “Rómulo Gallegos, notable novelista, apoyado por los partidos que pudiéramos llamar de izquierda, es el más seguro. También se va perfilando como candidato del partido político Copei y otro grupo de fuerzas conservadoras, el doctor Rafael Calderón”⁴⁹ (*El Tiempo*, 07 de octubre de 1947, p. 12).

Entrando propiamente a las relaciones entre Venezuela y Colombia, el primero de los puntos tratado es sobre ese estandarte de las relaciones comerciales de los pueblos bolivarianos que significó la Flota Grancolombiana. Esta es una pregunta trascendental para el momento de la entrevista, ya que es sabido la relación del entonces presidente de Colombia Mariano Ospina Pérez y la Federación Nacional de Cafeteros de Colombia —en la cual el presidente tenía inversiones e influencias—. Sobre esta importante empresa que reunía a los gobiernos de Colombia, Venezuela y Ecuador, manifiesta Picón Salas que cuenta con todo el apoyo del gobierno venezolano, por su importancia para “la independencia económica de los países grancolombianos”. Sin embargo, parece ser que no son las relaciones comerciales y económicas las prioridades del embajador, ya que rápidamente, fiel a su espíritu intelectual, Mariano Picón Salas lleva el rumbo de la entrevista al terreno de la cultura:

Creo que las relaciones económicas, a pesar de su importancia, no son las únicas fundamentales para que los pueblos se conozcan. Yo buscaré el mayor intercambio cultural y artístico, que es el que más llega a la sensibilidad y el corazón de los ciudadanos, para lograr un mayor acercamiento entre los dos países. (*El Tiempo*, 07 de octubre de 1947, p. 12)

Para llevar a cabo esta tarea cultural, que denota la influencia de Alfonso Reyes, plantea Picón Salas intercambios estudiantiles, exposiciones de pintura y arte cerámico, de producción literaria y musical.

Luego de algunas palabras de reconocimiento por el civismo y espíritu democrático que significó la jornada de elecciones en medio de las que Picón Salas arribó al país, este manifiesta su cercanía y cariño por Colombia con las siguientes palabras:

⁴⁹ El contrincante de Rómulo Gallegos en las primeras elecciones democráticas de Venezuela (sufragio universal, directo y secreto) el 14 de diciembre de 1947, fue Rafael Caldera, no Calderón, fundador del Comité de Organización Política Electoral Independiente (COPEI). Es posible que el error se deba a una confusión del reportero que llevó a cabo la entrevista.

Quiero también aprovechar esta entrevista, para agradecer a todos los colombianos que tantas pruebas de cariño han dado a mí país, y saludar a los innumerables amigos que tengo en esta tierra. Yo trabajaré con todas mis fuerzas por un acercamiento cultural efectivo, por una mayor comprensión de los problemas que me tocará afrontar en lo futuro; y sepa usted, que acepté esta embajada en Colombia, porque para mí el trabajar en este país es como hacerlo en el mío. Todos mis esfuerzos y todos mis empeños están suficientemente recompensados con esto. (*El Tiempo*, 07 de octubre de 1947, p. 12)

Además de *El Tiempo*, también *El Espectador* informó y entrevistó al nuevo embajador de Venezuela. En un artículo del 14 de octubre de 1947, se presenta el reportaje realizada por Carlos Mahecha Gómez, el cual lleva por antetítulo “Habla el nuevo embajador de Venezuela”, por titular “Debemos Eliminar el Contrabando”, y por sumario, primero “El Embajador Picón Salas Habla de la Necesidad de un Intercambio Racional Colombo-Venezolano y de la Eliminación de las Trabas Fronterizas”, y segundo, “Las Elecciones de Diciembre Serán Ejemplo de Civismo y de Cultura, porque el Pueblo ha Aprendido a Expresar y Hacer respetar sus Opiniones” (Mahecha Gómez, 14 de octubre de 1947, p. 4).

Al igual que en *El Tiempo*, Mahecha Gómez (1947) parte en su entrevista para *El Espectador* de reconocer a Picón Salas como un “prestigioso escritor, periodista y diplomático de gran renombre en el continente americano”, además de “grande admirador y amigo de Colombia” (p. 4). Según el reportaje, las metas de Picón Salas como embajador son:

Adelantar una intensa campaña de acercamiento cultural, intelectual y comercial entre los dos pueblos; una política de efectivo grancolombianismo⁵⁰, encaminada, entre otras cosas, a estimular las distintas relaciones colombo-venezolanas, comenzando por eliminar las trabas del tránsito internacional a base, sin embargo, de un mayor y riguroso control aduanero que termine con el contrabando y los mercados negros; una mayor preocupación por las cosas que atañen directamente al interés recíproco de las dos naciones, y, en fin, por realizar hasta donde las posibilidades lo permitan el pensamiento bolivariano, fuente vital

⁵⁰ De las notas periodísticas, de los discursos y de las palabras de los intelectuales venezolanos y colombianos destacadas hasta aquí, resulta particular el uso del término grancolombianismo. Sobre el mismo hace falta una investigación conceptual sobre su historia y usos, además del lugar que ocupa en el lenguaje político y diplomático de la actualidad.

y decisiva para el engrandecimiento y provenir de estos pueblos que nacieron bajo la sombra tutelar del Libertador. (p. 4)

Aunque ya esta primera información que presenta Mahecha Gómez (1947) es lo suficientemente sustancial, la misma no se acerca a las propias palabras de Picón Salas, las cuales comienzan por hacer un elogio de Bogotá —que no dejó de padecer por sus altos costo de vida y su clima siempre difícil para un montañés—, y de los colombianos. Las palabras del intelectual venezolano bien podrían estar, junto con las de José Luis Romero, dentro de los mayores honores concedidos a la capital del país y su pueblo:

Conocí a Bogotá en 1945, con ocasión de una invitación que me hizo el doctor Eduardo Santos. Es una de las ciudades hispanoamericanas que más profunda impresión me ha causado, por la belleza de la sábana y por el aire de alta tradición, cultura y señorío que le acompaña. La fineza y espiritualidad del bogotano no es patrimonio tan sólo de las llamadas clases cultivadas. Encuentro que el pueblo de esta ciudad es uno de los más sagaces y corteses de toda América. No puedo olvidarme de que soy escritor y me encantaría recoger en un libro todas las sugerencias que me produce la vida colombiana, y, sobre todo, la riqueza espiritual de su pueblo.

Bogotá es para mí una especie de «Castilla Antártica», donde hasta el traje negro, tan frecuente en las calles, recuerda el sosiego y majestad del traje castellano del siglo XVII. En mi estadía en Colombia quisiera, sobre todo, estudiar la peripecia de este pueblo que por su cordialidad y fineza suscita toda mi simpatía. Las justas luchas sociales no le han quitado todavía al pueblo colombiano su mejor don: la cortesía. (p. 4)

En lo que respecta a las relaciones entre Venezuela y Colombia, en primer lugar, Picón Salas parte del hecho de que en 1947 Venezuela sea, después de las diferentes luchas político-militares, una nación que busca nuevas vinculaciones con sus vecinos, pues tras el largo enclaustramiento, en el que solo se miraba hacia Europa, es momento de una unión hispanoamericana. El primer síntoma de la necesidad de esta unión, comenta Picón Salas, es la Flota Grancolombiana. Es por ello, que fortalecer los lazos entre los países pasa también por asegurar los intereses institucionales, los cuales se ven afectados por el contrabando, que es pan de cada día, en las fronteras de los países bolivarianos. Sobre todo, a raíz del crecimiento de la industria del petróleo y las dinámicas sociales que esta conlleva, aumenta la demanda de bienes y

productos básicos en Venezuela, situación que aprovecha el contrabando en un doble sentido, se pasan de Colombia a Venezuela mercancías sin pagar los respectivos impuestos y aranceles, y, viceversa, se pasa de Venezuela a Colombia productos que han sido importados, por ejemplo, de países como Estados Unidos.

En cuanto a asuntos de vinculación espiritual, le comenta Picón Salas a Mahecha Gómez (1947), que es de su interés fomentar las becas de intercambio estudiantil y científico. La razón de la necesidad de un mayor intercambio espiritual entre los países de América Latina pasa también por el cambio de paradigma mundial, en que Europa, en ese año de 1947, ya no representa el faro moral, espiritual y cultural. El desmoronamiento del mundo occidental crea la necesidad de un esfuerzo mutuo por estudiarnos entre nosotros mismos. Así, es momento de un enfoque educativo que propenda por una educación técnica y científica que se aproveche de los conocimientos y potenciales de cada uno de los países latinoamericanos.

En todos nuestros países la educación preferentemente libresca que se dio durante muchos años, debe complementarse con la educación técnica y científica, a fin de que el hombre de nuestras tierras transforme las condiciones materiales del medio y modifique su naturaleza. En este plan de desarrollo técnico y de cooperación entre nuestros pueblos, Venezuela ha empleado en diversos servicios públicos a expertos de varios países latinoamericanos. (p. 4)

Para finalizar la entrevista, Picón Salas se refiere al futuro de la política venezolana, en la cual avizora tiempos de paz y democracia. Para lástima del intelectual, y de la historia democrática venezolana, una de sus frases más contundentes será desmentidas por la historia, pues en Venezuela, luego de las elecciones provistas y el triunfo de Rómulo Gallegos, no solo no se cumplió la premisa de que “la etapa del caudillismo ha sido completamente superada” (Mahecha Gómez, 14 de octubre de 1947, p. 4), sino que comenzará una nueva etapa de dictadura militar que recuerda la famosa frase al comienzo del *Dieciocho de Brumario de Luis Bonaparte* de Marx, remplazando a Napoleón por Juan Vicente y a Carlos Luis por Carlos-Marcos.

Por otra parte, ambos diarios, cosa infaltable al informar sobre nombramientos diplomáticos, señalan la próxima presentación de las cartas credenciales de Picón Salas ante las autoridades colombianas. Esto se produce esa misma semana, en la cual el diplomático informa primero sobre la “Primera audiencia del Canciller Colombiano al nuevo Embajador de Venezuela”

ocurrida el viernes 10 de octubre, en la nota N° 769 del 11 de octubre de 1947. Según la nota, el canciller colombiano Domingo Esguerra, con suma cordialidad, informa al diplomático que para la semana del 13 de octubre se fijará la reunión con el presidente colombiano, sin embargo, Picón Salas ve esto como poco probable en lo que será su primera intuición politológica sobre los tiempos políticos en el país:

Después del triunfo de los liberales en las elecciones del día 5, la prensa ha intensificado sus ataques contra el Gabinete del Dr. Ospina Pérez. Ya que el Ministro de Gobierno y Primer del Gabinete, Dr. Urdaneta Arbeláez, ha hecho pública su renuncia y está acusando en la Cámara la acusación liberal contra otros ministros como el Dr. Zuleta Ángel, quien deberá contestar en la próxima semana los cargos que le han hecho los representantes liberales que han tenido, en este caso, extrema acritud. (Picón, D., 1987, p. 167)

Sin embargo, pese a la hipótesis sobre los problemas que presentaba el gobierno para recibir al embajador, el día 18 de octubre, mediante radiograma, Picón Salas informa sobre la reunión con el presidente Ospina Pérez en el Palacio de la Carrera, ocurrida el viernes 17 de octubre. La información sobre este hecho es ampliada en la nota N° 787 del 19 de octubre. En ella, hace llegar a la cancillería venezolana los recortes de prensa sobre la reunión entre el embajador y el presidente, y señala, sobre todo, el cubrimiento de los discursos pronunciados por Ospina Pérez y por el mismo Picón Salas.

El Tiempo destacó, bajo el titular en primera plana “Unidas Indisolublemente Marchan al Porvenir Colombia y Venezuela”, de la reunión entre los Marianos, en que asistieron los ministros del despacho ejecutivo, además de autoridades militares, las palabras cruzadas entre ambas personalidades. De Mariano Picón Salas el diario cita las siguientes palabras:

Excelentísimo Señor:

Tengo el alto honor de entregaros junto con la carta de retiro de mi distinguido predecesor el Embajador Carnevali, las credenciales con que el Gobierno de Venezuela acredita mi Misión Diplomática ante el gobierno de Vuestra Excelencia. Habrá de disculparme, Excelentísimo Señor, si tan severo acto protocolario se impregna, también, para mí, de humanísima efusión. Es que nuestras dos patrias siempre supieron hablar y entenderse en lenguaje más comunicativo que el de los actos y los documentos oficiales. Ahondad en la más entrañable raíz de Historia, en el testimonio glorioso de la gesta común por la

independencia de América, en el heroico bautismo de las grandes batallas libertadoras y en el plan combinado de nuestros primeros estadistas, la fraternidad de Venezuela y Colombia es un legado ético, una de las normas más puras y eficaces del Derecho Internacional americano. Acentuando las letras de los tratados en instrumentos que se crearon y habrán de crearse para perfeccionar cada día nuestro entendimiento recíproco, la compenetración colombo-venezolana fue siempre un diálogo de almas. Sí en ese pasado, duro y azaroso que debíamos sobreponer para reclamar nuestro sitio entre los pueblos libres, entre los que quieren desenvolver plenamente su economía y su cultura, alguien quiso separarnos o dividimos, la conciencia de ambas naciones opuso a toda intriga y a toda suspicacia, la fuerza irradiante del vínculo común. Bolívar se llama el nombre que todavía firma tratados y vigila como héroe tutelar la marcha de nuestros países hacia la conquista de un mundo mejor; la nueva batalla por la autonomía de América que sigue librándose cotidianamente en las escuelas, los centros de producción e intercambio, la tarea por el engrandecimiento material y espiritual de estas tierras.

En fe de todo eso que se define como lazo de familia y razón orientadora de nuestra Historia, ya sé, Excelentísimo Señor, que casi huelga pedir vuestros buenos oficios y generosa voluntad para el desempeño de mi encargo amistoso. En el lenguaje oficial, esta vez también se expresa el indisoluble afecto de nuestros pueblos. Venezuela siempre se regocijó con el avance democrático y trayectoria creciente de Cultura que marca el proceso de la nación colombiana, así como supo agradecer las voces amigas que desde aquí la estimularon en pasadas horas de prueba y de angustia civil. Nuestras patrias trabajan para que la doctrina de su Libertador las siga inspirando en el desarrollo pacífico de su vida moderna; para que con el avance acelerado de los medios de comunicación se fortalezca asimismo el entendimiento de los espíritus. Y ya circula por el mundo la noticia de nuestra fervorosa fraternidad como uno de los signos optimistas que aseguran para América una era de más diáfana concordia humana. En esta cooperación que completa los testimonios gloriosos de la Historia heroica con las necesidades prácticas del presente, pueden mirarse como en alto ejemplo jurídico y moral, naciones más grandes y más orgullosas.

Réstame, Excelentísimo Señor transmitirlos en esta solemne ocasión los saludos y votos del Gobierno de Venezuela por vuestra ventura personal, y el sincero testimonio con que todos en mi país miramos con fraterno entusiasmo la amplia ruta de cultura y progreso

técnico y social que abre Colombia entre los pueblos del continente. (*El Tiempo*, 18 de octubre de 1947, p. 17)

De su parte, la contestación de Mariano Ospina Pérez, aunque más corta, no fue menos entusiasta. En ella resulta curiosa la también mención del Libertador, figura menos influyente en el alma colombiana en comparación con Venezuela:

Excelentísimo Señor:

Cuantas veces el Presidente de Colombia recibe a un nuevo emisario de la Patria ilustre del Libertador, no cumple solamente un acto corriente en las costumbres diplomáticas, sino el muy grato y significativo de una recepción fraternal. Por ello, Señor Embajador, no me sorprende que en la ceremonia de presentación de vuestras Credenciales, rompáis los moldes del lenguaje estrictamente oficial, para expresar con efusión los sentimientos de profunda cordialidad que son comunes a nuestros Pueblos y Gobiernos.

Naciones que surgieron a la vida soberana y libre de una misma gesta emancipadora; que dieron juntas los primeros pasos en su formación jurídica y cultural y que, unidas, afrontaron las vicisitudes de sus experiencias iniciales en la política y las relaciones internacionales, necesariamente deben continuar conviviendo sus triunfos e inquietudes, sus horas de prosperidad y de lucha y sus esfuerzos por el engrandecimiento común. Así, Colombia y Venezuela, que han sabido rendir siempre culto a su pasado histórico y han permanecido siempre fieles a los mandatos supremos de Bolívar.

Cuando alcanzaron la mayoría de edad formaron casa aparte, más no rompieron sus vínculos de sangre ni prodigaron su herencia en luchas fratricidas. En medio de la zozobra universal y de los temores que agitan a la humanidad, nuestras Patrias laboran juntas por proteger y consolidar en su seno los principios democráticos; para mejorar las condiciones sociales y económicas de sus pueblos; para ensanchar el campo de su recíproca colaboración en cuanto atañe a la cultura, al comercio y a la acción internacional. Con extraordinario acierto afirmáis, por tanto, Señor Embajador, que nuestra fervorosa fraternidad bien puede considerarse como vivo ejemplo de concordia entre las naciones.

Huelga también, por mi parte, ofrecer la decidida cooperación de mi gobierno para el resultado venturoso de nuestra misión. Habéis expresado, con tanta sinceridad, el

espíritu y propósito de la gestión diplomática que hoy iniciáis, que vuestras palabras son, por sí solas, el mejor augurio de ese resultado.

Al recibir la Carta de Retiro de vuestro distinguido y muy apreciado predecesor, el Excelentísimo Señor Gonzalo Carnevali, y las Cartas Autógrafas que os acreditan en el elevado carácter de Embajador Extraordinario y Plenipotenciario de los Estados Unidos de Venezuela, correspondo agradecido los votos y saludos de vuestro Gobierno, al que os ruego expresar la viva satisfacción con que en Colombia se Contempla el creciente y admirable progreso de vuestra Patria y su valiosa contribución a la solidaridad y prestigio de América. (*El Tiempo*, 18 de octubre de 1947, p. 17)

La importancia de estos dos discursos es que ponen en evidencia el buen clima diplomático entre las naciones hermanas de Colombia y Venezuela, la proyección de un trabajo conjunto y los mutuos intereses en lo comercial y cultural. Ambos resaltan una hermandad que va más allá del respeto en el campo de las relaciones internacionales. Sobre lo expresado por Mariano Ospina Pérez, se debe resaltar que la hermandad grancolombiana y bolivariana está por encima de tendencias o ideologías políticas pues tal espíritu colaborativo resulta extraño si se tiene en cuenta la orientación conservadora de Mariano Ospina Pérez frente al socialismo de Rómulo Betancourt, entonces presidente de la Junta Revolucionaria de Gobierno, a quien Mariano Picón Salas representaba. Además, como ya se vio en la primera parte, Picón Salas y Betancourt compartían una amistad que provenía de la comunión de algunas líneas ideológicas.

Tras estos hechos que tienen que ver más con el nombramiento y llegada de Mariano Picón Salas a la embajada de Venezuela en Colombia, la primera sección de informes diplomáticos agrupados por Delia Picón (1987), llamada “La política interna de Colombia”, deja ver el trabajo del Embajador en lo que respecta a los conflictos que se suceden en el departamento fronterizo de Norte de Santander. Si bien dentro de la historia política de Colombia el año de 1948 significa una transformación completa de la sociedad y sus estructuras, además de una nueva etapa de violencia en el país, 1948 no se explica sin lo ocurrido desde las elecciones de 1946. La elección de un presidente conservador en aquel año no tiene una razón diferente que la división que sufrió el Partido Liberal con la doble candidatura de Gabriel Turbay y Jorge Eliécer Gaitán. Probable es que una única candidatura de los liberales hubiese creado la sustitución a favor del partido de Alberto Lleras Camargo (designado presidencial tras la renuncia de López Pumarejo). Es decir, un

presidente conservador en un país a favor del liberalismo tarde o temprano tendría que generar una conflictividad social insuperable, sobre todo, luego de las elecciones al congreso y a concejos en las que el Partido Liberal se haría con las mayorías. Es este el ambiente en que desarrolla su actividad el embajador Picón Salas.

Aunque se podría pensar que estos conflictos internos poco tendrían que ver con Venezuela, más allá del natural interés de un país por conocer la situación en medio de la cual se encuentran y desarrollan sus delegaciones y asuntos relacionados a política internacional, la situación fronteriza de Colombia y Venezuela comienza a generar ciertas tensiones entre ambas naciones. Los conflictos entre liberales y conservadores que se desarrollan a lo largo del país, tienen en Norte de Santander un elemento diferencial con respecto a Venezuela, pues tal como lo informa Mariano Picón Salas a su canciller el 21 de noviembre, en la prensa colombiana, específicamente en *El Liberal*, se reportó que en medio de los conflictos entre conservadores y liberales en el departamento, que había alcanzado un alto grado de violencia, al punto que se hubiese tenido que remplazar al gobernador por un general, el partido venezolano COPEI de Táchira, que recién había perdido las elecciones a la presidencia de Venezuela, había “suministrado armas a los conservadores nortesantandereanos” (Picón, D., 1987, p. 169).

La tensión entre Colombia y Venezuela respecto a Norte de Santander crece en lo mediático por los informes realizados por los periódicos venezolanos de *El Nacional* y *El País*, ya que para el gobierno colombiano dichos informes resultan “exagerados” y hasta una conspiración gaitanista; en fin, “propaganda en contra del país” (Picón, D., 1987, p. 171). Afirmaciones de la prensa venezolana como “hubo centenares de muertos”, son desmentidos por el secretario de la presidencia Rafael Azula Barrera, quien afirma que las víctimas “no pasan de 23” (Picón, D., 1987, p. 172). Ante la tensión mediática respecto al caso, Mariano Picón Salas insta al gobierno de Venezuela a ser mesurado y aclarar el contexto de las disputas en el departamento fronterizo de Colombia:

Las informaciones demasiado alarmistas que circulan en la prensa venezolana sobre estos hechos, que son maliciosamente transmitidos por la UP, pueden crear un malentendido entre Venezuela y Colombia. Sería deseable que al juzgar tales sucesos los periódicos venezolanos no tomasen una posición excesivamente sectaria ya que los hechos de violencia han ocurridos entre ambos bandos políticos y obedecen, también, no solo a luchas

partidistas o ideologías políticas en pugna sino a la división ancestral de familias y grupos familiares en algunos pueblos de Santander. (Picón, D., 1987, p. 172)

Estos sucesos en Norte de Santander no son los únicos que dieron trabajo al embajador de Venezuela en Colombia. Para los días en que sucede lo anteriormente expuesto, el consulado de Venezuela en Cúcuta sufre un incendio, el día 23 de enero de 1948, en que se ve comprometido su archivo. El suceso, que entre la comunicación oficial de la embajada no presenta claridad sobre sus causas, es informado por la prensa colombiana, *El Tiempo* y *El Liberal*, como el resultado de ataques de “algunos ciudadanos venezolanos descontentos con el actual Gobierno y aprovechándose del ambiente de excitación política que reina en el Norte de Santander, sean instigadores o actores del suceso” (Picón, D., 1987, p. 174).

Lo publicado por *El Tiempo*, prontamente fue puesto en tela de juicio por los mismos ciudadanos venezolanos exiliados en Cúcuta, los cuales, mediante carta al director del diario, aclararon que es falso el señalamiento de la participación en el incendio del consulado.

Por otra parte, el periódico *El Siglo*, fundado por Laureano Gómez y para el momento dirigido por su hijo Álvaro Gómez Hurtado, comenzó con una serie de reportajes sobre presuntas intervenciones de venezolanos en asuntos de política interna en Colombia. El sábado 24 de enero, tal como informa Picón Salas a su cancillería, el diario publica

un extenso reportaje de primera página en la que atribuye a comunistas y agentes políticos venezolanos una grave intrusión en asuntos internos de Colombia, con motivo de los choques entre conservadores y liberales en el Norte de Santander y de la huelga petrolera que se mantiene desde hace más de 15 días. (Picón, D., 1987, p. 172)

De tal manera que al intelectual venezolano le tocó, en medio de su servicio diplomático en Colombia, lidiar con las luchas intestinas entre liberales y conservadores en el campo de batalla de la prensa y la opinión pública. Los primeros, los liberales, usaban a los conservadores venezolanos como caballo de batalla, mientras los segundos, los conservadores, hacían lo propio con los comunistas venezolanos.

Ante los señalamientos del diario conservador, y a sabiendas que dicha información tenía una fuente poco confiable, un “calumnioso panfleto publicado en santo domingo por José Vicente Pepper, propagandista al servicio de Dictador Trujillo” (Picón, D., 1987, p. 172), se ve Picón Salas en la necesidad de realizar una declaración pública, el 24 de enero, rectificando las hipótesis

presentadas por *El Siglo*. Las declaraciones sobre lo afirmado por *El Siglo*, que cayeron bien en el gobierno colombiano, fueron publicadas por varios diarios colombianos como *El Tiempo*, *La Razón* y *El Liberal*. El primero de estos, con el que Picón Salas tiene mayor relación, dedica dos notas en primera plana a los acontecimientos a los que se enfrenta el embajador venezolano: el incendio del consulado en Cúcuta y las calumnias reproducidas por *El Siglo*. En lo que respecta al debate con lo afirmado por el diario de los Gómez, se reproduce la declaración del Embajador, con el llamativo título “La Amistad Colombo-Venezolana es Inalterable, Declara el Embajador”, que consta de reafirmar las buenas relaciones entre Colombia y Venezuela en cinco frentes: en primer lugar, desde el histórico, ya que para Picón Salas las relaciones colombo-venezolanas están atadas a raíces históricas comunes por encima de cualquier “régimen o forma de ideología”; en segundo lugar, desde el diplomático, ya que en la práctica existe un mutuo entendimiento entre ambas naciones que se ve reflejado, por ejemplo, en el establecimiento comercial de la creación de la Flota Mercante Gran Colombiana; en tercer lugar, desde el periodístico pues cuestiona la información por respaldarse en el folleto “Venezuela bajo la órbita soviética” del “delictuoso personaje José Vicente Pepper”; en cuarto lugar desde el ideológico, ya que el gobierno de Rómulo Gallegos manifestó “su absoluta divergencia con el comunismo”; finalmente, desde la ética, pues como embajador, Picón Salas en nombre del gobierno de Venezuela lamenta el crédito a dicha “propaganda calumniosa y divisionista” (*El Tiempo*, 25 de enero de 1948, p. 1,12).

Pese a la declaración de Picón Salas, en una nota a la Cancillería de Venezuela el embajador informa sobre la continuación de la campaña de *El Siglo* en contra del gobierno venezolano, en el mismo tono y con los mismos argumentos. En la nota, advierte que esta situación, más allá de la poca veracidad de las afirmaciones, por la “insistencia con que son hechas y sobre todo el empeño de mezclar a ‘El País’ entre los ‘diarios adversos al Gobierno Colombiano’ es sin duda desagradable y podría provocar alguna desorientación, cuando menos en un sector de la opinión pública colombiana” (Picón, D., 1987, p. 175).

La refriega periodística de los medios, tanto de Venezuela como de Colombia, y que se da en un momento de tensión política en ambos países, hace que deban intervenir ambos embajadores, el de Colombia en Venezuela y el de Venezuela en Colombia, y ambos ministerios. Así se observa en comunicación personal de Picón Salas al Ministro Esguerra, en donde intenta tranquilizar al gobierno del presidente Ospina sentando la posición del Gobierno de Venezuela, “que tan sinceras muestras de amistad quiere dar a Colombia”, y aclarando la vinculación de ese gobierno con *El*

País, y la imposibilidad, por ley, de realizar alguna censura a los medios. El hecho de ser una carta personal y no una comunicación oficial de la embajada, muestra el buen juicio de Picón Salas para moverse dentro del espacio político, ya que la intimidad y cercanía de las palabras funcionan como buen bálsamo para no llegar a una situación como la que le preocupaba al embajador (Picón, D., 1987, p. 179-180).

Del cruce de cartas que incluye Picón Salas en su informe ante el canciller de Venezuela, resulta interesante un dato que le comunica a este sobre los resultados de su labor diplomática. Según información dada por el ministro Esguerra al embajador en una recepción social,

el Excmo. Sr. Pdte. de la República había tenido una conferencia privada con el Dr. Laureano Gómez, director de “El Siglo”, recomendándole controlase algunas informaciones que habían aparecido en dicho periódico conservador en las que se lanzaban suposiciones irritantes contra Venezuela y se había ofendido al Sr. Pdte. Betancourt, citando un párrafo del folleto calumnioso de que publicó contra nuestro país, el propagandista trujillista José Vicente Pepper. (Picón, D., 1987, p. 180)

Sin embargo, pese a los esfuerzos del embajador Mariano Picón Salas, la conflictividad socio-política en Norte de Santander escalará a un punto que comienza a tornarse complicada para las relaciones diplomáticas. Sobre el suceso del incendio del consulado venezolano en Cúcuta, el embajador envía una nota confidencial a la cancillería el 11 de marzo de 1948 en que da reporte sobre las primeras averiguaciones sobre el incendio: “considero conveniente insistir en que es una hipótesis a la que se da mucho crédito en la ciudad de Cúcuta que el incendio fue provocado por agentes de la Policía Secreta colombiana, señalándose concretamente como participante en el delito al Agente Rubén Peñalosa” (Picón, D., 1987, p. 182). Tal hipótesis, sumado al gobierno militar que debido a los conflictos comienza a gobernar en Norte de Santander, hacen que la comunicación consulado-embajada, comience a ser despachada San Antonio de Táchira-Caracas-Bogotá, evitando así, cualquier interceptación.

Esta información, sumamente delicada, no genera, como sería de expresarse, recelos contra el gobierno colombiano, sino que se entiende como el actuar de la policía en medio de un momento de “histerismo”, es decir, como “el recelo inútil de que crean algunos jefes policiales y funcionarios próximos a la frontera del Táchira” (Picón, D., 1987, p. 182-183). Sumado al incendio de enero, en mayo el consulado sufre un nuevo atentado, esta vez, se forzaron las cerraduras de puertas y

escritorios del consulado, situación que sucede en medio de la crisis política colombiana a raíz del asesinato de Jorge Eliécer Gaitán en abril. Este acontecimiento, junto con lo que respecta al actuar del embajador en medio de los disturbios del Bogotazo, obliga a un comunicado conjunto con el canciller Colombiano, Eduardo Zuleta Ángel. Más adelante, se comentará esta declaración.

Al igual que la situación del consulado de Venezuela en Cúcuta, también la mala fe de los conservadores, a través de *El Siglo*, contra el gobierno venezolano se intensifica. Así queda considerado en nota del 11 de septiembre de 1948, la cual, sirve también de abrebocas para analizar la concepción que tiene Mariano Picón Salas sobre la política colombiana en un período tan trascendental de su historia. El hecho que desató la polémica entre la opinión pública fue el nombramiento de Rafael Gómez Picón como comisario de la Guajira, al cual reaccionaron los conservadores malintencionadamente. La cuestión es informada por Picón Salas de la siguiente manera:

El nombramiento que ha hecho el Gobierno de Colombia del Sr. Rafael Gómez Picón como comisario especial en la Goajira dio pretexto al diario “El Siglo” y los señores Roberto Goenaga, Antonio Escobar Camargo y Jorge Posada para comentar en aquel periódico de extrema derecha que dicho nombramiento no era conveniente por la filiación liberal izquierdista donde, según ellos, el Gobierno venezolano podría desarrollar cierta hostilidad contra los conservadores de Colombia. El comentario de “El Siglo” servía como un motivo más para que dicho periódico lanzase palabras de suspicacia contra el actual Gobierno venezolano. La injuria arbitraria de aquel periódico y de los comentaristas Goenaga, Escobar Camargo y Posada, provocó de inmediato la generosa reacción del diario “El Tiempo” que, como podrá advertirlo la Cancillería por los recortes anexos, se ha referido a nuestro país y a la creciente cooperación colombo-venezolana en los términos más encomiásticos, en notas editoriales y artículos aparecidos durante los últimos días. Al mismo tiempo, los dos representantes al Congreso Nacional por el Departamento del Magdalena Sres. Enrique Caballero Lafaurie y Jacobo Pinedo Barros se dirigieron en un serio ceremonial al Excmo. Sr. Presidente de la República y al Ministro de Gobierno protestando por las calumniosas imputaciones de “El Siglo” y haciendo la defensa del funcionario liberal Sr. Gómez Picón como hombre probo y ecuánime. Dichos representantes por el Departamento del Magdalena me entregaron una copia del mencionado memorial, que acompaño a la presente.

Por la actitud amistosa de “El Tiempo”, me pareció oportuno darle un testimonio público de mi agradecimiento en la carta que remití al Director, Don Roberto García Peña, y que apareció publicada en la edición de hoy. Considero que mi carta dentro de su natural lenguaje diplomático constituye, también, un sereno rechazo de las imputaciones de “El Siglo”. Es de advertir que los comentarios del periódico de Laureano Gómez no han encontrado repercusión en el otro diario conservador “Eco Nacional”, que se ha mostrado discreto y amistoso.

La opinión del Dr. Eduardo Santos con quien conversé sobre la materia, es que la intriga de “El Siglo” ni siquiera puede considerarse una tesis conservadora; que es apenas la voz de un grupo sumamente enconado y que en la misma forma que aquellos periodistas cuando el conservatismo perdió el poder en 1930 trataron de encender un conflicto con el Perú, ahora que la decadencia de su agresivo caudillo Laureano Gómez y la colaboración con los liberales de otras corrientes conservadoras los aleja del gobierno, tratan de buscar una desviación exterior para su problema interno y seguramente azuzarán nuevas sospechas contra nosotros. Es de advertir, también, que simultáneamente “El Siglo” ha intensificado en los últimos días la propaganda del régimen del General Franco y a todo lo que sucede en España dedica la más desusada publicidad. En la conversación que tuve con el Sr. Santos, este ilustre hombre público me reiteró la cooperación ilimitada de “El Tiempo” para todo lo que contribuya a desvanecer las intrigas e impertinencias que “El Siglo” pueda ofrecernos en lo sucesivo. (Picón, D., 1987, pp. 189-190)

La carta a la que se refiere Mariano Picón Salas, de la cual se dio noticia en la segunda parte, firmada del 10 de septiembre de 1948 y publicada un día después en *El Tiempo*, no hace más que reafirmar la estrecha relación con el diario, además de marcar el ritmo de una vieja disputa entre el periódico liberal y el conservador. Tal como lo manifiesta en el informe, el que habla al público mediante carta al García-Peña no es el escritor, sino el diplomático —volviendo a usar su posición de intelectual y la comunicación privada como una estrategia democrática—. Pero para la fecha ya había sucedido el magnicidio de Jorge Eliécer Gaitán, evento que para el embajador suscita diversas problemáticas.

El segundo y tercer apartado de los informes diplomáticos compilados dentro de la sección “La política interna de Colombia”, titulados “Sucesos del 9 de abril” y “Situación política

colombiana”, se complementan como el análisis no solo de un diplomático que informa a su gobierno, sino de un intelectual que se encuentra en medio de una coyuntura extranjera. En estos informes se agrupa, sobre todo, lo concerniente al Bogotazo, desde lo que se podría comprender como sus antecedentes, hasta sus consecuencias. Si bien muchas de las notas diplomáticas tienen que ver con el envío de recortes de la prensa colombiana sobre lo sucedido, otras tantas brindan información relevante.

Lo ocurrido en Norte de Santander no es más que un síntoma de la coyuntura nacional de un país gobernado por un presidente conservador con mayorías liberales. En este sentido, ya desde el 30 de enero de ese convulso año de 1948 se sentía el inconformismo de los liberales. Así se lo hace saber Mariano Picón Salas a su canciller mediante el envío del memorial de agravios formulado por el Partido Liberal al presidente Ospina Pérez. Para el embajador de Venezuela, era claro que las reclamaciones no eran insignificantes, sino que era

muy posible que de la respuesta que a ese Memorial dé el Sr. Presidente de la República dependa el futuro político de la nación, toda vez que allí se fija concretamente la posición del partido liberal que determinará a su vez, lógicamente, una fijación de posiciones del gobierno y del partido conservador. (Picón, D., 1987, p. 189-190)

Tras el asesinato de Gaitán, las tensiones llegan a su clímax, desembocando en luchas callejeras que recuerdan las barricadas parisinas. A un mes del magnicidio, el 11 de mayo, Picón Salas informa en nota confidencia que “a pesar del estado de sitio impuesto en el país, después del asesinato del Dr. Jorge Eliécer Gaitán, no se puede decir que Colombia esté todavía pacificada”. En la nota se deja ver la situación, al punto que en inmediaciones de la embajada ocurrió un tiroteo que obligó reforzar la seguridad en la infraestructura, teniendo en cuenta suposiciones como que “algunos diplomáticos juzgan que estaría dentro del juego de oscuras fuerzas terroristas crear al Gobierno conflictos con misiones extranjeras” (Picón, D., 1987, p. 194-195). Al caos general que se produjo con el asesinato de Gaitán se suma el desbarajuste de las fuerzas armadas. Al respecto, es interesante lo que le expone Picón Salas al Canciller de Venezuela:

Con mucha insistencia se rumora la gran intranquilidad que reina entre la oficialidad subalterna y la tropa. Aún se afirma por algunos observadores políticos y con carácter confidencial, que se está gestando una revolución militar que fijaría como reivindicación inmediata el mejoramiento de las condiciones de vida de la suboficialidad, el rechazo de

algunos viejos generales de filiación conservadora y el sentimiento espontáneo de vindicta pública por el asesinato del Dr. Gaitán y por el respeto de las mayorías liberales que no tienen suficiente participación en el Gobierno. La prensa liberal —a pesar de la censura— comenta con acritud la situación anómala de algunos departamentos como el rico Departamento de Antioquia donde una minoría conservadora, apoyada por militares de dicho partido político, ha impuesto un régimen de extrema severidad. En este y otros departamentos se han hecho numerosas detenciones políticas y hasta se informa que muchos de los detenidos han sido torturados (Picón, D., 1987, p. 194-195).

Un mes después envía nuevamente Picón Salas una nota confidencial a la cancillería como seguimiento al problema político en Colombia. En esta nota, del 7 de junio, se ahonda en los puntos señalados anteriormente. Las primeras líneas del informe son ya lo bastante dicentes de la situación: “Nuevos síntomas de violencia y perturbación pública que si no encuentran un cauce legal pudieran conducir a una guerra civil, se advierten en la vida colombiana de estos días” (Picón, D., 1987, p. 196).

La actuación de los conservadores durante ese año es sabida, al punto que después del asesinato de Gaitán comienza una nueva ola de violencia conservadora. Los síntomas de una “subversión conservadora”, que tiene como primer elemento el boicot de las sesiones legislativas en que se discutan las posibles causas y cómplices del asesinato de Gaitán, los enumera Picón Salas en cuatro ítems: en primer lugar, el contrabando, desde Ecuador y Venezuela, de armas para el partido conservador relacionado con los planes “antioqueños” del conservadurismo de esa región; la implícita complicidad de algunos sectores del ejército con sectores conservadores; en tercer lugar, el contubernio del laureanismo y figuras del conservatismo como Gilberto Álzate Avendaño con parte del clero y el catolicismo en general, patrocinado por monseñor Miguel Ángel Builes, obispo de Santa Rosa de Osos (Antioquia); en cuarto lugar, los álgidos conflictos que se suceden en regiones como Bolívar, especialmente en Cartagena. Valga citar el informe *in extenso* como análisis de Mariano Picón Salas de la situación en el país:

Aunque el partido conservador ha quedado desacreditado ante la opinión pública a consecuencia de los trágicos sucesos del mes de abril, las fuerzas conservadoras han tratado de rehacerse no sólo por una campaña de calumnias y difamación contra sus opositores que ha invadido los púlpitos de las iglesias y ha originado documentos tan caracterizadamente

agresivos y reaccionarios como la famosa pastoral del Obispo de Santa Rosa de que se ha ocupado en los últimos días toda la prensa, sino también no ocultan su propósito de llegar, si fuera preciso, al golpe de Estado y la conspiración militar. Tal vez el problema político más serio que impulsa el país, es el del Departamento de Antioquia. Dirigidos por el Gobernador Arango Ferrer los conservadores controlan completamente, por el momento, la más rica provincia de Colombia, centro de industrias y de alto poder financiero. Lo que ya empieza a llamarse en el país la “conspiración antioqueña” no oculta su propósito en la lucha con los liberales de llegar hasta un movimiento separatista, si las fuerzas del liberalismo tratasen de volver a rescatar aquella importante región. Han llegado a hablar los conservadores de una “República antioqueña” que, en caso de guerra o perturbación nacional, podría englobar bajo el centro económico de Medellín gran parte del occidente colombiano, es decir, más de la mitad del país desde el punto de vista demográfico, agrícola e industrial. Sé de muy buenas fuentes que para el 9 del presente han sido convocados a Bogotá en reunión estrictamente secreta algunas de las personalidades más destacadas del conservatismo de la región occidental.

Como el liberalismo está dispuesto a que el 20 de julio se reúna de nuevo el Congreso, los conservadores tratan por todos los medios de sabotear las próximas sesiones de las Cámaras, ya que de ellas podría surgir una grave acusación contra el Pdte. Ospina Pérez y un esclarecimiento de hechos que, según el criterio y la documentación reunida por el liberalismo, explicaría las causas del asesinato del Dr. Jorge Eliécer Gaitán. Se cree que la reunión de las Cámaras arrastraría como hecho consecuencial, una crisis total del gobierno. En una palabra, la situación política de Colombia tiene, por el momento, gran semejanza con la que reinaba en España antes de julio de 1956. (Picón, D., 1987, p. 196-197)

Aunque en Mariano Picón Salas tenemos un testigo excepcional de las convulsiones políticas de Colombia en 1948, no le tocó al embajador ser únicamente espectador, sino que dentro de su función como diplomático intervino de manera trascendental, en su potestad como embajador, concediendo asilo político a perseguidos políticos en medio del conflicto que antes se ha descrito. El primer informe del embajador a su cancillería sobre los asilados en la Embajada de Venezuela en Colombia es del 23 de abril de 1948. En ella, informa que, tras las solicitudes de asilo, decidió conceder este derecho a “personalidades del periodismo y la política liberal de

izquierda en Colombia, como los señores Senador Joaquín Tiberio Galvis, Hernando Vega Escobar y Guillermo Forero Benavides” (Picón, D., 1987, p. 222). Además de los mencionados, se refugiaron en la embajada venezolana algunos hombres de negocios por temor a ser víctimas de los hechos.

Siguiendo el trámite diplomático de información al Ministerio de Relaciones Exteriores de Colombia, en el momento bajo la dirección de Eduardo Zuleta Ángel, hace la solicitud de salvoconductos para la salida del país de los asilados. Dado el estado de sitio declarado en el país, la respuesta a esta solicitud fue acogida por el Ministerio de Guerra, bajo la dirección de German Ocampo, quien para el 6 de mayo niega la solicitud de salvoconductos bajo el argumento de que los señalados se encuentran dentro de las investigaciones de lo ocurrido el 9 de abril. Consciente de que las normas y procedimientos del derecho internacional son diferentes de aquellos que rigen el derecho penal, insta el embajador Picón Salas a la Cancillería de Colombia a cumplir con la tradición y derecho internacional sobre el asilo. En la nota enviada al Ministerio de Relaciones Exteriores de Colombia el 7 de mayo de 1948, que se relaciona en la nota confidencial No. 487 del mismo día enviada al canciller de Venezuela, da a entender Picón Salas que “sería un desaire para Venezuela, y no enteramente ajustado a las normas del derecho de asilo, prolongar indefinidamente la permanencia de aquellos ciudadanos colombianos en esta embajada sin dotarles del correspondiente salvoconducto” (Picón, D., 1987, p. 224). En la misma nota, le expone Picón Salas a su canciller la forma en que se lleva a cabo el gobierno en medio del estado de sitio:

Ocurre actualmente que el estado de sitio y la intervención que han tenido las autoridades militares en la pacificación del país les hace controlar gran parte de la administración civil, y de allí la poca decisión y casi diría temor de la Cancillería de Colombia, de resolver con la prontitud debida el asunto en cuestión. Me parece, por ello, que es de dignidad nacional apremiar al Ministerio de Relaciones Exteriores de Colombia que cumpla con mayor diligencia y prontitud lo que es corriente en estos casos. Quizás en la demora que el Ministerio de Guerra haya dado a la solución del problema actúe con cierto recelo y duda respecto a las buenas intenciones de Venezuela, y por tanto, con suma discreción. Mi nota a la Cancillería trata de que se defina y despeje cualquier suspicacia que reine en las relaciones con nuestro país. (Picón, D., 1987, p. 224)

Tras la insistencia de Picón Salas, el 12 de mayo la embajada recibe una contestación del ministro Zuleta Ángel, en la que se excusa por el retraso de los salvoconductos argumentando que “si no ha sido posible llegar a ese concepto por parte de las autoridades respectivas, se debe sencillamente a las complejas, dramáticas y anormales circunstancias que han atravesado, desde el 9 de abril, las oficinas de Gobierno” (Picón, D., 1987, p. 226). Junto con estas, pide la cancillería colombiana entendimiento debido a hechos como el colapso del sistema de investigaciones y la quema y traslado de las oficinas del ministerio.

Las actuaciones del embajador Picón Salas fueron reconocidas por el ministro de relaciones exteriores de Venezuela, Andrés Eloy Blanco. Este insta al embajador a continuar con la misma actitud, escudándose en las normas del derecho internacional, como el reconocimiento de los delitos políticos, la obligatoriedad de la expedición de salvoconductos cuando se ha determinado la concesión del derecho al asilo, el artículo 4 del Convenio Bolivariano sobre extradición y el artículo 33 de la Constitución Nacional de Venezuela. Además de estas justificaciones jurídicas comunicadas por Blanco, Picón Salas recurre también al artículo 2 de la convención de Montevideo para exigir el trámite de salvoconductos para la salida de los asilados. Sin embargo, y aunque el embajador informa a su canciller que su par colombiano, Zuleta Ángel, está en disposición de llevar a cabo el trámite, las insinuaciones de Picón Salas sobre los posibles motivos de los retrasos no hacen más que sorprender y dar una idea sobre la política y el manejo del gobierno durante la presidencia de Ospina Pérez.

Se han ejercido numerosas presiones de miembros caracterizados del partido conservador ante el Dr. Zuleta Ángel para que demore la concesión de salvoconductos, ya que la imputación por delitos comunes a dichos refugiados favorecerá los intereses de la derecha colombiana. De muy autorizada fuente sé que ha influido en el retardo de este asunto la intervención personal con el Presidente y el Canciller, de la señora Ospina Pérez. Dicha dama quien por el carácter y decisión que demostró durante los sucesos de abril se ha convertido en personalidad política a la que confluyen numerosas intrigas conservadoras, profesa especial odio al Senador Joaquín Tiberio Galvis quien escribió hace meses varios artículos que ella consideró profundamente ofensivos contra el Presidente y desea aprovechar esta oportunidad para que se haga un escarmiento a favor de su partido. Aunque las mismas fuentes me informan que el Dr. Zuleta ha respondido a dicha presión de Palacio diciendo que de acuerdo con las Convenciones Internacionales no puede retardarse la

entrega de los salvoconductos, ha accedido, sin embargo, a una táctica de aplazamiento, tratando de desviar por los cauces de una discusión jurídica lo que ya debía estar resuelto. Una natural malicia que comprenderá bien esa Cancillería ha hecho que el suscrito en su última nota al Dr. Zuleta eluda todo lo que pueda convertirse en debate teórico o académico sobre el asunto, y reclame del modo más claro y firme que se cumpla sencillamente el Art. 2 de la Convención de Montevideo.

Me doy cuenta de que mi nota remitida en la mañana del sábado ha producido ya un efecto compulsorio, porque hoy lunes me llamó el Secretario General del Ministerio para manifestarme el deseo del Dr. Zuleta de mantener conmigo una nueva conversación explicativa y amistosa en el día de mañana. Creo, por tales antecedentes, que el Gobierno colombiano a menos que quiera irrogar un desaire a Venezuela, tendrá que dar una decisión inmediata sobre los salvoconductos. Coincido con la Cancillería venezolana en el sentimiento de que debemos mantener una posición inflexible en dicho asunto. (Picón, D., 1987, p. 229-230)

En esta reunión, tal como lo manifiesta Mariano Picón Salas, el canciller colombiano dilató aún más el proceso, confirmando la información que antes había remitido al canciller venezolano, argumentando que “el Gobierno de Colombia había encontrado la objeción de que Venezuela no ratificó la Convención de Montevideo sobre la materia” (Picón, D., 1987, p. 231). Tal argumento carece de bases, pues como se lo hace saber el embajador venezolano al canciller colombiano, ya en la Constitución de los Estados Unidos de Venezuela de 1947 había quedado establecido el asilo en el artículo 33: “La Nación reconoce el asilo por motivos políticos, con las solas limitaciones que establezcan las leyes, los principios del Derecho Internacional y los tratados públicos” (Constitución de los Estados Unidos de Venezuela, 1947, Artículo 33). De esta manera, los motivos de las dilaciones no eran jurídicos o formales, sino políticos:

Se le deslizó al Dr. Zuleta Ángel, cuando le recordé su promesa de haber resuelto hace ya la semana pasada el asunto de los salvoconductos, el argumento de que él ya los habría extendido si no tuviera el Presidente el temor de que las implicancias e interpretaciones políticas que se dieran a la cuestión, tanto más que el Presidente consideraba como “delitos comunes” los que se imputaban a los señores Galvis y Vega Escobar. (Picón, D., 1987, p. 231)

Finalmente, el apersonamiento de la situación por parte de Picón Salas, junto con sus grandes dotes de diplomático, los cuales son más que evidentes en cada una de las notas citadas, hacen que el asunto se resuelva a favor de los asilados en la embajada de Venezuela en Bogotá, a quienes se les conceden los correspondientes salvoconductos mediante nota diplomática No. GM-34-A del 10 de junio de 1948. Sin embargo, el trámite a favor de Galvis, Vega Escobar y Forero Benavides, trasciende el favorecimiento de la salida de estos del país, y es que este caso sienta un precedente dentro de las relaciones diplomáticas entre Colombia y Venezuela, pues al remitir la comunicación sobre la aprobación de salvoconductos, el ministro Zuleta Ángel deja en claro el acuerdo entre los dos países:

Entiende mi Gobierno que tal manifestación de V. E. debe tomarla esta Cancillería en sentido de que el Gobierno de Venezuela, para lo relacionado con los casos de asilo que puedan presentarse tanto en la Embajada de Colombia en Caracas como en la Embajada de Venezuela en Bogotá, aceptan en adelante las reglas consignadas en la citada Convención de Montevideo, de tal manera que queda estipulado que las normas de la Convención sobre el Asilo Político de Montevideo regirán sobre la materia en forma recíproca para Colombia y Venezuela. (Picón, D., 1987, p. 231)

Al acuerdo diplomático explícito en la comunicación de la Cancillería de Colombia, Mariano Picón Salas no duda en responder afirmativamente. Este acuerdo, como se insinuó más arriba, será fundamental en ese año aciago no solo para Colombia sino también para Venezuela, ya que, tras el golpe de Estado a Rómulo Gallegos, el otro Rómulo (Betancourt) solicita en diciembre asilo a la embajada de Colombia en Caracas; igual haría Plinio Mendoza Neira en la embajada de Venezuela en Bogotá. Tras la concesión del derecho al asilo en el marco de lo pactado en junio, Betancourt obtiene el salvoconducto y sale del país en compañía del entonces embajador de Colombia Manuel Barrera Parra.

Para hilar los puntos hasta aquí esbozados, valga decir que el gobierno de Venezuela, dentro de la cruzada conservadora, no estuvo exento de acusaciones de todo tipo. Pero Venezuela mantuvo una actitud imparcial tras el asesinato de Gaitán, como se lo hace saber el canciller colombiano Eduardo Zuleta Ángel al embajador venezolano, aunque se le haya insinuado al presidente Ospina Pérez que es colaborador de la oposición, además, que ha declarado con acritud contra el gobierno por lo sucedido el 9 de abril. Ya curtido en el contexto de la opinión pública colombiana, en especial

del manejo en prensa de los conservadores, el embajador publica junto con el canciller de Colombia una declaración conjunta que tiene como finalidad despejar las dudas sobre la postura y el papel del gobierno venezolano en la política interna de Colombia, además de reprobar de manera pública lo sucedido con el consulado de Venezuela en Cúcuta. La declaración, aparecida el 2 de junio de 1948 en *El Espectador*, plantea una posición sobre los tres puntos más dramáticos de la gestión de Mariano Picón Salas frente a la embajada de Venezuela en Bogotá:

Declaración Conjunta

del Canciller de Colombia y el Embajador de Venezuela en Bogotá

En pro del tradicional entendimiento y cordial cooperación entre los países hermanos de Colombia y Venezuela, el Ministro de Relaciones Exteriores de la República de Colombia y el Embajador de los Estados Unidos de Venezuela en Bogotá, consideran oportuno hacer la declaración siguiente:

1) Mientras que el Gobierno de Colombia estaba haciendo una investigación minuciosa sobre la violación ejercida en el mes de enero contra las oficinas del Consulado de Venezuela en Cúcuta, se volvieron a forzar el día 26 de mayo, entre 12 y 1 de la tarde, los archivos y escritorios de dicha oficina consular, en forma profundamente punible. Es la intención del Gobierno de Colombia agotar la investigación de tales delitos extrañamente coincidentes. Al efecto, ya se han impartido las órdenes del caso, para que en la forma más activa se investiguen tales hechos punibles y se sancione del modo más severo a los responsables.

2) Con respecto a la invocación del derecho de asilo solicitado por la Embajada de Venezuela en Colombia, para algunos ciudadanos colombianos, que se refugiaron en dicha Embajada, a consecuencia de los hechos producidos el 9 de abril y días siguientes, enfáticamente declaran el Ministro de Relaciones Exteriores y el Embajador de Venezuela en Bogotá que el cambio de notas y los trámites cumplidos sobre dicho asunto se han ajustado enteramente a la cortesía y a las prácticas diplomáticas y a lo dispuesto en los convenios internacionales. Así pues, no hay motivo para que se dé a tal episodio otra interpretación que la que cabe en las normas usuales de la buena amistad entre ambos países.

3) Las francas y sinceras relaciones existentes entre los Gobiernos de Colombia y Venezuela, no condicionadas a ningún factor político, superiores a los intereses e ideología de cualquier partido, fueron definidas de manera categórica en numerosos documentos recientes, y muy señaladamente en los discursos pronunciados en Caracas en el mes de marzo por los entonces Cancilleres de Venezuela y Colombia con motivo del mutuo obsequio de casas para sus respectivas misiones diplomáticas que se hicieron ambos Gobiernos. A todo recelo y fricción fronteriza que pudo ocurrir en el pasado, y a las discusiones ideológicas que en cada país puedan encenderse sobre los asuntos domésticos, los respectivos Gobiernos oponen su espíritu de decidida cooperación en el plano internacional, su mutuo respeto y neutralidad por las corrientes políticas que puedan prevalecer en la vida interna de cada nación y el alto legado histórico que significa la participación fraternal de los dos pueblos en las luchas para la Independencia de América. (Picón, D., 1987, p. 185-186)

El asunto mencionado en la declaración sobre el intercambio de propiedades para el desarrollo de las misiones diplomáticas de Colombia en Caracas y de Venezuela en Bogotá, puede ser considerado uno de los puntos más altos de las buenas y estrechas relaciones que se consolidaron entre Venezuela y Colombia durante el período diplomático de Mariano Picón Salas en Colombia. Los discursos y cartas cruzadas, recuperados del archivo personal de Mariano Picón Salas por su hija y publicadas en el volumen sobre su trabajo como diplomático, y que se cita *in extenso* antes de iniciar esta tercera parte, demuestran las sinceras muestras de mutuo aprecio y colaboración, además de un sentimiento de grancolombianismo, entre las naciones hermanas. El asunto de consolidar una embajada, tanto en sus procesos como en su residencia y correcto mobiliario, puede significar un *continuum* o tópico para el estudio de la diplomacia en América Latina, ya que, como se expone en lo publicado en *Misión Diplomática* (2001) de Alfonso Reyes, esto constituyó también una preocupación del intelectual/diplomático mexicano.

Valga decir aquí que, tal como lo expresa el profesor Gregory Zambrano (2008), Mariano Picón Salas, al igual que Alfonso Reyes, supo usar la casa de la embajada como un punto de encuentro cultural-intelectual: “Su casa, situada en el barrio residencial de Chapinero, era visitada frecuentemente por escritores de la más amplia gama de tendencias ideológicas, no sólo colombianos sino de otros países de Hispanoamérica” (p. 93).

Otro asunto que vale la pena destacar, aunque sea poca la información que brindan los informes recogidos en el volumen *Mariano Picón-Salas, Embajador de Venezuela*, es su participación en la IX Conferencia Internacional Americana, llevada a cabo en Bogotá en 1948. Según lo indicado en las notas diplomáticas compiladas, la imagen de Venezuela se vio comprometida por la difamación que hicieron varios medios sobre declaraciones de Rómulo Betancourt y la embajada, además de estar la cuestión, no del todo sabida, de la proposición que hizo el gobierno venezolano de aplazar la fecha de inauguración de la Conferencia. Un filón más que vale la pena mencionar, es que los sucesos del 9 de abril opacaron la significación y resultado de la conferencia, la cual vale estudiar a fondo, y el papel que cumplió Laureano Gómez a cargo de su organización.

Vale la pena concluir que a pesar de todos los intrínquilis de las dinámicas sociopolíticas, tanto colombianas como venezolanas, de 1948, y a pesar de las dificultades, siempre encubiertas, que se pueden evidenciar en las cartas dirigidas por Mariano Picón Salas al Secretario General de la Presidencia de Venezuela Gonzalo Barrios, de llevar a cabo la misión diplomática, el embajador de Venezuela en Colombia demostró una gran experiencia y sabiduría en el trato y tratamiento de las cuestiones diplomáticas, además de una visión estratégica de salvaguardar la imagen de su país, potenciando por el contrario una opinión positiva sobre lo venezolano. Además, durante este año, las relaciones colombo-venezolanas experimentaron una “luna de miel diplomática”, al decir de Mariano Picón Salas (Picón, D., 1987, p. 278). Punto alto de esta consideración es reivindicar los análisis y fuentes que su labor pone a disposición de la reconstrucción de la historia colombiana y venezolana durante ese año.

La representación de Venezuela en Colombia. Archivos del Ministerio de Relaciones Exteriores de Colombia

Como parte del análisis de la misión diplomática de Mariano Picón Salas en Colombia es indispensable complementar los archivos diplomáticos de la Embajada de Venezuela en relación con su cancillería, con los archivos diplomáticos de la Embajada de Venezuela en Colombia con la Cancillería de Colombia. Estos archivos, como se advirtió, se encuentran en el Archivo General de la Nación de Colombia, en la sección Archivos Oficiales, Ministerio de Relaciones Exteriores.

Del período diplomático de Mariano Picón Salas en Colombia, se analizaron los folios del 13 al 111 de la transferencia 8, caja 825, carpeta 191, correspondiente a los años 1947-1948, y los folios del 1 al 37 de la transferencia 8, caja 825, carpeta 192, correspondiente a 1949; es decir, las comunicaciones correspondientes al período 9 de septiembre de 1947- 28 de febrero de 1949. Es de suma importancia advertir que del consecutivo de estos informes no hace falta ningún folio según la catalogación del Archivo General de la Nación, sin embargo, en los archivos no se encuentran comunicaciones entre la Embajada de Venezuela y el Ministerio de Relaciones Exteriores durante el período que va desde el 10 de diciembre de 1947 al 14 de abril de 1948. Dado que es muy poco probable que no existiera comunicación durante estos meses, las especulaciones sobre el por qué el Ministerio de RR. EE. no transfirió estos documentos al Archivo General pueden ser múltiples, sobre todo, teniendo en cuenta la organización de la IX Conferencia Internacional Americana, el asesinato de Gaitán y el nombramiento de Laureano Gómez como ministro de relaciones exteriores en 1948, hasta la muerte de Gaitán.

La primera consideración que podría hacerse sobre estos archivos es que si los papeles diplomáticos compilados por Delia Picón en *Mariano Picón-Salas, Embajador de Venezuela* muestran la concepción de Mariano Picón Salas sobre Colombia y el desempeño como representante de su país, en las comunicaciones remitidas al Ministerio de Relaciones Exteriores de Colombia se evidencia lo que podría denominarse la diplomacia menuda, del día a día. Así, por ejemplo, la primera comunicación que aparece firmada por Mariano Picón Salas, del día 6 de noviembre de 1947, trata sobre la tramitación de los reconocimientos respectivos al personal diplomático de Venezuela en Colombia, en específico, de cónsul de Venezuela en Bogotá y Pamplona, o el primer secretario y los agregados militar y comercial de la embajada. Trámites de parecida índole, son, primero, adelantar un proyecto de tratamiento de circulación fronteriza a partir de cédulas especiales para venezolanos y colombianos; segundo, la solicitud al Ministerio de Relaciones Exteriores de Colombia de placas diplomáticas para automóviles y para adquirir distintos bienes en establecimientos comerciales y gasolineras colombianas con la correspondiente exoneración de derechos y exención de impuestos; tercero, la solicitud de importación de bienes muebles para amoblar la embajada; cuarto el reconocimiento del nuevo canciller de Colombia, Eduardo Zuleta Ángel; quinto, la comunicación de las ausencias del embajador y el personal que queda a cargo, así como la solicitud de salvoconducto para el tránsito nocturno durante el toque de queda de 1948; sexto, la solicitud de información sobre venezolanos en Colombia que han sido

imputados o están siendo investigados en Venezuela; séptimo, la voluntad de acuerdo del gobierno venezolano de construir en conjunto con el gobierno colombiano vías de comunicación entre los dos países.

Otro de los asuntos que debe llevar a cabo el embajador de Venezuela en Colombia es adelantar diferentes trámites en materia económica, como la autorización de compra y transporte de ganado de Montería, o la licencia para importar a Venezuela suero contra el cólera porcino desde Colombia. También, facilitar los trámites de pagos para empresas venezolanas como la de aviación Línea Aérea Taca.

Dentro de las comunicaciones, destaca las solicitudes hechas para permitir el tránsito aéreo y marítimo, así como el arribo y aterrizaje de barcos y aeronaves venezolanas en Colombia. Dentro de estas comunicaciones, se encuentra, por ejemplo, una solicitud para el Jefe del Estado Mayor, Marcos Pérez Jiménez, quien se convertirá en el último dictador militar de Venezuela. Otro hecho interesante es que, durante los sucesos del 9 de abril, una comitiva venezolana que se encontraba en Bogotá para la conferencia Internacional americana, al intentar salir del aeródromo de Madrid, fue detenida por las autoridades militares con actitud agresiva y amenazante. El jefe de la misión, Coronel Jorge Marcano, junto con los pasajeros que debía transportar, fueron dirigidos al Ministerio de Guerra, creando una tensión diplomática en medio de esos días convulsos de abril en que asesinan a Gaitán y en que se reprochan las palabras de Rómulo Betancourt en la conferencia.

Las acusaciones contra Betancourt, por parte de la prensa conservadora, *El Colombiano* y *El Siglo*, fueron más allá, por lo que el embajador de Venezuela en Colombia se ve obligado a inquirir al canciller colombiano sobre las acusaciones:

Bogotá, julio 2 de 1948

Señor Ministro:

Posiblemente Vuestra Excelencia está en conocimiento de las calumniosas publicaciones aparecidas en “El Colombiano” de Medellín, de fecha de ayer, y en “El Siglo”, en su edición de hoy cuyos recortes adjunto, en las cuales se le atribuye al señor Rómulo Betancourt, Expresidente de la Junta Revolucionaria de Gobierno de Venezuela, delitos contra la seguridad y la paz de Colombia, pretendiéndose exhibirlo como uno de los principales promotores de los trágicos y lamentables sucesos ocurridos el 9 de abril,

mientras desempeñaba la Presidencia de la Delegación Venezolana a la IX Conferencia Internacional Americana, celebrada en Bogotá.

Aun cuando se trata de una maquinación que pretende crear una atmosfera de recelo en las muy cordiales relaciones que existen entre nuestros gobiernos, agradecería vivamente a Vuestra Excelencia, que si lo tiene a bien, inquiera de las respectivas autoridades el origen de los cargos que se han formulado sobre la conducta pública del Jefe de la Delegación Venezolana a la IX Conferencia Interamericana, durante su permanencia en Bogotá. Un esclarecimiento de tales imputaciones contribuiría a hacer más diáfana —si cabe— la buena amistad entre nuestros dos países.

Me valgo de esta oportunidad para reiterar a Vuestra Excelencia los sentimientos de mi más alta y distinguida consideración.

Fdo. Mariano Picón Salas

Al Excelentísimo Señor Doctor

Eduardo Zuleta Ángel,

Ministro de Relaciones Exteriores,

Bogotá. (Picón Salas, 2 de julio de 1948).

Durante esos mismos días, en el marco de los dilemas diplomáticos se da un malentendido por la presencia de Gregorio A. Obregón en la embajada, buscando, junto a su familia, salvaguarda de los motines. Aclarar la situación de la presencia del empresario ante el Ministro Zuleta, sirve a Picón Salas para presionar el otorgamiento de los salvoconductos de los asilados.

Dentro del lobby que a veces se descarga sobre los diplomáticos, en el caso de Mariano Picón Salas se encuentra un trámite que es sumamente diciente de la función de los embajadores. Con miras a obtener un puesto directivo dentro del Fondo Monetario Internacional, Venezuela emprende una campaña para buscar apoyos. De manera modesta, pero sin ambages, primero interroga mediante un memorándum el apoyo que puede dar Colombia a Venezuela en esta candidatura, y después recuerda la oferta de votar a favor de Venezuela. Finalmente, en una comunicación de 4 de octubre de 1948, agradece el embajador venezolano, la cooperación de Colombia de votar a favor de Venezuela.

En esta misma línea, se puede juzgar el trámite, mediante la embajada de Venezuela, para que, con intermediación del Ministerio de Relaciones exteriores, Alberto Carnevali se reúna con el

presidente Ospina Pérez con el fin de entregarle al presidente una carta de su homólogo venezolano Rómulo Gallegos.

Pasando al campo intelectual, también Mariano Picón Salas fungió como puente intelectual para una de las empresas editoriales más importantes de la primera mitad del siglo pasado: la edición de las Obras Completas de Andrés Bello. Como parte de la identidad venezolana, el gobierno de Rómulo Gallegos, mediante decreto del 25 de febrero de 1948, crea la Comisión Editora de la Obras Completas de Andrés Bello, con el fin de publicar una nueva edición del ilustre humanista caraqueño. Aunque existía un antecedente de tal empresa, la edición chilena de 1881 en quince volúmenes, el avance en la investigación de su obra, sumado a nuevas perspectivas no exploradas, hacían necesario una nueva edición. Es bajo este ideal que Mariano Picón Salas, quién participó en el proyecto con un prólogo titulado “Bello y la Historia” para el tomo de *Temas de historia y geografía* (Caracas: Ministerio de Educación, 1957), solicita al canciller Zuleta Ángel autorizar una reproducción fotostática de los documentos que reposen en el archivo del Ministerio de Relaciones exteriores redactados por Bello como Secretario de la Legación de Colombia en Londres.

Por otra parte, dentro del archivo consultado existe un documento suelto, sin ninguna referencia, que es bastante desconcertador y que evidencia la postura del Partido Conservador frente al gobierno de Venezuela. Se trata de una carta del senador conservador Antonio Escobar Camargo al presidente Ospina Pérez, en que, tras señalar al gobierno venezolano de enemigo del gobierno colombiano, imputa acciones militares en contra de Colombia como la construcción de un cuartel cerca de la frontera por la Península de la Guajira. Además, advierte al presidente sobre un supuesto contrabando de armas procedentes de Venezuela en apoyo revolucionarios contra el gobierno de Colombia.

Pero como se ha visto, el mal ambiente internacional entre Colombia y Venezuela era más una cuestión de estrategia política de un sector del Partido Conservador bajo el liderazgo de Laureano Gómez, ya que durante los primeros días de noviembre de 1948, semanas antes de que se produjera el golpe de Estado en Venezuela, distintas personalidades de diversos sectores políticos del país ofrecieron un banquete en homenaje a Mariano Picón Salas. Así se anuncia el evento el día 12 de noviembre de 1948 en una pequeña nota en el periódico *El Tiempo*:

El Homenaje a M. Picón Salas

Esta noche en el Jockey Club se servirá el banquete en honor del Embajador de Venezuela, don Mariano Picón Salas, que ha sido organizado por los antiguos embajadores de Colombia en Venezuela, doctores Fabio Lozano, Antonio María Pradilla, Francisco J. Chaux y Plinio Mendoza Neira y por un grupo de periodistas y parlamentario de los dos partidos políticos. Será invitado especialmente el Canciller de la República doctor Eduardo Zuleta Ángel. El banquete será ofrecido por el Presidente del Congreso Nacional, doctor Romero Aguirre. La inscripción está abierta únicamente hasta las tres de la tarde de hoy en las oficinas de administración del Jockey. (p. 1)

Lo acontecido durante este evento mereció un titular, con foto incluida, en la primera plana de *El Tiempo* del 13 de noviembre de 1948. Allí, aparecían bajo el encabezado “En el Homenaje al Doctor Mariano Picón Salas” en una fotografía bastante generosa el intelectual venezolano rodeado de Plinio Mendoza Neira, Fabio Lozano y Lozano y Antonio María Pradilla. Sobre el evento, la nota completa, que se titula “Cordial Homenaje al Embajador de Venezuela”, y que trae otra fotografía, esta vez incluidos Pablo de la Cruz, Carlos Lleras Restrepo, Julio Barrenechea y Luis Buenahora, informa de la siguiente manera el motivo de la reunión:

Tal como estaba anunciado, en la noche de ayer tuvo lugar en el Jockey Club de Bogotá, el banquete que un distinguidísimo grupo de amigos personales del doctor Mariano Picón-Salas, Embajador de Venezuela, ante el gobierno de Colombia, le ofreció con motivo de su reciente regreso de Caracas y la confirmación de su nombramiento para continuar desempeñando en Bogotá el alto cargo diplomático. (p. 18)

La lista de invitados, que ocupa gran parte de la nota, expone las siguientes personalidades: Gilberto Urdaneta Núñez, Coronel Miguel Aguerrevere, Eduardo Gutiérrez Prado, Francisco Poleo, Germán Pérez, Pablo González Méndez, Enrique Arroyo Delgado, Gilberto Álzate Avendaño, Alonso Quintero, Alberto Arango Tavera, Jorge Ricardo Bejarano, Aarón Benchetir, Luis Buenahora, Julio Barrenechea (Embajador de Chile), Luis Cano, Luis Augusto Cuervo, Enrique Caballero Escovar, Abel Cruz Santos, Alberto Camacho Angarita, Arturo Camacho Ramírez, José Vicente Combariza, Gabriel Cuervo Araoz, José Antonio Cárdenas, Francisco Camacho, Arturo Castilla Saiz, Uvaldo Canini, José Manuel Caro, Alfonso Cuadros Mier, Ramón Del Río (Embajador de Argentina), Pablo De La Cruz, Álvaro Díaz, Luis De Zuleta, Darío Echandía, Luis Guillermo Echeverri, Jorge Esguerra López, Álvaro Esguerra, Augusto Espinosa

Valderrama, Abdón Espinosa Valderrama, Antonio Euyini Gómez, Andrés Augusto Fernández, Jorge Fernádes (Secretario de la Embajada de Ecuador), Roberto García-Peña, Álvaro García Herrera, Antonio Gómez, Miguel Gutiérrez, Arturo García Salazar, Jorge Galvis Núñez, José Enrique Gamas, Gustavo Hernández Rodríguez, Andrés Holguín, Álvaro Herrera Medina, Cornelio Hispano, José Jaramillo Giraldo, Fabio Lozano y Lozano, Alfonso López Michelsen, Indalecio Liévano Aguirre, Carlos Lleras Restrepo, José Del Carmen Mesa Machuca, Plinio Mendoza Neira, Otto Morales Benítez, Félix Mendoza, Guillermo Muñoz Rivas, Arnoldo Michelsen, Antonio María Pradilla, Jorge Páramo Arias, Jorge Pradilla, Moisés Prieto, Jaime Posada, Oliverio Perry, Antonio Rocha, Alfonso Romero Aguirre, Jorge Rojas, J. M. Rojas Rueda, Salvador Rozental, Evaristo Sourdis, Manuel Blanco Serrano, Luis Humberto Salamanca, Jorge Soto Del Corral, David Salgado Gómez, Dino Secco Cuardo (Ministro de Italia), Hernando Téllez, Alejandro Vallejo, Héctor José Varga, Santiago Valderrama, Carlos J. Vanegas y Eduardo Zalamea.

Además de estos invitados, el periódico informa sobre algunas adhesiones de otras personalidades que no pudieron asistir:

Antes de los discursos, don Antonio Oviedo, del comité organizador del banquete leyó varios mensajes de adhesión, entre otros, del canciller Zuleta, fechado en Cartagena, del maestro Sanín Cano, de los ministros de justicia, doctor Arango, de agricultura, doctor Castro, y de comunicaciones, doctor Dávila, del doctor Alberto Pumarejo, exembajador en Venezuela.

Don Eduardo Zalamea Borda leyó una carta de adhesión de don Luis Cano, en la cual hace cordial elogio del embajador Picón Salas y de Venezuela (13 de noviembre de 1948, p. 18)

Un dato interesante, que vale la pena mencionar, es que el nombre de Sanín Cano no era ajeno a Mariano Picón Salas. En ese mismo año de 1948, con motivo del homenaje que le rinde *El Tiempo* a Baldomero Sanín Cano por su efeméride número ochenta y siete, publica un artículo, en la edición del 27 de junio de *Lecturas Dominicales*, titulado “Don Baldomero”. Este artículo, con un ligero cambio, corresponde al que publicaría el autor en 1952 en *El Nacional* de Caracas sobre el autor antioqueño con el título “El vikingo de Antioquia”. Justo en las primeras líneas de la publicación de 1948, que no se incluyen en la de 1952, se hace referencia al nombre definitivo con

que se conocerá el escrito: “El insuperable magisterio de este gran vikingo nacido en Antioquia que se llama Don Baldomero Sanín Cano ...” (p. 1).

Es importante mencionar que este artículo, que el autor incluye en *Crisis, cambio y tradición; ensayo sobre la forma de nuestra cultura* (Caracas: Edime-Col. Autores Venezolanos, 1955) y en sus *Obras selectas* (Caracas: Edime, 1962), en su versión definitiva, es decir, con el párrafo con que Picón Salas introduce la discusión, da cuenta de las relaciones intelectuales de Mariano Picón Salas con Colombia y de lo que significó su sociabilidad como diplomático en el país:

Un amigo colombiano me remite varios periódicos y revistas de Colombia con artículos y ensayos de don Baldomero Sanín Cano que él todavía no recoge en volumen. Don Baldomero se acerca ya a los 91 años. Cuando yo fui diplomático venezolano en Bogotá celebramos jubilosos su octogésimo séptimo aniversario y él nos acompañó a brindar con el ánimo, osadía y buen humor del más sano y despierto muchacho treintañero. No tenía regímenes ni limitaciones para ninguno de los platos de la extensa minuta; no le preocupaba la artritis o el corazón, como a muchos que apenas pasan de los cuarenta. Y en torno de los papeles de don Baldomero me he puesto de nuevo a meditar no sólo en su vitalidad y en el hecho de que es el más amable y risueño decano de los hombres de letras del continente (él y John Dewey son los dos viejos ejemplares y representativos de las dos Américas; los maestros de la más estimulante senectud), sino también en lo que su obra tan fresca, precisa y renovada, perfilando y aprovechando todas las ideas del Tiempo, representa en la literatura hispanoamericana. (Picón Salas, 1962, p. 715)

En este elogio de Baldomero Sanín Cano, en el que pone al ensayista colombiano como uno de los más importantes del continente, más allá de las relaciones que evidencia, destaca la capacidad que tiene el escritor antioqueño para ver y analizar los más diversos componentes de la existencia, de transmitirlos con palabras claras, precisas y cálidas. Sin grandes pretensiones, en la escritura de Sanín Cano se encuentra la honestidad y sencillez del autor. En este pequeño artículo nos regala Picón Salas (1962) una definición maestra del estilo de Baldomero Sanín Cano: “Lógica latina con saludable humor inglés, y hasta esa proverbial sabiduría lingüística aprendida de sus viejos campesinos colombianos que hablan mejor que los académicos, sería su aproximada fórmula de estilo” (p. 717). Mientras muchos buscan la explicación del alto vuelo intelectual de Sanín Cano

en sus estadias en Argentina y Europa, o en sus lecturas en otros idiomas, Picón Salas le da un lugar importante a sus orígenes en las montañas de Antioquia, como buen y orgulloso montañés. Quizá por ello la identificación de Picón Salas (1962) con Sanín Cano que se deja sentir en el ensayo:

Aquellos arrieros y mineros de Antioquia cuyos sabrosos cuentos y malicia viril supo recoger admirablemente el viejo Tomás Carrasquilla, han contribuido a la cultura colombiana con tanta dignidad, como los humanistas al estilo del señor Cano. Y pocos escritores como Sanín Cano equilibran tan armoniosamente la cultura formal con la cultura viva. Este don Baldomero tan cosmopolita, tan diestro viajero por todas las literaturas del mundo, es al mismo tiempo el antioqueño universal —es decir de una de las regiones y grupos humanos más definidos de Colombia— para quien la epopeya de su pueblo es vida en que participó; hechos que recogiera antes de tornarse en historia escrita, en los casales campesinos, en tertulias de pueblo o salón provincial, en ferias, comicios o directorios políticos. Tiene de hombre antioqueño cierto nomadismo de minero; sentido de lo concreto, comprensión de lo económico (fue en su juventud empresario de una compañía de tranvías y experto en finanzas), y hasta aquella vitalidad de los patriarcas de su provincia que solo rinden la vida de pie o sobre su estribo de jinetes colonizadores, prolíferos y matusalénicos.

Su obra dispersa en millares de artículos ha sido una de las que abrió a los latinoamericanos de los últimos sesenta años los caminos de lo universal. Auscultador de civilizaciones, literaturas lejanas y momentos políticos, cada uno de aquellos ensayos que Sanín Cano mandaba a *La Nación* de Buenos Aires y después a *El Tiempo* de Bogotá, compendian la materia de un libro o un diagnóstico del mundo. Y así como en la Colombia de 1890 su amigo de juventud, el pálido y enlutado dandy que se llamó José Asunción Silva estaba renovando la sensibilidad de la poesía criolla, envolviéndola en las finas nieblas del matiz, don Baldomero transformaba lo que puede llamarse nuestra actitud ante los conceptos y el círculo de problemas e inquietudes en que se movería la nueva conciencia. Este montañés de Antioquia había nacido con vocación de alta mar. El botín de sus peregrinajes por todas las latitudes de la tierra y del espíritu, aún sigue volcándose —en su longevidad casi centenaria— en las páginas de periódicos y revistas de América. Para don Baldomero —a diferencia de aquellos escritores que se esterilizan a fuerza de escrúpulos estetizantes— no existe el *sujer noble* porque todos, aun los que parezcan más nimios, son

elevados por la penetración de su inteligencia y el decoro de su expresión a la categoría de problemas. (pp. 717-718)

Volviendo al homenaje a Mariano Picón Salas en el Jockey Club, además del pormenorizado listado de asistencia, con palabras cordiales se informa del buen ambiente del evento: “demostración espléndida del cariño y la admiración de que en Bogotá se tiene por el doctor Picón Salas, cuya labor diplomática para estrechar más aún los lazos que unen a los dos países gran colombianos, ha sido verdaderamente admirable” (p. 18). Esta consideración se repite al informar sobre el discurso pronunciado por el presidente del Congreso Alfonso Romero Aguirre y la respuesta de Mariano Picón Salas, los cuales se reproducen en la edición dominical del 14 de noviembre de 1948 bajo el titular “Fiesta de Solidaridad Gran Colombiana fue el homenaje ofrecido a Mariano Picón Salas”. Por la importancia del evento —quizá el último al que asiste Mariano Picón Salas en Colombia—, por el contenido ideológico de los discursos y por las personalidades que asistieron, vale la pena reproducir lo dicho por el presidente del Congreso y el embajador de Venezuela:

Durante el homenaje que le fue tributado en la noche del viernes al embajador de Venezuela don Mariano Picón Salas se cruzaron entre este y el presidente del congreso nacional, doctor Alfonso Romero Aguirre muy cordiales e interesantes discursos, de los cuales, publicamos hoy algunos apartes.

El discurso de Romero Aguirre

Al ofrecer el banquete el doctor Romero Aguirre dijo entre otras cosas las siguientes:

Señor Embajador Picón Salas:

Desde hace cerca de 20 años las relaciones internacionales de Colombia han sido dirigidas por el gobierno con bastante acierto, dándole en relación con los hermanos pueblos que formaron la Gran Colombia, un contenido de sincero deseo de realizar el más estrecho acercamiento; no tenemos los colombianos nada que observar a esa gestión patriótica, pero sin embargo, estamos persiguiendo aparte de la labor oficial de las cancillerías, una más cercana vinculación de pueblo a pueblo, de intelectuales a intelectuales, y en esta masa en que estáis rodeado de colombianos pertenecientes a todas las parcerías políticas y a diversos matices sociales, encontráis exacta cifra de esa ambición sincera por nuestra parte de ayudar a la empresa oficial que propugna borrar cada vez más sensiblemente las fronteras entre los

territorios, de las patrias, las políticas, las económicas y las sociales. Para nosotros la raya que marca el límite entre Colombia y Venezuela, no separa sino vincula.

Eso quiere significar esta fiesta; ocupáis en esta mesa el sitio de honor que nuestro entrañable afecto por vuestra nación os ha señalado y en la misma forma en que os sentáis ante ella en nuestra compañía podéis ocupar el mismo sitio en cualquiera de los hogares colombianos, en donde tenemos para compartir fraternalmente con vuestro pueblo un pedazo de pan, el pan simbólico, que une a los hombres con sensación familiar y que al llegar a la liturgia religiosa, establece doctrina de una inmensa comunidad de corazones.

Pero no hay para qué ignorar controversias, dificultades, antagonismos que llenaron durante más de un siglo la historia de Colombia, de Venezuela y del Ecuador; en la familia humana contemplamos con frecuencia el disputar entre hermanos, que no alcanza a quebrantar los lazos sanguíneos; esas disputas fueron señas de vitalidad y síntomas claros de que se estaban dando los primeros pasos para formar una gran tendencia a esa unidad que hoy se presenta seriamente elaborada. Los más egregios estadistas de nuestra patria pensaron y lograron en sus estatutos fundamentales que debía quedar establecido un aparte institucional que hiciera posible en cualquier momento una reintegración de los países de la Gran Colombia; hasta 1863 en un afán de recuperación grancolombiana del cual no hemos desistido un solo momento, hasta entonces se establecieron textos que constituyen la más exacta postura de Colombia de tener sus brazos abiertos para recibir en ellos fraternalmente a sus vecinos del mismo origen, y emancipados por la misma concepción continental.

Esos vínculos abundantísimos satisfacen en cualquier escuela antigua o moderna cuando exige requisitos de vario orden para la constitución de una nacionalidad; cumplimos Colombia y Venezuela el requisito de no existencia de límites naturales insuperables, los nuestros son artificiales, y al fijarlos dijimos que éramos hermanos porque pusimos de arbitro, como suelen hacerlo los hermanos de la sangre, a la madre patria; nuestra prehistoria es la misma, y similares nuestros aborígenes; la empresas del descubrimiento, de la conquista, de la colonia, de la emancipación, de la reconquista y de la libertad definitiva fueron inspiradas por los mismos brazos y por los mismos pensamientos; nos unen las

mismas lengua, religión, raza, y son similares nuestras costumbres; compartimos, pues tradiciones, necesidades y aspiraciones comunes. [...]

Respuesta del Embajador

El embajador Picón Salas agradeció el homenaje en los siguientes términos:

Quisiera recibir ese buen numen de vuestros grandes oradores y poetas, aquel “genio de Colombia” de que habló alguna vez iluminadamente, el Libertador para responder y agradecer las elocuentísimas palabras con que el ilustre presidente del congreso, doctor Romero Aguirre, me ha ofrecido este obsequio de amigos. Pero ni el más bello discurso se perfilaría con exactitud la inagotable deuda de estima y agradecimiento que tengo por vosotros, cuya buena voluntad y presencia contribuyen a hacer fácil toda tarea de comprensión venezolana en Colombia. En vosotros, parlamentarios, catedráticos, políticos, escritores, periodistas, he visto lo mejor de este país que es su alta tradición cultural y espiritualidad, la función de conciencia que fue siempre signo de Colombia entre las naciones de América. Y no en la Colombia de hoy, ya bullente de ciudades, en cotidiana tarea de progreso y pujanza, sino en la de toda época, la nobleza del espíritu, el alto desvelo del pensamiento pareció señalar —contra toda crisis y toda prueba— la voluntad histórica de este gran pueblo. Entonces acaso faltaban vías férreas e industrias, pero jamás América dejó de recibir el contacto estimulante y la persuasiva unción del alma colombiana. En lengua de legisladores, poetas, humanistas, en creación de estudio y de paz, Colombia trazaba derroteros al espíritu del continente. Y acaso huelga decir a un venezolano que el compromiso de la historia compartida, aquel momento en que nuestros héroes se confundieron en la misma empresa y nadie les preguntaba en que vertiente había nacido porque su patria común era la Libertad, no es para nosotros mera remembranza sino deber de seguir ampliando la cooperación, de verter en tiempo presente las palabras proféticas de Bolívar. Pero junto a aquella Colombia ideal que todos llevamos y que está en los libros, los monumentos y hazañas comunes, es grato establecer esta otra Colombia más próxima, la que vosotros estáis haciendo y sale con el sol de cada mañana a iluminar nuevas esperanzas; la que a un viajero curioso como yo pretendo serlo, se ofrece en paisaje, trato cordial, diario coloquio y benevolencia de todas las gentes.

Por ello me obliga tanto vuestro don de amistad. Él proporciona el ámbito más fácil y aliciente más generoso, para mi modesta labor diplomática en Colombia. Si en el arcaico estilo de las relaciones internacionales pedía el viejo racionalismo europeo la mayor astucia y la más replegada frialdad, creo que nuestros pueblos están rectificando tan maligna experiencia y comprenden que tanto las naciones como los hombres mismos se entienden mejor que por el cálculo abstracto, por la calurosa emoción humana. Hacer que esta emoción de mutua gloria y mutuo linaje se convierta en cooperación y servicio constante, es para mí la fórmula más simple y ejemplar de la diplomacia colombo-venezolana. Si otros pueblos anarquizaron en la desconfianza, nosotros estamos dispuestos a prosperar en la concordia. Y América es grande. Ancha y prometedora para que rectifiquemos con espíritu benévolo, con asistencia generosa, aquellos errores y recelos que expusieron a tan grave colapso a la civilización europea. Diplomacia de amistad que respeta los valores del hombre y de las naciones, dice cosas claras, otorga lo justo y comprende que en la gran tarea de la historia todos los pueblos se necesitan y que el deber ante los próximos obliga más que ante los lejanos, es la que nuestros países pueden realizar frente a aquella periclitada diplomacia de la sospecha que hizo crisis y pareció despedazar al mundo durante la última guerra. ¡Y qué placentero es trabajar por la comprensión recíproca, cuando a fervorosa mesa de amistad convoca un grupo de espíritus como el vuestro! Por sobre toda distancia ideológica que se erija entre los hombres y partidos, priman valores superiores de tradición, de historia, de deber ante nuestros pueblos o de simple simpatía y afinidad, que marcan siempre el derrotero de la cooperación y el entendimiento. Y toda tarea es fácil cuando se cuenta con amigos como vosotros.

A tan cálida gentileza sólo puedo responder con mi amor a Colombia. Que nos complementemos en amistad y servicio, que no pongamos vallas y prejuicios inútiles a lo que desde el pasado nos aproxima, ha sido mi creencia más entrañable. Y cuando algún día me vaya de esta tierra, el recuerdo de sus paisajes, de tantas horas de coloquio amistoso, de los ilustres colombianos que me acompañan esta noche, del cortés y hospitalario pueblo que vi en los llanos del Tolima, en las montañas de Antioquia, en la costa atlántica, en Cundinamarca y en el Meta, seguirá empeñando y decidiendo lo mejor de mi corazón. Brindar por Colombia, queridos amigos, es brindar por Venezuela, porque ambas brotaron de la entraña del mismo padre y recorrieron juntas, en idéntica cruzada de libertad, el

horizonte de las patrias nuevas. Así con la misma emoción y el mismo ingrediente de gloria, nostalgia y deber ancestral, establecemos nuestra vida histórica como hermanos que siguen hablando, comunicándose y ayudándose tras de la sencilla pared medianera. (p. 13)

Este discurso de Picón Salas es trascendental para comprender su labor diplomática, ya que en él se encuentran las bases de unas relaciones internacionales latinoamericanas que busquen un horizonte común, que unan fuerzas a partir de mutuo entendimiento, del respeto y sobre todo la amistad. Es la doctrina internacional que enseñó Alfonso Reyes y que en Mariano Picón Salas se vuelve patente para la acción colombo-venezolana, es la “diplomacia de amistad”.

Este discurso recuerda la entrevista que meses antes, el 3 de julio de 1948, le había hecho Héctor Burgos Moyano a Mariano Picón Salas para el semanario *Sábado*. En esta entrevista, Burgos es insistente al preguntar sobre el fundamento del grancolombianismo y la posibilidad de una nueva conformación de un espacio transnacional de ese tipo. A este discurso recién citado, vale la pena unir las dos condiciones mínimas que esboza Picón Salas en la entrevista a Burgos (3 de julio de 1948) para llevar a cabo la configuración de una comprensión grancolombiana:

1º- Junto con una política popular debe marchar el esfuerzo tecnológico planificado para ir venciendo los obstáculos de esta naturaleza agria, difícil y despoblada de nuestros países. La geografía ha sido el mayor obstáculo para el desarrollo de la América Latina. Con la técnica moderna hay que amenguar los efectos del calor ecuatorial y de las estribaciones de los Andes.

2º- Una amplia educación democrática y técnica es necesaria para que el hombre americano se adapte a su medio y mejore las condiciones de vida. La educación de tipo puramente libresco y aristocrático que prevaleció en nuestros países, ha creado seres nostálgicos e inconformes con su propia tierra. Durante mucho tiempo la aspiración de algunos de nuestros “cultos” era escaparse de América consiguiendo un consulado en Europa, y muchos de ellos propiciaron para disfrute de una ínfima minoría, un humanismo sin humanidad, falso humanismo clásico que no se atrevía a mirar los hombres que pasaban por nuestro paisaje social, porque no estaban descritos por Virgilio. Humanismo sí, pero no solo humanista, sino también social. (p. 8)

Estos apuntes, que son puntos nodales en lo que se podría decir es la teoría de Mariano Picón Salas sobre las relaciones internacionales y la diplomacia, se complementan con los trabajos

“Sueño de una política exterior” y “La buena vecindad” escritos en 1942. En el primero de estos ensayos, el autor defiende la democratización y el cooperativismo de las relaciones internacionales, es decir, no solo la necesaria gestión diplomática de cara a la ciudadanía, sino también la integración de las necesidades sociales en la forma en que se relacionan las naciones. Sin embargo, aunque cada uno de los trabajos incluidos en *Europa-América, preguntas a la Esfinge de la Cultura* (1947) exudan democratismo, los mismo, están escritos antes de que termine la guerra y el tablero mundial se reconfigure, erigiendo a Estados Unidos como nueva potencia mundial, y se haga evidente su nueva forma de imperialismo.

Volviendo a la situación andina, la suerte todavía no jugaba a favor de las palabras e ideas de Mariano Picón Salas, y Venezuela y Colombia se alejaron del ideal democrático granlatinoamericano, pues a este espíritu de libertad y entendimiento, lo opacaría la dictadura, primero en Venezuela y, después, en Colombia. El golpe de Estado de Carlos Delgado Chalbaud a Rómulo Gallegos, el 24 de noviembre de 1948, y la instauración de la Junta Militar, marca el último período de embajador en Colombia de Mariano Picón Salas. De manera que en Colombia se perdió la posibilidad de seguir comprendiendo lo que el gran hombre venezolano predicó poco antes de retirarse del cargo de Embajador Plenipotenciario.

Los documentos que se encuentran en el archivo para 1949, en primer lugar, corresponden a la situación del nuevo gobierno militar en lo que respecta a cómo este asumirá la institucionalidad. Sobre esto, le informa el director de información y prensa de la cancillería Jesús Zárate Moreno al ministro Zuleta Ángel, que las relaciones entre Colombia y Venezuela no sufrirán cambio alguno, ya que, en palabras del nuevo canciller de Venezuela Luis Emilio Gómez Ruiz, el “nuevo gobierno mantendrá instituciones sociales progresivas y cumplirá estrictamente sus obligaciones internacionales en constante reafirmación principios cooperación solidaria entre naciones. Me es grato también manifestar deseo mi gobierno continúe estrechando cordiales relaciones amistad nuestros dos países” (Gómez Ruiz, 26 de noviembre de 1948).

Sobre la salida de Mariano Picón Salas de la embajada, la primera comunicación registrada es del 19 de enero de 1949. En ella, le informa Picón Salas al ministro que ha sido designado como nuevo Embajador Extraordinario y Plenipotenciario de Venezuela en Colombia el historiador Mario Briceño Iragorry. Picón Salas y Briceño Iragorry son viejos amigos, la relación intelectual es tal que Picón Salas escribe el prólogo a la gran obra de Iragorry *Casa León y su tiempo* (1946);

prólogo que fue publicado antes de aparecida la obra en el semanario *Sábado* el 27 de abril de 1947 con el título “Historia de un Anti-héroe”. Sobre el relevo como embajador, le declara Picón Salas a Zuleta que:

Para el suscrito quien durante el término de su misión ha recibido de Vuestra Excelencia y de parte de todo el gobierno, sociedad y pueblo colombiano tan inolvidables muestras de buena amistad, resulta sobremanera grato que se haya insinuado para sucederme el nombre de un tan alto representante de la cultura venezolana como el doctor Briceño Iragorry. (Picón Salas, 19 de enero de 1949)

Así, dos días después de anunciar su remplazo, le solicita el embajador a la cancillería colombiana la autorización en aduanas del despacho de cinco cajones de equipaje diplomático que irían rumbo a México por el puerto de Barranquilla. Es de suponer que se trata de las pertenencias de Mariano Picón Salas.

Como parte de los rituales de despedida, le solicita Mariano Picón Salas al Director de Protocolo del Ministerio de Relaciones Exteriores de Colombia, como parte de la finalización de su misión diplomática, una audiencia con el Presidente Mariano Ospina Pérez, con el “objeto de agradecerle las atenciones que he recibido del Gobierno de Colombia y cumplir el deber de despedirme” (Picón Salas, 1 de febrero de 1949). Al día siguiente de esta comunicación, el 2 de febrero, en preparación de su viaje, le solicita el embajador al Ministerio la exoneración de los impuestos en los pasajes de Bogotá a México de él y su esposa. Es así, que la última comunicación de Mariano Picón Salas como embajador de Venezuela al Canciller de Colombia, está fechada del día 8 de febrero de 1949:

Señor Ministro:

Con motivo de finalizar mi Misión Diplomática en Colombia y mientras llega el nuevo Embajador Doctor Mario Briceño Iragorry,⁵¹ quedará al frente de la Embajada con el carácter de Encargado de Negocios ad-ínterim el consejero de la misma, señor doctor Manuel Osorio Menda a quien ya tuve el agrado de presentar a Vuestra Excelencia.

Como ya lo expresé personalmente a Vuestra Excelencia, parto de Colombia con el sentimiento de la mayor y sincera gratitud por las atenciones que se me dispensaron en el

⁵¹ Que será el día 14 de febrero de 1949.

ejercicio de mi función diplomática y por la amable acogida e inolvidables pruebas de amistad que recibí siempre de parte de Vuestra Excelencia.

Me permito expresarle de nuevo en esta oportunidad los reiterados testimonios de mi más alta y distinguida consideración.

Fdo. Mariano Picón Salas

Al Excelentísimo Señor Doctor Eduardo Zuleta Ángel,

Ministro de Relaciones Exteriores,

Bogotá. (Picón Salas, 8 de febrero de 1949)

Adenda. Las conclusiones de una misión diplomática: un ensayo histórico sobre Colombia

En marejada de sangre y pasión popular que quién sabe cuándo se aquieten, concluye en Colombia el gobierno del Presidente Ospina Pérez. La tragedia de todo Director Político — y Ospina lo ha sido durante cuatro de los años más críticos de la historia contemporánea colombiana— es que por sobre las cualidades que posea, en él se expresan o chochan fuerzas sociales, sentimientos o necesidades colectivas, que rebasan todo cálculo o artificio personal. (Picón, D., 1987, p. 289)

Así comienza un ensayo en el que, con brillante pluma, resume Mariano Picón Salas el período constitucional de Mariano Ospina Pérez. Este ensayo, titulado simplemente “Colombia”, y publicado al final del volumen *Mariano Picón-Salas, Embajador de Venezuela* (1987) como parte de los documentos del archivo personal del intelectual, constituye una de las mejores interpretaciones que hoy podríamos encontrar sobre ese difícil período de la historia colombiana con el cuál se inaugura la Violencia en el país. Este juicio no se debe solamente a que dicha interpretación provenga de uno de los más grandes intelectuales y ensayistas de América, sino también porque es producto de la experiencia personal de Mariano Picón Salas como residente en Colombia mientras estaba al frente de la misión diplomática de Venezuela como Embajador Extraordinario y Plenipotenciario.

El ensayo, que parte de la ya mencionada tesis sobre el conflicto que genera un gobierno conservador en medio de un país con mayoría liberales, presenta un contrapunteo en que no resulta muy bien parado Laureano Gómez, como un poco sí Mariano Ospina Pérez. Como maestro del ensayo histórico en América Latina, Mariano Picón Salas no se queda solamente en el perfil de

estas personalidades, sino que con ojo sociológico expone de manera límpida la coyuntura que termina por detonar y crear una explosión de dimensiones catastróficas.

En el devenir histórico que analiza Picón Salas, en el cual el conservatismo gana las elecciones de 1946 debido a la división de los liberales, da cuenta de lo que significa para Ospina Pérez imponer una política anacrónica —al estilo del conservatismo de su abuelo Mariano Ospina Rodríguez en 1860—, en una época que intentaba pasar la página de la Segunda Guerra Mundial. Interesante es la comparación entre los dos Marianos, en la cual recuerda Picón Salas la conjura de Ospina Rodríguez contra Bolívar y su mando a la forma virreinal de la época de Felipe II. De Mariano Ospina Pérez, a quien conoció personalmente, Picón Salas traza un sobrio perfil:

Este hombre de apariencia sosegada, especie de aristócrata rural que hubiese pasado por las escuelas técnicas norteamericanas, muy celoso de su estirpe y su laboriosidad antioqueña —cosas todas que alcanzan suma valía en Colombia—, no parece al tratársele, que pudiera desencadenar en torno suyo, semejante tormenta social. En él hace crisis una época y un sistema. Hasta que la malhadada división liberal de 1945 no abriera una brecha a los ya descaecidos conservadores, don Mariano Ospina Pérez fue un acucioso Presidente de la Federación de Cafeteros y podía dar en las cámaras o en las sociedades agrícolas útiles conferencias sobre el cultivo del fruto y la técnica mejor para exportarlo. A los conservadores a quienes les caía el poder sin merecerlo numéricamente y merced tan sólo al cisma de las mayorías, Ospina Pérez resultaba conveniente porque no se había metido demasiado en las luchas políticas, las había evadido en su condición de experto agrícola y de elegante caballero de la sociedad de Antioquia que reposaba del trajín de los negocios cultivando orquídeas, y porque apenas había concluido la segunda guerra mundial y parecían muy frescas las adhesiones a todo fascismo del altanero jefe conservador, Laureano Gómez. En medio de las mayorías liberales, no podía deslizarse este hombre un poco gris como sus impecables trajes ingleses, sus palabras prudentes y sus cabellos casi sesentones. (Picón, D., 1987, p. 289)

La significación de la elección de Mariano Ospina Pérez como presidente de Colombia, teniendo en cuenta la anterior consideración, se puede resumir en la afirmación: “Pero si para ese momento no parecía mal el hombre, sí era anacrónica la actitud histórica” (Picón, D., 1987, p. 289). Tal actitud no es otra cosa que la confirmación de la tesis de Laureano Vallenilla Lanz sobre el ser

esencial teocrático de Colombia. Ospina Pérez, amén de ser un conservador que intentó establecer una “Unidad Nacional”, intención que puede ser vista como un precedente del pacto del Frente Nacional —consecuencia del desastre que dejó Laureano Gómez—; amén de cargar sobre sus hombros el linaje de los Ospina y la reputación de su abuelo, el primer Mariano, fue un católico devoto que invocaba “más al Cielo que mirar a la Tierra para resolver aquellas urgencias” (Picón, D., 1987, p. 290). Este reproche de Picón Salas no puede entenderse como reivindicación de un ateísmo o laicismo, tampoco, al cien por ciento, igual al reproche de Vallenilla Lanz a Eduardo Santos, sino como un error de ejecución en las políticas necesarias para calmar los tensos conflictos políticos y las demandas sociales de un siglo en carrera de masificación y tecnificación.

Y está bien que se rece —dice Picón Salas— si la oración brota del propio clamor de las cosas circundantes, si el llamado al Cielo no es sólo la transferencia o letra a larguísimo plazo de los menudos y afligidos asuntos que reclaman un pronto arreglo terrestre. (Lo contrario —¡oh conservadores!— sería negar el libre albedrío). (Picón, D., 1987, p. 290)

El quid de la cuestión del anacronismo rezandero-religioso del conservatismo, que tenía un nuevo aire después de los múltiples gobiernos liberales posteriores a Abadía Méndez, es la forma en que fue usado como estrategia y arma política de la reacción conservadora para perseguir liberales en nombre del Cristo, cuestión que se ejemplifica en el Obispo-General-ideólogo de Santa Rosa de Osos, Monseñor Builes. El quid de la cuestión se encuentra en que la devoción del mandatario colombiano fue la puerta de entrada para la intención de formar

una especie de milicia de Cristo que debería hacer ejercicios militares en la plaza de cada aldea, espíar a los grupos liberales de toda comuna, aprende a manejar armas y apoderarse a las malas —que tomando en vano el nombre de Cristo, todas son buena— de las henchidas ánforas electorales. (Picón, D., 1987, p. 290)

Junto con esta cuestión ideológica, Mariano Picón Salas analiza una serie de factores socioeconómicos que considera como detonantes de la crisis social. Con gran maestría logra el ensayista venezolano entender la forma en que funciona políticamente la religión dentro del mundo social colombiano. En primer lugar, luego de un pequeño examen sobre la modernización del país comenzada en 1929 por Olaya Herrera y continuada por el liberalismo con López Pumarejo y Eduardo Santos, que trajo desarrollo social, una legislación de asistencia a los trabajadores y la inserción de las masas obreras en la política, plantea Picón Salas que para 1948 la situación

socioeconómica del país estaba marcada por un monopolio de industriales protegidos por el Estado, salarios que no habían aumentado en diez años, una moneda devaluada, un alto costo de vida y una escases de dólares. Esta situación minaba la clase media, y pesaba sobre los menos favorecidos: “No había divisas para el pequeño industrial que montaba una industria nueva, y se tenía la apariencia de un extraño estancamiento social en que mientras se limitaba el número de gentes prósperas, crecía el de desvalidos” (Picón, D., 1987, p. 291).

La solución a esta situación vuelve a encadenar la cuestión religiosa: al “obrero textil —a quien como lo vi en Antioquía— no se le sube el salario pero se le coloca en el taller una imagen del Corazón de Jesús para que cuide sus postrimerías y asegure su vida futura” (Picón, D., 1987, p. 291). El problema es que esta solución, formula del siglo XIX, no podía funcionar ya en un mundo que había asistido a las revoluciones sociales de México y Rusia, a dos guerras mundiales y a un mundo en que el comunismo significaba una posibilidad mundial. Para Colombia, luego de una serie de gobiernos liberales, también la cosa estaba más o menos clara:

Eclécticamente en dicho partido que representaba, sobre todo, un ideal de Estado laico frente a la identificación de “Trono y altar” en que parecían empeñarse aún los conservadores, se juntaban todas las corrientes de reforma desde el Liberalismo clásico, hasta el intervencionismo económico estatal de la época. Pero aunque hubiera discusiones y disenciones en el frente liberal, todos coincidían en que la atmósfera necesaria para el cambio, era el de las más amplias libertades y garantías públicas. Ejemplarmente respetuosos de esas libertades, artífices de una Colombia generosa que ya invertía la mayor parte de su Presupuesto en Educación y servicios sociales, fueron el Dr. Eduardo Santos y el Dr. Alfonso López. (Picón, D., 1987, p. 291).

En este marco de neurosis católica ultraconservadora vs laicismo y asistencialismos liberal, surge en el ensayo de Picón Salas la figura de Laureano Gómez. Su mención sigue la línea de lo citado más arriba, pues para el intelectual venezolano, Laureano Gómez es un personaje que está en la base de los problemas que desataron la tormenta en abril de 1948. Del que fuere Ministro de Relaciones Exteriores, y por tanto presidente de la Conferencia Internacional Americana que transcurría en Bogotá al momento del asesinato de Gaitán, dice Picón Salas que se caracteriza por ser “propagandista del fascismo y quien en los años de la segunda guerra mundial no se caracterizó, precisamente, por ser ‘un defensor de las democracias’” (Picón, D., 1987, p. 290). Para rematar el

ensayo, y a Laureano Gómez por ahí derecho, cuestiona que sea este político y su ideología el camino para salir de la crisis. Sin saber exactamente la fecha de escritura del ensayo, la conclusión parece profetizar el devenir de la segunda mitad del siglo XX en Colombia:

El áspero Laureano Gómez, intolerante y furibundo como un Inquisidor médico, cruzado de la causa más oligárquica y regresiva, no puede ser ese médico social que aguarda Colombia. De poder hacerlo se encerraría en su país como un nuevo Doctor Francia, sometiendo a los campesinos y los pobres al régimen de encomienda, mientras su Obispo “requeté” —el Obispo de Santa Rosa de Osos— le bendice con el fragantísimo incensario. Hasta con los conservadores de buena índole, los que se dedicaban más a la Gramática que a la represión, como el ilustre don Marco Fidel Suárez, Laureano Gómez ha sido implacable. Para destruir liberales e imponer su orden de Apocalipsis vino a la Tierra este nuevo Arcángel de la tormenta. Y hasta qué punto el huracán que ya su nombre desencadena habrá de envolverlo y chocar con la reacción popular que pide justicia, es el gran enigma que ahora formula Colombia.

En un marco de juridicidad y respeto a la Ley, buscó el tranquilo pueblo colombiano su ascenso democrático. Prefirió siempre —honrando a la Cultura de nuestra raza— los hombres de Derecho y letras a los agresivos condotieros. Pero quizás estas leyes de vuelta al pasado, de detención del ascenso popular en que se empeñan los conservadores, le impulsen a forjar en el combate y la resistencia civil, las nuevas leyes más amplias y más justas. (Picón, D., 1987, p. 292)

X. Mariano Picón Salas miembro correspondiente de la Academia Colombiana de Historia

Dentro de la compilación realizada por Delia Picón de los documentos concernientes a la labor diplomática de Mariano Picón Salas, resultan interesantes dos cartas publicadas dentro de la sección “Documentos del archivo de Mariano Picón Salas” con el título “Picón Salas, Miembro Correspondiente de la Academia Colombiana de la Historia”. En efecto, durante su misión diplomática en Colombia, en julio de 1948, Mariano Picón Salas fue homenajeado por la Academia Colombiana de Historia mediante su nombramiento como miembro correspondiente. Las cartas evidencian el veredicto de la comisión a cargo de los académicos de número Manuel José Forero

y Miguel Aguilera —que evaluó la postulación del nombre del intelectual venezolano—, y la respuesta de Mariano Picón Salas al nombramiento, dirigida al secretario de la Academia Roberto Cortázar.

En la carta de Forero y Aguilar, fechada del 25 de junio de 1948 y dirigida a Eduardo Rodríguez Piñeres, presidente de la Academia durante ese año, se muestran dos cuestiones interesantes. La primera de ellas, el nombre de los académicos que presentaron “reglamentariamente en la forma y con sobra de motivos en el fondo”, la “candidatura del doctor Mariano Picón Salas, propuesto para Miembro Correspondiente de la Academia Colombiana de Historia” (Picón, D., 1987, p. 266-267). Estos académicos fueron: “Luis Augusto Cuervo, Jorge Ricardo Vejarano, Roberto Cortázar, Daniel Arias Argáez, Nicolás García Samudio, Alberto Miramón y Enrique Otero D’Costa” (Picón, D., 1987, p. 267).

La segunda cuestión interesante, es que la primera dignidad que se le concede al nominado es la de “ilustre diplomático de Venezuela”. Teniendo en cuenta la trayectoria de Mariano Picón Salas para el momento, y que la nominación era para una academia de historia, hubiese sido más acorde el título de historiador, pues ya se había publicado, como los académicos mismos lo comentan y reconocen, *De la Conquista a la Independencia* (1944); o la de escritor, por su ya amplia bibliografía publicada. Es por ello, y por un cometario que vale la pena citar a continuación, que se puede especular que su residencia en Bogotá como embajador le dio mayor visibilidad en el país, entre los círculos intelectuales y cultos, y ayudó a consolidar una influencia en nuestras letras que ya se venía dando a partir de sus publicaciones en *El Tiempo*, *Revista de América* y *Sábado*, entre otros medios. También se puede inferir, por las constantes publicaciones en *El Tiempo*, que el embajador Mariano Picón Salas tuvo una intensa vida social en la capital de Colombia. El dictamen de los académicos ante la postulación es la siguiente:

Es acertada la propuesta, ya por tratarse de un amigo leal de nuestra república, de un desvelado crítico de nuestros anales literarios americanos, de un severo panegirista de la vida y la obra del Libertador, de un narrador cierto y ameno de variados lugares de nuestra historia común, como porque en él se han dado cita los aciertos de la inteligencia con los frutos del estudio concienzudo y tenaz.

Desde su primera juventud se hizo conocer a través de las “Páginas Escogidas” de Juan Vicente González, editadas en Caracas en 1921 (esto es, a los veinte años de edad), y

también por intermedio de variadas acotaciones a hombres públicos y literatos venezolanos, dadas a luz en la prensa de la capital. En 1931 publicó el estupendo ensayo que lleva como título Hispano-América Posición crítica, leído con aplausos en Chile y Venezuela, así como en el Perú y en la República Argentina, fundado en las bases sólidas del conocimiento de nuestro pasado. En 1940 publicó dos obras más: *Formación y proceso de la literatura venezolana* y *1941: cinco discursos sobre pasado y presente de la nación venezolana*.

Tan insigne laboriosidad le hizo entrar bien pronto en el aprecio de los historiadores y letrados de Caracas, porque su evidente conocimiento de la historia venezolana estaba laureado por los dones de un exquisito estilo. Como prosista puede presentar escritos austeros y finos, y como promotor de nobles empresas de cultura, títulos suficientes a la general alabanza. En compañía de los representantes mejores de la inteligencia de Venezuela, ya sean adictos a la historia de la república, ya a sus anales literarios, se halla hoy el doctor Mariano Picón Salas, a quien recibió hace poco la ciudad de Bogotá como Embajador ante nuestro Gobierno y nuestro Pueblo. [...]

Y, como final de estas consideraciones, queremos anotar la ventaja de que en la persona del excelente diplomático se reúnan las dotes mencionadas, porque los vínculos de la inteligencia y del afecto son precisamente aquellos que atan con más veras a las naciones. Venezuela y Colombia han intercambiado siempre varones ilustres, en el empeño de acrecentar sus relaciones; séanos ahora permitido enaltecer el recuerdo del doctor José Santiago Rodríguez, que por varios años laboró con singular eficacia en Colombia hasta la conclusión del arreglo de fronteras entre los dos países hermanos, anhelo sumo de varias generaciones y gobiernos.

Escrito lo anterior, nos permitimos proponer:

“Sométase a la votación reglamentaria la proposición que designa al doctor Mariano Picón Salas como Miembro Correspondiente de la Academia Colombiana de Historia”. (Picón, D., 1987, p. 267-268)

La votación reglamentaria fue realizada en la sesión del 1 de julio de 1948. El nombramiento quedó registrado en el extracto del acta de la sesión publicado en el *Boletín de Historia y Antigüedades* No. 411 a 413 de enero, febrero y marzo de 1949: “Fueron elegidos miembros correspondientes el doctor Mariano Picón Salas, actual Embajador de Venezuela, y el

Hermano Justo Ramon” (p. 202). Del nombramiento de Picón Salas queda también constancia, recurriendo a la fórmula de embajador, en el informe anual del Secretario de la Academia Colombiana de Historia, que para 1948 era Roberto Cortázar, en el cual informa en la sección “Personal” que:

La nómina de correspondientes ha visto ingresar en sus filas valores suficientemente conocidos en el campo de la historia; don Juan de Dios Arias, quien desde Bucaramanga desarrolla una labor inteligente de historia y literatura; don José de la Torre y del Cerro, español enamorado de Colombia, conocedor de sus anales y divulgador de nuestras cosas; don Juan B. Jaramillo Meza, escritor caldense de reconocidos merecimientos; don Mariano Picón Salas, verdadero Embajador no sólo del Gobierno de su país sino de la cultura venezolana entre nosotros, y por último, la Academia ha premiado en el hermano Justo Ramón los estudios geográficos e históricos con que este pedagogo de las Escuelas Cristianas ha enriquecido los departamentos de su comunidad. (Cortázar, 1952, p. 653)

En respuesta al nombramiento, Mariano Picón Salas envía al Secretario de la Academia Colombiana de Historia, Roberto Cortázar, una carta de gratitud que vale sumamente por la cordialidad, que a este punto ya es reiterada, afecto y respeto que tiene para con Colombia; pero también, y sobre todo, por el principio de epistemología histórica con que el intelectual expresa lo que para él significa la historia. Más allá de agradecer por la comunicación, mediante nota N. 166, por el nombramiento como miembro correspondiente el primero de julio, con modestia y elegancia se refiere a la dignidad de la ser acogido por una academia de historia, baluarte de una historia que es compartida por Colombia y Venezuela:

La oportunidad de acercarme al fuego cordial de vuestra enseñanza y vuestra benevolencia es lo que me depara la Academia Colombiana de Historia al extenderme el honroso diploma de Miembro Correspondiente. Para tan señalado honor, traigo más que sabiduría histórica —pertenezco a una generación que en mi país debió aprender las cosas de prisa, con poca tregua para la erudición y la obra reposada— una decidida vocación de contertulio. Escucharos y aprender de vosotros colmaría mi modesta ambición académica, como aquellos hermanos legos que en los viejos monasterios se contentaban con ir a la zaga de los más sabios. Y en estas salas, patios y arcadas de vuestro instituto me parece trasladar apenas los diálogos amables que contra el ruido de la ciudad y el frenesí de la Política,

sosteníamos cada tarde en Caracas con los colegas de nuestra venezolana Academia de la Historia. En compañía de ellos, y por la curiosa coincidencia de haber sido durante algunos meses el benjamín de esa docta corporación, me acostumbré a escuchar, a saborear el deleite de sus debates. anécdotas y memorias. Que el Pasado penetre en la vivencia y la comprensión del hombre contemporáneo; que las figuras tutelares de los próceres, pensadores y estadistas desciendan del severo marco de sus retratos a orientarnos y enseñarnos, también, en medio de las inquietudes presentes, es una de las más nobles funciones de estos centros de estudio. Y ocurre que la Historia no es más que ese sistema de circulación espiritual que se transmiten las generaciones y que dibuja en el cuerpo de los pueblos aquellas redcillas, aquellas finas corrientes y sutiles caminos que traza el sistema sanguíneo en el cuerpo humano. La sangre común se vuelve Conciencia y los pueblos que no tuvieran Historia, que se contentasen con vivir las meras impresiones de cada día, serían como cuerpos sin sangre, como piel muerta no irrigada por esa maravillosa y secreta fuente que nutre al cerebro y al corazón. Como palpitación de conciencia que se hace oír tras el cerrado muro de las Cordilleras, que traspasa todo hito fronterizo, la Historia nos une a venezolanos y colombianos; proyecta el mapa de una gran patria forjada en la acción, los sueños y el mensaje de iguales héroes. Un 24 de julio como hoy, estamos recordando como los descendientes de un común linaje, dispersos en distintas casas y aun en lejanos territorios, la hazaña de nuestros antecesores. Si durante el dormido tiempo colonial, apenas las lentas mulas de Obispos, Priors, funcionarios de Hacienda y Justicia, estudiantes y Clérigos que querían perfeccionar en los sabios claustros bogotanos su Teología y su Latín, tramontaban el abrupto camino del Virreinato de Nueva Granada a la Capitanía General de Venezuela, Bolívar quiso que lo cruzaran a todo galope los tremendos jinetes de la Libertad. E ideas y anhelos comunes, el despertar de una vivísima conciencia que ganó batallas, bautizó pueblos libres y escribió el Derecho de nuevos Estados en más de la mitad de la América del Sur, nos unió desde entonces a los ciudadanos de la Grancolombia. Esta palabra, Colombia, cargada de Utopía y de Esperanza brotó como la suave paloma en la tormenta diluvial, buscando el espacio pacífico, la Justicia y la Civilización de los países recién nacidos. Donde ella se posó, donde encontró el cielo claro, reclinamos nuestra Arca salvada del Huracán heroico. Y cuando Bolívar moría en Santa Marta, agotado de tanto dar, con la palabra Colombia en sus labios agonizantes, no sólo nos dejaba batallas; no sólo

entregaba al recuerdo de una pasmosa Mitología las piedras miliars de Carabobo y de Boyacá, sino su pensamiento creador, de fuego más perenne que el de los combates y en el que se contenía como en la semilla la potencial esbeltez de la espiga, toda la potencia nutricia del porvenir. (Picón, D., 1987, p. 267-268)

De una parte de esa heredad común bolivariana quiero hablarles en la conferencia de hoy. Más que historiador he sido caminante y sencillo escucha por las rutas y la leyenda de mi país. Y acaso estas experiencias, estos testimonios de los cuales aún no se ocupa la Historia escrita, puedan entreteneros un poco en vuestra seria labor académica. Dispensadme si en el trabajo que voy a leeros se alude tan poco a los libros porque he preferido recoger, más bien, impresiones directas; paisajes de Cordillera o llanura que yo recorrí, conversaciones con labriegos y aventureros, Historia popular que se está forjando en los trabajos y anhelos de cada día. (Picón, D., 1987, p. 269-270)

Sobre la conferencia que dictó Mariano Picón Salas con motivo de su elección como miembro correspondiente de la Academia Colombiana de Historia, no se puede dar una información fundada en la certeza, sin embargo, varios son los indicios que permiten deducir que se trata del emblemático ensayo “Esquema de Venezuela”, que más tarde será retitulado “Comprensión de Venezuela” y dará nombre al libro más importante de Mariano Picón Salas sobre temas venezolanos.

Los indicios que permiten concluir lo anterior, parten de la información sobre las “Conferencias” que fueron dictadas en la Academia en 1948 relacionadas en el informe de ese año del Secretario, antes citado. En dicho informe, deja asentado Roberto Cortázar que en 1948:

Para las festividades patrias la Junta de Festejos organizó un ciclo de conferencias que se realizó en días de los meses de julio y agosto, con creciente concurrencia, pudiendo notarse la consoladora de elementos estudiantiles, que así han querido ahondar su aprendizaje en fuentes de serenidad y de justicia. Don Jorge Ricardo Vejarano nos dio a conocer, como una primicia, los dos primeros capítulos del segundo tomo de su obra sobre Bolívar, en los cuales se inicia el primer exilio de Venezuela y el arribo a Cartagena; don Mariano Picón Salas trazó en un esquema de Venezuela la formación de aquel gran pueblo, que resistió el mayor peso de la independencia de América; don Manuel José Forero puso en parangón la fortaleza cívica en la lucha libertaria de dos varones excelsos: Bolívar y Camilo Torres; don

Gustavo Otero Muñoz trazó el panorama, desconsolador todavía, de las guerras civiles de 1840 y 1851; don Nicolás García Samudio rindió un cálido y justo homenaje a la memoria del General Carlos Cuervo Márquez, al descubrirse el retrato de este historiador en nuestra Academia; don Enrique Otero D'Costa, con la facilidad propia del que trajina a diario con viejos papeles, disertó sobre varios aspectos militares de la vida del General Santander, como fueron su espíritu organizador, cierta videncia que venía muy bien a sus concepciones guerreras, el valor en los combates, su respeto a la disciplina, en fin, cualidades que lo hubieran convertido en uno de los primeros militares si el Libertador no lo hubiera adivinado para confiarle los destinos civiles de la nueva República; don Carlos Restrepo Canal trazó un cuadro completo del sentido legalista de la Conquista, gracias a las condiciones de letrado de don Gonzalo Jiménez de Quesada; don José Restrepo Posada esbozó una interesante página de historia colonial al referir las luchas de la Audiencia con los primates eclesiásticos, luchas las más de las veces fundadas en recelos protocolarios con mengua del buen servicio público, pero esos eran los tiempos cuando Santafé apenas despertaba con las buenas o malas andanzas de golillas y canónigos; don Daniel Ortega Ricaurte trajo a cuento en su conferencia una página de la Patria Boba, cuando ya empezaban a motejarse los bandos contendores con los despectivos nombres de pateadores y carracos, sin acordarse que el enemigo golpeaba a las puertas de la Nueva Granada; y por último, don Luis Augusto Cuervo, amigo de que no se olvide lo que tiene verdadero valor en nuestros anales, hizo una simpática semblanza de don Ezequiel Uricoechea, honor de la ciencia filológica y varón que contribuyó a dilatar afuera el buen nombre de Colombia. Tal fue, a grandes rasgos, el ciclo de conferencias de este año. Todas ellas aparecerán en breve en publicación de la Academia, como medio eficaz de divulgación histórica y para corresponder a la gentileza de los señores Académicos que prestaron su concurso al brillo de las festividades patrias. (Cortázar, 1952, p. 641)

En efecto, tal como lo indica Cortázar, la Academia Colombiana de Historia publica en 1948 un libro intitulado *Conferencias pronunciadas por sus autores en la sala de la Academia en el año de 1948*. En este volumen luego de unas pocas páginas introductorias del presidente Eduardo Rodríguez Piñeres, en las que destaca la esencia civilista de Colombia con motivo de repudiar los levantamientos populares del 9 de abril, y seguido del trabajo de Vejarano sobre Bolívar, aparece la contribución de Mariano Picón Salas titulada “Comprensión de Venezuela”. Por la temática de

este escrito y por su forma ensayística, es permitido concluir que se trate de la conferencia que Picón Salas anuncia a Cortázar en la carta citada. La fecha de esta conferencia, más allá de lo indicado por Cortázar, “ciclo de conferencias que se realizó en días de los meses de julio y agosto”, se puede precisar por una recepción que hace Graciela Mendoza de Vanegas para *El Tiempo*. Con fecha del domingo 29 de agosto de 1948 se publica en la segunda sección del diario un artículo con el título “En la Academia. Mariano Picón Salas”. En este artículo, la autora presenta un elogio y una sintética descripción del autor y su obra:

Es una inteligencia en continua efervescencia, de una curiosidad múltiple; cuentista, crítico, periodista, biógrafo, novelista, historiador, diplomático. En todos estos géneros ha escrito ensayos y obras perdurables.

Propulsor de un movimiento intelectual de señalada significación en Chile, desde la cátedra de varias Universidades, alcanzadas por concurso; rector de educación en su país, desde el ministerio del ramo donde realizó labor fecunda y de gran resonancia, diplomático de carrera, crítico, periodista e historiador. Todos estos títulos ganados en buena lid, justifican el sillón otorgado por nuestra docta asamblea de la historia.

Picón Salas es primero que todo escritor. Su prosa, llena de ricos matices, es vigorosa, profunda, amena y disertada. En el corto espacio de una nota no cabe hacer un estudio de su obra literaria, extensa e intensa, y para ello carecemos de autoridad. Baste a nuestro intento esbozar una glosa sobre su conferencia “Perfil de Venezuela” leída en la Academia Colombiana de Historia. (Mendoza de Vanegas, 29 de agosto de 1948, 4)

Aunque exista una leve variación en el título, vale suponer que se trata de la misma conferencia, y por la fecha de publicación del artículo, vale suponer que fue dictada en esa semana. La fecha también resulta relevante, ya que antes de que Mariano Picón Salas decidiera cambiarle el título y pasara a hacer parte de su libro de ensayos *Comprensión de Venezuela* (1949), fue publicado en los mismos meses de la conferencia en dos revistas sumamente importantes, una para el pensamiento latinoamericano, *Cuadernos Americanos*, y otra para el pensamiento colombiano, *Revista de América*. En la primera de estas revistas apareció en el volumen XL (No. 4) del año VII, es decir, a la publicación correspondiente a julio-agosto de 1948. Respecto a la segunda publicación, en *Revista de América*, apareció en el volumen XV, Números 43 y 44, correspondientes a los meses de julio-agosto de 1948. Valga la pena apuntar que en ambas

publicaciones es el trabajo que abre la publicación. Finalmente, sobre la versión aparecida en *Revista de América*, se publicó una reseña en *El Tiempo*. En la sección “Cosas del Día”, aparece una breve reseña del ensayo con título homónimo.

Además de “Esquema de Venezuela”, otro de los ensayos que incluyó Mariano Picón Salas en su *Comprensión de Venezuela* (1949) ya había sido publicado en *Revista de América*, se trata de “Perfil de Caracas”, que había aparecido en el volumen II, No. 6, de junio de 1945.

XI. Los libros del embajador

Dentro de la bibliografía de Mariano Picón Salas dos son los libros que están estrechamente relacionados con Colombia. El primero, por motivos circunstanciales, es *Comprensión de Venezuela* (1949); el segundo, por su contenido temáticos, es *Pedro Claver, el santo de los esclavos* (1950).

El primer elemento que relaciona *Comprensión de Venezuela* (1949) con Colombia ya se planteó líneas atrás, por lo que no vale la pena ahondar más en ello. El segundo, que nos permite especular las motivaciones del autor, está dado por la firma que parece en el prólogo de la primera edición (Caracas: Ediciones del Ministerio de Educación Nacional. Dirección de Cultura): “Chapinero-Bogotá: 1948”. Esto quiere decir que este libro, trascendental dentro de su bibliografía por constituir uno de los más importantes elementos de la formación en Venezuela, fue concebido durante el tiempo en que Mariano Picón Salas sirvió como embajador de Venezuela en Colombia.

Más allá de lo factible que sea que la publicación de “Esquema de Venezuela”, que bajo el título “Comprensión de Venezuela” constituye el primer capítulo del libro, hubiese sido el trabajo que impulsó a Mariano Picón Salas a realizar la compilación, se puede hilar más fino o más grueso, como se quiera ver, sobre las motivaciones de compilar trabajos sobre Venezuela y publicarlos. De una consideración al vuelo que hace Víctor Díaz Arciniega (2001) sobre las desventajas del servicio diplomático para el caso de Alfonso Reyes, a saber, que “la vida errante y provisional imposibilita el arraigo y estimula la nostalgia” (p. 17), podemos partir para preguntarnos si la compilación que hace Mariano Picón Salas de sus ensayos sobre temas venezolanos, que no es la primera, en un volumen que llevase por título *Comprensión de Venezuela*, y en el que se mezclan las intuiciones literaria, sociológicas e históricas del crítico, no se debe también al hecho de estar por fuera de su país, de buscar una forma de no perder el arraigo que ya había comenzado a establecer luego de

períodos de ausencia, de combatir la nostalgia humana, sobre todo en momentos de tanta tensión político-social que se vivía en América Latina⁵² en pleno contexto de segunda posguerra, de posfascismo, en que le mundo liberal había creído derrotar al autoritarismo y totalitarismo. Sin embargo, estas especulaciones valen como eso, y junto a la motivación expresada por el autor, carecen de significación:

De multitud de páginas escritas sobre Venezuela —algunas en horas de efímero periodismo y apagadas con la luz del mismo crepúsculo— selecciono un manojito de las que acaso tengan mayor validez y vigencia. Se escribe sobre la Patria en extrema tensión y apremio; acosado por los problemas y como una forma de deber cívico más que de arte gratuito. La Cultura y los métodos que uno pudo aprender al contacto de otros libros, lenguas o civilizaciones quiere emplearse como reactivo para juzgar o mejorar lo próximo. El nacionalismo eficaz no es el de aquellos que suponen que un misterioso numen nativo, la voz de una Sibila aborigen ha de soplarles porque cruzaron el Orinoco en curiara o les azotó la ventisca del páramo de Mucuchíes, sino el de quienes saben comparar y traer a la tierra otras formas de visión, técnicas que les aclaren la circunstancia en que están sumidos. Los países como las personas solo prueban su valor y significación en contacto, contraste y analogía con los demás. Por ese anhelo de que lo “venezolano” se entienda y se defina dentro de las corrientes y las formas históricas universales, por esa responsabilidad que a veces insurge contra tantos mitos y prejuicios, ya recogí bastantes molestias en mi carrera de escritor. No hay que engañar al país, sino ayudarlo y comprenderlo. Embriagándose de palabras, en cerrado provincianismo mental, muchos venezolanos escribieron sobre la Patria como si ella fuera una excepción histórica, como si nuestra originalidad o idiosincrasia mereciese aquella literatura de asombro que provocó el país de Gulliver o las inencontrables islas de la Utopía. Cuando quise señalar dentro de un cuadro de movimientos y corrientes universales (barroco, neo-clasicismo, romanticismo, positivismo, etc.), el proceso de nuestras ideas o de nuestras letras, recibí denuestos de quienes piensan que este género de trabajos debe hacerse para elogiar a todos los amigos y llamar insuperables

⁵² 1948, que para Colombia significa el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán, significa el año del golpe de Estado militar peruano de Manuel Arturo Odría Amoretti al electo presidente civil José Luis Pablo Bustamante y Rivero, y se desencadena una persecución a muerte contra el partido de izquierda APRA y su líder Víctor Raúl Haya de la Torre. 1948 significa el año del intento de Golpe de Estado militar chileno de Carlos Ibáñez del Campo al presidente civil Gabriel Enrique González Videla. 1948 significa el golpe de Estado militar venezolano de Carlos Delgado Chalbaud al electo presidente civil Rómulo Ángel del Monte Carmelo Gallegos Freire.

artistas a todos los que ocasionalmente publicaron un soneto o una crónica. Así como nuestra Historiografía fue durante mucho tiempo listas de héroes y batallas aliñadas de profusos adjetivos, todavía se supone que la Crítica literaria debe ser un catálogo y alabanza de todos los oradores que pronunciaron discursos en las reparticiones de premios de Tucupita o de los filósofos en agraz que se preparan en Baruta a ofrecer su propia concepción del mundo.

Definir problemas aunque la definición parezca inusual a los diarios comentaristas de la vida vernácula, ha sido para mí un duro propósito de escritor en que me gustaría insistir, lejos de todo halago y todo ruido. Hay una Literatura tan maravillosa en el mundo que cuando uno, abandonando el epicúreo goce de leer, se decide a borrar su modesto testimonio, debe cumplir, al menos, una obligación de conciencia. Ya se entra en esa edad —edad de sosiego, edad penserosa— en que no nos quita el sueño la vanidad literaria, empezamos a conocernos implacablemente y no nos preocupa como a los veinte años que salga cada semana nuestro retrato o una mención de nosotros en los periódicos. Que se nos censure con razones; que se medite para rectificarnos, que encontremos adversarios que nos mejoren y superen es entonces mucho más grato que la alabanza fácil, el elogio sin motivación que como pintarrajeada flor de lata se alquila en toda Agencia de pompas fúnebres. Y a la mentida fama, a todo espejismo de celebridad, preferimos un sencillo fin de servicio; que estas cosas que nosotros pensamos, que vimos y sobre las que nos documentamos, resulten útiles a cualquiera que las encuentre o repiense; a ese lector solitario, a ese ciudadano perplejo que cualquier día en la más silenciosa biblioteca descubra entre papeles amarillos un gesto o una actitud de nuestra conciencia. Creo que el mayor goce o justificación de toda obra literaria es hablar a ese lector innominado, a ese desconocido hermano o camarada nuestro que pueda compartir nuestra misma angustia y a quien haga cavilar aquella idea —frágil plumilla de cardo— que arrojamos a la azarosa merced del viento.

MARIANO PICÓN SALAS

Chapinero-Bogotá: 1948. (Picón Salas, 1949, 7-9)

También es de recordar que en tiempos de crisis, como la que sufrió la democracia venezolana durante 1948, se han escrito muchos de los más importantes libros para sus naciones y

para la humanidad en general, y hasta que el hombre no cambié o elimine su idea del poder, estos libros seguirán ahí como bálsamos contra la “banalidad del mal”.

Valga insistir en una consideración final sobre este libro, y es que la segunda edición, corregida y aumentada, publicada en 1955 por la editorial Aguilar en Madrid, dentro de su colección de Autores Venezolanos, está prologado por el crítico colombiano Hernando Téllez, con un trabajo titulado “La obra literaria de Picón Salas”.

Por otro lado, *Pedro Claver, el santo de los esclavos* (1950) es un libro que no solo se gesta a partir de la residencia de Mariano Picón Salas en Colombia, sino que su contenido está impregnado por doquier de estampas colombianas. Respecto a lo primero, Gregory Zambrano en su biografía de Mariano Picón Salas escribe:

En Colombia, Mariano asume los acontecimientos con su acostumbrada medida. [...]. La Academia de la Historia de Colombia lo designa miembro correspondiente el 1º de julio de 1948. Hace viajes de reconocimiento y aprendizaje por el interior de Colombia. En Cartagena se deja seducir por los milagros de san Pedro Claver. Y para no hacer menos por su sentido indagatorio en la vida ejemplar de las grandes figuras, se consagra a escribir una de sus más hermosas biografías, “una aproximación emocional y poética, más que estrictamente objetiva”, dirá su autor. *Pedro Claver, el santo de los esclavos*, se publica en el Fondo de Cultura Económica de México, en 1950. (Zambrano, 2008, p. 93)

Bajo una idea general, se podría advertir que *Pedro Claver, el santo de los esclavos* es un zoom de esa historia que ya Picón Salas había relatado en *De la Conquista a la independencia*, publicado 6 años antes. Si bien este último libro es el de un juicioso investigador, su contenido se puede juzgar más por la erudición histórica y humanismo en el tratamiento de los problemas que aborda; por su parte, el libro sobre San Pedro Claver puede ser juzgado como la obra estética de un especialista. En el juicio de Luis Alberto Sánchez (1954), *Pedro Claver, el santo de los esclavos*, hasta la fecha del comentario, era el libro mejor escrito de Mariano Picón Salas: “verdadera joya de buen decir y bien sonreír”. En este sentido, vale complementar el párrafo de Zambrano recién citado, el cual muestra sin duda los caminos recorridos en esta tercera parte, con una consideración hecha por Consalvi (196) en su biografía de Mariano Picón Salas:

El 10 de febrero Picón Salas viaja a México y desde allí renuncia a su cargo de embajador. No va con las manos vacías: lleva los originales de su espléndida biografía *Pedro Claver*,

el santo de los esclavos, escrita en tan agónicos días colombianos. Su admirable disciplina de escritor, su ordenada capacidad de trabajo, le permitían refugiarse en su gabinete nocturno y escapar de las miserias de la política, aunque pasara de una inquisición a otra, de la inquisición contemporánea y desordenada a la Santa Inquisición, al régimen esclavista, al santo de los esclavos, el buen clérigo Pedro Claver. (p. 98)

En la pluma de Mariano Picón Salas, este ícono de la religión católica en Colombia es presentado a partir de fuentes que combinan la historia con la mitología. Ya desde el prólogo, el escritor advierte el aura mítica que existe a rededor del Santo que reposa en el altar de la iglesia de Cartagena que lleva su nombre. Por ello, nos deja claro el autor desde un comienzo su intención al presentar la vida del santo:

Acosado así por el agobiante material hagiográfico que desde la impresión del proceso inspiró todos los trabajos sobre el tema, mi modesta tarea apenas ha consistido en animar la figura de Claver en el ambiente histórico y social que culmina su hazaña. Me he contentado con que sea mi libro una aproximación emocional y poética, más que estrictamente objetiva. Quise, sí, relacionar la acción de Claver con ciertos hechos de historia social a los que de modo muy rápido aludieron sus biógrafos: los años de evangelización entre los indios de Tunja; la manera como debieron impresionarle algunos procesos inquisitoriales, ventilados con escándalo y violencia por el Tribunal del Santo Oficio de Cartagena; las extrañas supersticiones y causas de brujería que conmovieron en su tiempo a aquella revuelta y muy híbrida sociedad indiana. (Picón Salas, 1992, p. 12)

En este prólogo encontramos, además, varias apreciaciones de Mariano Picón Salas sobre Colombia, comenzando por un juicio sobre Cartagena con relación a la conservación de fuentes documentales para llevar a cabo la empresa propuesta:

las polillas que en Cartagena traspasan las más finas maderas, el carácter mercantil, más que erudito y universitario de la Ciudad, poblada en la colonia de móviles soldados, comerciantes y aventureros, no fue propicio a la conservación de archivos y bibliotecas donde el investigador navegue holgadamente en el pasado y coteje los papeles de la época. (Picón Salas, 1992, p. 9)

En este contexto, explica el autor que varias de las fuentes consultadas, como un ejemplar del libro *Naturaleza, policia sagrada i profana, costumbres i ritos, disciplina i catechismo*

euangelico de todos los etiopes del Padre Alonso de Sandoval, maestro de Pedro Claver, fueron consultadas en Bogotá. La información precisa sobre este tipo de consultas es “sección de libros raros de la Biblioteca de Bogotá”. Se trata de la Biblioteca Nacional de Colombia. Además, resulta interesante que Picón Salas mencione “las buenas orientaciones del joven erudito colombiano Rivas Sacconi” (p. 10). Se trata del importante intelectual colombiano José Manuel Rivas Sacconi, quien dirigió durante más de 30 años el Instituto Caro y Cuervo y es autor de la importante obra *El latín en Colombia: bosquejo histórico del humanismo colombiano* (1949). Finalmente, termina Picón Salas el prólogo de su libro manifestando su aprecio por Colombia, haciendo un homenaje que da sentido a esta investigación:

Y más que de fichas y papeles viejos, este libro es fruto de muchas horas de contemplación ante el paisaje de Cartagena de Indias, de sus fuertes, de sus murallas y callejuelas, de las leyendas de santos y piratas que todavía se recogen en tan historiado litoral, de la gesta de la raza negra que con la acción de aquel misionero empezó a fijar sus preteridos derechos humanos.

Quiero, además, que sea esta pequeña obra donde hay tanto paisaje y emoción colombiana recogidos directamente, muestra de mi amor a Colombia, fraternal tierra en que viví días inolvidables. Lo que al principio iba a ser apunte volandero de una visita a Cartagena, se trocó en libro e investigación, merced al estímulo de tantos amigos colombianos. Saben ellos cómo les sigue y corresponde mi gratitud.

MARIANO PICÓN SALAS

México, D.F., julio de 1949. (Picón Salas, 1992, pp. 12-13)

Tal como lo indica Picón Salas, su libro es una exposición de visiones de Cartagena de Indias, pero no solo eso, es una visión de Colombia, de su configuración social y cultural, no solo de santidad y brujería, en el siglo XVII; es un filón de la historia de la conquista y colonización. Para un colombiano, la lectura del libro *Pedro Claver, el santo de los esclavos* es no solo una experiencia estética donde se describe un nuevo reino en ciernes, de Santa Fe de Bogotá a Cartagena, una Cartagena de Indias como núcleo de la creación de una sociedad colonial que se consolidaba en la alta sabana; sino también un instrumento de análisis para juzgar cómo se llevó a cabo la conquista y colonización del Nuevo Reino de Granada. Por tan alta factura literaria, merece

el libro citar el contrapunteo que traza Mariano Picón Salas (1992) entre Cartagena de Indias y Santa Fe de Bogotá:

“Cartagena de Indias —dice un cronista de entonces— es ciudad fortificada con el precinto de valientes muros y torreones, coronada de mucha y gruesa artillería, con muchas plazas de milicia pagadas por Su Majestad; escala principal de la gruesa y poderosa armada de galeones que vienen a Tierra Firme de que salen a las ferias de Portobelo y vuelven a las del Nuevo Reino. Tiene casas de hermosa y levantada fábrica con grande y vistosa balconería”. [...]

Cuatro asuntos de admiración —a más del rosario de fuertes y bastiones en piedra berroqueña que ya ceñían la ciudad y que se ponían bajo el patrocinio de los santos— había que ver en Cartagena para novicio tan curioso y ávido de nuevas tareas como Pedro Claver. Uno era el Cerro de la Popa, rescatado del diabólico culto de cierto demonio llamado Buzirago, por la profética iluminación de Fray Alonso de la Cruz Paredes; otro era la viviente reliquia —casi momificada en vida— de Fray Dionisio, confesor y compañero de San Francisco Javier en las misiones de la China; otro, la gran sabiduría del Padre Alonso de Sandoval, y, por último, los cotidianos milagros que aun a la vista de gentes pecadoras y escépticas cumplía la beata María del Rosario. En las callejuelas, detrás de la Aduana, en las tiendas de los portugueses, en cada patio donde la gente se reúne junto al frescor del aljibe; en el refectorio de los jesuitas se habla de estos hechos, y también harían pensar a nuestro novicio en los días en que se repara del viaje marítimo, antes de proseguir la dilatada marcha a Santa Fe. (pp. 44-45)

Después de escalar páramos, cerrado el horizonte por las cumbres de Suma Paz, extendíase el extraño milagro de la sabana de Bogotá. Planicie casi celeste para que pacieran ganados, se tejiese suave lana de recentales y prosperase con el alto frescor el trigo de Europa y los melocotones y fresas de las zonas templadas. Suma Paz, en efecto, porque el mundo bullente de los mares, las armadas, las guerras y las cortes, quedaba olvidado tras de las cordilleras inaccesibles. Como si estuviera naciendo el mundo, en la vasta pradera andina se levantaban las enjalbegadas ermitas de rústica espadaña cuyas campanitas convocan a los más sencillos actos de la fe. Bajo el viento silbante, abrigados en sus rebozos y pañolones, a lomo de borriquillo, van las mujeres indias o mestizas al sacrificio de la

misa. Labriegos graves, de ojos melancólicos y pacientes, cubiertos con ruanas oscuras — versión indígena de la capa española de la época filipisca— conducen también, para pagar los diezmos eclesiásticos la ovejilla o el ternero recién nacido. Clima para la meditación y la introvisión; especie de la más alta Castilla colgada sobre la espalda de los Andes. Gente que ama la ropa negra, los modales ceremoniosos, las fórmulas del derecho, los engolados cumplidos de la cortesía española. Oidores y priores a quienes el frío y la rusticidad de la tierra hacía comer entonces colmados platos de ajíaco y rebosantes pocillos de mazamorra, dirigen un país inmenso esparcido en cordilleras y valles profundos. El terremoto, el derrumbe, la creciente, el paisaje aplastante donde los hombres son como hormigas, mantienen el prestigio de lo telúrico y sobrenatural. Hacíase, especialmente por el largo camino de la Cordillera oriental que conduce de Bogotá a Nueva Pamplona pasando por la sagrada Tunja, una complicada obra de transculturación. Con fórmulas y estilo hispano se engarzaban los fragmentos deshechos de un misterioso imperio indígena. (pp. 51-52)

Pero no son solo bellas las imágenes y certera la historia de la sociabilidad de Cartagena de Indias y Santa Fe de Bogotá, sino que también impresionan sus descripciones sobre los diferentes poblados de Cundinamarca con razón de la formación de Pedro Claver en Tunja. La descripción de los paisajes y de la historia de la conquista sobre los chibchas, se funda en la confianza de haber conocido estos poblados, lo que hace que la narración de Picón Salas parezca de un nacional.

Al referir las vejaciones de los españoles a los indígenas se repite la fórmula que con los negros esclavos, al punto que el libro en muchos lugares parezca una denuncia; al punto que el latinoamericano sienta indignación y dolor por el trato y arrebato que sufrieron los pobladores no europeos de estas tierras. Sobre esto, es importante insistir. Si en su introducción a las *Cartas* (1952) de Teresa de la Parra hace Picón Salas una vindicación de la mujer, que será más directa en el capítulo “Amor, en fin, que todo diga y cante” de su *Regreso de tres mundos* (1959), y, como se vio, en el artículo “El vikingo de Antioquia” (1952), al igual que en *Viaje al amanecer* (1943), reivindica al campesino, con quien se identificaba, *Pedro Claver* constituye una defensa y reivindicación, nos solo por voz del narrador sino también del Santo, de Sandoval o de Isabel de Urbina, del negro traído a América, de su cultura, de sus supersticiones y de su conducta tras el desarraigo de África.

Sobre la modulada voz de los chantres que preludian su salmo fúnebre prevalece el quebradizo lamento de los esclavos. Uno propala en alta voz que le dio el bautismo y le curó las llagas. En sudorosos brazos serviles, hendido ya con la fuerza de mito en el corazón de una raza oprimida, Pedro Claver penetra a la Historia. Y es todavía la suya, y abolida hace muchos años la esclavitud, la más humana leyenda que se escucha entre las amuralladas calles e imperiosa cantería de Cartagena de Indias. Pocos saben quiénes irguieron tan altivos y fuertes y aspillerados bastiones del muerto imperio español, pero nadie ignora dónde duerme el amor de sus negros y siempre florecido de milagros, el dulce Pedro Claver. (Picón Salas, 1992, p. 165)

Al igual que los otros libros de Mariano Picón Salas a los que nos hemos referido en este trabajo, *Pedro Claver, el santo de los esclavos* también contó, y en mayor medida, con una divulgación en el país a través de la prensa. A diferencia de los libros ya referenciados se puede establecer que la primera edición de *Pedro Claver, el santo de los esclavos* se hizo por entregas en enero-febrero de 1949 —un año antes de su publicación en el Fondo de Cultura Económica y meses antes que la fecha que aparece en el prólogo— en el suplemento literario *Lecturas Dominicales* de *El Tiempo* con el título “Pedro Claver, Taumaturgo de los esclavos”. Allí se publicaron consecutivamente los capítulos: IV “La flota zarpa en primavera” (2 de enero de 1949); V “Toros y gigantes de las nubes” (9 de enero de 1949); VII “Viaje a las tierras altas” (23 de enero de 1949); IX “Como un borriquillo ante ti” (13 de febrero de 1949); X “La celda del monstruo” (20 de febrero de 1949); y XI “Tiempo muerto” (27 de febrero de 1949). Por la fecha, se puede completar una visión genética de la obra, ya que si se dijo que esta surgió de un viaje del autor a Cartagena de Indias, se nota que antes de salir del país ya tenía bastante adelantado el libro. Estas primeras versiones de los capítulos son un testimonio valiosísimo para cuando se pretenda hacer una edición crítico-genética de la obra, sobre todo atendiendo un asunto clave: el título. De estas publicaciones se puede inferir que originalmente el título del libro iba a ser “Pedro Claver, Taumaturgo de los esclavos”, título que al final cambió a *Pedro Claver, el santo de los esclavos*. Vale la pena especular que el cambio de “taumaturgo” por “santo” pudo ser una sugerencia del editor, ya que a lo largo del libro Picón Salas se refiere a Pedro Claver con el adjetivo de taumaturgo, adjetivo que, visto en contexto, puede ser interpretado más como mago o hechicero que como santo. Una pequeña indicación sobre el asunto del título lo encontramos en un artículo de Jaime Posada (17 de septiembre de 1950), director de *Lecturas Dominicales*, dedicado a Mariano Picón Salas:

Dotando a los personajes de movilidad humana, dibujando el ambiente, los sitios, los peregrinajes, Mariano Picón Salas alcanzó a trabajar durante el tiempo en que estuvo desempeñando funciones de diplomático en Bogotá una biografía de Pedro Claver, el apóstol de los negros. “Taumaturgo de los esclavos” quiso denominarla, y en sus páginas queda grabada la huella de una prodigiosa constancia para batallar por la causa de los indefensos, para buscar cauces menos agobiadores. Para aclimatar sentimientos de equidad y justicia. (p. 1)

En este mismo diario, el 21 de mayo de 1951, con el título “Pedro Claver, Santo de los Esclavos” se publica el último capítulo del libro: XXIII “Descanso”. Finalmente, en la revista *Hojas de cultura popular colombiana*, publicación estatal surgida en el gobierno de Mariano Ospina Pérez, aparece publicado el capítulo XV, “Cualquier barco negrero”, en el número 35 de noviembre de 1953.

Al igual que una de las ediciones de *Comprensión de Venezuela* está relacionada con un colombiano —la segunda edición, como se dijo, estuvo a cargo de Hernando Téllez—, también *Pedro Claver, el santo de los esclavos*, en una de sus ediciones, estuvo a cargo de otro colombiano: se trata de la edición de 1969 en la colección Cimas de América, de la editorial española Revista de Occidente, colección que era dirigida por Eduardo Caballero Calderón.

Más allá de la amplia divulgación que tuvo este libro, que por su relación con Colombia era de esperarse, dentro de la recepción del libro de Mariano Picón Salas sobre Pedro Claver hay un dato que llama mucho la atención. En sus memorias, tituladas *La verdad sea dicha* (2003), el escritor colombiano Germán Espinosa cuenta que la inspiración para escribir *Los cortejos del diablo: balada de tiempos de brujas* (1970) le vino del intelectual venezolano:

De aquellos seis meses, en los que convertí mi apartamento en foco de tertulias con un puñado muy parvo de intelectuales, lo único relevante fue mi reencuentro con ciertos textos sobre historia cartagenera leídos al filo de la niñez, pero sobre todo con la biografía de Pedro Claver escrita por el venezolano Mariano Picón Salas. De allí brotó la idea de escribir una novela sobre los tiempos en que la ciudad era sede del tribunal del Santo Oficio para una extensa zona del Caribe. También, como ya lo he señalado en otras ocasiones, de la entrevista sostenida unos meses antes con Jorge Zalamea, en la cual lanzó sus agravios contra Gonzalo Arango, pero también inquirió por qué el pasado colombiano seguía virgen

desde el punto de vista novelístico. Ensayé algunos capítulos, sin fortuna. Pero ya la imagen del Inquisidor General Juan de Mañozca se configuraba, en mi espíritu, con el perfil novelesco que luego habría de imprimirle. (p. 207)⁵³

Es importante precisar que el inquisidor al que se refiere Espinosa es Juan de Mañozca y Zamora, quien de inquisidor en Cartagena pasó a arzobispo de México. Era de esperar que una biografía como la Picón Salas, tan rica en paisajes y descripciones de la vida de Cartagena, tuviera un eco en un curioso cartagenero como Espinosa. Sobre todo, que tomara un personaje de Picón Salas como Mañozca, por como el ensayista venezolano construye el personaje a lo largo del libro, pero, sobre todo, por ese potente capítulo XIII titulado “El poder de Mañozca”, el cuál es uno de los que más impresionan del relato y muestra toda la crueldad y corrupción alrededor del Tribunal de la Inquisición de Cartagena. Uno de los pasajes de este capítulo puede ser incluso la fuente de inspiración para el título del libro de Espinosa:

Y también, cuando el auto es muy solemne y la cosecha de pecados muy abundante, se da el espectáculo de quemar vivo a un hereje. Complaciendo a Mañozca, la fanatizada multitud vierte sobre los condenados que desfilan con cucuruchos e insignias de diablos, su artillería de legumbres, gruesa fruta y pedruscos. Cae ya la tarde; se canta el salmo *Miserere mei Deus*, regresa la gran cruz e inquisidores a la iglesia y quedan en la plaza vacía como los desechos de un carnaval siniestro. Es entonces cuando cruzan sobre la noche de Cartagena, alumbrada de candiles de aceite y velones de sebo, los cortejos de brujas, urdiendo maleficios. (Picón Salas, 1992, p. 94)

Adenda. “Palabras a Amigos Colombianos”

Las relaciones que hasta este punto hemos trazado deben ser tomadas como ilustrativas antes que exhaustivas, ya que las mismas, más aún, ya que el cariño de Mariano Picón Salas por Colombia, y de intelectuales colombiano por él, no terminó con su partida del país en febrero de 1949. Por un lado, como se puede observar en el inventario realizado de las publicaciones en medios colombianos, mantuvo un magisterio a partir de sus ensayos y la divulgación de sus obras; por otro,

⁵³ Agradecemos al periodista y compañero de la Maestría en Literatura Santiago Domínguez, quien a raíz de su investigación sobre Germán Espinosa nos señaló esta importante fuente.

quedan en las páginas de *El Tiempo* al menos tres testimonios del cariño hacia Mariano Picón Salas y del escritor venezolano con el medio colombiano.

Al año siguiente de su partida, aparece en la primera página de *Lecturas Dominicales*, el 17 de septiembre de 1950, una foto de Mariano Picón Salas junto a Waldo Frank y Jaime Posada, director del suplemento literario de *El Tiempo*. Se trata de la imagen que acompaña un artículo del propio Posada sobre el ensayista venezolano titulado “Tarea del escritor americano”. El artículo, más allá de reconocer los méritos como escritor de Picón Salas, de elogiar algunas de sus obras, de reseñar “Esquema de Venezuela” —artículo, como se vio, tan íntimamente ligado a los medios e instituciones colombianas— y *Pedro Claver, el santo de los esclavos*, plantea sobre todo una relación intelectual del venezolano con América Latina:

Es un hombre de muy claras y definidas convicciones en la defensa y en el culto de los valores de América y de la libertad. Temas de su predilección, sobre los cuales ha expuesto puntos de vista por demás henchidos de fervor en el destino del nuevo mundo y en los íntimos vínculos que unen el continente con las formas y las perspectivas de la real democracia y del respeto a los derechos de la persona humana.

En un planeta que se ve agobiado por la presión de fuerzas y egoísmos desencadenados, ante la furia indetenida de los últimos mitos, Picón Salas proclama la urgencia de salvar la fisionomía, el carácter de Latinoamérica, afianzando su vocación de paz y de justicia, su rechazo a las dictaduras, su posibilidad de asegurar más aún solidaridades que como la grancolombiana otean dilatados horizontes.

Y en verdad, como él lo cree, la más clara, la más nítida expresión de la organización jurídica en el continente está en las relaciones de paz y concordia que llevan Venezuela y Colombia. Si América se ha erguido como un soberano milagro, como la única arquitectura verídica de paz y derecho en un mundo azotado por mil lenguas del apocalipsis, el sentimiento que une dos pueblos que fueron uno en el tiempo, comprueba hasta dónde puede llegar el esfuerzo de los hombres por acertar en la organización de su vida social e internacional.

Una de las grandes conquistas del mundo romano, quizá su mejor adquisición en el universo de los valores jurídicos, fue la primacía del “animus” o sea la honesta decisión creadora. Pues bien: lo que con mayor validez justifica la unidad colombo-venezolana es el

“animus”. Resolución de ser fieles al mandato de los próceres. Resolución de dar a los países del hemisferio una prueba de cómo no es inverosímil salvar la libertad y la democracia en la órbita de las relaciones internacionales. (Posada, 17 de septiembre de 1950, p. 1)

Las palabras de Posada inspiradas en la figura y la obra de Mariano Picón Salas demuestran su magisterio, su influencia en los espíritus colombianos, tan recelosos de su neogranadismo desde Vergara y Vergara, por un nuevo acercamiento binacional, por una recuperación de la Gran Colombia, aunque sea la del espíritu, como él mismo la planteó. Con la conciencia que abrió Mariano Picón Salas en las élites intelectuales del país —en sus ensayos, discursos, en su trabajo como embajador—, renovó el bastión que creó Bolívar y que se llama la Gran Colombia, que aunque asaltado en múltiples ocasiones, desde Laureano Gómez-Rojas Pinilla hasta Álvaro Uribe-Iván Duque, sigue con los cimientos firmes para la defensa de los valores grancolombianos.

Otra muestra del cariño entre Colombia y Mariano Picón Salas, la encontramos el domingo 1 de diciembre de 1957, día en que aparecen, en el suplemento literario de *Lecturas Dominicales* de *El Tiempo*, las respuestas a un cuestionario que le hace llegar Graciela Mendoza de Vanegas al intelectual venezolano. Presentadas en el suplemento como una especie de entrevista, las palabras de Picón Salas aparecen con el sugestivo título “Aspectos de la Literatura Venezolana / Reencuentro con Mariano Picón Salas”. El primer enunciado del título describe la intención de la entrevista: dar un parte, a través del conocimiento en crítica literaria de Picón Salas, de los nuevos movimientos, libros y autores de la literatura venezolana en historia, novela, poesía y teatro. El segundo enunciado, “Reencuentro con Mariano Picón Salas”, se debe a la intención con que el diario presenta al intelectual: como un miembro de la casa. La presentación, que pasamos a citar, no hace más que confirmar la relación y los afectos del diario por el intelectual, además de lo que significó para país en cuanto promotor del pensamiento:

La figura de Mariano Picón Salas es suficientemente conocida en América Latina. Las letras del Continente le deben un valioso aporte, y en ellas ha conquistado sus mejores éxitos. Cuentista, crítico, periodista, biógrafo, novelista, historiador, es una inteligencia siempre alerta a todas las inquietudes del espíritu.

Mariano Picón Salas es un estudioso por temperamento, por vocación y la mayor parte de su vida la ha consagrado a los trabajos investigativos.

Diplomático, ha representado con brillo a su país en diferentes naciones de Europa y América. Entre nosotros en Colombia, y como Embajador de Venezuela, vivió más de dos años y allí fue especialmente apreciado. Tuvo oportunidad de vincularse a los colombianos a través de su obra literaria y periodística, pues fue colaborador de EL TIEMPO. Sus ensayos sobre diferentes temas literarios y científicos, constituyen una obra perdurable. En nuestro país escribió algunos libros, entre otros “San Pedro Claver”, obra sociológica de importancia, sobre todo en estos tiempos en los cuales el problema de la discriminación racial es un tema palpitante. La Academia Nacional de Historia tuvo el acierto de llevar a su seno a este ilustre hombre de América.

Sabedora del cariño que Mariano siente por Colombia y conociendo en inmenso aprecio que tiene por nuestra casa de EL TIEMPO donde goza de especial estimación, le he enviado a Caracas un cuestionario que gustoso ha respondido para ser publicado en EL TIEMPO ya aludido. (p. 1)

Las respuestas al cuestionario de Graciela Mendoza —que muestran el interés que existía en el país por la literatura venezolana— son relevantes en cuanto a crítica literaria venezolana en la década de 1950, pero más allá de esto, contienen una respuesta importante para comprender la bibliografía de Mariano Picón Salas. Ante la última pregunta del cuestionario, “—¿Tiene usted en el momento alguna obra en preparación?”, el escritor venezolano da pistas sobre la motivación detrás de la escritura de *Regreso de tres mundos*, libro que publicará dos años después en el Fondo de Cultura Económica de México:

—Ya que me hace preguntas indiscretas, le diré que sí estoy preparando un extenso libro en que quiero dejar memoria de lo más importante que ha visto y padecido mi generación y con mi generación, yo mismo. Ya decía Montaigne que no hay materia en que pueda encontrarse especialista mejor que aquella en que hemos visto reflejada en nosotros mismos la humana condición.

México, noviembre de 1957. (p. 1)

De otra parte, del cariño de Mariano Picón Salas por Colombia que se menciona en la entrevista, existe una carta publicada también en *Lecturas Dominicales* donde, al igual que en los discursos, ensayos y entrevistas citados a lo largo de este trabajo, el escritor venezolano deja saber la afinidad, la hermandad que une a los venezolanos con Colombia. La carta, dirigida a Roberto

García-Peña con motivo de los 150 años de la Revuelta del 20 de julio de 1810, y publicada el 17 de julio de 1960 bajo el título “Palabras a Amigos Colombianos”, es la mejor forma de cerrar esta investigación, al mismo tiempo que deja abierta la posibilidad a un sin número de investigaciones en donde se siga indagando por la historia y relaciones entre Colombia y Venezuela, en lo político, lo cultural, lo intelectual, lo literario...

Palabras a Amigos Colombianos

Por Mariano Picón Salas

(para LECTURAS DOMINICALES)

QUERIDO Roberto García-Peña:

¿Qué escribiría yo para Colombia con motivo de la gran fiesta del 150º aniversario de la Independencia, empresa común, casi historia de familia, en que el vasto llano y los vastos ríos, los picos de los Andes que señalaban el camino de Boyacá, no fueron frontera, sino deber y cooperación fraternal? El joven Bolívar, vencido en la catástrofe de la primera república venezolana, parece descubrir en Cartagena el mensaje de una nueva misión. La derrota será el prólogo de más grande y desmesurada empresa. Su pensamiento también se identifica con el de Nariño y Camilo Torres. Entre los jóvenes que pasan el río Táchira, va ese adolescente de la llama, el héroe que se quema con su carga liberadora e inicia la más bella mitología de la guerra emancipadora, Antonio Ricaurte. Y antes de ser patria territorial, la palabra Colombia ya era bandera. ¡Fue la palabra que buscaron Miranda y después Bolívar, para asociarla al nacimiento de una libre comunidad de naciones americanas, el sueño de un gran cambio histórico, de utopía y esperanza, que comenzó en 1810! ¡Cómo se dilató la palabra y cómo anduvimos juntos ustedes y nosotros, subiendo cuestras, cambiando caballos y lanzas, en el largo camino que trepó hasta el alto Perú! A un extraño “Dios de Colombia” que había encarnado en él, se encomendaba Bolívar en los azares, agravios y peligros de la inmensa marcha.

Colombia nació un día de 1819 a las márgenes del Orinoco, río predestinado a unirnos, futuro Danubio que ayudará a vertebrar económicamente nuestros pueblos y que acaso servirá para crear en sus riberas, en intercambio de gentes, industrias y servicios, ese “mercado común grancolombiano” que todavía no podemos hacer. Y es que estamos, los venezolanos y colombianos, mirando esos grandes ríos como distantes y bellos espejos de Narciso que todavía no animamos ni humanizamos. Serán esos ríos, del Orinoco al Meta,

como grandes lazos de llaneros, disparados hacia una inmensidad todavía despoblada y semi-realenga. Así también la geografía y la economía en una América Latina que supere el aislamiento provincial de los países, completarán el vaticinio de la historia. Hay —lo hemos dicho muchas veces— una segunda batalla de independencia que es la de ensanchar la educación, la técnica, la productividad y, por ende, la justicia, en nuestros pueblos desigualmente desarrollados. A la unidad lingüística y espiritual debe seguir esa unidad económica o quizás política, con que la América Latina se rescatará —como ya lo pensaba Bolívar— de la tiranía doméstica y de todo abuso extranjero. Hay venturosamente ahora líderes y conductores que lo comprenden. Y cuando el presidente de Colombia se encuentre con el presidente de Venezuela en la frontera del Táchira, no cambiarán solo una visita protocolaria con las ceremonias usuales entre jefes de Estado, sino que continuarán el diálogo de ideas, de cooperación y previsión política que tantas veces sostuvieron Alberto Lleras Camargo y Rómulo Betancourt. Son hombres que vienen de un largo combate de entrenamiento civil, que estudiaron en los libros y sufrieron persecuciones por la justicia, y entienden su compromiso con América. “En Colombia jamás habrá tiranos”, dijeron ustedes con palabras de un viejo himno del siglo XIX, cuando expulsaron hace cuatro años a su aprendiz de autócrata, y repetimos nosotros en 1958, al arrojar al nuestro.

Estamos aún, a 150 años de nuestra declaración de independencia, en una difícil pedagogía de la democracia, para la cual requerimos también asistencia y ayuda. Si queremos salvar al continente del furor destructivo y la insurrección autónoma que brota en otras zonas del mundo, el plan de justicia, libertad política y derechos humanos para nuestros pueblos, debe darse ahora más profundo sentido y misión al sistema interamericano. No queremos ser satélites de ninguno de los grandes imperios que pudieran disputarse el universo. Y el realismo político de la nueva coyuntura, la convivencia civilizadora contra toda amenaza de guerra mundial, debe integrarse en aquella tradición ética que a través del cristianismo y del humanismo, parece la mejor herencia de occidente. Esta razón ética, superior al simple realismo rastrero que puede sancionar toda injusticia, ya era invocada en el siglo XIX por un humanista de Colombia: “el hecho, cuando no tiene, ni admite, ni consiente fundamento alguno, alegado como razón única, es un insulto a la razón verdadera. Soberbia y locura sería pedir la razón última de las cosas; pero es fuero propio de seres racionales exigir a los hechos que presenten su título como manifestaciones

o agentes de fuerzas superiores”. Hemos vivido durante las últimas cuatro décadas de guerras y revoluciones mundiales, en un mundo de “hechos sin título”, en largos períodos de vacancia de libertad y de legalidad. Quienes en este momento de la historia latinoamericana, que, por contraste quiere ser más veraz que otras épocas de perífrasis o de mentira, clamamos ante la OEA por los crímenes de una monstruosa satrapía como la del generalísimo Trujillo en Santo Domingo, no somos precisamente los “comunistas” de que habla el dictador, sino sencillas gentes cristianas; queremos acaso que las palabras del “Sermón de la Montaña”, la más antigua carta de liberación del hombre, lleguen hasta un pueblo de hermanos injustamente azotado y escarnecido. También la democracia latinoamericana por la que se empezó a luchar en el tiempo de Bolívar, es alianza moral contra el crimen y defensa solidaria de nuestra libertad.

Pienso en Colombia y en tantos amigos con quienes compartí amistad y hospitalidad en permanencia que dejó larga marca en mi corazón, con motivo de las fiestas del Sesquicentenario. Nuestras banderas nacieron, se colorearon y combatieron juntas cuando desde Caracas hasta El Cuzco, desde Boyacá hasta Ayacucho, los pueblos se movilizaron a crear esa “patria común” que fue el prospecto y la maravillosa peripecia de los hombres de 1810. El venezolano Anzoátegui fue a devolver en Boyacá la dadiva de sangre y sacrificio que había hecho el neogranadino Ricaurte. Santander espera a Bolívar en los llanos de Casanare. Córdova se va con Sucre a Ayacucho. En Restrepo, en Yanes, en Posada Gutiérrez, en O'Leary, en las “Memorias de un abanderado”, en los grandes testigos de los días heroicos, esa historia parece no conocer las fronteras. Y es semejante hermandad arraigada en la sangre y en la leyenda, una de las mayores promesas de cooperación y entendimiento que ofrecen a la historia americana, que todavía nos espera, las naciones que libertó Bolívar.

Quiero mandar a través de EL TIEMPO para la gran fiesta de Colombia, mi afectuoso testimonio de adhesión y de júbilo.

París, julio de 1960. (p. 1)

CONCLUSIÓN

MARIANO PICÓN SALAS PARA LA HISTORIA INTELLECTUAL Y EL GRANCOLOMBIANISMO

Con la cita *in extenso* de la carta de Mariano Picón Salas a Roberto García-Peña hubiese sido factible cerrar este trabajo. La misma hubiese dejado al lector en el más regocijado estado de intriga por un no-cierre, como en las películas cuando se espera algo más y solo aparecen los créditos. Sin embargo, se hace necesario hacer una conclusión que cierre el círculo de estas indagaciones, exposiciones y especulaciones. Aunque se pueda considerar que cada uno de los apartados de este trabajo contenga en sí una conclusión sobre lo que cada uno presenta, podemos decir todavía algo vinculado a la investigación dentro del marco epistemológico de la historia intelectual.

Trabajar un autor de la estatura de Mariano Picón Salas no es una tarea, en ningún sentido, sencilla. Repitiendo un juicio expresado en varios lugares de este trabajo, Mariano Picón Salas se cuenta en la plana mayor de los intelectuales latinoamericanos del siglo XX, además, de los mejores escritores de nuestra historia continental. Por su obra ha sido considerado por muchos como un digno sucesor de Andrés Bello en Venezuela, y como él, gran humanista de esa patria, ya no en el XIX sino en el siglo XX. Sumado a esto, estamos hablando de un escritor que nació hace más de un siglo —en 1901—, y que murió hace más de 50 años —siendo estudiado incluso antes de su muerte—. Sin embargo, como todo en la investigación histórica, nada está dicho en su totalidad. Como el mundo, estudiado por todas las disciplinas científicas, también la vida de una persona tiene múltiples y desconocidas aristas. Y al igual que cada disciplina científica del ramo de las ciencias físico-naturales, en las que cuento las matemáticas y las médicas, avanza en sus teorías y métodos para darnos un nuevo parte sobre lo que no comprendemos, así también las disciplinas del ramo de la sociales y humanas avanzan y afinan sus teorías y métodos para dar nuevos partes del mundo social y humano. Se les pide a estas el dominio de los materiales o fuentes y su crítica. Es en este punto que revisar la figura y la obra de Mariano Picón Salas, al igual que de tantos otros grandes hombres de nuestra tradición, es, no solo una posibilidad, sino, sobre todo, una necesidad.

En estos casi sesenta años desde la muerte de Mariano Picón Salas, como se vio en la introducción, la inteligencia, en especial la venezolana, se ha ocupado de desentrañar su obra y la significación de su figura, y aunque existe una multiplicidad de trabajos valiosísimos, canónicos y

referentes, los nuevos aires disciplinares hacen patente la necesidad de acercarse al gran humanista desde nuevas fuentes; en especial, acercarse con una mirada integradora desde esas fuentes. Esta es la pertinencia de un trabajo como el que aquí se presentó, llevado a cabo desde los parámetros teórico-epistemológicos de la historia intelectual. Esta disciplina histórica permite al investigador privilegiar fuentes que no son tenidas en cuenta, en la mayoría de los casos, en la crítica literaria. No se pretende ser taxativo, mucho menos determinar la crítica literaria que tantas posibilidades abre para acercarse a una obra, sin embargo, bien se podría afirmar que la historia intelectual viene a renovar viejos postulados. Más aún, la historia intelectual no solo permite al investigador el uso de diversas fuentes históricas y sociales, sino que lo obliga a ser lo más exhaustivo posible en las reconstrucciones que hace de las relaciones intelectuales.

En esta misma medida, dentro de la historia intelectual una metodología como la biografía intelectual permite hacerle nuevas preguntas a la vida y obra del autor. En este sentido, aunque existen tres importantes biografías de Mariano Picón Salas, la de Morin (1979), la de Consalvi (1996) y la de Zambrano (2008), la biografía intelectual permite salirse del objetivo de la biografía en su sentido clásico, esto es, dar un parte con relativa profundidad de la vida completa de un autor, desde su nacimiento hasta su muerte. Esta posibilidad, que se traduce en el interés por entender épocas específicas de la vida de un autor, se complementa con otra, la posibilidad de indagar por preguntas y relaciones específicas, es decir, poner al autor en una situación, en un marco de sociabilidad específico.

De esta manera, la principal conclusión que puede presentar este trabajo, y sobre la que girarán las siguientes páginas, tiene que ver con la riqueza metodológica que comprende la historia intelectual para analizar relaciones intelectuales (como redes nacionales y transnacionales, o epistolarios, o diarios, o vida diplomática) que no han sido suficientemente estudiados, y visitar aquellos que, por su importancia y distancia histórica, parecen intocables. En este sentido, una metodología como la aquí utilizada, la de la biografía intelectual, entendida, como ya se dijo, no como el objetivo de hacer un juicio final y completo de un autor, sino también como la posibilidad de estudiar momentos de su vida o relaciones específicas —el caso de la investigación de Juan Guillermo Gómez y la aquí presentada— abre un mundo de posibilidades: presentar y relacionar fuentes históricas diferentes, las cuales permiten un perfil intelectual insospechado. En el caso de esta investigación se deben señalar dos asuntos importantes, no distintos sino complementarios: el primero tiene que ver con la definición del tema, el segundo con las fuentes.

Independiente del camino que siga el investigador para definir su objeto de estudio —aquí presentamos de manera más o menos detallada la importancia de un buen artículo de revisión para definir el objeto de investigación—, lo seguro es que este camino, si se abona desde la historia intelectual, conduce a definiciones epistemológicas coincidentes; es decir, pone al investigador en un mismo punto de partida con varios caminos delante. Así, aunque para esta investigación se definió estudiar la relación entre Mariano Picón Salas y Colombia, el mismo punto de partida está trazado para la relación del intelectual venezolano con Brasil, la Unesco o Perú, por solo señalar los ejemplos que en este trabajo se dieron.

Respecto al segundo asunto, el de las fuentes, dado el objetivo de mostrar cuáles fueron las relaciones de Mariano Picón Salas con Colombia, y cómo estas se desarrollaron, las fuentes se multiplicaron: epistolarios, archivos diplomáticos, testimonios, entrevistas, notas de prensa colombiana sobre Mariano Picón Salas, discursos publicados en prensa y revistas colombianas, ensayos y artículos en prensa colombiana de Mariano Picón Salas, libros y ensayos de Mariano Picón Salas, reseñas en prensa colombiana de obras de Mariano Picón Salas, archivos de la Academia Colombiana de Historia y fondos bibliográficos. Estas fuentes se complementaron con una importante cantidad de bibliografía histórica y académica, además de libros clásicos como *Cesarismo Democrático. Estudio sobre las bases sociológicas de la constitución efectiva de Venezuela* (1919).

En el sentido de demostrar las potencialidades de la historia intelectual y la biografía intelectual, y partiendo del tratamiento de las fuentes antes enunciadas, en la primera parte de este trabajo se establecieron las relaciones entre Colombia y Venezuela a partir de la definición del exilio como una institución intelectual, pasando después a establecer las relaciones, desde el exilio, de Mariano Picón Salas y Rómulo Betancourt. En el objetivo de trazar esta relación fueron fundamentales las cartas cruzadas entre ambos y publicadas por Delia Picón en *Mariano Picón-Salas y sus amigos* (2004). Para establecer estas relaciones fue importante también mostrar el contexto generacional e ideológico en que se formaron las dos personalidades, y cómo estos intentaron romper con ese contexto desde un hito para la historia política venezolana del siglo XX como el Plan de Barranquilla. Si bien en este apartado la ciudad caribe, y Colombia en general, aparecen como telón de fondo, el mismo es fundamental ya que permite al lector hacerse una imagen de la orientación política e ideológica de Mariano Picón Salas. Trazar este perfil ideológico

fue necesario puesto que la concepción política del intelectual venezolano marcará el ritmo de sus relaciones con los medios y los intelectuales colombianos.

Con estas concepciones como ante sala, en la segunda parte se trazaron propiamente las relaciones de Mariano Picón Salas con Colombia en el siguiente sentido: una revisión y catalogación de las colaboraciones del escritor venezolano en medios colombianos permite observar la recurrencia de la publicación de sus artículos en tres medios específicos: *El Tiempo*, y su suplemento *Lecturas Dominicales*, la *Revista de América*, de la misma casa editorial, y el semanario *Sábado*. La tesis que subyace a esta segunda parte es que por sus afinidades intelectuales e ideológicas Mariano Picón Salas se integró en el circuito intelectual-cultural del liberalismo. Así, partiendo de la tendencia de publicación mencionada, se trazaron sobre todo tres relaciones: con *El Tiempo* y con su propietario Eduardo Santos y su director Roberto García-Peña; con la *Revista de América* y su director Germán Arciniegas; y con el semanario *Sábado* y su director Plinio Mendoza Neira. Pero este capítulo es algo más, allí también se da cuenta de la recepción de la obra de Mariano Picón Salas, señalando las reseñas a su obra o artículos sobre ella y su personalidad; se da también cuenta allí de la primera visita de Mariano Picón Salas, junto a José Rafael Pocaterra, a Colombia por invitación de Eduardo Santos para la inauguración del Instituto Colombo-Venezolano de Cultura. Para establecer estas relaciones, fueron igualmente importantes los epistolarios publicados por Delia Picón, además de la revisión de prensa y la consulta de fondos bibliográficos como el Fondo Eduardo Santos de la Biblioteca Luis Ángel Arango, de la Biblioteca Nacional de Colombia y de la Academia Colombiana de Historia; y el fondo Germán Arciniegas de la Biblioteca Nacional de Colombia. Finalmente, gracias a los epistolarios publicados por Delia Picón y al archivo de Rafael Gutiérrez Girardot en custodia del GELCIL, se pudo establecer la relación entre el intelectual venezolano y el crítico colombiano, mostrando el reconocimiento de que gozó Mariano Picón Salas por parte de una generación diferente a la de Santos, Arciniegas y Mendoza Neira. Valga destacar como una de las conclusiones de la segunda parte la demostración de unas relaciones entrañables, no solo en un sentido intelectual, entre Colombia y Venezuela a partir de lo que Mariano Picón Salas denominó la “Gran Colombia del Espíritu”.

En el objetivo de dar cuenta de las relaciones de Mariano Picón Salas con Colombia, hay un episodio que es trascendental y es su desempeño como Embajador Extraordinario y Plenipotenciario de Venezuela en Colombia desde septiembre de 1947 hasta febrero de 1949. En este periodo de tiempo, tocó al intelectual venezolano batallar, no solo con los intrínquilis propios

del servicio diplomático, sino también con las intrigas del Partido Conservador que quería usar a Venezuela como caballo de batalla en contra de los liberales. Le tocó a Mariano Picón Salas vivenciar también aquel episodio, parteaguas, trascendental para la historia de Colombia: el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán el 9 de abril de 1948. Tan variados hechos hacen de la tercera parte de este trabajo un punto de partida para comprender la categoría de “intelectual/diplomático”, planteada por Marichal y Pita (2019). Las potencialidades de esta tercera parte se encuentran en la conjunción y tratamiento de fuentes como los archivos diplomáticos, para este caso los publicados por Delia Picón en *Mariano Picón-Salas, Embajador de Venezuela* y los que reposan en el Archivo General de la Nación de Colombia, y la revisión de prensa durante este periodo, de donde se obtuvieron una importante cantidad de notas sobre la representación de Mariano Picón Salas y varias entrevistas. Una conclusión de este apartado podría enmarcarse en la postulación de lo que Mariano Picón Salas llamó la “diplomacia de amistad”, directriz para las relaciones entre Colombia y Venezuela, dada la herencia común de estas dos naciones.

Para cerrar, vale la pena entresacar una conclusión personal-intelectual sobre lo que significa este trabajo y la figura de Mariano Picón Salas para Colombia y para un colombiano. Nacido en las postrimerías del siglo XX, el autor de este trabajo maduró en una época de constantes disputas colombo-venezolanas por cuenta de las confrontaciones políticas e ideológicas de Álvaro Uribe Vélez y Hugo Chávez Frías, y sus sucesores. Estos combates políticos estuvieron sazonados con amenazas de intervenciones militares; conflictos fronterizos; una inmigración masiva de venezolanos a Colombia; xenofobia de muchos colombianos hacia los venezolanos que llegaban al país —y que, como cualquier forma de irracionalismo, olvidaba la historia o los momentos en que fueron los colombianos quienes migraron a Venezuela buscando los sueños que prometía la bonanza petrolera del hermano país—; los conflictos sociales que se comenzaron a producir en el país al no estar preparado para recibir a los migrantes; el cierre de las fronteras; la cancelación de los vuelos aéreos entre los países; los discursos políticos que usan a los venezolanos como caballo de batalla político y que hasta la actualidad se reproducen... Si bien solo hasta el actual gobierno de Colombia parece haber una intención de reanudar las relaciones entre ambas naciones —se ha producido la reactivación de vuelos Bogotá-Caracas-Bogotá, se restablecieron los servicios diplomáticos y se normalizaron las relaciones fronterizas—, la principal conclusión a la que se puede llegar con este trabajo es la existencia de un espíritu grancolombiano, surgido de la historia común, que está por encima de cualquier discurso o ideología política. El mejor ejemplo es el buen

entendimiento, por intermediación de Mariano Picón Salas, entre Mariano Ospina Pérez y Rómulo Betancourt que se expuso en la tercera parte. Sin embargo, tal espíritu no se puede reducir exclusivamente a un asunto político, a una herencia de la batalla conjunta que se libró con Bolívar a la cabeza, sino que este espíritu se nutrió durante años con las relaciones intelectuales, el intercambio cultural, la mutua admiración que desde siempre se dispensaron los más grandes hombres de ambas naciones, así como los pueblos que veían en el otro un hermano. Referente de este ideal es Mariano Picón Salas, sus discursos en el país son una guía para la hermandad colombo-venezolana. En su vida y en su obra se encuentran los tópicos de esta relación, la justificación, los argumentos y las bases para la superación de las diferencias y los celos. El grancolombianismo debe ser paradigma antes que concepto. Recuperar este sentimiento y espíritu de hermandad es pues tarea urgente.

Referencias bibliográficas

- “Venezuela, 1945”. Conceptos de la prensa bogotana. (28 de abril de 1945). *Sábado*.
- A las Dos Llegó a la ciudad el Nuevo Embajador de Venezuela. (06 de octubre de 1947). *El Tiempo*.
- Abel, C. (1987). *Política, Iglesia y Partidos en Colombia*. Bogotá: FAES-Universidad Nacional de Colombia.
- Academia Colombiana de Historia (1949). Acta Sesión del 1.º de julio de 1948. *Boletín de Historia y Antigüedades*, XXXVI(411 a 413), 202.
- Altamirano, C. (2014). Sobre la historia intelectual. En Vivas, S. (Ed.). *Historia de los intelectuales en América Latina* (pp. 16-31). Diente de León, Universidad de Antioquia. Facultad de Comunicaciones.
- Arciniegas, G. (4 de agosto de 1959). Regreso de tres mundos. *Excelsior*
- Arráiz Lucca, R. (30 de agosto de 2020). Civiles: Picón Salas, los papeles del embajador. *Efecto Cocuyo*. <https://efectococuyo.com/la-humanidad/civiles-picon-salas-los-papeles-del-embajador/>
- Atehortúa, C. J. (22 de julio de 2013). Revista de América. *Hemeroteca BPP*. <https://hemerotecabpp.wordpress.com/2013/07/22/revista-de-america/>
- Azuela, M. (1940). Portadilla. En Picón Salas, M. *Odisea de Tierra Firme* (7-8). Santiago de Chile: Zig-Zag.
- Betancourt Mendieta, A. (2016). “Revista de las Indias (1938-1950): La difusión cultural y el mundo letrado”. *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras* 21(2), 125-147.
- Betancourt, R. (1931). “Dos libros de Picón Salas”. *Repertorio Americano* XXII(23), 364, 368-369.
- Betancourt, R. (2006). *Selección de escritos políticos (1929-1981)*. Caracas: Fundación Rómulo Betancourt.
- Betancourt, R. (2021). Perfiles de la Venezuela decadente: Laureano Vallenilla Lanz [1928]. En Ruiz Chataing, D. A. (Comp.) *Cesarismo democrático. Laureano Vallenilla Lanz. A cien*

-
- años de un gran libro. Entre el debate político y la crítica historiográfica 1919-2019.* (pp. 47-50). Caracas: Universidad Metropolitana.
- Betancourt, R. y Otero Silva, M. (2007). *En las huellas de la pezuña. Historia de la rebelión de 1928, contada por Miguel Otero Silva y Rómulo Betancourt.* Caracas: Los Libros de El Nacional.
- Billa Garrido, A. (16 de febrero de 1970). Para un retrato psicológico de Mariano Picón Salas. *El Diario Ilustrado.*
- Bolívar Bolívar, Jesús R. (2004). Barranquilla: ciudad, elite y conciencia obrera (1900-1950). *Historia Caribe, IV(9)*, 82-94.
- Burgos Moyano, H. (3 de julio de 1948). Una entrevista con el embajador de Venezuela Mariano Picón Salas. *Sábado.*
- Bustamante, N. (2001). Sinsabores y entusiasmos compartidos. Correspondencia entre Mariano Picón Salas y Mario Briceño Iragorry 1937-1958. *Boletín de la Academia Nacional de la Historia, 84 (334)*, 90-106.
- Caballero, M. (2008). *Rómulo Betancourt, político de nación.* Caracas: Editorial Alfa.
- Camargo Gámez, E. (1986). Roberto García Peña: periodista y hombre ejemplar. *Hojas universitarias 3(24)*, 262-267.
- Campos, M. A. (13 de septiembre de 2008). Dolido fervor: Correspondencia entre Mariano Picón Salas y Alfonso Reyes. *Papel Literario El Nacional.*
- Canal Ramírez, G. (16 de febrero de 1948). Realizaré desde el gobierno los ideales que inspiraron mis obras. *El Tiempo.*
- Castañón, A. (2008). Alfonso Reyes y Mariano Picón Salas: vidas paralelas del humanismo errante en América. *Armas y Letras, (64)*, 100-102.
- Cobo Borda, J. G. (1987). *Arciniegas de cuerpo entero.* Bogotá: Planeta.
- Consalvi, S. A. (14 de febrero de 2011). *El posgomecismo 1936: los partidos políticos (IV).* RunRun.es. <https://runrun.es/opinion/historia/11806/el-post-gomecismo-1936-los-partidos-politicos-iv/>

- Consalvi, S. A. (1996). *Profecía de la palabra: vida y obra de Mariano Picón Salas*. Caracas: Tierra de Gracia Editores.
- Cortázar, R. (1952). 1948. En Academia Colombiana de Historia, *Informes anuales de los secretarios de la Academia durante los primeros cincuenta años de su fundación 1902-1952*. Bogotá: Editorial Minerva.
- Díaz Arciniega, V. (2001). Prólogo: el organizador de la esperanza. En Reyes, A. *Misión diplomática. Tomo I* (pp. 9-116). México D.F.: Fondo de Cultura Económica y Secretaría de Relaciones Exteriores.
- Eastman Vélez, J. M. (1993). Roberto García Peña. *Consigna*, XVII(438), 98-99.
- Feliú Cruz, G. (1970). *Para un retrato psicológico de Mariano Picón Salas*. Santiago de Chile: Edit. Nascimento.
- Galán Sarmiento, L. C. (19 de julio de 1981). La tarea de Roberto García Peña. *Nueva Frontera* (340), 6.
- García-Peña, R. (3 de enero de 1965). Rastro de los Hechos. *El Tiempo*, 5.
- García-Peña, R. (3 de enero de 1965). Un Eminente Americano. *El Tiempo*, 4.
- Gómez García, J. G. (2021). ¿Qué es una biografía intelectual? A propósito del caso de Rafael Gutiérrez Girardot. En Zuluaga, D. A. y Quiroz, L. F. (Ed.). *Ensayos de historia intelectual. Incursiones metodológicas* (pp. 73-100). Medellín: Fondo editorial FOCO.
- Gómez García, J. G. (26 de julio de 2023). Alfonso Reyes, Mariano Picón Salas y Rafael Gutiérrez Girardot: intelectuales y diplomáticos [Ponencia]. 6º Congreso de História Intelectual da América Latina. Sao Paulo, Brasil.
- Gómez García, Juan Guillermo, Jaramillo Vélez, Ana María & Posada Fernández, Diego. (2010). Rafael Gutiérrez Girardot como diplomático. *Revista Historia y Sociedad*, (19), 63-91.
- Gómez García, Juan Guillermo. (2013). Nuevas fuentes para la interpretación de la obra crítica de Rafael Gutiérrez Girardot. *Eidos*, (19), 123-170.
- Gómez Hoyos, R. (1970). Prólogo. En García-Peña, R. *Rastro de los Hechos* (pp. 7-20). Bogotá: Editorial Kelly.

Gómez Ruíz, L. E. (26 de noviembre de 1948). [Cable cifrado]. Archivo General de la Nación (Archivos Oficiales, Ministerio de Relaciones Exteriores, Transferencia 8, Caja 825, Carpeta 191, Folio. 109), Bogotá, Colombia.

Grases, P. (1965) Contribución a la bibliografía de Mariano Picón. *Revista nacional de cultura*, 27(167-169), 112-117.

Grupo de Estudios de Literatura y Cultura Intelectual Latinoamericana. (8 de diciembre de 2014). *Plan Estratégico*. Gruplac. Recuperado el 2 de abril de 2022 de <https://scienti.minciencias.gov.co/gruplac/jsp/visualiza/visualizagr.jsp?nro=0000000004597>

Gutiérrez Girardot, R. (1984). “La literatura colombiana del siglo XX”. En Jaramillo Uribe, J. (Dir.) *Manual de historia de Colombia T. III* (pp. 445-536). Bogotá: Procultura. Tercer Mundo Editores.

Gutiérrez Girardot, R. (1995). *Dulce et decorum est pro patria mori.... Revista Universidad de Antioquia*,(241), 43-53.

Himiob Aponte, S. L. (2001). Contribuciones a Mariano Picón Salas: cronología vital y bibliografía. *Tierra firme: revista de historia y ciencias sociales*, 19 (73), 155-164.

Hoy llegará el nuevo Embajador de Venezuela. (05 de octubre de 1947). *El Tiempo*.

Jaimes, H. (1998) “Consalvi, Simón Alberto. Profecía de la palabra: Vida y obra de Mariano Picón Salas. Caracas: Tierra de Gracia Editores, 1996. *Inti: Revista de literatura Hispánica*, (48), 183-185.

La Amistad Colombo-Venezolana es Inalterable, Declara el Embajador. (25 de enero de 1948). *El Tiempo*.

La Gran Colombia del Espíritu. (2 de julio de 1945). *El Tiempo*.

Latham R. A. (1940). La odisea de un novelista. En Picón Salas, M. *Odisea de Tierra Firme* (9-13). Santiago de Chile: Zig-Zag.

Latham R. A. (1958), Mariano Picón Salas. Prólogo. En Picón Salas, M. *Ensayos escogidos* (p. IX-XXII). Santiago de Chile: Zig-Zag. Recuperado en 02 de marzo de 2024, de

https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/mariano-picon-salas-0/html/2686e53e-0d51-41b9-87db-9ccd6b148a7b_2.html

Leal, M. T. (2008). Plan de Barranquilla y el proyecto político de Rómulo Betancourt. *Tiempo y Espacio*, 18(49), 57-74. Recuperado en 02 de marzo de 2024, de http://ve.scielo.org/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1315-94962008000100004&lng=es&tlng=es.

López Bermúdez, A. (2015). *Jorge Zalamea, enlace de mundos. Quehacer literario y cosmopolitismo (1905-1969)*. Bogotá: Editorial Universidad del Rosario.

Mahecha Gómez, C. (14 de octubre de 1947). Debemos eliminar el contrabando. *El Espectador*.

Mallea, E. (18 de septiembre de 1966) Carta sobre un escritor muerto. *Lecturas Dominicales El Tiempo*.

Marichal, Carlos, & Pita, Alexandra. (2019). Algunas reflexiones sobre la historia de los intelectuales/diplomáticos latinoamericanos en los siglos XIX y XX Introducción al dossier Intelectuales y diplomacia en América Latina. *Revista de historia de América*, (156), 97-123.

Márquez Rodríguez, A. (1991). *Relecturas. Ensayos de crítica literaria venezolana*. Caracas: Contexto audiovisual 3.

Maza, A. M. (2002). Mariano Picón Salas y las relaciones internacionales actuales en Iberoamérica. *Mapocho: revista de humanidades y ciencias sociales*, (51), 95-108.

Mendoza de Vanegas, G. (29 de agosto de 1948). En la academia. Mariano Picón Salas. *El Tiempo*.

Mendoza Neira, P. (1945). *Venezuela, 1945*. Bogotá: El Mes Financiero y Económico.

Mendoza, P. A. (2013). *El país de mi padre*. Bogotá: Planeta.

Morales Benítez, A. (5 de agosto de 1976). Un gran colombiano: Roberto García-Peña. *Consigna*, I(28), 7.

Morales Benítez, O. (2013). Prólogo. En Mendoza, P. A. *El país de mi padre*. (pp. 9-20). Bogotá: Planeta.

Morin, T. D. (1979). *Mariano Picón Salas*. Boston: Twayne Publishers.

-
- Morón, G. (1987). De nuevo Mariano Picón Salas. En Picón Salas, M. *Comprensión de Venezuela*. Caracas: Petróleos de Venezuela.
- Muñoz Arteaga, V. (comp.) (2002). *Epistolario: Briceño-Iragorry y Picón Salas*. Maracaibo: Universidad Católica Cecilio Acosta. Colección: El nombre secreto.
- Nietzsche, F. (1990). *La ciencia jovial. "La Gaya Scienza"*. Caracas: Monte Ávila Editores.
- Ocampo López, J. (2008). Maestro Germán Arciniegas. El educador, ensayista, culturólogo e ideólogo de los movimientos estudiantiles en Colombia. *Revista Historia de la Educación Latinoamericana*, 11, 13-58.
- Osorio Lizarazo, J. A. (28 de julio de 1945). Mariano Picón Salas y José Rafael Pocaterra hablan sobre su Patria y sobre América. *Sábado*.
- Papini, G. (junio de 1947). Lo que América no ha dado. *Revista de América*, X(30), 289-293.
- Parra Triana, C. M. (2016). Las publicaciones periódicas y la formación del intelectual: el caso de Mariano Picón Salas en Chile. En: A. M. Agudelo Ochoa y G. A. Bedoya Sánchez (Eds), *Prensa, literatura y cultura. Aproximaciones desde Argentina, Colombia, Chile y México*. Lima/Medellín: Centro de Estudios Literarios Antonio Cornejo Polar y Universidad de Antioquia.
- Picón Salas, M. (1 de febrero de 1949). [Nota diplomática]. Archivo General de la Nación (Archivos Oficiales, Ministerio de Relaciones Exteriores, Transferencia 8, Caja 825, Carpeta 192, Folio. 37), Bogotá, Colombia.
- Picón Salas, M. (19 de enero de 1949). [Nota diplomática]. Archivo General de la Nación (Archivos Oficiales, Ministerio de Relaciones Exteriores, Transferencia 8, Caja 825, Carpeta 192, Folio. 6), Bogotá, Colombia.
- Picón Salas, M. (1939). El ambiente literario de Caracas en 1920. *Revista Nacional de Cultura*, I(9),65-66.
- Picón Salas, M. (1940). *Odisea de Tierra Firme*. Santiago de Chile: Zig-Zag.
- Picón Salas, M. (1945). Colombia y Venezuela. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 32(369-370), 588-591.

-
- Picón Salas, M. (1945). El gobernante y su pueblo. En Mendoza Neira, P. *Venezuela, 1945* (pp. 9-15). Bogotá: El Mes Financiero y Económico.
- Picón Salas, M. (1949). *Comprensión de Venezuela*. Caracas: Ediciones del Ministerio de Educación Nacional.
- Picón Salas, M. (1962). *Los malos salvajes*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Picón Salas, M. (1962). *Obras selectas*. Caracas: Edime
- Picón Salas, M. (1983). *Viejos y Nuevos Mundos*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Picón Salas, M. (1987). *Autobiografías. T. I Biblioteca Mariano Picón Salas*. Caracas: Monte Ávila editores.
- Picón Salas, M. (1988). *Suma de Venezuela. T. II Biblioteca Mariano Picón Salas*. Caracas: Monte Ávila editores.
- Picón Salas, M. (1992). *Pedro Claver, el santo de los esclavos*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Picón Salas, M. (1996). *Europa-América. T. V Biblioteca Mariano Picón Salas*. Caracas: Monte Ávila editores.
- Picón Salas, M. (2 de julio de 1948). [Carta a Eduardo Zuleta Ángel]. Archivo General de la Nación (Archivos Oficiales, Ministerio de Relaciones Exteriores, Transferencia 8, Caja 825, Carpeta 191, Folio 72.), Bogotá, Colombia.
- Picón Salas, M. (27 de junio de 1948). Don Baldomero. *El Tiempo*.
- Picón Salas, M. (8 de febrero de 1949). [Nota diplomática]. Archivo General de la Nación (Archivos Oficiales, Ministerio de Relaciones Exteriores, Transferencia 8, Caja 825, Carpeta 192, Folio. 20), Bogotá, Colombia.
- Picón Salas, M. (julio de 1947). Papini y la cultura de nuestra América. *Revista de América*, XI(31), 139.
- Picón Salas, M. (julio de 1947). Responden a Giovanni Papini. *Revista de América*, XI(32), 164-170.
- Picón, D. (1987). *Mariano Picón-Salas, Embajador de Venezuela*. Caracas: Instituto de Asuntos Internacionales y Ministerio de Relaciones Exteriores.

- Picón, D. (2001). Mariano Picón Salas en la diplomacia. *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, 84 (334), 195-201.
- Picón, D. (comp.) (2004), *Mariano Picón-Salas y sus amigos* (Vol. I y II). Caracas: Universidad Católica Andrés Bello y Universidad de los Andes.
- Picón, D. (comp.) (2006), *Mariano Picón-Salas y sus amigos* (Vol. III). Caracas: Universidad Católica Andrés Bello y Universidad de los Andes.
- Quero de Trinca, M. (2008). Rómulo Betancourt: una vida de exilios. *Tiempo y Espacio*, 18(49), 75-88. Recuperado en 02 de marzo de 2024, de http://ve.scielo.org/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1315-94962008000100005&lng=es&tlng=es.
- Ramos, I. A. (2018). Mariano Picón Salas En Chile. Proyecto Político Y Cultural (1923-1935). *Monteagudo*, (23), 145-167.
- Red Iberoamericana de Innovación y Conocimiento Científico. (15 de abril de 2022). *El proyecto*. <https://redib.org/quienes-somos-proyecto>.
- Reyes, A. (1991). *Ultima Tule y otros ensayos*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Rivas Dugarte, R. Á. (2008). *Mariano Picón Salas (1901-1965). Fuentes documentales para su estudio*. Mérida: Universidad de Los Andes (Col. Clásicos del Pensamiento Andino).
- Rivas Dugarte, R. Á. (2001). Cronología de Mariano Picón Salas. *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, 84 (334), 230-249.
- Rivas Dugarte, R. Á. (2007). Picón Salas en sus cartas para Briceño Iragorry. *Actual. Monográfico de Mariano Picón Salas*, (65), 139-148.
- Romero, J. L. (2001). *Latinoamérica, las ciudades y las ideas*. Buenos aires: Siglo XXI.
- Sánchez, L. A. (16 de mayo de 1954). Siluetas latinoamericanas. Mariano Picón Salas. *Lecturas Dominicales El Tiempo*.
- Sánchez, L. A. (17 de enero de 1965). Mariano Picón Salas, un pesimista alegre. *Lecturas Dominicales El Tiempo*.

- Sánchez, O. (2002). Reseña de “Odiseos sin reposo. Mariano Picón Salas y Alfonso Reyes. (Correspondencia 1927-1959)”. *Nueva Revista de Filología Hispánica*, L(2), 616-620.
- Santos, E. (1945). Prólogo. En Mendoza Neira, P. *Venezuela, 1945* (p. 7). Bogotá: El Mes Financiero y Económico.
- Santos, E. (1991). Cesarismo democrático. En Vallenilla Lanz, L. *Cesarismo democrático y otros textos* (pp. 155-157). Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Santos, E. (2004). Eduardo Santos. En D. Picón (comp.), *Mariano Picón-Salas y sus amigos* (Vol. II, pp. 245-149). Caracas: Universidad Católica Andrés Bello y Universidad de los Andes.
- Siso Martínez, J. M. y Oropesa, J. (1977). *Mariano Picón Salas. Correspondencia Cruzada Entre Rómulo Betancourt y Mariano Picón Salas 1931-1965*. Caracas: Ediciones de la Fundación Diego Cisneros.
- Suzzarini B., M. (2009). Una aproximación a Mariano Picón Salas y Mario Briceño Iragorry. *Revista de Artes y Humanidades UNICA*, 10(2),246-265.
- Téllez, H. (5 de enero de 1965). Recuerdo de Picón Salas. *El Tiempo*.
- Torres Duque, Óscar. (1991). Sábado: crónica de un semanario democrático. *Boletín Cultural Y Bibliográfico*, 28(27), 41-52.
- Un Mayor Acercamiento Cultural Buscará el Embajador Venezolano. (07 de octubre de 1947). *El Tiempo*.
- Universidad de Chile, (2006). Mariano Picón Salas y el instituto pedagógico. *Educere*, 10(32),165-168.
- Valero Pie, A. (2015). *José Gaos en México: una biografía intelectual 1938-1969*. México D. F.: El Colegio de México.
- Vallejo Mejía, M. (2024). *Eduardo Santos. “Estrictamente confidencial”*. Bogotá: Intermedio.
- Vallenilla Lanz, L. (1991). *Cesarismo democrático y otros textos*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Vejarano, J. R. (1945). Colombia y Venezuela. *Boletín de Historia y Antigüedades*, 32(369-370), 581-587.

Velásquez, R. J. (04 de julio 1993). Los Plinios, mis amigos. *El Tiempo*. Recuperado en 01 de junio de 2024, de <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-158318>

Zambrano, G. (2008) *Mariano Picón Salas. Biografía*. Caracas: El Nacional-Fundación BanCaribe (Biblioteca Biográfica Venezolana, 88).

Zambrano, G. (comp.) (2001). *Odiseos sin reposo. Mariano Picón Salas y Alfonso Reyes (Correspondencia 1927-1959)*. Mérida: Universidad de Los Andes y Ediciones del Rectorado, Fundación Casa de las Letras “Mariano Picón Salas”.

Zambrano, G. (comp.) (2002). *Mariano Picón Salas y México*. Maracaibo: Universidad Católica Cecilio Acosta.

Zambrano, G. (comp.) (2021). *Mariano Picón Salas y Chile*. Mérida: Ediciones de la Escuela de Letras, Facultad de Humanidades y Educación, Universidad de Los Andes.